



UNIVERSIDAD DE MURCIA

ESCUELA INTERNACIONAL DE DOCTORADO

**Transformaciones en las Relaciones e Identidades
de Género en la Migración Internacional de Retorno
en el Espacio Urbano-Costero del Ecuador**

D. Diego Fernández Gómez

2017

Dedico esta tesis a Cruz,
mi hermana y mi luz.
A la memoria de María y Fernando.

Agradecimientos

Es obligado comenzar expresando mi agradecimiento a las doctoras María Elena Gadea Montesinos y Natalia Moraes Mena, quienes me han obsequiado su conocimiento y su dedicación. Este desenlace en, sin duda, fruto de su perseverancia y habilidad mi esfuerzo y canalizar mi ilusión a lo largo de esta aventura. Igualmente deseo agradecer a mi tutor, el Doctor Prudencio Riquelme Perea, la disposición y el compromiso que ha mostrado facilitándome su consejo y asistencia.

Es necesario recordar aquí a un grupo de personas que, en distinta forma, contribuyeron a la consumación de la labor de campo. De modo especial, debo agradecer a Raquel Forca su interés, apoyo y generosidad, al compartir conmigo una red de contactos que fue fundamental para la organización logística del trabajo en el campo. Cómo también haría Esperanza Joves. en Ecuador, al poner a mi disposición los medios de la Fundación Esperanza en Guayaquil y, más importante, por la amistad y las lecciones que me regaló. Un agradecimiento que es necesario hacer extensible a Gentiana Susaj, directora de la Fundación Esperanza, y al resto de compañeros de la organización. Finalmente, caben en este grupo todas aquellas personas que me ampararon con su amistad y aquellas otras que me dedicaron un momento de sus vidas en San Jacinto de Balzar.

Por último, deseo expresar mi agradecimiento a algunos familiares y amigos que me han brindado valiosos recursos. Sin duda, Cruz, mi querida hermana, contribuyó con confianza y apoyo logístico, financiero y emocional a superar algunas contingencias que amenazaron el éxito de este viaje. También recordar a Francisco, Francisca y Catalina por su importante contribución a una aventura que nunca terminaron de entender. Cabe aquí el reconocimiento a la contribución de Pilar García-vaso en la elaboración de un texto que está en deuda emocional y moral con su interesada lectura, perspicaces consejos y acertadas correcciones. Añado, aquí, mi agradecimiento a Carlos Ruiz, Enrique de Coig, Paloma Martínez y José Moral por su constante y abnegada amistad que se ha visto reflejada en las atentas lecturas del texto y de su autor.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	1
1. Marco teórico.....	15
1.1. Las migraciones internacionales	15
1.1.1. Aproximaciones teóricas al fenómeno migratorio: la perspectiva meso	17
1.1.2. Enfoques recientes en los estudios migratorios: el enfoque transnacional y la perspectiva de género	23
1.2. Género y migraciones	29
1.2.1. Identidades, modelos, relaciones y procesos de género	32
1.2.2. Transformaciones de género en la migración	46
1.3. El hogar y sus transformaciones en el proceso migratorio	56
1.3.1. Aproximación teórica a los conceptos de parentesco, familia y matrimonio: funciones, discursos e imaginarios.	56
1.3.2. El discurso familista " <i>Patrones y roles tenemos, pero para familias normales</i> ".	64
1.3.3. El hogar transnacional	67
2. Metodología y proceso de investigación.....	77
2.1. Objetivos y unidad de análisis	77
2.2. Estrategia metodológica	79
2.3. Los colectivos sujeto de la investigación	81
2.4. Contexto de estudio	81
2.5. Tiempo y lugar del trabajo etnográfico: el acceso al campo y a los sujetos.....	84

2.6. Técnicas de campo para la obtención de información y producción de datos: entrevistas abiertas y observación participante.	93
2.7. Los roles del investigador y las tomas de posición en el campo: "¿y qué? ¿usted es misionero?"	103
3. El espacio socio-histórico balzareño.....	113
3.1. La emergencia del espacio social costeño	115
3.1.1. El surgimiento de un universo simbólico y social en la gran plantación	118
3.1.2. El ocaso de la gran plantación y la reconfiguración del espacio rural costeño	122
3.2. La ciudad de San Jacinto de Balzar.	125
3.2.1. Situando Balzar en el contexto migratorio ecuatoriano.....	137
3.2.2. La migración de retorno	146
4. Relaciones, redes, hogares e identidades en el espacio social y simbólico balzareño.....	151
4.1. Relaciones paterno/materno-filiales y conyugales en Balzar	159
4.1.1. Configuraciones familiares en Balzar	160
4.1.2. El sistema de compromiso costeño	166
4.2. Relaciones y redes sociales desde una perspectiva de género: homosocialidad y heterosocialidad en el espacio social balzareño	188
4.3. Identidades y relaciones de género en Balzar	197
4.3.1. El modelo femenino, el aguante o la infamia: "Ellas son peores"	197
4.3.2. El modelo masculino: poder, -vergüenza- emocionalidad y honor	213
5. La migración internacional balzareña.....	221
5.1. La configuración del espacio transnacional: imaginarios y discursos.	223
5.2. Las relaciones materno-paterno-filiales y conyugales en el contexto migratorio: hogares transnacionales y hogares migratorios	235

5.2.1. El hogar transnacional	238
5.2.2. El hogar migratorio	251
5.3. Relaciones y redes sociales en el contexto migratorio	259
5.4. Transformaciones en modelos de identidad de género durante la experiencia migratoria	271
5.4.1. El modelo femenino. Entre el empoderamiento y la explotación en el contexto migratorio: "allá la mujer no aguanta palos"	274
5.4.2. El modelo masculino. Reconfiguración del poder, la emoción y el honor: "el hombre se abrió más"	300
6. Migración internacional de retorno.....	313
6.1. Las relaciones materno-paterno-filiales y conyugales en el proceso de retorno. La reconfiguración del hogar: "volver a ser normal"	314
6.1.1. Procesos de retorno del hogar migratorio	318
6.1.2. Procesos de retorno en solitario	338
6.2. Relaciones y redes sociales en el proceso de retorno	352
6.3. Transformaciones en modelos de identidad de género en el proceso de retorno	366
6.3.1. La reconfiguración del modelo de identidad femenino en el proceso de retorno. El regreso a las estrategias de aguante: "Por eso a veces he aguantado"	367
6.3.2. El modelo masculino. Empoderamiento privado y sumisión pública.....	386
Conclusiones.....	397
Referencias.....	419
Anexo 1. Relación de Informantes.....	437
Informantes retornados (MR).....	437
Informantes estratégicos (IE).....	449

Anexo 2. Guión de la entrevista.....	453
Anexo 3. Guía de observación.....	459
Diccionario.....	461
Índice de Gráficos.....	463
Índice de ilustraciones.....	464
Índice de tablas.....	465

INTRODUCCIÓN

EL PROBLEMA DE ESTUDIO

Este trabajo de tesis doctoral tiene como principal objetivo analizar y comprender los procesos que intervienen en la reconfiguración de las relaciones e identidades de género que acontecen en la migración de retorno entre los migrantes ecuatorianos procedentes del espacio urbano-costero. Para la obtención de la información y la producción de los datos que dan contenido al marco explicativo se ha empleado el método etnográfico, ya que esta metodología nos brinda la oportunidad de producir un conocimiento de lo real que parte de la organización y la lógica social propias de los actores.

El interés por los procesos de género que se desarrollan en el fenómeno migratorio debe ser situado en un curso de los acontecimientos que en las últimas décadas han transfigurado nuestro problema de estudio. Las migraciones internacionales han sufrido un proceso de intensa transformación motivada por cambios en los patrones de movilidad, los avances tecnológicos y la composición social de los flujos migratorios. La hegemonía global del modelo liberal-capitalista sobre las relaciones económicas, políticas y sociales ha estimulado la intensificación de las transacciones económicas internacionales, que habrán de permitir la mundialización del mercado de trabajo. Esto ha hecho que, por un lado, las migraciones se hayan convertido en un fenómeno global debido a la mayor diversidad y el aumento en el número de países de salida y de llegada. Al mismo tiempo que producía una inversión en la dirección del flujo migratorio (Castles y Miller, 1993) que ha permitido a las economías del Norte terciarizar sus economías y alcanzar un desarrollo económico y social sustentado en el recurso al mercado mundial de mano de obra (Massey et al. 1998 en Massey 2003).

Por otro lado, vemos cómo los avances científicos y tecnológicos en los medios de comunicación y transporte han posibilitado la intensificación de los vínculos sociales y simbólicos (Faist, 2000). Esto ha facilitado la presencia simultánea y múltiple -transfronteriza y translocal- de los actores sociales (Hannerz, 1998; Levitt y Jaworsky, 2007) en lo que se ha denominado como espacio social transnacional.

Finalmente, la configuración de las migraciones internacionales se ha visto transformada como resultado de una nueva presencia de la feminidad, cuantitativa y cualitativa, en los flujos migratorios. Una presencia que superaba la adscripción pasiva de

las mujeres a procesos de dependencia conyugal y reunificación familiar (Herrera, 2004; Morokvasic, 2007) y que comenzará a ser interpretada en función de su rol como trabajadoras independientes (Herrera 2004; Sassen, 1998).

Cómo han mostrado algunos estudios de género, los y las migrantes tienen diferentes motivaciones y viven su experiencia de forma diversa (Herrera, 2002; Camacho y Hernández, 2007; Hall, 2005), en la medida en que estos acontecimientos se articulan con los sistemas de dominación sexual y los cambios estructurales en los sistemas productivos -sexualizados- a escala global (Sassen, 1998; Zlotinik, 2003; Oso, 2008). Al mismo tiempo, diversos trabajos han evidenciado cómo la presencia femenina estimula un continuo vaivén de reequilibrios y contra-equilibrios hegemónicos (Morokvasic, 2007; Cassain y García, 2014). En este sentido, se ha observado cómo la incorporación de la mujer migrante al ámbito público en los países del Norte produce efectos de nivelación -igualitarios y emancipadores- derivados de su participación en la esfera productiva. A su vez, este desplazamiento de las mujeres del Norte hacia las relaciones productivas ha generado un déficit reproductivo/doméstico (Mestre, 2002; Morokvasic, 2007), que será cubierto por las migrantes del Sur. Mientras, en los lugares de origen de la madres migrantes, otras mujeres, las abuelas y las hermanas, tendrán que cubrir el déficit reproductivo que deja su marcha, dando lugar a esas "cadenas mundiales de cuidados", como las denominase Hochschild (2001), que han permitido la que se preserve la identidad sexual de lo reproductivo y lo femenino. Además, la transferencia de las tareas reproductivas ha venido acompañada de la irrupción, en los lugares de origen, de una serie de acusaciones de carácter familista sobre el abandono del hogar (Oso, 2008; Sanz Abad, 2014) que refuerzan la vinculación simbólica entre la feminidad y el hogar (Bourdieu, 2000).

Esta evolución de los movimientos migratorios ha venido acompañada de un desarrollo académico que ha tratado de producir conocimiento, desde distintas perspectivas, sobre las causas y efectos de estas corrientes de movilidad humana. Los estudios pioneros, con un marcado racionalismo economicista, iniciaron la senda de este fructífero recorrido que nos ha permitido llegar, en los últimos años, a interpretaciones más asentadas en lo social y más situadas (Cassain y García, 2013). Al devolver los procesos sociales al nivel de análisis meso fue posible recuperar esa perspectiva holística que permite aprehender el carácter procesual y creativo de la producción simbólica, con la que se configuran los esquemas de percepción, interpretación y acción que organizan la vida

social y modulan la experiencia de los sujetos. Dentro de las aproximaciones teóricas al fenómeno migratorio que se asientan en este nivel de análisis meso han penetrado dos perspectivas que proponen un acercamiento a los procesos migratorios con una nueva sensibilidad, estas son: el enfoque transnacional y la perspectiva de género.

La perspectiva transnacional supone el reconocimiento teórico de una realidad empírica: los procesos migratorios hacen emerger unos espacios sociales plurilocales (Pries, 1999), o multisituados, pues, en la medida en que los migrantes están a la vez "allí" y "aquí" (Suárez-Orozco, 1999), generan con su presencia unos espacios simbólicos y reales (Levitt y Glick Schiller, 2004; Levitt y Jaworsky, 2007; Hannerz 1998) que subsumen, superan (Walmsley, 2001) y reconfiguran una territorialidad sobre la que trascienden (Moraes, 2010).

La migración es vista como un proceso colectivo de conformación del espacio a través de los intereses y los intercambios (Herrera, 2002; Pedone, 2005; Oso, 2008), una realidad construida sobre unos vínculos sociales por los que circula un amplio y variado abanico de recursos materiales, sociales, afectivos y simbólicos (Solé et al., 2007; Suarez, 2008). Al situar los procesos migratorios en este nivel de relacionalidad aparecen las familias y las redes, pues son estas instituciones las que median entre el sujeto y la vida social (Phinzaklea, 2003), intercediendo y haciendo comprensible ese encuentro entre la estructura y el individuo donde los procesos sociales adquieren su sentido interactivo y enactuado (Oso; 2008).

Al destacar el carácter colectivo de los procesos migratorios ha sido posible desvelar las dinámicas que emergen en el interior de estos flujos. Es decir, entender las decisiones estratégicas que tienen lugar dentro de la comunidad, la familia o la red (Herrera, 2002; Pedone, 2005; Oso, 2008), así como su papel en la activación de los lazos entre los agentes (Solé et al., 2007; Suarez, 2008). Esto ha permitido comprender cómo son recreadas las estructuras mediante la reconfiguración de los lazos, de los recursos que transportan y de las necesidades a las que responden.

En este sentido, la migración puede ser interpretada como un proceso de intercambio de información y producción de significado sobre los sujetos, las familias, las redes o el espacio, que alimenta las representaciones -sobre el lugar, las posibilidades, etc. De este modo, la migración aparece como una práctica social penetrada por las distribuciones asimétricas de poder que determinan las desigualdades entre los individuos de acceso y

control de los individuos a los recursos (Faist, 2000; Herrera, 2004; Pedone, 2005), dentro de los juegos de poder familiar, o comunitario, en el espacio transnacional (Herrera, 2001 y 2004; Pedone, 2005).

A su vez, esta interpretación de las experiencias y las dinámicas migratorias como procesos estructurados desde las relaciones de poder, que se desarrollan en los hogares, redes y espacios transnacionales, favoreció una apertura analítica que permitió introducir en el debate académico la perspectiva de género.

Desde esta perspectiva, la migración es interpretada como una estrategia del hogar, resultado de unos procesos decisorios atravesados por las desigualdades y la convivencia conflictiva que impone la ideología patriarcal (Oso, 2008). Explicar la migración como una estrategia de reproducción familiar ha permitido visibilizar las relaciones de explotación y dependencia que se generan dentro de los hogares, así como los cambios en la configuración de los roles y las dinámicas familiares. En este sentido, la variable de género es determinante para comprender los cambios, las negociaciones y los cuestionamientos que surgen dentro de la familia. Al mismo tiempo, la perspectiva de género ofrece un enfoque transversal que recorre todo el proceso migratorio (Pedone, 2005; Morokvasic, 2007), permitiéndonos apreciar cómo mujeres y hombres viven su experiencia migratoria de forma diversa recreando las condiciones de poder y explotación (de Haan 2006). Al mismo tiempo, este enfoque reclama la producción de un conocimiento situado sobre las condiciones de vida previas a la salida de hombres y mujeres -su pasado-, para hacer inteligibles las motivaciones que les impulsan a migrar, las transformaciones en los vínculos sociales y familiares, y en sus propias identidades sexuadas.

El análisis de la presencia femenina en los flujos migratorios ha permitido desvelar su impacto sobre los arreglos semiótico-materiales que sustentan el orden de género tradicional en distintos contextos, en la medida en que la movilidad femenina supone una transformación de los conciertos familiares (Canales, 2005) y una reconfiguración de las relaciones de poder en el interior de las familias y las comunidades (Walsmley, 2001; Morokvasic, 2008). La migración obliga a negociar y redefinir los roles de identidad sexual que se despliegan en el interior de la familia transnacional y/o reagrupada (Sanz Abad, 2104), al modificar los referentes espaciales, temporales y relacionales que le dan contenido (Bourdieu, 2000; Wagner, 2008; Gadea et al. 2009). Esta recreación de las estructuras objetivas y subjetivas que ordenan las relaciones de género permite a los sujetos traspasar las fronteras de lo legítimo, lo que estimula procesos de empoderamiento,

pues las oportunidades de emancipación permiten desafiar el orden de género tradicional (Morokvasic, 2007). Sin embargo, la evidencia empírica ha mostrado los riesgos de vincular de forma precipitada la migración femenina con resultados emancipatorios de forma unívoca y lineal. Por el contrario, las jerarquías pueden verse preservadas e incluso fortalecidas a través de los arreglos de poder intrafamiliar y los condicionantes de género que determinan las relaciones y las redes sociales (Herrera, 2004; Morokvasic, 2007; Sanz Abad, 2014).

Por este motivo, es preciso reconocer la naturaleza compleja de unos procesos sociales cambiantes, contradictorios y reversibles, que solo pueden ser comprendidos desde la singularidad contextual de unos resultados sensibles a multitud de variables (Walsmley, 2001; Morokvasic, 2007). Por ello, el análisis de estos procesos sociales que se desarrollan en el contexto migratorio debe partir de un conocimiento profundo y situado de la organización y las lógicas sociales propias de los actores que nos permita construir un marco explicativo. La realidad social que deseamos interpretar es resultado de una lógica compartida por el grupo social que le ayuda a organizar su universo de acuerdo con unas categorías y conceptos -madre, hogar u hombre- que forman parte del universo significativo de los actores. Por tal motivo, es necesario desvelar el sentido común de los actores para evitar la proyección de razones sobre el objeto de estudio.

Para descubrir el sentido de los conceptos y las categorías que los actores emplean en la construcción de sus marcos significativos es necesario profundizar en sus prácticas y sus discursos, observando y analizando cómo viven, experimentan, explican e interpretan su realidad social, pues el sentido profundo de las lógicas y los conceptos solo emerge cuando estos son integrados en la realidad de las dinámicas sociales que los produce. El método etnográfico es, por tanto, una herramienta heurística adecuada para penetrar y explicar la lógica de producción de ese universo material y simbólico donde los retornados recrean, negocian e incorporan sus relaciones y significados de género.

JUSTIFICACIÓN DEL OBJETO DE ESTUDIO

Existen varias razones relacionadas con la composición del flujo migratorio internacional ecuatoriano que justifican el interés por situar el análisis en los procesos de reconfiguración de las relaciones e identidades de género en la migración de retorno en el ámbito urbano-costero del Ecuador.

Y esto porque la oleada migratoria vivida por el país en el cambio de siglo estuvo ligada a un notable aumento en la participación de los habitantes urbanos y de la población de origen costeño, como nos muestra el hecho de que, en el último lustro del siglo XX, tres de cada cuatro migrantes saliera de las ciudades (Herrera, 2008) y uno de cada cuatro procediera de la provincia costera del Guayas (Mejía y Cortés, 2012). También es importante subrayar que es en este ámbito urbano-costero donde se observa una mayor participación femenina en la corriente migratoria (Herrera, 2008).

De forma que, al delimitar este espacio de investigación nos proponemos alcanzar un doble objetivo. Por un lado, contribuir al conocimiento sobre los procesos de estructuración y significación del orden de género en el contexto migratorio ecuatoriano. Por otro lado, aventurarnos en una áreas académicamente menos transitadas, como son la migración de retorno y el espacio urbano de la Región Costa del Ecuador. Con ello, esperamos tener la oportunidad de profundizar en el debate sobre las dinámicas de estructuración y encarnación del orden de género patriarcal y su compleja articulación con los procesos de empoderamiento, emancipación o dominación, de avance y retroceso.

La región costera puede ser identificada como un espacio socio-histórico diferenciado del área interandina, que alberga una variada heterogeneidad étnica y sociocultural resultado de los distintos tiempos de crecimiento, de ocupación y explotación de su territorio. La región del litoral comprende un vasto territorio cuya colonización tardía quedará marcada por los ritmos que impusieron el auge cacaotero -desde mediados del siglo XIX- y el auge bananero -mediados del siglo XX. El modelo de producción primario-exportador que ha caracterizado el desarrollo económico de esta región determinó su integración periférica en el sistema económico mundial (Acosta, 2006; Ayala, 2008; Larrea, Sommaruga y Sylvia, 1988) y su relativa desarticulación socioeconómica del resto del país (Acosta, 2006). La adopción del modelo de producción capitalista será abanderada por el proyecto liberal laicista encabezado por las élites costeñas, lo que reforzará su antagonismo ideológico con una región andina donde el poder hacendario-ecclesial se aferrará a las formas coloniales pre-capitalistas de producción y control social.

La ciudad de Balzar pertenece a ese espacio costeño, situada en la zona de los grandes ríos -el Guayas y el Daule- donde florecieron las grandes plantaciones cacaoteras a finales del siglo XIX. Fue la demanda de mano de obra de estas plantaciones la que estimuló la colonización y el crecimiento demográfico de este espacio, algo que se lograría gracias al continuo trasvase de trabajadores de la sierra y la llegada de migrantes internacionales, que

llegarían atraídos por el oportunidades económicas que ofrecía la plantación y que se irán instalando en los pequeños poblamientos situados en los márgenes de las vastas explotaciones de cacao.

Las grandes plantaciones cacaoteras eran mucho más que un modelo de producción, se convirtieron en el corazón de un complejo sistema sociocultural que permitió la consolidación de la cosmovisión montubia¹. Las condiciones de insularidad económica y política que proponía la hacienda cacaotera favorecieron un intenso proceso de mestizaje cultural y étnico entre las poblaciones de indígenas costeños, blancos, negros e indígenas de la sierra (Hamerly 1973 en Álvarez, 2002; Fauroux, 1988; Robalino, 2009). Los ritmos de reproducción social quedaron marcados por la dispersión y aislamiento de la población, la rotación obligada de aparceros y jornaleros, el analfabetismo forzado, y la falta de controles religiosos e institucionales (Álvarez, 2002; Fauroux, 1988). Al mismo tiempo, encontramos como la autonomía, la movilidad y la debilidad que configuran las relaciones productivas de la plantación, también aparecen como rasgos de la organización social costeña (Fauroux, 1988). Esta flexibilidad y fragilidad de los vínculos sociales cristalizará en un modelo familiar y conyugal caracterizado por la elevada frecuencia de los compromisos polígamos -paralelos y secuenciales-. Esto hará que las relaciones domesticas giren alrededor de las obligaciones maternas, cuya rigidez da consistencia al núcleo matrifocal, verdadero eje de la vida familiar y la reproducción social (Álvarez, 2002).

El ocaso del sistema cacaotero favoreció la urbanización del medio rural, floreciendo las pequeñas cabeceras cantonales que, como Balzar, vieron aumentar su poder político y económico en medio de un intenso proceso de crecimiento demográfico impulsado por las migraciones rurales, las migraciones serranas y la explosión demográfica. Sin embargo, la crisis política y económica vivida por Ecuador en la última década del siglo XX tendría mayor impacto en los sectores medios de las clases urbanas que habían crecido en las décadas anteriores (Acosta, 2006; Massey, 2003; Pedone, 2005). DE tal manera que el empobrecimiento y deterioro de los medios de vida de los sectores urbanos generó un

¹ El término montubio identifica a la población rural costeña mestiza de blanco, negro, indio de la costa e indio de la sierra. El pueblo montubio cuenta con identidad cultural propia y está reconocido como uno de los pueblos del Ecuador. En cualquier caso, al utilizar el término a lo largo del texto lo hago principalmente en referencia al proceso de mestizaje sociocultural vivido en las áreas de plantación, y no tanto a la identidad étnica.

clima de desilusión y desconfianza institucional haciendo que estos segmentos se alisten masivamente a la corriente migratoria (Herrera, 2008; Maisanove, 2009; Pedone, 2005).

En resumen, podemos apreciar como el objeto de estudio que hemos delimitado -el espacio urbano-costero- no solo reúne las condiciones de idoneidad para la realización de un estudio sobre la migración de retorno desde la perspectiva de género, sino que, además, nos ofrece la oportunidad de adentrarnos en un espacio social poco conocido, donde podemos poner en contraste el conocimiento acumulado en otros ámbitos de estudio.

ESTRUCTURA DE LA TESIS

Los seis capítulos que dan contenido a esta tesis doctoral, sin incluir la introducción y las conclusiones, pueden ser agrupados en tres bloques distintos. En un primer bloque quedarían comprendido los dos primeros capítulos, en los que se presenta el marco teórico y metodológico de la investigación.

En el capítulo 1 realizamos una breve revisión de los acercamientos teóricos a la realidad migratoria que han permitido consolidar el cuerpo de conocimientos sobre el que se sustenta la perspectiva meso que orienta este trabajo. Este capítulo se divide en tres apartados, lo que nos permite iniciar el recorrido con un epígrafe introductorio en el que analizamos la evolución de las migraciones y de las explicaciones que se han producido sobre este fenómeno hasta llegar a la perspectiva meso, donde daremos contenido a los recientes enfoques del transnacionalismo y la perspectiva de género. El segundo apartado propone una aproximación más específica a los estudios de género que permitirá aclarar algunos de los conceptos centrales empleados en este trabajo y examinar los hallazgos obtenidos por dichos estudios en el contexto migratorio. Finalmente, el último apartado se introduce en los estudios sobre la familia y las relaciones domésticas, realizando una aproximación teórica a los conceptos de parentesco, familia y matrimonio para, después, examinar las dinámicas que intervienen en la reconfiguración de las relaciones privadas en los contextos migratorios.

En el capítulo 2 desarrollamos la metodología etnográfica empleada para obtener la información y producir los datos presentados en este trabajo, comenzando por un apartado preliminar donde se definen los objetivos y se justifica la selección de la unidad de análisis. En los siguientes apartados se detallan diversos aspectos técnicos de la investigación, relacionados con la definición de los sujetos de la investigación, la selección de la muestra, el contexto de estudio o las herramientas utilizadas para la obtención de información, que

resultan determinantes para definir los parámetros que han orientado el trabajo de campo. Por otro lado, la naturaleza interpretativa de la etnografía concede a la subjetividad -del investigador y los investigados- un importante papel, pues la investigación es entendida como una práctica social. Por este motivo, los últimos apartados ofrecen una reflexión sobre las condiciones espaciales y temporales que contextualizaron el proceso de investigación -el aquí y ahora del evento social-, explicando los detalles del encuentro donde el investigador y los informantes negocian y producen unos significados que inciden en el desarrollo de la investigación y que forman parte de sus resultados.

El segundo bloque ofrece una descripción de los procesos socio-históricos implicados en la singularización de las relaciones sociales, materiales y simbólicas presentes en el espacio social balzareño. Está integrado por el capítulo 3, en cuya elaboración se emplean, exclusivamente, fuentes secundarias procedentes de diversas investigaciones, artículos, informes estadísticos, anuarios, etc. Esta información ha sido organizada en dos apartados, de forma que el análisis nos permita situar el contexto específico de estudio en el curso de acontecimientos espacialmente más amplios, donde se señalan los distintos hitos que han marcado los procesos de divergencia que han conducido a la forja de un carácter propio. En el apartado 3.1 se ponen en perspectiva histórica y geográfica las dinámicas y los hechos sociales de carácter nacional e internacional que favorecieron la formación de esa identidad regional costeña en la que florece el universo simbólico y social de la gran plantación, para después centrar el foco, en el apartado 3.2, en la implicación que han tenido estos procesos en el desarrollo de los rasgos geográficos, históricos, demográficos y económicos propios de la ciudad de Balzar. Este último apartado se cierra con un análisis de las fuentes estadísticas con el que se tratan de definir las características de los flujos de migración de salida y de retorno experimentados en el contexto de estudio.

El tercer, y último, bloque está formado por los capítulos 4, 5 y 6, en los que se agrupan las interpretaciones sobre el contexto, la migración y el retorno -respectivamente- como resultado de los datos producidos por la labor de campo.

Parece oportuno aclarar los motivos que han llevado a presentar los capítulos de este bloque en tal disposición procesual, ya que puede llegar a resultar engañosa desde un punto de vista cronológico. Esto es así porque al anteceder la descripción de los conceptos, categorías y lógicas que estructuran la vida social en Balzar al análisis de la migración y del retorno se ve alterada, intencionadamente, la secuencia temporal en la que tenemos acceso a la información que alimenta el marco interpretativo. Pero es tan cierto como

inevitable que nuestra llegada al campo se produce al final de este proceso y, por ello, es difícil saber en qué medida los conceptos y categorías que dan sentido a las prácticas de los actores se han visto transformados por las prácticas migratorias. Por esta razón, la disposición de los capítulos debe ser entendida como una conveniencia analítica, pues parece razonable describir en primer lugar los elementos que configuran las relaciones sociales, esa lógica compartida que organiza el universo de los actores, para después examinar su influencia en las percepciones y experiencias de los hombres y las mujeres retornados.

En resumen, el problema que nos plantea la necesidad de realizar una descripción previa de las estructuras que estructuran la experiencia migratoria y de retorno, radica en que el investigador tiene acceso a un contexto que ya está permeado por la migración, donde participan migrantes y no migrantes. Esta es, precisamente, la razón que defiende la conveniencia de realizar un análisis etnográfico capaz de sumergirnos en la realidad social desde distintos ángulos para descubrir las lógicas de las conexiones entre los fenómenos de la realidad social. En el marco interpretativo que se presenta están integradas las voces de los migrantes y los no migrantes, y estas, a su vez, son contrastadas con la observación y la participación en las prácticas sociales, lo que permite revelar sus regularidades y situarlas en su particular curso socio-histórico.

Así, en el capítulo 4 se propone un recorrido a través del espacio social que nos adentra en el contenido de las configuraciones simbólicas subyacentes en el desarrollo de las relaciones sociales, domésticas/conyugales y en la incorporación de los modelos de identidad de género. Los apartados 4.1 y 4.2 analizan la configuración de las relaciones familiares/domésticas/conyugales y las redes sociales con el objetivo de descubrir las tolerancias, restricciones y dependencias que orientan los patrones de acción y pensamiento de género. En el apartado 4.3 se da contenido a los modelos de identidad y las relaciones de género hegemónicas a través de cuatro vías de acceso diferentes, como son: la sexualidad, la violencia, el espacio doméstico y el espacio público.

En el capítulo 5 se analizan las dinámicas de reestructuración y resignificación de las relaciones y los modelos de identidad de género durante el proceso migratorio. En el apartado 5.1 se examinan las representaciones sobre la migración que se manejan en el medio social de origen y que dan contenido a los esquemas de percepción, evaluación y acción de los actores -migrantes y no migrantes- en el contexto migratorio. Los siguientes apartados se ciñen al esquema de análisis propuesto en el capítulo 4 -relaciones

domésticas, sociales y subjetivas- apoyándonos en distintos casos personales que nos ayudarán a comprender las experiencias de mujeres y hombres, así como las transformaciones, negociaciones y estrategias que permiten a los agentes recrear el contenido de los conceptos de mujer, hombre, padre, madre, hijos, migrante, etc. Finalmente, el capítulo 6 examina el proceso de retorno repitiendo un similar recorrido analítico por los procesos de reestructuración social y resignificación simbólica, en los que aparecen dinámicas diferenciadoras en las experiencias de retorno y el proceso de adaptación de las y los retornados al conjunto de relaciones objetivas y subjetivas que propone el contexto de origen.

Además, debemos hacer mención a los diversos materiales que se presentan en los Anexos. El Anexo 1 incluye la relación de los informantes retornados (MR) e informantes estratégicos (IE) que han participado en la investigación. Cada informador es identificado con un nombre ficticio seguido de las siglas MR o IE, según el caso, y un número de entrevista. Junto a estas referencias se encuentra una descripción del perfil del entrevistado, en la que se incluyen los rasgos de mayor relevancia según su participación en la estructuración de la muestra. A continuación, el Anexo 2 se presenta el guión utilizado en la conducción de las entrevistas donde los distintos temas tratando de seguir la lógica temporal del proceso vital de los sujetos donde, si es el caso, quedaría encuadrada su experiencia migratoria. El guión identifica un amplio abanico de temas sobre los que se intenta ser exhaustivo, en la medida en que esos asuntos conciernen al problema de estudio, si bien, como se explicará en el apartado metodológico, el guión es una herramienta flexible y dinámica. Como tal, está supeditada a las condiciones que propone el encuentro entre entrevistador y entrevistado, así como al propio desarrollo de la investigación, la capacidad del investigador para manejar la situación y su conocimiento del objeto de estudio. Por último, en el Anexo 3 se presenta la guía de observación empleada para organizar la recogida de información durante el trabajo de campo.

Para concluir con este apartado, parece indicado hacer una breve reflexión sobre las conclusiones que dan cierre a esta tesis doctoral que se inició motivada por un especial interés en explorar y producir conocimiento situado y profundo sobre los procesos de género que tienen lugar en la migración de retorno dentro del espacio urbano del Ecuador. Con tal propósito hemos elaborado un marco explicativo que parte del sentido profundo de los conceptos y las lógicas compartidas por los actores para observar, desde ahí, su reconfiguración en los contextos que generan los procesos de migración y retorno.

Una primera conclusión que se desprende de esta tesis viene a subrayar, precisamente, la necesidad de abordar el análisis de los procesos migratorios, en general, y de género, partiendo de ese conocimiento situado y profundo de las lógicas que organizan la vida social y los significados que dan un sentido particular a los sujetos, objetos y conexiones que forman nuestro objeto de estudio. Así, hemos podido advertir cómo, en nuestro caso de estudio, al emplear términos como hogar, hogar migratorio/transnacional, paternidad o maternidad transnacional, migrante ecuatoriana, etcétera, corremos el riesgo de velar la realidad compleja de unas relaciones cuyos contenidos solamente pueden ser comprendidos desde la perspectiva de los actores. Algo similar a lo que sucede con la expresión de los principios básicos de la ideología patriarcal de identidad sexuada del universo, la autonomía y la subordinación, que suelen estar presentes en los contextos de dominación sexual y pueden llevarnos a proyectar razones sobre el objeto. Sin embargo, hemos mostrado cómo estos conceptos y lógicas cobran un sentido completamente distinto cuando son operados desde una ideología donde la elevada valoración de la libertad individual y el interés egoísta son principios referenciales de un sistema social y familiar caracterizado por la conyugalidad informal y polígama, la elevada frecuencia de las rupturas y el abandono paterno, o la tolerancia social hacia las violencias materiales, psicológicas, sexuales y físicas sobre la mujer. Un sistema de género que se organiza en torno a los modelos de identidad hegemónicos donde la autonomía masculina y el aguante femenino son los valores centrales.

La migración es una experiencia determinada por estas lógicas patriarcales de origen que se reconfiguran en el espacio transnacional a través de ciertas estrategias que promueven imaginarios que sirven para preservar las condiciones de dependencia de hombres y mujeres migrantes respecto a origen. De tal forma que las representaciones que se elaboran en origen sobre el migrante, la destrucción familiar o la promiscuidad de la migrante cumplen una función de control sobre los márgenes de acción legítima e ilegítima de los individuos, orientando sus prácticas y discursos a través de las expectativas sociales y los costes materiales, sociales y simbólicos asociados a éstas.

En este sentido, encontramos que las transformaciones en las relaciones e identidades de género que producen efectos niveladores durante la migración están vinculadas, principalmente, a las condiciones que proponen los contextos de destino, de un lado, y a la relajación de los controles ideológicos desde origen por causa de la distancia, del otro. Esto permitió la creación de espacios que favorecieron las dinámicas de emancipación femenina

y de equidad de género, si bien estos cambios deben ser relativizados por la presencia de distintas estrategias patriarcales que posibilitaron la reconfiguración de los principios de subordinación y segregación que ayudaron a preservar las jerarquías de género en destino.

Como resultado, el retorno aparece como un proceso con escaso potencial transformador de las relaciones e identidades de género por varios motivos. Primero, por la relativa profundidad de las transformaciones en las relaciones e identidades en destino. Segundo, porque gran parte de las dinámicas de emancipación estuvieron directamente ligadas a las condiciones que proponían los contextos de destino y, por tanto, no son trasladables. Tercero, porque la integración de los retornados en el medio social de origen es resultado de un proceso donde los retornados deben negociar sus significados de género desde posiciones de relativa debilidad -social, material, simbólica y/o emocional- apremiados por la necesidad de construir vínculos de identidad y pertenencia para asegurar su adaptación y supervivencia. En consecuencia, observamos cómo en el proceso de adaptación de los retornados se generan dinámicas de empoderamiento masculino y desempoderamiento femenino.

Con estas conclusiones esperamos haber contribuido a profundizar en el conocimiento sobre los procesos sociales y de género que se desarrollan en el contexto migratorio y el modo en que los individuos encarnan esta realidad construyendo su propia subjetividad y sus interacciones con el medio social a través de diversas estrategias que les permiten negociar sus intereses y sus propios significados.

1. MARCO TEÓRICO

Presentamos, a continuación, un breve recorrido a través de los acercamientos teóricos a la realidad migratoria que han permitido la consolidación del cuerpo de conocimientos que sustentan la perspectiva meso en el que se sitúa este trabajo.

La aproximación de los estudios migratorios hacia las explicaciones que surgen en el "nivel meso" puede ser vista como resultado, de un lado, de un intento de superar interpretaciones parciales y, del otro lado, del reconocimiento de una necesidad analítica que traslada el foco de interés hacia esa realidad inmediata donde los sujetos dan sentido a los procesos y dinámicas migratorias, integrándolos en un proceso social más amplio. Es decir, supone un reconocimiento de la importancia de los lazos sociales y simbólicos que establecen las personas en la constitución de los grupos y el desarrollo de los procesos sociales.

Al mismo hace posible advertir el modo en que las relaciones de poder afectan a los procesos decisorios u observar su (re)configuración en las relaciones que establecen las familias, cadenas y redes migratorias que constituyen los flujos (Gurak y Caces, 1998).

Las construcciones de género en este contexto adquieren todo su sentido, pues es posible advertir el modo diferencial en que la realidad migratoria es percibida, evaluada y experimentada por mujeres y hombres (Oso, 2008; Pedone, 2005; Pribilsky, 2004).

Consideramos que esta sensibilidad del nivel de "análisis meso" posibilita, a través de un examen relacional y sistemático de los distintos niveles, esa integración analítica que permite el acercamiento a la cuestión migratoria desde una perspectiva holística.

1.1. LAS MIGRACIONES INTERNACIONALES

El interés académico por los procesos socio-históricos que han contextualizado las actuales migraciones internacionales ha venido acompañado de un abundante desarrollo teórico-empírico que nos permite enmarcar conceptualmente la investigación.

La movilidad de la población ha sido una constante -y una necesidad- en la historia de la humanidad, y, por ello, las explicaciones a este fenómeno siempre se ven obligadas a situarse con cierta perspectiva temporal. Así, para rastrear el incremento en los flujos

migratorios² internacionales debemos mirar a los albores de la modernidad³ (Massey, 2003), cuando se consolida el doble proceso, de interconexión globalizadora y compartimentalización nacional, que contextualizó el fortalecimiento y expansión del modelo capitalista (Faist, 2000; Hobsbawn, 1975). Sin embargo, a partir de la segunda mitad del siglo XX se produce un salto cualitativo como consecuencia de los cambios ideológicos y estructurales acaecidos en el contexto sociopolítico internacional. Nos referimos, en particular, a la reestructuración del orden mundial post-colonial y el advenimiento de la ideología neoliberal-capitalista que, tras el fin de la Guerra Fría, impuso su hegemonía sobre las relaciones económicas, políticas y sociales a escala planetaria, estimulando la intensificación de las transacciones económicas -y financieras- internacionales, que habrán de propiciar la mundialización del mercado de trabajo.

Este nuevo impulso globalizador, según Massey (2003), termina por transformar las migraciones internacionales en un fenómeno verdaderamente global, al aumentar la diversidad y número de países de salida y de llegada. Simultáneamente, se produce una inversión en la dirección de los flujos migratorios, convirtiendo a los países tradicionalmente emisores -los países europeos- en principales receptores de unas migraciones procedentes de los países del Sur (Castles y Miller, 1993). Estos desplazamientos quedan enmarcados dentro de un nuevo juego de relaciones de poder en el cual los países del Norte se ven favorecidos por un mayor desarrollo y la terciarización de sus economías, lo que les permitirá sustentar crecientes niveles de equidad y justicia social mediante el recurso al mercado mundial de mano de obra (Massey et al. 1998 citado en Massey 2003).

Igualmente, es obligado mencionar el papel desempeñado por los avances científicos y tecnológicos en los medios de comunicación y transporte, pues estos han marcado un nuevo momento en las relaciones humanas gracias a esa "nueva" comprensión espacio-

² El término migrante será empleado de forma general, en el presente trabajo, para referir a los migrantes voluntarios. Los migrantes forzados serán aquellos desplazados por los contextos de violencia, o conflicto armado, o con recurso a ella, como son: desplazados, refugiados, víctimas de trata, o asilados.

³ Durante la modernidad, en el periodo comprendido entre los años 1846 y 1924 al que Massey denomina como industrialización temprana, 48 millones de europeos dejarían el continente, lo que representaba alrededor de un 12% de la población del continente. Aunque este fenómeno afectó a todos los países, su impacto fue desigual y algunos países verían mermar su población de manera considerable por causa de este motivo, registrando elevados porcentajes migratorios, como en el caso de Gran Bretaña (41% de la población en 1900), Noruega (36%), Portugal (30%), Italia (29%), España (23%) y Suecia (22%) (Massey, 2003:1).

temporal que ha posibilitado la emergencia de unos espacios sociales transnacionales caracterizados por una intensificación de los vínculos sociales y simbólicos (Faist, 2000), facilitando la presencia simultánea y múltiple -transfronteriza y translocal- de los actores sociales (Hannerz, 1998; Levitt y Jaworsky, 2007). El término transnacional se impondrá para referirse a la singularidad de estos espacios sociales donde las "actividades humanas e instituciones sociales [que] se extienden a través de las fronteras nacionales" marcarán un nuevo ritmo de re-territorialización y desterritorialización de los vínculos sociales (Bauböck 2003:2).

A través de estos vínculos transnacionales circulan flujos multi/bi-direccionales de personas, valores, derechos, obligaciones, creencias, identidades, mercancías, dinero, oportunidades y esperanzas (Canales, 2005). Tanto la emergencia de estas prácticas como la intensificación en el flujo de estos factores reconocerá a la migración internacional un enorme potencial para alterar la economía, los valores y las prácticas de regiones enteras (Levitt y Jaworsky, 2007) siendo los migrantes observados, a partir de ese momento, como "agentes de cambio social" (Landolt, Authler y Baires, 2003).

1.1.1. Aproximaciones teóricas al fenómeno migratorio: la perspectiva meso

Los estudios migratorios han tratado de dar respuestas a dos cuestiones principales relacionadas con las causas y los efectos de las migraciones. Los primeros intentos estuvieron dominados por el impulso ideológico del racionalismo economicista que, progresivamente, irá cediendo paso a interpretaciones de lo social más situadas⁴ (Cassain y García, 2014). El resultado fue un fructífero debate cuyos sedimentos teóricos permitieron descubrir la necesidad de devolver los procesos sociales al nivel de concreción que los hace inteligibles -lo que podemos identificar como el nivel de análisis meso-, adoptando una perspectiva holística que hace aprehensible el componente creativo que anima la elaboración de esos significados sociales que informan las percepciones, interpretaciones y acciones de los grupos humanos.

Durante el último cuarto del siglo XX, estos asuntos han sido abordados desde dos posicionamientos contrapuestos situados alrededor de dos polos hegemónicos -neoliberalismo y marxismo-, en defensa de posiciones paradigmáticas enfrentadas -

⁴ Cassain y García (2014) ofrecen una explicación sobre esta interpretación de la migración transnacional como un proceso social situado.

funcionalismo y estructuralismo- que mantienen un visión particular de las migraciones internacionales, siendo la economía, en ambos casos, el elemento central sobre el que pivotan sus explicaciones (Faist, 2000; Pedone, 2005). Inicialmente, el interés por las "causas" animará un debate centrado en los niveles de análisis individual y estructural (Faist, 2000; Walsmley, 2001), de forma que los deseos y expectativas subjetivas aparecerán encuadrados dentro de un conjunto de oportunidades estructurales -de orden económico, político, ecológico, social o cultural- como principal causa del estímulo migratorio.

Desde un plano subjetivo, las "teorías micro" mostraron su interés por el proceso decisorio, tendiendo sus proposiciones a evaluar la incidencia de asuntos tales como la autonomía, la libertad, o la habilidad individual en la movilización -o inmovilización- de los potenciales migrantes. Desde esta perspectiva, se propondrán una serie de argumentos relacionados con la mejora y seguridad de las condiciones de subsistencia, la salud, el estatus, el confort o la moralidad, entre otros, que le permitirán explicar el proceso migratorio como un desenlace lógico-racional (Faist, 2000). De estos planteamientos partirán las teorías de la "elección racional" (Todaro, 1969, 1976, 1989; Todaro y Marsuzko, 1987), cuya principal limitación residirá, precisamente, en el "rígido entendimiento micro-macro de los procesos sociales", que observa a los individuos como agentes atomizados e indistinguibles -sean personas, hogares, grupos, naciones, etc.- movidos por la frialdad de la decisión estratégica, que, desentrañados de su pasado, surgen del presente y se orientan hacia el futuro. Sin embargo, esta homogeneización de las personas oculta las desigualdades de acceso a la información y demás recursos y, por tanto, las relaciones de dependencia que vinculan a las personas a través de lazos sociales y simbólicos que condicionan su capacidad de decisión y de acción.

Algunas de estas carencias serán abordadas por el "individualismo estructural" (Esser, 1980 cit. Faist, 2000) que, en un intento de superarlas, incorporará nuevos factores constringentes que moldean la estructura de oportunidades. A pesar de lo cual, esta nueva tentativa racionalista no conseguirá superar el resto de deficiencias que limitan los enfoques micro: la racionalidad y el peso de la estructura. Para Faist (2000) el mayor éxito de estas teorías será, precisamente, su énfasis en la importancia que tiene la información dentro del proceso migratorio. Si bien, entiende que sus argumentos serán incapaces de dar cuenta de los modos de producción, control, transferencia, calidad o manipulación de la

información, que solamente pueden ser incorporados desde posicionamientos más sensibles hacia los procesos que acontecen en el nivel de análisis meso (Faist, 2000).

Los "modelos psicosociales" mejorarán su precisión descriptiva pues los recursos locales son colocados en "espacios de conciencia" de "racionalidad limitada" distintos a los lugares (Faist, 2000; Wolpert, 1965). Se trata de espacios sociales en los cuales las identidades y las relaciones de los individuos y los grupos adquieren su significado, así como su visión del espacio social que les envuelve. Aquí, los sujetos elaboran sus "modelos de juicio simplificados", los cuales están constituidos por un número restringido de opciones -su visión subjetiva de la realidad o cosmovisión- que sirven de base para el desarrollo de las distintas estrategias, sujetas a la interpretación evaluativa del grado de satisfacción esperado (Hagen-Zanker, 2008).

Ésta, por ejemplo, es la propuesta realizada por el "modelo de umbrales de estrés" (Wolpert, 1965), donde los individuos valoran el grado de satisfacción de unos espacios -origen y destino- que son liberados de su objetividad física y territorial. Esto permite definir el espacio como un espacio de conciencia, configurado por un conjunto de atributos y oportunidades que son construidas socialmente y percibidas por los individuos en base a la información -sesgada- que reciben sobre el lugar.

Para Faist (2000) la conceptualización del espacio como un proceso social será la aportación más valiosa de estos modelos, cuya eficacia explicativa se verá mejorada por el "modelo de privación relativa", que logrará conectar la satisfacción con las percepciones del espacio. En este, las motivaciones subjetivas son el resultado de un proceso evaluativo, determinado por la brecha perceptiva abierta entre aquello que el individuo considera que podría tener -si migrara- y lo que en realidad tiene. Este modelo, según apunta Faist (2000), resulta más esclarecedor cuando es fusionado con el enfoque de la elección racional en la elaboración del "modelo de frustración relativa". Su principal hipótesis establece que la migración, en un contexto determinado, es percibida como un ejemplo que estimula un proceso de auto-refuerzo de las expectativas colectivas que desborda las motivaciones individuales, esto desencadena una expansión de las oportunidades y los deseos, ya que ambas -expectativas colectivas y motivaciones individuales- quedan conectadas a través del denominado "efecto Tocqueville": según aumentan las oportunidades para migrar, la frustración entre los potenciales migrantes aumenta con mayor rapidez. O lo que es igual, las expectativas aumentan mucho más rápido que las

oportunidades para migrar, de modo que se genera gran presión en el medio social (Faist, 2000).

A pesar de que estos modelos logran explicar el desarrollo de las relaciones sociales entre los migrantes potenciales, se ven limitados, en primer lugar, porque dejan fuera las relaciones que tienen lugar entre los migrantes y, en segundo lugar, porque, tomando por sí solo la acumulación de frustración, no consiguen explicar el reducido volumen de población migrante en algunas regiones del Sur o las causas del retorno (Faist, 2000).

Por su parte, los enfoques situados en el "nivel de análisis macro" han centrado su interés en las estructuras económica, política, cultural, social, o el ecosistema, como marco motivador de las diversas oportunidades -o presiones- migratorias que aparecen en el espacio. Massey (2003) nos ofrece una clasificación de los trabajos de investigación empírica realizados en torno a seis cuerpos teóricos que presentan distintas explicaciones sobre los acontecimientos del macro nivel que, según el autor, serían: la Economía Neoclásica (Todaro, 1976), la Nueva Economía de las Migraciones Internacionales (Stark, 1992), la Teoría de los Mercados Segmentados de Trabajo (Piore, 1979), la Teoría de Sistema Mundial (Sassen, 1988), la Teoría del Capital Social (Massey, Goldring y Duran 1994) y la Teoría de Causación Acumulativa (Massey, 1990). En estos enfoques ya son incluidas las instituciones intermedias, como sucede con la Nueva Economía de Stark, donde se incorporan las estrategias familiares como componente de las decisiones de los sujetos (Oso, 2008), pero sin superar ese carácter homogeneizador y estático que caracteriza a los enfoques micro-macro. Por su parte, las explicaciones que ofrecen los "enfoques estructuralistas", como en el caso de la teoría de la dependencia, establecen una conexión entre los flujos migratorios y las desigualdades en el desarrollo económico de los países. Según sus planteamientos, serían los macro-desequilibrios generados por las "relaciones de dependencia" entre los estados los que fomentan una división internacional del trabajo que alimenta unos flujos migratorios que, a su vez, generan un nuevo ciclo de mayor desigualdad y dependencia (De Haas, 2012; Faist, 2000; Walmsley, 2001).

En contraste, cómo señalan De Haas (2012) y Massey (2003), las posturas neoliberales que parten del "enfoque funcionalista" atribuyen a la migración internacional una "fuerza equilibrante" que conecta los mercados excedentarios en mano de obra -situados en el Sur- con los mercados deficitarios del Norte (De Haas, 2012; Massey, 2003). De esta forma, sostienen que los factores productivos tienden a reajustarse, reduciendo las imperfecciones del mercado, lo cual reporta beneficios mutuos que ayudarán a acortar gradualmente las

distancias entre ambas economías (De Haas, 2012; Walmsley, 2001). En ambos casos, estos enfoques centran gran parte de su argumentación en la existencia de factores estructurales de expulsión y atracción, adoleciendo, según Faist (2000), de una falta de sensibilidad hacia aquellos factores que emergen en otros planos de la vida social, lo cual les impide, por ejemplo, ofrecer explicaciones satisfactorias respecto a la dirección o las dinámicas de los flujos migratorios⁵.

Esta cuestión sí será abordada por la "teoría de los sistemas de migración", que logrará conectar varios niveles de análisis en su intento por relacionar la intensidad y dinámica de los flujos con el establecimiento de "sistemas migratorios" (Fawcett, 1989; Portes y Walton, 1981). Estos rompen con la representación lineal de los modelos migratorios *push-and-pull*, en favor de una interpretación sistémica de los fenómenos migratorios, que, desde aquí, se perciben determinados por la circularidad, complejidad e interdependencia de sus elementos (Faist, 2000). Al situar el foco de atención sobre la existencia de vínculos entre los países -históricos, económicos, culturales, etc.- y en la información que fluye a través de las cadenas y redes migratorias, consiguen mostrar cómo, cuando los lazos entre los países son fuertes y las cadenas y redes logran reducir los costes migratorios, se producen las condiciones idóneas para que se produzca una migración en masa (Kritz y Zlotnik, 1992). Sin embargo, aclara Faist (2000), este enfoque no logra explicar la "inmovilidad relativa" de los no migrantes.

La "teoría de redes", más sensible a los procesos que se desarrollan en el nivel meso, supera esta dificultad al explicar la movilidad relativa de los sujetos como una función de la posición que ocupan en la red. Y aunque esto ya supone un reconocimiento explícito de las desigualdades estructurales que condicionan los posicionamientos individuales, continúa sin ofrecer una explicación sobre el tipo de recursos que dan contenido a los lazos sociales y simbólicos que conectan las posiciones individuales (Faist, 2000).

La aproximación paulatina de los estudios migratorios hacia las explicaciones que surgen en el "nivel meso" puede ser vista como un intento de superar interpretaciones parciales, y el reconocimiento de una necesidad analítica que traslada el foco de interés hacia esa realidad inmediata donde los sujetos dan sentido a los procesos y dinámicas

⁵ Esto es lo que ha motivado, según Faist, la evolución de sus planteamientos, desde las pioneras leyes de Ravenstein, para incorporar el nivel meso, si bien, lo hacen sin lograr deshacerse de ese determinismo estructural del que adolecen sus planteamientos (Faist, 2000).

migratorias, integrándolos en un proceso social más amplio. Supone un reconocimiento de la importancia de los lazos sociales y simbólicos que establecen las personas en la constitución de los grupos y el desarrollo de los procesos sociales.

Es a través de su participación en los grupos sociales que las personas median en su relación con las estructuras más amplias, confirmando así el carácter creativo, relacional y procesual que tiene la construcción de espacios, identidades y preferencias (Bourdieu, 2000; Faist, 2000). Con ello podemos comprender cómo las personas -agentes- hacen algo más que decidir sobre las condiciones/oportunidades que les plantea el medio, pues estas se encuentran insertas en "redes de relacionalidad" (Faist, 2000), donde cada posición en el medio social determina un conjunto particular de obligaciones, expectativas, recursos y necesidades de individuos y grupos. Las decisiones adquieren todo su valor estratégico cuando son permeadas por esas relaciones de poder, solidaridad y dependencia, lo cual nos permiten describir la estructura de los lazos sociales y simbólicos y, más importante, dotarlos de contenido (Faist, 2000). Al mismo tiempo hace posible advertir el modo en que las relaciones de poder afectan a los procesos decisorios u observar su (re)configuración en las relaciones que establecen las familias, cadenas y redes migratorias que constituyen los flujos (Gurak y Caces, 1998).

Las construcciones de género en este contexto adquieren todo su sentido, pues es posible advertir el modo diferencial en que la realidad migratoria es percibida, evaluada y experimentada por mujeres y hombres (Oso, 2008; Pedone, 2005; Pribilsky, 2004). Es el lugar donde se aprecian las complejas dinámicas de interacción e integración sexuada que se desarrollan en esos espacios donde se dirimen las necesidades y compromisos que nos ayudan a entender la configuración de los patrones migratorios (Pribilsky, 2004). Por tal motivo, emprender un examen relacional y sistemático de los distintos niveles partiendo desde el nivel de "análisis meso" supone un ejercicio de integración analítica que nos brinda la oportunidad de aproximarnos a la cuestión migratoria desde una perspectiva holística.

Como señalábamos, también podemos identificar otro grupo de aproximaciones teóricas al fenómeno migratorio interesadas en dar cuenta de los "impactos de las acciones de los migrantes", ya que, pesa al interés más privado que las anima -personal, familiar o grupal-, los efectos de sus acciones que suelen trascender dicho interés, provocando cambios que afectan a la propia identidad del sujeto, a la comunidad, e, incluso, a las estructuras socio-culturales y económicas (De Haas, 2012). Esto ha contribuido a cambiar

las percepciones sobre las migraciones, llevando a autores como Castles y Miller (1993) a hablar de una "Era de las migraciones", en la cual los migrantes se han visto entronizados como "agentes de cambio social" como resultado de esa capacidad transformadora que les ha sido atribuida (Landolt et al., 2003). Esta posición de centralidad también es resultado del interés despertado por los espacios sociales transnacionales, una vez evidenciada su capacidad para movilizar flujos de personas y trabajadores, pero también de bienes materiales y simbólicos (Canales, 2005). Tampoco se puede ignorar cómo ha influido en esta situación el empuje de la visión ideológica civilista, que ha ayudado a desplazar la responsabilidad de los procesos de cambio social sobre la sociedad civil y, en consecuencia, ha trasladado a los migrantes responsabilidades que incumben a otros actores (De Haas, 2012).

1.1.2. Enfoques recientes en los estudios migratorios: el enfoque transnacional y la perspectiva de género

Como un resultado de los anteriores procesos se han impuesto, en el campo académico, dos perspectivas que han penetrado profundamente en los estudios sobre migraciones internacionales; éstas son: el enfoque transnacional y la perspectiva de género. Al igual que sucede con la escisión de los niveles de análisis -micro, meso y macro-, ambas perspectivas proponen un acercamiento a los procesos migratorios desde un ángulo particular o, si se prefiere, con una sensibilidad especial hacia determinados elementos cuya relevancia se advierte determinante para esclarecer los complejos procesos que afectan a los entornos migratorios. Se trata, en gran medida, de una conveniencia analítica, una dramatización, que facilita los propósitos del estudio.

A partir de la década de los noventa la "perspectiva transnacional" incorporará una nueva mirada sobre las migraciones internacionales (Herrera, 2004; Levitt y Jaworsky, 2007), que puede ser interpretada como una respuesta académica a una constatación empírica: los procesos migratorios hacen emerger unos espacios, o campos sociales⁶ (Suarez, 2008) que subsumen y, a la vez, superan la territorialidad (Walmsley, 2001), que

⁶ Como aclara Suarez (2008:928): "...la perspectiva transnacional va a requerir de nosotros adoptar una noción de campo social que, además de aplicar una vigilancia epistemológica sobre el nacionalismo metodológico, vaya más allá de una noción de espacio euclidiano, como mero contenedor de las prácticas de los agentes sociales. Esta noción de espacio, inspirado por el trabajo teórico de la geografía crítica, enfatiza la dialéctica entre el espacio como resultado de la acción social y como fuerza configuradora de la vida social y de la reproducción (y/o cambio) de las estructuras sociales (Soja 1989)".

retocan la territorialidad sobre la que trascienden (Moraes, 2009). De modo que, como explica Pries (1999), pueden ser mejor definidos como "espacios sociales transnacionales plurilocales", subrayando, así, la relevancia de lo local en la configuración del espacio como proceso relacional⁷ (Bourdieu, 1997; Moraes, 2009). Los migrantes, añade Suárez-Orozco (1999), están a la vez "aquí" y "allá", moviéndose a través de unos espacios de fronteras más imprecisas (Levitt y de la Dehesa, 2003), transformando esas realidades que acarician por su presencia (Faist, 2000; Suárez-Orozco 1999; Walmsley, 2001), imponiendo su huella sobre la realidad a través de su propia capacidad de acción - en la que algunos vieron una "globalización desde abajo" (Portes, Guarnizo y Landolt 1999). Los espacios transnacionales permiten la presencia simultánea y múltiple (transfronteriza y translocal) de los migrantes en los universos reales y simbólicos con los que interaccionan (Hannerz, 1998; Levitt y Glick Schiller, 2004; Levitt y Jaworsky, 2007), y es a través de estos espacios que los individuos se desplazan movilizand o bienes materiales, sociales y simbólicos (Faist, 2000; Herrera, 2004).

El término transnacional con el que son designados estos espacios hace referencia, explica Bauböck, a esta forma particular de "las actividades humanas e instituciones sociales que se extienden a través de las fronteras nacionales" (Bauböck, 2003:2). Se trata de una nueva concepción del espacio social transnacional, añaden Cassain y García (2014), que supone una ruptura con la conexión sociedad-Estado que estableciera la sociología, ya que "lo social ya no coincide con la organización socio-política del Estado, sino que lo excede a través de estas múltiples conexiones en las que se apoya la sociabilidad migrante" (Cassain y García, 2014:208). Los migrantes son capaces de desplazar con ellos un mundo simbólico y material -facilitando un flujo multi/bi-direccional de personas, valores, derechos, obligaciones, creencias, identidades, mercancías, dinero, oportunidades y esperanzas (Canales, 2005)- lo cual les convierten en agentes de comunicación, cambio e hibridación política, económica, cultural y social.

No cabe duda, nos recuerda Suarez (2008), que la existencia de redes y conexiones migratorias en el espacio social transnacional es tan antigua como los mismos procesos migratorios, motivo por el cual debemos entender que no se trata tanto de la novedad del fenómeno -aunque su morfología haya variado- como de una novedad teórica y

⁷ Tal y como nos explica Bourdieu (1997): "La noción de espacio contiene, por sí misma, el principio de una aprehensión relacional del mundo social" (Bourdieu, 1997:47).

metodológica (Suarez, 2008). Este enfoque permite comprender el componente creativo que tiene lugar en la conformación de estos espacios sociales transnacionales y que descansa en la capacidad de agencia de individuos, colectivos e instituciones.

El espacio social transnacional aparece como un espacio de sensibilidades complejas, dispuestas en un entramado de relaciones dinámicas que dan lugar a continuas interacciones, capaces de transformar las vidas y los medios que subsumen (Levitt y Jaworsky, 2007). A su vez, los agentes transnacionales -migrantes o no- actúan dentro de campos sociales transnacionales de menor tamaño que los espacios. Así, podemos entender el campo social, siguiendo a Levitt y Glick Shiller (2004:67), como: "un conjunto de múltiples redes entrelazadas de relaciones sociales, a través de las cuales se intercambian de manera desigual, se organizan y se transforman las ideas, las prácticas y los recursos".

La inversión en la dirección de los flujos migratorios, estimulados por las condiciones del mercado mundial, ha planteado nuevos retos tanto a los estados emisores como a los receptores, viéndose ambos sorprendidos por la movilidad creciente de las personas, y evidenciando, a su vez, la relativa inconsistencia/fluidez/permeabilidad de sus fronteras. Algunos estados han querido ver aquí una oportunidad para reconfigurar su contenido, buscando nuevos significados que permitiesen capturar el potencial de estas relaciones (Cortés y Sanmartín 2010; Levitt, y Jaworsky, 2007; Wimmer y Glick Schiller, 2003). El interés de los estados en participar de las relaciones transnacionales ha puesto de manifiesto la importancia que tienen los vínculos emocionales y cognitivos que establecen los individuos para crear significados que les permiten percibir, interpretar, comunicar y actuar dentro del espacio social (Solé, Parella y Cavalcanti, 2007).

Pero son los procesos de relacionalidad inmediata, donde encontramos a las instituciones intermedias como familias, cadenas y redes (Phinzaklea, 2003), la verdadera piedra angular del enfoque transnacional, pues es aquí donde se produce esa intersección comprensiva entre los factores estructurales y las dinámicas subjetivas que procuran a los procesos sociales su sentido interactivo y enactuado (Oso; 2008). Por tal motivo, poco puede extrañar que fuesen los estudios sobre redes migratorias los que destacasen el carácter colectivo de los procesos migratorios (Pedone, 2005), consiguiendo con sus explicaciones iluminar algunos aspectos relativos a las dinámicas que emergen en el interior de estos flujos (Herrera, 2001).

Además, esta orientación permite, a nuestro entender, escapar al reduccionismo economicista que plantean tanto el enfoque del racionalismo subjetivista como el del estructuralismo (Faist, 2000; Pedone, 2005), de tal modo que la migración recobra la forma de un proceso colectivo, dependiente de las decisiones estratégicas que tienen lugar dentro de la comunidad o la familia (Herrera, 2001; Oso, 2008; Pedone, 2005). Un acercamiento que consigue apreciar el papel determinante que juegan las redes migratorias en la activación, o reactivación, de los lazos entre los agentes, por los cuales circula un amplio y variado abanico de intercambios materiales, sociales y simbólicos (Solé et al., 2007; Suarez, 2008).

Respecto a las redes migratorias, logra mostrarnos cómo estas pueden variar a lo largo del proceso migratorio, explica Faist (2000), de tal modo que en la "fase inicial" del proyecto migratorio, ayudan a informar los procesos decisorios que dan lugar a la migración, seleccionando a los migrantes dentro de la comunidad o la familia (Herrera, 2001), salvando los obstáculos interpuestos por las políticas migratorias o sociales, e, incluso, financiando el viaje (Pedone, 2005). Posteriormente, tras la llegada a destino, pueden facilitar y asistir en el asentamiento, a través de favores e informaciones que permiten acceder al alojamiento o al empleo, o tramitar la documentación (Antón y Matarazzo, 2015; Pedone, 2005). Deben ser mencionadas, asimismo, otras importantes funciones de carácter cognitivo, relacionadas con la transmisión de información referente a las características culturales, sociales, económicos, legales, y demás, de la sociedad de destino (Pedone, 2005). En el plano emocional ha sido subrayada su importancia para mitigar el impacto de la ruptura vital con origen, permitiendo que el dolor del duelo pueda ser amortiguado por los vínculos que se establecen en las redes (Pedone, 2005; Canales, 2005).

Sin embargo, los estudios sobre redes migratorias también han advertido sobre algunos riesgos relacionados con la presencia de estas redes, pues dentro de ellas también hay intereses y juegos de poder (Herrera, 2001; Mejía y Castro, 2012; Pedone, 2005). Se ha señalado que éstas pueden ser responsables del aislamiento de los migrantes de la comunidad local o de la prolongación de su proceso de adaptación en destino (Herrera, 2001; Mejía y Castro, 2012). En relación con esto, Pedone (2005) señala la necesidad de recordar que las redes, en contra de la percepción común, no son organizaciones altruistas y pueden, incluso, elevar los costos del proceso migratorio como sucede, por ejemplo, con los costos de ingreso.

Por otro lado, se ha destacado cómo las características de los lazos sociales y simbólicos que se establecen entre migrantes y no migrantes difieren y varían a lo largo del tiempo, dotando a las redes de morfologías distintas y cambiantes (Oso, 2008; Pedone, 2005). Así, la forma y densidad de dichos lazos se encuentra directamente relacionada con las necesidades u objetivos que la red cubre en un momento determinado (Faist, 2000) pudiendo variar en su forma contenido y desarrollo en función del género de los agentes (Monquid, 2004; Oso, 2008:13).

Una situación que, como nos explica Bourdieu (1997 y 2000), puede ser explicada como una rasgo general del patriarcado, pues la responsabilidad de mantener los vínculos familiares en los intercambios cotidianos, en situaciones de estrés o la mediación para la pacificación de las relaciones sociales/familiares suele recaer sobre las mujeres, ya que son ellas quienes actúan como soporte emocional de la familia y la comunidad (Martínez, 2001; Segalen, 2004). Un ejemplo de esto nos lo ofrece el estudio de Monquid (2004) con mujeres marroquíes en Francia, ya que su experiencia nos muestra cómo son las mujeres quienes suelen mantener lazos de solidaridad fuertes y también son ellas quienes, de forma habitual, están más unidas a las familias en el país de origen, destacando, con ello, una mayor debilidad de los lazos que establecen los hombres en las redes (Monquid, 2004; Oso, 2008:13; Sanz Abad, 2014).

En cualquier caso, estos lazos pueden variar y su contenido puede verse complejizado en respuesta a una serie de estímulos de carácter endógeno -relacionados con la incorporación o salida de agentes, su ciclo vital, fase del grupo, etcétera- o exógeno, pues el contexto político internacional determina la especificidad de la red, de los lazos que se establecen entre migrantes y no migrantes y, por tanto, del espacio social transnacional (Faist, 2000; Pedone, 2005). En cualquier caso, el tipo de lazos sobre el que se asienta la red dependerá de los recursos que por ella circulan y estos, a su vez, deben responder a las necesidades de los agentes. Por esta razón, la definición de la red requiere un adecuado conocimiento de sus dinámicas, articulación y consolidación, lo que pasa, a su vez, por el análisis de la calidad, la cantidad y el modo en que circula la información en su interior (Pedone, 2005).

En relación con lo anterior, resulta bastante esclarecedor el argumento de la "fuerza de los lazos débiles" (Granovetter (1973) citado en Faist, 2000), que aporta la teoría de redes, pues explica la importancia que tienen los flujos y contenidos de información en la configuración la red. Según esta, los "lazos fuertes" permiten fluir la información -u otros

recursos materiales o simbólicos- con mayor rapidez, pero, sin embargo, es a través de los "lazos débiles" donde los flujos de información se vuelven verdaderamente valiosos (Faist, 2000). Los lazos débiles están conformados por una urdimbre de obligaciones recíprocas y solidaridades -reciprocidad difusa y diferida- que amplifica el campo social de los agentes y, por ello, es en éstas redes donde se produce una mayor propensión de crecimiento del capital social.

Algunos trabajos han advertido como en las fases tempranas del flujo migratorio la información y el resto de recursos que fluyen a través de redes quedan restringidos al ámbito del grupo doméstico -en sentido amplio- con predominio de los lazos fuertes vinculados a los "familiares pioneros" (Hondagneu Sotelo 2000; Parreñas 2005), quienes actúan como "cabecera de puente" en el establecimiento de una "conexión migratoria" y dan forma al "carácter sostenido de los flujos" (Faist, 2000; Pedone, 2005).

Pedone (2005) define estos vínculos que se asientan en el ámbito de la parentela como "cadenas migratorias", las cuales pueden, a su vez, verse integradas en estructuras de mayor tamaño: las redes. Podemos entender cómo el salto de la cadena a la red se produce por extensión de las relaciones de identidad, que pueden establecerse sobre el parentesco ficticio -amistad, vecindad, paisanaje, nacionalidad, regionalidad, etc.-. Dentro de estas redes también se elaboran significados que pueden informar las representaciones -sobre el lugar, las posibilidades, etc.- que posibilitan la formación de la "cultura migratoria", la cual se convierte en contexto de referencia en la socialización de la comunidad transnacional, animando a los individuos a viajar (Pedone, 2005).

De tal modo que la migración puede ser entendida como una práctica social en la cual emergen las distribuciones de poder que determinan la accesibilidad o el control relativo de los individuos a los recursos en lid (Faist, 2000; Herrera, 2004; Pedone, 2005), desarrollando dinámicas que permiten reorientar las relaciones de poder familiar o comunitario dentro del espacio transnacional (Herrera, 2001 y 2004; Pedone, 2005). Es entonces cuando la decisión de migrar aparece como una "estrategia grupal", permeada por factores generacionales, sexuales, étnicos, etcétera; transportando a este espacio esas desigualdades y jerarquías que nos ayudan a comprender y explicar tanto las experiencias de los actores como sus trayectorias socio-espaciales (Herrera, 2004; Pedone, 2005).

Como se señala en Pedone, Agrela y Gil Araujo (2012), los estudios sobre redes migratorias han mostrado la relevancia de la familia -o la comunidad- para abordar el

fenómeno migratorio en busca de explicaciones, por ser este el espacio donde se reproducen esos juegos de poder que marcan las diferencias de género (Herrera 2001 y 2004). Las trayectorias migratorias de mujeres y hombres adquieren pleno sentido cuando se enmarcan en el contexto temporal amplio de unos lazos sociales y simbólicos, que dejan asomar la reconfiguración de las relaciones y las identidades (Pedone, 2005), que engrana con las experiencias subjetivas (Herrera, 2004; Oso, 2008; Pedone, 2005).

1.2. GÉNERO Y MIGRACIONES

Antes de adentrarnos en el enfoque de género parece oportuno situar algunos términos, de frecuente alusión en la literatura, a los que este trabajo recurre con asiduidad, como son los conceptos ideología, dominación y género.

Con el concepto de ideología, siguiendo a Thompson (1991), hacemos referencia a la noción de significado y al modo en que éste sirve para mantener y preservar las relaciones dominación. El autor define como significado todas aquellas formas simbólicas que los sujetos producen y reproducen -a través de sus acciones, declaraciones, imágenes, etc.- y que son reconocidas, por ellos y por otros, como constructos significativos incrustados en contextos sociales estructurados. Asimismo, cuando hablamos de procesos sociales estructurados estamos advirtiendo la existencia de diferencias sistemáticas en la distribución y acceso a los recursos disponibles a los individuos en función de su posición en el espacio social que, en consecuencia, puede ser definido como un campo de fuerzas (Bourdieu, 1997; Kerbo, 2003; Thompson, 1991).

Es decir, la posición de los individuos en el espacio social está asociada a variables grados de poder. Así, Thompson (1991) define poder como la capacidad social e institucional que habilita, o autoriza, a algunos individuos a tomar decisiones, perseguir fines y realizar intereses. Podemos hablar de dominación, explica, cuando las relaciones de poder son sistemáticamente asimétricas, es decir, que dicho poder es conferido de forma -relativamente- permanente y excluyente a unos individuos que pueden imponer sobre las mentes determinadas visiones -sus cosmovisiones; los significados que atribuyen al mundo- que ayudan a establecer y mantener las divisiones sociales y las relaciones de dominación (Bourdieu, 1997 y 2000; Thompson, 1991). Esta producción de significado, según Thompson (1991), se articula a través de ciertos modos de operación de la ideología -como son la legitimación, ocultación, unificación, fragmentación y cosificación- que,

según las circunstancias, se desarrollan a través de diversas estrategias de construcción simbólica⁸.

De este modo, añade Bourdieu (2000), se promueve una percepción legítima de los objetos y sujetos del mundo social pues nuestra percepción de los objetos es resultado de las propiedades -significados- que le son simbólicamente atribuidas. Además, los agentes observan este mundo objetivo simbólicamente estructurado -estructura estructurante- a través de los esquemas de percepción, interpretación y acción -estructura estructurada- que han incorporado durante su socialización, y que, por tanto, son reflejo de un estado de relaciones de poder simbólico que sitúan objeto y sujeto en relación ontológica (Bourdieu, 1997 y 2000).

Las relaciones de dominación, como advierte Foucault (1998), tienen una genealogía y son reflejo de unas relaciones de fuerza locales e inestables, sometidas a un incesante juego de luchas que las transforma, refuerza e invierte. Las relaciones de dominación se (re-) producen en todos los puntos, en cada encuentro donde actúan las relaciones de fuerza - grupos, instituciones, familia, etc.- en esa multitud de frentes que, a su vez, son atravesados por los intereses de las grandes dominaciones que producen efectos hegemónicos. Es debido a esto, como explica el autor, que tanto el poder como las resistencias se encuentran en situación relacional, se reclaman y se crean, surgiendo de su contacto los conflictos y las luchas que dinamizan, transforman e, incluso, destruyen las relaciones de dominación. Por tanto, continúa, las resistencias nunca se encuentran en posición de exterioridad respecto a los mecanismos del poder, pues están inscritos en los múltiples campos donde se desarrollan unas relaciones de fuerza que producen efectos globales, pero nunca estables.

De acuerdo con lo anterior, cuando hablamos de género nos referimos a las formas simbólicas (Bourdieu, 2000; García y García, 2006) producidas y reproducidas por una sociedad para comprender, organizar y practicar las diferencias y similitudes en los roles, atributos y comportamientos asignados a hombres y mujeres en función de la interpretación cultural de la sexualidad (Télez y Verdú, 2011). Para Casado (2002), el

⁸ Así, el autor explica cómo se articula cada uno de estos modos con diferentes estrategias: la legitimación estaría relacionada con las estrategias de racionalización, universalización y narración; la ocultación con el desplazamiento, la eufemización y los tropos; la unificación estaría ligada a las estrategias de estandarización y simbolización de la unidad; la fragmentación con la diferenciación y la expurgación del otro; y, por último, la cosificación se apoya en las estrategias de naturalización, eternalización y pasivización (Thompson, 1991).

género puede ser definido como un artefacto o conjunto de efectos semiótico-materiales, donde las constricciones de la estructura están sometidas una continua recreación e interpretación relacional. En este sentido, los conceptos de masculinidad y feminidad son siempre producto de la elaboración ideológica y la recreación socio-histórica de los significados, instituciones y relaciones de género que atraviesan y estructuran la vida social (Connell, 1987; Bourdieu; 2000; Téllez y Verdú, 2011).

A su vez, con el concepto de patriarcado hacemos referencia a una disposición jerárquica de los modelos de identidad de género que sirve para garantizar "el dominio masculino sobre las mujeres", proclamando una superioridad masculina que oculta sus vulnerabilidades y dependencias (Téllez y Verdú, 2011:96; Waisblat y Sáenz, 2011). En consecuencia, el concepto de dominación masculina (o patriarcal) hace referencia a las relaciones sistemáticamente asimétricas, entre las masculinidades y las feminidades vigentes en un contexto socio-histórico, las cuales son articuladas en torno a los modelos de identidad de género hegemónicos mediante complejas interacciones que son encauzadas por las instituciones sociales (De Martino, 2013).

En otro sentido, la incorporación del género a los estudios migratorios ha corrido paralela al desarrollo de una mayor sensibilidad hacia la importancia de los procesos relacionales que se desarrollan en el contexto migratorio. Como aclara Oso (2008), el interés que comienzan a despertar las instituciones intermedias en los estudios de movilidad en la década de los ochenta abrirá el paso a los enfoques integracionistas, representados por las perspectivas transnacionalistas, estructuralistas o de la globalización. Así, con la inclusión de los hogares, las redes y los espacios transnacionales, se propició la apertura analítica que permitió la introducción de la migración femenina (Kofman, 2004; Oso, 2008).

Oso (2008) sostiene que la importancia del hogar como unidad de análisis descansa en la posición de centralidad que ocupa en el proceso migratorio, pues nos permite mostrar la migración como parte de una estrategia del hogar y, a su vez, logramos visibilizar las desigualdades y los conflictos que impone la ideología patriarcal a las relaciones que la integran. En este sentido, explica, el enfoque transnacional consigue mostrar la migración como una estrategia de reproducción familiar, contribuyendo a visibilizar la migración de las mujeres jefas de hogar transnacional y las nuevas relaciones de explotación y dependencia que se generan dentro de los hogares, al promover cambios en la configuración de los roles y las dinámicas familiares.

Por su parte, Sanz Abad (2014) destaca la importancia de la variable de género para comprender los cambios, negociaciones y cuestionamientos que surgen dentro de la familia, al tiempo que reclama la necesidad de adoptar "una perspectiva procesual que tenga presente cuál era la situación previa a la migración" (Sanz Abad, 2014:204).

1.2.1. Identidades, modelos, relaciones y procesos de género

Las configuraciones de género presentes en un momento y lugar dado son consecuencia de las situaciones estratégicas -relaciones de fuerza- desde las cuales se movilizan los símbolos y significados que sirven para preservar la estructuración social y, por tal motivo, son siempre históricos, disputables y relacionales (García y García, 2006).

Al hablar de identidades de género hacemos referencia al modo en que ser hombre y ser mujer es asociado culturalmente a un conjunto diferenciado de experiencias ligadas funcionalmente y estructuradas de acuerdo con el estatus que les asignan las representaciones hegemónicas de género (Connell, 1987; García y García, 2006; Téllez y Verdú, 2011).

Cómo explica Bourdieu (2000), las categorías de género son interiorizadas por los agentes y éstos las proyectan sobre el mundo, de modo que, el principio de división de género se convierte en principio de división -y visión- del universo. En consecuencia, no solo los individuos, sino los objetos, las prácticas, los espacios, las relaciones y los procesos son sexualizados (Bourdieu, 2000). Por este motivo, al hablar de relaciones de género hacemos referencia tanto a las relaciones objetivas que establecen los individuos con el medio productivo, las instituciones, los valores y las normas (Connell, 1987; Téllez y Verdú, 2011), como a las relaciones intersubjetivas -de alteridad- donde emergen las contraposiciones y dependencias frente al otro -u otros- (Gutmann, 1997; Téllez y Verdú, 2011). Pero, de igual forma, nos referimos a esas relaciones constitutivas del sujeto que aparecen en los procesos de individuación y construcción identitaria (Rodríguez, 2014), es decir, a los "procesos de encarnación" donde se encuentran "lo material y lo inmaterial" (García y Casado, 2008:182).

Los mecanismos de diferenciación de género, explican Téllez y Verdú (2011), son comunes en la mayor parte de las sociedades, y la labor de descifrar estas diferencias ha sido emprendida partiendo de distintos enfoques y disciplinas (Téllez y Verdú, 2011). La teoría de roles del modelo funcionalista, como el desarrollado por Parsons y Bale (1955), presenta un primer intento de categorización en el cual se subrayaban las diferencias entre

los modelos de identidad de género, donde aparece, de un lado, el padre proveedor y, del otro, una madre afectuosa, y que venían a ejemplificar las figuras del modelo familiar contractual hegemónico vigente en el momento (Minello, 2002; Miranda, 2006). Sin embargo, deja fuera los procesos socio-históricos que los habían conformado y, por tanto, las relaciones de fuerza y el conflicto inherente a las relaciones estructurales (Minello, 2002:14) y deja fuera otras realidades.

Posteriormente, el modelo psicoanalítico de Chodorow (1991) introducirá la opresión psicológica y social en el modelo de roles, para mostrarnos como el universo social -los individuos- son psicológicamente sexualizados y dotados de género, centrando su interés en los efectos psicológicos que la maternidad y el cuidado producían en la identidad femenina -y la masculina. Siguiendo los planteamientos freudianos, la autora sitúa esta escisión de género en las etapas tempranas de desarrollo, momento en el que se introduce la división de las tareas productivas y reproductivas que facilitan la orientación emocional y sexual diferencial, en hombres y mujeres, que da sustento al sistema de dominación masculina (Chodorow, 1991); cuestión, ésta, sobre la que es posible encontrar cierto consenso dentro de la literatura de género (Bourdieu, 2000; Camacho, 2001; Martínez, 2001). Sin embargo, algunos de sus planteamientos han generado cierta controversia, como sucede con la postura que mantiene respecto al impacto transformador que se puede lograr mediante el intercambio de roles, es decir, mediante la inversión de las implicaciones de género en los espacios productivos y reproductivos. Este postulado recibió algunas críticas, incluida la de la propia Chodorow, por ser esta una visión que resultaba excesivamente normativa y próxima a la postura de la teoría de roles (Minello, 2002).

Los planteamientos que ofrece la teoría política de los estudios feministas a partir de los noventa son similares, pues giran en torno a una concepción de "empoderamiento" que parece seguir demasiado centrada en el efecto performativo que se puede atribuir al intercambio de roles, y deja fuera otros condicionamientos relacionales y procesuales que afectan al proceso de desarrollo identitario -de encarnación (García y Casado, 2008; Téllez y Verdú, 2011). Como advierten Téllez y Verdú (2011), uno de sus principales escollos es precisamente la dificultad para defender la correspondencia entre roles e identidad, lo que llevaría a muchos de los teóricos de los roles hacia posturas esencialistas, desde las cuales se defiende la existencia de un núcleo duro en cada individuo/identidad (Connell, 1987). De igual forma, podríamos sumar a esta relación las posturas positivistas que pusieron el acento en las conductas y características observables en sus intentos de concreción de la

identidad masculinidad. Pero tanto los unos como los otros fueron criticados por la arbitrariedad y el condicionamiento cultural inherente a toda categorización (Andrade, 2001; Minello, 2002).

Sin embargo, a pesar de todas las dificultades que encontramos para defender la existencia de los modelos normativos de identidad, lo cierto es que ésta parece innegable. En este sentido, explican García y Casado (2008), es importante recordar que al hablar de modelos de identidad de género hacemos referencia a las formas legítimas de masculinidad y feminidad presentes en un contexto socio-histórico particular. Gomá (2014) define el modelo social como resumen de un mundo de experiencias de vida cuyas expresiones son adecuadas al medio objetivo, aceptadas socialmente y aprehensibles por las personas a través de la observación, ofreciendo a los individuos soluciones validas y demostradas para resolver cuestiones prácticas. Por lo tanto, los modelos permiten a los agentes armonizar sus acciones con las expectativas sociales y dotan de estabilidad al sistema (Bourdieu, 1999; Gomá, 2014; Todorov, 2000). Es decir, las expresiones normativas de feminidad y masculinidad ratifican el consenso cultural acumulado respecto a las formas socialmente aceptadas y valoradas de “ser” y “estar” en el espacio social; son la norma consensuada del grupo.

Sin embargo, la teoría de los modelos enfrentaba dos problemas principales desde el punto de vista sociológico, ya que mostraba una imagen estática de los modelos de identidad que no lograba explicar su génesis, ni tampoco alcanzaba a explicar la variedad de expresiones subjetivas. Al menos hasta que Connel (1987) planteó el concepto de "modelo hegemónico de masculinidad", definido como un patrón ideal de prácticas que legitiman y reproducen las relaciones de dominación entre hombres y mujeres, al tiempo que orientan las prácticas masculinas de acuerdo con los "códigos básicos de hombría" (Andrade, 2001:132). Este planteamiento supone un reconocimiento de la diversidad, pues admite la existencia de modelos alternativos o subalternos ligados a través de relaciones de poder (Connel, 1987).

Los modelos, a diferencia de los roles, no se pueden vivir, y tienen un sentido referencial abierto, lo que da lugar a una variedad de interpretaciones pues, como recuerda Todorov (2000), "hay que saber distinguir entre germen y fruto". En este sentido debemos considerar, como señala Bourdieu (1997), que las estructuras objetivas y subjetivas configuran un "espacio de posibilidad", al que Foucault denomina "campo de posibilidades estratégicas" (Bourdieu, 1997), que orienta la acción de los individuos a través de las

coordinadas que éstos tienen en la cabeza, y, por tanto, los agentes siempre cuentan, tanto con un margen de acción legítimo, como con un margen de acción ilegítimo, con sus respectivos rendimientos -positivos o negativos- sobre los stocks de capital -material, social y simbólico- de los que éstos disponen (Bourdieu, 1997 y 2000).

No obstante, el debate generado por los planteamientos de Connell (1987) permitiría que se reconociese, incluso por el propio autor, la convivencia de varios modelos de masculinidad y feminidad hegemónicos en un momento y lugar, de modo que, a partir de ese momento, comienza a hablarse de modelos de masculinidades y feminidades en plural. En cualquier caso, como advierten García y Casado (2008), defender la existencia de los modelos hegemónicos en la actualidad pasa necesariamente por admitir la complejidad, diversidad y contingencia de estos productos de nuestra praxis, cuya actualización -incorporación- puede producirse con fisuras, y es aquí donde sus atributos se ven sometidos al juicio del reconocimiento y la valoración de "los otros".

Parece oportuno introducir en el debate sobre los modelos la cuestión de las emociones, pues esto nos permitirá definirlos como representación de un régimen normativo corporal-afectivo. Lo cierto es que la referencia a la emocionalidad de hombres y mujeres es frecuentemente referida en los estudios migratorios de género, si bien suelen estar ausentes de explicaciones sobre el papel que juegan los patrones de expresión o control emocional en la configuración de la experiencia migratoria.

Este asunto de las emociones ha comenzado a recibir mayor atención a tenor del impulso propiciado por los recientes hallazgos de la neurociencia y diversas investigaciones antropológicas. Y esto porque la evidencia parece situarlas, directamente, en los mecanismos de incorporación de los modelos y la construcción de las identidades, evocando la unidad integrada de lo biológico y lo cultural (Casado, 2003). Como se ha comentado, los modelos son en realidad abstracciones que dan forma a la moralidad del grupo, es decir, son "compendios de virtud" (Gomá, 2014). Pero, lo cierto es que estas virtudes tienen una base somática, como se evidencia en las expresiones sentimentales (ej.: deshonor-vergüenza) que provocan un estado de reacción fisiológica cuando los individuos sienten haber transgredido alguna norma moral (Bourdieu, 1999; Gomá, 2014).

Algunos autores, como Damasio (1994) y Prinz (2006), sostienen que las emociones, además de estar correlacionadas con los juicios morales, son necesarias y suficientes para la elaboración de estos juicios (Prinz, 2006). Sus argumentos se basan en la evidencia

aportada recientemente por la neurociencia, lo que lleva a Prinz (2006), tras revisar el vínculo emoción-moral desde distintas áreas de conocimiento, a sostener: en primer lugar, la existencia de una conexión entre los sentimientos (juzgar que algo es incorrecto es tener un sentimiento de desaprobación hacia ello) y los juicios morales; en segundo lugar, que los juicios morales son dependientes de la expresión de una respuesta dentro de una comunidad de moralizadores (malo es lo que causa desaprobación dentro de la comunidad); y, en tercer lugar, que los juicios morales ordinarios tienen motivación intrínseca, es decir, mueven al agente a actuar (Prinz, 2006).

A esto es a lo que hacen referencia Damasio (1994) cuando habla de "marcadores somáticos", o Bourdieu (2000) al hacerlo sobre la "frontera mágica", pues en ambos casos se pretende señalar los límites en las prácticas y los discursos esculpidos por los regímenes corporal-afectivos (Casado, 2002) cuya transgresión despierta en los individuos emociones de vergüenza, humillación, timidez, etc. (Bourdieu, 2000; Damasio, 2007; Prinz, 2006).

En una línea similar Fox (2004:66) relaciona la socialización con la capacidad humana de inhibir sus impulsos, vinculando la norma social a los sentimientos mediante lo que denomina "mecanismos auto-inhibitorios", cuya capacidad, explica: "faculta a los hombres para inhibir sus propios impulsos y les condiciona para aceptar las normas aprendidas; la culpabilidad (por leve que sea) es el aviso que le recuerda que esta infringiéndolas". Algo que parece concordar con los resultados del trabajo de Hoffman (1983) sobre el desarrollo moral, dónde observó como los padres dedican una gran cantidad de entrenamiento al aprendizaje de reglas morales y, también, que las principales técnicas a las que recurren para expresar/enseñar reglas morales están relacionadas con emociones (de manera que la afirmación del poder estimula el miedo, la inducción la angustia o aflicción, y la retirada del cariño estimula el sentimiento de tristeza).

En su revisión de la evidencia antropológica, Shweder, Much, Mahapatra y Park (1997) hallaron la presencia transcultural de tres códigos morales, estos son: el código de autonomía, que incluye las reglas diseñadas para proteger a las personas, especialmente del daño y la violencia; el código de jerarquía, cuyas reglas están diseñadas para proteger a la comunidad que enfatiza el respeto, el rango y lo público; y, por último, el código de divinidad, cuyas reglas pertenecen al orden natural, donde el énfasis se sitúa sobre la pureza, y que incluye las normas de sexo, género, o las religiosas (Shweder et al., 1997; Prinz, 2006). En un trabajo posterior, Rozin, Haidt, Imada y Lowery (1999) observaron como las trasgresiones a cada uno de estos códigos parecían estar asociadas con la

expresión de diferentes emociones, de forma que, mientras los crímenes contra la personas provocan ira, las infracciones contra la comunidad despiertan desprecio, y las trasgresiones del orden natural estimulan repugnancia (Rozin et al., 1999).

De acuerdo con estos planteamientos, el modelo, en tanto que compendio moral que refiere a unos patrones de prácticas legítimas, está vinculado a unos patrones de orientación emocional derivados de la política sentimental de control social, de acuerdo con la relación que establecen estos autores entre transgresión moral⁹, experiencia emocional -culpa o vergüenza- y expresión emocional (Damasio, 1994 y 2007; Prinz, 2006). Es conveniente aclarar, siguiendo a Prinz (2006), la distinción entre emociones, entendidas como estados de ocurrencia de determinados patrones de reacción corporal, y sentimientos, entendidos como una disposición a tener emociones. Así, explica, las políticas sentimentales establecen una vinculación entre los valores morales básicos y determinados sentimientos¹⁰, que son vinculados asociativamente en la memoria a largo plazo a unos tipos de acción concretos (Ramírez Goicoechea, 2001; Prinz, 2006).

Teniendo esto en consideración, ahora, podemos volver la mirada hacia el trabajo de Benedict (2006), "El Crisantemo y la Espada", que, a pesar de las numerosas críticas de las que ha sido objeto -acusada de un excesivo reduccionismo o exotismo que plantean algunos de los argumentos generalizadores y simplificadores-, apunta hacia cuestiones de interés. Nos estamos refiriendo, en concreto, a la clasificación cultural que realiza de acuerdo con la política sentimental dominante en la cultura, lo que la lleva a distinguir

⁹ Así, explica Prinz (2006), los sentimientos de aprobación/desaprobación estarán constituidos por diferentes emociones en diferentes momentos.

¹⁰ De hecho, uno de los aspectos sobre los que parece haber mayor certidumbre, como explica Ramírez Goicoechea (2001:9): "era reconocido incluso por un defensores de la razón desencarnada como era Durkheim (1982), es sobre la importancia de las emociones -afectos- en la construcción de vínculos sociales, como se evidencia en la distinción entre la cognición social- comprensión de las personas- y la cognición general -comprensión de las cosas (Hoffman, 1981). [...] Hoffman subraya la importancia de las emociones desde el punto de vista de la cognición social y el lugar de ésta en la cognición en general. El afecto juega un papel esencial en la distinción entre la comprensión de las personas y la comprensión de los objetos, aludiendo una diferencialidad del dominio entre la inteligencia física o mecánica y la social [18]. Para M. L. Hoffman (1981) la cognición social precede a la cognición no social y las emociones, pues la evidencia empírica, antropológica y neurocientífica, parece corroborar su conexión: Las relaciones entre ambas dimensiones mentales parecen ser, pues, enormemente estrechas. El sistema límbico también es fundamental para la memoria y el procesamiento de información (Laird et al., 1982)".

entre culturas de la vergüenza¹¹, donde las transgresiones generan desprecio y burlas que son experimentadas como algo insoportable por los hombres, y culturas de la culpabilidad, donde todas las acciones del individuo están avocadas a estimular un perenne sentimiento de incumplimiento y desasosiego (Benedict, 2006).

Nuestro interés sobre este particular se dirige a la relación que establece Benedict entre la política sentimental y la acción, ya que este vínculo nos ofrece una explicación sobre el modo en el cual determinados sentimientos, como los de vergüenza pueden ser vinculados a la acción, la heroicidad y la gesta, mientras que otros, como los de culpabilidad, parecen promover la docilidad pasiva de los individuos; es decir, en lugar de crear héroes reconocen pecadores. En este sentido, podemos interpretar las emociones como una expresión -una declaración- ante los demás, y ante uno mismo, de la incorporación de un modelo social, es decir, como "un «metamensaje» sobre la relación del actor con su comportamiento socialmente codificado" (Ramirez Goicoechea, 2001:189).

Esta vinculación entre moral y emoción parece alcanzar a los modelos de identidad de sexo-género, pues éstos suelen estar vinculados a diferentes patrones emocionales de control social y, como consecuencia, a experiencias y expresiones emocionales de género. Este enfoque nos permite aproximarnos a la encarnación de los modelos de identidad, a las fracturas y los conflictos inherentes a estos procesos durante la experiencia migratoria desde una óptica diferente. Interpretar los modelos de identidad como compendios de reglas morales incorporados a través del condicionamiento emocional nos permite observar bajo otra luz determinados procesos como, por ejemplo, la colisión entre los patrones reglas -de género- morales -adquiridos en origen- con los patrones convencionales -adquiridos en destino-¹², así como el fortalecimiento de determinadas políticas de control emocional cuando aparecen quiebras (García y Casado, 2006; Prinz, 2006).

¹¹ Por ejemplo, Hochschild (1983) nos muestra la relación entre las variaciones históricas e ideológicas y los estilos emocionales.

¹² Una de las cuestiones que aborda Prinz (2006) es, precisamente, esta diferencia entre los juicios sobre reglas convencionales y los juicios morales ordinarios, entendiendo que los primeros refieren a valoraciones sobre la corrección o incorrección de determinadas acciones de acuerdo con un determinado código que no están ligados a una política sentimental y, por tanto, conservan cierto grado de exterioridad para los sujetos. Mientras que los segundos -juicios morales- se basan en una valoración sobre lo que resulta malo o bueno dentro de una comunidad de moralizadores, y, como hemos señalado, éstos son interiorizados por los individuos y tienen una motivación intrínseca a la acción.

En lo que respecta a los atributos tradicionalmente asociados a los modelos de feminidad y masculinidad, para elaborar un modelo interpretativo adecuado es preciso situarlos en el marco de las relaciones objetivas y subjetivas donde son recreados en un momento y lugar dado; pues son estas relaciones las que dichos modelos aspiran a reglar (Andrade, 2001). No obstante, es posible identificar una serie de atributos habitual y transculturalmente asociados a los modelos de masculinidad y feminidad, cuyo ámbito normativo alcanza a cuestiones relativas a las relaciones sexuales, las relaciones de poder y la expresión afectivo-emocional (Connel, 1987).

Algunos autores han encontrado en la asimetría sexual humana, a la que Bourdieu (2000) denomina como "asimetría sexual básica", el origen de ese "contrato sexual" (Pateman, 1995) cuyos términos fundamenta la escisión patriarcal del mundo de la experiencia con el propósito de crear unos seres tan incompletos y dependientes en el ámbito socio-cultural como los son en el biológico (Martínez, 2001). Así, la especialización reproductiva de la mujer es convertida en valor del modelo femenino mediante la "mistificación de la maternidad", para procurar el compromiso de la mujer con su propia sujeción y con la crianza (Di Nicola, 1991).

Según Chodorow (1991), el rol de madre permitió que se originasen y perpetuasen las condiciones semiótico-materiales que facilitan la reproducción de las relaciones de dominación masculina, ya que, con ellos se lograba el confinamiento de la mujer a la esfera doméstica, posibilitando la división de las tareas -productivas y reproductivas- que genera esa situación de dependencia entre los sexos y que se sustenta sobre el modelo de feminidad materialmente dependiente del hombre proveedor (Rodríguez, 2014:174; Andrade, 2001: 132; Waisblat y Sáenz, 2011).

A través de esta identificación de la feminidad con el hogar -espacio reproductivo-, la ideología patriarcal consigue excluir -o limitar- la presencia femenina en "lo público", convirtiendo la esfera privada en un espacio de confinamiento donde su presencia es naturalizada y su existencia invisibilizada y privada de derechos (Bourdieu, 2000; Gregorio Gil, 1998; Hartman, 1976; Montenegro, 2008).

El hogar se convierte, por tanto, en un espacio para el desarrollo y aprendizaje de la feminidad, donde se entrenan esas habilidades y virtudes que la ideología patriarcal le reserva -afecto, sensibilidad, resistencia, paciencia, mesura, relaciones sociales, etc. (Bourdieu, 2000; Martínez, 2001). El modelo tradicional de feminidad que elabora la

ideología patriarcal se sustenta, habitualmente, sobre una división de la sexualidad femenina que distingue la mujer-vida de la mujer-placer, siendo estos convertidos en los factores de cosificación de la mujer, en cuanto atributos susceptibles de intercambio, confiriendo a la feminidad un valor que debe ser custodiado (Bourdieu, 2000; Hartman, 1976).

De esta forma, la cosificación de la mujer resulta del control masculino sobre sus capacidades productivas, reproductivas y placer-sexuales femeninas, todas ellas a disposición simbólica y material de unos hombres que se convierten en custodios de su valor, incluso con el recurso a la violencia (Bourdieu, 2000; Hartman, 1976; Mestre, 2002).

Los modelos de feminidad tradicionales se han visto desafiados por la multiplicación de modelos de feminidad alternativos, resultado, entre otros, de la presencia de la mujer en espacios -físicos y simbólicos- así como en tareas tradicionalmente masculinas, lo que ha afectado a la configuración de las identidades pues ha supuesto un desplazamiento de las relaciones de género hacia nuevas situaciones de equilibrio y/o nuevos puntos de opresión (Walby, 1990). De forma que la participación de la mujer en la esfera productiva ha venido a poner en cuestión la distribución de las cargas reproductivas dentro del hogar (Mestre, 2002:192).

En este contexto, indica Gregorio Gil (2009), los estudios de género han estado orientados principalmente a: evidenciar los desequilibrios en las relaciones de género, visibilizar las aportaciones de las mujeres y/o promocionar relaciones sociales igualitarias. Sin embargo, a pesar del gran desarrollo alcanzado por este campo de estudios, como advertiría Gutmann (1997), la naturaleza de los hombres y la masculinidad había recibido escasa atención en los estudios antropológicos, donde se tendía a identificar género con mujeres (Gutmann, 1997:403). De forma que, a partir de la década de los noventa, aparece una nueva sensibilidad hacia los problemas específicos que afectan a la masculinidad (Connell, 1987; Minello, 2002).

En relación con la masculinidad, la revisión antropológica realizada por Téllez y Verdú encuentra tres principios básicos relacionados con su construcción:

"El primero de ellos es que la mayor parte de las sociedades conocidas generan mecanismos de diferenciación en función del género. El segundo es el hecho de que la feminidad ha tendido más a aplicarse de forma esencialista a todas las mujeres mientras que

la masculinidad requiere de un esfuerzo de demostración. Por último, que existen diferentes concepciones de la masculinidad –distintas de la patriarcal- por lo que debemos hablar de masculinidades." (2011:87)

Las autoras también señalan algunos de los rasgos comúnmente ligados al modelo hegemónico masculino, como son la "homofobia, misoginia, poder, estatus y riqueza, sexualidad desconectada, fuerza y agresión, restricción de emociones e independencia y autosuficiencia" (Téllez y Verdú, 2011). Unos rasgos a los que también hace referencia Andrade (2001) en su trabajo sobre la masculinidad en la ciudad de Guayaquil, donde subraya la importancia de la violencia o el sexo en las prácticas masculinas. Así, observa como sexo y violencia adquieren valor instrumental al permitir a los hombres afirmar su virilidad, restituirla o invocarla por medio de los discursos hegemónicos de adhesión; o bien, silenciar aquellos hechos que generan deshonra¹³ (Andrade, 2001). A esto, explica, es necesario añadir el papel que juega la esfera productiva, pues también actúa como mecanismo de valoración, ya que es "fuente de orgullo e identidad masculina y apela a la figura del hombre como responsable de la mantención de uno mismo y doméstica" (Andrade, 2001: 132), y es por su medio que el hombre alcanza su anhelada, pero ficticia, autonomía e independencia (Rodríguez, 2014; Waisblat y Sáenz, 2011).

Respecto a los aspectos emocionales, el modelo masculino tradicional suele relacionarse con la dureza emocional; es decir, la expresión sentimental y afectiva aparece marcada por la contención (Rodríguez, 2014; Téllez y Verdú, 2011; Waisblat y Sáenz, 2011). Como explica Seidler (1994 y 1997), el modelo racionalista propuesto por la ilustración reforzará en las sociedades modernas un modelo de masculinidad racional frente a una feminidad emocional. Por este motivo Minello (2002) advierte, citando a Coltrane (1998), sobre la necesidad de introducir en los estudios la emotividad de los hombres ya que ahí podremos encontrar la "línea divisoria entre lo que es y lo que debería ser" (Minello, 2002:18).

Como hemos comentado anteriormente, parece difícil explicar la común referencia al honor masculino y sus variados imperativos en diferentes contextos socio-históricos sin

¹³ "Habría que ver, como en el caso estudiado por Fonseca (op. cit.) también la importancia del silenciamiento de los hombres del hecho de ser "cachudo" [cornudo] para evitar un mayor estigma social" (Andrade, 2001: 131).

aludir a la fuerza que le imprime la vergüenza a las manifestaciones y demostraciones viriles¹⁴ (Bourdieu, 2000; Téllez y Verdú, 2014).

Este "esfuerzo de demostración" que deben realizar los hombres, como señalan Téllez y Verdú (2014), es efecto del "principio de vulnerabilidad" que pesa sobre la masculinidad, y que fuerza a los hombres a una constante manifestación de su virilidad y adhesión a la heteronomía (Bourdieu, 2000). Andrade (2001) observa como esta norma heterosexual tiene un carácter germinal y persistente en la construcción de los relatos masculinos, impelidos a "la permanente citación del discurso heteronormativo" para permitir al grupo "analizar la adecuación, y la no adecuación, de lo que es normado sobre y por los sujetos" (Andrade, 2001:117).

En algunos trabajos más recientes, como veremos en el siguiente epígrafe, se ha prestado mayor atención a la relación conflictiva que enfrentan los modelos hegemónicos con otros alternativos, o las fisuras que emergen en las recreaciones subjetivas que los hacen significativos, lo que ha permitido vislumbrar las complejas dinámicas que se desarrollan cuando se tambalean las viejas hegemonías masculinas, toda vez que aquellos valores que las sustentan, como pueden ser la autonomía e independencia, pierden su practicidad y carácter referencial (García y Casado, 2008; Rodríguez, 2014; Waisblat y Sáenz, 2011).

El discurso post-moderno y post-estructuralista ha permitido superar las constricciones de los análisis centrados en los aspectos diferenciales y normativos que configuran ese espacio de posibilidad en el cual se desenvuelven los individuos. Lo han hecho destacando cómo las personas, en su interpretación de los modelos de identidad, solamente logran sumergir su vida plenamente en el género a través de los procesos sociales y subjetivos (Téllez y Verdú, 2011). Los modelos de género deben ser vividos, integrados en el sujeto a través de "procesos de encarnación" que hacen efectivas sus relaciones, objetivas y subjetivas, armonizándolas con las expectativas propias y las de otros (García y Casado, 2008; Rodríguez, 2014; Téllez y Verdú, 2011).

¹⁴ "Finalmente, la "venganza" es un concepto clave para entender "lo masculino" puesto que expresa la centralidad de concepciones sobre miedo, temor y ansiedad, que constituyen, aunque por ocultamiento, los fundamentos de una hipermasculinidad que es performada públicamente. En la producción verbal, gestual y textual, y en el consumo de artefactos de las culturas populares, la antropología puede encontrar abundantes fuentes para entender las complejidades que construyen lo que comúnmente, la mayor parte de veces sin reconocer las ambigüedades inherentes a la normativa dominante de género, se refiere como "machismo" (Andrade, 2001: 136).

Como hemos visto, las expresiones de masculinidad y feminidad se ven constreñidas por la posición asignada al sujeto sexualizado en el espacio social, por las prácticas de género ligadas a su posición, así como por los efectos que esto tiene sobre el cuerpo, el medio social y el medio material (Bourdieu, 2000; Téllez y Verdú, 2011). Pero, estas expresiones necesitan ser reconocidas por alguien y, solamente dentro de esta tensión que surge de la necesidad de "exponer" una identidad que desea ser reconocida, puede engranar lo normativo con lo deliberativo, lo abstracto con lo concreto, pues es aquí, en este proceso, donde el individuo "compone" un cuerpo y una mente concreta dentro de esos márgenes abstractos que imponen los modelos vigentes (García y Casado, 2008:183). De ahí la importancia de comprender el modo en que se desarrollan esos procesos e interacciones grupales, a través de las cuales los sujetos incorporan y (re)actualizan los esquemas de percepción, pensamiento y acción que les ayudan a desarrollar su propia personalidad (Bourdieu, 2000).

Para llevar a cabo su análisis sobre procesos y relaciones de (re)interpretación, Casado y García (2006) parten de las nociones bourdianas de posición, disposición y toma de posición, pero lo hacen advirtiendo la desproporción en el peso y desarrollo concedido a los términos de posición y disposición, en la obra del autor francés, en detrimento del último, cuyo potencial heurístico, advertirán, no había sido suficientemente explotado. Reconocen, los autores, el mérito de la propia definición de la posición, pues esto permitió situar a los individuos en un espacio social relacional. De igual modo, reconocen que el concepto de disposición nos ayudó a comprender como los agentes incorporan las estructuras objetivas y subjetivas, lo que les permite orientar sus acciones y las hace previsibles a los demás (Casado y García, 2006).

Sin embargo, explican Casado y García (2006), el modo en que los agentes toman posición, movidos por el deseo de ser reconocidos y valorados por el otro, es una idea que ha recibido menor interés y desarrollo. Sin embargo, aclaran, es aquí donde aflora una nueva dimensión de dependencia en las relaciones de género, al mostrarnos la necesidad de los individuos de sumergirse en "pugnas de reconocimiento" que, a su vez, se convierten en otra fuente de incesante conflicto¹⁵ (García y Casado, 2008). Este planteamiento apunta al deseo -necesidad- de los individuos de ser reconocidos por aquellos en quienes

¹⁵ García y Casado (2008) defienden una nueva aproximación al concepto de conflicto, menos anclada en sus aspectos negativos y más vinculada a su componente discursivo y expresivo.

reconocen la capacidad y autoridad de valorarles, de forma que sus prácticas adquieren en este juego ese carácter masculino o femenino que el sujeto va incorporando en referencia a los "otros distintos" o los "otros iguales" (García y Casado, 2008).

Es decir, las posiciones, las disposiciones, o los modelos, solo adquieren significado sustantivo en el sujeto cuando son reconocidos por "los otros", de acuerdo con las expectativas que tienen sobre el agente. Y dado que estos se mueven en un campo de fuerzas relacional, esto significa que el desplazamiento en las posiciones y disposiciones de unos agentes afectan a las expectativas que tienen sobre los demás haciendo cambiar las posiciones y disposiciones de éstos que son adaptadas a través de la toma de posición.

Así, en su relación con los "otros distintos", la situación de los hombres es contradictoria pues, de un lado, se evidencia su dependencia de la feminidad, del hogar y los afectos, y, de otro lado, se ven normativamente obligados a mostrar un distanciamiento que es simbolizado en la ruptura del vínculo materno; lo cual les permite adentrarse en ese universo superordinado masculino donde el hombre/masculino es definido en oposición a las mujeres, niños y homosexuales (Bourdieu, 2000; Téllez y Verdú, 2011). Esto ha llevado a algunos autores a interpretar la identidad masculina como un proceso negativo marcado por "el miedo al "otro" femenino" (Bourdieu, 2000; Téllez y Verdú, 2011:96).

En un sentido distinto se desarrollan las relaciones que los hombres mantienen con los "otros iguales" -homosocialidad. Algunos autores han destacado su transcendental importancia en la incorporación de la identidad masculina, ya que las prácticas y discursos requieren de esos actos de validación del grupo viril (Bourdieu, 2000) con los cuales se refunda el orden heterosexual (Andrade, 2001).

En su trabajo sobre las relaciones de homosocialidad masculina entre los hombres guayaquileños, Andrade (2001) identifica una tensión entre el deseo de los hombres por relacionarse entre ellos -homoerotismo- y el de preservar el orden heterosexual como marco dominante. Esta tensión se expresa, por ejemplo, en las contradicciones entre el valor que se otorga a la autonomía y la individualidad masculina y el principio relacional, que exige validar la hombría - ante los demás y contra la feminidad-, expresar su adhesión a la norma heterónoma, manifestar la virilidad delante de aquellos capacitados para valorarla a través de aquellas prácticas, signos o discursos que visibilizan la aptitud viril (Bourdieu, 2000).

Según Andrade (2001), la masculinidad es personificada a través de ciertos "rituales de afianzamiento de lazos masculinos", donde se incluyen las prácticas sexuales, el consumo de alcohol y las relaciones violentas entre los hombres¹⁶, que conducen a una continua excitación de la rivalidad y la competencia. El autor recurre a dos estrategias etnográficas para investigar la producción relacional de la masculinidad, como son performance y performatividad, que le permiten, por un lado, observar e interpretar las actuaciones de la masculinidad en determinados contextos y, por el otro, apreciar la norma heterosexual -las formas socialmente apreciadas para personajes heterosexuales-, pues, observa, las reglas que regulan el comportamiento sexual requieren permanente citación (Andrade, 2001).

El autor destaca la importancia del discurso heteronormativo¹⁷, en el cual sobresale la carga violenta del lenguaje -de los gestos- y la recurrencia de los temas que informan el discurso viril. Esta agresividad del lenguaje de los hombres, explica, supera las condiciones estructurales -clase, raza, etc.- de los sujetos, pues estas representaciones públicas son una imposición del orden heterosexual para visibilizar la norma social y la posición de los sujetos frente a lo homosexual, lo femenino, lo vergonzante (Andrade, 2001).

En este sentido, lo femenino y lo masculino tiene un carácter referencial determinante en el discurso heteronormativo, pues dependen de su enunciado para declarar/aclarar su posición en el espacio. El resultado de las representaciones de la heteronormatividad es un complejo de sentimientos contradictorios de atracción y rechazo -sexual y afectivo- hacia la heterosocialidad y la homosocialidad. De modo que "la agresividad verbal, referencias genitales y consumo de alcohol" sirven "para personificar feminidades, afirmar masculinidades y, paralelamente, producir homoerotismo" (Andrade, 2001: 136). Esto da lugar a unos delgados equilibrios en la configuración de las relaciones y las identidades masculinas sobre los que descansa el condicionamiento sentimental de los hombres. De un lado, la ostentación heterosexual se funda sobre el rechazo manifiesto hacia el otro femenino con el cual solamente cabe relacionarse desde el miedo y el extrañamiento. De

¹⁶ "...la inclusión de prácticas tales como recurrir a amantes femeninas y participar en una socialización dependiente del consumo de alcohol en uno de los contextos homosociales por excelencia en Ecuador, la política" (Andrade, 2001: 134).

¹⁷ Para el autor esto supone que "actuar como hombre y/o como mujer en el contexto mandatorio de la heterosexualidad requiere apelar al repertorio disponible de saberes y significados que son percibidos como formas socialmente apropiadas para personajes heterosexuales" (Andrade, 2001: 115).

otro lado, el rechazo homosexual orienta a los hombres, paradójicamente, hacia ese grupo homosocial que le seduce fuertemente.

1.2.2. Transformaciones de género en la migración

En las últimas décadas se ha producido un cambio decisivo en la configuración de las migraciones internacionales como resultado de una nueva presencia, cuantitativa y cualitativa, de la mujer en los flujos migratorios. La migración femenina ha llegado a constituir cerca de la mitad de la migración en todo el mundo (UN-Population, 2006). Los estudios sobre la "feminización" de los flujos migratorios han mostrado cómo hombres y mujeres pueden tener diferentes motivaciones para migrar, ya que, aun cuando se ven afectados por similares circunstancias -empleo, conflicto, pobreza o inseguridad económica (Camacho y Hernández, 2007; Hall, 2005; Herrera, 2002), el proceso migratorio se articula con los sistemas de dominación sexual y los cambios estructurales en los sistemas productivos -sexualizados- a escala global (Oso, 2008; Sassen, 2005; Zlotinik, 2003).

La presencia femenina en los flujos migratorios internacionales ha superado la adscripción pasiva de la mujer a procesos de dependencia conyugal y reunificación familiar (Herrera, 2004; Morokvasic, 2007). Si bien es cierto que un importante número de movimientos continúa estando relacionado con reunificaciones familiares (UNFPA y OIM, 2006), la movilidad femenina comienza a ser interpretada, en mayor medida, en función de su rol como trabajadoras independientes (Herrera 2004). Lo cual es consecuencia de la progresiva «terciarización» de las economías -en las ciudades del Norte y el Sur- que fomenta la proliferación y diversificación de las actividades en el sector servicios, donde la sobre-representación femenina es evidente (Sassen, 2005).

La incorporación de este rol productivo por parte de la mujer impone su ausencia del hogar, lo que genera déficits reproductivos, pues la participación femenina en el sector productivo no viene acompañada de una redistribución más equilibrada de las responsabilidades del hogar y el cuidado (Antón y Matarazzo, 2015; Mestre, 2002). Por tanto, esta expansión del empleo femenino -formal y cualificado- para las mujeres del Norte, explica Sassen (2005), estimula un incremento paralelo de las oportunidades de empleo en las tareas el hogar y el cuidado para las mujeres del Sur, sectores caracterizados por la informalidad, flexibilidad y precariedad. De esta forma, la feminización de la

migraciones queda ligada a los déficits reproductivos generados por la incorporación de mujeres del Norte al sector productivo formal (Herrera, 2004; Shinozaki, 2008).

Esta relación entre sexualización de la migración y empleo explica algunas de las conexiones migratorias como, por ejemplo, la ofrecida por Herrera (2008) en el caso ecuatoriano. Este trabajo nos muestra como los flujos migratorios tempranos, que conectan la Sierra sur del Ecuador y los Estados Unidos (a partir de los 60), están vinculados a las oportunidades de empleo para las hombres, donde la presencia de la mujer suele estar ligada a procesos de reunificación familiar (Herrera, 2008). Sin embargo, la expansión del empleo femenino en el sector productivo en la economías del sur de Europa desencadena una demanda de trabajadoras en la década de los 90 para cubrir los vacíos que aparecen en los espacios reproductivos -del cuidado y el hogar-, animando un flujo de trabajadoras migrantes independientes que llega, incluso, a superar los flujos masculinos (Camacho, 2004; Herrera, 2004, 2005 y 2008). De manera que serán estas mujeres quienes actúan como primer eslabón de la cadena migratoria cuando se produzca la oleada (Herrera, 2008; Pedone, 2005).

La "feminización" de las migraciones ha introducido en el debate migratorio la reflexión sobre los condicionamientos del orden patriarcal. Pues cualquier intento de explicación, sobre los complejos juegos de relaciones sociales que se desarrollan durante el proceso migratorio, exige una profunda reflexión y comprensión de los mecanismos de articulación y reconfiguración de las relaciones y las identidades de género cuando ingresan en el espacio social transnacional (Sanz Abad, 2014). Esto ha permitido observar como el proceso de feminización puede dar lugar a algunas situaciones paradójicas, pues resulta difícil ligar los cambios que estimulan las migraciones con beneficios lineales sostenidos para las mujeres, apareciendo, en su lugar, un continuo vaivén de equilibrios y contra-equilibrios entre las diversas fuerzas en pugna (Cassain y García, 2014; Morokvasic, 2007).

La incorporación de la mujer migrante a la esfera pública -en los países del Norte- tiene efectos de nivelación -igualitarios y emancipadores- en lo relativo a su participación en la esfera productiva; si bien, no es menos es cierto que estos resultados llegan acompañados de nuevas desigualdades de género, reflejo de las viejas, que se evidencian en las diferencias salariales, de estatus, la proyección profesional, etc. A su vez, como hemos comentado, este reequilibrio se corresponde con otro mucho más tibio en la esfera reproductiva, espacio aún feminizado, originando un conflicto en el hogar y el cuidado que

es resuelto mediante el reclutamiento de mano de obra femenina (Mestre, 2002; Morokvasic, 2007). Bajo esta nueva lógica, como han señalado Mestre (2002) y Morokvasic (2007), las relaciones de reproducción son transformadas en la forma dominante de expresión de unas relaciones de explotación "racializadas" -entre "mujeres del Norte" y "mujeres del Sur"- que permiten la creación de "infrasujetos".

De este modo, las trabajadoras migrantes se incorporan a la economía informal cubriendo ese "vacío reproductivo y sexual" (Mestre, 2002), confinadas al ámbito privado donde son "invisibilizadas" y "vulneralizadas" en destino (Herrera, 2004). Al tiempo que se ven forzadas a alcanzar arreglos similares de transferencia del cuidado con otras mujeres -madres, hermanas, etc.- que quedan a cargo de los hijos en origen (Cassain y García, 2014; Morokvasic, 2007; Oso, 2008), generando, como las denomina Hochschild (2001), las "cadenas mundiales de cuidados".

La transferencia de las tareas reproductivas llega acompañada de un flujo de acusaciones promovidas por la ideología patriarcal, de discursos estigmatizadores de carácter familista sobre el abandono del hogar que son vertidas contra las mujeres (Oso, 2008; Sanz Abad, 2014), reforzando la vinculación simbólica entre feminidad y hogar que naturaliza su presencia en la esfera privada (Bourdieu, 2000). Estas acusaciones despiertan angustias y reproches morales en las mujeres migrantes que estimulan sentimientos de culpabilidad (Bourdieu, 2000; Mejía y Cortés, 2012).

En este proceso las masculinidades también se ven transformadas, debido al carácter relacional de los procesos grupales y de personificación, pues las condiciones del cambiante escenario donde se sitúan los conflictos que acompañan las relaciones subjetivas y objetivas fuerza su desplazamiento hacia nuevos momentos de equilibrio en las relaciones de género, tanto en el ámbito familiar como en el comunitario, resultados de nuevas expectativas y dependencias entre los individuos (Cassain y García, 2014).

Para dar cuenta de todos estos procesos es necesario integrar la perspectiva de género en el análisis, ya que ésta nos ofrece un enfoque transversal que recorre todo el proceso migratorio (Pedone, 2005; Morokvasic, 2007) y que nos permite apreciar el modo en el cual la experiencia migratoria de mujeres y hombres es vivida de forma diversa; (re)generando los arreglos de poder y las relaciones de explotación (de Haan 2006). Una tarea como esta exige, además, un conocimiento sobre las condiciones de vida previas a la salida de hombres y mujeres -su pasado-, que nos permita situar y entender las

motivaciones que les impulsan a migrar, las transformaciones en los vínculos sociales y familiares, y en sus propias identidades sexuadas.

La visibilización de la presencia de la mujer en el contexto migratorio, como migrante independiente, supone un trastocamiento de los arreglos semiótico-materiales que propone la cultura patriarcal tradicional para la reproducción social, al impactar directamente sobre los conciertos familiares (Canales, 2005). Pero, también, porque está ligado a una reconfiguración del poder en las relaciones de género en el interior de las familias y las comunidades (Morokvasic, 2007; Walsmley, 2001). Como indica Morokvasic (2007), la presencia de la mujer en los espacios sociales transnacionales supone un desplazamiento tanto físico como simbólico pues, al traspasar las fronteras -físicas y simbólicas-, se abren nuevos caminos que pueden llevar a procesos de empoderamiento, en la medida en que las oportunidades de emancipación permiten desafiar el orden de género tradicional.

Sin embargo, las relaciones de dominación también pueden verse preservadas e incluso, fortalecidas, a través de arreglos orientados a salvaguardar las relaciones jerárquicas (Morokvasic, 2007). Por ello, es necesario situar estas "presencias físicas e imaginadas" que tienen lugar dentro del espacio transnacional, añade Herrera (2004), sin ignorar los arreglos de poder intrafamiliar y su articulación con redes más amplias de parentesco -real o ficticio- o vecindad, donde se reproducen las relaciones de poder patriarcal. De lo contrario, corremos el riesgo de vincular, de forma precipitada, los procesos de movilidad femenina con resultados aparentemente emancipadores (Herrera, 2004; Morokvasic, 2007; Sanz Abad, 2014).

Abordar este fenómeno con amplitud de miras nos ayuda a entender el efecto contradictorio que presentan algunos de los resultados mostrados por las investigaciones de género, dando muestra de la complejidad del problema y la singularidad contextual de unos resultados siempre sensibles a una multiplicidad de variables (Morokvasic, 2007; Walsmley, 2001). En cualquier caso, parece posible agrupar algunos de estos resultados empíricos y los intentos de explicación en torno a dos posiciones contrapuestas según su percepción sobre los procesos que afronta la feminidad en el espacio social transnacional, a las que denominamos: "argumentos sobre la emancipación" y "argumentos sobre la dominación".

Con respecto a los procesos de emancipación, los argumentos descansan, principalmente, sobre las relaciones objetivas que establecen las mujeres. Por ejemplo,

algunas de las explicaciones sitúan estos procesos en el mismo inicio de la migración, que es interpretada como un mecanismo de reacción frente a diversas formas de exclusión y explotación sexual en origen (Ponce, 2006; UNFPA y IOM, 2006), otras lo hacen en referencia a las condiciones de igualdad jurídica o en las relaciones productivas, como en relación a las medidas de promoción y protección social que ofrecen los contextos de destino ofrecen a las mujeres (UNFPA y IOM, 2006).

Si bien suele ser más frecuente que el énfasis se sitúe sobre los empoderamientos relacionados con la inserción productiva de la mujer, donde las argumentaciones giran en torno a una expansión de los límites de acción de la feminidad, como resultado del incremento del poder/estatus intrafamiliar, la autonomía financiera, la maniobrabilidad y autonomía en las decisiones sobre el gasto, la movilidad social ascendente o el control de los recursos (Bourdieu, 2000; Morokvasik, 2007; UNFPA y IOM, 2006; WDR, 2012; Weyland, 2006). Efectos similares han sido observados en algunos contextos de origen donde la mujer ocupa la jefatura del hogar receptor de remesas, ya que el incremento en la autonomía para el manejo de las remesas parece haber incidido en un aumento del poder -y valoración- que se ejercita e internaliza a través del mando y los lenguajes autoritativos que confiere su reposicionamiento (Canales, 2005; Mejía y Castro, 2012; Pribilsky, 2004).

Los argumentos sobre el empoderamiento suelen subrayar el reposicionamiento de los individuos en el espacio social transnacional ya que, siguiendo sus planteamientos, esto les obliga a inaugurar nuevas formas de relacionalidad desde las cuales resignifican su propia identidad. Aunque también suelen presentarlos como resultado de la inserción en contextos socioculturales más favorables al reforzamiento de su autonomía (Levitt y Jaworsky, 2007; Mejía y Castro, 2012).

En uno y otro caso, se pone el acento sobre la fractura con los modelos tradicionales de género, pues esto lleva a una quiebra del «contrato sexual» según el cual, explica Pateman (1995), los hombres se conceden la plaza, la calle, el mercado y el empleo -lo público-, mientras las mujeres obtienen dependencia, sumisión y silenciamiento (Pateman 1995; Montenegro, 2008). Es decir, la migración tiene un potencial de transgresión de la "frontera mágica", ya que permite a los individuos cuestionar las estructuras de opresión y segregación que son naturalizadas durante su socialización en una ideología de género particular (Bourdieu, 2000).

En este sentido podemos interpretar los hallazgos de Mejía y Castro (2012) en su estudio sobre el proceso de retorno en los países andinos, donde encuentran un incremento de la autonomía femenina como consecuencia del traslado de aprendizajes y experiencias migratorias a las comunidades de origen. Esto se refleja, explican, en una reducción de la dependencia de la mujer y del temor al abandono, y en la revalorización simbólica de la feminidad. Todo lo cual, añaden, indica un cambio ideológico hacia construcciones de género más equitativas en la comunidad (Mejía y Castro, 2012).

No obstante, sería engañoso pensar que estos resultados pueden ser generalizados, pues no suelen aparecer de forma homogénea en todos los contextos, como tampoco resulta inusual que los movimientos emancipadores sean contestados por un reforzamiento del poder patriarcal (Herrera, 2005), lo que nos recuerda la necesidad de evitar caer en los juicios apriorísticos y apresurados que conducen hacia conclusiones generalizadoras (Cuesta, 2005; Herrera, 2005). En este sentido, hay suficiente evidencia empírica sobre procesos de reproducción de las relaciones de dominación patriarcales en la esfera de la productiva o imbricados en las nuevas dinámicas familiares (Oso, 2008; Shinozaki, 2008). A esto se añade una mayor exposición de la mujer a situaciones de coerción, explotación o abuso a lo largo de todo el periplo migratorio (Shinozaki, 2008; UNFPA y IOM, 2006).

En lo que respecta a la participación de la mujer migrante en las relaciones productivas, destaca su invisibilización y/o las particulares condiciones de informalidad que les afectan (Herrera, 2004), ligadas a la privacidad y aislamiento de sus nichos laborales -el sector del hogar y el cuidado (Shinozaki, 2008). Esta vinculación de la trabajadora migrante con los sectores reproductivos, como hemos visto anteriormente, ha sido denunciada como un nuevo arreglo entre el mercado y el patriarcalismo, cuyo objetivo sería preservar las condiciones de explotación -productiva, reproductiva y sexual- de la mujer, manteniendo dentro de la feminidad los conflictos resultantes de esta nueva articulación entre la estructura productiva y reproductiva (Mestre, 2002).

Como ya señalábamos, han aparecido algunas explicaciones críticas con estos procesos de "emancipación" que tienen lugar entre las mujeres europeas -del Norte-, pues son vistos como un resultado de una nueva lógica de las relaciones de explotación de la mujer que no rompe con la naturalización de los espacios -productivo y reproductivo- y su jerarquización, toda vez que el problema de la doble carga es resuelto mediante la incorporación de otras mujeres -migrantes- al espacio feminizado (Mestre, 2002; Morokvasik, 2007). Estos arreglos permiten mantener las viejas jerarquías de género en el

hogar y estimulan la aparición de nuevas formas de dominación femenina, que se sustentan sobre una creciente desigualdad y jerarquización racial entre empleadoras y empleadas (Morokvasik, 2007). A su vez, la inserción productiva de las mujeres migrantes a estos espacios y labores de "afinidad y responsabilidad natural femenina" restringen su universo de experiencia, limitando sus posibilidades de empoderamiento y promoción social (Bourdieu, 2000; Morokvasik, 2007; Walby, 1990).

En relación con las "dinámicas familiares" que se desarrollan en el contexto migratorio, los argumentos han girado en torno a las cargas de trabajo, la ruptura o el deterioro de las relaciones familiares/sociales y, por último, las situaciones de explotación y/o las dependencias. Respecto a la carga de trabajo, se ha mostrado cómo la presencia de la mujer en el ámbito productivo suele suponer la necesidad de conciliar las cargas del cuidado y el hogar con las obligaciones del mercado, obligando a las migrantes a optar por trabajos más flexibles, con menor remuneración y peor proyección profesional¹⁸ (Mestre, 2002; OIT-PNUD, 2009; WDR, 2012), además de imponerles la necesidad de establecer una red de apoyo para el cuidado de los hijos, pues ésta continua siendo una responsabilidad femenina (Pedone, 2005).

Es la "madre/esposa migrante" quien, habitualmente, asume la "carga emocional" de cuidadora, de los hijos y el hogar, que la hace responsable directa -y única- tanto de la vulnerabilidad y los descarríos de los hijos, como de los peligros que amenazan a la conyugalidad transnacional o, incluso, el orden social (Herrera, 2001; Walmsley, 2001), y que son la base de los discursos estigmatizadores y culpabilizadores sobre la ruptura familiar (Mejía y Cortés, 2012). El fracaso familiar, como explica Ogaya (2004), pasa a ser advertido como "el coste social migratorio más importante" relacionado inequívocamente con la migración de la mujer (Morokvasik, 2007). Este hecho evidencia la carga ideológica de estos discursos que penetran profundamente en los entornos migratorios, hasta convertirse en un poderoso dispositivo de sanción social erigido contra la ausencia de la mujer del hogar y su contravención al mandato de género (Mejía y Cortés, 2012;

¹⁸ Estas diferencias en el uso del tiempo, entre hombres y mujeres, acarrear importantes costes asociados (WDR, 2012) y están en la base de la discriminación que ellas experimentan en el mercado de trabajo (OIT-PNUD, 2009). Disponer tan solo del tiempo remanente de las tareas del hogar, y el cuidado, supone, por un lado, aceptar empleos públicos más flexibles, temporales, precarios, e informales y, por tanto, peor valorados y peor remunerados (Bourdieu, 2000; Hartman, 1976; OIT-PNUD, 2009; WDR, 2012).

Morokvasik, 2007). Una presión social sobre la mujer migrante que puede dar lugar a la aparición de sentimientos de temor y culpa en las mujeres (Mejía y Cortés, 2012).

Los riesgos de destrucción familiar y el fracaso de los hijos son interiorizados¹⁹ por muchas mujeres, que llegan a vivir esta experiencia de forma abrumadora, alimentando continuos temores y reproches (Mejía y Cortés, 2012). Estos "juicios culpabilizadores" se asientan sobre la ambigüedad moral presente en el campo social pues, por un lado, promueve una valoración negativa de la mujer migrante como "madre/esposa ausente", al tiempo que promueve otra valoración positiva de la migrante como "madre/esposa proveedora", presente a través de los vínculos materiales, emocionales y simbólicos (Herrera, 2004; Pedone, 2005; Ponce, 2006). Esto posibilita la aparición de espacios para la negociación de los afectos (Ponce, 2006; Walmsley, 2001) que se desarrollan dentro del clima de fragilidad emocional²⁰ que envuelve a las feminidades migrantes, en los cuales germinan y se fortalecen las relaciones de explotación. Un resultado que, en cierta manera, viene a relativizar los empoderamientos derivados de su rol de proveedora, pues se desarrollan dinámicas familiares que estimulan nuevas sujeciones y sumisiones dentro de las redes de control familiar (Canales, 2005; Morokvasik, 2007).

Esto ha propiciado, en algunos casos, la reconfiguración de las relaciones de dominación masculina en torno a las nuevas dependencias femeninas y nuevos conflictos familiares (Herrera, 2005), favoreciendo la aparición de una "cultura de dependencia" en la cual las remesas estarían actuando como incentivo al desempleo entre los -varones-receptores (Pedone, 2005; Pottinger y Brown, 2006; Walmsley, 2001). De tal forma que las tradicionales sujeciones de la mujer a las tareas de producción y reproducción familiar, que aseguraban su dependencia del padre, del marido, del hermano, del hijo (Bourdieu, 2000; Hartman, 1976) encuentran reacomodo en los espacios sociales transnacionales (Pedone, 2005).

¹⁹Un discurso que se repite con frecuencia en los cuatro países es la supuesta destrucción de las familias a causa de la migración de las madres, quienes son acusadas de abandono y responsabilizadas por una variedad de problemas en la vida de sus hijos (psicológicos, escolares, criminales, adictivos...), algunos de los cuales, en efecto pueden darse, aunque, muy probablemente, asociados también a otras circunstancias, incluso previas a la migración. Tal discurso se ha interiorizado hasta, en el hogar de las mismas migrantes" (Mejía y Cortés, 2012:135).

²⁰ Aparecen aquí los discursos sobre los usos suntuarios de las remesas (Walmsley, 2003) que son explicados, como una compensación material por la ausencia (Ponce, 2006), vinculada también a la necesidad de reconocimiento y estatus (Herrera, 2004).

Otro resultado del que hacen mención Mejía y Cortés (2012), tiene que ver con la multiplicación de los hogares dependientes, una situación que afecta principalmente a las mujeres migrantes. Esto sucede cuando al hogar formado en destino se une el hogar en origen, y/o el de los padres -de cada miembro de la pareja-, dificultando con ello las posibilidades de ahorro e inversión (Mejía y Cortés, 2012).

En otros trabajos se observa la importancia del género en la participación en las redes, como muestra del desigual acceso a la información por parte de las mujeres (UNFPA y IOM, 2006) o el menor control sobre la veracidad/calidad de la información que circula por ellas, exponiéndolas a situaciones de mayor peligro (Pedone, 2005).

En el proceso de retorno, el trabajo de Potot (2005) encuentra cómo los discursos estigmatizadores que se dirigen contra las migrantes suponen una restricción a sus posibilidades de empoderamiento, pues, incluso cuando estas mujeres han logrado alcanzar cierta autonomía, sirven para limitar sus posibilidades de hacer uso de su éxito -material-, de forma que el orden de género logra verse reafirmando (Morokvasic, 2007).

Las investigaciones que han abordado estas cuestiones desde el punto de vista de las masculinidades ofrecen evidencias sobre los cambios en la definición de las identidades y modelos de género. Tampoco aquí podemos defender de forma unívoca su vinculación con el desarrollo de procesos igualitarios, pues estos desplazamientos evidencian una interrelación compleja entre los factores que refuerzan el orden de dominación y aquellos que tienen efectos igualitarios.

En este sentido podemos interpretar las observaciones realizadas por Pribilsky (2004) en su estudio sobre la migración masculina ecuatoriana en Nueva York, donde encuentra efectos de tipo nivelador derivados de las incursiones que realizan los "migrantes solos" en el "universo doméstico", lo que les lleva a activar procesos de valorización de las tareas del hogar y de la mujer (Pribilsky, 2004). También observa la aparición de negociaciones identitarias en las parejas migratorias, lo que permite el desarrollo de estrategias de redistribución de las tareas domésticas que rompen con la división tradicional de las tareas del hogar, favoreciendo nuevos equilibrios en las aportaciones productivas/reproductivas de los cónyuges que permiten la supervivencia familiar (Pribilsky, 2004). Estos re-equilibrios en la distribución de las cargas reproductivas, aún cuando queden lejos de alcanzar cierta equidad (Mestre, 2002), pueden desencadenar el inicio de negociaciones en las relaciones de alteridad que desafían los modelos de género tradicionales -masculinos y

femeninos-, haciendo que estos se tambaleen y pierdan su carácter referencial (García y Casado, 2008; Rodríguez, 2014; Waisblat y Sáenz, 2011).

Sin embargo, cuando se producen quiebras con el modelo de sumisión femenino y el modelo de autoridad masculino que afectan a la independencia y autonomía que ha definido tradicionalmente la masculinidad, sus consecuencias pueden tener un impacto devastador sobre unos hombres incapaces de encontrar refugio en la expresión de sus emociones o el abrigo que le brindan unos lazos sociales débiles (Rodríguez, 2014; Waisblat y Sáenz, 2011). Estas quiebras obligan a los hombres a enfrentar una dependencia que había permanecido oculta, de forma que, como explican García y Casado (2008): "la nebulosa del sujeto autónomo moderno, por siglos construida a la par que el modelo hegemónico de masculinidad mismo, muestra sus andamiajes y queda deslavazada bien por la negación de su autonomía, bien por la puesta en cuestión de la legitimidad de su supuesta superioridad" (García y Casado, 2008:194).

Estas pugnas, según Miranda (2006), son resultado de la transformación del modelo de pareja de complementarios -desiguales y jerarquizados- hacia una pareja de iguales, lo cual supone la irrupción de disensos que pueden conducir a la ruptura y las violencias. En la pareja complementaria, explica, los papeles están reglados, así, la masculinidad es definida en función del control sobre su autonomía y por su adscripción a una posición "activa", que sirve para ocultar su dependencia. Mientras que la femineidad se articula en la heteronomía y la posición "pasiva" que se sustenta gracias a su dependencia material (García y García, 2006 y 2008; Waisblat y Sáenz, 2011). Cuando la dependencia material de la mujer quiebra, se produce un cambio en la posición, disposición y en los modelos que las mujeres encarnan, provocando un desplazamiento en el campo de fuerzas semiótico-materiales que modifica las posiciones, disposiciones y modelos masculinos, todo lo que conduce hacia una crisis de las masculinidades (García y Casado, 2008). Esto, explican los autores, conlleva una reactualización de las expectativas mutuas, en la cual se ven ampliados los temas y procesos de negociación, como sucede en las disputas que se abren en el hogar en torno a las responsabilidades de las tareas domésticas (García y Casado, 2008) o cuando la identidad del hombre proveedor se ve agrietada por el desempleo (Rodríguez, 2014).

Casado y García (2008) realizan una propuesta analítica para el abordaje del impacto que producen los cambios en los modelos de identidad de género -fragmentados y contestados- y valorar cómo afectan a las expectativas de reconocimiento y de valoración. Como explican los autores, la disolución de la dependencia material de la mujer ha hecho

visible la dependencia simbólica y emocional del hombre, cuestionando su carácter de individuo autónomo y desdibujando las referencias de valoración de la virilidad (García y Casado, 2008). Estas fallas en los procesos de reconocimiento, que denominan "cadenas de reconocimiento", pueden encadenar con "una serie de quiebras de los reconocimientos que se viven como quiebras del sentido y de la propia identidad" (García y Casado, 2008:194). Es aquí, añaden, donde asoma la violencia como "una expresión de la ruptura del reconocimiento de uno mismo" (García y Casado, 2008:195).

Para Kimmel (2006) esta violencia, a la que denomina "instrumental", se distingue de esa otra violencia "expresiva" que está vinculada a la expresión emocional -ira, frustración, etc.- característica de los contextos donde la violencia es aceptada y tolerada como forma vincular de comunicación y resolución de conflictos. Sin embargo, la violencia instrumental, explica, está vinculada a experiencias de pérdida de control (García y García, 2006; Kimmel, 2006), de modo que su recurso aparece como un intento de aferrarse a formas tradicionales de masculinidad y de restaurar su propia virilidad cuando el modelo se fractura (García y Casado, 2008; Kimmel, 2006).

1.3. EL HOGAR Y SUS TRANSFORMACIONES EN EL PROCESO MIGRATORIO

La posición de centralidad que ocupan el grupo doméstico -y la familia- en la reproducción social ha estimulado un notable interés por explicar sus dinámicas en el espacio transnacional, pues estas afectan a las relaciones y procesos que tienen lugar entre los sujetos, los hogares y la sociedad en su conjunto. Un análisis comprehensivo de la experiencia migratoria debe partir de un enfoque crítico al concepto hegemónico de familia, desprendido de sus anclajes ideológicos, un paso necesario para llegar a los conceptos de familia que maneja una sociedad y sus configuraciones familiares efectivas, lugar necesario para contrastar sus dinámicas y transformaciones en el contexto migratorio.

1.3.1. Aproximación teórica a los conceptos de parentesco, familia y matrimonio: funciones, discursos e imaginarios.

Con frecuencia usamos el término familia²¹ dando por sentado que de su enunciación trasciende un significado que responde a una realidad natural y universal (Bourdieu, 1997 y 2000; Segalen, 2004). Como nos recuerda Fox (2004), sería tan difícil sostener la

²¹ Como nos explican González et al. (2000:33): "En todas las sociedades, primitivas y civilizadas, una parte considerable de la vida del hombre transcurre en el seno de unidades sociales a las que damos el nombre de *familias* o, mejor, de *unidades domésticas*".

irreductibilidad de un núcleo familiar, por encima del vínculo biológico madre-hijo -si acaso fuese posible desprender este de los procesos culturales que le anteceden y le suceden- como la existencia de una célula familiar universal en la sociedad humana, más allá de ese “patrón universal de apareamiento” de la especie (Fox, 2004). Y esto es así, explica Bourdieu, porque la familia es un principio de construcción de la realidad común a todos los humanos y, al mismo tiempo, un principio construido socialmente²² (Bourdieu, 1997). Es decir, aunque todas las sociedades humanas comparten una concepción familia, tanto los contenidos como los vínculos que la conforman difieren transculturalmente.

Es a partir del grupo constituido por el vínculo madre-padre-hijo(as), denominado familia conyugal, que las sociedades humanas trascienden de su base biológica hacia ese estadio social que “permite aprehender la esencia” del grupo (Segalen, 2004). De manera que cada sociedad puede reconocer y nombrar de modo distinto tanto los lazos de filiación -o los grupos de parentesco²³- entre los individuos, como las obligaciones, derechos y sentimientos que de ellos se desprenden (González, San Román y Valdés, 2000; Segalen, 2004). En este sentido, recuerda Fox (2004), es esencial desvelar estos arreglos sin prejuzgar la cuestión, ya que reflexionar sobre el hecho familiar supone hacerlo sobre los arreglos que cada sociedad define y practica (Segalen, 2004). Por tanto, debemos situar la familia en su contexto socio-histórico para conocer el modelo familiar que practica, sus cambios y particularidades, las divergencias existentes entre el ideal familiar hegemónico y las “configuraciones efectivas de la familia” (Segalen, 2004).

Pero, entonces, cuál es esa esencia que hace de la familia y el hogar una realidad transcultural compartida. Según Bourdieu (1997) esto se debe a que la familia es el sujeto principal de las relaciones y estrategias de reproducción social, es decir, la familia es la respuesta humana para su preservación. Sobre la familia descansa la reproducción de los sujetos, la sociedad -y la cultura- y de sí misma, reuniendo en torno a ella toda una serie de

²² Siguiendo la relación entre principio y contenido que permite a la etnometodología explicar la familia como un principio de construcción de la realidad social, Bourdieu añade que: "en contra de la etnometodología, [...] este principio de construcción está en sí mismo construido socialmente y que en cierta manera es común a todos los agentes socializados. Dicho de otro modo, es un principio de visión y de división común, un nomos , que tenemos todos en mente" (1997:129).

²³ Estos, explica Fox, suponen "el reconocimiento de algún tipo de de obligaciones y expectativas entre sus miembros, que, a su vez, ha de encontrar en relación correspondencia con todo aquello que una sociedad espera de sí misma" (Fox, 2004:48).

intereses -individuales, sociales y familiares-, que intenta resolver mediante la articulación de las estrategias de reproducción, producción y consumo. Estas estrategias se dirimen a través de una variedad de negociaciones y conflictos relacionados con la transferencia de la sangre, el esfuerzo, el afecto, la cultura, el valor material y simbólico, etc. (Bourdieu, 1997).

De modo que podemos definir el hogar como un grupo social -una entidad corporativa dice Bourdieu (1997)- formado por individuos emparentados entre sí, por alianza y/o filiación, cuya vinculación crea un conjunto diferente de obligaciones²⁴ materiales, morales y afectivas que permiten garantizar la reproducción y desarrollo de sus miembros (Bourdieu, 1997 y 2000; Sanz Abad, 2014; Segalen, 2004). Este grupo es el origen del universo privado, en el cual se resuelven las cuestiones de la reproducción y la producción de los individuos que la integran, que dota a la institución familiar de un conatus²⁵ -de motivación propia (Bourdieu, 1997).

El grupo doméstico, siguiendo a Bourdieu (1997), puede ser visto como un campo donde se entrecruzan los intereses y fuerzas de individuos, el grupo familiar y la sociedad, dando origen a un variado conjunto de relaciones desiguales y conflictivas. Por un lado, encontramos un conjunto de individuos, afanados en la persecución de los propios objetivos egoístas o solidarios, y que se relacionan desde diferentes posiciones atravesadas por las desigualdades de género y generación (Bourdieu, 1997). Por otro lado, el hogar, como corpus social, emerge como entidad que trasciende a los propios sujetos que la integran, y se reproduce a si misma por medio de la transferencia -transmisión y trascendencia- de toda una suerte de bienes materiales -herencia- o simbólicos -afecto, apellido, honor, etc.-. Estos bienes dotan al hogar de cierta estabilidad a través del tiempo, confiriéndole ese carácter sustantivo que le otorga una capacidad de agencia irreductible a las voluntades individuales que reúne, que se materializa en las estrategias reproductivas, productivas y de consumo. Las estrategias familiares son resultado del proceso de negociación del grupo doméstico sobre los mecanismos de interacción con el plano

²⁴ Estos es una consecuencia del propósito funcional del hogar pues, según nos explican González et al., en su interior "el hombre procrea, alimenta, adiestra y educa a sus propios hijos. Una unidad doméstica, en fin, le asiste en la enfermedad, le acompaña en la muerte, se enluta por él y cuida de que tenga las convenientes exequias" (2000:33).

²⁵ Encontramos otra definición del término en el trabajo de Damasio (2007:40): "Empeño, esfuerzo y tendencia son tres palabras que se acercan a la traducción del término latino conatus, según lo usa Spinoza en las proposiciones 6, 7 Y 8 de la Ética. parte III".

objetivo -el medio socio-cultural y material-, lo que pone a prueba su capacidad de adaptación y supervivencia.

Por último, es necesario advertir, como apunta Bourdieu, que la misma enunciación de la familia, a través de sus múltiples nomos, alude a una intención sociopolítica de intervención sobre la familia y los individuos -la estrategia del poder-, pues los significados que le son atribuidos construyen esa realidad social -o dóxica- que es percibida y aceptada como realidad autoevidente (Bourdieu, 1997; Segalen, 2004).

En cualquier caso, podemos decir que la familia refiere a un tipo específico de relaciones sociales²⁶ que dan lugar al parentesco. Al reconocer a un grupo de personas como parientes, aceptamos unos lazos especiales que nos unen a esas personas, y asumimos, con ello, un conjunto específico de normas relacionadas con la evitación, el respeto o la cortesía (Segalen, 2004). Esto, habitualmente, comporta el desarrollo de denominaciones específicas para estas personas, que, en función de la extensión y la memoria genealógica, puede variar desde contextos socioculturales donde se reconoce un número amplio de personas, a otros donde se ve limitado a una o dos generaciones. En cualquier caso, el parentesco tiene reservadas una serie de funciones que, a pesar de la variación transcultural o de la escala social, son de trascendental importancia en la formación y desarrollo de la identidad social e individual, motivo por el cual dichas funciones -afectivas, rituales o simbólicas- son reflejo de las expectativas de la sociedad sobre la familia.

La familia es el lugar privilegiado para los afectos, siendo esta interdependencia afectiva uno de los cimientos de la continuidad familiar (Segalen, 2004) y causa, explica Bourdieu (1997), de su misma existencia y persistencia. Por tal motivo resultan cruciales los "ritos de institución" que la configuran como un campo unitario de emocionalidad intensa y diversa del resto del espacio social (Bourdieu, 1997). Los actos inaugurales de creación de la institución, como el matrimonio o la transmisión del apellido, explica

²⁶ En este sentido, a pesar de las analogías en el contenido de las acciones y las relaciones que tienen lugar dentro y fuera del hogar, las primeras tienen una consideración espacial, como nos aclaran González et al. (2000:33): "Muchas de las actividades del hombre son actividades domésticas, muchas de sus relaciones, relaciones domésticas. Ahora bien, lo que define como domésticas, como familiares, a esas actividades y a esas relaciones no es su contenido. Por su contenido son actividades y relaciones económicas, educativas o enculturativas, religiosas, etc. Lo que las define como domésticas y las distingue de otras actividades y de otras relaciones de contenidos análogos es el marco físico y social en que se realizan y entablan, la unidad doméstica".

Bourdieu, están encaminados a instaurar en los individuos el "espíritu de familia". En ellos tiene lugar esa fundición de lo biológico y lo social, lo natural y lo cultural, que se logra confundiendo determinados procesos sociales con los ritmos biológicos, dotándolos de un simbolismo que posibilita la vinculación emocional de los individuos, que establecen intensos lazos afectivos, asegurando la continuidad de las obligaciones familiares más allá de los vaivenes individuales (Bourdieu, 1997).

La permanencia de la familia, explica, es resultado de su capacidad para insertar en los individuos de forma vitalicia ese sentimiento de familia, de pertenencia, continuamente renovado a través de toda una serie de gestos rituales -regalos, visitas, cortesías, intercambios, fiestas, etc.-. Unos "actos de reafirmación y de reforzamiento" cuyo objeto, añade Bourdieu, es producir "los afectos obligados y las obligaciones afectivas del sentimiento familiar (amor conyugal, amor paterno y materno, amor filial, amor fraternal, etc.)" (Bourdieu, 1997:131). Son estos "afectos obligados" los que permiten a la familia nacer como una entidad resistente, capaz de asegurar su propia reproducción a través del cuidado moral, emocional y material de sus miembros (Oso, 2008; Parreñas, 2001). Son la verdadera fuerza de fusión que permite conjugar e identificar "los intereses particulares de los individuos con los intereses colectivos de la familia" (Bourdieu, 1997:134).

Este conjunto de "obligaciones morales" que crea el parentesco proporciona un marco de referencia sobre el que se superponen otros subsistemas sociales (barrio, profesión, región de origen) -característicos de las sociedades urbanas (Segalen, 2004). Algo que se refleja, por ejemplo, en el papel jugado por las redes de parentesco (Pedone, 2005) en procesos de cambio social, como la migración -rural, internacional o el retorno- (Mejía y Cortés, 2012) donde aparecen grupos formados en torno a unas relaciones de parentesco -real o ficticio- que cumplen una función mediadora, e integradora, entre la sociedad y el individuo (González et al., 2000; Pedone, 2005; Segalen, 2004). En estos casos, la familia asoma como fuente de estabilidad y continuidad que permite amortiguar el rigor de la mudanza social, estableciendo un puente entre las culturas de origen y de destino, facilitando a los individuos un marco de adaptación al nuevo contexto que sirve para preservar su identidad cultural y facilitar su acceso a la comunidad, a los otros. Por otra parte, ese componente afectivo-moral que pesa sobre la institución viene acompañado de otras funciones de control, de vigilancias, que se derivan de su carácter mediador con el espacio social donde se intercambian recursos simbólicos que, como sucede con el prestigio, afecta de forma evidente a las vigilancias sobre la feminidad.

Este afán de la entidad familiar por reforzar su fusión afectiva revela, al mismo tiempo, la necesidad de integrar unas fuerzas de fisión que se desplazan en sentido contrario para subvertir las limitaciones estructurales que impone la familia, otorgando a la institución un dinamismo y una flexibilidad que la hacen capaz de “resistir y actuar” (Bourdieu, 1997; Sanz Abad, 2014; Segalen, 2004). Además, la familia se halla en relación dialéctica con el resto de estructuras objetivas y subjetivas de la sociedad, pudiendo estas poner en cuestión la validez de los significados que la familia demanda en un continuo proceso de recreación y validación (Bourdieu, 2000). Por este motivo, cualquier acercamiento a la familia debe incorporar una dimensión dinámica que nos permita incorporar su devenir dentro de un contexto particular -demográfico, económico, ideológico, ambiental, etc.- y de unos ritmos que adaptan su morfología de acuerdo con las estrategias materiales y emocionales que preservan su funcionalidad en distintas circunstancias (Sanz Abad, 2014; Segalen, 2004).

El matrimonio juega un papel tan determinante en el establecimiento de las relaciones de parentesco que permite interpretarlo, incluso, como su principal acto inaugural (Bourdieu, 1997 y 2000; Segalen, 2004). Cuando hablamos de matrimonio hacemos referencia a una forma de emparejamiento, fundamentada sobre alguna definición ideal -cultural- de la sexualidad procreativa legítima, que permite la formación de núcleo familiar -de algún tipo y forma- en torno a la cual se organizan el resto de relaciones reproductivas (González et al., 2000; Bourdieu, 1997 y 2000; Stephens, 1967). A través del matrimonio se ajustan los lazos biológicos con los sociales, revistiendo la estructura familiar con la solemne naturalidad del vínculo biológico-reproductivo. Es el punto de encuentro entre lo individual y lo colectivo, lo privado y lo público, que integra el juego de voluntades y fuerzas presentes en un particular contexto social.

Los arreglos matrimoniales nos permiten apreciar el carácter de la familia como construcción social, pues nos muestran el pacto entre la subjetividad y la estructura, reflejando el momento social que da lugar a la configuración de un modelo familiar concreto. La forma de emparejarse es estratégica y está orientada a resolver los problemas concretos de las relaciones reproductivas (Bourdieu, 1997; Miranda, 2006; Sanz Abad, 2014). Por un lado, debe dirimir las responsabilidades que corresponden a madres y padres en el cuidado material, moral y emocional de sus hijos (Oso, 2008) y, por el otro, debe resolver las condiciones de reproducción del poder (Foucault, 1998). En este sentido, representa un pacto social sobre los espacios y límites de acción de los agentes y la propia

institución familiar, y, por ello, refleja los conflictos ideológicos subyacentes que, por ejemplo, asoman en las discrepancias entre norma y normalidad familiar (Bourdieu, 1997).

Resumiendo, podemos decir que con el término matrimonio hacemos referencia a un complejo de normas sobre la celebración de las relaciones sexuales y reproductivas, ciertas disposiciones sobre la autoridad familiar y la distribución del poder dentro de la familia, el modo de “organizar la transmisión de las prácticas y de los valores culturales”, la transmisión de los bienes materiales y simbólicos, y, también, a las obligaciones del parentesco (Bourdieu, 1997 y 2000; Segalen, 2004:43). Esto también nos permite interpretarlo como una apuesta estratégica, por cuanto evidencia un sentido político, práctico y relacional al ser situado en el contexto dinámico y abierto del juego social (Bourdieu, 1997 y 2002).

A través del matrimonio se regulan y legitiman las relaciones sexuales reproductivas y toda una serie de consecuencias que se derivan de esa intervención socio-cultural sobre la descendencia (González et al., 2000; Fox, 2004; Stephens, 1967). Se ordenan y categorizan las restricciones y prácticas sexuales, incluyendo o dejando fuera del ámbito conyugal determinadas prácticas sexuales reproductivas y/o recreativas, ya sean heterosexuales u homosexuales, que son esencializadas a través de este contraste -como prematrimoniales, extramatrimoniales o intrafamiliares-, y aceptadas o sancionadas socialmente de acuerdo con ciertos límites de realización (Bourdieu, 2000; Foucault, 1998; Segalen, 2004). En cualquier caso, el matrimonio identifica el inicio de una relación sexual de un tipo específico (Bourdieu, 2000; Buss, 2007; Stephens, 2003).

El acto que comunica, o da inicio a la relación conyugal, puede variar desde formas complejas y rígidas hasta otros más flexibles e informales -como el rapto de la novia-, pero, en todo caso, la unión se distingue de otras relaciones sexuales-afectivas por un cierto compromiso, o ánimo, de estabilidad (Fox, 2004; González et al., 2000; Segalen, 2004). Tiene carácter público ya que establece un compromiso social²⁷ -más allá del tipo de

27 El acuerdo matrimonial, ya sea explícito o tácito, tiene carácter público, en cuando el contrato forma parte de un compromiso, o alianza, social que alcanza -real o simbólicamente- a las parentelas, las comunidades, las etnias, o, incluso, los países (Fox, 2004; Segalen, 2004). Aunque también pueda tener carácter estrictamente privado, cuando recaen sobre los cónyuges cuestiones fundamentales relativas al establecimiento de alianza conyugal, como son la elección y el inicio, así como obligaciones y derechos que de ello se derivan; a pesar de que determinados efectos de la unión conyugal siempre trascienden la decisión privada. El carácter público o privado está vinculado a la intención de la pareja, la comunidad y/o la sociedad, de entender sobre los acontecimientos de la vida conyugal, y por tanto, de las

voluntades que lo formen-, lo que implica un régimen concreto de acceso sexual, un tipo de relación particular -público y privado-, unas obligaciones y unas violencias legítimas (Burbank, 1995; Foucault, 1998; Miranda, 2006).

Las convenciones relativas al modo en que se ha de “establecer y terminar la relación” muestran una gran variación, así podemos encontrar desde estrategias ligadas a la "libertad" individual -características en los rituales del rapto de la novia o el matrimonio romántico- hasta otras donde se impone mayor constricción social -la alianza (Foucault, 1998; Segalen, 2004). Su variación está fuertemente ligada al modelo de sociedad y, de modo más concreto, al equilibrio que cada sociedad establece entre lo social y lo individual, pues en el acuerdo matrimonial se fijan las condiciones de movilidad social, solidaridad, libertad, reproducción social y económica (Fox, 2004). Siendo este el sentido de las reglas de evitación o selección -del cónyuge- que dan lugar a las restricciones del incesto o la endogamia, de la asignación de valor a la virginidad -y el correspondiente "precio de la novia"-, o, por el contrario, de las formas para sortearla o ignorarla (Fox, 2004; González et al., 2000; Segalen, 2004).

En todo caso, siempre opera algún tipo de restricción sobre la selección del cónyuge, ya que incluso la elección libre se ve sujeta a ciertas "regularidades objetivas" que escapan a la conciencia subjetiva, y sitúan a los individuos en posición de encuentro (González et al., 2000; Segalen, 2004). Esto es lo que sucede, por ejemplo, con la capacidad de movilidad -geográfica y social-, que actúa como factor limitante de los candidatos potenciales, reduciendo o ampliando el “margen medio efectivo de la elección matrimonial” (Fox, 2004: 219).

Por motivos similares, la extinción del vínculo también puede variar desde contextos extremadamente restrictivos -donde el vínculo es indisoluble- hasta otros menos taxativos, en función de una diversidad de "razones apremiantes" que suelen justificar la disolución del vínculo, o el repudio, aduciendo la incapacidad del consorte -o parte- para satisfacer los compromisos conyugales (Buss, 2007; Segalen, 2004). En cualquier caso, la interrupción debe resolver todas aquellas cuestiones relativas a contraprestaciones, movilidad y equidad de género que quedaron establecidas en el compromiso conyugal.

distribuciones, usos y límites del poder en el interior del matrimonio, así como los capacidad de injerencia que se torga a la comunidad ante abusos y violencias (Burbank,1995).

Es fundamental, por tanto, comprender el tipo de relaciones que el matrimonio inaugura. Es decir, las obligaciones y derechos que instituye dentro de un particular régimen social de relaciones de poder entre los géneros y entre las generaciones (Bourdieu, 1997). La ideología patriarcal otorga significado a los roles conyugales, desarrollando categorías -más o menos- excluyentes sobre las que se articulan las divisiones del trabajo en el interior de la familia (Bourdieu, 2000; Martínez, 2001).

La asimetría reproductivo-sexual fundamenta la segregación y jerarquización de las tareas y los espacios -productivo/reproductivo- (Bourdieu, 2000) y el "derecho de disposición familiar" (Segalen, 2004) que regula los regímenes de dominación intrafamiliar -y social- mediante disposiciones tales como el débito conyugal o el *animus corrigendi* (Miranda, 2006), que reflejan las dependencias generadas por el vínculo conyugal (García y Casado, 2008). Estas relaciones de explotación familiar pueden ser enmascaradas por la ideología a través de estrategias de ocultación, como sucede cuando se proyectan significados positivos sobre el matrimonio, de forma que la eufemización del ritual conyugal permite encubrir las relaciones de dominación. Las idealizaciones románticas del matrimonio son un buen ejemplo de ello, como también lo son aquellas que le confieren un carácter liminal en la madurez social de los sujetos, estimulando la celebración precoz del vínculo y permitiendo la reproducción temprana de las relaciones de dominación (Sánchez-Parga, 2002; Trujillo, 2013).

1.3.2. El discurso familista: "*Patrones y roles tenemos, pero para familias normales*"²⁸.

El concepto "familia" es un término polisémico cuyos significados son elaborados culturalmente y, por tanto, define una intención y un proyecto ideológico concreto (Bourdieu, 1997; Foucault, 1998). Todo grupo social comparte un conjunto de ideas respecto a los objetos que les afectan, y estas "representaciones colectivas" pueden ocasionar la convivencia conflictiva entre la familia ideal y sus configuraciones efectivas (Segalen, 2004). La familia, como nos recuerda Bourdieu, no es más que una palabra, pero es una palabra que funciona como categoría de descripción y, a la vez, de prescripción de la realidad social cuando es interiorizada por los agentes (Bourdieu, 1997).

²⁸ Esta frase ha sido extraída de una entrevista realizada a un trabajador social durante el trabajo de campo en Balzar.

Los discursos sociales²⁹ sobre la "familia mítica" (Miranda, 2006; Pateman, 1995) son interiorizados por unos individuos que ligan sus percepciones y sentimientos a formas concretas entender la familia, llegando a confundirse con la realidad natural del grupo, esa normalidad que define la experiencia dóxica; como nos explica Bourdieu: "la familia como categoría social objetiva (estructura estructurante) es el fundamento de la familia como categoría social subjetiva" (Bourdieu, 1997:130). Esta asociación entre familia y voluntad política, ya advertida por Foucault (1987), es la manifestación de una voluntad de instrumentalizar el dispositivo familiar como medio para el control ideológico. El control sobre la familia -sobre las ideas de familia- es, por tanto, determinante para el mantenimiento del orden social y la reproducción de las relaciones de dominación (Bourdieu, 1997).

Cuando se producen cambios que amenazan ese orden social representado por los modelos de familia ideal, se movilizan argumentos cuya intención es provocar un estado de alarma social recurriendo a la asociación entre familia y crisis (Herrera 2001; Morokvasic, 2007; Walmsley, 2001). Estos argumentos en defensa de una "esencia familiar tradicional" cuentan con larga tradición, pues, ya en el siglo XIX, Compte denunciaría la "crisis familiar conyugal" como resultado del debilitamiento de la "autoridad paterna" y del "espíritu de obediencia" (Segalen, 2004).

De la vigencia de estos planteamientos sobre la crisis familiar nos ofrece un ejemplo el trabajo de Herrera (2001 y 2002) sobre familia y migración en Ecuador. La autora advierte la presencia de estos discursos familistas que vinculan la migración femenina y la movilidad social con la descomposición social -jerarquías sociales, reglas de parentesco, roles familiares, etc.-, apoyándose para ello en el ideal de la familia nuclear, que es instrumentalizado para la recreación de las representaciones hegemónicas de género (Herrera, 2002; Pedone, 2007; Sánchez, Abad, 2014) y también de clase y étnicas. En el contexto migratorio ecuatoriano las migrantes y sus hijos son señalados por sus "conductas antisociales" (Herrera, 2002; Sanz Abad, 2014), en unos discursos que son reproducidos por los medios, la academia, y, también, por los mismos migrantes³⁰.

²⁹ Sobre su significado, Bourdieu cuenta lo siguiente: "el "family discourse", del que hablan los etnometodólogos, es un discurso de institución poderoso y actuante, que dispone de los medios para crear las condiciones de su propia comprobación. dispone de los medios para crear las condiciones de su propia comprobación" (1997: 137).

³⁰ Valgan como ejemplo estos dos fragmentos: "La desintegración familiar está creando menores agresivos y que ya nada les llama la atención, el problema no tiene solución (citando a una psicóloga educativa) (al contrario) cada día aumenta

Lo cierto es que el recurso al discurso familista, como nos muestra Morokvasic (2007), forma parte de una estrategia de atrincheramiento de la ideología patriarcal común en los contextos migratorios (Oso, 2008; Parreñas, 2001; Sanz Abad, 2014).

Esta cuestión advierte sobre la necesidad de desmitificar el discurso familista y despojar la familia de esa voluntad política de «normalización» que intenta ocultar la plasticidad de la institución (Segalen, 2004). El análisis de la familia en el contexto migratorio debería permitirnos desvelar el modelo familiar normativo -ideal- para, después, contrastarlo con las prácticas familiares concretas. Esto, a su vez, hace posible observar si las configuraciones familiares efectivas se ven reconfiguradas durante la migración y en qué modo. En cualquier caso, podemos afirmar que nunca es la familia la que entra en crisis, sino que, más bien, son determinadas ideas en torno a su significado las que en algún momento se agotan (Bourdieu, 1997; Segalen, 2004).

Una aproximación crítica a la institución familiar nos permite desprendernos de las propuestas simplificadoras que identifican un modelo natural -normal- de familia y nos proporciona "una lección de modestia" (Segalen, 2004). Debemos recordar, como advierte Bourdieu, que el modelo de familia normal, ideal o legítima, es, ante todo y en la mayor parte de los contextos, un privilegio que deviene en norma, y, en consecuencia, la posibilidad de obtener el privilegio simbólico de la normalidad (Bourdieu, 1997). Pero se trata de una normalidad figurada que, como sucede con el ideal de la familia nuclear que reina en el imaginario moderno incluso cuando apenas representa una fracción de las experiencias familiares, continúa imponiéndose sobre nuestras mentes como categoría estructurante de nuestras precepciones de la "realidad" familiar (Bourdieu, 1997 y 2002).

Además de las dificultades socioculturales y materiales para la configuración de una familia de acuerdo con el modelo "ideal" vigente (Bourdieu, 1997), también es necesario tomar en consideración la plasticidad -el ímpetu- de unas relaciones familiares que se ven sometidas a continuos procesos de "fusión" y "fisión". Estos procesos son consecuencia de las diversas contingencias que atraviesan individuos y familias a lo largo de su "ciclo de

peligrosamente, pues a diario los padres dejan el país para buscar un trabajo y sus hijos quedan con una tía o abuela...en estas circunstancias, señalo la profesional, los menores son proclives a caer en las pandillas, la prostitución y homosexualidad (El Comercio 26 de febrero de 2002)" Herrera 2002:9). "...a lo que se suman los problemas de descomposición del hogar por asuntos relacionados a migración, u hogares en el que ambos padres no viven con los hijos y los dejan a cargo de los abuelos o algún otro familiar" (Guerrero et al., 2011:88).

vida" (Miranda, 2006; Segalen, 2004). Las variables que afectan al grupo doméstico pueden derivar, en determinados momentos, en un incremento del número de miembros que cohabitan, o bien en su disgregación, debido a un amplio conjunto de circunstancias que dan cuenta de la variedad de situaciones por las que atraviesa un grupo familiar a lo largo de su existencia (Oso, 2008; Sanz Abad, 2004). De modo que la cohabitación de la familia extensa puede resultar más común en el área urbana debido a un acotamiento de la propiedad que estimula la fusión, al igual que puede suceder en escenarios de crisis económica donde se imponen arreglos familiares extensos allá donde se consideraban inusuales (Segalen, 2004).

No obstante, la familia nuclear y el grupo de familia extensa están lejos de agotar la realidad familiar incluso allá donde son dominantes. Lo habitual es la convivencia de una variedad de grupos familiares -"sin estructura", "simples", "extensos" o "múltiples"- lo que impide, en gran medida, que podamos establecer la preeminencia de un "grupo doméstico estructural" específico, pues los distintos agrupamientos se ven afectados por ese carácter transitorio. De tal forma que parece más conveniente hablar de "hogares"³¹ coyunturales" una vez introducimos la perspectiva temporal.

1.3.3. El hogar transnacional

La centralidad que ha adquirido el hogar transnacional en los estudios migratorios es resultado de la confluencia de distintos posicionamientos teóricos y la constatación de una serie de factores que han terminado por colocar a la familia bajo el foco del debate migratorio.

Un camino que parece iniciarse, según Suarez, con las nuevas visiones teóricas de los años sesenta que consideran simultáneamente "los procesos económicos, políticos, demográficos y culturales a nivel global y local" (Suarez, 2008:913). Para Oso (2008), sin embargo, son las herramientas que desarrollan los estudios poblacionales, a partir de los años ochenta, las que permiten visibilizar el papel de las mujeres en los movimientos migratorios, contribuyendo a ese creciente interés por las instituciones intermedias en los procesos migratorios. Esto permitirá a los enfoques integracionistas como el

³¹ Para Mingione (1993:180), "la unidad elemental de la reproducción social es, en la mayoría de los casos, el hogar (...) visto como un conjunto de relaciones sociales cambiantes que establecen un haz de obligaciones mutuas (fundamentalmente, una forma recíproca de organización social) destinada a contribuir a la supervivencia de sus miembros".

transnacionalismo, cuenta la autora, realizar una contribución decisiva a la visibilización de la migración femenina de las jefas de hogar. La migración, explica, deja de ser vista como resultado único de decisiones individuales, para aparecer como una estrategia del hogar transnacional para su supervivencia, delegando en la mujer migrante la responsabilidad económica sobre su familia.

Ese carácter de "estructura estructurante" de la realidad social que Bourdieu (1997) atribuye al hogar, también asoma en unos procesos migratorios (Gadea, García y Pedreño, 2009) generados, moldeados y transformados en torno a ella. Así, los estudios transnacionales permiten constatar cómo es en su interior donde se desarrollan la mayor parte de las prácticas transnacionales (Cassain y García, 2014). Paralelamente, la migración también introduce transformaciones en la organización y estructura de los hogares desde el mismo inicio, con la separación física de sus miembros (Gadea et al., 2009), lo que afecta a las relaciones sexo-afectivas, los equilibrios entre producción y reproducción, o la división sexual de tareas, espacios y tiempos, que se desarrollan dentro del hogar transnacional (Cassain y García, 2014). Al ser el hogar el "espacio privilegiado de la socialización de género", las transformaciones que experimenta el hogar transnacional tienen importantes consecuencias sobre la configuración de las identidades sexuales, pues inciden directamente sobre las estructuras y las posiciones de género (Cassain y García, 2014; Sørensen y Guarnizo, 2007).

El interés académico por el hogar transnacional ha permitido dar respuestas a importantes interrogantes que nos ayudan a comprender mejor esta forma de organizar las relaciones familiares, entre otras: ¿Qué es el hogar transnacional? ¿Cuáles son las causas de la formación de los hogares transnacionales? ¿Es un nuevo tipo de hogar? ¿Qué transformaciones introduce el hogar transnacional en la estructura familiar? ¿Y en el orden de género?.

En respuesta a la primera cuestión, podemos decir que el hogar transnacional es aquel en que sus miembros son capaces de preservar y recrear en la distancia -transfronteriza- los vínculos afectivos y materiales que establecen el sentimiento de familia y su régimen de obligaciones morales (Bryceson y Vuorela, 2002; Sanz Abad, 2014; Solé et al., 2007). Por tanto, la familia transnacional "enfrenta las mismas cuestiones que el resto de familias, como son el cuidado moral, emocional y material de los hijos", pero lo hace incluyendo como variante estratégica la movilidad (Oso, 2008: 4; Cassain y García, 2014). En este marco, la migración se presenta como una decisión estratégica, resultado del proceso

negociador intrafamiliar que transcurre de acuerdo con los límites ideológicos y materiales de la institución de sus miembros, integrando la estrategia de reproducción dentro de un proyecto de movilidad.

En este sentido, la formación del hogar transnacional supone, por un lado, el desarrollo de estrategias reproductivas y productivas, al tiempo que conlleva la elaboración de una estrategia afectivo-material que permita la negociación y conservación del sentimiento familiar de pertenencia y unidad en la distancia (Levitt, 2001; Oso 2008; Sanz Abad, 2014).

Para desarrollar sus estrategias de reproducción, el hogar transnacional debe resolver los aspectos relacionados con la crianza y/o el cuidado de los miembros dependientes (Solé et al., 2007), dando lugar a las denominadas "cadenas del cuidado" (Horschfeld, 2001), y la profusión de algunos de los roles reproductivos nuevos, o que adquieren un matiz distinto, en la familia transnacional, como son las abuelas-madre -tías, etc.- (Solé et al., 2007; Oso, 2008), o la maternidad y la paternidad transnacional, entre otros (Cassain y García, 2014; Morokvasic, 2007; Sanz Abad, 2014). Además, la transnacionalización del hogar suele estar directamente ligada a una estrategia productiva, pues la migración de uno o varios de sus miembros productivos suele tener como objetivo la explotación de las oportunidades productivas que ofrecen los contextos de destino (Gadea et a., 2009; Sanz Abad, 2014).

Sin embargo, la distancia implícita en todo proyecto transnacional dificulta algunas de las tareas del hogar amenazando su propia supervivencia, una situación que sus integrantes deben superar para "seguir actuando como una familia" (Gregorio Gil, 1998; Solé et al., 2007). En consecuencia, sus miembros deben crear y fortalecer vínculos de afecto y confianza, lo que Bryceson y Vuorela (2002) definen como "relativizing"-parentalizar, familiarizar o "*familiasear*"-, para reducir los riesgos que la distancia impone a la cohesión e integridad del hogar (Sanz Abad, 2014), invirtiendo para ello energías y recursos con el objetivo de preservar el sistema de obligaciones morales y afectivas en la distancia (Levitt 2001; Solé et al., 2007).

Respecto a las causas que motivan la formación de un hogar transnacional, resulta evidente que, en el caso de la migración voluntaria que aquí nos ocupa, estas son consecuencia de la elección subjetiva -la agencia individual y familiar- que da lugar a la elaboración de una estrategia migratoria. Pero, lo cierto, es que dicha estrategia es configurada de acuerdo con una serie de condicionamientos objetivos, de posibilidades,

que llevan a considerar la adopción de una estrategia de reproducción transnacional (Oso, 2008; Parreñas, 2001).

Vista de este modo, la familia transnacional es una respuesta a una "situación estructural que restringe mucho las posibilidades de elección de los migrantes y sus familias" (Sanz Abad, 2014:196). Es decir, la migración es, en parte, resultado de unas mayores oportunidades productivas que ofrecen unas sociedades receptoras que, al mismo tiempo, evitan asumir parte de los costes de reproducción de la familia transnacional restringiendo³² la entrada de los individuos no productivos (Parreñas, 2001). Las condiciones estructurales que facilitan y promueven la formación de hogares transnacionales pueden tener varios orígenes: de origen económico, como sucede con los elevados riesgos y costes del viaje, o con los costes reproductivos superiores en destino; social, por ejemplo, la falta de una red de apoyo en destino que pueda proporcionar soporte en las tareas reproductivas-; y/o jurídico-legales, como sucede con el estatus de llegada, las dificultades para la regularización, reagrupación, etc.- (Oso, 2008; Sanz Abad, 2014). A esto también se podemos añadir condiciones de tipo ideológico relacionadas con el orden de género que, en origen, limitan las posibilidades productivas y de promoción social de las mujeres -afecta a su autonomía financiera-, al tiempo que, en destino, la ideología patriarcal les ofrece una reserva laboral en el mercado laboral sexuado-racializado (Parreñas, 2001; Oso, 2008; Morokvasic, 2007).

Ahora cabe preguntarse, como hacíamos más arriba, si cuando hablamos de familia transnacional hacemos referencia a un nuevo tipo de familia, y, con independencia de la respuesta que obtengamos a esta cuestión, qué elementos son los que han llevado a considerar la necesidad de otorgarles una denominación específica.

Lo cierto es que los hogares transnacionales, como hemos apuntado, deben resolver las mismas cuestiones que el resto de hogares -cuidado material, moral y emocional- pero, a diferencia de otros hogares, su estrategia reproductiva se ve determinada por la migración de uno -o algunos de sus miembros-, pues, incluso cuando piensan migrar todos, suele ser habitual que esto se haga escalonadamente con el fin de reducir riesgos y costes, y con la expectativa de una posterior reagrupación (Gadea et al., 2009; Oso, 2008) Tanto en el caso de la migración conjunta, como en el de la reagrupación familiar, estos hogares deberán

³² O bien reproduciendo el modelo de familia nuclear como sucede con la normativa española de reagrupación familiar (La Spina, 2013).

organizar su funcionamiento y relaciones de acuerdo con los recursos económicos, familiares, sociales y el proyecto -de retorno o permanencia- para permitir la supervivencia de los hogares transnacionales -en origen y destino (Gadea et al., 2009; Mejía y Cortés, 2012).

Los hogares transnacionales deben divisar, por tanto, soluciones estratégicas que articulen esas tareas productivas y reproductivas, que se encuentran dispersas en los contextos de origen y destino, mediante arreglos de familia extensa -cuando emigran las mujeres- que permiten delegar el cuidado de los miembros dependientes (Oso, 2008; Sanz Abad, 2014). Por este motivo, sería más adecuado hablar de una solución estratégica familiar, antes que de un nuevo tipo de hogar, ya que esto último puede ocultar esa heterogeneidad y dinamismo que caracterizan la realidad familiar (Sanz Abad, 2014).

Además, es necesario recordar que las familias transnacionales suelen proceder de distintos contextos en los cuales es posible encontrar sistemas familiares que integran una diversidad de formas familiares cronotópicamente diferenciadas (Wagner, 2008), de forma que solemos incluir bajo una misma denominación una amplia variedad de expresiones familiares (Solé et al., 2007). Y esto sin olvidar las visiones limitadas de la realidad familiar que ofrecen las ideologías hegemónicas vigentes en esos contextos, donde se tiende a presentar la familia transnacional como una nueva forma de familia (Oso, 2008). Sin embargo, esto no significa que carezca de interés la categoría, o las tipologías³³ elaboradas en torno a ella (Oso, 2008), pues nos ayudan a abordar y estructurar la complejidad de la realidad social.

El rasgo distintivo de esta estrategia familiar transnacional es, por tanto, la distancia y, en este sentido, el análisis de la familia debe permitirnos observar cómo incide este factor sobre los arreglos y contenidos que configuran y se proyectan sobre la familia. Lo cierto es que, por ejemplo, los arreglos de la familia extensa ya formaban parte de la realidad social de origen de muchas familias transnacionales antes de la migración, como han mostrado diversos trabajos (Gregorio Gil, 1998; Sanz Abad, 2014; Wagner, 2008). Pero no así la separación física de unas madres y padres, "remesadores", obligados a delegar el cuidado de sus hijos en sus familiares -mujeres frecuentemente- (Hochschild 2001; Solé et al., 2007) durante una estancia que, a menudo, se prolonga según los objetivos de la migración se van mostrando elusivos (Sanz Abad, 2014).

33 Se pueden encontrar tipologías de este tipo en Parreñas (2001) y en Oso (2008).

La distancia, además de imponer la necesidad de unos arreglos familiares, que pueden resultar poco innovadores en los contextos de origen y destino, tiene importantes efectos sobre el modo en que se recrean esos vínculos materiales y emocionales que permiten la supervivencia del proyecto y el sentimiento familiar (Casain y García, 2014). Y estos efectos trascienden a la estructura familiar y de género (Sanz Abad, 2014).

La reconfiguración de las relaciones conyugales y paterno-filiales depende de la inversión en recursos emocionales y materiales, que realizan migrantes y no migrantes, y resultan determinantes para la reproducción o extinción de los vínculos familiares (Sanz Abad, 2014). Pero estos vínculos no permanecen estáticos, ya que deben ser recreados continuamente, de acuerdo con las necesidades y ritmos que impone el ciclo vital de la familia transnacional y sus miembros (Le Gall, 2005).

Los procesos de fisión y fusión que afectan a la unidad familiar se ven acentuados en la familia transnacional por causa de la distancia física y emocional de sus miembros, lo que da lugar a encuentros y desencuentros, idas y venidas, rupturas y reestructuraciones, que imprimen dinamismo a la configuración de unas relaciones familiares insertas en la temporalidad del proyecto migratorio (Sanz Abad, 2014; Solé et al., 2007; Wagner, 2008). Esta reconfiguración de las relaciones familiares puede, a su vez, conducir hacia un trastocamiento los roles tradicionales -conyugales y parentales. Cuando las jerarquías establecidas en torno a los modelos de identidad sexual se ven cuestionadas, también se visibilizan las dependencias -materiales y emocionales- que hasta ese momento habían sido ocultadas por la ideología, un terreno propicio para que germinen nuevos conflictos que amenazan la integridad familiar (Cassain y García, 2014; Pribilsky, 2004).

La reestructuración de las relaciones en la familia transnacional es consecuencia principal de una estrategia productiva que incluye la migración de uno de sus miembros que pasa a convertirse en remesador y soporte material del hogar. Cuando es el hombre -padre/esposo- quien se convierte en migrante, las tareas reproductivas siguen siendo dominio de la mujer -madre/esposa-, con independencia de su vinculación, o no, a un arreglo de familia extensa (Pribilsky, 2004).

Sin embargo, la migración de las mujeres -madres/esposas-, se produzca o no en compañía del padre/esposo, suele venir acompañada de una transferencia de las tareas reproductivas a otras mujeres (abuelas, tías, comadres, etc.) dando lugar a los mencionados acuerdos de familia extensa (Gadea et al., 2009; Oso, 2008; Parreñas, 2001). Esta situación

no parece corresponderse con una transferencia de las obligaciones reproductivas al hombre, que, en algunos casos, llega a abandonar las obligaciones productivas, dependiendo materialmente de la madre/esposa remesadora (Sanz Abad, 2014).

Estos acuerdos, como se ha comentado, se ven insertos en una temporalidad que puede someterlos a múltiples reajustes en las relaciones, que pasan por cambios de cuidador, nuevas parejas, nacimiento de hijos, la reagrupación de todos o algunos miembros en destino, el retorno de los migrantes al hogar de origen o la reemigración (Gadea et al., 2009). En cualquiera de estos casos, los vínculos afectivos deben ser continuamente trabajados en cada nueva reconfiguración, en cada nuevo encuentro (Cassain y García, 2014).

La migración obliga a negociar y redefinir los roles de identidad sexual que se despliegan en el interior de la familia transnacional y reagrupada (Sanz Abad, 2014), pues, en ocasiones, conlleva una modificación de aquellos elementos referenciales -espacios, tiempo y tareas- que le dan contenido (Bourdieu, 2000; Gadea et al., 2009; Wagner, 2008). En este sentido, la migración del hombre parece resultar menos disruptiva con los determinantes del orden de género al permanecer dentro de los límites de reserva productiva de la virilidad (Oso, 2008; Gadea et al., 2009; Wagner, 2008), si bien esto también puede forzarles a hacer incursiones en la esfera reproductiva y las tareas del hogar, que pueden derivar en procesos de valoración de dichas tareas, y estos, llegar a promover visiones más equitativas sobre las relaciones de género (Pribilsky, 2004).

La migración femenina ha sido relacionada con cambios más profundos en el orden de género, pues suele llevar, en ocasiones, a la incorporación de la mujer a la esfera productiva, asumiendo el rol de proveedora del hogar que estaba reservado al padre/esposo (Morokvasic, 2007). Asimismo, se ha observado cómo la ausencia que impone la migración a estas mujeres puede afectar a la identificación normativa de la feminidad con las tareas y los espacios reproductivos, una trasgresión moral que despierta en muchas mujeres sentimientos de culpa. Esta resumida descripción aparece de forma recurrente en la literatura, pero se trata de procesos que pueden producir resultados variados, contradictorios y reversibles a lo largo del tiempo.

La reorganización de las posiciones y disposiciones en el hogar transnacional puede resultar en prácticas que "desafían las relaciones de dependencia y poder en que se asientan las masculinidades" (Cassain y García, 2014:210). La literatura sobre migraciones y género

muestra cómo la mayor parte de estos desafíos -cuestionamientos y reacciones- a las identidades masculinas están relacionadas con el significado que tienen las tareas productivas y reproductivas que se desarrollan dentro del hogar como elementos configuradores de la identidad masculina (Herrera, 2005; Cassain y García, 2014; Oso, 2008).

Los cuestionamientos más frecuentes a la figura del padre-esposo suelen estar relacionados con dos elementos clave en la configuración de la masculinidad, como son: el mito del proveedor material del hogar -el ganapanes- y el principio de autonomía masculina (Cassain y García, 2014; Sanz Abad, 2014). Estos pueden llevar a cuestionamientos de la autoridad del esposo, particularmente cuando es la mujer la pionera de la migración o cuando, siendo el hombre, la distancia debilita el principio de autoridad masculina (Morokvasic, 2007; Sanz Abad, 2014).

Las experiencias transnacionales de los varones, como la mayor implicación en las tareas reproductivas -principalmente en destino-, pueden conducir hacia relaciones de género más simétricas que quiebran con las jerarquías que establecen los modelos masculinos tradicionales (Oso, 2008; Sanz Abad, 2014). Por último, estas quiebras de sentido en la construcción de las masculinidades transnacionales -paterna/conyugal- también pueden verse reflejadas en el discurso heteronormativo, que sanciona la pérdida de autoridad -virilidad- de estos hombres -como sucede en el contexto migratorio ecuatoriano donde la participación de los hombres en la esfera reproductiva puede suponer su señalamiento como mandarinas o maricones- (Sanz Abad, 2014).

Estas situaciones han sido relacionadas con diversas reacciones e intentos de reconstrucción del poder masculino. Se trata de unas reacciones que pueden apreciarse, como explican los resultados del trabajo de Cassain y García (2014) con migrantes ecuatorianos, en la recurrente alusión de los discursos masculinos a la familia y los hijos como elemento justificador de la migración, lo que puede ser interpretado como intento de reforzar el mito del proveedor. Otra muestra de la reacción del patriarcalismo, como cuenta Oso (2008) también en el caso ecuatoriano, es la ausencia de discursos culpabilizadores contra la paternidad por el abandono de los hijos, algo que queda corroborado por la inexistencia de la figura del "mal padre" (Oso, 2008).

Podemos incluir, aquí, otras prácticas que conducen a la "recreación y refuerzo del poder a través de estrategias de control y exclusión de las mujeres" (Cassain y García,

2014:217), como sucede cuando el trabajo de la mujer migrante mantiene una consideración subalterna, siendo percibido como una "mera ayuda" a la aportación del hombre o, también, cuando el esposo abandona su papel productivo asumiendo una posición de explotación y dominio de la mujer (Gregorio Gil, 1998). También se ha observado como los hombres pueden acentuar la realización de ciertas prácticas con un fuerte potencial para la simbolización de la masculinidad, como sucede con el consumo de alcohol en el caso de Sri Lanka (Gamburd, 2002) o Ecuador (Andrade, 2001). Con similar sentido podemos interpretar el incremento de la violencia de género como mecanismo de refuerzo de la autoridad masculina y la virilidad (Cassain y García, 2014; Oso, 2008).

En el caso de las mujeres, las negociaciones de roles que tienen lugar en el interior de la familia transnacional pueden derivar en transformaciones conflictivas de las feminidades y derivar en resultados contradictorios. En este sentido, el grueso de las argumentaciones que apuntan hacia procesos emancipadores, suelen hacerlo en alusión al incremento de la independencia económica, ya sea en su rol de remesadora y sostén de los hogares -migrante, reagrupado y/o transnacional- ya como administradora de las remesas (Sanz Abad, 2014). En cualquier caso, estos efectos pueden verse acompañados por el desarrollo de prácticas de reafirmación de las masculinidades, que alejan las relaciones de género de cualquier resultado simétrico (Oso, 2008).

Los reproches a las madres y padres migrantes pueden surgir en determinados momentos (Sanz Abad, 2014), si bien los resultados de las investigaciones parecen dejar poca duda sobre la enorme desproporción en los discursos disciplinarios que van dirigidos contra la maternidad migrante (Cassain y García, 2014; Pedone, 2007; Sanz Abad, 2014). En el caso de las mujeres migrantes, pesa sobre ellas el contraejemplo de la "mala madre", que abandona el hogar, los hijos, y el esposo (Oso, 2008), como se ha observado en contextos migratorios tan alejados como Filipinas (Parreñas, 2001), Turquía (Erel, 2002), Sri Lanka (Gamburd, 2002), Ecuador (Herrera, 2005) o Rumanía (Morokvasic, 2007). En el caso del Ecuador, nos cuenta Pedone (2007), la amplificación de estos discursos que relacionan migración y destrucción familiar coincide con la oleada migratoria, que se produjo tras la crisis de 1999, y la composición femenina de unos flujos que dejaron muchos hijos atrás.

Estos discursos condenatorios dirigidos contra las mujeres migrantes también pueden verse acompañados de acusaciones de promiscuidad (Gamburd, 2002) o descontrol sexual (Cassain y García, 2014), que apuntalan en el imaginario social la figura de la "mala

madre" y la "mala esposa", dificultando las relaciones de convivencia de la familia transnacional (Cassain y García, 2014; Oso, 2008); limitando las posibilidades de las mujeres migrantes de hacer uso de rentabilizar los beneficios simbólicos obtenidos (Morokvasic, 2007). Estos discursos culpabilizadores pueden tener importantes efectos emocionales sobre las madres/esposas transnacionales pues al interiorizarlos pueden llegar a vivir estas experiencias con la ansiedad y el dolor que les provoca sentirse señaladas como "malas madres" (Oso, 2008; Solé y Parella, 2005).

Por último, es necesario mencionar el modo en que estas experiencias de la familia transnacional afectan de un modo determinante a la configuración de las relaciones de filiación pues, mientras los padres y madres migrantes pueden mantener el cuidado material y el emocional de sus hijos en la distancia, el cuidado moral debe ser delegado en la familia (Oso, 2008). De modo que la transnacionalidad complejiza tanto la socialización y educación de los hijos, como la construcción de lazos afectivos, consecuencia de esas dificultades que impone la ausencia y la distancia (Gregorio Gil, 1998).

Los resultados de esto pueden ser adversos como sucede, por ejemplo, con la pérdida de autoridad, que de forma más profunda afecta a las madres transnacionales que son acusadas por los discursos disciplinarios del abandono de los hijos (Sanz Abad, 2014). Los discursos de la destrucción familiar victimizan a los hijos de los migrantes, pues proyectan una imagen de ellos que los perfila como jóvenes problemáticos, llegando a ser acusados de todo tipo de problemas sociales -drogas, alcohol, embarazos, violencia, etc.- (Oso, 2008; Pedone, 2005; Sanz Abad, 2014). Estos imaginarios son interiorizados por muchos jóvenes, lo que puede llegar a dificultar las relaciones tanto con sus cuidadores como con sus madres y padres, convirtiéndose en una profecía auto-cumplida.

Los hijos suelen aparecer como un importante estímulo de los proyectos migratorios, como se refleja en el monto de las remesas que se destina a cubrir sus necesidades -alimento, abrigo, estatus, etc.-, mejorar sus posibilidades de promoción social -educación- y reforzar los lazos afectivos -fiestas, regalos, etc.- (Mejía y Cortés, 2012; Walmsley, 2001). Pero las remesas también han servido para lanzar acusaciones contra los hijos transnacionales, para reprobar un excesivo control y uso de éstas, o sus comportamientos consumistas y ostentosos que afectan a su disciplina y rendimiento escolar (Sanz Abad, 2014; Walmsley, 2001).

2. METODOLOGÍA Y PROCESO DE INVESTIGACIÓN

2.1. OBJETIVOS Y UNIDAD DE ANÁLISIS

El trabajo de investigación que ha permitido producir los datos que se presentan en esta tesis nace del interés por comprender los procesos de reconfiguración de las relaciones e identidades de género que tienen lugar en la migración de retorno entre los migrantes ecuatorianos del espacio urbano-costero.

En este sentido, la investigación está orientada hacia la consecución de un doble objetivo. Por un lado, contribuir al conocimiento sobre los procesos de estructuración y significación del orden de género en el contexto ecuatoriano. Por otro lado, realizar dicha contribución dirigiendo su atención hacia áreas académicamente menos transitadas, como son la migración de retorno y el espacio urbano de la Región Costa del Ecuador.

Al situar el enfoque en la singularidad de unos procesos y unos espacios geográficos escasamente conocidos tenemos la oportunidad de debatir sobre cuestiones más generales relacionadas con las dinámicas de estructuración y encarnación del orden de género patriarcal. Así como su compleja articulación con los procesos de empoderamiento, emancipación o dominación, de avance y retroceso, que tienen lugar en los contextos de movilidad.

La unidad de análisis delimitada en esta investigación son las relaciones y procesos de género que tienen lugar en la migración de retorno en la ciudad de Balzar. Por tanto, esta definición centra el foco de atención sobre los retornados y retornadas costeños como principales sujetos de investigación y, en consecuencia, sobre el contexto que les acoge, donde los elementos ideológicos, materiales y sociales son compartidos con otros actores para construir, orientar e interpretar las relaciones y los sentidos con los cuales construyen la realidad social (Guber, 2005; Velasco y Díaz de Rada, 2004).

Una adecuada comprensión de los procesos y relaciones de género nos obliga a situar las prácticas -familiares, conyugales, maternas, paternas, etc.- y las nociones - como familia, hombre, madre o esposo- dentro del marco ideológico y relacional que las llena de sentido. De este modo, la consecución de nuestros objetivos debe pasar por un análisis situado y profundo de los discursos, prácticas y normas que tienen lugar en un contexto social complejo.

En relación con nuestro objeto de estudio, esto nos permite distinguir un nivel de análisis meso, donde observamos la integración de las dinámicas de retorno con las relaciones productivas y reproductivas que las contextualizan, consecuencia de una realidad socio-histórica compartida e integrada.

Al mismo tiempo, distinguimos un nivel de análisis micro, que sitúa el interés en las experiencias migratorias y de retorno de los sujetos, y en sus procesos de encarnación de esa realidad. Esto ha de permitirnos comprender el significado que otorgan a sus experiencias, desvelar las posibilidades que deja a la construcción de la subjetividad y, en consecuencia, reconocer las estrategias que les permiten negociar sus intereses y sus propios significados.

El ámbito territorial de la investigación está delimitado por la ciudad de San Jacinto de Balzar (Ilustraciones 1 y 2). Esta se encuentra situada sobre un promontorio que se eleva sobre el margen derecho del río Daule -tributario del río Guayas- y es atravesada por el principal corredor de comunicación por vía terrestre que enlaza la Costa con la Sierra Norte, la carretera que conecta Guayaquil con Quito. El Cantón de Balzar, del que es cabecera, se encuentra ubicado en el extremo norte de la provincia del Guayas³⁴ - una de las seis provincias que conforman la Región Costa- limitando al noreste con el Cantón del Empalme y al sur-suroeste con el de Palestina. Desde el sur hacia el este se extiende su frontera con la provincia de Los Ríos (cantones de Vinces, Palenque y Mocache), y desde el norte hacia el oeste con la provincia de Manabí (Cantón de Santa Ana).

El cantón tiene una extensión de 2.518 kilómetros cuadrados y su cabecera cantonal tiene un área de 10.280 kilómetros. La población total del cantón asciende a los 54.328 habitantes, de los cuales un 53%, 28.794 personas, residen en San Jacinto de Balzar (INEC, 2016)³⁵.

³⁴ La provincia del Guayas es una de las 24 provincias del país. Está formada por 25 cantones y, aproximadamente, una cuarta parte de la población nacional vive en esta provincia (cerca de cuatro millones de habitantes de los dieciséis del conjunto del país). Siendo su capital, Guayaquil, la ciudad más poblada del país (más de dos millones y medio) y también un importante centro de poder económico y político.

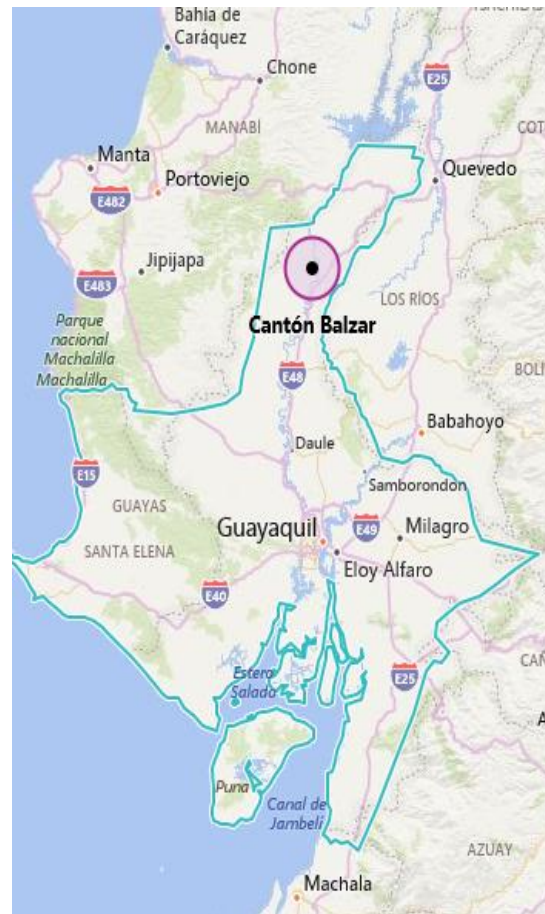
³⁵ Datos del INEC, consultado el 26/03/2016. Recuperado de www.inec.gob.ec

Ilustración 1. Mapa de Ecuador: ubicación de la Provincia del Guayas



Fuente: Google Maps

Ilustración 2. Mapa de la Provincia del Guayas: Cantón de Balzar



Fuente: Google Maps

2.2. ESTRATEGIA METODOLÓGICA

Esta investigación ha utilizado el método etnográfico como estrategia para la obtención de información y producción de datos, lo que ha permitido la construcción de nuestro marco explicativo partiendo de la organización y la lógica social propias de los actores (Guber, 2005; Velasco y Díaz de Rada, 2004). Entendemos que la decisión metodológica está impuesta por la necesidad de producir un conocimiento sobre lo real que no sea etnocéntrico ni sociocéntrico (Guber, 2005). Por tal motivo, siguiendo a Guber, esta decisión se apoya en las siguientes premisas:

1. El conocimiento teórico del que parte la investigación organiza y orienta una disposición cognitiva particular con la que construimos nuestros marcos interpretativos -sobre el qué, el por qué y el cómo. Estos difieren

de los marcos de acción, imbuidos de conocimiento práctico por el sentido común *-doxa-* y que nos permiten sumergirnos en una realidad social significativa y compartida. Esto supone reconocer que, en nuestra aproximación a esa otra realidad que deseamos explicar e interpretar, llegamos cargados de sentido pues lo hacemos ataviados por los marcos teóricos y de sentido común de nuestra propia experiencia relacional.

2. La realidad social que deseamos interpretar es resultado de una lógica compartida por el grupo social que le permite organizar su universo. Por tanto, difiere de la realidad social de la que partimos. Es decir, las categorías y conceptos con las cuales los actores constituyen la vida social forman parte de un mundo significativo *-emic-* que no es traducible término a término con el conocimiento *-ethic-* organizado en nuestro marco teórico y nuestro sentido común. Por tanto, es preciso indagar y comprender el sentido común de los actores para evitar la proyección de razones sobre el objeto de estudio.
3. Para desvelar el sentido de los conceptos y categorías que los actores emplean a la hora de construir sus marcos significativos *-la perspectiva del actor-* es necesario profundizar en *sus* prácticas y sus discursos. Esto implica la necesidad de observar y analizar cómo viven, experimentan, explican e interpretan su realidad social. Pues el significado de las prácticas y los discursos solo emerge cuando estos son integrados en la realidad de las dinámicas sociales donde las prácticas, discursos, intereses y valores encuentran sentido.
4. Al penetrar en estos sentidos tenemos la posibilidad de descubrir la lógica de las conexiones entre los fenómenos de la realidad social. Para revelar sus regularidades y sus contradicciones.
5. Para ello, debemos observar y participar en la vida cotidiana de los actores con una actitud metodológica abierta. De tal modo que las conexiones de la vida social no queden desvirtuadas con nuestras proyecciones.

En consecuencia, la metodología etnográfica es una herramienta heurística adecuada pues nos permite penetrar y explicar la lógica de producción de ese universo material y simbólico donde los retornados recrean, negocian e incorporan sus relaciones y significados de género.

Durante las tareas de campo, las principales herramientas utilizadas para la obtención de información y producción de datos han sido la observación participante y la entrevista abierta. Además, se ha hecho uso de diversas fuentes secundarias, como informes, anuarios locales o registros matrimoniales, que han resultado valiosos elementos de contextualización.

2.3. LOS COLECTIVOS SUJETO DE LA INVESTIGACIÓN

El primer grupo de sujetos sobre el que pivota el eje de la investigación está formado por los retornados, en particular por aquellos que retornaron de manera voluntaria. Dejando de un lado el escaso margen de autonomía que el contexto socioeconómico puede dejar a la voluntad individual, entendemos que esta se ejerce libre de otra voluntad externa.

Junto a ellos identificamos un segundo colectivo en el que agrupamos distintos individuos con experiencia migratoria directa que no se corresponde con el retorno voluntario, como son menores integrados en las estrategias de retorno familiar, retornados forzosos o migrantes con y sin plan de retorno. La inclusión de este colectivo permite ampliar la mirada sobre las estrategias familiares migratorias y los procesos y experiencias de los retornados, tanto desde una perspectiva temporal como social.

Un tercer agrupamiento está formado por otros actores no migrantes de la ciudad de Balzar. Aquí encontramos tanto a personas vinculadas a hogares transnacionales, como a otras sin ningún tipo de nexo familiar directo, habiendo predominado con estos sujetos las entrevistas y encuentros de carácter más informal.

En un último colectivo quedarían incluidos diversos informantes expertos de la ciudad. Aparecen en este grupo los educadores, trabajadores sociales y religiosos con los cuales se mantuvieron encuentros más formales y, en ciertos casos, prolongados en el tiempo. El interés particular sobre este colectivo está fundado en la dualidad de la visión que ofrecen sobre la realidad social, fruto de su doble posicionamiento, social e institucional, lo que se refleja en sus interpretaciones y explicaciones sobre el contexto social, la situación migratoria y el retorno.

2.4. CONTEXTO DE ESTUDIO

En relación con nuestro objeto de estudio, podemos aludir a tres cuestiones que refuerzan la decisión de situar la investigación en este contexto territorial urbano-costero de la ciudad de Balzar, como son la composición urbana del flujo migratorio, el predominio de la población costeña en el flujo migratorio y su feminización.

En cuanto a la composición rural-urbana del flujo migratorio, Herrera (2008) destaca como en el periodo 1996-2001, un 73,16% de los migrantes ecuatorianos procedían del entorno urbano. Por otro lado, los migrantes procedentes de la provincia del Guayas llegaron a sumar un 26% del total, según muestran los datos censales del INEC-2010 (Mejía y Cortés, 2012). A esto debemos añadir la contribución de la migración costera a la feminización del flujo migratorio, ya que "las mujeres han salido en mayor proporción que los varones de la provincia del Guayas y de la Costa en general" (Herrera, 2008:27).

Así, estas cuestiones sirvieron para realizar una primera delimitación teórica de la unidad de estudio. Pero quedaba pendiente la tarea de concretar una localización específica dentro de las 25 cabeceras cantonales que integran la provincia del Guayas.

Para la selección final de la unidad de estudio se tomaron en consideración, además de estos, otros criterios de idoneidad y prácticos que deberán ser identificados en la fase empírica. Evidentemente, era fundamental que el lugar seleccionado contase con un flujo migratorio y de retorno significativo. Por otro lado, fue determinante en la selección del lugar la facilidad de entrada al campo y el acceso a los informantes.

Así, tras un periodo de inspección se pudieron identificar estos criterios en la ciudad de San Jacinto de Balzar. Por un lado, el impacto de la migración había sido alto y, por otro, contaba con una amplia población de retornados. Además, la existencia de una asociación de retornados, el establecimiento de contactos de entrada, o su proximidad a la ciudad de Guayaquil, fueron otros criterios que pesaron en la selección del lugar.

Resulta necesario añadir aquí una reflexión sobre dos aspectos problemáticos relacionados con la localización de nuestra unidad de estudio en este espacio urbano, como son la heterogeneidad interior y la dificultad de acotar los límites (Guber, 2005). Si bien es cierto que ningún medio es socialmente homogéneo (González, 1990; Hammersley y Atkinson, 1994), la extensión geográfica y social de la ciudad, tanto interior como exterior, complejizan la tarea de integrar la diversidad de matices que conforman la realidad de nuestro objeto de estudio (González, 1990).

En cuanto a las demarcaciones interiores de la ciudad, la complejidad del espacio se resolvió tratando los barrios como agregados socio-estructurales equilibrados. La información obtenida durante el trabajo de campo permitió constatar la relevancia socio-estructural de las unidades barriales. Esto se debe, en gran medida, a que su constitución ha quedado ligada a los pulsos de migración interior que han ido ensamblando estos

segmentos al centro urbano. Como resultado, la homogeneidad social de los barrios parece corresponderse con un origen migratorio común y una menor disparidad en los niveles de adscripción socioeconómica de sus vecinos.

Un segundo problema estaba relacionado con la extensión hacia el exterior de los límites geográficos y sociales del espacio urbano. Aunque la ciudad parece establecer unas fronteras nítidas, lo cierto es que el proceso de formación socio-histórica del lugar es resultado de una compleja interconexión dinámica con el medio rural, las metrópolis y las regiones nacionales, y el proceso de globalización.

Por un lado, es imposible desligar el medio urbano del prolongado proceso de urbanización que se inicia a mediados del siglo pasado. De tal forma que una gran parte de la actual población urbana de Balzar -tanto migrantes como no migrantes- son la primera o segunda generación de migrantes rurales.

Otro ejemplo de esta extensión hacia el medio rural es la coresidencia de algunos de los informantes en ambos entornos. Es preciso destacar cómo incide sobre este aspecto la costumbre de mantener hogares paralelos, o poligínicos, que permiten al esposo simultanear varios hogares, en el ámbito urbano y rural, entre los que distribuye su tiempo. Además, el significativo peso de la agricultura sobre el empleo y los ingresos de la población urbana de Balzar también ayuda a desdibujar la frontera entre lo urbano y lo rural.

Junto a esto debemos considerar su integración con la ciudad de Guayaquil y el resto del país. Desde su misma fundación, la ciudad de Balzar se definió como centro de aprovisionamiento de madera y de cacao para la ciudad de Guayaquil primero y, después, como capital maicera del país. De igual modo, la cercanía de la capital regional, a poco más de hora y media de trayecto, continúa siendo un importante polo de atracción laboral y cultural. Y esto sin olvidar el peso de las migraciones de la Sierra en la colonización, desarrollo y urbanización del espacio costero.

Finalmente, la constitución de Balzar está inextricablemente unida a la economía y la cultura global. La colonización del territorio y su explotación productiva, durante el siglo XIX, estuvieron ligadas a las demandas del mercado mundial del cacao. Durante este periodo, gran parte de las familias que se asentaron en la ciudad eran migrantes de origen español e italiano.

Su vinculación con la economía global continúa siendo hoy tan evidente como antaño. Una muestra de ello es la presencia de plantaciones madereras de capital español, exportadores de madera pakistaníes, cacaoteras suizas, multinacionales productoras de palma de aceite o banano, o la empresa de infraestructuras brasileña que emplea a un importante número de balzareños en el mega proyecto hidráulico que se desarrolla en la frontera con el vecino Cantón del Empalme. A esto debemos añadir la influencia cultural de los balzareños migrados a Italia, España o Estados Unidos, o el furor que causan la telenovelas románticas surcoreanas entre las adolescentes, por mencionar tan solo algunas referencias.

2.5. TIEMPO Y LUGAR DEL TRABAJO ETNOGRÁFICO: EL ACCESO AL CAMPO Y A LOS SUJETOS

La utilización del procedimiento etnográfico como herramienta de producción de conocimiento nos obliga a especificar las condiciones espaciales y temporales que contextualizan el proceso de investigación. Y esto, al menos, por tres motivos.

Por un lado, las prácticas sociales y el significado que le atribuyen los actores al objeto de estudio son resultado y aparecen insertas dentro de una determinada configuración histórica de las acciones y las nociones (Guber, 2005). Es decir, toda práctica social siempre implica "una auto-referencia al aquí y ahora de los agentes" (Cruces, 2003:171).

En segundo lugar, el investigador también procede de un aquí y ahora que sitúan su propia experiencia vital en unas determinadas coordenadas de producción socio-histórica de la realidad social. De tal forma que las características subjetivas que definen su singularidad -sexo, edad, estatus económico, educación, etc.- también son resultado de un proceso histórico que condiciona sus prácticas y significados.

En tercer lugar, la obtención de información a través de la metodología etnográfica tiene lugar en una situación de encuentro entre el investigador y los sujetos. Al acceder al mundo social y simbólico de los actores utilizamos unas puertas determinadas, y no otras. Estas nos llevan a lugares concretos del espacio social donde se producen nuestros encuentros con los informantes. Así, durante nuestra estancia en el campo vamos ocupando distintas posiciones en el espacio social como resultado de esa interacción con los actores en la que vamos negociando nuestros propios significados en el campo.

Por tanto, la descripción del tiempo y lugar en el cual se desarrollan las relaciones sociales, las experiencias y decisiones que permitieron su desarrollo, forman parte del proceso de producción de datos.

Cuando se inicia este trabajo, la migración de retorno comienza a cobrar ímpetu en el debate social y académico, un interés motivado por las condiciones que planteó la crisis económico-financiera que afectó a los principales lugares de destino, como Italia y España, a partir del año 2007. Como resultado apareció una sensación de emergencia en la escena política ante la posibilidad de una oleada masiva de retorno.

Si bien es cierto que dicha oleada no alcanzaría la magnitud pronosticada, como encontraron Mejía y Cortés (2012), no es menos cierto que estos acontecimientos coincidieron con un repunte del retorno de ecuatorianos superior al experimentado por sus vecinos andinos. Esta particularidad del retorno ecuatoriano, como explican los autores, estaría relacionada con la percepción de mejora en las condiciones de vida en origen, el aumento de la confianza en la estabilidad socio-política y económica del país, así como una implicación más determinada del gobierno ecuatoriano con la diáspora y el retorno.

En cualquier caso, este engrosamiento del flujo de retorno provocó un aumento del stock de retornados en sus lugares de origen y, con ellos, se presentó un escenario propicio para realizar una nueva aproximación a los procesos de reconfiguración de las relaciones e identidades de género en el contexto migratorio.

En este escenario, era posible situar en un nuevo lugar aspectos ampliamente debatidos en la academia como eran las negociaciones de significado de género, las estrategias de integración o de resistencia que tienen lugar en el proceso migratorio, la consistencia y permanencia los empoderamientos y/o las resistencias al orden patriarcal tradicional en el proceso de retorno. Paralelamente, se abría la oportunidad de situar nuestro objeto de estudio en las áreas urbanas costeras donde la feminización de la migración fue más notable.

Sin embargo, el hecho de que se trate de un contexto donde ha habido menos penetración académica planteaba algunas dificultades. Entre otras, podemos subrayar los problemas de contextualización que genera el déficit de conocimiento académico sobre este área geográfica. A ello podemos añadir, las dificultades que presenta la ausencia de una estructura investigadora previa, pues esto no permitía adelantar algunas cuestiones relativas a la planificación.

Por tanto, para lograr el acceso al campo era necesario encontrar alguna puerta de entrada. El establecimiento de conexiones con personas y/o instituciones se convirtió en la primera necesidad estratégica en el abordaje del trabajo de campo.

Con tal propósito se iniciaron una serie de contactos con diversas ONG, a partir de junio de 2012, entre los que apareció una que se ajustaba a las necesidades de la investigación. Se trataba de una organización de ámbito nacional, con oficinas en Guayaquil, cuya labor estaba orientada hacia diversas actividades relacionadas con la movilidad humana -refugio, tráfico de migrantes, trata de personas, migración y retorno. La organización disponía de contactos con retornados en el área costera, lo que me ofrecía una magnífica oportunidad para adentrarme en el campo.

Entre los meses de enero y marzo de 2013 se definió un acuerdo de voluntariado con dicha organización, en virtud del cual me comprometía a realizar diversas labores de apoyo, principalmente, en tareas relacionadas con la población retornada. Esto habría de darme la oportunidad de establecer contactos y realizar inspecciones sobre el terreno.

En mayo de 2013 viajé a Guayaquil para dar inicio a mi labor de campo. Aproveché las condiciones que me ofreció mi paso por la capital regional para lograr un conocimiento más próximo del clima socioeconómico del país. También mantuve un intenso contacto con diversas organizaciones relacionadas con el sector social y la movilidad tanto a nivel regional como nacional.

La principal tarea durante esta fase fue la selección del lugar de estudio. Dado que parte de mis funciones en la organización consistían en contactar con retornados y realizar un seguimiento sobre sus condiciones de integración, debía realizar visitas a los lugares de residencia. Esto me permitió recabar información preliminar para identificar y valorar la conveniencia de los distintos emplazamientos para los requerimientos de la investigación.

Fue durante una de estas visitas, en mi primer mes de estancia, cuando contacté con la asociación de migrantes retornados de la ciudad de Balzar. Tras varios encuentros realizados durante los siguientes dos meses, logré establecer una fructífera conexión con algunos miembros de la asociación y verificar la adecuación del lugar para el desarrollo de la investigación, de modo que en agosto de 2013 ultimé los detalles para mi traslado a la ciudad.

A pesar de las inspecciones, tras mi llegada al campo pude comprobar cómo había pasado por alto algunas cuestiones de cierta importancia. Así, una apresurada selección del

alojamiento me llevó a instalarme en un área complicada de la ciudad. Esta decisión afectaría notablemente mi situación en el campo, pues las continuas advertencias de mis informantes consiguieron infundirme cierto temor sobre los riesgos de mi presencia en este espacio. Así, era habitual que apareciesen comentarios en un tono bastante catastrofista, junto a otros de intención más tranquilizadora, como el de esta informante: *"Te pueden hacer alguna cosita, pero tampoco es que te vayan a descuartizar"*. En cualquier caso, es preciso señalar que mi residencia en ese punto era un asunto que no solía dejar indiferente a ningún interlocutor³⁶. Estos comentarios lograron condicionarme, tanto que restringí mis salidas en solitario a las horas diurnas, lo que afectó a las posibilidades de observación.

No obstante, de esta decisión también se desprendieron algunas consecuencias beneficiosas para la investigación. Esta situación en el campo me propició algunos encuentros fortuitos que resultaron de gran utilidad para el desarrollo de mi labor. También me brindó acceso a unos informantes y unos espacios que, de haberme instalado e iniciado mis tareas en centro urbano, probablemente habrían permanecido inaccesibles.

Durante esta fase de entrada en el campo encontré que el funcionamiento de mi principal puerta de acceso a los retornados se alejaba de lo esperado. Mis expectativas sobre las capacidades de la asociación habían sido poco realistas, pues esperaba que esta puerta me suministrase un nutrido caudal de contactos con retornados que yo podría ir gestionando, administrando el flujo de trabajo con mi principal unidad de análisis de acuerdo con mis necesidades. Sin embargo, los ritmos y tiempos de los porteros de la asociación, de los informantes, así como los intereses conflictivos que reunía esta asociación ralentizaron esta vía de acceso, cuando no la detuvieron. En su lugar, descubrí que debía adaptarme a los ritmos que porteros e informantes imponían al desarrollo de los encuentros de acuerdo con sus propios intereses.

Era consciente de la necesidad de superar más adelante la red de contactos de la asociación y encontrar otras puertas de acceso a los informantes. Pero lo cierto es que esperaba posponer ese momento el máximo tiempo posible mientras avanzaba mis contactos con miembros de la asociación. En todo caso, las mencionadas circunstancias anticiparon la búsqueda de nuevas puertas.

³⁶ En una ocasión, inquietado por la presión de estas advertencias, llegué a preguntar a mi casero si los peligros que anunciaban eran reales, a lo que éste me respondió, con ánimo de sosegar mi espíritu, que debía estar tranquilo ya que si alguien se atrevía a hacerme algún daño él le pondría una bomba.

La mejor forma de encontrar vías de acceso a los informantes ante esta situación es salir a buscarlos, tentando la casualidad del encuentro, dejándose ver. Pero en una ciudad es bastante sencillo pasar el día merodeando por ahí sin que nada ocurra.

El problema seguía siendo que, a pesar de mis esfuerzos por hacerme visible en los espacios públicos, esta estrategia parecía irremediablemente avocada al fracaso. Mientras tanto me contentaba con las oportunidades que me ofrecía la conexión con mi casero, un hombre retornado de Barcelona. Este me permitió, durante un tiempo, acompañarle y participar en sus prácticas sociales. Fue mi primera toma de contacto con el universo homosocial masculino y la vida vecinal. Sin embargo, no sirvió como referencia de acceso a otros retornados.

Esta situación cambió cuando se produjo mi segundo encuentro casual con Carla³⁷, a quién había conocido el mismo día de mi llegada. Este encuentro sería decisivo para encauzar las tareas de campo. A partir de ese momento la implicación de Carla con mi labor de investigación fue innegable. Su gran nivel de compromiso quedó reflejado en un infatigable esfuerzo por suministrarme un amplio y fluido canal de acceso a informantes, principalmente retornados, que, o bien traía a mi casa, o me llevaba a casa de los informantes, u organizaba el encuentro en su propia casa.

A su vez, este madrinazgo me permitió realizar las primeras incursiones en la cotidianeidad de la vida del barrio y del hogar. Me dio la oportunidad de participar con mayor naturalidad en las relaciones sociales de acuerdo con las lógicas de los actores. Además me sirvió para limar, algo, la rigidez de mi errante presencia en el campo pues, al tiempo que lograba ganar confianza en mi capacidad para establecer conexiones significativas con los actores -hacerme entender-, estos iban normalizando mi presencia a medida que lograban situarme en su "campo de experiencia" (Hammersley y Atkinson, 1994).

Y esto sin olvidar el hecho de que Carla se convirtió, además, en una valiosa informante. Mis encuentros con ella me permitieron contrastar e interpretar la "asombrosa" información que comenzaba a surgir durante las primeras entrevistas, donde emergieron algunas conexiones sociales y familiares inesperadas. Estas entrevistas también me dieron

³⁷ Se utilizan nombres ficticios.

la oportunidad de explorar y profundizar en el contenido de esas relaciones e indagar en las interpretaciones que otorgaba a las prácticas cotidianas.

Sin embargo, transcurridas varias semanas se evidenció la necesidad de independizarme de mi madrina. Era necesario "saltar el cerco" (Guber, 2005), esto es, superar el horizonte social que ofrecía este madrinazgo (Hammersley y Atkinson, 1994).

Tomando esta decisión asumía el riesgo, en aquel momento nada ficticio, de quedarme sin nada que hacer. Pero lo cierto es que esta madrina había llegado a tomar un control absoluto sobre mi agenda de trabajo y mi propio ritmo vital. Todas mis actividades llegaron a estar marcadas en función de su estado de ánimo, que parecía estar ligado a su capacidad para controlar mi agenda. De forma que ésta marcaba mi rutina diaria de entrevistas, comida, más entrevistas y cena; sobre la que yo tenía cada vez menor control.

Tal y como sospechaba, cuando salté el cerco, el ritmo de mis encuentros con retornados frenó bruscamente, de forma que tanto mi agenda de trabajo como la social resintieron su ausencia. Al menos durante un tiempo, solo pude entrevistar retornados de forma aislada, gracias a los encuentros esporádicos que me llegaban a través de la asociación de migrantes.

Ante estas circunstancias y con un conocimiento más situado de mi capacidad operativa sobre el terreno, decidí planificar nuevas estrategias destinadas a lograr varios objetivos: primero, encontrar vías de acceso a perfiles de informante experto; segundo, equilibrar los tiempos de trabajo, reorganizando las actividades de observación y participación, así como las entrevistas, tomando en consideración los ritmos de los actores -vacaciones, fines de semana- para alternar las distintas actividades -entrevistas, estudio, sistematización, visitas, etc.; tercero, facilitar mi presencia en otros espacios en busca de nuevos encuentros fortuitos; y, por último, mantenerme ocupado.

Una ventaja de esta repentina ralentización en el ritmo de trabajo fue la gran cantidad de tiempo que dejó en mis manos. Esto tuvo cierto impacto emocional, pero me permitió orientar mis tareas hacia dos nuevas actividades.

La primera me llevó a contactar con la parroquia de la ciudad, donde esperaba culminar varios propósitos. Por un lado, acceder al párroco para que me ofreciese su visión sobre el papel y alcance de la institución eclesiástica en las relaciones sociales y familiares de la ciudad. Su disposición a colaborar fue inmediata y siempre se mostró abierto a debatir cuantos temas le planteé en nuestros encuentros. Esto ayudó a situar y comprender

la penetración de la Iglesia en la vida espiritual y social de los balzareños, y a definir su rol específico en la configuración del sistema familiar y conyugal.

Por otro lado, solicité al párroco permiso para examinar los registros matrimoniales de la ciudad. Durante las entrevistas habían aparecido algunos aspectos sorprendentes relacionados con el sistema matrimonial tradicional. La inspección de los registros me permitiría ponerlos en perspectiva histórica.

Hasta mi llegada al campo, no había dudado sobre la penetración de los valores tradicionales católicos en la vida social y familiar en Ecuador. Sin embargo, me encontré con una sociedad eminentemente laica, donde la espiritualidad mezclaba elementos del mundo mágico popular con elementos de la fe cristiana, pero con una escasa penetración del dogma católico en la organización social.

Esto parecía tener, al menos, dos consecuencias que afectaban a las relaciones de género, familiares y sociales. La primera de ellas era un nivel de formalidad nupcial religiosa -y también civil- muy limitado, como confirmaba el hecho de que ninguno de los informantes que había conocido hasta aquel momento se hubiese casado en dicha parroquia. Una segunda consecuencia, también anunciada por la información obtenida en las primeras entrevistas, era la institucionalización de los matrimonios poligínicos.

Así, la revisión de los registros matrimoniales permitió poner en perspectiva la "informalidad" de los compromisos maritales y verificar que me encontraba ante un rasgo tradicional del sistema conyugal, y no ante un fenómeno de reciente aparición.

La segunda actividad estaba destinada a los centros educativos. En este caso se planteó la consecución de, al menos, cinco objetivos. Primero, acceder a los educadores para recabar información e interpretaciones sobre diversos aspectos culturales y sociales -entre ellos la migración y el retorno- recurriendo a los discursos que emiten tanto desde su posición institucional como desde su posición como sujetos de la vida social. Segundo, profundizar en el conocimiento sobre el universo social y familiar de los sujetos de estudio estableciendo nuevos espacios de observación. Tercero, lograr acceso a los hijos de migrantes y retornados para realizar entrevistas fuera del ámbito familiar, buscando un posterior acercamiento a la familia. Cuarto, organizar algunas entrevistas de grupo con los alumnos para recabar información sobre sus prácticas, la organización de la vida familiar y sus interpretaciones sobre la migración. Quinto, encontrar nuevas vías de acceso a la

población retornada como resultado del contacto con los hijos de migrantes y retornados, o mediante nuevos encuentros fortuitos en estos espacios.

Con esta finalidad, establecí contacto con varios centros de educación primaria y secundaria. En los primeros acercamientos expliqué a los directores de los centros educativos los objetivos de mi trabajo y expresé mi deseo de acceder a los centros para realizar entrevistas al alumnado y el profesorado. En algunos de estos centros encontré interés en colaborar, si bien otros se mostraron reacios a concederme ese acceso.

En cualquier caso, me pidieron que validase la veracidad y formalidad de mi trabajo presentando diversa documentación, como acreditaciones, una planificación de tareas e, incluso, una autorización del Departamento Regional de Educación.

Una semana más tarde me presenté nuevamente en los centros para entregarles una acreditación de la organización en la que ejercía mi voluntariado y una planificación general con los propósitos y organización de trabajo en los centros. Pero obvié la solicitud de la autorización al Departamento de Educación, por considerar que dicho trámite habría consumido un tiempo y esfuerzo excesivo. Como resultado, logré que me concedieran acceso en algunos de estos centros, si bien el cumplimiento de mis objetivos tendría un alcance diferencial en cada uno de ellos.

Conseguí entrevistar a los directores en varios de estos centros, logrando establecer una relación fructífera y prolongada con un par de ellos. Tan solo pude contactar con el profesorado de historia de uno de los centros, que me facilitó documentación histórica sobre el cantón y la ciudad de Balzar de elaboración propia, así como algunos documentos publicados en los anuarios de la municipalidad.

En uno de los centros de secundaria pude organizar varias entrevistas de grupo con el alumnado, así como entrevistas individuales a otros alumnos retornados e hijos de migrantes. En otros dos centros, aunque no obtuve acceso directo a los alumnos pertenecientes a hogares transnacionales, si me facilitaron información sobre su número y situación familiar. Además, aprovechaba la ocasión para entablar conversación y preguntar a los directores sobre la información que me suministraban, lo que me permitía indagar en sus percepciones sobre la migración y las relaciones sociales en un sentido más amplio.

Por último, mi trabajo en los centros me brindó la oportunidad de realizar nuevos, aunque escasos, contactos con individuos pertenecientes a hogares transnacionales. Más importante fue el encuentro fortuito con una pareja de retornados de España que

regentaban un negocio en las proximidades de uno de los colegios. Tras nuestra primera conversación estos se mostraron dispuestos a colaborar en mi investigación, compartiendo su experiencia migratoria y de retorno.

Aprovechando mis desplazamientos al colegio solía visitarles, lo que me permitió establecer una conexión más relajada. Pronto dieron muestra de su preocupación por mi seguridad. Ya estaba acostumbrado a que mis informantes se alarmasen cuando les indicaba donde me encontraba alojado, pues el barrio tiene mala reputación en la ciudad. También era habitual escuchar una relación de los peligros que podían acechar a un español. Tras lo cual me aconsejaban que me trasladase. Incluso algunos manifestaron cierto interés por buscar nuevo alojamiento.

Lo cierto es que esta pareja de retornados se sintió tan conmovida por mi situación que me planteó la posibilidad de alquilar una vivienda de su propiedad, situada en un barrio más "tranquilo" y próximo al centro urbano. Esto marcaría un nuevo punto de inflexión en el trabajo de campo. Por un lado, supuso el inicio de nuevos madrinazgos y padrinzagos. También me situaba en un nuevo lugar para acceder a la realidad social. Era otro punto de observación de las relaciones familiares y sociales en las que pude participar de forma más intensa y significativa.

Finalmente, este traslado me permitió expandir mis horizontes espaciales y temporales de interacción. Una posición más céntrica en la ciudad me permitía llegar a todos los rincones de la ciudad. Anteriormente, caminaba desde el extrarradio hacia el centro varias veces al día, algo que resultaba insólito para los actores.

En cualquier caso, hacer más frecuentes y amplios mis paseos por la ciudad hizo que los reencuentros con informantes fuesen más habituales. Además, conseguí nuevos contactos, aumentando la extensión geográfica de la muestra. Pero, sin lugar a dudas, las mayores condiciones de seguridad me permitieron expandir el tiempo diario de presencia en la calle, lo que hizo posible que me internase en nuevos espacios de observación e incrementase las posibilidades de interacción. Sin mencionar el impacto anímico que, en aquel momento, tuvo la paulatina desaparición de los miedos y, más importante, el calor y el afecto que recibí al ser adoptado por mis caseros y vecinos.

2.6. TÉCNICAS DE CAMPO PARA LA OBTENCIÓN DE INFORMACIÓN Y PRODUCCIÓN DE DATOS: ENTREVISTAS ABIERTAS Y OBSERVACIÓN PARTICIPANTE.

La labor de campo para la producción de datos etnográficos dio comienzo en junio de 2013 y se prolongó durante los siguientes 10 meses, hasta abril de 2014. Las principales herramientas utilizadas para la obtención de información y la producción de datos fueron las entrevistas abiertas y la observación participante.

Las mujeres y hombres retornados eran los principales sujetos de la investigación. Sus relatos permitieron reconstruir sus trayectorias migratorias e integrarlas dentro del marco más amplio de su recorrido vital. Con la entrevista se pretendía la obtención de sus discursos sobre las dinámicas personales, familiares y sociales que se desarrollaron durante su experiencia migratoria y de retorno.

A través de sus descripciones y explicaciones me introdujeron en la lógica subyacente en los procesos de negociación y las estrategias de supervivencia. Al permitirme penetrar en el sentido que los actores otorgaban a sus prácticas de género, esto fue haciendo inteligibles las transformaciones que tenían lugar en sus conexiones con el medio social y familiar en el espacio transnacional. De este modo, fue posible construir las categorías y conceptos que conforman el espacio social donde se desarrollan las relaciones y las identidades de género en el proceso de retorno partiendo de la perspectiva de los propios actores (González, 1990).

Se realizaron entrevistas con un total de 61 retornados, 33 mujeres y 28 hombres. Siempre que se tuvo la oportunidad y se obtuvo autorización de los informantes las entrevistas fueron grabadas. Esto me daba la oportunidad de volver sobre la entrevista en distintos momentos, lo que me permitió encontrar cuestiones que habían pasado inadvertidas, detectar aquellas cuestiones que suscitaban el interés de los entrevistados y, en consecuencia, plantear nuevos puntos de interés a tratar en futuros encuentros. Así, algunos de los informantes de este grupo fueron entrevistados en varias ocasiones, por lo que el número total de entrevistas realizadas a retornados supera notablemente al total de informantes.

Antes de iniciar el trabajo de campo habían sido definidas una serie de categorías significativas que eran determinantes en la configuración social del objeto de estudio (Guber, 2005; Mejía Navarrete, 2000). Es decir, aquellas variables susceptibles de producir variaciones discursivas entre la población retornada (Mejía Navarrete, 2000; Viedma,

2010), como son: el sexo, la estructura familiar -salida, migración y retorno-, la situación conyugal -salida y retorno-, y la estrategia familiar de retorno (Tabla 1).

Posteriormente, durante el trabajo de campo, se identificaron otras categorías relevantes en la configuración de la heterogeneidad socio-estructural del objeto de estudio, como son: el estatus socioeconómico, el origen migratorio de la familia -rural, sierra, internacional o autóctono- y el lugar de residencia. Confirmándose posteriormente cierta correlación entre las dos primeras -estatus y origen migratorio- con esta última -lugar de residencia.

Tabla 1. Retornados entrevistados por sexo y categorías significativas.

Categoría	Tipo	Hombre	Mujer
		n = 28	n = 33
Estrategia migratoria familiar (salida)	Solo/a-Pionero/a	15	26
	Reagrupación	10	6
	Conjunto	3	1
Estrategia familiar de retorno	Solo/a-Pionero/a	11	5
	Reagrupación	3	3
	Conjunto	14	15
Relación conyugal activa	Salida	8	19
	Retorno	10	16
Con hijos	Antes de migrar	16	22
	Reagrupados en destino	14	9
	Permanecieron en destino	10	2
Lugar de residencia	Centro	7	4
	Periferia	9	16

	Ensanche	9	9
	Urbano-rural	2	4
Extracción social	Baja-media baja	8	16
	Media-media	18	15
	Media-alta	2	2
Origen migratorio	Balzar-urbano	7	10
	Balzar-rural	11	18
	Sierra	5	3
	Costa	5	2

Una vez identificadas las categorías significativas que definen la heterogeneidad estructural de la población objeto de estudio, los entrevistados fueron seleccionados siguiendo los criterios de representatividad -sujetos típicos del nivel estructural-, pertinencia -del discurso del actor- y predisposición a colaborar (González, 1990; Guber, 2005; Mejía Navarrete, 2000) mediante el procedimiento de acceso de bola de nieve. Es decir, los informantes recomendaban a migrantes retornados pertenecientes a su red social de confianza.

Esta forma de elección de la muestra y acceso a la población de estudio, como explican Mejía Navarrete (2000) y Guber (2005), es una de las mayores debilidades del procedimiento de intervención empírica de la investigación cualitativa. Esto se debe, principalmente, a ciertos riesgos relacionados con la falta de representatividad tipológica de los casos seleccionados o la parcialidad en el acceso a la muestra. En cualquier caso, este asunto será abordado más adelante, donde se hará referencia a las estrategias implementadas para disminuir esta debilidad.

Lo cierto es que no resulta complicado incurrir en ambos errores simultáneamente, pues cuando las fuentes de acceso a la población de estudio son más limitadas, aumenta la posibilidad de obtener una muestra demasiado homogénea y, por consiguiente, una visión parcial de la realidad social.

Es evidente como durante los primeros compases de la investigación se desconoce el contenido de las nociones y categorías que estructuran el universo social de los actores. Por tanto, la selección de casos en esta fase es más dependiente de las coyunturas en que nos sitúa la oportunidad. Pero, a medida que el significado de estos elementos se fue abriendo a mi conocimiento se hizo preciso incorporarlos al procedimiento de trabajo. Esto posibilitó una mayor sistematización en la selección de casos de acuerdo con los criterios de representatividad y pertinencia.

Para evitar los riesgos de homogeneidad y parcialidad en el procedimiento de selección se planteó una estrategia operativa apoyada en los siguientes criterios:

- Diversificar las fuentes de acceso a los informantes.
- Lograr una distribución geográfica de la muestra equilibrada.
- Contrastar la información obtenida con informantes clave.
- Contrastar la consistencia de la información con los informantes en posteriores encuentros.

El primer criterio, como vimos en el apartado anterior, está relacionado con la incidencia de las porteras y porteros, madrinas y padrinos en el acercamiento a los informantes. El principal procedimiento de contactación fue la técnica de bola de nieve. Esta forma de selección, como explica Guber (2005), no es azarosa sino que sigue una trama predeterminada por la red social de los actores. De tal modo que la imagen que nos ofrece cada red de relaciones refleja una perspectiva parcial que se corresponde a la posición del grupo en el espacio social. A esto se suma el riesgo implícito de adscripción a una red. Lo que puede llegar a dificultar las posibilidades de acceso a otros grupos.

Por otro lado, al diversificar las fuentes de acceso también se logró ampliar la penetración en distintas áreas de la ciudad. La red de informantes que facilitó la asociación de migrantes era, con diferencia, la más diversificada social y geográficamente. Pero lo habitual en el resto de fuentes era que abriesen redes que se extendían dentro de los límites del vecindario. No debemos olvidar que la residencia juega un papel determinante en la configuración de los sentimientos de identidad y pertenencia sobre los que se constituyen las relaciones sociales.

El trabajo de campo permitió constatar la importancia del barrio como elemento de identidad. La mayoría de ellos habían surgido como resultado de las migraciones -rurales y nacionales-, agrupando a los individuos según las solidaridades de origen. Asimismo, las

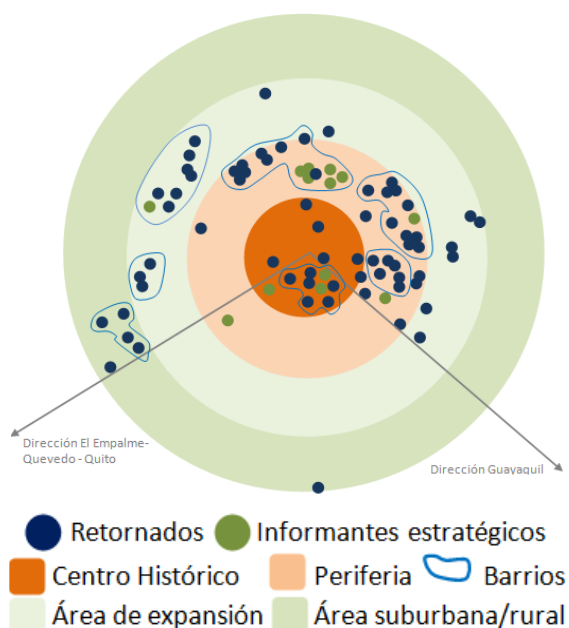
descripciones de los interlocutores señalaban la existencia de una fuerte correlación entre origen migratorio, estatus socioeconómico y lugar de residencia. Todo esto definía el barrio como una unidad estructural relevante, como medio de integración de población con características relativamente homogéneas.

Por tal motivo se procuró una distribución espacial de los casos. A tal propósito, se delimitaron cuatro secciones principales (Ilustración 3) sobre el área urbana: (1) el centro histórico; (2) la periferia, que incluye la primera área de extensión del centro urbano, ya prácticamente asimilada a este; (3) el área de ensanche, donde encontramos distintos barrios que aparecieron de forma más tardía, bajo el impulso principal de las migraciones rurales del cantón; (4) el área suburbana/rural, que engloba algunos barrios que han crecido en torno a los ejes de comunicación terrestre, así como las áreas rurales colindantes.

Ilustración 3. División de las áreas de trabajo.



Ilustración 4. Distribución espacial de las entrevistas.



Posteriormente, se identificó a los informantes en función de su área de residencia, como se observa en la Ilustración 4, donde aparecen situados según proximidad geográfica y agrupados en un conjunto cuando pertenecen al mismo barrio. De acuerdo con esta clasificación, se realizaron un total de 11 entrevistas con retornados residentes en el centro urbano (naranja), 25 a residentes en el área periferia, 18 a residentes del área de expansión y 6 residentes en el área suburbana/rural.

Para alcanzar el tercer criterio, contrastar la información obtenida en las entrevistas, algunos temas y hechos fueron tratados de modo intensivo con distintos informantes clave. Estos fueron seleccionados de acuerdo con su conocimiento del grupo social y su experiencia migratoria, su abierta disposición a colaborar y su sensibilidad a los objetivos de la investigación.

El objetivo de estas entrevistas era profundizar en las diversas informaciones que resultaban aparentemente contradictorias o ambiguas, así como en los aspectos más sobresalientes que iban surgiendo a lo largo de las entrevistas. De esta forma, los informantes clave explicaban e interpretaban los hechos situándolos dentro de un marco más amplio de relaciones y significados.

Por último, la información también fue contrastada con varios autores en posteriores entrevistas. La extensión temporal de mi presencia en el campo facilitó mi reencuentro con algunos informantes. Así, tuve la posibilidad de entrevistar en más de una ocasión a 15 de estos retornados y retornadas.

Estas entrevistas "continuadas" resultan, de forma general, una valiosa fuente de información, a la vez permiten volver sobre algunas cuestiones o abordar otras nuevas. La sola disposición a colaborar nuevamente anunciaba una conexión más íntima que se refleja en la profundidad de las informaciones.

Dado que el segundo encuentro salva los preámbulos de la primera entrevista - presentación, explicitación del propósito, etc.- resulta más sencillo establecer ese punto de confianza donde la información fluye con menos reservas. De manera que parte de esa artificiosidad que rodea a la entrevista logra diluirse en la naturalidad de la conversación espontánea.

Esta forma de entrevistas continuadas tiene, por tanto, un gran potencial heurístico por tres motivos principales. Por un lado, el reencuentro nos brinda la posibilidad de verificar la consistencia de las informaciones facilitadas en un encuentro anterior.

En segundo lugar, llegamos a la segunda entrevista con nuevos datos sobre el referente. Durante el trabajo de campo se combinan varias fuentes de información: procedente de la anterior entrevista, aportada por otros actores y procedente de la observación participante. Con ella vamos construyendo los datos etnográficos a lo largo del proceso de investigación. Como resultado, en ocasiones, pueden aparecer conexiones, contradicciones y ambigüedades entre los discursos, prácticas y normas a las que vamos

dando sentido a través de la lógica de los actores. Un nuevo encuentro nos permite indagar en algunos aspectos cuya importancia pudo pasar inadvertida anteriormente.

Por último, los reencuentros resultan un procedimiento, no solo adecuado sino necesario, para comprender la naturaleza dinámica de los procesos relacionales. Lo que es especialmente relevante en relación con nuestro objeto de estudio. A través de estos pude seguir la evolución de algunas dinámicas de reestructuración de las relaciones familiares e identitarias tras el retorno puesto que me dio la oportunidad de dar seguimiento a procesos de reajuste de las relaciones familiares, a disputas familiares y conyugales relacionadas con los roles sociales y de género de los retornados, la formación de nuevos arreglos, la ruptura de otros, etcétera.

Finalmente, nos detenemos en puntualizar dos detalles formales que afectan a la producción de información en la situación de entrevista. Hablamos del contexto de realización y el guión.

El éxito de la entrevista antropológica reside, en gran medida, en su capacidad para transformar los rasgos artificiales de la entrevista en elementos naturales de una conversación, donde pueden aflorar con mayor facilidad las confidencias. Nuestro interés es aprehender los marcos de significación que utilizan los actores en sus prácticas relacionales y en los discursos con los que interpretan sus experiencias. Y estos significados profundos asoman con mayor facilidad a medida que la información emerge libre de filtros. Es este sentido, la naturalidad y la confianza que se genera durante el encuentro resulta determinante.

Por este motivo, para llevar a cabo las entrevistas se optó, preferentemente, por la residencia de los informantes. Es cierto que, en algunas ocasiones, y sobre todo al principio, las entrevistas fueron realizadas en mi propio domicilio, ya que padrinos y porteros traían a los informantes sin darme más alternativa. Una evidente ventaja de este emplazamiento era la libertad que otorgaba a los informantes para hablar lejos de la mirada de sus familiares.

Pero, sin duda, los beneficios de realizar las entrevistas en el domicilio de los entrevistados eran mayores. Aparte de una mayor relajación, esto permite situar y observar a los entrevistados en su hogar, dentro de su contexto familiar y social, dando la oportunidad de presenciar algunas situaciones de control sobre mis interlocutores que eran, en sí, una valiosa fuente de información. Además, al conocer sus lugares de residencia era

más sencillo merodear por la zona y dejarse ver para propiciar algún encuentro fortuito. Algunas entrevistas fueron realizadas en otros ambientes naturales, como lugares de trabajo o comedores.

En cuanto al guión de conducción de la entrevista (Anexo 2), los temas fueron agrupados siguiendo el orden cronológico que marca la experiencia migratoria de los retornados. En cada bloque se incluían cuestiones relacionadas destinadas a recabar información sobre: aspectos micro, como formación, motivaciones, proyectos, etcétera; meso, como son la situación de los vínculos familiares o conyugales, su estructuración durante ese proceso, las estrategias o los procesos de negociación, entre otros; y macro, percepciones sobre el contexto político, económico, legal, y demás.

No obstante, el peso del guión en la conducción de las entrevistas varió en función de tres variables interrelacionadas, con eran la destreza en el manejo de la situación, el conocimiento sobre el objeto de estudio y el tiempo de la entrevista.

De este modo, durante las primeras entrevistas su utilización fue más exhaustiva. Sin embargo, a medida que iba ganando conocimiento y confianza en el seguimiento de los temas, mi dependencia de él se fue reduciendo.

Con el transcurso del tiempo fui adquiriendo pericia en la conducción de las entrevistas. Una vez se aprenden determinadas estrategias para orientar la producción de información y gestionar la intimidad, se atenúa el miedo a perderse al saltar de tema o a dejarse llevar por el discurso del interlocutor. Así, fui transformando mi papel de activo entrevistador a oyente activo, dejando que los temas fuesen elegidos y asociados por el informante.

En lo que se refiere al conocimiento del objeto de estudio, el guión de la entrevista aparecía cargado inicialmente de conceptos y categorías teóricas. Por tanto, fue necesario recorrerlas para relativizarlas en su contraste con los marcos de interpretación del actor. Es entonces cuando la exploración libre de los interlocutores se vuelve más significativa y su lectura de lo social se hace inteligible (Guber, 2005).

Un segundo grupo de interlocutores estaba formado por personas integradas en un hogar transnacional. Sus experiencias y relatos ayudaron a definir e integrar el objeto de estudio en el contexto social. Se trata de un grupo de perfil variado donde encontramos a menores retornados, así como a otras personas migrantes y no migrantes. De este modo, se

llevaron a cabo entrevistas con 27 informantes que ocupaban, o habían ocupado, distintas posiciones en hogares transnacionales.

Así, tenemos en este grupo 13 entrevistas realizadas a menores integrados en procesos de retorno familiar que me permitieron recabar información sobre su propia experiencia, en destino y tras el retorno, sobre las dinámicas familiares y, también, acceder a sus interpretaciones sobre la configuración de las relaciones familiares y sociales, así como recabar sus propias experiencias de género en el espacio social.

Junto a estas, otras 3 entrevistas realizadas a migrantes que disfrutaban de sus vacaciones durante mi permanencia en el trabajo de campo. En estas entrevistas se abordaron temas relacionados con su experiencia migratoria, la articulación de las relaciones familiares y sociales transnacionales, así como las motivaciones de permanencia y retorno. Estos encuentros aportaron valiosa información sobre las relaciones sociales con los migrantes y las expectativas que el medio proyectaba sobre ellos.

Las 10 informantes restantes, dentro de este agregado, incluyen a otros miembros no migrantes de hogares transnacionales, donde encontramos: un padre de migrantes (1), abuelas de migrantes (2), una mujer separada de un migrante (1), esposos de migrantes (2), la esposa de un retornado (1), hijos de migrantes (2) y un hermano de migrantes (1).

Por otro lado, se realizaron entrevistas con un tercer colectivo de actores no migrantes. Dentro de este incluimos las entrevistas realizadas a diversos informantes expertos que aportaron sus visiones desde distintos campos de experiencia. A lo largo de sucesivas entrevistas con educadores, religiosos y trabajadores sociales se indagó en sus interpretaciones sobre la vida social, sus percepciones sobre el fenómeno migratorio, y, también, se buscaron explicaciones sobre aquellos fenómenos de la vida social directamente relacionados con su campo de actividad.

Finalmente, cabe destacar un último grupo de entrevistas, algunas formales pero en su mayoría informales, mantenidas durante el trabajo de campo con un colectivo muy heterogéneo de actores.

La técnica de observación participante fue otra herramienta fundamental para la obtención de información y la producción de datos durante el trabajo de campo. Esta técnica propone una aproximación a lo real a través de la observación y la experiencia directa de esos modelos que rigen las relaciones sociales. Esto la convierte en una herramienta de investigación necesaria pues, para comprender las dinámicas que se

desarrollan en las relaciones de género tras el retorno, necesitamos conocer las lógicas que regulan las interacciones sociales y familiares en el campo social.

En este sentido se definieron una serie de espacios de observación que me permitieron profundizar en los procesos de género que tienen lugar en las dinámicas familiares y sociales en el contexto de estudio ayudado de la guía de observación (Anexo 3).

El hogar se puede definir como un lugar privilegiado para la observación de las prácticas de género en la vida cotidiana. A lo largo del trabajo de campo fue posible participar en la vida diaria de algunos hogares de retornados y de no migrantes. El nivel de confianza alcanzado con algunos de estas familias también me permitió participar en determinados festividades y celebraciones.

El objetivo de las observaciones en este espacio era dar contenido a varias cuestiones, como su estructura, los roles que se despliegan en su interior, el contenido de las relaciones entre sus distintos miembros, su jerarquización, las tareas y los espacios de segregación.

Respecto a las observaciones en el hogar quiero señalar como la existencia de hogares poligénicos despertó un gran interés por profundizar en las conexiones y jerarquías que se establecen en el interior de la red de hogares. Si bien es cierto que tuve acceso a hogares integrados en una red poligénica desde distintas posiciones -compromiso principal o secundario-, el aislamiento entre los diversos hogares dificultaba este propósito. Debido al carácter velado de su existencia no es sencillo acompañar a un hombre en sus visitas a los distintos hogares. Como resultado, tan solo se pudieron realizar observaciones en una red familiar de este tipo.

Una segunda unidad en la que se realizaron observaciones son los barrios. La información de campo permitió apreciar la posición del barrio como puente de comunicación o paso entre el espacio privado y el espacio público. Esto es consecuencia del modo en que los vínculos de vecindad y parentesco se superponen y confunden en su interior. De forma que es en este tránsito a lo público donde se visibilizaban de forma más clara las normas, censuras y cautelas que imponen las lógicas patriarcales a las relaciones de género privadas.

Sin embargo, la observación en este ambiente entraña algunas dificultades. Y esto es así porque la organización social del barrio encierra una complejidad que no se nos revela a simple vista. Para que sus lógicas vayan cobrando sentido, es preciso partir de un conocimiento previo de los actores y las posiciones desde las cuales se relacionan. Esto

hace necesario un tiempo de contacto y convivencia para llegar a reconocer a los actores y los roles que ocupan en la vida vecinal.

En este sentido, es posible identificar tres unidades de observación. En dos de los barrios residiría durante el trabajo de campo y llegué a estos lugares apadrinado por retornados, que además eran mis caseros. Esto me dio un acceso inicial a sus familias, así como a otros hogares transnacionales. Desde aquí pude establecer un contacto prolongado que facilitó mi reconocimiento de los actores. Esta convivencia me permitió participar de las actividades y conversaciones del día a día. Asimismo, me permitió participar en diversos acontecimientos y festividades. Mi primera residencia la fijé en un barrio situado en el límite exterior de la ciudad, percibido por los balzareños como un lugar marginal. El segundo lugar de residencia estaba situado en un barrio colindante con el centro urbano.

Por último, el centro urbano fue el tercer espacio donde establecí puntos de observación. En torno a él gira la vida del resto de unidades que componen la ciudad pues el mercado, la plaza y los distintos servicios comerciales y públicos ejercen una fuerza centrípeta sobre las otras partes.

De forma que esta unidad, por un lado, comparte algunas características con otros barrios en cuanto lugar de residencial donde se desarrollan las relaciones vecinales. Pero, a diferencia de otros barrios, el centro urbano aparece como territorio genuino de lo público. Es el lugar para las actividades de ocio y también para el empleo público. Las observaciones en este espacio tenían como objetivo registrar distintas conductas y prácticas, las cuales permitieron comprender e interpretar algunas dinámicas de las relaciones de género en varios contextos, como la calle -presencia y ocupación de espacio, expresión corporal, etc.-, el mercado, la iglesia, el empleo -en servicios públicos y privados.

Finalmente, las observaciones realizadas en mis vistas a centros educativos, barrios de los esteros y plantaciones ampliaron mi visión sobre el espacio y me dieron la oportunidad de profundizar en la comprensión de las interrelaciones sociales, lo que me sirvió para contextualizar el objeto de estudio.

2.7. LOS ROLES DEL INVESTIGADOR Y LAS TOMAS DE POSICIÓN EN EL CAMPO: "*¿Y QUÉ? ¿USTED ES MISIONERO?*"

La investigación etnográfica utiliza la participación del investigador en la vida social como herramienta para penetrar en los sentidos que subyacen en la práctica social

(Malinowski, 2001). Es decir, aspira a conocer la realidad social de los actores a través de la experiencia, la percepción y los sentimientos que se desprenden de las relaciones sociales que establecemos durante la investigación (Guber, 2005; Velasco y Díaz de Rada, 2004).

Como resultado, la visión de la realidad social que se obtiene depende de la perspectiva que nos ofrece nuestra posición en el espacio. Por tanto, parece oportuno cerrar este capítulo con una reflexión sobre los roles del investigador y los posicionamientos ocupados el campo social durante ese periodo.

Con la llegada al campo se iniciaron las negociaciones de significado que permitían a los actores situarme en su zona de experiencia (Barley, 2008). Un proceso negociado en el que, en unos casos, se potencia la adjudicación de determinados roles, en otros se niega, y, a veces, se promueven otros distintos. Todo de acuerdo con las necesidades estratégicas de la investigación y los compromisos morales que somos capaces de asumir.

Lo cierto es que los actores deben justificar nuestra presencia en el campo. Y esto lo hacen de acuerdo con los patrones de evaluación y la información disponible en cada momento. Según mi propia experiencia, las informaciones que permiten a los actores elaborar sus juicios surgen, principalmente, de cuatro fuentes. Estas se distinguen, entre otras cuestiones, por el nivel de influencia que podemos ejercer sobre ellas, y que serían las siguientes:

- El sentido común de los actores.
- Las características del investigador.
- La información difundida por diversos portavoces.
- La información difundida por el investigador.

El primer punto supone reconocer, como explica Bourdieu (2000), que la lógica que estructura el campo social está integrada en el sentido común del grupo. Y que este es incorporado por los actores a lo largo de sus experiencias y aprendizajes. Es decir, cuando desembarcamos en el campo nos encontramos con un medio dimensionado por múltiples ejes de poder. Así, la posición que ocupan los individuos en el espacio social es una función de los niveles de stock de ciertas variables ligadas a dichos ejes. Estas variables se pueden corresponder con determinadas características -físicas o sociales- objetivas, al menos en apariencia.

Lo relevante, en nuestro caso, es observar como los patrones de clasificación ayudan a establecer una correspondencia entre los atributos del individuo y su posición relativa en el espacio. Un posicionamiento del que es posible inferir, a su vez, una serie de comportamientos. De tal forma que las características del sujeto puedan ser ligadas a una serie de expectativas sobre su actuación. En nuestro caso, los ejes más relevantes son el de género, el generacional, el de estatus, y el eje colonial -raza/etnia. Siendo este un terreno sobre el que nuestra capacidad de intervención es prácticamente nula.

De modo que las características propias del investigador constituyen una fuente de información para los actores, que puede ser interpretada de acuerdo con las lógicas que ordenan el campo. Así, la presencia en Balzar de un hombre español, en su cuarentena, y solo, aportaba suficiente información a los actores para que pudiesen realizar sus evaluaciones preliminares, puesto que estos rasgos se corresponden con algunos de los criterios de clasificación socio estructural: edad, sexo/género, estatus socio-económico y cultural, y origen racial/étnico/cultural.

El origen español se relacionaba, por un lado, con una posición de exterioridad al grupo y, por el otro, con una posición hegemónica. Esta última ligada, a su vez, a significados asociados con distintas posiciones de dominio: blanco -"usted es bien blanquito"- y, sobre todo, español. Aquí se encuentran entrelazadas una amplia serie de cuestiones relacionadas con la relación colonial entre ambos contextos, la cuestión migratoria y la españolidad como marca de estatus -según exhiben las élites locales.

En cualquier caso, la población de la ciudad distaba de cualquier criterio de homogeneidad racial o étnica. Además, una parte de ésta era para mí identificable como blanca, sobre todo población de origen manabita y descendientes de familias de notables³⁸. Por tanto, la percepción sobre este asunto estaba mucho más relacionada con el hecho de

³⁸ Los notables rurales son parte de la una exigua clase social formada por profesionales y comerciantes, muchos ellos migrantes internacionales llegados durante el siglo XIX, que habitaban en las pequeñas ciudades próximas a las plantaciones. Durante el periodo de hegemonía política, social y económica de la Gran Plantación sobre el agro costeño, el poder de los notables fue bastante discreto. Sin embargo, la crisis del cacao desencadenada por la Primera Guerra Mundial inició una serie de transformaciones que beneficiarían la consolidación del poder político y económico de los notables, como resultado del proceso de urbanización y el desmantelamiento de las grandes propiedades. Así, no solo se hicieron con el control de los nuevos centros políticos, las ciudades rurales, también se convirtieron en los nuevos terratenientes, más próximos al medio social que los antiguos propietarios guayaquileños (Fauroux, 1988)

ser un "español puro" -como pude oír en distintos momentos. Algo que, en ocasiones, pudo llegar a ser beneficioso.

Esto sucedía, por ejemplo, en mi relación con algunos migrantes y retornados, para quienes era estimulante establecer conexiones de identidad. De forma similar, para los no migrantes resultaba una interesante experiencia conversar conmigo, compartir sus inquietudes y formularme todo tipo de cuestiones relativas a los asuntos más dispares. Pero, en cualquier caso, estos significados tampoco dejan mucho margen para la negociación, más allá de un posible distanciamiento de las marcas de estatus.

Las percepciones sobre el estatus socio-económico estaban vinculadas a una serie de proyecciones sobre el origen. De manera especial para la población no migrante. La apariencia física juega un papel en todo esto, motivo por el cual vestía con la mayor sencillez posible (la seguridad también tenía mucho que ver aquí). Sin embargo, mi obsesión por mostrar un aspecto sencillo y descuidado había llegado a tal grado de despreocupación que terminó por resultar llamativa para los actores, como me hicieron saber. Algo que sin duda tuve que resolver.

Igualmente, es conveniente señalar como ciertos comportamientos que percibimos con absoluta normalidad pueden tener un impacto en las percepciones e interpretaciones de los actores. Esto sucedió, por ejemplo, con mis habituales paseos al centro. Como supe más tarde, no era habitual entre la población local dejarse ver caminando, lo que era percibido negativamente al ser asociado con un estado de escasez material y social. Mayor perplejidad causaba que lo hiciese un español.

Las conexiones con diversos actores también pueden afectar a la adjudicación de estatus que realizan los actores. Por tal motivo decliné las invitaciones de algún notable de los que conocí tras mi llegada.

En tercer lugar, el sexo-género del investigador es un rasgo de adscripción que, al menos en principio, parece ser determinante. Aunque, en realidad, resulta adecuado distinguir, aquí, entre sexo y género. Ya que, mientras los significados ligados al sexo permanecen de manera más estable, sí fue posible negociar algunos de los significados de masculinidad³⁹ que me fueron atribuidos. Una consecuencia del estatuto de exterioridad.

³⁹ Sobre esto, añade Markowitz (2003:88): "Los antropólogos en el trabajo de campo necesitan negociar su sexualidad con el fin de hacer coincidir sus expectativas con las de sus anfitriones, evitar y controlar el acoso, expresar el afecto y la atracción, e incluso expresar la asexualidad".

Sin embargo, como veremos, al no asumir formas de género adecuadas socialmente, renunciamos a participar plenamente en las prácticas que se corresponden a esos roles, reforzando nuestra posición periférica⁴⁰.

Por último, la edad también es un rasgo que tuvo cierta influencia en el desarrollo del trabajo de campo. Por un lado, porque el respeto generacional es un valor moral entre los actores. Así, mi edad me permitió beneficiarme del respeto que me otorgaba el rango. Además, esto facilitó la conexión con la población situada en ese segmento de edad adulta, como sucedía con la población retornada.

Una tercera fuente de informaciones, que incidían en mi posicionamiento en el campo, partía de los portavoces del grupo. Durante el trabajo de campo aparecieron informaciones, de lo más dispares, difundidas por algunos individuos con cierta influencia. El control sobre este tipo de información no resulta sencillo. Tan solo si se ejerce alguna forma de control se logra identificar a estos voceros para negociar significados más adecuados a mis intereses. Además, algunos actores también se convirtieron en portavoces a través de su contacto directo conmigo. Así, porteras y porteros, madrinas y padrinos, y otros informantes, reciben información que suelen compartir con otros actores.

Por tanto, la información que yo mismo vertía sobre el campo también influyó en mi posicionamiento en el espacio. Mis propias prácticas y discursos podían, en ocasiones, corresponderse con las expectativas de los actores, contradecirlas o alimentar otras nuevas. Así esta información puede ser compartida de modo deliberado para reorientar las percepciones de los sujetos.

Tomando todo esto en consideración paso ahora a explicar algunos de los roles que me fueron adjudicados durante el desarrollo del trabajo de campo. Cabe señalar que estos roles no tienen un alcance homogéneo en todo el campo, como no lo tienen las informaciones que los alimentan, de modo que durante la estancia desempeñamos varios roles que se sobreponen, suceden o persisten, en ocasiones, como resultado de nuestros esfuerzos por reorientar el significado de nuestra presencia y, en otras, a pesar de estos.

⁴⁰ En relación con esto, Markovitz recuerda que "el equilibrio del poder sexual no rige cuando «los nativos» ven al antropólogo visitante no como un super o subhumano asexual, sino tan maduro, sexualmente activo, receptivo y más parecido que diferente a ellos" (2003:88).

Cuando llegué a la ciudad, tanto las características ya comentadas, como el haber llegado de la mano de la asociación de migrantes, o el hecho de trabajar para una fundación, formaban parte de esa información preliminar que circulaba entre los actores.

La ubicación de mi residencia en un área marginal de la ciudad también fue motivo de diversas especulaciones sobre mi presencia en el campo. Esto ayudó a que, inicialmente, me adjudicasen varios roles, como el de narco o espía, que parecían explicar la presencia de una persona de mis características en ese medio. La desconfianza hacia mis intenciones declaradas llegó, incluso, a contagiar a mi casero. Era un hombre retornado que, a pesar de su apertura inicial, vería aumentada su suspicacia hasta asumir una actitud bastante intrigante. Prueba de ello es que en alguna ocasión llegó a husmear entre mis anotaciones en busca de pruebas que permitiesen desvelar la verdadera naturaleza de mis propósitos.

Algo similar sucedió con el rol, más indulgente, de misionero. Este ajustaba mejor, en el marco conceptual de los actores, mis características con la labor que decía desarrollar. Además, encajaba el asunto de mi celibato y algunas de las muestras de pobreza, como cocinar o caminar durante todo el día. Pero, a diferencia del secretismo sobre mis otros roles, mis vecinas y vecinos sí llegaron a preguntarme abiertamente si era misionero. Es preciso reconocer que, en aquellas primeras semanas, me esforcé poco por desmentir este rumor. Teniendo en cuenta los temores que me habían infundido mis informantes, consideré que presentarme como misionero podría desanimar a todo agresor potencial. Por otro lado, pensé, que no perjudicaba los propósitos de la investigación más de lo que pudieran hacer los roles de espía o narco.

Otra forma en que los posicionamientos que nos adjudican los actores pueden resultar sorprendentes es a través de las peticiones que estos realizan. En muchos casos porque desde nuestro propio sentido común parecen inauditas. Pero, sobre todo, porque estas proyectaban sobre mí unas capacidades que me resultaban inverosímiles. De modo que no faltó quien me pidiese un préstamo, cuestión que siempre intenté evitar, pero, mucho más extraño resultó que me ofreciesen incorporarme a la lista electoral de un partido local, que apadrinase a un niño, o que engendrarse otro.

Por otro lado, los retornados me adjudicaron roles relacionados con su situación específica. Algunos retornados habían regresado dejando atrás deudas o hipotecas, mientras otros seguían recibiendo subsidios de forma irregular. De modo que recelaban de mi interés por registrar información. Su principal temor, como luego expresaron

abiertamente, es que yo estuviese localizando morosos para poner esa información en manos de los bancos españoles. Me decían sentirse amparados por el gobierno de Correa, pero veían con temor su situación ante un posible cambio de gobierno. Si bien realicé un gran esfuerzo por desligarme del sector financiero, lo cierto es que este recelo acompañó a algunos retornados durante largo tiempo.

Sin ánimo de extenderme en detallar todos y cada uno de los roles adjudicados/desempeñados durante el trabajo de campo, parece adecuado explicar un par de posicionamientos: el rol masculino pleno y la asunción de roles críticos. Pienso que estos pueden ilustrar el modo en que las decisiones que tomamos sobre nuestra participación en el campo pueden abrir o cerrar puertas de acceso al referente empírico.

Desde que me instalé en el campo mi estatus de hombre me permitió participar en diversos eventos sociales y familiares desde la perspectiva del grupo de hombres que me acogió. De hecho, el primer contacto con ellos fue durante la celebración del nombramiento como policía de uno de los jóvenes. Fue allí donde participé de esos círculos masculinos donde se bebe compartiendo el mismo vaso al tiempo que se intercambian relatos. En estos encuentros con el grupo de hombres fui descubriendo sus interpretaciones sobre las relaciones de género, las mujeres y la hombría -temas principales.

El tamaño del grupo variaba desde encuentros reducidos con algún familiar o amigo íntimo, pasando por un grupo ampliado de vecinos. Incluso, durante la celebración de las elecciones primarias en la ciudad, se podía reunir un amplio grupo de hombres de distinto origen social. Un rasgo compartido en la mayor parte de estas reuniones era el consumo de cerveza o "puro" -aguardiente- y los tópicos de las conversaciones.

La apertura inicial del grupo de los hombres me dio acceso a un conjunto de prácticas y discursos masculinos que fueron determinantes para comprender su perspectiva sobre las identidades y relaciones de género. Durante un tiempo, esta participación parecía señalar el camino hacia una inmersión en el grupo de los hombres. Sin embargo, la incorporación plena del rol masculino chocaba con dos obstáculos: mi celibato y mi independencia (Markowitz, 2003).

Estas dos cuestiones hicieron que se resintiese la relación que se estaba fraguando con estos actores, pues comenzó a evidenciarse una falta de compromiso con los preceptos

masculinos. Quedaba claro que determinados espacios eran intransitables, tanto por consideraciones éticas -y el consiguiente coste emocional- como estratégicas.

Cuando surgieron las primeras invitaciones a visitar los "*bares de las mujeres*" me mostré renuente a aceptarlas, haciendo ver que estas invitaciones me pasaban inadvertidas. Pero pronto se haría evidente mi falta de interés y, como consecuencia, fui regresando a una posición masculina marginal respecto a este grupo.

A esto se añadía otro punto de desencuentro. En varias ocasiones algunos hombres estuvieron dispuestos a "*traerme*" una mujer para cubrir el vacío de casa durante la estancia. Dado que vivía solo, estos asumieron la obligación de ayudarme en tal sentido. Este compromiso me obligaba a aceptar a la mujer como compañera por el tiempo que desease, dándole techo, comida y, según mi criterio, algo de dinero. Un reclamo añadido para ellas, llegaron a decirme, era la posibilidad de que esta pudiese acompañarme en mi regreso a España.

Al rechazar estas ofertas aceptaba un distanciamiento del rol masculino pleno. Sin duda, el hecho de ser extranjero ayudó a hacer tolerable mi conducta. De cualquier modo, mi relación con el grupo de hombres se vio afectada de forma que observé mayor censura en las informaciones, intimidades y confidencias, que dejaron de ser frecuentes. La puerta se fue cerrando.

Sin embargo, considero que estas decisiones fueron fundamentales para establecer relaciones de confianza con las mujeres. En un contexto social donde las relaciones de género se caracterizan por la competencia sexual, la desconfianza y la fragilidad de los compromisos, este distanciamiento de las identidades masculinas hegemónicas relajaba mi acercamiento a las mujeres; especialmente si estaban casadas.

Esto no significa que, en ocasiones, mis encuentros con mujeres no siguiesen determinadas cautelas, como esperar la llegada/presencia del esposo para acceder al hogar, mantener el encuentro a la vista de algún familiar o con la puerta abierta. Aunque en otros casos, el "estatus de extranjero" me permitió mantener varios contactos con algunas mujeres casadas sin que ello causase una gran perturbación.

Pero lo cierto es que conseguí establecer algunas relaciones de estrecha confianza con mujeres, donde la información solía fluir franca e irrestricta. No obstante, en algún caso, estas relaciones desencadenaron algún episodio de celos con los esposos.

Aunque algunos hombres retornados tuvieron un papel destacado en el acceso a sus redes de informantes, sin lugar a dudas, fueron las mujeres quienes me proporcionaron mayores contactos y ofrecieron mejores referencias de acceso.

Para terminar, quiero señalar la importancia que tiene en el trabajo de campo asumir algunos roles "críticos". Como he señalado, encontré una enorme dificultad para observar las relaciones que se establecen en una red de hogares poligínicos. No obstante, esta oportunidad surgió a través del contacto establecido con un vecino. Este tenía un hogar paralelo en el barrio, a la vez que mantenía su hogar, donde residían su esposa principal y sus tres hijos, en las afueras de la ciudad. El hecho de que fuese vecino, conociese a su segunda esposa y al resto de la familia, hacía difícil presagiar mi acceso a su hogar principal.

Sin embargo, un hecho casual haría que éste terminase solicitando mi ayuda. Lo que ocurrió tras prestarme a solucionar un problema con su ordenador. Este hecho le hizo estimar mis habilidades informáticas, así que volvió a pedirme ayuda para la preparación de algunas aplicaciones y la instrucción en su manejo.

El informante se dedicaba a la compraventa de objetos. En principio, las tareas que me encomendó sembraron en mí algunas dudas sobre la licitud de sus actividades. Pero, por otro lado, me costaba obviar que esto me daba acceso a su hogar principal, donde tenía los equipos informáticos que solía utilizar.

De este modo comencé a acompañarle discretamente en sus desplazamientos entre ambos hogares. Lo que me brindó la oportunidad de observar el contenido de las relaciones de este hombre en sus distintos hogares, así como las interpretaciones de las esposas sobre su situación, sus motivaciones, etcétera.

No obstante, trascurrido un tiempo decidí limitar mi contacto con este informante y dejar de acompañarle en las visitas a su hogar principal. Por un lado, pesó en esta decisión que la relación con su familia, con quienes llegué a pasar días enteros, había despertado afecto por ellos. Esto hacía que me resultaba más difícil presenciar el trato despótico y hostil que mostraba con su familia. Por otro lado, una vez constatada la ilegalidad de algunas de sus actividades, consideré prudente distanciarme de él para evitar problemas.

En resumen, podemos afirmar que la naturaleza compleja de los procesos sociales - cambiantes, contradictorios y reversibles- solo pueden ser comprendida desde la singularidad del contexto que origina esos resultados y, por tanto, exige un conocimiento

profundo y situado de la organización y las lógicas sociales propias de los actores para construir nuestro marco explicativo.

El método etnográfico nos permite alcanzar ese sentido profundo de las lógicas y los conceptos que solamente emerge cuando estos son integrados en la realidad de las dinámicas sociales que los produce, al aproximarnos a las prácticas y los discursos de los actores, observando y analizando cómo viven, experimentan, explican e interpretan su realidad social. Esto nos permitirá, en el siguiente capítulo, desvelar esas estructuras estructurantes -objetivas y subjetivas- de la vida social que se revelan en las regularidades de los discursos y las prácticas, y conectarlas con su particular curso socio-histórico. Este esquema interpretativo será el que nos ayude a analizar, en los dos últimos capítulos, las transformaciones en el contenido de las configuraciones simbólicas subyacentes en el desarrollo de las relaciones sociales, domésticas/conyugales y en los modelos de identidad de género durante la migración y el retorno.

3. EL ESPACIO SOCIO-HISTÓRICO BALZAREÑO

El objetivo de este capítulo es situar los procesos socio-históricos que han contextualizado la configuración de las relaciones sociales, materiales y simbólicas presentes en el espacio social balzareño.

Para identificar los elementos que determinan la singularización de este universo social debemos iniciar este recorrido en el nacimiento mismo de las sociedades aluviales⁴¹ que conformarán el mundo rural costeño. Esta contextualización de las relaciones sociales nos permitirá situar y comprender los procesos de producción simbólica que posibilitaron la consolidación de las lógicas, categorías y nociones que permiten a los actores interpretar y dar sentido a sus acciones. El interés en seguir este camino no es otro que el de hacer inteligibles los modelos de identidad de género que definen las formas legítimas de ser mujer y ser hombre presentes en Balzar.

Los dos bloques que componen este capítulo nos ayudarán a situar en el tiempo y el espacio los procesos políticos, económicos e ideológicos que han participado en la construcción de la realidad social balzareña. De forma que, en el primer apartado se pondrán en perspectiva histórica y geográfica -nacional e internacional- las dinámicas y los hechos sociales que dieron lugar a la aparición de una identidad social costeña, lo que ha de permitirnos, en el segundo apartado, realizar una descripción de los rasgos geográficos, históricos, demográficos y económicos de la ciudad de Balzar.

El primer apartado comienza con un análisis de los hechos que favorecieron el surgimiento de la "cuestión regional" en el Ecuador, como se denomina al proceso de

⁴¹ El término aluvial fue empleado por José Luís Romero (cit. Altamirano 2001) para describir la acelerada y concentrada transformación demográfica, étnica y económica experimentada por Argentina después de 1880. Parece oportuna esta descripción habida cuenta de los evidentes paralelismos, pues aquí, como allí, se produce un proceso de desarrollo económico y demográfico rápido y territorialmente localizado, que contextualizará el nacimiento de una nueva sociedad mestiza y migrante que se levantará sobre la anterior sociedad criolla -blanca, mestiza e indígena. Una sociedad criolla que, como explica Altamirano, permitió el surgimiento de modos de vida espontáneos debido a "la disparidad entre su apego exterior a las normas [étnicas, sociales y culturales] y la transgresión efectiva de las prescripciones" (2001:319). De modo que las posteriores migraciones de ultramar, regionales y rurales desencadenaron un proceso de intensa hibridación étnica y cultural que permitió la aparición de nuevos modos de vida y concepciones del mundo, de configuraciones sociales y simbólicas.

marcado antagonismo político, económico, social e ideológico entre las élites de la Sierra Norte, la Sierra Sur y la Costa. Veremos cómo esta situación posibilitó la consolidación de unos posicionamientos ideológicos inconciliables que incitó una confrontación por el control político del Estado y un relativo retraimiento regional, de forma que en la Costa caló un liberalismo laico, reflejo de la vocación exterior de las élites comerciales y financieras guayaquileñas, que resistía los intentos de control ideológico y social de la alianza forjada entre élites hacendarias de la Sierra y la Iglesia.

Como resultado, se producirá una progresiva desarticulación sociocultural entre estos espacios que se percibirá irreversible a medida que avanza la colonización tardía de la Costa. Lo cierto es que hasta finales del siglo XIX existía un fuerte desequilibrio demográfico entre las dos regiones, pues la población costeña era relativamente escasa - apenas 130.000 habitantes en 1845- y muy concentrada en torno a la metrópoli de Guayaquil. Sin embargo, el auge de la producción de cacao estimulará un intenso proceso de transformación socio-política, causando el fortalecimiento del poder económico costeño y el crecimiento demográfico, alimentado por el trasvase de población de la Sierra.

De este modo, la producción cacaotera animó la colonización de las tierras vírgenes de las zonas ribereñas de los grandes ríos, donde surgirán las grandes plantaciones de cacao. Dentro de ellas veremos aparecer un estilo de vida que adecuará las relaciones sociales y reproductivas a las necesidades y ritmos de producción que marca la hacienda.

Con la caída de la demanda de cacao en el mercado mundial, tras el inicio de la Gran Guerra, comenzará un nuevo periodo de transformaciones del espacio rural costeño. Los grandes propietarios abandonarán algunas de las plantaciones, mientras que otras optarán por reducir la producción, lo que resultará en ambos casos en un deterioro de los medios de vida de los trabajadores. Esta situación elevará la presión social de unos trabajadores sin tierra sobre unas propiedades sin producción, lo que desembocará en invasiones a las cuales los propietarios responderán con expulsiones y la búsqueda de nuevos usos de productivos que requieran menos mano de obra.

Esta hostilización de la vida en el agro aceleró el proceso de urbanización, a medida que los excedentes de población eran trasvasados a las pequeñas ciudades rurales donde se unían al incesante flujo de migrantes serranos. Como resultado, se produjo un doble desplazamiento del poder en el espacio rural. Por un lado, el centro de la vida social y política se desplazó de la plantación a las cabeceras cantonales. Por el otro, la hegemonía

pasó de manos de los grandes propietarios guayaquileños a las de los notables de estas ciudades rurales.

3.1. LA EMERGENCIA DEL ESPACIO SOCIAL COSTEÑO

La emergencia del espacio social costeño en el Ecuador es resultado de un largo proceso de maduración ideológica que le conferirá un carácter singular. Para situar estos acontecimientos dentro del contexto nacional es preciso prestar atención a la evolución de aquellos factores sobre los que se alinearán los intereses contrapuestos de las élites regionales.

La oposición entre las tres principales regiones del país -Sierra Norte, Sierra Sur y Costa- estallará en los inicios del periodo republicano (1830) como resultado del conflicto generado por sus respectivas lealtades exteriores, su propia identidad y una serie de intereses internos de carácter político, ideológico, económico y sociales. Como resultado, la "cuestión regionalista" (Acosta, 2006; Ayala, 2008) ha sido consustancial al proyecto de construcción nacional.

Esta situación comienza a fraguarse en el ocaso de la época colonial, cuando el fin del sistema obrajero⁴² y el declive de la minería hicieron que el poder económico de la empresa colonial se trasladase a la hacienda serrana, que pasó a convertirse en el eje principal de la nueva economía agraria. Este fortalecimiento económico de la élite hacendaria sentó las bases para su posterior hegemonía política (Acosta, 2006).

De esta forma, el periodo de construcción nacional, que se inicia en 1830 -tras la Independencia colonial y la escisión grancolombina⁴³-, será liderado por los hacendados serranos que, a través de su alianza política, económica e ideológica con la iglesia

⁴² Los obrajes eran centros de elaboración de paño, principalmente destinados al abastecimiento de los grandes centros de explotación minera de Potosí, que convirtieron la Audiencia de Quito en uno de los polos más dinámicos de la economía colonial (Ayala, 2008). El sistema obrajero terminó cuando la llegada de la dinastía Borbón al trono (1700) impulsó un conjunto de medidas destinadas a impulsar el desarrollo industrial de la metrópoli, las denominadas "reformas borbónicas", que limitaban la producción textil en las colonias (Acosta, 2006; Ayala, 2008).

⁴³ Tras la independencia de la colonia, el país quedó integrado junto a las Colombia, Perú y Bolivia en la República de la Gran Colombia entre 1822 y 1830. El entreacto grancolombino, según Acosta (2006), tuvo escasa influencia, más allá del legado de una descomunal deuda externa contraída por las colonias para sostener el esfuerzo independentista, cuya distribución impuso a Ecuador una desproporcionada contribución que marcaría la senda de su perpetua dependencia crediticia.

intentarán perpetuar el modelo de gobierno y las estrategias de control ideológico de su predecesor colonial (Acosta, 2006).

Sin embargo, la pretensión de las élites hacendarias de aferrarse al confesionalismo estatal, el proteccionismo arancelario y las herramientas pre-modernas de control social colisionaba con los intereses de las élites liberales costeñas.

Estas últimas vieron crecer su poder económico en el último cuarto de siglo XIX, gracias al impulso propiciado por el auge cacaotero, lo que permitió la consolidación de un nuevo modelo primario-exportador en el litoral que determinó la integración periférica del país en el sistema económico mundial (Acosta, 2006; Ayala, 2008; Larrea, Sommaruga y Sylvia, 1988). Como resultado, los terratenientes, comerciantes y banqueros guayaquileños pasaron a convertirse en los principales actores económicos y financieros del país, haciendo eclosionar una serie de conflictos en los que las partes intentarían hacer prevalecer sus intereses (Acosta, 2006; Ayala, 2008).

Una importante fuente de problemas estuvo relacionada con la mano de obra, cuyo trasfondo revelaba serias discrepancias respecto a los mecanismos de control social. De un lado, el poder hacendario-ecclesial se aferraba a formas pre-capitalistas de inmovilización de la mano de obra como el concertaje⁴⁴, que les permitían atar en el interior de la hacienda a los indígenas liberados del sistema obrero, o el huasipungo⁴⁵, con el que aseguraron la sujeción de los campesinos (Acosta, 2006).

Del otro lado, las plantaciones cacaoteras que emergieron en la Costa se vieron obligadas a buscar alternativas al serio problema de suministro de mano de obra, en una región escasamente colonizada, si querían satisfacer la creciente demanda de un mercado

⁴⁴ Que permanecería vigente hasta su definitiva abolición en 1918 (Acosta, 2006).

⁴⁵ “El huasipunguero, en su mayoría indígena, recibía el usufructo de una parcela de 2 o 3 hectáreas, conocida más con el nombre de huasipungo. En cambio, tenía la obligación de trabajar cuatro o cinco días por semana para el propietario de la tierra; recibía un salario netamente inferior al del mercado; el pago efectivo, por otra parte, se aplazaba sin cesar, gracias a un endeudamiento casi obligatorio y al sistema de multas” (Fauroux, 1988:111). Junto a él aparecían otras formas de precarización de lo precario, como “El arrimado era un pariente o un allegado del huasipunguero autorizado por éste para cultivar una parte o la totalidad del huasipungo. Por este concepto pagaba al huasipunguero una cantidad en productos. El propietario de la hacienda toleraba su presencia con la condición de que aceptara trabajar para él, cuando se presentaba la necesidad. El arrimado no podía rehusarse, pero se le pagaba al precio normal del mercado. Su función era, por lo mismo, doble. En primer lugar, era una reserva de mano de obra, inmediatamente disponible para la Hacienda. y además, cultivar efectivamente la parcela entregada al huasipunguero, que por otros trabajos no tenía tiempo de hacerlo” (Fauroux, 1988: 112).

mundial de cacao en fase expansiva (Acosta, 2006; Ayala, 2008; Trujillo, 1988). De este modo, la plantación cacaotera se convirtió en una fuerte competidora de la hacienda serrana por el control de la mano de obra, pues los trabajadores de la sierra veían en la migración costera una oportunidad para escapar al cautiverio y las penurias que imponía la vida hacendaria.

Esta situación tuvo consecuencias de largo alcance, ya que el fuerte desequilibrio demográfico entre las regiones -en 1845 el 82% de la población residía en la Sierra- se iría corrigiendo a medida que ganaba vigor un flujo migratorio Sierra-Costa, que se mantuvo constante durante el siguiente siglo (Acosta, 2006). Entre las causas que estimularon la consolidación de dicho flujo cabe destacar la presión demográfica en la hacienda, las condiciones de explotación que proponía y los recurrentes ciclos de crisis política y económica (Acosta, 2006; Fauroux, 1988).

En cualquier caso, esto permitió que la región costeña multiplicase su población por dieciséis⁴⁶ entre 1845 y 1962, invirtiendo así el anterior equilibrio demográfico regional. Si bien, no fue un proceso uniforme sino que estuvo sujeto a una diversidad de ritmos y procesos de colonización del litoral, permitiendo que aflorasen una variedad de espacios socio-cultural y étnicamente heterogéneos en la región Costa.

Otra fuente de conflicto regional, relacionada con lo anterior, giró en torno al modelo sacralizado de dominación política y de control social que propuso el proyecto conservador hacendario. Esto suponía mantener vigente el poder de la iglesia para penetrar en todos los aspectos de la vida, lo que chocaba con el profundo laicismo de las posiciones liberales costeñas, resueltas a poner fin a las prerrogativas curiales, la confesionalidad del Estado y el imperio del dogma religioso sobre las relaciones sociales (Acosta, 2006).

Los éxitos del proyecto laicista serían variados como consecuencia de los continuos vaivenes políticos, la diversidad de posturas sobre la profundidad de las reformas, y el heterogéneo grado de penetración de las instituciones religiosas en la vida social y política en las distintas regiones del país. Estas fluctuaciones, indeterminaciones y progresos, explica Ayala (2008), permitieron un mayor arraigo del espíritu laicista en la sociedad rural costeña que, avanzado por el triunfo de la Revolución Liberal Alfariata (1895), profundizó

⁴⁶ Pasando en este periodo de los 130.000 a los 2.134.000 habitantes (Acosta, 2006).

el proceso de laicización de la vida social con el traspaso de los asuntos de la reproducción social a manos de la administración pública:

El proyecto liberal trajo también la mayor transformación político-ideológica en la historia del país. El Estado consolidó su control sobre amplias esferas que estaban en manos de la Iglesia. La educación oficial, el Registro Civil, la regulación del contrato matrimonial, la beneficencia, etc., fueron violentamente arrebatadas de manos clericales y confiadas a una nueva burocracia secular. (Ayala, 2008:44)

Estas dinámicas, como veremos más adelante, serán de gran importancia en la definición de la vida social y la configuración de las identidades y las relaciones de género y familiares.

3.1.1. El surgimiento de un universo simbólico y social en la gran plantación

En tiempos de la colonia, la sociedad costeña estuvo vertebrada y concentrada en torno a la metrópoli de Guayaquil y las necesidades de su industria naval, lo que dio impulso a las penetraciones fluviales a lo largo del Guayas y del Daule para la explotación maderera (Acosta, 2006; Álvarez, 2002; Ayala, 2008). Los puntos de acopio que se establecían en las riberas se transformarían después en asentamientos estables, alrededor de los cuales comenzaron a florecer pequeñas explotaciones agrícolas que ponían en uso las zonas deforestadas (Fauroux, 1988).

Las condiciones climáticas resultaban propicias para la producción del cacao que, si bien fue más tímida en un principio, pronto revolucionaría las condiciones socioeconómicas de esta región y del país. Este proceso se inició cuando la demanda del fruto experimentó un vertiginoso aumento en los países industrializados -principalmente Inglaterra. Para responder a este incremento en la demanda, los propietarios guayaquileños comenzaron a tomar posesión de los territorios y extender sus dominios, ya fuese mediante la ocupación de bosques y baldíos, o mediante las expulsiones de los indígenas y pequeños campesinos para la apropiación de sus tierras. Como resultado, se dieron grandes niveles de acaparamiento que depositaron en manos de unos cuantos terratenientes la propiedad de las grandes plantaciones que dominaron el territorio cacaotero (Acosta, 2006; Ayala, 2008; Carillo, 2013; Fauroux, 1988).

Esta colonización tardía de la Costa -siglos XIX y XX- es, a su vez, parte de un doble proceso de articulación económica con el mercado capitalista global y de desarticulación económica con el resto del país. La adopción de un modelo de producción extensivo

permitió a los terratenientes aumentar su productividad activando los factores productivos de menor coste, pues tenían a su disposición una reserva ilimitada de tierras vírgenes y el reservorio de mano de obra barata de la serranía (Acosta, 2006).

Este modelo de integración del sector primario-exportador costeño en el mercado internacional favoreció la consolidación de una economía nacional excesivamente sensible a los intereses de las grandes potencias comerciales y las coyunturas del contexto internacional. Como resultado, tomaría forma una estrategia productiva mediante la cual los productores respondían a los repuntes en la demanda internacional de cacao expandiendo la frontera agrícola. Así, en las fases de auge se abrían nuevos frentes pioneros que intensificaban el desmonte de las "tierras vírgenes", cuya "explotación productiva" resultaba posible "gracias a las migraciones estacionales y a veces definitivas de la gente del interior" (Fauroux, 1988; Trujillo, 1988:62).

No obstante, el crecimiento demográfico y económico que estimuló la producción cacaotera quedó comprendido, principalmente, en los territorios ribereños de las provincias del Guayas y Los Ríos (Acosta, 2006; Ayala, 2008), de forma que siguieron quedando vastas áreas vírgenes que fueron aprovechadas unas décadas más tarde por el auge bananero (Acosta, 2006; Carrillo, 2013; Larrea et al., 1988; Trujillo, 1988).

Los pequeños poblados que habían nacido en las riberas de los ríos, en los márgenes de las grandes plantaciones, albergaron a un reducido grupo de funcionarios públicos, comerciantes, encargados de las plantaciones, religiosos y algunos profesionales (Larrea et al., 1988:75). Estos primeros habitantes de las villas eran migrantes de la Sierra, a los que se habían unido otros migrantes internacionales -de origen español, italiano o chino- que tendrán una importante presencia en la vida económica y social de la ciudad, formando parte de la exigua burguesía de notables rurales. Sin embargo, el poder político y económico de estos pueblos ocupaba una posición marginal, bajo la sombra de la gran plantación (Larrea et al., 1988:75).

Estas grandes plantaciones que dominaron la vida rural costeña se instituyeron como auténticos universos cerrados y autárquicos, políticamente autónomos y económicamente autosuficientes (Álvarez, 2002; Ayala, 2008; Fauroux, 1988). Podían albergar todos aquellos servicios considerados necesarios por los propietarios -como hospitales, cárceles o escuelas, etc. (Fauroux, 1988)- que, de forma general, parecían encaminados a perpetuar la situación de pobreza de los trabajadores y la escasa circulación monetaria (Álvarez, 2002).

La estructura social en la gran plantación, como explica Fauroux (1988), estaba coronada por el gran propietario de la plantación que, desde su residencia guayaquileña, ejercía su poder a través de los capataces y vigilantes. El personal permanente era el encargado de mantener el orden y siempre estaba dispuesto a actuar como una auténtica milicia patronal en la represión de las rebeliones internas o ante las amenazas exteriores. Las tareas de la plantación requerían la participación de estos trabajadores permanentes, a quienes se unían, estacionalmente, los redimidores y otros trabajadores móviles eventuales asimilados a la hacienda.

La situación de insularidad que caracterizó la vida en la plantación favoreció un intenso proceso de mestizaje cultural y étnico entre las poblaciones de indígenas costeños, blancos, negros e indígenas de la sierra (Hamerly 1973 en Álvarez, 2002; Fauroux, 1988; Robalino, 2009), dando lugar a la aparición de la identidad y la cosmovisión montubia - nombre con el que se identificó a la población rural del interior del litoral (Fauroux, 1988).

El mundo social de la plantación se caracterizó por la dispersión y aislamiento de la población, la rotación obligada de aparceros y jornaleros, el analfabetismo forzado, y la falta de controles religiosos e institucionales⁴⁷ (Álvarez, 2002; Fauroux, 1988). De un lado, esto dificultó la aparición de sentimientos de arraigo mientras que, del otro, se reflejó en la debilidad de las relaciones sociales, que "era una de las características más particulares de la organización social costeña" (Fauroux, 1988:115).

La debilidad intrínseca de los lazos sociales, caracterizados por su escaso contenido social y emocional, penetró la identidad de la masculinidad y el orden de género que sustentaba. Esto permitía a los hombres activar o desactivar sus relaciones con facilidad, llegando esa fragilidad a convertirse en valor que orientaba las relaciones sociales. Con ello, se lograba desplazar la fuerza de trabajo -temporal o definitivamente- de acuerdo con las necesidades productivas.

De este modo, vemos como la estructuración de este universo social siguió los lineamientos marcados por el ritmo que imponían unas relaciones de producción caracterizadas por el relativo aislamiento y la movilidad forzosa (Álvarez, 2002). De

⁴⁷ "El asentamiento de la población en territorio de las haciendas, no solo la aisló geográficamente, sino que la restringió en sus posibilidades de desarrollo social. El analfabetismo obligado, mediante la prohibición explícita a la instalación de maestros o escuelas, la indocumentación civil, la escasa presencia de la iglesia, y la rotación obligada de aparceros y jornaleros, marcaron los ritmos de reproducción social" (Álvarez, 2002:149).

manera que estos elementos que orientaban las relaciones de producción adquirieron carácter referencial en la construcción de un universo simbólico que armonizó las relaciones de género y reproductivas con sus necesidades.

Como resultado cristalizó una cosmovisión erigida sobre la libertad y la movilidad como valores fundacionales de las identidades -masculinas- y las relaciones sociales. Esto suponía un fuerte contraste con las tradicionales condiciones de sujeción del campesinado de la Sierra pues, como explica Robalino, el "montuvio"⁴⁸ se caracterizaba por una actitud de libertad que: "en la época en que se sitúa este cuento, las primeras décadas del siglo XX, en relación con la dependencia a la tierra a la que estaban sujetos los trabajadores de la Sierra" (2009:103).

Este sentimiento de libertad, que surge de las necesidades y condiciones que impone el sistema productivo, es transfigurado para formar una identidad montubio-costeña definida por una individualidad que puede resultar violenta y egoísta en la defensa de sus intereses. Es esto último lo que da contenido a un concepto de "viveza criolla" que nos aclara la tolerancia hacia el uso de la astucia y el engaño en las relaciones sociales que, como contrapartida, se ven afectadas por una desconfianza endémica. Esta característica adquiere un fuerte valor identitario llegando a formar parte de la percepción que se tiene de los habitantes costeños en el resto del país, como explica Benavides (2006:155):

Los serranos también tienen a la población costeña en baja estima, refiriéndose a ellos como "monos" porque popularmente se cree que ellos son astutos, buenos imitadores y siempre están ansiosos de "engañar" a alguien para su propio beneficio, económico o de otro tipo.

Algo similar sucede con el otro valor al que se hacía alusión: la movilidad. Se trataba en realidad de una imposición del ritmo de producción cacaotero, pero, al igual que sucedía

⁴⁸ El término aparece en diversas fuentes transcrito como *montuvio* o *montubio*, utilizándose indistintamente para referir la misma realidad. Podemos encontrar el término montubio tanto en la organización de referencia del Pueblo Montubio - Codepmoc- como en la información censal que ofrece el Instituto Nacional de Estadística de Ecuador, entendiéndose que esta se corresponde con la forma preferencias de auto-identificación de los individuos. Por otro lado, el Diccionario de la Lengua Española (DLE), en su vigésimo tercera edición, distingue entre el sustantivo *montuvio*, definido como "campesino de la costa", y el adjetivo *montubio*, para definir a una persona "montaraz, grosera". En cualquier caso, se trata de una cuestión del uso parece estar sujeta a una controversia que el diccionario no logra resolver, a tenor de las voces que favorecen y discuten estos usos. Como ejemplo del controvertido debate sobre este asunto pueden consultarse los siguientes artículos <http://www.elcomercio.com/opinion/columna-susanacorderodeespinosa-opinion-idioma-montubio.html> o <http://www.eltelegrafo.com.ec/noticias/regional-manabi/1/montuvio-o-montubio>.

con la libertad, la producción ideológica le conferirá un valor determinante en la construcción del universo de relaciones semiótico-materiales propuesto por la gran plantación.

Como veremos, la libertad, la individualidad y la mudanza aparecen como valores vertebrales en las relaciones familiares y conyugales. Esto se reflejará en la flexibilidad y fragilidad de los vínculos, rasgo principal de un sistema matrimonial caracterizado por la elevada frecuencia de los compromisos paralelos y secuenciales. Sin embargo, el análisis de estos elementos nos permitirá desvelar como bajo estos ideales quedan ocultas las estrategias de dominación de género que agravan las condiciones de explotación de la feminidad.

3.1.2. El ocaso de la gran plantación y la reconfiguración del espacio rural costeño

Estos elementos que acabamos de describir se articulaban, como hemos visto, sobre un modelo de producción extensivo que permitía a los propietarios responder a los repuntes en la demanda del cacao expandiendo la frontera agrícola, lo que a su vez estimulaba la llegada de inmigrantes provenientes de la Sierra (Acosta, 2006). Sin embargo, durante los periodos de recesión, cuando se reducían los márgenes de beneficios que ofrecía el mercado, los propietarios limitaban la producción dejando que las plantaciones retornasen a su estado salvaje, incitando el reflujo de los excedentes de mano de obra hacia "Guayaquil, y otras ciudades, provocando allí graves problemas sociales" (Fauroux, 1988:115).

Estas dinámicas mantuvieron su vigencia hasta que el estallido de la Gran Guerra (1914) precipitase la crisis del sector cacaotero, lo que evidenció las profundas contradicciones sociales, económicas y políticas que este modelo de acumulación primario-exportador había alimentado (Acosta, 2006). Comerciantes y banqueros se esforzaron, entonces, por trasladar los efectos de la crisis a las clases populares, a través de diversas medidas económicas y monetarias. Esto provocó un mayor empobrecimiento de las masas proletarias y campesinas dando lugar a continuas protestas y huelgas a las que se sumaron los sectores medios urbanos que habían florecido con la constitución del Estado laico (Acosta, 2006; Ayala, 2008).

Sin embargo, a pesar del acusado deterioro de las condiciones de vida en el medio rural costeño, la situación era aún más grave en el medio rural de la Sierra, debido a la

crisis del “sistema hacendario”, las limitaciones al huasipungo y la presión demográfica. En consecuencia, el flujo de migrantes Sierra-Costa se mantuvo constante, mostrando una importante composición indígena tras la desarticulación de las comunidades de huasipungueros (Acosta, 2006; Trujillo, 1988).

Estos acontecimientos desencadenaron transformaciones de profundo calado en un espacio rural afectado por importantes cambios productivos, la reconfiguración de la estructura propietaria, un proceso de acelerada urbanización e intensos cambios sociales.

Así, en el terreno productivo, el final de la hegemonía cacaotera vendrá acompañado de la llegada de nuevos cultivos exportables como el café, azúcar, banano, arroz, maíz, etc. Sin embargo, en su introducción se revela una intención que va más allá de la búsqueda de cultivos de sustitución, se trataba en realidad de una solución estratégica de los terratenientes para proteger la propiedad, en respuesta a los nuevos patrones de asentamiento y movilidad que habían aparecido (Trujillo, 1988).

Lo cierto, como explica Trujillo (1988), es que la situación de pobreza había elevado una importante presión sobre el potencial agrícola capturado dentro de las grandes propiedades. Estas, sin embargo, se habían acostumbrado a los suculentos márgenes que ofrecían los mercados exteriores, por lo que encontraban escasos estímulos en la producción para el mercado interior. De modo que muchos propietarios prefirieron abandonar los cultivos cuando cayó la demanda, momento en que las grandes plantaciones fueron ocupadas por sus antiguos trabajadores o "sembradores", excitando el conflicto entre las partes. Así, en algunos casos, para salvar las propiedades de su fraccionamiento se introdujeron nuevos usos que reemplazaban al cacao.

Esta etapa de crisis del agro se prolongaría hasta la introducción del cultivo del banano (Acosta, 2006), en 1954, que convirtió al Ecuador en el primer exportador mundial (Larrea et al., 1988). El banano tuvo un efecto articulador e integrador en la economía del país que favoreció la prosperidad de una nueva clase de pequeños y medianos productores. El resultado fue una mayor diversificación productiva en el espacio costero ya que junto al banano fueron introducidos otros cultivos destinados al mercado interior, como el arroz o el maíz, que “dieron un importante dinamismo a la agricultura del litoral, transformando su paisaje y su configuración regional” (Álvarez, 2002; Larrea et al., 1988:71).

Pero, lo cierto, es que su cultivo sería llevado a cabo por nuevas oleadas de colonizaciones que, animadas por el Estado, procurarán la conquista de aquellos territorios

costeños situados más allá de la anterior frontera agrícola (Trujillo, 1988; Acosta, 2006) de forma que en las áreas ribereñas, donde había dominado la plantación del cacao, la crisis social se prolongaría, sin que el auge bananero resolviera el problema de la creciente hostilidad en el medio rural. Las políticas reformistas emprendidas por los gobiernos militares, en las décadas de 1960 y 1970, intentarían resolver esta situación mediante la introducción de nuevos cambios en la estructura propietaria y la abolición del trabajo precario (Acosta, 2006; Chiriboga, 1988; Fauroux, 1988; Trujillo, 1988).

El intento redistribucionista de la primera Reforma Agraria (1964) obtuvo resultados discretos en la Sierra donde los propietarios supieron eludir sus peores efectos, lo que terminaría por provocar nuevas migraciones hacia la Costa (Chiriboga, 1988). La segunda Reforma Agraria (1973) tuvo un efecto más extenso y profundo que, en este caso, alcanzaría a la región costera. Pero, como había sucedido con la anterior reforma, los terratenientes lograron amortiguar su impacto por medio de diversas maniobras de redimensionamiento de sus propiedades (Chiriboga, 1988; Cuví y Urriola, 1988; Fauroux, 1988).

Como resultado de estos procesos, el medio rural se vio inmerso en un contexto permanentemente convulsionado por el enfrentamiento entre los grandes propietarios y la población rural. Los terratenientes hicieron afrontar la amenaza sobre sus propiedades, de las cada vez más frecuentes invasiones y las posteriores reclamaciones de propiedad, introduciendo nuevos usos que facilitaban realizar una ocupación efectiva del territorio, con pastizales y ganaderías que se podían combinar con cacao, café, yuca y plátano. Estos usos les permitieron minimizar sus necesidades de mano obra y expulsar a los trabajadores temporales de las plantaciones, reduciendo de esta forma el peligro de invasiones (Fauroux, 1988; Cuví y Urriola, 1988)

Estos cambios dibujaron una imagen de la estructura propietaria costeña mucho más heterogénea, con la irrupción de la pequeña propiedad -casi inexistente antes de 1954- y la diversificación productiva en el litoral (Chiriboga, 1988). Sin embargo, el impacto de estas transformaciones debe ser relativizado pues, primero, porque el proceso tuvo un alcance muy desigual en las distintas áreas de la Costa y, segundo, porque se produciría una reconstitución de la gran propiedad con el tiempo (Fauroux, 1988).

La conflictivización de la vida social en el agro costeño, tras la desintegración de la gran plantación, quedó marcada por las dinámicas, ya descritas, de invasiones, represalias

y desalojos por parte de los viejos y nuevos propietarios -los notables rurales. La población expulsada del agro, como había sucedido en las anteriores crisis, se dirigió a las grandes ciudades, pero ahora también comenzó a fluir hacia los centros urbanos del medio rural (Fauroux, 1988).

Esto tuvo lugar, por otro lado, en un momento en el que el país vivía una fase de explosión demográfica que le había llevado a triplicar su población en cincuenta años - pasando de 2.257.357 de habitantes en 1927 a 7.316.456 en 1977 (INEC, 2015). Mientras, el flujo migratorio procedente de la Sierra continuaba trasvasando población hacia el litoral, hasta que en 1974 quedó trastocado el equilibrio demográfico, convirtiendo a la Costa en la región más poblada del país.

Estos factores serían los principales responsables del rápido proceso de urbanización que experimentó el medio rural a partir de los años '50 (Fauroux, 1988). Las cabeceras cantonales extendieron sus fronteras con el nacimiento de nuevas barriadas formadas alrededor de las solidaridades y lealtades de la población procedente del campo y de la Sierra (Acosta, 2006; Trujillo, 1988). En los centros urbanos ya habían comenzado a aparecer nuevas oportunidades laborales, tanto en el comercio como en el resto de servicios públicos y privados, gracias al progresivo desarrollo de la actividad planificadora y constructora del Estado, lo que estimuló el crecimiento de la clase media (Acosta, 2006).

3.2. LA CIUDAD DE SAN JACINTO DE BALZAR.

La ciudad de San Jacinto de Balzar es cabecera del Cantón mismo nombre, que se encuentra situado en el noroeste de la provincia del Guayas, quedando integrada con la metrópoli de Guayaquil, la región y el resto del país por medio de dos de las principales vías de comunicación que la atraviesan, la carretera Guayaquil-Daule y el río Daule. San Jacinto de Balzar tiene una población de 28.794 habitantes⁴⁹, que suponen un 53% de la población total del término municipal.

En lo que se refiere a su estructura de población, una primera valoración, tras observar los datos que ofrece el censo de 2010, nos permite advertir que se trata de una población muy joven. Si bien, como ilustran el Gráfico 1, que presentan la evolución en la

⁴⁹ Datos del INEC, consultado el 26/03/2016. Recuperado de <http://www.inec.gob.ec>

distribución de la población por grupos quinquenales, elaborados a partir de los datos censales de 1990, 2001 y 2010, su estructura demográfica parece encontrarse en fase de transición.

Por un lado, se observa en el periodo 1990-2001 un estrechamiento de la base como consecuencia de la reducción del número de nacimientos, lo que parece indicar el efecto de dos fenómenos que marcaron ese periodo: la crisis socio-económica y la migración internacional. En la siguiente década (2001-2010) volvió a aumentar la natalidad, aunque sin recuperar los registros de 1991.

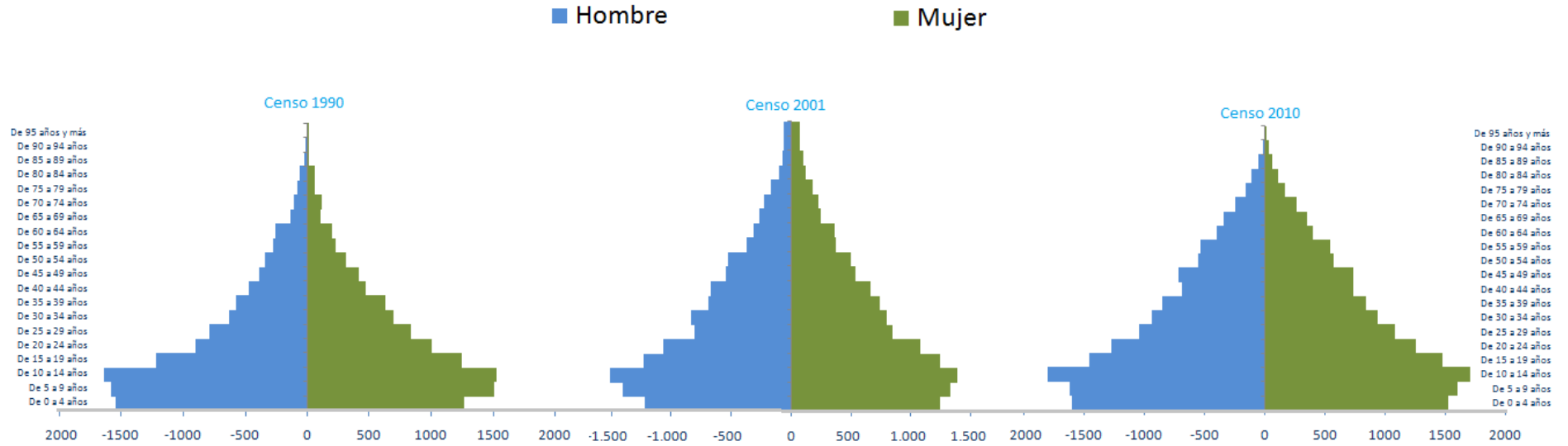
En relación con esto, cabe señalar que la maternidad temprana aun continua siendo muy elevada, como lo prueba el hecho de que un tercio de las madres tuvieron su primer hijo siendo menores de edad y el 75% antes de los 21 años (INEC-Censo 2010).

En segundo lugar, debemos destacar el progresivo ensanchamiento de la parte central y superior en las pirámides de 2001 y 2010, consecuencia principal de la reducción de la natalidad, la mejora de las condiciones sanitarias y de higiene y el aumento de la esperanza de vida.

Al comparar los perfiles de la pirámide, observamos en la pirámide de 2001 como se produce un salto brusco en el grupo de edad de 25 a 30 años en hombres y mujeres, si bien en este último su efecto alcanza los grupos posteriores. Este descenso brusco puede ser explicado por la incidencia de la migración en esos grupos de edad.

Finalmente, el ensanchamiento de la cima indica un aumento de la esperanza de vida, como se desprende de la comparación de los datos censales, la población mayor de 85 años se cuadruplicó entre 1991 y 2001/2010.

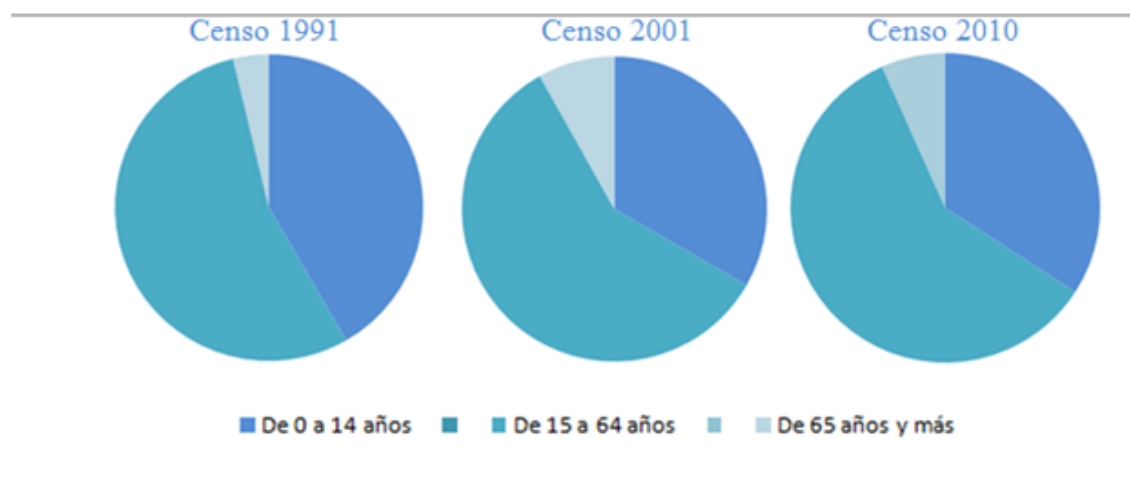
Gráfico 1. Distribución de la población por grupos quinquenales según los censos de 1991, 2001 y 2010



Fuente: elaboración propia a partir de los datos censales del INEC-Ecuador

La evolución demográfica de la población urbana ha supuesto un cambio en el peso relativo de los distintos grupos de edad (ver gráfico 2) resultando en el incremento relativo de la población adulta.

Gráfico 2. Distribución de la población por grandes grupos de edad en los censos de 1991, 2001 y 2010



Fuente: elaboración propia a partir de los datos censales del INEC-Ecuador

Estas dinámicas se corresponden con una notable reducción en la tasa de dependencia⁵⁰ (Tabla 3) en la primera década, que pasa del 83% en 1991 al 71% en 2001, registrando un descenso más leve en el siguiente decenio hasta situarse en el 69% en el 2010. Al comparar estos datos con la evolución inter-censal de las tasas de dependencia infantil⁵¹ y las tasas de dependencia de población envejecida⁵² (ver tabla 1) vemos como las primeras han tenido mayor influencia en el rebaja de la tasa de dependencia. Aunque el aumento de la esperanza de vida duplicó la tasa de dependencia de población envejecida, su efecto no ha logrado contrarrestar el descenso de la natalidad.

⁵⁰ La tasa de dependencia se define como la proporción de personas dependientes (personas menores de 15 años o mayores de 64) sobre la población en edad de trabajar (entre 15 y 64 años).

⁵¹ La tasa de dependencia infantil se define como la proporción de personas menores de 15 años sobre la población en edad de trabajar (entre 15 y 64 años).

⁵² La tasa de dependencia de población envejecida se define como la proporción de personas mayores de 64 sobre la población en edad de trabajar (entre 15 y 64 años).

Sin embargo, a pesar de esta notable reducción en el volumen de población dependiente, las condiciones que plantea la estructura económica local han servido para mantener unos niveles altos de pobreza (Guerrero, Samudio y Farias, 2011).

Tabla 2. Evolución de las tasas de dependencia en los censos de 1991, 2001 y 2010

	Censo 1991	Censo 2001	Censo 2010
Tasa de dependencia	83%	71%	69%
Tasa de dependencia infantil	76%	57%	58%
Tasa de dependencia población envejecida	7%	14%	11%

Fuente: INEC-Ecuador

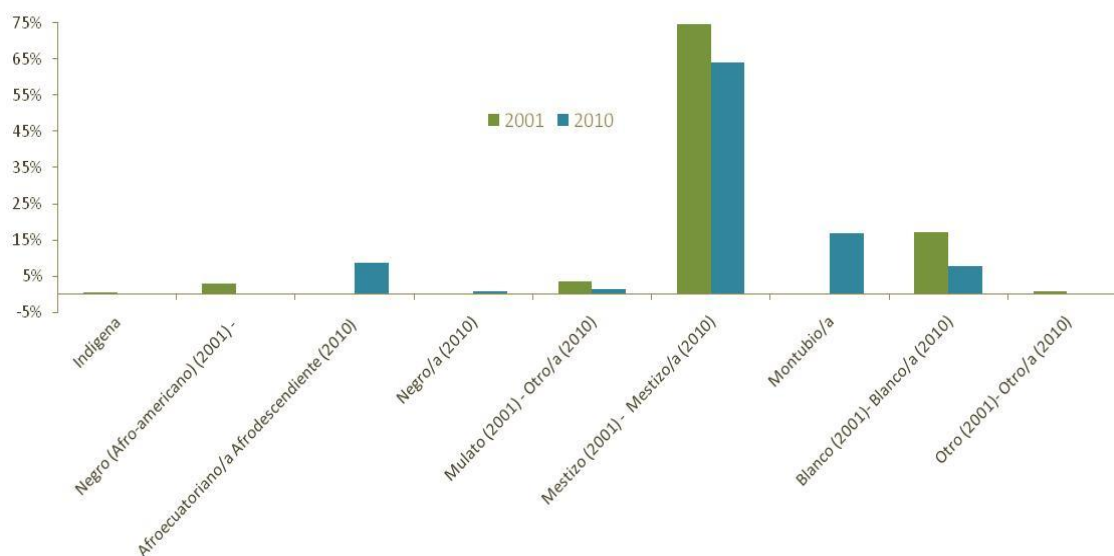
En cuanto a la composición étnica de la población de Balzar (Gráfico 3), es preciso aclarar que los datos que ofrecen los dos únicos censos que registraron información a este respecto no son uniformes pues cambió tanto la formulación de la pregunta⁵³ como las categorías de respuesta⁵⁴. Podemos advertir en estos cambios una nueva sensibilidad

⁵³ En el censo de 2001 se formuló la pregunta: "Como se considera". Mientras que en el censo de 2010 la pregunta fue sustituida por: "Autoidentificación según su cultura y costumbres".

⁵⁴ En el censo de 2001 las categorías de respuesta eran: indígena, negro (afroamericano), mestizo, mulato, blanco y otro. Mientras que en 2010 se incluyen las siguientes categorías: indígena, afroecuatoriano/a/afrodescendiente, negro/a, mulato/a, montubio/a, mestizo/a, blanco/a y otro/a.

política⁵⁵ hacia los aspectos étnicos, raciales y de género que se ve reflejada en la definición de unas preguntas y categorías que ponen en valor la identidad y la diversidad. En cualquier caso, al analizar los datos censales vemos como el 90% de la población urbana se ubicó dentro de tres categorías: mestizo/a, montubio/a⁵⁶, blanco/a.

Gráfico 3. Composición étnica de la población urbana de Balzar - Censos 2001 y 2010



Fuente: elaboración propia a partir de los datos censales del INEC-Ecuador

Un último aspecto a considerar en relación con los datos de población que nos ofrece el censo, es la situación conyugal de los habitantes de San Jacinto de Balzar (Tabla 32), información que nos ayudará para situar el problema de investigación. El objetivo, en relación con este asunto, es destacar algunas características que se desprenden de este

⁵⁵ En ambos censos, destaca el predominio del grupo de auto-identificación mestizo, aunque se evidencia un descenso de diez puntos en el proporción de población que se autoidentifica con esta categoría entre 2001 (74,8%) y 2010 (64,4%). Con la inclusión de la categoría "montubio/a" en el censo del 2010 se produce un trasvase hacia esta opción de la población que anteriormente aparecía en la categoría "mestizo". En relación con esto, es preciso advertir la categoría montubio es asociada a significados relacionados con "rural", "campesino", etc., que en ocasiones le confieren un tono peyorativo. De igual modo, sobresale el significativo descenso en la categoría "blanco/a" con la que se identificaba un 17,3 % de la población en 2001 a tan solo un 7,6% en 2010. A priori es difícil advertir las causas que justifican el considerable descenso en esta categoría, si bien, pueden ser apuntadas dos posibilidades. Una está relacionada con el cambio de valores en el momento en el cual se lleva a cabo el segundo censo, donde la vigorización de la identidad y la pluralidad puede haber restado valor a la categoría como referente de estatus. Una segunda opción puede estar vinculada a una mayor incidencia de la migración y la movilidad en este grupo.

⁵⁶ Esta solamente aparece en el Censo de 2010.

preliminar, si bien para profundizar en su significado será preciso adentrarnos en la configuración del sistema de valores y relaciones que se realiza en el siguiente capítulo. En sentido inverso, la interpretación de los datos antropológicos gana coherencia a la luz de esta información.

Hay diversos aspectos sobre los que es preciso detenernos, pues reflejan variaciones significativas en el comportamiento conyugal de mujeres y hombres. De un lado, resulta llamativo el equilibrio entre el número de hombres y mujeres con compromiso activo - "casada/o" o "unido/a". Estos resultados se corresponden, a priori, con un sistema conyugal monógamo, una cuestión que, si bien será discutida más adelante, podemos advertir cierta contradicción cuando la relacionamos con la natalidad temprana, los bajos niveles de empleo femenino y el elevado número de mujeres sin compromiso.

Tabla 3. Situación conyugal de la población urbana de Balzar por sexo - Censo 2010

	Hombre	% hombres	% categoría	Mujer	% mujeres	% categoría	Total	% total
Casado/a	1.414	14%	50%	1.430	14%	50%	2.844	14%
Unido/a	3.765	36%	49%	3.881	37%	51%	7.646	37%
Separado/a	687	7%	36%	1.211	12%	64%	1.898	9%
Divorciado/a	76	1%	46%	90	1%	54%	166	1%
Viudo/a	243	2%	24%	787	8%	76%	1.030	5%
Soltero/a	4.272	41%	58%	3.053	29%	42%	7.325	35%
Total	10.457			10.452			20.909	

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos censales del INEC-Ecuador

Más interesante aun son los fuertes desequilibrios por sexo en las categorías que identifican la ausencia de un compromiso matrimonial en activo. Así, es muy superior el número de hombres que se sitúan en la categoría "soltero"(41%), que en el caso de las mujeres solamente representa al 29% de las mujeres. Esta situación puede ser consecuencia de varios factores: una edad más temprana de compromiso en las mujeres, una tendencia masculina a interpretar su paso al estado de soltería tras la finalización de un compromiso y/o la presencia de alternativas conyugales que no se contemplan en el registro censal.

Hacia este último aspecto parecen apuntar el hecho de que el doble de mujeres -2.088- que de hombres -1.006- sin relación conyugal hayan optado por no establecer nuevas relaciones, permaneciendo separadas, viudas o solteras. Aquí también, como hemos apuntado más arriba, sería preciso identificar las estrategias de articulación con el sector productivo a disposición de estas mujeres, asunto sobre el que volveremos más adelante.

Antes, pasamos a describir el curso de los acontecimientos históricos que han contribuido a la consolidación de la vida social en la localidad.

El origen del poblamiento, según diversas crónicas⁵⁷, arranca con la llegada de los primeros colonos para el acopio de madera, actividad que pudo haberle dado origen a su nombre –ya sea por el palo de balsa, ya por las embarcaciones de transporte. El inicio de la colonización en esta zona forzó el retroceso de la población indígena que, a lo largo del siglo XIX, se desplazó hacia zonas más recónditas del territorio, cuando no quedaron asimilados a la gran plantación que reclamó la propiedad de los territorios "baldíos".

El pueblo nació dependiente de la parroquia de Daule hasta obtener calidad propia de parroquia en las últimas décadas del siglo XVIII y primeras del XIX. A lo largo del siglo XIX, según el profesor Wellington, sus habitantes participaron de la agitación política y las disputas del país tomando partido en los levantamientos contra el gobierno y los enfrentamientos entre las oligarquías liberales y conservadoras.

El pueblo logró cierta relevancia, a pesar de que tan solo contaba con 5 calles paralelas al río y otras 5 en sentido transversal en 1900. No obstante, el dinamismo comercial de la ciudad le permitió alcanzar el estatuto cantonal en 1903. A partir de entonces su importancia irá en aumento hasta que su población se dispara en la década de 1960, como consecuencia del proceso de urbanización y la explosión demográfica. Esto supuso la expansión de los límites urbanos así como la inversión en el peso poblacional en favor de los pobladores urbanos, que en la actualidad suponen un 53% del total del cantón.

⁵⁷ La falta ausencia de investigaciones sobre el contexto donde se sitúa la investigación hizo necesario localizar otras alternativas documentales. Así, durante la fase de campo se logró acceder a la información elaborada por los cronistas locales como el profesor Wellington, titular de Historia en el Instituto Ciudad de Balzar, quien amablemente reunió una serie de materiales tales como crónicas históricas publicadas en medios de difusión local o anotaciones personales del profesorado destinadas a su uso escolar, algunas de autoría propia y otros que figuran bajo la autoría de otros cronistas. Gracias a estos y otros documentos publicados por la municipalidad ha sido posible componer los aspectos centrales del presente apartado.

El éxodo rural que impulsó el crecimiento urbano fue consecuencia, como se ha explicado, del interés de los propietarios por expulsar los excedentes de mano de obra, lo que llevó a esta población campesina a la cabecera cantonal en busca de oportunidades de empleo en los sectores de servicios o manufacturas y el acceso a los servicios públicos y privados.

En cuanto a las relaciones productivas, parece haber constancia de actividades madereras a finales del siglo XVII, si bien las tierras vírgenes desmontadas fueron pronto roturadas y cultivadas con cacao, así, el fruto de este área parecía tener cierto reconocimiento a fines del siglo XIX (Acosta, 2006).

La economía balzareña quedó desde pronto integrada en el modelo agro-exportador de la gran plantación de monocultivo, que se mantendrá vigente hasta las transformaciones vividas por el agro costeño en las décadas de los 60 y 70. Hasta ese momento, como explica Trujillo (1988:61):

Las alternativas en los pequeños pueblos rurales eran pocas. Cuando éstos se encontraban rodeados de haciendas, unos pocos eran administradores, capataces, mayordomos; otros optaban por la aparcería; los demás eran artesanos múltiples, curanderos o, en el mejor de los casos, comerciantes.

La conflictivización de las relaciones sociales en el medio rural estimuló la reducción en el tamaño de las explotaciones, pues, mediante su fraccionamiento, los propietarios intentaron proteger las haciendas de posibles invasiones, permitiendo que, en Balzar, el control de la tierra continuase en manos de un reducido grupo de terratenientes (Larrea et al., 1988). Como se evidencia en el estudio de Chiriboga (1988), incluso después de las reformas y las crisis sociales que había atravesado el agro, el Cantón de Balzar seguía formando de lo que estos autores denominaron “Costa empresarial”, que se caracterizaban por: la preponderancia de los predios de más de cien hectáreas, la continuidad del modelo agro-exportador dominado -aun en 1968- por la actividad cacaotera u otros procesos agroindustriales integrados y, secundariamente, por la actividad pecuaria extensiva. En resumen, esta situación refleja una apuesta por las actividades que demandan menor mano de obra y con un claro predominio de la eventualidad (Chiriboga, 1988).

Ya en el siglo XXI, el paisaje productivo balzareño ha seguido preservando muchas de estas características económicas que, según Guerrero et al. (2011), son las principales

responsables de la alta incidencia de la pobreza⁵⁸ en la provincia y el cantón. Según estos autores, los rasgos que en la actualidad definen las relaciones de producción en el cantón son:

- (1) La diversidad productiva del sector agrícola, vinculada a las aptitudes del suelo donde, a pesar de conservar la producción de algunos de los cultivos que han caracterizado históricamente a esta región como son el cacao, banano, arroz, maíz y la soya, se les han unido en los últimos años plantaciones de teca, palma africana y pastizales para ganaderías.
- (2) La economía agraria está definida por el elevado número de pequeños y medianos productores.
- (3) Elevados niveles de concentración de la propiedad en torno a cultivos exportables -el Gini Tierra⁵⁹ solamente se redujo un 0.105 entre 1950 y 2008.
- (4) Diversidad productiva en el sector comercial y manufacturero, con un amplio número de pequeños negocios que, a pesar de estar vinculados al sector agropecuario, ofrecen alternativas laborales fuera de las actividades de siembra y cosecha.
- (5) Altos niveles de urbanización en torno a la cabecera regional.

Para comprender estos rasgos y el modo en que afectan a la configuración de las relaciones sociales en el medio urbano es necesario profundizar en su contenido. Por un lado, cuando se habla de diversidad productiva es necesario precisar que el cantón ostenta el título de "capital maicera del país", como resultado de la preeminencia de este cultivo en el 61% de la superficie cultivada, a lo que se suma el 32% dedicado al cultivo del arroz (Guerrero et al., 2011). Esto es así debido a los usos combinados del suelo con otros cultivos exportables (cacao, banana, teca y palma de aceite) y la ganadería.

Por otro lado, los cultivos de arroz o maíz tienen una elevada dependencia de los factores climáticos, como consecuencia de la limitada presencia de sistemas de riego. Esto

⁵⁸ Según la interpretación de Guerrero et al. (2011:11) en referencia al "análisis de la información disponible sobre pobreza en el Ecuador (Larrea, 1995 - 2006)".

⁵⁹ El coeficiente Gini Tierra mide el grado de desigualdad o de concentración en la distribución de la propiedad. Sus valores varían entre 0 y 1, donde los resultados próximos a la unidad se corresponden con niveles altos de concentración y desigualdad, y a la inversa.

afecta directamente a la productividad, que se mantiene en niveles muy bajos, y es un factor determinante en las posibilidades de empleo que ofrece este producto, que quedan restringidas a la siembra y cosecha de un solo ciclo anual -con riego se puede llegar a duplicar e, incluso, triplicar las cosechas.

La predominancia del cultivo del maíz, con elevados costos de producción, bajos precios y reducido rendimiento, supone un importante factor limitante en el nivel de ingreso de los trabajadores y los pequeños propietarios. Es necesario considerar que el sector agrícola continúa siendo la principal fuente de empleo e ingresos para el 53.7% de los balzareños, tanto en el ámbito rural como en el urbano. Por otro lado, estas actividades agrícolas, no solo tienden a limitar el uso de mano de obra sino que, además, se trata de tareas fuertemente masculinizadas (Guerrero et al., 2011).

Por su parte, el sector de empleo urbano ofrece distintas alternativas en actividades relacionadas con los servicios o la manufactura -mayoritariamente relacionadas con el sector agropecuario- y un elevado peso relativo de la administración pública local, que es el principal empleador (Guerrero et al., 2011). En cuanto a la composición, la manufactura es el primer oferente de empleo asalariado (30.23%), seguido del sector agrícola (29.28%), y del sector servicios (17.90%).

Al observar las categorías de ocupación entre los habitantes de San Jacinto de Balzar (tabla 3) destaca la importancia del sector de empleo público ya que, si bien solamente ocupa al 11% de la población empleada, supone una fuente de trabajo estable y donde se aprecia mayor equilibrio en la cuota de género (Censo, 2010).

De igual forma, en las categorías que incorporan mayor número de empleados/as, como son "empleado/a u obrero privado" y "jornalero/a o peón", son predominantemente masculinas, en especial las labores agrícolas en las cuales las mujeres suponen tan solo un 4% de la ocupación. Estas son seguidas de la categoría de "trabajadores por cuenta propia", donde es tres veces más probable encontrar una mujer. En sentido contrario, entre los empleados domésticos un 92% del total son mujeres.

Tabla 4. Categorías de ocupación entre los habitantes de San Jacinto de Balzar - Censo 2010

	Hombre	% hombres	Mujer	% mujeres	Total	% del total
Empleado/a u obrero/a del Estado, Gobierno, Municipio, Consejo Provincial, Juntas Parroquiales	539	54%	453	46%	992	11%
Empleado/a u obrero/a privado	1.604	75%	523	25%	2.127	23%
Jornalero/a o peón	1.914	96%	83	4%	1.997	22%
Patrono/a	134	75%	45	25%	179	2%
Socio/a	36	59%	25	41%	61	1%
Cuenta propia	1.802	72%	688	28%	2.490	27%
Trabajador/a no remunerado	93	74%	32	26%	125	1%
Empleado/a doméstico/a	41	8%	493	92%	534	6%
Se ignora	445	60%	296	40%	741	8%
Total	6.608		2.638		9.246	

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos censales del INEC-Ecuador

Es preciso situar estos resultados dentro de un contexto empresarial local que se caracteriza, según (Guerrero et al., 2011), por: un número elevado de pequeñas y medianas empresas donde predomina el autoempleo y un reducido número de trabajadores por unidad de negocio, vinculado a través de distintas fórmulas de empleo informal y subempleo. Esta situación, según los autores, describe la fragilidad del sector empresarial y el empleo en la zona, lo que afecta a las posibilidades de subsistencia que ofrece el Cantón, como ilustran los autores:

En el caso de El Empalme puede observarse, también, la importancia del empleo en manufactura para disminuir los niveles de pobreza en comparación a Balzar (superior en agricultura y el sector informal), donde en este último en barrios urbano – marginales de la cabecera (como San Jacinto) puede encontrarse población asalariada que trabaja entre dos y tres días a la semana en los períodos fuera cosecha. (2011:82)

La debilidad del sistema de empleo se corresponde con la información que refleja el censo de 2010, según la cual un 79% de las mujeres y un 49% de los hombres declararon no haber trabajado la semana anterior (INEC). Además, al profundizar en las condiciones de empleo entre aquellos que se encuentran en situación laboral, vemos como un tercio de estos trabajó menos de 10 horas y el 42.5% menos de 20 horas, sin que se aprecien diferencias significativas de género a este respecto.

Como se ha mostrado en este apartado, la estructura económica local se caracteriza por un mercado de empleo reducido, precario y masculinizado. Estos factores inciden directamente en las condiciones de vida, las posibilidades de subsistencia y los elevados niveles de pobreza que se registran en Balzar (Guerrero et al. (2011).

Al relacionar estos factores con algunas de las características demográficas descritas, se desprenden algunos condicionantes que plantea este contexto para las mujeres. Así, podemos entender como los elevados niveles en la tasa de dependencia inciden de forma directa en la tareas del hogar y el cuidado, una carga que suele afectar de forma desigual a las mujeres. En el mismo sentido, la maternidad temprana suele conducir a una pronta reproducción de las relaciones de dependencia de género, ya que el sector productivo, fuertemente masculinizado, genera escasas posibilidades de empleo para las mujeres, como se desprende de los elevados niveles de desempleo. Por último, los datos censales señalan una correspondencia entre el número de mujeres y hombres con compromisos activos y una superior proporción de mujeres relaciones conyugales activas, que al situarlos en un contexto de maternidad temprana y escasas posibilidades de inserción productiva para las mujeres, advierte la presencia de estrategias alternativas de supervivencia de los hogares que nos se corresponden con el empleo y la monogamia.

3.2.1. Situando Balzar en el contexto migratorio ecuatoriano

La movilidad, recuerda Ponce (2006), está íntimamente unida al proceso de construcción social y simbólica del espacio costanero, formando parte de su misma identidad como lo simboliza el hecho de que la primera novela que aparece en la cultura de costeña -"A la Costa"- sea precisamente un relato sobre la migración. Poco puede extrañar que esta idea haya penetrado de forma tan profunda en el imaginario popular, como se desprende del trabajo de campo.

La relación de los territorios costeros con los flujos de migración internacional y regional, que había alimentando el acelerado crecimiento demográfico de la región, quedó

definida desde su tradicional posición como receptores. De modo que esta área ocupó una posición muy marginal en las migraciones internacionales que conectaron la Sierra con Estados Unidos desde mediados del siglo XX.

Sin embargo, esta situación se vio alterada en la última década del pasado siglo cuando comenzaron a fraguarse el cambio en las conexiones y la composición de la incipiente oleada migratoria que estalló en los últimos años dicho decenio. El resultado fue la diversificación de los lugares de origen y la feminización del flujo migratorio, a medida que va apareciendo un mayor predominio de los habitantes de la región Costa y de origen urbano (Herrera, 2008).

La presencia de migrantes pioneras será determinante para la formación de unas cadenas migratorias que darán impulso a una oleada de migración masiva que alcanzó sus niveles máximos entre los años 1999 -año del colapso socioeconómico- y 2004 -cuando será impuesto el requisito de visado para acceder a la zona Schengen. La fuerza de este torrente migratorio fue de tal magnitud que en apenas una década arrastró al 10% de la población nacional hacia el exterior (Herrera, 2008).

Como señala Acosta (2006), es posible identificar una serie de factores que causaron el colapso político y económico del país, lo que animó dicha migración masiva, como son: la degradación de los medios de vida, la situación prolongada de malestar económico y político, la fragilidad institucional del país, la dependencia económica exterior, el peso de la deuda externa o el conflicto social creciente a lo largo del siglo XX -ligado a la presión demográfica y la urbanización.

Durante la última década del siglo XX el país vivió sumido en un estado de incesante agitación, lo que motivó continuas movilizaciones y las luchas faccionarias que reflejaban la crispación social y la incapacidad de los partidos para manejar una situación que se había vuelto ingobernable. Como resultado, siete administraciones se sucederían durante la década de los -'90 hasta que, en 1999, durante el mandato de Jamil Mahuad, se produjo el colapso económico del país.

Esta crisis económica afectó, especialmente, a unas clases medias urbanas que se habían visto nutridas por la explosión demográfica (Acosta, 2006; Massey, 2003) y la migración rural-urbana (Pedone, 2005). Como resultado, la clase media se vio empobrecida y sin posibilidad de reproducción social o de asegurar la movilidad social de sus hijos (Herrera, 2008). El deterioro de los medios de vida de los sectores urbanos generó

un clima de desilusión y desconfianza institucional haciendo que estos segmentos se alistaran masivamente a la corriente migratoria (Herrera, 2008; Maisanove, 2009; Pedone, 2005).

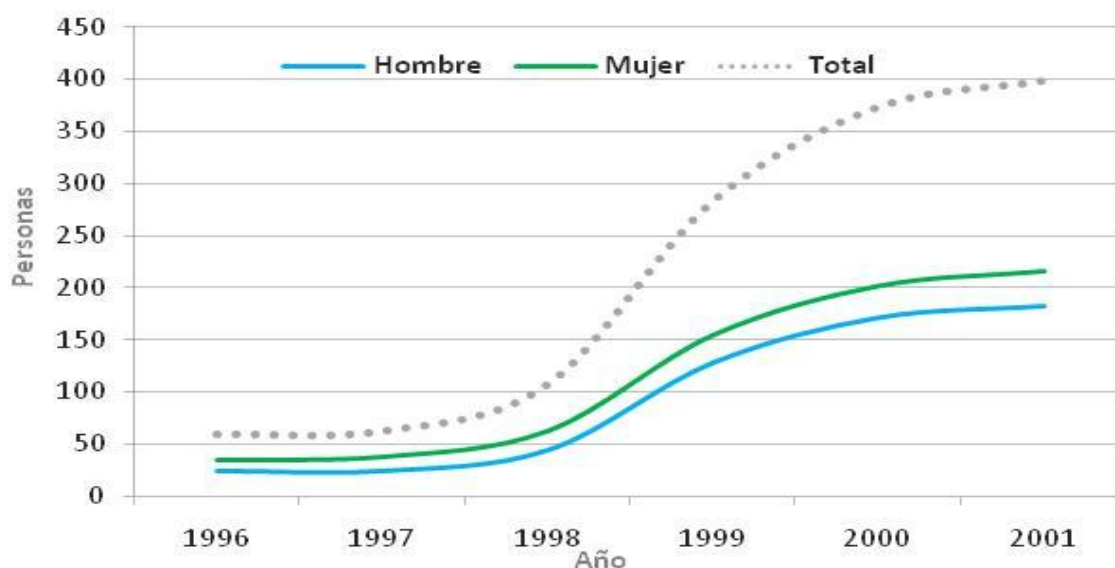
Al situarnos estos acontecimientos sobre nuestra unidad de estudio, encontramos en Balzar la presencia de un flujo de migración internacional que también se dirigió hacia los Estados Unidos, aunque de forma muy tímida y que parece haber estado ligada a conexiones con parientes procedentes de otras zonas de la región costera. De igual modo, se formó un flujo de salida de migrantes hacia Venezuela, vinculado al proceso de reestructuración del agro y "los desalojos".

A principios de los años noventa comenzaron las primeras migraciones de balzareños hacia Génova, siguiendo el camino de otros costeños. Desde el inicio las mujeres ocuparon una posición predominante en la composición del flujo, lo que las llevaría a actuar en muchos casos como pioneras a las que pronto se unían otros familiares y allegados. A finales de esa década (ver gráfico 4) el flujo migratorio comenzó a ganar dinamismo a medida que se diversificaron los polos de destino con la incorporación de Barcelona a las trayectorias de los migrantes balzareños.

Así, de los cerca de mil cuatrocientos balzareños que salieron durante esos primeros años, el 54% eligió España como destino y el 34% se dirigió a Italia. Sin embargo, hay diferencias en la composición de género de estos flujos. La migración hacia España fue más equilibrada, con una ligera ventaja de las mujeres que sumaron un 54% de los migrantes. En el caso de Italia, el predominio de la población femenina es aún mayor llegando las mujeres balzareñas a sumar el 60% del total de migrantes en el país. Esta circunstancia puede ser explicada por la conexión más temprana con este destino, momento en el que las mujeres migraban con mayor frecuencia que los hombres. En cualquier caso, ambos destinos acogieron el 90% de la migración balzareña durante esos años, mientras que la migración hacia los Estados Unidos tan solo registró un 5.8% de los casos (INEC-Censo 2001).

De forma similar, destaca el origen urbano entre los migrantes balzareños, de modo que 9 de cada 10 migrantes del Cantón (ver tabla 4) procedían de la ciudad de San Jacinto de Balzar (INEC-Censo 2010).

Gráfico 4. Balzar: migrantes urbanos por año de salida y sexo



Fuente: elaboración propia a partir de los datos del INEC- Censo 2001

Estas características se corresponden con la descripción realizada por Herrera (2008) sobre la migración costeña, mayoritariamente femenina y eminentemente urbana, en contraste con la migración que se origina en la Región Sierra con predominio masculino y un mayor peso del componente rural. La tabla 4 ilustra esta correspondencia entre la composición de género del flujo migratorio que se origina en los tres espacios costeros que se presentan -Provincia del Guayas, Cantón de Balzar y San Jacinto de Balzar- frente al predominio masculino en el total nacional (INEC-Censo 2010).

La edad media de los migrantes urbanos balzareños ha sido calculada tomando en consideración la población migrante en edad activa -17 a 65 años- de acuerdo con los datos del Censo de Población y Vivienda de 2010. Los resultados muestran una edad media similar para ambos sexos, que en el caso de los hombres se sitúa en los 29.2 años mientras que en las mujeres es de 29.6 años. Estos datos difieren con la edad media de los migrantes costeños que, según Herrera (2008), se corresponden con una edad media de salida más temprana en los hombres (26 años) que en las mujeres (32 años).

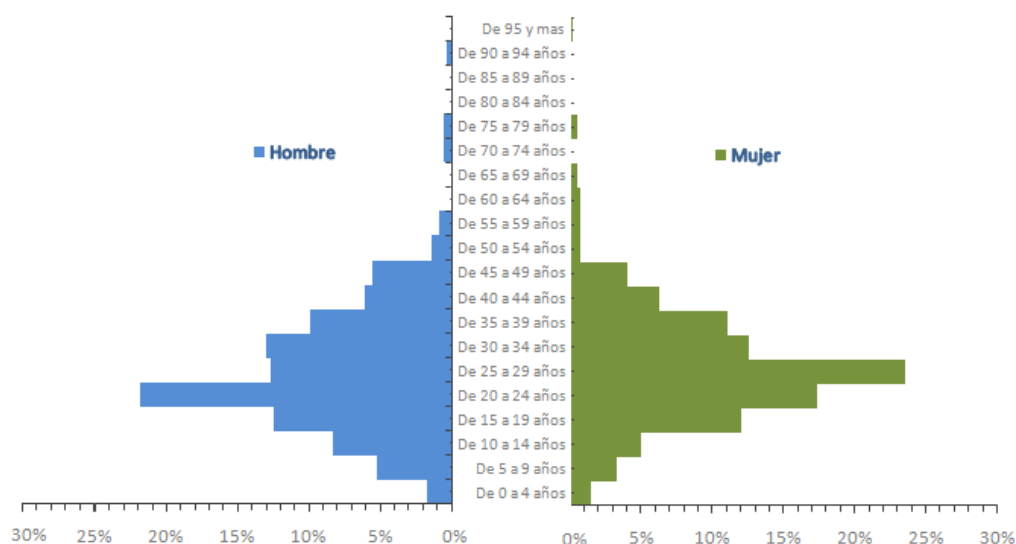
Tabla 5. Composición de género del flujo migratorio por lugar de salida

	Nacional	% sexo	Guayas	% sexo	Cantón de Balzar	% sexo	San Jacinto de Balzar	% sexo
Hombre	150.923	54%	34.907	49%	423	47%	363	48%
Mujer	129.484	46%	36.860	51%	475	53%	399	52%
Total	280.407		71.767		898		762	

Fuente: elaboración propia a partir de los datos del INEC- Censo 2010

No obstante, al examinar la distribución de la población en grupos quinquenales de edad de salida y sexo encontramos diferencias en la participación de los grupos etarios (ver gráfico 5) que indican una edad de salida más temprana en los hombres. Así, el mayor número de salidas de mujeres se registra en el grupo que va de los 25 a los 30 años, donde se encuentran el 24% del total de mujeres que migran. En el caso de los hombres el grupo etario que predomina es el que va de los 20 a los 24 años, que suponen un 17% del total.

Gráfico 5. Balzar: migración de la población urbana de Balzar (%) por grupos de edad quinquenales y sexo -Censo 2010.



Fuente: elaboración propia a partir de los datos del INEC- Censo 2010

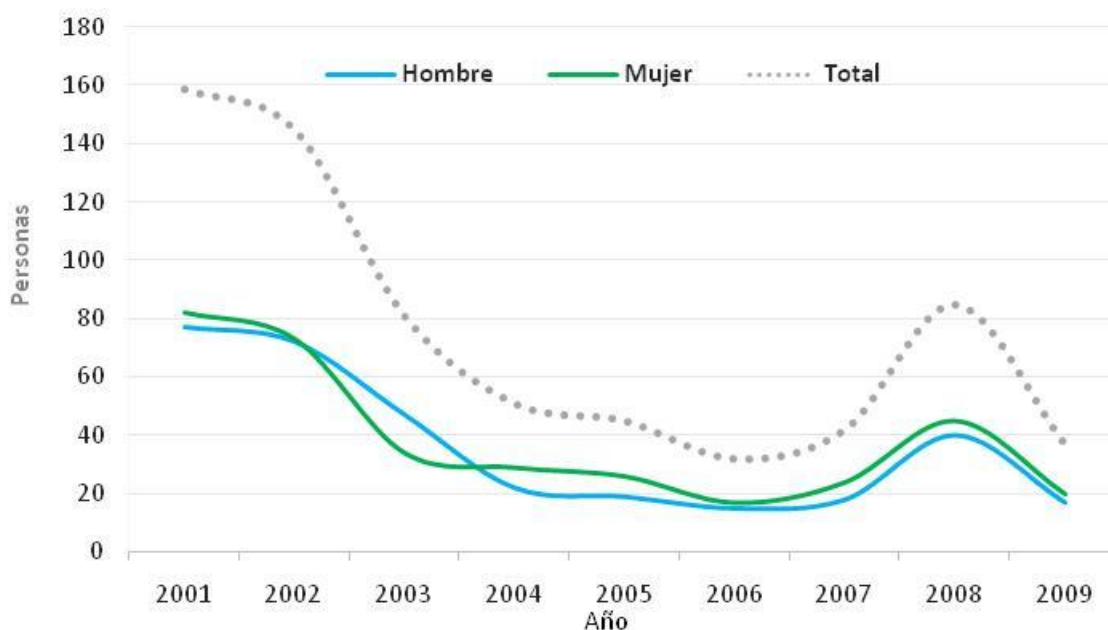
Estas diferencias resultan aún más significativas cuando tomamos el grupo de edad que situado entre los 17 y los 23 años, donde encontramos un 36% de los hombres frente a un 25% de las mujeres. Esta relación se invierte en el siguiente septenio -de los 34 a los 30 años-, donde se sitúan el 37% de las mujeres, frente a un 25% de los hombres. En el resto

de grupos de edad los resultados son algo más equilibrados, si bien con un ligero predominio de los hombres en los grupos de edad más bajos, y a la inversa.

Aunque no disponemos de datos censales sobre el perfil socioeconómico de los migrantes balzareños, todo parece indicar que este se corresponde con el perfil de los migrantes costeños, con una sobre-representación de los segmentos medios y un nivel de instrucción que se sitúa por encima del nivel medio nacional (Camacho, 2004; Herrera, 2008).

En cuanto a la evolución del flujo migratorio en la primera década del siglo XX, se evidencia un brusco descenso en el número total de migrantes que salieron de San Jacinto de Balzar a partir del año 2002, coincidiendo con el endurecimiento en las políticas de control migratorio en los países de destino con la adopción de enfoques securitistas⁶⁰. El número de mujeres que salieron durante todo el periodo fue superior al de hombres, a excepción del año 2003 donde la migración masculina adelanta ligeramente a la femenina.

Gráfico 6. Balzar: migrantes urbanos por año de salida y sexo (Censo 2010)

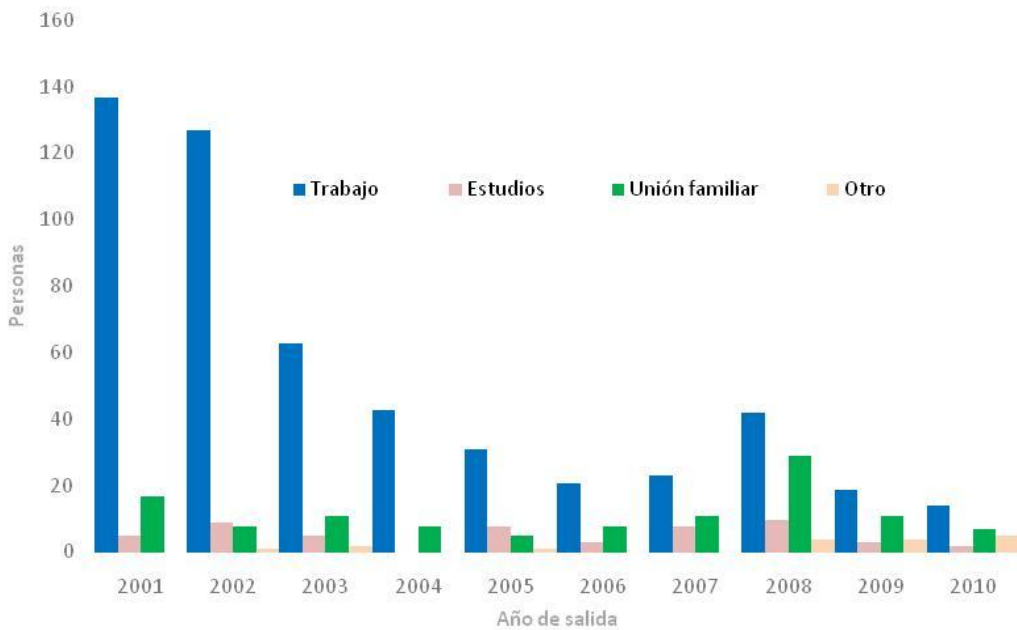


Fuente: elaboración propia a partir de los datos del INEC- Censo 2010

⁶⁰ Como nos recuerdan Mejía y Cortés: "cambios en las políticas migratorias nacionales de los principales destinos de los andinos [...] ocurrieron [...] como consecuencia de los hechos del 11 de septiembre, a partir de los cuales, no sólo en Estados Unidos, se dio la "securitización" del tema" (Mejía y Cortés, 2012: 75).

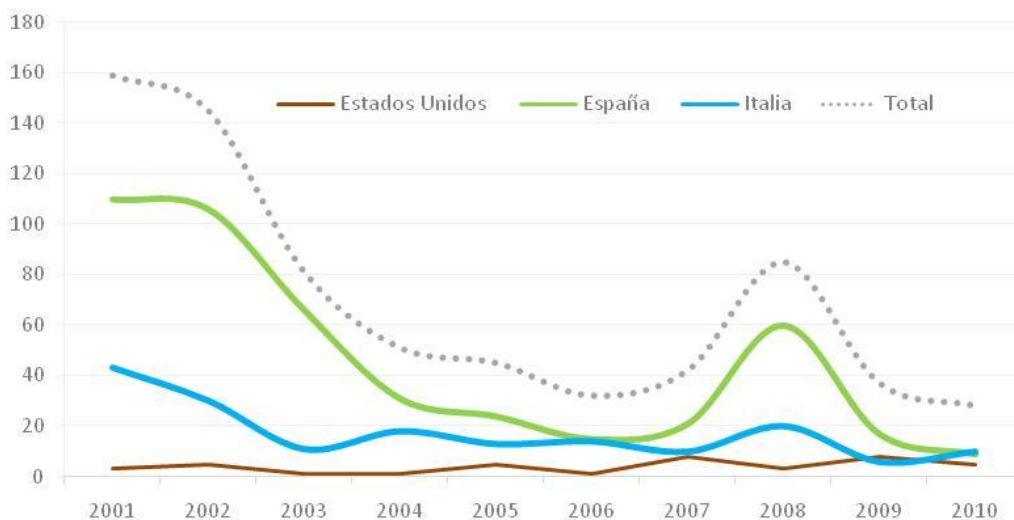
De igual modo, se aprecia un repunte en el número de salidas en el año 2.008 que, según refleja el gráfico 7, parece estar asociado al incremento de los procesos de reunificación familiar, declinando las salidas a partir del siguiente año por efecto del estallido de la crisis financiera internacional (2008). Este es el año en el que se produce un mayor número de salidas de menores de edad (hasta 17 años), que llegan a sumar un 35% sobre el total anual (INEC-Censo 2010) y representa el registro más alto de la migración por motivo de reunificación familiar en toda la década.

Gráfico 7. Salida de migrantes por año y principal motivo de viaje



Fuente: elaboración propia a partir de los datos del INEC- Censo 2010

Gráfico 8. Balzar: distribución anual de las salidas por actual país de residencia (Censo 2010)



Fuente: elaboración propia a partir de los datos del INEC- Censo 2010

Los datos censales señalan la consolidación de los principales polos de destino - España, Italia y EE.UU- entre los migrantes balzareños. En el gráfico que representa la distribución anual de las salidas por país de residencia se advierte la influencia que tiene la migración hacia España en la configuración del flujo de salida debido al peso de este contingente (63% del total de migrantes).

En relación con lo anterior, al comparar los datos sobre los países de destino que ofrece el Censo de 2001 con los datos sobre el país de residencia del Censo de 2010 encontramos como se produce un incremento del peso de la migración residente en España sobre el total de la migración balzareña entre estos periodos. Así, mientras que en el último lustro del siglo XX Italia aparece como lugar de destino para un 34,2% de los balzareños, en la siguiente década la proporción de balzareños residentes en este país descenderá al 24% del total. Por contra, España fue destino para un 54% de los migrantes a finales de mismo lustro, para alcanzar en la siguiente década (2001-2010) el 64% del total de migrantes.

En cualquier caso, el número de migrantes de la ciudad de Balzar que residían en el exterior en 2010 suponen la mitad de las salidas en el quinquenio anterior.

Debido a la magnitud alcanzada por la corriente migratoria se puede deducir su notable efecto sobre el medio social. En este sentido es preciso subrayar el importante impacto que tuvo el éxodo sobre toda una generación de balzareños, pues la vida se vio revolucionada por los ajustes familiares, sociales y simbólicos que esto provocó. Así, entre el 1990 al 2001 podemos estimar que el 67% de los que salieron lo hicieron a una edad comprendida entre los 20 y los 39 años⁶¹, lo que supone de un 10% de la población de San Jacinto en ese grupo de edad según los datos del Censo de 2001 (INEC).

⁶¹ Este porcentaje ha sido calculado de acuerdo con la información que ofrece el censo de 2010.

Tabla 6. Distribución de los migrantes de San Jacinto de Balzar por país de residencia actual y sexo (Censo 2010)

País de residencia	Hombre	Mujer	Total
Argentina	3	2	5
Canadá	2	2	4
Chile		2	2
Estados Unidos	22	23	45
Venezuela	1	0	1
Austria	1	0	1
Bélgica	3	1	4
Alboran y Perejil	1	0	1
España	243	248	491
Reino Unido (Escocia, Gran Bretaña, Inglaterra, Grecia		1	1
Italia	76	105	181
Israel	0	1	1
Otras naciones de África	1		1
Sin Especificar	10	13	23
Total	363	399	762

Fuente: elaboración propia a partir de los datos del INEC- Censo 2010

Algunos de estos cambios son más evidentes, como los inducidos por la llegada de remesas, que tuvo un impacto dinamizador sobre la economía y la sociedad. Sin embargo, este flujo de remesas también desencadenó un proceso inflacionario que ha supuesto un encarecimiento de los medios de vida en la ciudad en relación a otros cantones vecinos donde la migración ha tenido menor incidencia, de acuerdo con el análisis de Guerrero et al. (2011:93):

Si se tiene en cuenta el alto acaparamiento de tierras en el cantón, y que las superficies están dedicadas a cultivos para la exportación como el cacao y teca, y a pastos para ganado que no demandan mano de obra y a la producción de maíz que se da una sola vez al año (disminuyendo las posibilidades de autoconsumo como se dan en otras unidades territoriales), a lo que se suma que a Balzar podría catalogárselo un cantón caro en comparación a sus vecinos por el alto número de migrantes en el extranjero que envían sus

remesas, y la dificultad diaria de encontrar productos básicos como el pan y la carne si se realiza una visita a la zona.

Podemos concluir que la migración balzareña se caracteriza por el predominio de la composición femenina, urbana, joven y muy concentrada en torno a dos principales polos de destino España e Italia. Asimismo, esta migración presenta un desarrollo a lo largo de la década 2001-2010 que conduce hacia un equilibrio en la composición de género de la población migrante en los distintos destinos, el incremento proporcional de las reunificaciones y el fortalecimiento de la posición de España como país de residencia, a medida que el stock de migrantes va decreciendo hasta quedar reducido a menos de la mitad.

3.2.2. La migración de retorno

El flujo de migrantes ecuatorianos, como explican Mejía y Cortés (2012), se mantuvo estable hasta que el estallido de la burbuja inmobiliaria/financiera estadounidense en 2007 contagió las economías europeas desencadenando una serie de efectos que provocaron una aguda crisis socio-económica. Las economías de los países receptores se tambalearon ante el incremento del endeudamiento público, la morosidad, el desempleo, la precarización laboral y la pobreza (Antón y Matarazzo, 2015).

El descalabro económico de Europa y Estados Unidos llevó a los actores políticos y sociales a especular sobre la formación de una "oleada masiva de retorno" que, a pesar del incremento de estos flujos, no llegaría a alcanzar la magnitud presagiada.

En cualquier caso, siguiendo a Mejía y Cortés (2012), parece posible identificar una serie de circunstancias que sirvieron para estimular, de forma particular, el flujo de retorno de ecuatorianos. Por un lado, los datos parecen mostrar la preeminencia de ciertas conexiones, como refleja la relación directa entre salida y retorno del flujo de retornados de España e Italia. Por otro lado, también parece existir una relación inversa entre el volumen de retornados y la antigüedad en la composición del flujo. Finalmente, los autores encuentran una significativa composición masculina del retorno -un 55% del total de retornados son hombres. Una circunstancia que relacionan con la inserción laboral de los migrantes andinos en nichos más sensibles a los efectos de la crisis económica. Lo que, en contrapartida, ha provocado una feminización del stock de migrantes en destino (Antón y Matarazzo, 2015).

En relación con esto último, la crisis tuvo mayor incidencia en el sector de la construcción, donde se empleaban los hombres ecuatorianos, haciendo que el empleo masculino sufriera una fuerte caída. A pesar de que la coyuntura económica también impactó sobre el empleo femenino, especialmente en España, la propia naturaleza de los nichos de trabajo de las mujeres migrantes -servicios, cuidado y hogar- hizo que sus efectos se sintiesen, en mayor medida, en una creciente precarización e informalización que supuso un deterioro en las condiciones de laborales, con reducciones de horarios, salarios, etc. (Mejía y Cortés, 2012).

Sin embargo, la crisis socioeconómica apenas se hizo notar en unas economías latinoamericanas que, por el contrario, experimentaron una notable mejoría en los indicadores socioeconómicos (Mejía y Cortés, 2012; Antón y Matarazzo, 2015). Situación que, en el caso de Ecuador, debe ser enmarcada en un nuevo ciclo político que supuso el comienzo de una profunda transformación socioeconómica, iniciado con la presidencia de Palacios, pero profundizado con la llegada de Rafael Correa al sillón presidencial. En este sentido, no se puede minimizar el éxito de las acciones emprendidas por el gobierno ecuatoriano para acercarse a sus diásporas, entre las que se encuentran diversas políticas públicas dirigidas a estimular el retorno (Antón y Matarazzo, 2015).

Para estimar el volumen del retorno balzareño contamos con los datos de migración desagregados a nivel cantonal que están disponibles en los Censos de Población y Vivienda de los años 2001 y 2010. Si bien no hay información específica sobre retorno, podemos estimar su alcance comparando la variación que se produce en el volumen de migrantes balzareños que residen en el exterior en ambos periodos.

La siguiente tabla nos muestra cómo se produce una considerable disminución del stock de migrantes en los principales destinos hasta quedar reducido a casi la mitad, mientras que la composición de género del stock de migrantes parece mantenerse dentro de valores similares.

Tabla 7. Variación inter-censal del volumen de migrantes balzareños por país de destino

	Estados Unidos				España				Italia				Otros				Total			
	2001	2010	Variación		2001	2010	Variación		2001	2010	Variación		2001	2010	Variación		2001	2010	Variación	
			Abs.	Tasa			Abs.	Tasa			Abs.	Tasa			Ab	Tasa			Abs.	Tasa
Hombres	32	22	-10	-31%	349	243	-106	-30%	185	76	-109	-59%	49	22	-27	-55%	615	363	-252	-41%
Ratio sexo	48%	49%			47%	49%			40%	42%			51%	49%			45%	48%		
Mujeres	34	23	-11	-32%	390	248	-142	-36%	283	105	-178	-63%	47	23	-24	-51%	754	399	-355	-47%
Ratio sexo	52%	51%			53%	51%			60%	58%			49%	51%			55%	52%		
Total	66	45	-21	-32%	739	491	-248	-34%	468	181	-287	-61%	96	45	-51	-53%	1.369	762	-607	-44%

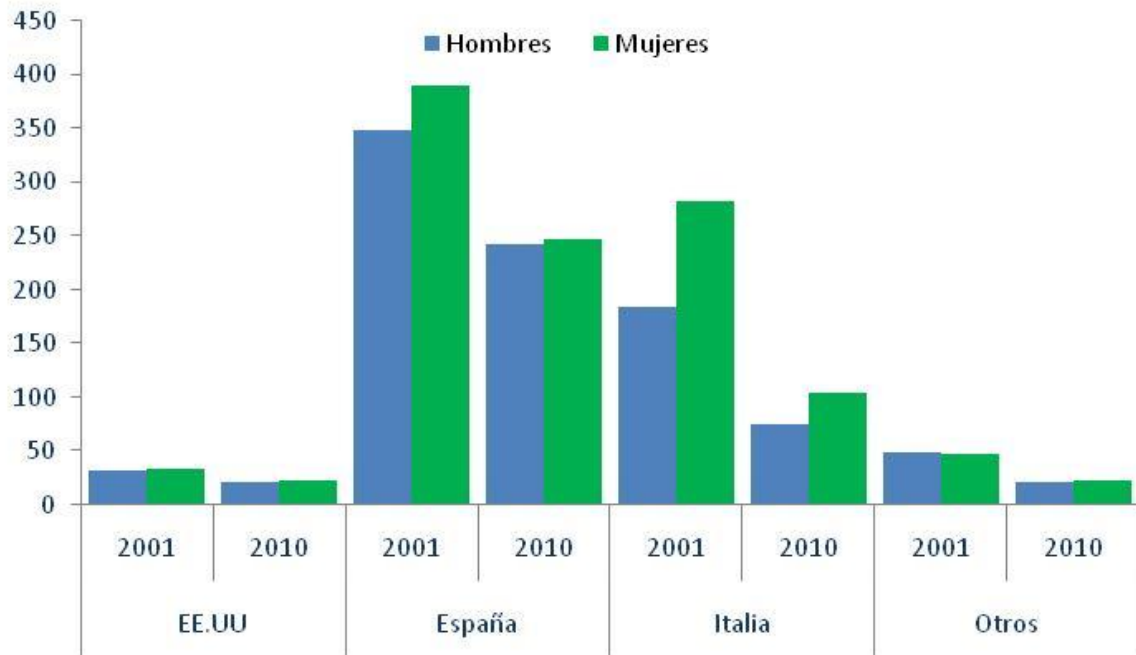
En los siguientes gráficos se muestra la variación del stock de migrantes en los principales países de residencia tanto en términos absolutos (gráfico 9) como relativos (gráfico 10). Una primera observación parece advertir la tendencia hacia un mayor equilibrio de género en la composición de género del stock de migrantes en los dos principales destinos, España e Italia, conservando el predominio femenino.

Una posible explicación a este hecho es la permanencia de núcleos familiares con mayor arraigo en destino. Si la feminización de los flujos estuvo ligada a procesos de migración en solitario de la mujer, la predominancia del retorno femenino podría estar ligada a procesos de reunificación familiar en origen.

En esta situación también puede influir la edad de salida inferior de los hombres, que podemos asociar con el desarrollo de lazos y de sentimientos de arraigo en destino. En el caso de las mujeres, si consideramos que salen con una edad superior, según este planteamiento podríamos estar ante la migración femenina de retorno de jefas de hogar con lazos familiares en origen.

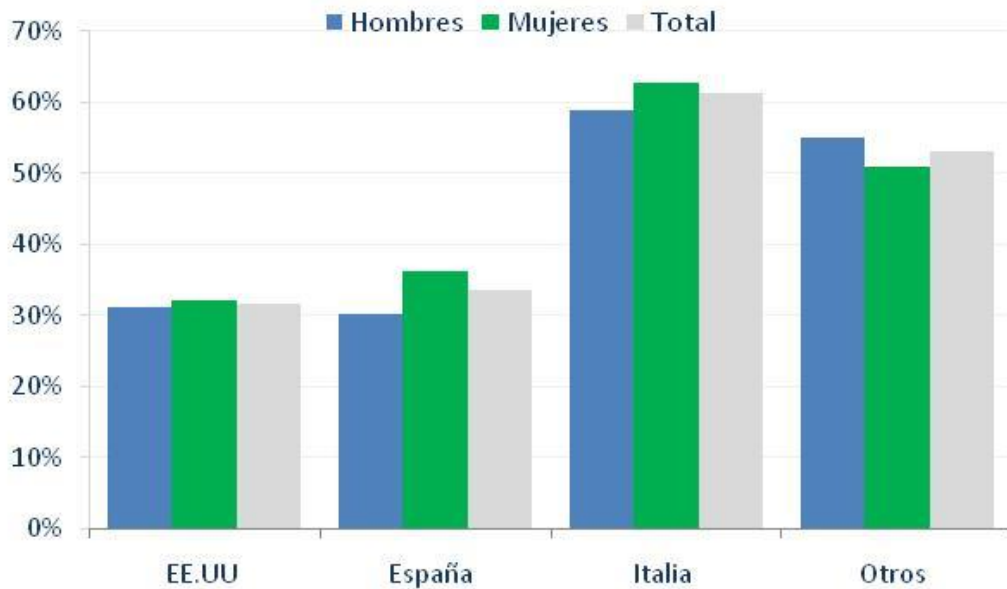
Así, los datos de Italia parecen confirmar esta tesis, pues era el país con el stock de migrantes más feminizado -60% del total de los migrantes- y también es el país donde se produce una mayor variación en términos relativos con una variación del 63% entre 2001 y 2010, siendo el destino que más ha contribuido a la feminización del flujo de retorno.

Gráfico 9. Variación del stock de migrantes de origen urbano por sexo y país de residencia entre 2001 y 2010



Fuente: elaboración propia a partir de los datos del INEC- Censos 2001 y 2010

Gráfico 10. Tasa de variación inter-censal de la población urbana de Balzar residente en el exterior por sexo



Fuente: elaboración propia a partir de los datos del INEC- Censos 2001 y 2010

En resumen, los datos parecen apuntar hacia un volumen elevado de retorno, pues la población migrante de San Jacinto de Balzar residente en el exterior se redujo a la mitad entre el año 2001 y 2010. De igual modo, las mujeres parecen haber participado más que los hombres en el retorno, lo que ha favorecido un mayor equilibrio en la composición del stock de migrantes en los países de destino.

En cualquier caso, es necesario considerar ciertos factores que pueden haber alterado esta situación posteriormente, pues, si bien los nichos de empleo masculinos se vieron más afectados por la crisis, lo cierto es que tras la pérdida del empleo disponen de diversas garantías y subsidios que pueden permitirles prolongar su permanencia en destino a la espera de una mejora en la situación económica, lo que puede conducir al agotamiento de los recursos financieros y generar problemas de convivencia que terminen por desencadenar el retorno.

4. RELACIONES, REDES, HOGARES E IDENTIDADES EN EL ESPACIO SOCIAL Y SIMBÓLICO BALZAREÑO

En este capítulo realizamos un recorrido a través del espacio social para indagar en el contenido de las configuraciones simbólicas subyacentes en el desarrollo de las relaciones sociales, familiares y conyugales, así como en la incorporación de los modelos de identidad de género.

En el primer apartado de este capítulo se analiza la configuración de las relaciones familiares y conyugales, para dar paso, a un segundo apartado en el que se examinan los vínculos que establecen las redes sociales, prestando particular atención a las relaciones homosociales. El objetivo es descubrir los espacios sociales que estas relaciones abren a los actores a través de las distintas tolerancias, restricciones y dependencias que orientan los patrones de acción y pensamiento de género, y que sirven para disponer las prácticas y los discursos de hombres y mujeres en sus interacciones sociales. Por último, en el tercero nos adentrarnos en el contenido de los modelos de identidad y las relaciones de género a través de cuatro vías de acceso diferentes, como son: la sexualidad, la violencia, el espacio doméstico y el espacio público.

El análisis nos mostrará como la evolución de los procesos económicos, políticos, sociales e ideológicos en el espacio costeño han permitido la cristalización de un singular complejo de relaciones sociales y familiares, donde la libertad/movilidad y la individualidad actúan como principios rectores de la vida social. Al mismo tiempo, al profundizar en estos aspectos tendremos la oportunidad de comprender el modo en que estos valores actúan como mecanismos de subyugación de la feminidad, pues estimulan el desarrollo gradual y sistemático de la desigualdad de género.

Esta ambivalencia en los resultados de género que promueve el sistema de valores se manifiesta, por ejemplo, en el sistema matrimonial, donde la libertad se convierte en el elemento vertebrador de unos vínculos conyugales frágiles e informales. Esto, como veremos, permite la consolidación de una noción de familia que puede resultar "vaga" (Fauroux, 1988), a tenor de la enorme facilidad con la que se hacen, deshacen y rehacen los vínculos familiares, y conduce hacia una situación paradójica para las mujeres pues, si

bien gozan de cierta libertad para establecer y organizar sus vínculos conyugales, no sucede así con los vínculos filiales, de los cuales ellas son principales -e incluso únicas-responsables. De modo que, a medida que las mujeres acumulan cargas familiares se reduce su capacidad de negociación, lo que puede llevarlas a aceptar nuevas y mayores condiciones de subordinación, en un contexto definido por la elevada frecuencia de los compromisos consecutivos y paralelos.

Otro aspecto que este análisis nos ayudará comprender es cómo se llenan de sentido unas categorías de género que estimulan el incremento de la desigualdad -y la dependencia- estructural entre hombres y mujeres a través de los rendimientos de capital de las prácticas de género en la economía de bienes materiales, sociales y simbólicos (Bourdieu, 2000; Oso, 2016).

Así, observamos como el modelo de identidad masculina hegemónico se ve favorecido por diversas estrategias de dominación que ayudan a reproducir su control sobre los recursos productivos y el espacio público. En este sentido, veremos cómo se proyectan sobre el espacio social ciertas interpretaciones sobre la libertad, la sexualidad y la violencia que acomodan los intereses del modelo de identidad masculino hegemónico. Espacio e identidad son atravesados por ese principio de autonomía/libertad que se aprecia en la fragilidad de los vínculos sociales masculinos, la irresponsabilidad del progenitor y la competencia sexual.

En contrapartida, el modelo de identidad femenino de "mujer aguantadora" se construye como negación de esas mismas cualidades -libertad, sexualidad y violencia-, cuya renuncia y sumisión se justifica sobre la definición de una esencia femenina perversa. En este caso, el principio de autonomía que orienta las relaciones que se desarrollan en el espacio social colisiona con el principio de dependencia que opera sobre la feminidad. Las mujeres se ven forzadas a negociar esta autonomía en el interior de una realidad social determinada por la dependencia material de la feminidad, su confinamiento privado, la responsabilidad materna, la disposición sexual y la tolerancia hacia la violencia.

Antes de avanzar con nuestro estudio, parece oportuno aclarar que los datos que se exponen a continuación no proponen una descripción pormenorizada capaz de abarcar la totalidad de la realidad social. Antes bien, tratan de reconstruir a través de mi experiencia etnográfica los procesos y las relaciones sociales, las lógicas que orientan los modelos de identidad y relación asociados a las configuraciones de género hegemónicas, con el

objetivo realizar una interpretación situada de las experiencias de las mujeres y los hombres retornados. Siendo consciente del riesgo de esencialización inherente a la elaboración de todo modelo, esta tarea que se aborda sin ánimo de ensombrecer la presencia de modelos de género alternativos presentes en el campo social. Por ello, el interés se centra en la reconstrucción de los discursos hegemónicos elaborados desde la ideología heteropatriarcal dominante que los mantiene vigentes.

Los modelos que aquí describimos son una abstracción elaborada a partir de los datos observados en esas regularidades en el comportamiento y los discursos que emergen en el campo. Son una abstracción, una simplificación, que nos permite comprender la lógica compartida por el grupo social mediante la cual organizan su universo dando contenido a sus relaciones y experiencias.

Sin embargo, estos modelos no existen en la cabeza de los actores como tales, sino que forman parte de un conjunto de referencias adquiridas a lo largo de su socialización, a través de sus experiencias concretas, que les permiten actuar de acuerdo con las expectativas del resto de los actores -ese sentido común que les permite anticipar el resultado de sus prácticas. Por tal motivo, debemos recordar que, uno, los modelos hegemónicos tienen un carácter referencial abierto que no agota las posibilidades de existencia y, dos, que éstos conviven con modelos alternativos con los cuales mantienen una relación de hegemonía.

Respecto al primer asunto, podemos decir que el modelo orienta la acción de los individuos en el campo, tanto en sentido negativo -marcando los umbrales de tolerancia que marca la ideología dominante- como positivo -estimulando el comportamiento de los actores mediante los rendimientos y recompensas que operan por medio del reconocimiento. Por tanto, dicho modelo nos ayuda a explicar la recurrencia de diversos cursos de acción en un espacio concreto, pero no se corresponden con la identidad del sujeto. Es decir, cuando hablamos de la tolerancia social hacia la violencia de género, no estamos defendiendo el carácter o la expresión violencia de todos los hombres, sino la participación de la(s) violencia(s) en la configuración de los espacios en los que se desarrollan las relaciones de género.

De igual modo, cuando sostenemos que las configuraciones hegemónicas de género promueven la sumisión de la identidad femenina, no queremos decir con ello que el carácter de la mujer sea sumiso, como lo prueban los continuos conflictos que surgen

dentro del hogar o las estrategias que pueden desarrollar las mujeres para escapar a situaciones concretas de dominación masculina. Así, aun cuando la identidad del sujeto - las mujeres en este caso- es resultado del conjunto particular de experiencias sociales, familiares y personales que conforman la singularidad del individuo, estas deben negociar sus posicionamientos en un contexto que las sitúa en posición de subordinación respecto al hombre y que reconoce el uso de la(s) violencia(s) como mecanismo aceptable para mantener el orden de género.

Respecto al segundo asunto -la presencia de modelos alternativos-, debemos aclarar que los modelos de relación e identidad hegemónicos, que construimos para explicar las relaciones de género, ni son únicos ni están incontestados, sino que están inmersos en un conjunto de complejas interacciones con formas alternativas de construir la realidad social.

En este sentido debemos interpretar la convivencia del modelo conyugal polígamo con los arreglos conyugales monógamos que, además de ser comunes, tienen cierto carácter normativo, pues representan el ideal que da referencia al sistema matrimonial. De modo que lo habitual es que los hogares se constituyan -o consideren- como núcleos de este tipo.

Hasta cierto punto, como explicaremos más adelante, sería más apropiado decir que la poligamia representa una opción del modelo conyugal masculino, mientras que la monogamia representa el modelo conyugal femenino, pues si bien la poligamia femenina no existe, tampoco resulta común que las mujeres deseen o acepten los matrimonios polígamos de sus esposos. Aunque la poligamia sea conocida y tolerada por el grupo social, no es común y socialmente reconocida por los actores. Esto se corresponde, por ejemplo, con las interpretaciones sobre el matrimonio que describen Chávez y García (2004) en su estudio sobre la comunidad afro-ecuatoriana⁶² de Telembín (Provincia de Esmeraldas), donde las representaciones sociales sobre el modelo de familia ideal se corresponden con la familia nuclear monógama, a pesar de la elevada frecuencia con la que se celebran los compromisos polígamos y secuenciales, o de lo habitual que resultan las jefaturas de hogar femeninas como consecuencia del abandono del progenitor, como nos explican los autores:

Mantienen el ideal de familia monogámica nuclear, la que se alcanza, en los hechos, en edad madura luego de muchas experiencias maritales sostenidas tanto por hombres como por

⁶² Afroecuatoriano/a o afrodescendiente son denominaciones con las cuales se identifica a la población negra de Ecuador.

mujeres. Muy pocas veces -dice una participante en un taller comunitario- sale una mujer casada de su casa porque para la mujer negra es muy importante la idea de que el matrimonio es para toda la vida (taller del 28 y 29 de septiembre de 2003). (2004:129)

Asimismo, este aspecto también se ve matizado por la llegada de migrantes de otras regiones de tradición matrimonial monógama o por la penetración en las últimas décadas de diversos cultos religiosos -como los evangelistas- que observan una monogamia estricta, que para sus fieles puede ser dogmática. Pero que, en cualquier caso, no presentan un desafío al sistema matrimonial tradicional que sigue preservando su posición de dominio.

Algo similar apuntamos al defender la presencia de las identidades heterosexuales hegemónicas, pues es cierto que estas conviven en el espacio social balzareño con otras identidades alternativas, hetero y homosexuales. Respecto a estas últimas, es evidente la presencia de identidades transexual y transgénero que gozan de un elevado grado de visibilidad pública y, además, cuentan con espacios de ocio propios. Así, en la ciudad de Balzar son conocidos los locales frecuentados por gays y lesbianas o el encuentro anual de fútbol celebrado por personas de identidad trans. A pesar de esto, las interacciones sociales de estas identidades se desarrollan dentro de los límites que define el heteropatriarcado, donde se refuerza su carácter subalterno, como se desprende de las palabras de este informante: *"Acá no hay respeto. Si, por ejemplo, ven a una gay pasar por ahí, le insultan, se ríen de él"* (Miguel-MR61).

La presencia de identidades homo y trans en el espacio público, como nos cuenta Álvarez (2002), es un hecho bastante común en toda la región. Una cuestión que en cualquier caso, nos llevaría a preguntarnos sobre el modo en que el discurso heteronormativo ha puesto en juego distintas identidades de género en el espacio social. Según explica Benavides (2006), su presencia conectaría con un pasado histórico en el que intervinieron identidades homosexuales como parece indicar la figura de los "enchaquirados"⁶³, pero que fueron subordinadas y silenciadas por el discurso colonial, racial y regional:

⁶³ El nombre de "enchaquirados" proviene de las conchas ornamentales, de carácter litúrgico, utilizadas por "un grupo de hombres jóvenes reconocido por su actividad homosexual religiosa (o ritualizada)" (Benavides, 2006:149). El autor ofrece numerosas referencias históricas que describen las prácticas homosexuales entre los indígenas costeños.

Durante una actividad de reconocimiento, uno de mis colegas quedó pasmado por la respuesta inicial de uno de sus sujetos de investigación: cuando mi amigo antropólogo se acercó a un grupo de hombres y les preguntó sus nombres, uno de ellos respondió diciendo, “mi nombre es Jorge, pero mi nombre de batalla es Dolores. Si sabes a lo que me refiero”. Esta respuesta hubiera sido inquietante viniendo de un hombre ecuatoriano cualquiera pero lo era aún más viniendo de un habitante de un aparentemente tradicional pueblo costero como lo es San Pablo, en la Península de Santa Elena. La respuesta claramente nos dejó aturcidos. ¿Cómo podría un “hombre”, rodeado por su grupo de amigos, ser tan abierto acerca de su homosexualidad e identidad queer? Esto era particularmente problemático ya que la mayoría de hombres guayaquileños, incluyéndonos, gastábamos una gran energía en mantener una identidad heterosexual ostensible en congruencia con los roles sociales prescritos para nosotros. Pero lo era aún más considerando que, en el tiempo de la entrevista (a mediados de los 80s), cualquier actividad sexual consensual entre hombres adultos en Ecuador llevaba una sentencia obligada a prisión por ocho años (las leyes ecuatorianas finalmente descriminalizaron la actividad homosexual masculina en 1998). (Benavides, 2006:145)

Cabe añadir a esta relación la presencia en el espacio social balzareño de nuevas formas de "ser hombre" y "ser mujer", que estarían relacionadas con nuevas experiencias de contacto y aprendizaje entre los más jóvenes, donde se articulan una serie de componentes que podrían estar transformando esta realidad social mediante los cambios llegados de la mano de los medios de comunicación, la transformación del modelo educativo y el despertar de una conciencia política que parece promover arreglos de género más equitativos. No obstante, estos cambios no han logrado desafiar las configuraciones de género tradicionales que, por otro lado, han desarrollado nuevas estrategias de resistencia que les han permitido seguir vigentes.

En todo caso, la interacción de los modelos hegemónicos con las experiencias particulares y los modelos alternativos se desarrollan de acuerdo con las lógicas dominantes que dan (su) sentido a las conexiones entre los fenómenos de la realidad social, permitiendo a los actores construir sus prácticas y discursos, e interpretar sus experiencias. Como diría Foucault (1998), no existe un lugar de exterioridad respecto a la dominación, sino que esta se recrea en cada punto de encuentro, en cada frente, de tal forma que el resultado acumulado de estos encuentros produce efectos hegemónicos.

En otro sentido, debemos señalar cómo, en nuestro interés por realizar una descripción situada de las dinámicas sociales, podemos incurrir en el error de crear la ilusión de un

particularismo o una singularización desmedida del contexto. Lo cierto es que los hechos sociales, que conforman esa parte de la realidad social que deseamos explicar, aparecen como resultado de un conjunto de procesos que los inserta en el espacio social y simbólico de la Costa, con el que comparten un pasado, un presente y un futuro.

Así, a pesar de que el espacio costero se encuentra lejos de formar un conjunto homogéneo étnica o culturalmente, es posible identificar un espacio socio-histórico que se diferencia de la región interandina ya desde un remoto pasado pre-colonial, pues la cultura huancalvica-manteña que estableció su dominio sobre el litoral quedó fuera del proyecto colonial incaico que dominó la Sierra. Posteriormente, durante el periodo colonial y el post-colonial, se desarrollaron en la región costera distintos procesos de configuración étnica y cultural que consolidaron su heterogeneidad, si bien este espacio continuaría compartiendo una serie rasgos que fortalecieron su divergencia respecto al área andina.

Así, de un lado, vemos cómo el territorio donde se encuentra nuestro contexto de estudio es el resultado de un proceso de colonización de la Provincia del Guayas que, partiendo de la metrópoli de Guayaquil⁶⁴, avanzó por los cauces de los ríos Guayas y Daule⁶⁵, cuyo resultado sería un intenso proceso de mestizaje. Por otro lado, observamos cómo, en las Provincias de Guayas y Manabí, las poblaciones indígenas del litoral lograron conservar la propiedad territorial de las Grandes Comunidades⁶⁶, al menos hasta 1937⁶⁷

⁶⁴ Sobre este asunto, nos explica Benavides (2006:153): "Guayaquil fue prontamente poblada en los 1600s por una amplia población "desindianizada", referida principalmente en diferentes momentos como cholos o mestizos, que inmediatamente fueron designados a servir y apoyar a las elites españolas; sin embargo, esta particular forma de servidumbre inspirada en lo europeo y realizado a la americana fue articulada en maneras complicadas. A diferencia de los indios de la sierra, los grupos costeros fueron rápidamente afectados por el proceso de colonización y dentro de muy pocos años fueron diezmados por enfermedades, desapareciendo casi completamente. Los miembros de las comunidades indígenas costeñas que sobrevivieron este ataque directo y violento fueron muy pronto y de manera bastante activa introducidos al servicio económico y a la vida cultural, la misma que fue significativamente marcada por una destrucción de sus tradiciones ancestrales".

⁶⁵ "Es posible distinguir procesos diferenciables entre los antiguos grupos que ocupaban la Baja Cuenca del Guayas (Chonos), y los de la costa marítima (Huancavilcas). Los territorios del Daule (ribereños) no consiguieron permanecer en manos indígenas, y su disolución facilitó la instalación de la Hacienda, con formas de explotación basadas en el monocultivo, pasando por relaciones de esclavismo, aparcería o mediería, a las relaciones salariales, y con una reestructuración absoluta de la identidad histórica" (Álvarez, 1989 en Álvarez, 2002:148)

⁶⁶ "Existen en la provincia del Guayas, más de 500.000 has. de tierras en posesión comunal, reconocidas a unas 64 Comunas, a partir de la expedición de la Ley de Régimen y Organización de Comunas de 1937 (CPR, 1990). Estas instituciones legales son la resultante del fraccionamiento territorial de las antiguas comunidades indígenas coloniales

(Álvarez, 2002). Mientras que en la provincia costera de Esmeraldas se asentará la población negra⁶⁸, en su mayoría⁶⁹ descendientes de los supervivientes de varios naufragios ocurridos en los siglos XVII y XVIII, que lograron establecerse como libertos en comunidades independientes del poder colonial, y que compartirán el espacio con otras identidades indígenas -por ejemplo los chachi-, con mestizos y blancos. Por último, a esta breve relación sobre la diversidad étnico-cultural de la región costera, debemos añadir la complejidad que imprimirían los ritmos de colonización. Sirva para ilustrar esta circunstancia el hecho de que, en 1950, cuando estalla el auge bananero, la colonización de los territorios costeros quedaba aún muy lejos de haberse completado.

No obstante de esta heterogeneidad socio-cultural de la región costera, que marcaron los distintos ritmos y patrones de ocupación el territorio, estos grupos sociales, étnicamente diversos, que se asentaron en este hábitat regional compartirían unos rasgos que permitieron la conformación de su particular idiosincrasia, que, por este motivo, también están presentes en nuestro contexto de estudio.

Un ejemplo, de esta particularidad socio-histórica del espacio costero, lo encontramos en ciertos elementos que caracterizan el sistema conyugal balzareño, como son los matrimonios de hecho y la poligamia⁷⁰. Así, podemos constatar su presencia tanto en las comunidades indígenas de Santa Elena, como en las áreas ribereñas de los ríos (Álvarez, 2002) o en las comunidades negras de la provincia de Esmeraldas (Chávez y García, 2004; Escobar, 1990).

asentadas en el área (Álvarez, 2002). El mismo proceso parecen haber vivido las actuales Comunas de la región de Jipijapa, en la provincia de Manabí (Espinosa, 1990)" (Álvarez, 2002:145).

⁶⁷ "En general, en el siglo XX las Grandes Comunidades de la costa permanecerán intactas hasta la expedición en 1937 de la Ley de Comunas. Una Ley que se enmarcaba en el contexto de la realidad latinoamericana que trataba de subsanar los altos costes sociales derivados del proyecto liberal, que en muchos casos habían terminado en estallidos y levantamientos populares" (Álvarez, 2002:27).

⁶⁸ Incluso en el caso de la población negra de Esmeraldas, parece difícil defender una homogeneidad sociocultural que se ve moldeada por la ocupación física de los distintos espacios -como la costa, los ríos, el sur o los centros urbanos que, según Escobar (1990), deviene en un importante elemento diferenciador de las estas poblaciones determinado por las estrategias materiales que ponen en marcha estas comunidades (Chávez y García, 2004).

⁶⁹ Junto a estos, una parte de la población negra del Ecuador actual son descendientes de esclavos y otros flujos de migración llegados al país en durante los siglos XIX y XX (Chávez y García, 2004).

⁷⁰ Según Álvarez (2002) hay constancia de matrimonios polígamos en este espacio desde los comienzos de la colonización.

Finalmente, es preciso señalar que las áreas costeras, incluidas las áreas de Gran Plantación, se han visto afectadas por diferentes eventos que han tenido distinto alcance en según el territorio, lo que ha estimulando una evolución particular de los acontecimientos y definido la singladura propia del lugar, de cada realidad social. Por ejemplo, Álvarez (2002) explica cómo el advenimiento del Estado liberal y el desmantelamiento de las Grandes Plantaciones en algunas áreas supuso un incremento en el número de uniones conyugales de carácter civil⁷¹, una estrategia matrimonial asociada a la reconstitución de la propiedad⁷², mientras que en las áreas donde la estructura de propiedad apenas se vio alterada, la introducción del matrimonio civil logró una escasa penetración en el sistema matrimonial.

4.1. RELACIONES PATERNO/MATERNO-FILIALES Y CONYUGALES EN BALZAR

Para comprender el sistema familiar y conyugal presente en Balzar es preciso situarlo en el curso del proceso socio-histórico que han vivido las áreas ribereñas de los ríos Guayas y Daule, cuyo resultado es la aparición de una identidad cultural que acomoda diversas estrategias de dominación masculina con las necesidades del sistema productivo de la gran plantación.

Unas dinámicas que, según se ha señalado anteriormente, permitieron la cristalización de un sistema familiar y conyugal fundado sobre la libertad y el individualismo - eminentemente masculinos-, cuyos resultados se reflejan la espontaneidad y la fragilidad de unos vínculos que cobran gran dinamismo debido a la informalidad del matrimonio, la irresponsabilidad del progenitor y la elevada frecuencia de los compromisos secuenciales y paralelos.

⁷¹ "En el área de ríos, estos "compromisos", a diferencia de la costa, nunca llegaban a formalizarse civilmente ante las autoridades. Esto se mantuvo sobre todo a raíz de las condiciones impuestas por el sistema de hacienda y plantación, hasta la Reforma Agraria de 1970 (Álvarez, 1989; 1990)" (Álvarez, 2002:149).

⁷² "Antes del Decreto 1001, de expropiación de tierras en 1970, el número de alianzas consecutivas o paralelas mantenidas por una persona, presentaba un rango muy elevado, tanto para hombres como para mujeres [...]. El fraccionamiento territorial recrea fuertes relaciones de carácter endogámico al interior del heterogéneo grupo que ahora ocupa el espacio rural: pescadores, jornaleros sin tierra, cooperativistas, hacendados y comerciantes" (Álvarez, 2002:149).

4.1.1. Configuraciones familiares en Balzar

El objetivo de este apartado es describir las características de las expresiones familiares que encontramos en el Balzar de hoy en día, lo que nos lleva a describir las circunstancias que acompañaron la aparición y consolidación de este modelo familiar.

Las condiciones y los ritmos de trabajo de la gran plantación, como hemos visto, estuvieron caracterizados por los traslados forzosos y las continuas expansiones y retracciones que imponía la producción cacaotera. De este modo, la movilidad obligada de la población, la estacionalidad, la cercanía de la Sierra, y la elevada mortalidad ayudaron a definir un sistema familiar determinado por la informalidad de las relaciones, la mudanza y la autonomía masculina como fundamentos relacionales (Álvarez, 2002).

Por un lado, la movilidad forzada impidió la aparición de sentimientos de arraigo y la consolidación política de grupos de parentesco o comunitarios más amplios, de modo que el concepto de familia quedó identificado, en gran medida, con el núcleo familiar residencial (Álvarez, 2002).

Por otro lado, las alianzas conyugales se establecen y se cesan de acuerdo con el interés del individuo autónomo, ajenos a cualquier componente ritualizador que pueda suponer una expresión de reconocimiento a la capacidad del grupo familiar/social para orientar o sancionar los matrimonios. En este contexto, los vínculos familiares se hacen y deshacen con facilidad, como dijimos, esto lleva a Fauroux (1988) a calificar la noción de familia en la gran plantación como "vaga". Pero, si bien es cierto que los lazos se rompen con gran facilidad⁷³, no es menos cierto que esta autonomía imprime a los lazos familiares una enorme flexibilidad que permite a los individuos incorporarse, disgregarse y/o reincorporarse al grupo familiar.

El resultado de estos procesos es un sistema matrimonial caracterizado por la elevada frecuencia de las alianzas consecutivas y paralelas, que llegan a establecerse entre personas con diversos grados de consanguinidad (primos, tía/o-sobrino/a) y fuertes diferencias generacionales (Sánchez-Parga, 2002; Álvarez, 2002). La institucionalización de los

⁷³ Algo que también ocurre en la comunidad de Telembín (Esmeraldas): "Las separaciones se dan con relativa facilidad y en ellas, por lo general, no se pone como tema de discusión el sostenimiento y manutención de los hijos. Durante los talleres comunitarios preguntamos varias veces por qué no se reclamaba alimentos para los hijos y a nadie parecía habersele ocurrido, ni nadie veía viable el reclamo" (Chávez y García, 2004:131).

grupos familiares poligínicos, explica Álvarez (2002), hace que los hijos de los distintos compromisos pueden llegar a formar parte de una "red poligínica" de residencias "matrifocales"⁷⁴ independientes, ligadas a través del nexo común del esposo-padre. Como nos explica Álvarez (2002: 149):

Los hijos de los distintos matrimonios llegaban a constituir residencias matrifocales, y en caso de abandono de cualquiera de los cónyuges, pasaban a la protección del grupo de referencia que los acogía (materno o paterno). Se trata de la crianza conjunta de los progenitores más la familia que los rodea.

Así, en cada uno de estos núcleos, la madre aparece como baluarte emocional, social y material de un hogar que es, a su vez, dependiente de un padre-esposo (visitador) proveedor.

Al analizar los modelos familiares existentes en el actual Balzar, se puede advertir la permanencia de estos valores que orientan la configuración ideológica de las relaciones y los modelos de identidad. No cabe duda de que, a día de hoy, nos encontramos con un abanico bastante amplio de expresiones y estrategias familiares, resultado del desarrollo y la convergencia de los procesos culturales relacionados con la migración -interior y exterior-, la penetración de diversos grupos religiosos y los cambios asociados a un estilo de vida urbano interconectado con la red global de información.

Además, es posible identificar una serie de matices del sistema familiar relacionados con su proyección sobre un espacio urbano cuyos ritmos y condicionamientos se reflejan en las dinámicas de fusión y fisión, que tienen lugar a lo largo del ciclo de vida de la familia.

En este sentido, la frecuente cohabitación de la familia extensa puede ser vinculada a las limitaciones de espacio en el área urbana, donde la propiedad se encuentra claramente acotada, favoreciendo la coincidencia de los grupos familiares con los hogares. Esto es resultado, de un lado, de los patrones de asentamiento agrupado que tuvieron lugar durante

⁷⁴ Unos rasgos que también están presentes en el sistema familiar de Telembín como explican Chávez y García, 2004: "La referencia "a los padres o a la madre" parecería a primera vista redundante o erróneamente planteada, sin embargo, no es así, en tanto que por el sui géneris sistema parental que mantienen, atravesado por prácticas polígamas frecuentes y una clara matrifocalidad, sumada a una constante itinerancia de los hombres, hace que en muchos hogares haya ausencia del padre y sea la madre el eje familiar, no solo en el ámbito doméstico sino también a escala social y económica. Si había, o hay, ausencia del padre, la madre era y es en la actualidad, perfectamente capaz de mantener la estructura familiar del grupo de parentesco" (Chávez y García, 2004 :122).

el proceso de urbanización, de otro lado, es consecuencia de la segregación de las propiedades familiares y del deseo por buscar la cercanía del grupo familiar donde la maternidad aparece como elemento articulador.

Estas dinámicas parecen haber estimulado un fortalecimiento de los lazos y los sentimientos de arraigo respecto del grupo residencial, donde familia y vecindad son términos que a veces se confunden dentro del universo emocional que representa el barrio como referente de identidad. Asimismo, los lazos familiares parecen debilitarse con gran rapidez a medida que nos alejamos del grupo residencial -si bien se trata de una situación variable-, las dinámicas que aparecieron durante la migración internacional nos mostrarían como estos vínculos pueden ser reactivados -o recreados- con cierta facilidad.

La incidencia de estos factores imposibilita la presentación de un modelo estructural característico del sistema familiar balzareño, pues tropezamos con el obstáculo que nos plantea esa plasticidad de la familia que posibilita la convivencia de una amplia variedad de grupos familiares que va desde los hogares unipersonales, hasta los hogares conyugales nucleares, pasando por hogares donde encontramos arreglos de familia extensa o múltiple.

Esto nos impide conectar el sistema familiar con un grupo doméstico hegemónico específico, más aún al incorporar ese carácter transitorio que afecta a los vínculos. Por tal motivo, parece más adecuado definir este sistema familiar de acuerdo con esa flexibilidad y plasticidad que lo singularizan, y que somete las expresiones familiares a una continua reconfiguración que les concede su carácter extremadamente coyuntural.

Para ilustrar estos aspectos, el siguiente cuadro presenta una tipología de grupos familiares que se pueden identificar desde un punto particular de observación en un momento del trabajo de campo. Esta esquematización nos aporta una perspectiva sincrónica de los patrones residenciales y de convivencia, donde podemos apreciar la coexistencia de una amplia diversidad de arreglos familiares.

Cuadro 1. Tipología del hogar en la ciudad de Balzar

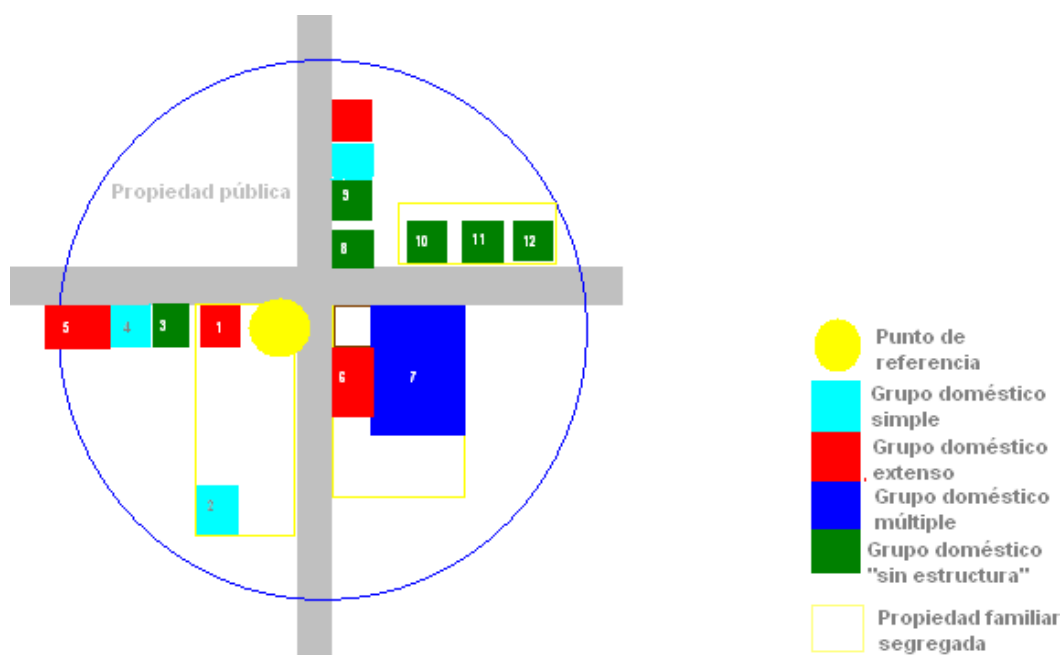
Siguiendo la tipología⁷⁵ residencial elaborada por el grupo de Cambridge, se distinguen cuatro tipos de hogares: sin estructura, simples, extensos y/o múltiples (Segalen, 2004). Al

⁷⁵ "Los historiadores del Grupo de Cambridge proponen una tipología [...] cuatro categorías [...] grupos domésticos «sin estructura familiar» [amigos, personas solas, etc.] [...] grupos domésticos «simples» que corresponden a la familia, a nuestra célula familiar contemporánea [...] Los grupos domésticos «extensos» compuestos, además de los miembros de

acercarnos a un punto particular seleccionado aleatoriamente en el área urbana de Balzar, en este caso se trata de un área residencial situada en sector que identificamos como periferia (ver ilustraciones 1 y 2), podemos identificar sobre el plano la diversidad de estructuras⁷⁶ presentes en un lugar y momento determinado.

Nuestro punto de referencia (Ilustración 5) se encuentra en la intersección de dos calles en un barrio situado en un lugar de la periferia más próxima al eje central de la ciudad. A la izquierda de este punto, encontramos que (1) se corresponde con un "grupo doméstico extenso" en el que cohabitan diurnamente la jefa de hogar junto a su hija, y el hijo de ésta; cuyo padre biológico es un migrante que residió en España y posteriormente se trasladó a Suiza. Siendo abuela y nieto los únicos que pernoctan en esta vivienda.

Ilustración 5. El hogar en Balzar: una perspectiva sincrónica



La hija-madre pernocta en un vivienda (2) situada en el otro extremo de la propiedad junto a su esposo visitador, quien habitualmente pasa el día -o parte del mismo- con su esposa principal y sus hijos en otro área de la ciudad. De forma que durante las horas nocturnas forman un "hogar simple" sin descendencia.

la familia simple, por parientes ascendentes, descendentes o colaterales [...] Los grupos domésticos «múltiples» en los que cohabitan varias familias emparentadas; de ahí su nombre de «poli-nucleares» [...]”(Segalen, 2004:43).

⁷⁶ Conviene antes recordar, como señala Segalen (2004), que cualquier tipologización debería comenzar por distinguir entre “grupo doméstico estructural” y “grupo doméstico coyuntural”, ya que una vez introducido el largo plazo la familia aparece como un proceso donde cada estructura responde por una temporalidad momentánea.

Continuando hacia la izquierda, encontramos un "hogar sin estructura" (3) ocupado por un hombre adulto; un educador de unos sesenta años de edad (no fue posible obtener información sobre esta unidad). A la izquierda de éste (4), hallamos un "hogar simple", compuesto por la madre, el padre, y los dos hijos de ambos. En el extremo izquierdo (5), encontramos un "hogar extenso" donde convive una mujer junto a su "segundo esposo" - quién se incorporó posteriormente a la residencia- y las dos hijas de ambos con sus esposos y sus respectivas descendencias.

Nos desplazamos en sentido contrario hacia la unidad (6), un "hogar extenso" en el que un hombre y su esposa residen junto a su hijo, la segunda esposa de éste, y los dos hijos de este compromiso (no sobrevivió ninguno de los hijos de su primer matrimonio). Este grupo doméstico vive de forma integrada durante las horas diurnas si bien, la vivienda ha sido dividida, de forma que en apariencia podrían ser identificadas como dos unidades simples.

A la derecha de este grupo, la unidad (7) se corresponde con un "hogar múltiple" en el que residen varias familias que comparten los recursos del hogar durante el día. Se trata de una propiedad extensa, con un único acceso pero segmentado para formar distintas habitaciones donde pernoctan los núcleos que la conforman.

Al lado opuesto de la intersección, la unidad (8) es un "hogar sin estructura" formado por un hombre de setenta y dos años. Este hombre es oriundo de la Sierra Sur, en el área fronteriza con la franja costanera, y mantuvo su hogar focal en la Sierra, donde residieron su "primera esposa" y los hijos nacidos de este matrimonio. Siendo aún joven se desempeñó en diversos empleos en la Costa, principalmente relacionados con la construcción de infraestructuras, lo que le obligaba a residir la mayor parte del año en la zona costera, donde tuvo varios compromisos en paralelo a lo largo de los años, visitando ocasionalmente su "hogar focal" hasta que lo abandonó definitivamente para instalarse en la Costa de forma permanente. Después de residir en diversas áreas de la Costa, fijó su residencia en Balzar, donde ha tenido, al menos, tres "*compromisos*"; viviendo en solitario tras su última ruptura, ocho años atrás.

Junto a esta vivienda, en la parte superior, la unidad (9) se corresponde con un "hogar sin estructura" compuesto por un hombre de unos cuarenta y cinco años, de origen manabita, que reside en la población de Balzar desde hace unos diez años. Se trasladó a esta ciudad tras separarse de su mujer, quien quedó a cargo de los hijos de ambos.

Por último, las unidades (10), (11) y (12) han sido señaladas como "hogares sin estructura", aunque, en realidad son una misma familia compuesta por una mujer y los tres hijos de esta, todos con experiencia migratoria. El residente en la vivienda (10) vivió en España durante diez años, obteniendo la nacionalidad española, hasta que emigrase a

Alemania en 2011. Visita regularmente Balzar donde pasa algunos meses al año, coincidiendo con el periodo navideño. Su hermano, propietario de la vivienda contigua (11), también ha residido en España durante más de una década, adquiriendo la nacionalidad del país. Actualmente, reside de forma semi-permanente en Balzar, aunque cobra algún tipo de subsidio del gobierno español. Por último, junto a su vivienda, vive la madre de estos con el tercero de los hermanos, también reemigrado a Alemania, cuando visita el país.

Por último, cerramos este apartado con un análisis sobre el tipo y contenido de los lazos familiares que ha de permitirnos comprender ese conjunto de obligaciones morales, materiales y emocionales que aseguran la reproducción familiar y que se inauguran, como detallaremos a continuación, con el compromiso conyugal.

Un primer aspecto que debe ser subrayado tiene que ver con el reparto desequilibrado de obligaciones en el interior del grupo doméstico, de acuerdo con el patrón de división de género. Así, la feminidad-maternidad aparece como foco de una red vincular construida sobre lo íntimo y afectivo, aportando una referencia a los integrantes del hogar que les permite orientar sus sentimientos de arraigo y pertenencia. Al mismo tiempo, encontramos los vínculos emocionales más débiles de una masculinidad-paternidad que opera desde las tensiones que establece el modelo de masculinidad hegemónica entre las obligaciones de la subsistencia familiar -que la orientan hacia el interior- y los compromisos de la homosocialidad -que la controlan desde el exterior.

Cabe señalar aquí cómo las relaciones familiares son un importante mecanismo de articulación con las relaciones productivas, de modo que la parentela es significativa para la construcción de la red social de los actores -principalmente los hombres- cuyo papel resulta fundamental en la circulación de información sobre los empleos esporádicos -o "camellos"- como se les denomina comúnmente- y que son una de las principales fuentes de ingreso.

Finalmente, debemos destacar las reducidas funciones rituales que desempeña la familia en Balzar, ya que el carácter marcadamente individualista y la escasa religiosidad hacen que el peso de las celebraciones descansa sobre un número limitado de actos y liturgias sociales de carácter menos formal como quinceañeras, cumpleaños o entierros.

4.1.2. El sistema de compromiso costeño

Al aproximarnos al sistema matrimonial balzareño asoman dos rasgos distintivos, una primera particularidad⁷⁷ es la hegemonía de la "unión libre" o "compromiso", como se denomina comúnmente; la segunda, es su configuración como un sistema matrimonial polígamo⁷⁸.

En la siguiente Ilustración (6) se muestra el árbol genealógico de una familia balzareña, donde podemos observar las distintas relaciones conyugales, paralelas y secuenciales, que mantienen o han mantenido sus miembros a lo largo del tiempo. Esta perspectiva diacrónica de las relaciones conyugales-familiares pone de relieve las distintas estrategias que permiten a los individuos hacer o deshacer los lazos conyugales -y familiares-, y que conducen hacia la sucesión y/o convivencia de distintas estructuras vinculares, donde encontramos uniones polígamas y monógamas, tanto formales como informales.

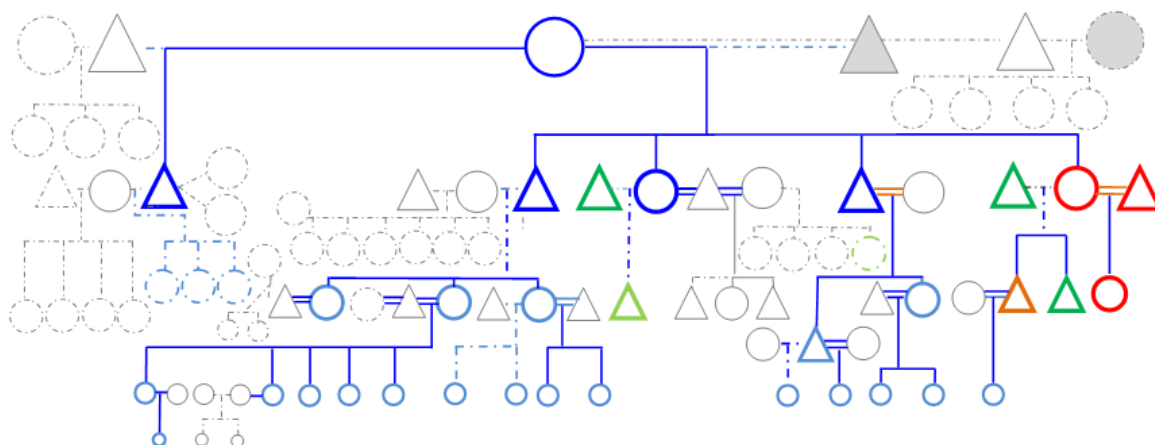
Respecto al primer asunto, el predominio de la unión de hecho, al contrario de lo que parece estar sucediendo en otras partes del país -como la Región Sierra- donde la aparición de esta forma de nupcialidad es más reciente⁷⁹, en nuestro contexto de estudio se trata de la fórmula tradicional de matrimonio, un reflejo de esa informalidad y privacidad característica de las relaciones sociales (Álvarez, 2002; Sánchez-Parga, 2002).

⁷⁷ Como ya hemos mencionado, se trata de un rasgo extendido en la Región Costa, como lo atestiguan su predominancia tanto en las comunidades indígenas del litoral como en las comunidades afrodescendientes de Esmeraldas. Sobre el primer asunto, Álvarez cuenta: "presentamos una primera contrastación entre las formas prevalecientes de asociación matrimonial en el área de la costa marítima y el área ribereña (Álvarez, 1989:76-79). De ello extraíamos que en ambas zonas predominaba lo que el Estado tipifica como "unión libre". Esta unión, a veces poligínica, denominada popularmente "compromiso" (Álvarez, 2002:149). En la región de Esmeraldas, Chávez y García (2004) se expresan en un sentido similar: "Las uniones de pareja son en su mayoría de hecho, no solo porque no existe una oficina de registro cercana, o no asiste con frecuencia un cura que los case, sino porque mantienen la convicción de que solo se casan formalmente cuando han vivido mucho y han adquirido mucha experiencia en la vida" (Chávez y García, 2004:128).

⁷⁸ En relación a este asunto, conviene recordar con González et al. (2000:37) como: "las sociedades que llamamos «polígamas» son aquellas que aceptan la poligamia como una forma legal de matrimonio y que incluso consideran el matrimonio polígamo como el matrimonio ideal, pero estadísticamente puede haber en ellas mayor número de uniones monógamas que de uniones polígamas".

⁷⁹ Un artículo de prensa señalaba este hecho con el siguiente titular: "La unión libre está de moda" (Publicado en diario Hoy, Ecuador, el 13 de septiembre de 2011. Disponible en: <http://www.eldiario.ec/noticias-manabi-ecuador/204440-la-union-libre-esta-de-moda/>).

Ilustración 6. Relaciones conyugales-familiares en Balzar: una perspectiva diacrónica



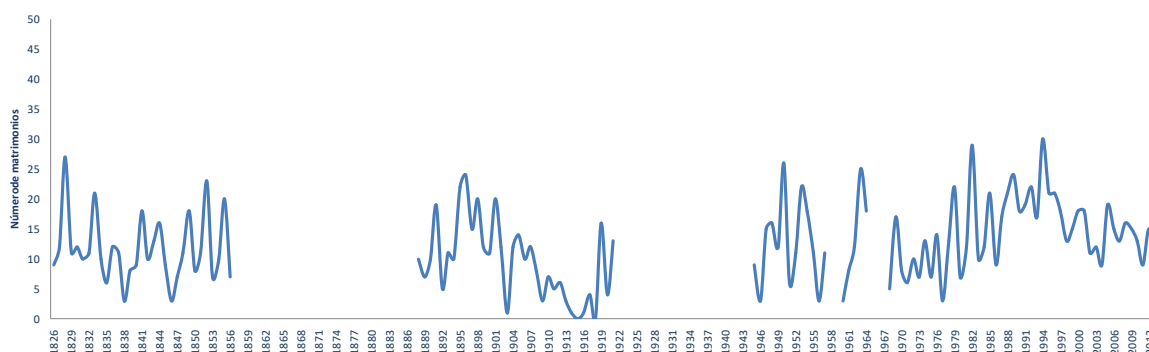
○	Mujer	—	Relación directa (azul)
△	Hombre	—	Relación indirecta (gris)
○△	Migrantes -o en proceso de migración	==	Compromisos/uniones de hecho activas
○△	Retornados	==	Matrimonio civil/religioso
○△	Migrante circular	- - -	Compromisos inactivos
○△	Fallecido/a		Descendientes de compromisos activos
○△	Falta información (trazo discontinuo)	!	Descendientes de compromisos inactivos

Con la intención de situar este y otros aspectos del sistema nupcial local en una perspectiva cronológica más amplia, se analizaron los registros matrimoniales de la Parroquia de San Jacinto de Balzar, constatando una incidencia muy baja del matrimonio religioso entre 1827 y 2013. Según queda reflejado en la información disponible⁸⁰ en los registros, el número de matrimonios se ha mantenido estable durante los cerca de doscientos años que cubre ese periodo, con un promedio de 12 matrimonios anuales, si bien aparecen grandes oscilaciones dentro del rango que va desde un valor máximo de 30 matrimonios celebrados en 1982 hasta la ausencia de matrimonios en los años 1915 y 1918

⁸⁰ Se han tomado en consideración los registros sobre matrimonios celebrados en la Iglesia parroquial de San Jacinto pero se han excluido los matrimonios múltiples celebrados en las Haciendas que comienzan a aparecer a partir de 1919. Estos matrimonios, según explicó el párroco, eran -y son- salvados de gran parte de las formalidades requeridas para la celebración del matrimonio cristiano y solían partir de la iniciativa y supervisión de algunos propietarios, y no tanto de la voluntad de los contrayentes. Además, los registros se encuentran incompletos pues tanto páginas como un par de libros completos fueron sustraídos y que comprendían los siguientes intervalos: 1922-1944, 1857-1887, 1958-1959 y 1965-1967.

(Gráfico 11). Unos datos que resultan muchos más significativos a tenor del acelerado crecimiento poblacional experimentado por la localidad desde fines del siglo XIX.

Gráfico 11. Matrimonios registrados en la Parroquia de San Jacinto entre 1826 y 2013



De igual modo, pude saber tanto a través del párroco local como a través de una informante, descendiente de una familia de notables⁸¹, sobre la práctica de conceder dispensas para celebrar algunas de estas uniones debido a lo común de la endogamia tanto en el interior de las plantaciones, resultado del relativo aislamiento de las familias (Álvarez, 2002), como entre las familias más influyentes⁸²-notables-, lo que parece indicar la presencia de estrategias de reproducción de clase.

Estos datos revelaron el escaso predicamento de la unión religiosa⁸³ que, por otro lado, fue la única opción de legalización hasta la aprobación de la Ley del Matrimonio Civil (1902) durante el periodo liberal. Con todo, el matrimonio civil tampoco parece haber penetrado en el sistema matrimonial en esta localidad. Al contrario de lo sucedido, como se

⁸¹ Aquí se incluye una variado grupo de población blanca de ascendencia española e italiana, principalmente, población asiática, así como población mestiza, asociados a la propiedad de las casas comerciales, haciendas o fincas urbanas.

⁸² Esta estrategia parece haber tenido una mayor incidencia en la zona del litoral donde la conservación de la propiedad comunal permitió preservar la estructura de clase de la sociedad indígena: "Una familia "rica" consideraba, y cuidaba al máximo su potencial patrimonio de alianzas. Así, las mujeres eran permanentemente custodiadas y controladas, hasta la entrega conyugal. Esto se flexibilizaba, aunque no mucho, en la medida que los patrimonios económicos eran menos significativos [...] la capacidad económica y social e la familia, y la necesidad de orientar la alianza. (Álvarez, 2002:155). "Aunque está prohibido casarse entre primos y/o sobrinos-tíos, esta estrategia se impone en algunos casos, para salvar los intereses de clase" (Álvarez, 2002:170).

⁸³ Esto también se extiende a los bautizos y otros ritos de consagración religiosa, prueba de lo cual era la insistencia del párroco durante una homilía. "El día domingo, en la misa de las nueve de la mañana, será la misa de la consagración y la bendición de las madres embarazadas. Si usted tiene una amiga, si usted es una madre, que está esperando a su hijo, está invitada el sábado o el día domingo en la misa de las nueve de la mañana tendremos la consagración. Asimismo, a las madres que tengan niños recién nacidos, que estén dando [de lactar], o niños pequeños, tendremos la bendición para usted el día sábado o el día domingo a las nueve de la mañana" (Balzar, 15 de septiembre de 2013).

ha mencionado, en las comunas litorales tras la reestructuración de la propiedad. Allí se produjo un aumento del registro civil de las uniones y una mayor intervención de la familia en la orientación de los compromisos que indican la aparición de estrategias de reproducción del capital (Álvarez, 2002).

En cualquier caso, podemos definir el “compromiso” como una unión de hecho, socialmente legitimada, fundada sobre la libre elección de los cónyuges y que, por tanto, da inicio a un vínculo de carácter estrictamente privado.

Una vez se profundiza en las percepciones que nos permiten analizar la integración del compromiso en las vidas y las interpretaciones de esta institución, sobresale la importancia que los actores le conceden a la libertad, lo que nos permite destacar su relevante papel simbólico y psicológico. Sin embargo, esta libertad no solamente enfrenta restricciones prácticas sino que, además, en el caso de las mujeres se ve sometida a un fuerte desequilibrio, pues sus voluntades y necesidades se ven subordinadas a través de diversas estrategias de dominación donde se encuentran la inmovilidad relativa o la dependencia material, que pueden verse acompañadas de otras formas de violencia física, estructural y simbólica.

No obstante, a pesar de las enormes desigualdades y violencias que encierra el sistema de compromiso, el orden simbólico logra ocultar estos desequilibrios revistiéndolos con significados eufemísticos y racionalizaciones. Esto permite a las mujeres encontrar argumentos para explicar esta situación que aluden a la defensa de su libertad de decisión⁸⁴, pues la legalización del matrimonio es interpretado como una renuncia a este derecho, desplazando la atención, por ejemplo, de las desigualdades respecto a las obligaciones de la crianza.

⁸⁴ Una interpretación similar a la ofrecida por Sánchez-Parga (2002:85): "la “unión libre” no solo se encuentra profundamente arraigada en la cultura costeña, sino que además goza de una particular valoración ideológica entre las mismas mujeres, para las cuales el matrimonio representa una relación que además de mantenerla en una desventajosa dependencia respecto del marido, supone una permanente inseguridad y alto riesgo de abandono, condición esta que la mujer vive de manera humillante. En la “unión libre” la mujer goza de una relativa (simbólica o imaginaria) condición de libertad respecto de su compañero, que no tendría en su condición de casada. Pero más importante todavía es que la “unión libre” le proporciona la posibilidad de entablar nuevas y sucesivas relaciones libres con nuevos compañeros, capitalizando nuevos “compromisos” y “obligaciones” por parte de ellos, lo que no parece proporcionar la condición de esposa abandonada o divorciada"

Fueron muy significativos, en este sentido, los relatos de dos mujeres de distinta edad y extracción social. El argumento de una de ellas, más joven y de extracción social media-alta, relacionaba el matrimonio de derecho con la pérdida de identidad y el olvido de su ascendencia, pues esto suponía convertirse en "señora de". Para la otra informante, de mayor edad y extracción media-baja, el matrimonio era percibido como una forma de renuncia a la capacidad que tiene la mujer para romper el compromiso. Ya que, según sus interpretaciones, la libertad -única- de la esposa descansaba sobre la decisión de establecer o terminar el compromiso. Así, entendía que el vínculo matrimonial de derecho era perpetuo e inquebrantable, lo que dejaba a la mujer sometida a una voluntad de disposición absoluta por parte del esposo. La informante entiende que el matrimonio supone una cesión de la mujer al hombre, ya que el vínculo formal se interpreta como irreversible, por tanto, no ve en esto ningún beneficio para la mujer pues, a su criterio, el matrimonio no resuelve los problemas que se pueden dar en el compromiso:

“Y a mí no me ha gustado nunca el casamiento [...] porque el casado, coge y se casa con una chica, y ya después con el tiempo, si ella coge y es celosa, usted la deja, o ella lo deja. Y si no, no se comprenden a la misma vez. Usted, porque es casada, si se vaya su mujer, usted tiene derecho de bajarla. Aquí si es así. No sé en otros países. Pero aquí si es así. Y le pegan por gusto. Y lo mismo si es casada, como si no eres casada; comprendiéndose, uno pasa bien. Pero no comprende; la pelea, los disgustos, los golpes, todo. Casados lo mismo [...] Por eso muchos dice, si casados demuestran lo mismo que han sido, ¿para qué se casan? Si le voy a dar golpes a mi mujer por el celo”. (Clara-IE05)

Cuando profundizamos en el contenido del compromiso, van apareciendo toda una serie de violencias materiales y simbólicas que debilitan la posición femenina a través de diversas estrategias orientadas a incrementar su subordinación y vulnerabilidad por medio de la dependencia material, la fragilidad del vínculo conyugal y la segregación sexual del trabajo. Esto permite que las capacidades reproductivas y sexuales de las mujeres sean controladas y explotadas dentro de la relación conyugal.

Por ello, es importante analizar el régimen de obligaciones y derechos sexuales, reproductivos y productivos que el enlace impone a hombres y mujeres.

En relación con la sexualidad, el compromiso establece un régimen de acceso sexual exclusivo para el esposo, como se corresponde con la monandria, prohibiendo la sexualidad extraconyugal de la esposa, que es controlada mediante diversos mecanismos,

tales como los celos sexuales -que tratan de garantizar la fidelidad de la esposa y propician su confinamiento doméstico- y otras vigilancias sociales y familiares orientadas hacia este mismo propósito. En todo caso, esto no impide que la sexualidad femenina sea ampliamente tolerada en relaciones sexuales conyugales, pre-conyugales -la virginidad no es preceptiva-, e, incluso, extra-conyugales. Asimismo, las mujeres también pueden establecer compromisos secuenciales.

Por su parte, el esposo goza de un régimen amplio de disposición sexual dentro del hogar, que parece haber caracterizado la cultura montubia y costeña (Sánchez-Parga, 2002), permitiéndole disfrutar de un derecho de acceso sexual a la esposa, pero, de modo tradicional, también al resto de mujeres del hogar, donde se incluyen hijas⁸⁵ propias y, también, las hijas adoptadas a través de enlaces secuenciales de unión -denominadas "atenadas". Sobre este asunto nos explica Sánchez-Parga (2002:88):

La presencia de progenitores y padrastros en la familia hace que la figura del incesto pueda atribuirse tanto a unos como a otros. Con el agravante de que en no pocos casos dicho incesto entre progenitor o padrastro y su hija cuenta con la complicidad más o menos tácita de la madre, que la entrega o abandona sexualmente al padre, ya sea resignada o interesada, pero con la finalidad de seguir manteniendo a su compañero en la casa [...] encuestas realizadas se calcula que una de cada cuatro niñas menores de 12-14 años en las áreas costeñas, han sido violadas por el padre, y dos de cada cinco después de los 14 años. Hasta el punto que es opinión generalizada en las áreas rurales que el incesto representa una suerte de derecho paterno y de rito obligado e inicial de las hijas.

Esta situación parece corresponderse con la información que ofrece el sitio web oficial del Comité del Pueblo Montubio -auspiciado por el gobierno- donde el incesto, más allá de ser tolerado, es presentado como un rasgo de identidad étnica: "Aun cuando no perverso, el montubio es sexual, no concibe el mito de la virginidad, para él no es tabú el incesto" (www.codepmoc.gob.ec).

En distintas conversaciones con varios informantes pude apreciar cómo la atracción sexual hacia las atenadas se encuentra profundamente arraigada en el imaginario

⁸⁵ Sánchez-Parga encuentra una correlación entre la unión de hecho y la extensión de las relaciones sexuales intrafamiliares: "Sin aventurarnos a establecer una relación demasiado estrecha entre "uniones libres" y el incesto, ya que esta problemática trasciende aquel fenómeno y rebasa incluso sus consideraciones socio regionales, hay datos suficientes para considerar que la frecuencia del incesto, por no decir su y sus áreas rurales, se encuentra muy determinado por la situación familiar que configuran la "uniones libres"" (2002:87).

masculino. Los hombres con los que conversé compartieron confidencias sobre encuentros sexuales con la hija de alguna pareja, dónde se ensalzaba el placer de la juventud⁸⁶ al tiempo que se expresaban temores hacia la situación legal actual, más restrictiva respecto a este tipo de situaciones, por lo que, explicaban, era necesario extremar las cautelas.

Esta situación de encuentro entre padrastro y ahijada puede llegar a ser bastante común, debido a la frecuencia del abandono del progenitor y de los matrimonios consecutivos, jugando un importante papel en la configuración de las relaciones de dominación dentro de la familia. Esto apareció durante una entrevista con una informante, que tenía tres hijos menores con su actual esposo y otros hijos de compromisos anteriores ya emancipados. Esta mujer confesó la recurrencia de la violencia emocional y material, a veces física, del esposo. También conocía la existencia de los otros compromisos que había mantenido su esposo -en la actualidad solamente tenía otro compromiso paralelo. Al explicar esta situación, la informante expresó cómo su deseo de terminar con el compromiso chocaba con las dificultades para obtener algún ingreso de forma autónoma o establecer una nueva relación pues, además de la dificultad de encontrar alguien que quisiera responsabilizarse de sus hijos, debía valorar el riesgo de situar a su hija adolescente bajo el mismo techo que un hombre. Esto nos permite constatar el importante valor estratégico de estos factores -acceso sexual y dependencia material- en las negociaciones conyugales familiares, ya que actúan como elementos coactivos en las decisiones de la madre-esposa pues ante los potenciales riesgos que traería un nuevo enlace valora el desarrollo de estrategias de aguante.

El esposo puede, además, disfrutar de la sexualidad tanto fuera del matrimonio como en distintos compromisos polígamos. En definitiva, la sexualidad masculina es ampliamente tolerada dentro de los compromisos paralelos y/o secuenciales, que se pueden compaginar con un variado repertorio de relaciones sexuales extramatrimoniales, ya sea

⁸⁶ Esta atracción se puede hacer extensiva hacia las mujeres menores, y, en el caso de las mujeres más jóvenes parece existir una estimulación por el deseo hacia los hombres de mayor edad. En uno y otro caso es posible intuir como las condiciones e imaginarios sociales pueden intervenir en la orientación del deseo sexual a través de los aprendizajes y experiencias de los individuos, lugar donde se entremezclan la excitación del deseo de dominar -libido dominandi- y el deseo de dominador -libido dominantis- y el deseo de ser dominado a través de las experiencias de socialización en un contexto en el que se entremezclan la excitación de la sexualidad temprana, la jerarquía, el control, el poder, etcétera, para estimular el deseo/fantasía gerontófilo en las mujeres -alfamegamia- y el deseo/fantasía pedófilo en los hombres (Bourdieu, 2000).

por medio de aventuras amorosas, encuentros casuales –lances-, y, de modo habitual, a través de la prostitución.

Estas diferencias entre mujeres y hombres también están presentes durante el establecimiento y la interrupción del compromiso. La fundación del vínculo no está sujeta a ninguna forma de notificación pública o ritualización, de forma que el comienzo de la "convivencia" suele marcar el comienzo de la reserva sexual de la esposa y de las obligaciones materiales del esposo. Según Sánchez-Parga, la consolidación del vínculo -al menos en los compromisos tempranos- quedaría supeditada al nacimiento de un hijo:

Las “uniones libres” en las provincias de la Costa y muy particularmente en las áreas rurales no son tan libres como pudieran parecer, puesto que se encuentran condicionadas al nacimiento de un/a hijo/a. De hecho una unión marital nunca genera un “compromiso” si de ella no hace un hijo. (2002:80)

Sin embargo, el vínculo que se establece, como hemos repetido en varias ocasiones, es extremadamente sensible a una multiplicidad de factores que lo asemejan al matrimonio de prueba.

Además, el compromiso queda libre de restricciones en lo que se refiere a la selección del cónyuge, como muestran las fuertes diferencias generacionales entre los cónyuges, indicando una forma de exogamia mínima que tan solo impide el matrimonio⁸⁷ entre parientes primarios, lo que refuerza la autonomía individual y amplía el mercado matrimonial.

A pesar de esto, parece lógico pensar que las familias intenten orientar -o retrasar- la elección del cónyuge con la finalidad de lograr la reproducción social de clase o propiciar la reproducción social ascendente de los hijos en la medida de sus posibilidades. En este sentido podemos entender la decisión de una informante, quién expresaba su deseo de mantener a su hija en el único colegio privado femenino de la ciudad, administrado por una orden religiosa junto a la Iglesia de San Jacinto, como estrategia para evitar el riesgo de una relación y/o un embarazo temprano que impidiese a su hija progresar con sus estudios. En un sentido similar se expresaba, durante una conversación en grupo, uno de los hombres más acaudalados de la ciudad respecto a la intención de orientar la selección de

⁸⁷ Si bien no la sexualidad entre primarios, como defiende COPEDEMOC y Sánchez-Parga (2002) identifica con una práctica extendida en la región costera.

marido para su hija dentro de su misma clase social. En este caso, la estrategia se sustentaba en la autoridad de este hombre y el poder que tenía para desalentar a aquellos candidatos que no se ajustasen a su criterio. Cuando el hombre se marchó, otro de los presentes me sorprendió declarando, con algo de sigilo: *"mi hijo se ha culeado a esa man"*, lo que parecía confirmar el miedo que despertaba contravenir la advertencia de este.

Estos ejemplos pueden ayudarnos a comprender cómo la orientación en la selección depende, en todo caso, de la capacidad y los medios de que dispone la familia y el modo en que estos son capaces de sortear los mecanismos y las prácticas sociales que inclinan la cuestión hacia la "autonomía" de la elección.

No obstante, es preciso matizar la cuestión de la autonomía pues, al analizarla desde una perspectiva de género, observamos ciertos desequilibrios en el "margen medio efectivo de elección" del cónyuge (Fox, 2004) entre hombres y mujeres, como consecuencia de la segregación de las tareas y los espacios. Además, las restricciones al acceso femenino a la esfera productiva hacen que el matrimonio sea la principal estrategia de acceso a los recursos materiales para las mujeres.

Es evidente la existencia de otras estrategias productivas en el medio social tanto directas como indirectas -a través de la familia de ascendencia. Así, entre las informantes encontré diversas estrategias de relación con el mercado emprendidas por algunas jefas de hogar en labores de costura y otras dos mujeres que trabajaron en Guayaquil mientras sus familias -las abuelas- se encargaban del cuidado de los hijos. De igual modo, pude hablar con otras dos mujeres -una casada- que obtenían recursos de la venta de ropa por catálogo. En el ámbito comercial o el educativo también encontramos espacios feminizados en los que es fácil el acceso para las mujeres. Pero, es preciso recordar, como indicaba la información censal presentada en el capítulo anterior, como, de un lado, una parte importante de empleo femenino está ligado a la empresa familiar, de otro, un 79% de las mujeres no disponía de empleo -frente a un 49% de los hombres- y, de estas, un tercio estuvieron empleadas menos de 10 horas y el 42.5% menos de veinte horas (INEC-Censo 2010).

A esto también debemos añadir nuevas posibilidades estratégicas que se han abierto gracias a la intervención social del Estado. Este es el caso de una informante cuyo hogar, integrado por ella, cuatro de sus hijos más jóvenes, su nieto -madre menor de edad- y dos personas mayores con las cuales tenía un vínculo no sanguíneo. La hija mayor, de 19 años,

había comenzado a trabajar recientemente y era la única empleada de la familia. Ésta contribuía al presupuesto familiar, cuya principal fuente de ingreso era el bono social que recibía ella con sus hijos, y cada una de las personas mayores que tenía a su cargo.

Estas dificultades para desarrollar estrategias productivas por parte de las mujeres adquieren un valor distinto al tener en cuenta que las obligaciones materiales del progenitor hacia los hijos son frágiles, lo que convierte a la madre en principal responsable del sostenimiento del hogar. Esto sirve para reforzar la dependencia del núcleo madre-hijos respecto del padre-esposo independiente, de tal forma que la supervivencia del hogar matrifocal se articula, bien alrededor de estrategias de aguante, bien buscando el apoyo del núcleo matrifocal de ascendencia, o mediante algún mecanismo de inserción productiva. Esto último, en ocasiones, puede requerir el apoyo de la madre-abuela u otro familiar femenino en la organización logística del cuidado. Este tipo de situaciones también están presentes en la comunidad negra de Telembín (Provincia de Esmeraldas), de acuerdo con la descripción que realizan Chávez y García (2004:132):

En caso de separación, la mujer se queda con los hijos y por lo general regresa a la casa de sus padres, que en muchos casos es la casa de su madre [...] Las mujeres jóvenes que se quedan con hijos se ven abocadas a buscar recursos económicos para sostener a sus hijos y una de las primeras opciones que tienen es migrar a la ciudad dejando a los hijos a cargo de su madre [...] Esta posibilidad de arreglo parece ser la que facilita la liberación de responsabilidad del padre, dejando a los padres de la chica, más concretamente a la madre (abuela), y a los respectivos padrinos de cada uno de los hijos al cuidado frente del mantenimiento y la conducción material y psicológica de los niños.

Igualmente, tanto la facilidad de la separación como la poligamia contribuyen a estimular ese contexto de competencia entre los hogares. A este respecto, resulta curioso como la ideología patriarcal logra distraer la atención de las condiciones de desigualdad -y explotación- inherentes en ambas situaciones, recurriendo a explicaciones que se apoyan en una definición negativa de la feminidad como agente causal del abandono. Además de ocultar los desequilibrios de género, estos significados estimulan los prejuicios hacia la mujer, pues son responsables del agravamiento de los términos de su explotación y confinamiento, como nos ilustra la siguiente sentencia de una informante: *“Tú no sabes cómo es aquí, la vecina viene y se te lleva a tu marido. Tu comadre viene y se te lleva al marido”* (Olga-MR63).

Estas operaciones de la ideología vienen acompañadas de diversas estrategias de producción de significados positivos sobre el compromiso, ya sea reconociéndolo como un medio para alcanzar la madurez social del individuo o promoviendo la valoración positiva de la maternidad/paternidad como medio vincular (Sánchez-Parga, 2002; Trujillo, 2013). Con ello la ideología consigue estimular esos embarazos y compromisos precoces que suelen traer consigo la reproducción temprana de las relaciones de dependencia⁸⁸, como podemos observar en la interpretación de Sánchez-Parga (2002:85):

La “unión libre” significa para la joven mujer o niña la única ocasión y estrategia de independizarse de su familia, y en tal sentido comporta un estado de autonomía y de “mayoría de edad”, casi ritual de pasaje, que de otra manera nunca lograría.

Estos elementos surgieron durante una entrevista con una mujer de 18 años que había sido madre recientemente. Para ilustrar estos aspectos se han extraído los siguientes fragmentos donde aparecen tanto referencias a la fragilidad del vínculo entre el progenitor y la madre-hijos - *"Pues los chicos van de paso"*, como ese componente de valoración positiva de la maternidad precoz⁸⁹ - *"a mí me hacía ilusión"*- y su interpretación como medio de emancipación social- *"Que piensan que van a estar bien, mejor que cuando están solteras"*- todo lo cual estimula esa reproducción temprana de las relaciones de dominación que quedan disimuladas bajo estos significados (Trujillo, 2013), como podemos apreciar en este relato:

"[Los chicos] andan en la calle, tomando. Bueno no todos piensan igual, pero, en general, si hay algunos que si estudian. Aprovechan, se van a estudiar a otras partes" [...] "porque ya casi creo que todas las chicas de mi edad están así...embarazadas. Ya uno, ni se admira ya [...] Pues los chicos van de paso [...] Es muy normal las relaciones en niñas...y están embarazadas [...] Yo creo que las chicas jóvenes [...] Que piensan que van a estar bien, mejor que cuando están solteras, yo creo que hay que estar preparado para ser mamá, ser consciente estar, consciente, porque no es lo mismo [...] y cuando estás solo sales, te

⁸⁸ Cabe mencionar a este respecto, una serie de peligros asociados a la maternidad adolescente que Trujillo presenta en su trabajo sobre este hecho en el Ecuador, como nos explica: "La adolescente con embarazo precoz se caracteriza por estar vinculada a riesgos adolescentes personales y sociales como son: hijos no deseados y abortos, abandono o adopción de sus hijos en gestación, madres solteras, matrimonios forzados, deserción escolar, y desempleo" (2013:107).

⁸⁹ Siguiendo a Trujillo, podemos entender embarazo precoz como aquel " que ocurre dentro de los dos años de edad ginecológica, entendiéndose por tal al tiempo transcurrido desde la “menarquía”, y/o cuando la adolescente es aún dependiente de su núcleo familiar de origen" (Trujillo, 2013:108).

diviertes ¡Y ya pasó! Muy joven tuve. Bueno [...] A mí me hacía ilusión [...] Como es la vida de una madre, es difícil. Tienes la doble responsabilidad que no tenías... cuando tú estás soltero, tú sales y solo le pides permiso a tus padres. Cuando estás casada tienes que pedir permiso a tu pareja, tienes que mirar por la casa. Y antes, de joven, tú vienes y es tú madre que tiene que tener todo limpio. Y ahora no, ahora es uno que tienes que tener todo limpio. Y bueno, así, en casa. Y todos los días lo mismo, la misma rutina [...]". (Fernanda-IE20)

Asimismo, como ya mencionamos, la fragilidad del vínculo del padre-esposo y la dependencia del núcleo madre-hijos puede conducir hacia escenarios en los cuales se exacerban las condiciones de explotación pues a medida que su situación de dependencia progresa se va estrechando el cerco sobre su capacidad de elección/negociación en el establecimiento de compromisos posteriores.

Un resultado que se evidencia en el siguiente relato, donde una mujer de 39 años, madre de cinco hijos, muestra el modo en que las obligaciones maternas y las necesidades económicas participan, de un lado, en la contracción de los márgenes de negociación y, del otro, presionan para que se eleven los niveles de tolerancia respecto a las características del esposo o los términos del nuevo matrimonio. Lo hace explicando las circunstancias que la llevaron a aceptar un compromiso con un hombre al que tiempo atrás había rechazado debido a la fuerte diferencia generacional y, también, a que él mantenía otros compromisos paralelos:

“Yo conocí a un viejito...o sea, no era viejito, sino ya mayor. Era una persona mayor. Yo tenía, si mi hijo nació...veintiún, veintidós años. Yo conocí a este señor, este señor se enamoró de mí. Pero así, a lo loco este señor. Él había sido casado porque la esposa de él es de...de Panamá. Él es quiteño. Él era casado y vivía más de treinta años con otra señora. Pero yo no le paraba bola porque andaba con este chico que me sacaba cinco años, pero era caso mi edad. Y yo no le paraba bola. Este señor, pasó ya todo el tiempo [...] Cuando yo lo conocí, él me quiso regalar una casa [...] pero yo no le acepté. Él tenía porque él era, como ahora les llaman...él era traficante de tierras [...] Entonces él me quiso regalar una casa pero yo no lo acepté, porque...ya pues tú imagínate, él tenía su señora, esa otra señora ¿yo qué sería? ¿tres? Entonces yo no le paré bola. Entonces yo lo regresé a encontrar hace otros años atrás [...] Entonces ya estaba nacido este niño [su quinto hijo] Entonces justo, te digo así sinceramente, creo que la necesidad de un trabajo [...] que no teníamos casa propia, sino arriendo. Entonces me obligó, casi a buscarle [...] Entonces me dijo que bueno [...] nos alquiló el departamento. Pero, entonces, empezó ahí como marido, ya. Empezó ahí a hacer como marido, se venía a hacer mercado con nosotros. Bueno, yo no le decía nada

porque...total...prácticamente, estaba en una ocasión que no teníamos. Entonces le acepté”.
(Paula-IE04)

Estos condicionantes que restringen la autonomía del núcleo madre-hijos, también aparecen durante la interrupción del compromiso, ya que, siendo la mujer responsable material de los hijos, está obligada a encontrar una solución al problema de la subsistencia del hogar antes de terminar el vínculo conyugal indeseado, como también sucedía en Telembín. Así, al terminar la relación, la mujer puede optar por convertirse en jefa de hogar cuando cuenta con los medios para su sostenimiento. Una elección a la que se adhirieron algunas mujeres separadas y viudas con las que pude conversar. En otros casos, se establece un nuevo "compromiso" con otro esposo-sostenedor.

Con todo, la selección de un nuevo cónyuge resulta compleja, en parte, debido a las proscipciones que los celos imponen sobre a la movilidad de la esposa pero, de forma más seria, por la consideración que requieren los peligros implícitos en la convivencia de las hijas e hijos con nuevo sostenedor. Tal y como vimos al abordar las relaciones de sexualidad que se desplegaban en el interior del hogar.

Esto contrasta con el amplio margen de acción que gozan los hombres en el escenario conyugal ya que, de un lado, la tolerancia hacia sus prácticas sexuales y su mayor movilidad les permite simultanear el compromiso con otras relaciones conyugales, sin necesidad de considerar la ruptura - *“El marido de Marta iba con otra mujer, tenía su compromiso con Marta, y con la madre de sus hijos, pero andaba con otra”* (Clara-IE05). De otro lado, el término de la relación conyugal, como hemos visto, supone el cese de sus obligaciones hacia la descendencia, lo cual le permite establecer nuevos compromisos libres de cargas materiales, sociales y emocionales. Como nos explica este informante cuando describe la relación de su ex-pareja con los padres de los cuatro hijos que esta mujer tuvo en relaciones anteriores:

"el maricón trabaja, tiene la concha. El cobra las utilidades y no les da nada a sus hijos. No les da plata, nada, nada, nada. Ese es el padre de dos. El otro está en Italia. No les da nada. Y el otro no se sabe dónde está". (Miguel-MR61)

Estas diferencias de género también aparecen al analizar las motivaciones que encuentran los cónyuges para cesar la unión⁹⁰. Así, al tratar este asunto con los hombres resulta más frecuente escuchar argumentos que señalan el carácter "relajoso" o "bravo" de la esposa -es decir, poco aguantadora-. Mientras que las mujeres es más común justificar esta decisión en el incumplimiento de las obligaciones materiales del esposo, donde suelen estar presentes otros abusos o engaños por parte del esposo -"Pero cuando nos separamos, nos separamos fue por ese detalle. Y es porque él ya tenía otras mujeres y no quería llevar comida a casa" (Julia-MR58).

En ambos casos, las motivaciones hacen referencia al incumplimiento de las obligaciones respectivas de los cónyuges, y que son resultado principal de la división sexual de los espacios y las tareas. De ahí que sea normal la referencia, cuando se trata del incumplimiento del esposo, a la tradicional responsabilidad masculina sobre el espacio productivo, que le permite obtener los medios con los que ha de garantizar la provisión del sustento y el techo familiar, como lo expresaba un informante: "*Porque mujer, si quiere marido, marido tiene que hacerle casa*" (César-IE01).

Con todo, el esposo goza de un amplio margen para la interpretación de sus deberes, contando con gran autonomía para disponer de los recursos con laxitud. De hecho, la maniobrabilidad y la desidia en la gestión de los ingresos forman parte de las prerrogativas masculinas que tiene un carácter expresivo que permite acentuar la subordinación del hogar respecto a los compromisos de la hombría. Esto se hace patente en la aceptación y tolerancia social hacia los ciertos dispendios obligados, e "inevitables", de la hombría - como "la chupa", "las mujeres" o los compromisos paralelos.

Aunque profundizaremos más adelante en el papel que juega el concepto de "inevitabilidad" en la configuración de la identidad masculina y la naturalización de sus violencias, cabe subrayar ahora como estas dejaciones del padre-esposo juegan un papel determinante en la hostilización de las relaciones conyugales. Éstas suelen ser una fuente habitual de disputas que, ocasionalmente, pueden desembocar en actos violentos de restitución por parte del esposo, cuando surgen reclamaciones y cuestionamientos por parte

⁹⁰ La facilidad con la que se rompen los compromisos también está presente en la comunidad de Telembín: "la mujer tomará la decisión de separarse, si antes el hombre no ha decidido romper el compromiso. Esto se hace sin importar el número y la situación en que queden los hijos" (Chávez y García, 2004:130)

de la madre-esposa, como explicaba una informante: *“En cambio aquí los costeños son ignorantes. Si la mujer le reclama para la comida de los hijos, le da puñetes”* (Paula-IE04).

En contraste, el compromiso deposita en la mujer la responsabilidad exclusiva sobre las tareas domésticas y el cuidado, que asume desde la posición subordinada que el sistema simbólico confiere a la feminidad y el hogar. La orientación doméstica de la identidad femenina convierte a la madre-esposa en el principal referente emocional de este sistema familiar caracterizado por la tradicional ausencia del padre, la fragilidad de los matrimonios y la irresponsabilidad masculina cuando se rompe el compromiso.

“En este tiempo...en estos años que yo he vivido, yo veo así: La mujer se jode trabajando, le ayuda al hombre, y entre más le ayuda al hombre, y peor está [...] y después no le dan nada [...]” (Clara-IE05)

Lo cual no significa que los padres balzareños no establezcan intensos vínculos afectivos con sus hijos, pues no es extraño observar muestras de cariño de los padres o el esfuerzo que dedican a establecer relaciones emocionalmente significativas con sus hijos. Sin embargo, no es menos cierto que esta vinculación afectiva contiene un matiz de discrecionalidad debido a la autonomía, la itinerancia y la ausencia que caracteriza la identidad masculina⁹¹, frente a la estabilidad y la presencia que convierten a la mujer en eje de la vida familiar (Álvarez, 2002; García, 2008).

Otra particularidad del sistema matrimonial balzareño es la presencia de matrimonios secuenciales y paralelos⁹², cuya institucionalización, como se ha mencionado, debe ser

⁹¹ Sobre esto, comenta Sánchez-Parga (2002:87): " La ausencia del padre supone la supeditación de las relaciones de paternidad por las del progenitor, y la débil presencia o regular ausencia de este en el hogar, su inestabilidad o temporalidad".

⁹² Como ya mencionamos, se trata de una característica del sistema familiar extendida por la región costera, tal y como nos muestra su presencia tanto en la Provincia de Esmeraldas donde Chávez y García (2004) hablan de "poligamias frecuentes", como en las comunidades indígenas que dominan el área de la Costa marítima, donde Álvarez (2002) constata el predominio de la unión de hecho que, explica, es "a veces poligínica". Un análisis que coincide con la descripción del sistema conyugal costeño realizada por Sánchez-Parga (2002:87): "Hay que tener en cuenta que en no pocas ocasiones el mismo progenitor mantiene dos o más "uniones libres" simultáneamente en hogares diferentes. Mientras que por parte del hombre varias uniones libres pueden mantenerse simultáneas, en el caso de la mujer solo sucesiva o secuencialmente se establecen las "uniones libres" con hombres diferentes. En ambos casos, y de acuerdo a estimaciones provisionales, las uniones libres tienden a estabilizarse con la edad de uno o de ambos miembros de la pareja".

situada dentro de los procesos sociales, políticos, económicos e ideológicos que se vivieron en los espacios de gran plantación.

La presencia de compromisos secuenciales es resultado de la concurrencia de una serie de elementos simbólicos y prácticos que favorecen el restablecimiento de los lazos conyugales. En cuanto a los primeros, la aceptación social de las segundas nupcias es un elemento esencial que se acompaña de la ausencia de ciertos preceptos conyugales, relativos a la virginidad, la homogamia etaria u otros, que tienden a idealizar determinado tipo de uniones/situaciones. A esto se añaden las fuertes dependencias materiales y sociales -que genera la configuración de las identidades de género- pero también las de tipo emocional, como se evidenciaba en el temor y la angustia con la que algunos de los informantes valoraban la soledad. En cuanto a los factores prácticos que estimulan los matrimonios secuenciales, destaca la necesidad de integrar socialmente la célula familiar para permitir su reproducción ante determinadas contingencias, como, por ejemplo, la mortalidad o el abandono.

De nuevo, observamos aquí notables diferencias en relación con las motivaciones y condiciones que configuran la poliandria secuencial y la poliginia secuencial. Así, mientras la primera aparece como estrategia de supervivencia del núcleo esposa-hijos⁹³ mediante la cual se reemplaza al padre-esposo bien porque este abandona el hogar, bien porque es expulsado al poner en peligro la seguridad material, física, sexual o emocional del hogar. Contribuyen a esta situación los desequilibrios que genera la dominación masculina y que, a su vez, se ratifican en este nuevo encuentro social, como son: la dependencia material de la esposa-hijos, la responsabilidad femenina sobre la descendencia y la irresponsabilidad del progenitor.

Por su parte, los hombres deben afrontar menos limitaciones en la celebración de compromisos consecutivos, pues cuando se produce la ruptura, como hemos mencionado, éste queda liberado de sus responsabilidades. Esta configuración tradicional de la irresponsabilidad masculina colisiona con las garantías que establece la actual legislación

⁹³ Como ya indicamos, existen otras opciones estratégicas como el acceso al mercado directo o el apoyo del grupo familiar (generalmente la madre), pero tratamos de enfatizar aquí como esas opciones se ven sujetas a diversas limitaciones que afectan de forma particular a las mujeres y que estas solo pueden ser explicadas desde su relación con las formas hegemónicas de relación/explotación de la feminidad de la madre-esposa.

sobre la pensión alimenticia de los hijos, como lo explicaba un informante en el trascurso de una conversación⁹⁴ sobre la posible separación de la mujer la hermana de su esposa:

"Y ahora, por la mala suerte. Porque ahorita la ley, si usted va esto..to...to...al tribunal el señor. Y ahorita no es que pagas tanto, no. Te ponen lo que tú tienes. Te hacen un balance. Y por desgracia te llegas a enfermar. Se llegó a enfermar, el negocio fue cayendo, fue cayendo. La mensualidad se venció. El hijo de puta, llego y lo meto preso ¿a dónde vas a parar?". (Mario-IE08)

Pero, lo cierto, es que los dos únicos casos de demanda de alimentos que pude conocer en Balzar durante el trabajo de campo fueron el de un hombre Guayaquileño, comprometido con una mujer balzareña, que según puede saber era periódicamente demandado y detenido por los recurrentes incumplimientos en el pago de la pensión. El otro caso afectaba a un hombre balzareño retornado que, según me explicó su padre, había sido detenido por incumplir el pago tras ser denunciado por su ex-pareja, una mujer española que residía en la Provincia de Cuenca.

Otro caso que nos puede ayudar a entender la influencia de los imaginarios que orientan la actitud de los actores hacia la responsabilidad del progenitor es el de una mujer retornada que se había responsabilizado en solitario del cuidado y manutención de su hija durante varios años. Durante la conversación me explicó como el padre, una persona influyente en la ciudad, había comenzado a hacerse cargo de la niña y le mantenía una pensión de alimentos. Pero, al explicarme la situación, puso especial énfasis en la voluntariedad del comportamiento del padre, subrayando que ella no había interpuesto demanda alguna que le obligase en este sentido. Esto coincidía con la actitud que habían mostrado otras jefas de hogar a las que les había preguntado sobre la participación del padre y la demanda de la manutención. En esos lo habitual había sido que descartasen con cierta estupefacción y desagrado la posibilidad de demandar al padre de sus hijos, lo que parecía evidenciar la presencia de límites morales a tal respecto.

Estos imaginarios aparecen incrustados en los esquemas de percepción y valoración de los individuos, velando la posibilidad de divisar escenarios alternativos al orden hegemónico. Sobre esta cuestión nos ilustra el siguiente fragmento, con el que Chávez y

⁹⁴ Para situar esta conversación dentro de su contexto de producción es preciso aclarar que este discurso tenía la finalidad de molestar e indisponer a otro de los participantes (esposo de su cuñada), advirtiéndole sobre los posibles perjuicios de una posible separación dentro del marco legal vigente.

García nos relatan su experiencia cuando abordaron el asunto de la irresponsabilidad paterna en el transcurso de un taller, lo que les hizo toparse con la perplejidad de los participantes ante tan curiosa propuesta, como nos explican:

Las separaciones se dan con relativa facilidad y en ellas, por lo general, no se pone como tema de discusión el sostenimiento y manutención de los hijos. Durante los talleres comunitarios preguntamos varias veces por qué no se reclamaba alimentos para los hijos y a nadie parecía habersele ocurrido, ni nadie veía viable el reclamo. (2004:131)

Esto da muestra del evidente contraste entre la situación del padre-esposo tras la ruptura, que renueva su libertad social y material liberado de las cargas reproductivas, con la situación de la madre-esposa, que ve reducida su autonomía a medida que acumula cargas familiares que la fuerzan a aceptar condiciones de sumisión más desfavorables. Al mismo tiempo, este factor también deviene en un importante mecanismo coactivo que el esposo puede emplear para negociar mayores ausencias o el reajuste en sus obligaciones, pudiendo ser utilizado para imponer nuevas condiciones de aguante a la esposa, cómo se aprecia de forma más clara en la aceptación de las mujeres de los compromisos paralelos de sus esposos.

De hecho, el análisis de los matrimonios polígamos nos presenta algunos elementos clave que nos ayudan a precisar el contenido de las estrategias de dominación de sexo-género presentes en el medio social. Este análisis pasa, primero, por realizar una descripción de esta forma de compromiso para, después, indagar en algunos de los aspectos formales que lo configuran y dan sentido al régimen de obligaciones que encierra.

En este sentido, podemos afirmar que en esta forma de poligamia, el compromiso paralelo, se evidencia la mencionada contradicción entre las expresiones conyugales reales -polígamas- y el modelo matrimonial ideal -monógamo- que orienta las prácticas y los discursos sobre la familia, generando un estado de convivencia conflictiva entre ambas formas. Esto es lo que determina que los compromisos en paralelo se establezcan, generalmente, mediante estrategias de engaño y que los hogares se configuren como

unidades residenciales separadas⁹⁵ -aisladas- que recrean el ideal monógamo, en torno a una figura materna -eje material y emocional de la vida familiar- y un esposo visitador⁹⁶.

Para comprender mejor el carácter de esta institución es necesario profundizar en la configuración de algunos de sus componentes. Por un lado, es fácil comprender cómo el establecimiento de nuevos compromisos polígamos mediante estrategias de engaño se ha visto facilitado por la configuración tradicional movilidad masculina, la dispersión espacial y el aislamiento de los hogares. De tal forma que, cuando se establece un compromiso en paralelo: la(s) esposa(s) suele(n) tener conocimiento sobre su establecimiento con posterioridad, su consentimiento supone la aceptación de un hecho ya consumado y, lo más habitual, según lo expresado por los informantes, es que las mujeres rechacen estos compromisos; como parece indicar el interés de los hombres por ocultarlo⁹⁷. Sin embargo, la ideología patriarcal dominante dispone de varios mecanismos que promueven la aceptación y la tolerancia de las esposas, a pesar de los costes que esto acarrea.

En este sentido, observamos como el establecimiento de un "compromiso paralelo" conlleva la imposición sobre la unidad esposa(s)/hijos de, al menos, dos costes principales. En el plano emocional, la presencia/ausencia de un padre-esposo visitador viene acompañada de un déficit en el cuidado/afecto, mientras que en el terreno material, como ilustra una informante en el relato que se ofrece a continuación, supone una merma en los recursos a disposición del hogar, afectando no solo a su subsistencia sino, también, a sus posibilidades de promoción social:

"Para más decirte que aquí la mayoría de los hombres tienen hasta tres mujeres. Todo hombre aquí tiene mujeres; dos, tres mujeres. El más pobre y el más que tenga [...] El que tiene dinero, tiene como mantener a las tres mujeres. Y el que no tiene, por ahí le `rajuña` a la una, a la otra, y así. Pero la cosa es querer [...] Por ejemplo, si antes compraba tres libras de carne, pues ahora compra una para dividirla con la una, con la otra, y así [...]".
(Paula-IE04)

⁹⁵ Como explica Hammond (1972), la separación residencial de las distintas unidades como núcleos estructurales y funcionales independientes sirve, además, para reducir los riesgos de conflicto entre las esposas.

⁹⁶ En este sentido, Álvarez (2002) habla describe la figura paterna está representada por el "esposo visitador" proveedor. Una figura que Fox definen del siguiente modo: "en este caso los niños tienen un padre conocido y la madre, cuando menos, tiene que cocinar para él" (2004:95).

⁹⁷ También debemos tomar en consideración el papel que pueda jugar en esto la valoración social del engaño, que es interpretada como un signo de astucia.

Otro asunto que señala el fragmento anterior es que la poligamia no resulta privativa de ninguna clase social - *"El más pobre y el más que tenga"*-, como parecían constatar algunos de los casos sobre los que tuve conocimiento durante el trabajo de campo, pues estas prácticas parecen ser transversales y no estar adscritas a una clase social determinada.

En este sentido, es fácil comprender como la dependencia material de mujer-hijos se convierte en un importante elemento coactivo para suscitar la aceptación de la esposa cuando está en juego la subsistencia de la unidad familiar. Pero no solo se trata de la subsistencia material sino también de su propia existencia, pues la salida del padre-esposo del hogar supone, habitualmente, el cese de todos sus vínculos con el hogar. De modo que, aun cuando los compromisos paralelos son públicamente condenados por las esposas, éstas suelen soportarlos privadamente siempre que el marido observe sus obligaciones materiales⁹⁸ (Álvarez, 2002).

Igualmente, es preciso destacar algunos de los efectos que la poligamia produce en el plano simbólico, y que ayudan a reforzar el contexto de explotación femenina, pues estimula la aparición de significados relacionados con la competencia sexual, el control de la sexualidad femenina y el dimorfismo de género en la construcción de los modelos de identidad.

De un lado, ya hemos indicado anteriormente como la reserva masculina de los medios materiales y la fragilidad de sus vínculos conyugales/familiares, pueden obligar a las mujeres a desarrollar distintas estrategias de vinculación sexual para procurar el ingreso de recursos en el hogar.

Pero, a pesar de que este contexto de competencia sexual afecta tanto a mujeres como a hombres, observamos cómo estas prácticas tienen un rendimiento opuesto en función del

⁹⁸ Álvarez hace referencia a esta situación en las comunidades de la costa marítima: "Aunque las mujeres deberían sentirse molestas por esta situación, y muchas se sienten, y lo pasan muy mal, en términos generales, más que una resignación lo que hemos encontrado es una lógica de razonamiento que abiertamente contrasta con la preocupación. A diferencia de una conducta de "celos permanentes" y control obsesivo, que mantienen las mujeres de clase alta urbana, las del grupo rural asumen que los maridos pueden hacer lo que quieran, siempre y cuando cumplan con las obligaciones que tienen con su casa principal y con sus hijos. Todas las mujeres, cuyos maridos mantienen una relación paralela, en general conocen el hecho, y aunque públicamente lo reprochan, lo toleran, en virtud de que se respeten las obligaciones económicas y sociales con ellas contraídas: "yo no me preocupo mientras él traiga a la casa, los hombres lo único que tienen que ver con los hijos es que se suben, lo hacen, y nada más"" (2002:168).

género. Así, mientras la competencia sexual masculina es interpretada mediante significados relacionados con la conquista y el donjuniasmo que tienen un rendimiento simbólico positivo para el hombre, las interpretaciones adquieren un sentido negativo cuando se interpreta la competencia sexual femenina.

Así, mientras se advierte en los discursos una mayor tolerancia hacia la actitud más recreativa y lúdica de la sexualidad masculina, estos se vuelven más severos con la feminidad, ya sea cuando subyacen estrategias de vinculación sexual, por ser interpretada como manipulativa, como cuando se muestra recreativa y lúdica, pues es interpretada como lasciva. En cualquier caso, la ideología patriarcal crea significados que hacen a la feminidad responsable del contexto de competencia sexual ya sea por manipuladora o por lujuriosa.

Este asunto asomó durante una conversación con Paula, jefa de un hogar formado por cinco hijos de tres progenitores distintos, que no asumieron ninguna responsabilidad sobre aquellos. En principio, su explicación sobre los matrimonios polígamos parecía reconocer los desequilibrios de género derivados de la configuración social y simbólica de las relaciones matrimoniales. Sin embargo, su relato dio un giro inesperado cuando entró a valorar los motivos que causaban esta situación, pues consideraba que las mujeres eran las principales responsables. En posteriores entrevistas con otros actores fue posible constatar cómo se trataba de un discurso compartido en el medio social, lo que nos revela las aludidas estrategias de ocultación que opera la ideología patriarcal.

Así, aunque Paula era consciente de la situación de penuria a la que conducía la dispersión de los recursos entre los hogares poligínicos, entendía que este escenario colocaba a los hogares en posición de competencia, como se hacía ostensible en las riñas⁹⁹

⁹⁹ Como puede comprobar durante el desarrollo del trabajo de campo, estas disputas se producen, a veces, cuando tiene lugar el encuentro fortuito o, en otras ocasiones, son encuentros forzados por una de las esposas -generalmente la principal- o, simplemente una visita. Es interesante estas disputas o encuentros pueden ser interpretadas como un ritual de reconocimiento que les permite cumplir varias funciones de carácter práctico bajo esa apariencia conflictual. Así, aparte del deleite que parece causar entre los vecinos presenciar una de estas peleas, como se evidencia en el carácter jocoso de las conversaciones posteriores, es posible advertir en la disputa una forma de expresión, de hacer público el conocimiento de una situación en la que se entró mediante engaño. En un nivel simbólico y social, esto nos permitiría interpretar las riñas como una forma de reconocimiento de la situación que sirve para restituir la dignidad a la primera -anterior- esposa. Al mismo tiempo, la riña es una forma de reconocimiento entre las esposas en la que se exponen y consienten las obligaciones materiales del esposo hacia los distintos hogares. Algo que resulta más evidente cuando tiene lugar la visita, más pacífica, de la esposa del hogar recién incorporado a la red poligínica, para poner en conocimiento de

que tenían lugar cuando se producía un encuentro entre las esposas. Aun así, cuando le pregunté sobre las causas de estas disputas, de manera sorprendente, no dudó en señalar que éstas eran resultado del carácter lujurioso y promiscuo de las mujeres:

"Aquí hay bastante, ¿cómo se llama? Promiscu... promiscuidad. Ellas lo saben, de vez en cuando unas peleas en las calles, unas peleonas mujeres; por el marido. Se pelean altísimo..." [Le pregunto sobre el origen de la disputa: ¿se pelean por el marido o por la carne?] No! por el marido, aquí a las mujeres les gusta mucho el sexo". (Paula-IE04)

Unas disputas que, por otro lado, también están presentes en la comunidad de Telembín, donde se establecen compromisos en paralelo mediante engaño, como nos cuentan Chávez y García (2004:130): "el problema surge cuando el marido tiene o pretende tener otra mujer. La mujer "dueña del marido" le peleará al marido de manera pública y en cuanto tenga oportunidad, le peleará también a la mujer escogida".

Esto nos ayuda a entender cómo, a pesar de que la poliginia exagera las condiciones de explotación de las mujeres -o del núcleo madre-hijos-, al colocarlas en situación de competencia sexual¹⁰⁰ y reproductiva (González, San Román y Valdés, 2000), estas circunstancias son ocultadas por el sistema ideológico, mediante la configuración de una identidad femenina lasciva a la que se atribuye la causa de la competencia sexual. Esto, a su vez, acarrea consecuencias perniciosas sobre las posibilidades de acción de la mujer pues si la causa -el sistema de compromisos paralelos- conlleva un incremento de la violencia material y emocional que opera sobre la mujer-hijos, las justificaciones que la ideología patriarcal elabora para ocultar esas violencias conducen hacia un escenario de mayor subyugación, ya que estimula una percepción perversa de la feminidad que permite justificar el fortalecimiento de los controles y las violencias; es decir, mayor confinamiento.

la nueva esposa la situación y la necesidad de que el esposo mantenga sus obligaciones. Otro ejemplo de esto, algo más insólito, pero muy útil para ilustrar estos elementos prácticos de carácter simbólico, social y material nos lo ofrece la estrategia de reconocimiento de una mujer de clase media alta de la ciudad. Su esposo, que falleció pocos días después de mi llegada al campo, llegó a establecer y mantener siete hogares, en los que tuvo un elevado número de hijos. En este caso, la esposa expresó su conocimiento y aceptación de la situación, reconociendo las obligaciones del esposo, asumiendo la tarea de gestionar y preparar los suministros materiales que le correspondían a cada uno de los hogares, que luego eran distribuidos por el propio esposo.

¹⁰⁰ Como advierten González y San Román (2000), la competencia sexual es previsible en los sistemas polígamos.

De la misma forma, la poligamia refuerza el dimorfismo sexual con el que se construyen las configuraciones de género. Como explica Sanz (2002:277) desde el campo de la etología, "la poliginia aparece en especies que presentan un alto grado de dimorfismo sexual". En este caso observamos cómo la ideología es la encargada de elaborar los significados que justifiquen esta razón de intercambio tan desigual.

Para ello, el sistema simbólico moviliza significados que naturalizan y eternizan la hipertrofia de los atributos masculinos -sexualidad, sex-appeal, etc.- como principio justificador de este modelo relacional. Estos elementos aparecen con frecuencia en los discursos que utilizan los actores para interpretar la realidad, como se desprende de la explicación que ofrecía Olga, una mujer sola que emigró para separarse de su esposo, después de que este estableciese un compromiso paralelo: *"En cambio, aquí, los hombres también tienen doble...doble vida, a veces hasta tres, cuatro. Aquí, yo no sé qué tienen para conquistar a las mujeres facilito"* (Olga-MR63).

Esta experiencia aportaba consistencia a esa actitud de rechazo hacia la poligamia que se evidenciaba en su discurso. No obstante, según se adentraba en la búsqueda de las explicaciones que hacían comprensible la existencia de relaciones polígamas, aparecieron en su discurso argumentos que las justificaban como resultado de unos atributos naturales - *"no sé que tienen los hombres"*- que permitían a los hombres *"conquistar facilito"*, soterrando las fuertes dependencias -materiales, sociales y simbólicas- que fuerzan la tolerancia femenina hacia de la poligamia.

4. 2. RELACIONES Y REDES SOCIALES DESDE UNA PERSPECTIVA DE GÉNERO: HOMOSOCIALIDAD Y HETEROSOCIALIDAD EN EL ESPACIO SOCIAL BALZAREÑO

Las condiciones sociales que contextualizaron la formación del mundo rural costeño en el área de los ríos permitieron la cristalización de un nuevo orden moral que se cimentó sobre los principios económicos y jurídicos del modelo liberal utilitarista. De este modo, las relaciones sociales se constituyeron en torno a una concepción individualista de la sociedad, en la cual el sujeto es percibido como un ser autónomo y capacitado para perseguir sus intereses en la medida que sus posibilidades (Álvarez, 2002; Fauroux, 1988).

El orden social resultante quedó marcado por unas profundas desigualdades de poder, estatus y riqueza que son activadas a través de los vínculos sociales para facilitar la reproducción de la desigualdad. De este modo, la sublimación del interés personal da forma a un modelo de relaciones sociales guiadas por el interés egoísta y el engaño como

herramientas socialmente toleradas para la consecución de los objetivos. Esto hace que los intercambios sociales queden sometidos a la sospecha y la desconfianza, lo que conduce a la atomización social y el aislamiento de los sujetos.

No obstante, cuando nos aproximamos a los rasgos del régimen moral que preside las relaciones sociales en Balzar desde una perspectiva de género, observamos cómo sus principios se articulan con el régimen de exclusiones y dependencias que establece el orden patriarcal. Esto da lugar a la configuración diferencial de las redes y relaciones sociales de mujeres y hombres, cuya estructura y contenido revela su conexión con las estrategias de producción y reproducción social, pues se sustentan sobre los modelos de identidad hegemónicos de "hombre autónomo" y "mujer aguantadora".

Partiendo de este punto, podemos apreciar como las redes sociales, que se forman a través de los vínculos que establecen hombres y mujeres, cumplen la función de garantizar la reproducción social, a través de las sujeciones que determinan los modelos de identidad, y de gestionar las recompensas de las acciones y prácticas de los sujetos, lo que les permite acumular capital simbólico, social y material (Bourdieu, 2000).

En este sentido, el modelo "masculino autónomo" hegemónico en Balzar aparece orientado hacia lo público, donde ejerce su control sobre los recursos productivos (García y Casado, 2008; Rodríguez, 2014; Waisblat y Sáenz, 2011). La disposición exterior y los condicionamientos de la autonomía de la identidad masculina resultan en el establecimiento de unos vínculos sociales frágiles tanto en el ámbito privado como en el público (Andrade, 2001; García, 2008). Así, como vimos en anterior apartado, las relaciones privadas se ven marcadas por la autonomía y la irresponsabilidad masculina que permiten a los hombres establecer, simultanear o terminar las relaciones conyugales y familiares con gran libertad.

Por lo que se refiere a los vínculos que los hombres balzareños establecen en el ámbito público, se refleja en éstos ese carácter eminentemente simbólico de una identidad masculina condicionada por la autonomía y la dureza emocional, lo que le impide establecer vínculos sociales y emocionales fuertes (Rodríguez, 2014; Téllez y Verdú, 2011; Waisblat y Sáenz, 2011). La fragilidad de los lazos masculinos es reflejo de una identidad extremadamente sensible a sus componentes simbólicos -como el honor, la fama o la autonomía- que le exigen cierto distanciamiento respecto a las obligaciones sociales que coartan su "autonomía" (Bourdieu, 2000; García, 2008).

A su vez encontramos, en el peso de los factores simbólicos, los elementos que determinan la fuerte dependencia de la masculinidad respecto a las redes homosociales, pues solo a través del reconocimiento del grupo producen rendimientos -en los distintos tipos de capital- sus acciones. Esto nos permite identificar una lógica, según la cual, la valoración positiva dentro del grupo homosocial -de las prácticas y discursos- conduce a una mejora la percepción y proyección social del sujeto, lo que supone un fortalecimiento potencial de red social y, por ende, de sus recursos materiales (Andrade, 2001). Ya que la extensión de la red y la intensificación de los flujos de información pueden llevar un incremento de sus posibilidades de empleo.

De acuerdo con lo anterior, encontramos cómo los vínculos que conforman estas redes masculinas se caracterizan por ser frágiles, inestables y débiles. Su fragilidad e inestabilidad resultan de la concurrencia de varios factores, como son la valoración de la autonomía, el carácter contestado de la propia identidad masculina -sometida al esfuerzo de demostración- (Andrade, 2001) y la desconfianza que provoca el engaño como principio vincular.

Esto hace que los lazos que configuran las relaciones de homosocialidad masculina en Balzar sean débiles tanto por su intrínseca inconsistencia estructural, sometida a una variedad de factores que la fragilizan -la movilidad, los desafíos, las vergüenzas, los engaños, etc.- como por el tipo de recursos que le dan contenido. Como ya hemos mencionado, la alta implicación de recursos simbólicos en la definición de la identidad masculina condiciona los intercambios sociales entre los hombres, donde el flujo de obligaciones sociales y materiales que conllevan compromisos fuertes parece ser menos común (Bourdieu, 2000; Téllez y Verdú, 2014). Es necesario recordar cómo intervienen en este asunto la valoración de la autonomía y la movilidad, pues esto hace que las expectativas de cumplimiento de las obligaciones sean menos sostenibles (Álvarez, 2002; Chávez y García, 2004). A lo que se añade el impacto negativo que tiene esa valoración social del engaño, que es interpretada como un signo de astucia -la viveza criolla como se denomina- y sirve para alimentar la desconfianza en la reciprocidad de los intercambios diferidos de mayor calado.

Por último, señalar que los aspectos centrales con los que hemos construido este modelo de identidad masculino hegemónico en Balzar¹⁰¹ que orienta las relaciones homosociales y heterosociales, fueron observados en distintos encuentros con hombres de diversa adscripción social, lo cual nos permite pensar que dichos elementos atraviesan los condicionamientos de clase.

Por su parte, el modelo de identidad femenina hegemónico en Balzar, el modelo de mujer aguantadora, estructura las relaciones sociales de las mujeres de acuerdo con los lineamientos marcados por la orientación doméstica, la responsabilidad material y emocional sobre los hijos/hogar, y la posición subordinada de lo femenino (Bourdieu, 2000; Martínez, 2001).

Esto no significa que las mujeres en Balzar no tengan una presencia activa en los espacios públicos, especialmente las más jóvenes pues disponen de espacios de ocio -bares y discotecas- que no eran accesibles para la generación inmediatamente anterior. También se pudo comprobar cómo el contacto escolar permitió a algunas informantes establecer vínculos de amistad que superan esa proximidad espacial y social de la familia y el barrio sobre la que parecen construirse las redes de modo más frecuente.

Pero queremos hacer énfasis en un hecho particular, esto es, el modo en que la configuración de ese espacio de conciencia en el que se desenvuelve las mujeres balzareñas se produce de acuerdo con ese modelo de identidad femenina que ha preservado su carácter hegemónico. En este sentido podemos interpretar las palabras de esta mujer de 18 años, retornada de España cuando tenía 12 años. En este fragmento observamos como la maternidad y/o los compromisos intervienen para comprimir pronto los espacios de acción de la feminidad y reproducir prontamente su situación subordinada:

"Pero de aquí lo que me gusta es como que hay más libertad"¹⁰² [...] Allá no salía, y aquí si salía con mis primas y todo [...] Como es la vida de una madre, es difícil. Tienes la doble responsabilidad que no tenías... cuando tú estás soltero tú sales y solo le pides permiso a tus padres. Cuando está casada tienes que pedir permiso a tu pareja. Tienes que

¹⁰¹ En gran medida parece corresponderse con el modelo masculino que Andrade (2001) considera hegemónico en el país.

¹⁰² En esta percepción que tenía sobre la libertad que disfrutaba en destino era resultado del la situación de relativo aislamiento de la unidad familiar en Barcelona, donde el trabajo de los padres, pero también, su temprana edad, limitaban sus horas de salida.

mirar por la casa. Y antes de joven tú vienes y es tú madre que tiene que tener todo limpio. Y ahora no, ahora es uno que tienes que tener todo limpio. Y bueno, así, en casa. Y todos los días lo mismo, la misma rutina". (Fernanda, IE20)

Por tanto, la definición de la identidad femenina hegemónica -maternal y subordinada- y las cautelas que deben mantener las mujeres en el espacio público y en las relaciones heterosociales nos ayudan a explicar la orientación y contenido de los vínculos que establecen las redes femeninas.

Las redes homosociales femeninas aparecen más próximas al hogar y la familia, lo que la consolidación de vínculos emocionales más fuertes. Al mismo tiempo, es posible reconocer como la proyección temporal de estos vínculos, en la medida que se acumulan responsabilidades reproductivas y se restringe la movilidad -por el aumento de las vigilancias-, permite que estos se intensifiquen ganando contenido en función de los recursos que se intercambian.

De manera que parece más común observar como las mujeres balzareñas se mueven dentro de redes sociales menos extensas pero que, debido a su carácter más próximo a lo familiar -real o ficticio- resultan más estables y emocionalmente más intensas. Esto sirve para generar una mayor confianza respecto al cumplimiento de las reciprocidades y las solidaridades, lo que permite consolidar una estructura de apoyos más significativos.

Sin embargo, el hecho de que las redes homosociales femeninas tengan una menor extensión social no significa que las mujeres sean incapaces de conectar sus redes entre sí para lograr alcanzar una mayor extensión social cuando resulta preciso. De hecho es el modo, según se desprende de los relatos de algunas informantes, en que se construyen las relaciones productivas dentro del universo homosocial femenino, dónde se mercantilizan ciertos intercambios -venta por catálogo, costura, etc.- dentro de la seguridad de la red, sorteando los peligros -físicos y simbólicos- del mercado laboral hetero-patriarcal.

En relación con lo anterior, la representación social que aparece en los discursos sobre las relaciones heterosociales que establecen las mujeres en el espacio público indican la presencia de una serie de barreras que elevan los costes de capital -material, social y simbólico- que estarían destinados a desincentivar la integración de la mujer en este espacio (Bourdieu, 2000).

Para ilustrar estas cuestiones vamos a ofrecer tres ejemplos que nos ayudan a ilustrar el modo en que los procesos de apertura de nuevos espacios de acción para la feminidad

son contestados por diversas estrategias que la ideología patriarcal utiliza para reproducir las condiciones de dominación masculina.

El primero de ellos nos permitirá situar la inserción productiva de la mujer en el contexto que definen los imaginarios compartidos por los actores en Balzar. Para plantear esta cuestión vamos a presentar, antes, algunas informaciones que emergieron en los encuentros con los actores y que sirvieron para construir el marco interpretativo.

Por un lado, está la cuestión del débito patronal¹⁰³ (Poeschel-Renz, 2003), que apareció insistentemente en los discursos de los informantes, tanto hombres como mujeres. Con ello se hace referencia a la idea del derecho de acceso sexual que tiene el empleador sobre la mujer trabajadora, que refuerza la posición de subordinación/disponibilidad de la feminidad, al tiempo que se enaltece la imagen del poder y la excitación sexual de la dominación.

Esta interpretación de la disposición sexual tiene un componente estigmatizador, que es el primer coste simbólico que deben asumir las mujeres que trabajan en entornos masculinizados. Además de otras consecuencias negativas que afectan a las mujeres en sus relaciones homosociales y heterosociales.

Así, algunos relatos nos muestran como la decisión de ingresar en el mercado laboral puede afectar a la configuración de los apoyos que ofrece la red de mujeres aguantadoras, como lo expresaban estas informantes: *"porque ahorita no te lo tienen gratis"* (Clara-MR19) - *"una madre tiene que trabajar puertas afuera y a veces pagan por un día completo 2 dólares; 3 dólares a veces. Y tienes que pagar a alguien que cuide de tus hijos"* (Mónica-MR13). Detrás de esta mercantilización de las redes de apoyo mutuo puede estar la incapacidad de la trabajadora para responder a la obligación de reciprocidad implícita en estos intercambios, debido a los compromisos que establece con el mercado, pero tampoco podemos obviar el papel que pueden llegar a jugar el componente estigmatizador, pues su ingreso en el mercado la sitúa en una posición de conflicto respecto al modelo de mujer

¹⁰³ Podría tratarse de una pervivencia de la configuración particular de las relaciones de explotación de género y étnicas dentro del la gran plantación, coincidiendo con la situación descrita en el universo hacendario: "el gamonal prepotente descrito por Icaza en la novela *Huairapamuschas* se sirve de este tipo de discursos para convertir su acto agresivo de violación y maltrato en un símbolo de hombría legitimado socialmente y para conseguir la valorización de sí como representante de su género" (Poeschel-Renz, 2003:106).

aguantadora y la convierte en una competidora sexual al ingresar en un espacio que continúa siendo percibido como masculino.

Otro aspecto de gran importancia es el modo en que la estigmatización de la mujer trabajadora la vulnera en su relación con los hombres, pues el prejuicio de la disponibilidad sexual resulta una garantía de impunidad para los potenciales agresores. Incluso ante la ausencia de situaciones de explotación sexual, estos juicios están asociados con un coste simbólico de la sospecha para las mujeres, mientras que los hombres-empleadores obtienen el beneficio simbólico de la duda sobre el acceso sexual, pues, como decía Poeschel-Renz (2003) estos actos de violación y maltrato se convierten "en un símbolo de hombría legitimado socialmente" que valorizan al hombre.

De este modo se observa como la imagen negativa de la mujer trabajadora, asociada a la idea de disposición sexual, sirve para reforzar esa idea de inevitabilidad de los sucesos que exime a los hombres de los abusos y culpabiliza a las víctimas -como decía una informante: *“eso lo hace quien quiere. Pero son las peladas las que lo buscan”* (Paula-IE04). De forma que, ante el dolor añadido del señalamiento social, es previsible que las víctimas opten por aceptar y silenciar estos abusos, unos hechos que despiertan en ellas sentimientos de vergüenza -como queda (in-)expresado en las siguientes palabras de una trabajadora doméstica: *“Hay una serie de situaciones que las mujeres hemos pasado, pero eso no se puede decir...”* (Trabajadora del Hogar; Guayaquil; 2013. Notas de campo).

Para ilustrar como se desarrollan estos procesos y se articulan las distintas representaciones sobre el empleo y la sexualidad en el entorno laboral, haremos mención a un acontecimiento ocurrido durante la estancia en el campo. Cabe señalar que la administración municipal se ve afectada por esas mismas representaciones sociales que afectan al empleo público -heterosocial-, siendo el alcalde quien, según estos discursos, ejerce el "derecho" de acceso sexual a "sus" empleadas. Sin embargo, es interesante observar la evolución de los acontecimientos ocurridos tras la difusión de un video en el cual aparecía el regidor municipal manteniendo relaciones sexuales con una de las trabajadoras¹⁰⁴.

¹⁰⁴ Antes de que irrumpiese esta historia, otros informantes me había contado que el alcalde había sido sorprendido por su esposa cuando mantenía relaciones con una empleada en el despacho municipal. Otra informante también relató la experiencia de una amiga quien habiendo intentado ingresar en la administración municipal, había desistido después de que el alcalde condicionase su ingreso al intercambio sexual.

Este hecho tuvo un gran impacto, pues ocurrió en pleno periodo pre-electoral, y durante un tiempo, se convirtió en un tema de conversación recurrente. En un principio, los comentarios advertían, con cierto matiz denunciatorio -también con algo de burla-, sobre el coste político de aquel suceso. Este acontecimiento resultaba sorprendente, ya que parecía ser incongruente con la aceptación y tolerancia social subyacente en las representaciones sociales sobre la disponibilidad sexual de las empleadas municipales. Así, parecía de común conocimiento que el alcalde estaba construyendo una vivienda a una de sus empleadas y, además, solían atribuírsele varios hijos con otras tantas. Por no mencionar el rendimiento simbólico sobre su imagen viril que, según lo observado hasta el momento, cabría esperar de aquel hecho.

Al indagar en las explicaciones de los actores sobre el coste político que atribuían al video, las respuestas que obtuve fueron, generalmente, confusas. Sin embargo, en una ocasión, uno de mis informantes, haciendo un considerable y evidente esfuerzo para interpretar los hechos de modo que yo los pudiese comprender, me explicó que el motivo por el cual el vídeo causaba gran malestar era la presencia en el ayuntamiento de mujeres casadas, lo que comprometía la dignidad de los esposos. De forma que, según este actor, aquello confirmaba los rumores y especulaciones sobre la disponibilidad sexual de las empleadas, sin dejar gran margen de defensa a los esposos.

Esta hipótesis se vería ratificada por la evolución posterior de los acontecimientos. Un primer efecto fue la separación de la esposa principal del alcalde que, según se comentaba, había abandonado el domicilio familiar. En su caso, la relevancia social de la esposa y el alcance de la noticia parecían justificar esta decisión que, por otro lado, podía llevar a término gracias a los recursos de que disponía.

Sin embargo, según fueron pasando las semanas, los hechos encontraron un acomodo interpretativo más acorde con las lógicas patriarcales que dominan el discurso. De modo que el alcalde, lejos de verse perjudicado políticamente por la difusión del vídeo, vio valorizada su imagen de conquistador. Algo que se puso de manifiesto cuando comenzó a utilizar ese suceso en los mítines como herramienta para ensalzar su hombría y justificar, con ello, ese carácter viril que lo hacían idóneo para el cargo, tras lo cual se seguían las referencias al apocamiento de los oponentes.

Por último, quiero hacer referencia a una práctica que parecía estar extendiéndose durante la estancia en el campo, me refiero al intercambio de vídeos en los que aparecen

jóvenes de la localidad manteniendo relaciones sexuales. Al indagar en los resultados que produce esta práctica, observamos cómo estamos ante una nueva forma de control/explotación de la feminidad que responde a la presencia de la mujer en nuevos espacios de interacción pública.

Los bares, las discotecas, las motocicletas o los teléfonos móviles forman parte, aquí como en muchos otros lugares, del contexto de la población joven de la ciudad. Estos medios han abierto nuevos espacios públicos a las mujeres más jóvenes, donde resultan comunes las interacciones heterosociales. Pero, lo cierto, es que estas nuevas presencias siguen estando sujetas a los fuertes desequilibrios que imponen las viejas lógicas de dominación.

Como veremos, esto se debe en gran medida a que las lógicas patriarcales tradicionales mantienen su vigencia en la regulación de estos espacios de interacción emergentes, donde se preserva la valoración de la sexualidad y la estimulación de la sexualidad temprana, junto con la irresponsabilidad del progenitor y la dependencia material de la feminidad, como mecanismo para reproducir situaciones tempranas de opresión.

Así, en el caso que nos ocupa, vemos nuevos controles sobre la feminidad en la práctica de compartir vídeos en los que aparecen jóvenes manteniendo relaciones sexuales, habitualmente, una mujer con uno o varios hombres, todos adolescentes. Así, pude presenciar en varias ocasiones a los actores visualizando estos videos e, incluso, en otras los compartieron conmigo. Tras la visualización de estos vídeos solía iniciarse un debate en el que los espectadores expresaban sus opiniones, siendo un elemento de especial interés en el desarrollo de estas conversaciones la identificación de la adolescente: ponerle cara y nombre.

Así, aunque este hecho debe ser situado en un escenario de cierta tolerancia sexual, que se refleja una actitud más abierta y menos condenatoria, esto no impide apreciar el fuerte carácter estigmatizador que esta práctica tiene para las mujeres. De modo que, mientras los protagonistas masculinos encontraban en la difusión de los vídeos -que promovían ellos mismos- una nueva herramienta para compartir sus conquistas sexuales y acumular capital simbólico, ellas enfrentaban una nueva forma de señalamiento social que incidía negativamente sobre su capital simbólico, lo que afectaba a su capital social y las fragilizaba, haciéndolas susceptibles a otras formas de explotación.

4.3. IDENTIDADES Y RELACIONES DE GÉNERO EN BALZAR

En este apartado se exploran los modelos de género que orientan los procesos de incorporación de las identidades que permiten a los individuos adecuar sus acciones e interpretaciones a las expectativas del grupo social. Para conocer su significado es necesario desentrañar el sentido subyacente en las prácticas y los discursos cotidianos. Este sentido asoma en las regularidades del comportamiento de los individuos, revelando la existencia de una serie de rutinas estereotipadas cuya dirección e intención son resultado de los esquemas de percepción y acción que orientan sus experiencias de género (Bourdieu, 2000; Gomá, 2014; Todorov, 2000).

Con el análisis de los modelos de género deseamos descubrir los límites de tolerancia moral, que el grupo impone a la acción de los actores y que estos interiorizan a través del condicionamiento emocional, los principios de visión y división, así como esa "frontera mágica" (Bourdieu, 2000) que les previenen de la sedición. De igual modo, al indagar en el contenido de estos modelos, esperamos desvelar los condicionantes simbólicos, sociales y materiales que guían las prácticas de hombres y mujeres -su disposición- a través del rendimiento diferencial de sus acciones.

Para llevar a cabo esta tarea seguiremos el modelo analítico propuesto Walby (1990), entendiendo los modelos de género como una macroestructura integrada por diversas estructuras orientadas hacia campos de acción específicos en los que se configura el contenido de los modelos de identidad y las relaciones de género, como son: la sexualidad, la violencia, la esfera privada y la pública.

En primer lugar, indagaremos en el contenido de los modelos de identidad femeninos que proponen el ideal de la mujer aguantadora y el ideal de la mujer infame, con el objeto de exponer los espacios de acción y las posibilidades estratégicas que la ideología patriarcal consiente a las mujeres, para, después, explorar un modelo masculino definido por una posición superordinada respecto al femenino y, a la vez, subordinada respecto al grupo homosocial y las exigencias de la hombría.

4.3.1. El modelo femenino, el aguante o la infamia: "Ellas son peores"

Para comprender los espacios de acción de la mujer debemos partir de aquellos conceptos a los que recurre la ideología patriarcal dominante para definir y orientar las relaciones sociales y el orden de género, en función de los cuales se concretan las

posiciones, disposiciones y las posibilidades estratégicas de la feminidad -tomas de posición- en los diferentes ámbitos de la vida social (Bourdieu, 1997 y 2000).

Al aproximarnos a las condiciones que plantea el contexto sociocultural desde una perspectiva de género, comprobamos cómo la subordinación de la mujer es resultado de las desigualdades que se estructuran, paradójicamente, en torno a los principios de libertad e individualidad que ordenan las relaciones sociales. Sobre estos principios se articulan las estrategias de dominación masculina que permiten fortalecer las vigilancias y las violencias que se aplican sobre las mujeres.

Esto, como veremos, es una consecuencia de la composición y jerarquización de los tipos de capital material, social y simbólico de acuerdo con las lógicas que establece la ideología patriarcal. De manera que las opciones estratégicas de la feminidad se ven reducidas según se adentran en un espacio social configurado por la competencia sexual femenina, la fragilidad del compromiso, la dependencia material de la esposa-hijos y la irresponsabilidad del progenitor, limitando los horizontes de acción de las mujeres. Así, la lógica que ordena el rendimiento de las prácticas femenina en los distintos tipos de capital, está estructurada de tal forma que las distintas tomas de posición de las mujeres conducen hacia el fortalecimiento de su posición subordinada (Bourdieu, 2000; Oso, 2016).

La configuración simbólica de los modelos de identidad femenina hegemónicos permite a las mujeres reconocer los espacios de acción y anticipar el rendimiento de las prácticas y discursos de acuerdo con los lineamientos que establece el sistema patriarcal. Aquí, es preciso subrayar el importante papel que desempeña la definición de una esencia femenina perversa y destructiva en la elaboración de las lógicas que organizan las estrategias de dominación.

De tal forma que la conceptualización de lo femenino se erige sobre esta esencialización negativa, lo que permite insertar en el corazón de la feminidad una culpa atávica como mecanismo para justificar las relaciones de dominación/explotación. Así, las explicaciones de los actores sobre las distintas violencias del sistema de dominación masculina identifican la perfidia femenina como elemento para la defensa de los controles sociales, tanto objetivos como subjetivos. Por un lado, los controles objetivos se sirven de esta idea para alimentar la desconfianza social hacia las mujeres, y con ello logran justificar la imposición de vigilancias preventivas y violencias correctivas sobre ellas. Por

otro lado, la culpabilidad se convierte en el fundamento de la política sentimental¹⁰⁵ de control social que ordena los patrones de prácticas legítimas que las mujeres incorporan a través de los modelos de identidad de sexo-género.

Estos significados aparecen incrustados en el contexto social y articulan los esquemas de interpretación y de acción de los actores. Estas ideas se refuerzan en cada práctica y en cada discurso donde se hilan siguiendo ciertas lógicas y van penetrando el subconsciente colectivo para construir la visión/versión sociocultural de la verdad: la realidad dóxica. Estos esquemas tienen una utilidad práctica probada, son abstracciones que sirven para resolver cuestiones concretas. Así, tras el hombre que abandona o el que golpea, estas lógicas permiten a los sujetos descubrir a una mala mujer -"relajosa" o "brava"-, tras el que abusa, la lascivia de una seductora.

El resultado de estas operaciones simbólicas, como reflejaban las palabras de la mujer retornada a las que hicimos alusión -*"Tú no sabes cómo es aquí, la vecina viene y se te lleva a tu marido"*(Olga-MR63)-, es la exoneración de los hombres mediante estas estrategias que naturalizan y eternalizan las relaciones de dominación al pasivizar y cosificar la agencia masculina.

En este contexto, la mujer se ve impelida a tomar posición frente a ese mal femenino que debe ser declarado. Para ello, puede mostrar su adhesión al sistema de dominación desarrollando estrategias de aguante, donde, al asumir una posición subordinada, concede al hombre el derecho de disposición y explotación productiva, reproductiva y sexual sobre la mujer, pero del cual se desprenden, al mismo tiempo, rendimientos de capital positivos que refuerzan su dependencia. O, por el contrario, seguir estrategias de insubordinación respecto al modelo de identidad femenina hegemónico, que le permiten fortalecer su autonomía material, pero asumiendo rendimientos sociales y simbólicos negativos (Oso, 2016), cuando no formas de explotación directa -como la prostitución o el débito patronal.

A su vez, estos posicionamientos de la feminidad deben ser enmarcados en un contexto de competencia por los recursos -materiales, sociales y simbólicos- que instrumentaliza la ideología para enfatizar las diferencias y divisiones entre los modelos de identidad hegemónicos y los modelos alternativos. Esta fragmentación sirve para

¹⁰⁵ Prinz (2006) define sentimiento como una disposición a tener emociones. Así, los sentimientos de aprobación/desaprobación, explica, estarán constituidos por diferentes emociones en diferentes momentos.

movilizar a una parte de la feminidad contra la otra en defensa de los intereses del orden patriarcal que descansan, principalmente, en ese modelo de feminidad dominante. De nuevo, como vemos en el siguiente extracto, esto permite a los informantes localizar las causas de la explotación en el interior de una feminidad fragmentada y conflictiva para pasivizar la agencia masculina:

"ellas son peores [...] Cuando sus esposos se van a trabajar, a camaronear, 20 días o así, ellas están con cualquiera [...] un foco de sida importante [...]". (Paula-IE04)

En lo referente a la sexualidad, podemos constatar la presencia de un modelo de relaciones sexuales caracterizado por la libertad sexual y la valoración social del placer. No obstante, los efectos de las prácticas sexuales evidencian fuertes asimetrías de género, como queda de manifiesto en las condiciones planteadas por la poligamia o la prostitución.

En cualquier caso, esta interpretación de la sexualidad libera al modelo femenino de diversos controles, como los orientados a preservar la virginidad y el recato sexual, que Camacho (2001) identifica con el modelo de sexualidad reproductiva de "María". En su lugar, encontramos un modelo de sexualidad conyugal y sumisa que se define como principio pasivo, frente al que podemos situar otro modelo que representa una sexualidad femenina activa, extra-conyugal y transgresora.

El modelo conyugal queda caracterizado por una reserva de acceso sexual al esposo, quien queda legitimado para imponer controles y vigilancias en defensa de su propio honor, pues la sumisión de la esposa en el matrimonio no logra liberarla de la desconfianza que despierta esa capacidad de seducción y manipulación asociada a la naturaleza femenina.

Pero, incluso cuando esta actitud de mayor tolerancia hacia las prácticas sexuales puede llevarnos a pensar que existe un elevado grado de emancipación sexual femenina, esta situación es más aparente que real, pues, al acercarnos a las prácticas y los discursos concretos, vemos como son los hombres quienes obtienen beneficios reales de esta situación, al menos en dos aspectos. De un lado, se benefician de una ampliación del mercado sexual, pues este escenario de tolerancia sexual conduce, por ejemplo, hacia situaciones de abuso público y privado -como muestra la aceptación social de los abusos¹⁰⁶

¹⁰⁶ Una gran parte de las experiencias sexuales prematuras de las mujeres parecen haber estado relacionadas con situaciones de abuso en su entorno familiar (INEC, 2011; Sánchez-Parga, 2002; Trujillo, 2013).

intrafamiliares-, o la estimulación de la precocidad sexual o la valoración positiva de la maternidad adolescente (Sánchez-Parga, 2002; Trujillo, 2013). Lo que a su vez nos lleva hacia un escenario de reproducción temprana de la dependencia y la dominación que obliga a las mujeres a negociar nuevas situaciones de opresión.

Cuando estos elementos se articulan con el resto de violencias estructurales, simbólicas y físicas que operan sobre la mujer, tales como la dependencia material, la maternidad obligada, la irresponsabilidad del progenitor, la noción de perversidad femenina o la pasivización de la agencia masculina, observamos cómo la mujer es transportada hacia nuevos espacios donde su capacidad de acción se ve restringida mediante la subordinación sistemática de sus intereses y el incremento de los controles sobre su sexualidad.

En resumen, encontramos un contexto social en el cual se estimula la sexualidad temprana y la maternidad precoz que llevan a las mujeres a situarse bajo la autoridad masculina conyugal, donde se ejerce un derecho de disposición exclusivo y absoluto sobre la sexualidad femenina (Trujillo, 2013). Para explotar la sexualidad conyugal, el hombre utiliza las violencias físicas y materiales para imponer sus demandas sexuales y, también, negociar amplias concesiones hacia sus propias prácticas sexuales extraconyugales, pues la mujer debe negociar su posición dentro del matrimonio desde las condiciones de dependencia que recrea el sistema de compromiso, como explica Sánchez-Parga (2002:85): "el matrimonio representa una relación que además de mantenerla en una desventajosa dependencia respecto del marido, supone una permanente inseguridad y alto riesgo de abandono".

Por su parte, en las representaciones sociales sobre la sexualidad femenina conyugal aparecen significados que definen a la mujer como una seductora fuente de placer, siempre sugerente y deseosa de ser poseída. Así, esta percepción de la sexualidad alimenta la idea de una feminidad en posición de disponibilidad simbólica, ávida de complacer los deseos y necesidades masculinas -como muestra esta frase, que en distinta composición, pude escuchar en boca de varios informantes: "*Acá las muchachas paren rápido, tienen muchas hormonas...muy cachondas, muy cachondas*" (Marco-IE26). Al mismo tiempo, esta configuración de la feminidad atrae numerosos peligros sobre las mujeres, pues es la fuente de esos malentendidos e interpretaciones maliciosas que conducen hacia abusos.

En segundo lugar, la evidencia empírica permitió constatar un régimen amplio de tolerancia¹⁰⁷ social¹⁰⁸ hacia el uso de la violencia de género como mecanismo vincular para la comunicación y resolución de conflictos.

Como indica Andrade (2001) en su trabajo sobre la masculinidad en Guayaquil, podemos apreciar cómo el uso generalizado de la violencia en las relaciones de género Balzar -y en Ecuador¹⁰⁹ en general-, es una consecuencia de la centralidad que ésta ocupa como elemento configurador de la identidad masculina, lo que le otorga un valor instrumental determinante para la expresión, afirmación y restitución de la hombría (Andrade, 2001). A su vez, encontramos cómo en esta forma de legitimación de la violencia como mecanismo de expresión de las emociones masculinas -de ira, frustración o

¹⁰⁷ Watto (2009) encuentra, en su revisión, que la dominación masculina ha sido históricamente tolerada en las relaciones de género; si bien, hallando una enorme variedad cultural en el empleo de medios de control sobre las mujeres -desde lo más coercitivos a los más consensuados. Igualmente, encuentra una amplia *aceptación del uso de la violencia*, como medio justificable para el control de la sexualidad femenina -*aunque sujeto a variaciones individuales*. También, observa, como *la violencia* contra las mujeres por *motivos de honor* ha prevalecido históricamente en casi todas las culturas y sociedades, y destaca, asimismo, la *aprobación cultural* de la violencia como *indicador real de su uso*, aunque, señala, aparece sujeta a variaciones sub-culturales.

¹⁰⁸ De acuerdo con lo que sostiene Poeschel-Renz (2003:105): "la violencia física y sexual no es solamente un hecho individual sino un fenómeno sociocultural que se fundamenta principalmente en las relaciones de poder desigual entre los géneros".

¹⁰⁹ La administración de Rafael Correa está realizando un gran esfuerzo de regeneración institucional y sensibilización para erradicar la violencia de género, pero, a pesar de los avances logrados, los datos sobre violencia sexual y de género continúan siendo abrumadores, en parte por las propias falencias del sistema de garantías, pero, principalmente, por la continuidad de una ideología patriarcal cuya hegemonía que apenas se ha resentido por estos envites institucionales. Sobre regeneración institucional y sensibilización se pueden consultar las siguientes noticias:

www.empleo.gob.es/es/Mundo/consejerias/ecuador/igualdad/index.htm;

<http://www.telégrafo.com.ec/justicia/item/la-violencia-es-tema-de-estudio-para-1-704-operadores-de-justicia—infografia.html>;

<http://www.minsiteriointerior.gob.ec/campana-ecuador-actua-ya-violencia-género-ni-mas-sensibilización-a-toda-la-comunidad/> . Sobre Violencia de género: "La violencia de género contra las mujeres sobrepasa el 50% en todas las provincias del país, en todos los niveles de instrucción" Ministerio del Interior. Campaña "Ecuador Actúa Ya. Violencia de Género, ni más", sensibiliza a toda la comunidad, Quito, 10 de abril de 2014. En: <http://www.minsiteriointerior.gob.ec/campana-ecuador-actua-ya-violencia-género-ni-mas-sensibilización-a-toda-la-comunidad/> .

Sobre el sistema de garantías se puede consultar la veeduría realizada por el Consejo de Participación Ciudadana y Control Social (CPCCS) sus tareas identificaron 6 falencias. Disponibles en: <http://www.telégrafo.com.ec/justicia/item/la-violencia-es-tema-de-estudio-para-1-704-operadores-de-justicia—infografia.html>

afecto¹¹⁰- (Kimmel, 2006), subyace ese componente de inevitabilidad que lo liga al carácter natural masculino (Álvarez, 2002).

En esta tolerancia hacia su uso podemos distinguir diversas estrategias de construcción simbólica destinadas a movilizar significados que presentan la violencia como una característica natural de los hombres -“*Hay hombres que son así*”, como decía Clara (IE05)-. Esto da lugar a interpretaciones de la violencia que permiten proyectar sobre ella connotaciones positivas, como sucede con los celos sexuales¹¹¹, donde es representada como elemento expresivo de la fuerza y el afecto viril.

Algo similar sucede cuando se representa la violencia como un rasgo permanente, invariable y recurrente de la identidad cultural del grupo social, que expresa la idiosincrasia y la pertenencia de los individuos. Esto lo podemos apreciar en las palabras de Paula, donde se invoca esta valoración positiva de la violencia como signo de pertenencia y de hombría: “*acá los hombres son bien groseros. En la sierra son más ellas que pegan a sus maridos. En la sierra las mujeres son bien groseras*” (Paula-MR04).

De modo que, la confluencia de la violencia física y sexual con otras de tipo estructural y simbólico -como la competencia sexual, la desconfianza, la fragilidad de los vínculos o la dependencia que configuran las relaciones de género- estimulan la hostilización de la vida conyugal, como lo expresaba una informante: “*si no es por la mujer, es por el hombre, pero siempre hay relajo*” (Clara-IE05). La consecuencia habitual de la conflictivización de la vida conyugal suele ser el fortalecimiento de la dominación masculina.

Esto convierte el hogar en un lugar privilegiado para la violencia contra la mujer, que en un contexto de dependencia estructural se ve forzada a aceptar situaciones de abuso ante

¹¹⁰ En referencia a diversos estudios, Hernández y González (2009) encuentran que los comportamientos violentos pueden ser minimizados por las víctimas cuando, por ejemplo, son interpretados como un signo de amor.

¹¹¹ Los celos sexuales se convierten en el principal mecanismo de aceptación del control y la violencia sobre la mujer, pues generan una creciente desconfianza que va limitando sus movimientos, acrecentado su aislamiento -tanto de amigos como de familiares- y dilatando su relación de dependencia emocional -y material-, lo cual, según han comprobado diversos trabajos, está ligado a expresiones progresivamente más coactivas y violentas de la dominación (González et al., 2003).

las dificultades que impone este escenario a la articulación resistencias¹¹². Un contexto en el que afloran los sentimientos de indefensión y la actitud resignada que definen el modelo de mujer "aguantadora".

En el siguiente relato de Olga, una mujer retornada, queda ilustrado como la aceptación de la violencia es resultado de la construcción de unos reducidos espacios de acción en los cuales la supervivencia conyugal y familiar queda supeditada al desarrollo de estrategias de aguante, que permiten a la mujer acumular capital material, social y simbólico, garantizando el éxito conyugal/reproductivo y el reconocimiento social:

"Si, pero tú sabes que es lo que pasa, que aquí uno es como más aguantador [...] Pero es así, porque, sí, tienes dos y tres hogares, de costumbre, la mayoría. Pero la mujer tiene que vivir tranquilita, porque mi marido me da de todo. Y yo quiero que mis hijos salgan adelante, y es que yo voy a permitir, aunque yo sepa, por dentro yo me voy a aguantar porque yo sé que ahí es donde está el futuro, es aguantar todo lo que pueda por mis hijos. Y si me voy a vivir con mi mamá y mi mamá no tiene dinero ¿cómo voy a comer? ¿Cómo le voy a dar de comer a mis hijos? Yo aguanto ese hombre ahí, aunque me duele. Y lo aguanto porque quiero una estabilidad económica. La mayoría lo hace así. Claro y aquí, se rompen muchas, muchas parejas. Imagínate, y si quieren tres mujeres, las tres...las tienen [...] Yo conozco una pareja, aquí, a la vuelta de esta calle. Esta señora tuvo once hijos -¡este marido!- era profesora mía en la escuela. Este marido doblando la casa de ella tenía otra mujer. Más arriba tenía otra. Y siempre...yo me preguntaba porque mi profesora, toda la vida, usaba gafas de sol. Porque ella daba clase con las gafas, salía con las gafas. De noche, andaba con las gafas. Y ¿qué pasaba? que el marido le había dado". (Olga-MR63)

Como se desprende del anterior relato, la violencia material es un mecanismo determinante en la aceptación de las violencias físicas, que pueden activarse con los celos o con el consumo de alcohol, y que sirven para imponer restricciones sobre la movilidad femenina o, incluso, su aislamiento. Esta era la situación que vivía la hija de Clara, quién veía, desde hacía algún tiempo, como las disputas con su esposo resultaban cada vez más frecuentes debido a los celos. De manera que, aunque su hija había restringido sus salidas, incluso las visitas a la familia, ahora su esposo le reprochaba el flirteo con los clientes en el comercio que regentaban. Esto había desembocado en un escenario marcado por mayores

¹¹² "En la provincia de Guayas, 3 de cada 4 mujeres víctimas de violencia de género han sido violentadas por su pareja o ex parejas "Por otro lado, del total de mujeres que se separaron por decisión del marido en la provincia de Guayas, un 61% había sido víctima de violencia" (INEC, 2001 –Guayas).

restricciones y abusos, en el cual él cada vez salía más y ella menos: *“ella trabaja para él [...] él la bota, celoso como es [...]. Él no le da nada, solo que ella se mantiene como pueda. Ella se está manteniendo ahí, trabaja [en la tiendita que tienen en su casa] Él no ayuda en la casa”* (Clara-IE05).

Sin embargo, cuando Clara relataba la relación conyugal de su hijo, que había estado marcada por niveles muy altos de violencia física, asomaban en su interpretación esos elementos simbólicos que aluden a la inevitabilidad de los hechos, ya sea por la naturaleza del lugar -*“aquí es así”*-, la naturaleza masculina -*“todos son así”*- o la insubordinación femenina como componente justificador:

“No sé en otros países. Pero aquí sí es así. Y le pegan por gusto [...] Si le voy a dar golpes a mi mujer por el celo. O porque la vea conversando con un hombre [...] Todos son así. Mi hijo era borrachoso. Mi hijo era un mujeriego. Mi hijo trabaja. Y la noche y la madrugada... pero la noche le lleva a su relajó [...] Pero de qué decir, la pelea no la deja; la pelea tiene un sistema. Usted pelea con su pareja, todas las noches y todos los días. Tiene un negocio, y se va palo abajo, se va palo abajo. Así, que nada tiene con las peleas. Yo lo he visto así, en la pelea todos los días. Si usted va a tomar café, la pelea. Ya usted de coraje no come, no toma café ni nada, parte y se va. Y entonces viene, ya viene el pleito. Él ¡dame café!, no te gusta y no le da...por ahí vienen los golpes, ese hombre viene y le da golpes, ¿me vas a dar café? o ¿no? Y así va. Entonces, pues eso no va bien. Y hay costumbres así, que ya se enseñan en golpes. Ya por la mala razón, empiezan los malos tratos. Así era Andrés, se enseñó a dar golpes. Él mismo la tenía que llevarla al hospital, de los golpes que le daba. O la clínica”. (Clara-MR05)

A lo anterior, podemos advertir la presencia de ciertos elementos que estimulan la acentuación de la violencia de género directamente relacionados con la particularidad del sistema familiar. En este sentido, cabe destacar como la aceptación de la poliginia posibilita la presencia del padre-esposo abusador en varios hogares. Además, un efecto directo de la formación de compromisos paralelos es el incremento de la violencia material debido a la desviación y dispersión de los recursos que provee el padre-esposo. Este hecho se evidencia en la frecuente alusión en los relatos a las reclamaciones materiales de las esposas como factor precipitante de la violencia -junto a esto, como hemos señalado, suelen estar presentes los celos y el consumo de alcohol.

Por otro lado, la fragilidad de los vínculos y la responsabilidad materna puede obligar a las mujeres a aceptar condiciones cada vez más desfavorables en los compromisos

sucesivos, a medida que aumentan las cargas familiares. El resultado es la aceptación de condiciones que las vulneralizan progresivamente, siendo más probable que soporten mayores abusos en futuros compromisos¹¹³. Debemos incluir aquí, además, la vulneralización de las/os "atenadas/os", quienes se pueden convertir en objeto de la violencia sexual, física y psicológica del padrastro.

Al mismo tiempo, la mujer también se ve expuesta en Balzar a ciertas expresiones públicas de violencia, donde cabe incluir un variado repertorio de reclamos masculinos del espacio público destinados a convertir la presencia de la mujer en una experiencia incómoda. Esta hostilización de la presencia femenina en el ámbito público, como ilustran las siguientes narraciones, se vehicula a través de agresiones sexuales verbalizadas en forma de piropos y proposiciones destinadas a fragilizar a la mujer y fortalecer la masculinidad mediante alarde viril y la exhibición de su control sobre el espacio:

“Siempre los digo. Acá no, ¡yyy! Acá te ven una hembra, ¡uuuh! todos se la quedan mirando así ¡ah!, se la quieren es comer”. (Marco-IE26)

“[...] Yo no, no he sido bravo. Uno es delicado, uno no va como otros, mal hablado. Uno tiene que buscar oportunidades para declararle [...] Y ya, entonces, llevarla a la cama, lo que quieras. Los otros, de frente, delante de cualquiera ya le...ya le dicen 'que cua ndo culeamos' En cambio uno, delicado, no dice las cosas”. (César-IE01)

Junto a estas violencias que se perpetran contra la feminidad es preciso añadir las que se desarrollan en el ámbito laboral gracias a la legitimación de los abusos sexuales del empleador y el rendimiento simbólico negativo del empleo femenino. Factores que desincentivan la integración de la mujer en el mercado laboral y estimulan su confinamiento doméstico y reproductivo.

Ya hicimos alusión en los anteriores apartados a las representaciones sociales sobre el acoso y la violencia sexual en el ámbito laboral que Poeschel-Renz (2003) denomina “débito patronal”.

¹¹³ Como refleja el hecho de que un 71.9% de las mujeres de la provincia del Guayas que se han casado o unido más de una vez reconozcan que han vivido violencia íntima (INEC, 2011- Guayas).

Esta situación se ve agravada por la gran cantidad de rumores¹¹⁴ que circulan en el medio social, los cuales contribuyen a despertar temor y aprensión, desestimulando su interés por una inserción productiva que se percibe muy costosa tanto física como social y simbólicamente. Una situación aun más delicada cuando la mujer está comprometida, pues se pone en juego el honor masculino.

Hacemos mención, en último lugar, a las violencias femeninas. Según Bourdieu (2000) nos encontramos aquí con las resistencias que la mujer opera mediante su capacidad de control sobre la sexualidad, los afectos y las creencias (Álvarez, 2002).

En cuanto a lo primero, como ya se ha explicado, es precisamente esa atribución a la feminidad de una sexualidad controladora y tendenciosa -en contraste con una sexualidad masculina más pura, natural e incontenible - el principal argumento utilizado para justificar unas agresiones sexuales que se refugian en la idea de una supuesta indefensión masculina -como explicaba una informante: “[...] se quedan embarazadas para “atraparlos” (Paula-IE04). Similares argumentos aparecieron en el transcurso de algunas conversaciones en las que se relataban situaciones de abuso sexual con menores. Se trata de otra representación que aparece en los discursos sociales, que las mujeres desean "enganchan" al hombre, cómo podemos apreciar en los consejos que me prestaba un informante para conducirme en mis relaciones con menores:

"Yo te digo, no es el mismo sistema de aquí en Ecuador como allá en España. Allá en España no lo tomas de esa manera que dices. Pero aquí en el Ecuador no lo veas mal, tú no lo veas más. Porque aquí, tú sales, por ejemplo, a la discoteca con muchachas de 17 [años], de 15, de 14 años. Y allá te encuentras de todas las edades: de 28, 30, 32. [Aquí] las jóvenes son muy abiertas. Tienen bastantes amistades. Así van, así no más te enganchan. No vas a dejar de decirle si eres de España, si esto y lo otro [...] así una conversita [...]". (Miguel-MR61)

En cuanto al segundo punto, podemos subrayar un importante dominio de la feminidad sobre el ámbito de las creencias, que es utilizado para ejercer su influencia sobre los hombres a través de esta forma de espiritualidad caracterizada por el predominio de las supersticiones y el universo fantástico privado.

¹¹⁴ Los rumores expresan ansiedades y hostilidades y de hecho pueden ser un catalizador, o en realidad una fuente de temores y aprensiones” (Ritter, 2000:9)

Para ilustrar este aspecto se presenta el relato de Diego, un hombre de 76 años que durante su juventud fue un migrante estacional de la Sierra, donde mantuvo su compromiso principal hasta que finalmente lo abandonase para instalarse en la Costa. Allí establecería diversos compromisos, si bien en el momento de la entrevista vivía solo.

En este caso he decidido presentar un extracto de la entrevista algo más extenso por considerar que nos ofrece una visión general del modelo vincular tradicional que mantiene vigente su hegemonía. En él quedan reflejados algunos de los elementos que determinan las condiciones de violencia material que sirven para preservar las relaciones de dependencia -"con la ropa que pasaba el día, con eso dormía"-, la violencia social que favorece el aislamiento de las mujeres-"Cuando estaba en el tiempo que no tenía marido. No me tenía a mí. Nadie la había tomado en cuenta, nadie le botó un saquillo, o un sudadero, para que duerma"- y la violencia simbólica que mediante la construcción de los significados que dan sentido al mundo de los actores. Estos significados están orientados a mantener y preservar las condiciones de la dominación masculina como sucede, por ejemplo, cuando se conceptualiza la idea de una maternidad como única responsable material y social de los hijos -"No, no, no, señora. Yo no quiero mujer con hijos ¡Vaya! ¡Vaya a su casa!"- y una paternidad-progenitora irresponsable -"Porque el hijo de puta del padre nunca les dio"/"¡Ahí me cogió! Por seguirle conve1sa, ¡carajo! Tenía yo, una chica de Milagro ¡lindísima! Yo ya estaba botando a la otra, a la madre de mis hijos"- para recrear contextos en los que se expanden las condiciones de dominio de los hombres a expensas de los espacios de acción femeninos.

El relato encontramos algunos de los elementos que configuran el modelo hegemónico de relaciones de género. La esencialización negativa de una feminidad, a los que hemos hecho alusión, que perfilan un modelo de identidad femenino caracterizado por una codicia -"Que anda a saber que yo tengo esa ganancia"- que mueve a la mujer a manipular al hombre -"De ahí me coge la puta esa"- movida por su espíritu perverso -"Hija de puta desgraciada, ¿qué vienes haciendo a tú marido?"/ "la otra, chiquita, pero esas chiquitas son más del diablo que...Oiga que, lo único que no me di, que también no me di cuenta era el diablo, el diablo"- y engañador -"Y yo me dejé engañar, por una hermana puta"- que no duda en hacer uso de uso de su maligno control sobre el universo mágico-esotérico para gobernar la voluntad del hombre -"Un veneno el trago, una brujería ¡famosa! Me hacen tomar el trago, y me tomo el trago"/"Con brujería me coge la puta desgraciada. Y con brujería sale puta, desgraciada, ladrona"-.

Frente a esto, encontramos un modelo de identidad masculino realzado por esas connotaciones masculinas que le otorga su posición privilegiada en el orden social. La acción masculina es interpretada a través de diversas idealizaciones que ocultan las relaciones de dominación y explotación, que se articulan sobre su control de los recursos, para permitir la valorización del hombre -*"Teniendo un marido, que tuviste, tan bueno, tan trabajador..."*. Un hombre que aparece como garante del orden y la continuidad social/familiar, aún cuando en su intervención se desvela la subyugación y la dependencia que genera el abandono del progenitor, para que esta situación puede ser explotada por otro hombre -*"Yo la saqué del mierdero [...] Les educo, a los cuatro hijos"*. Incluso, cuando aparece en el relato la utilización masculina del engaño para establecer nuevos compromisos, este hecho es disminuido para hacerlo pasar inadvertido frente a otro que es agravado, el carácter malévolo y vengativo cuando la mujer se resiste a ser sometida -*"Y cuando ya le pedí, ya no quiso. Y la hija de perra fue y le contó a la mujer mía. Había sido de vengarse, no más de gusto"*-. Un hombre que, como garante del orden social, debe restituir las relaciones a su estado natural cuando la mujer intenta pervertirlas haciendo uso de sus esotéricos poderes -*"Y ahí se echó, y le pegué un golpiza. Ella se creía muy poderosa"*.

"Aquella era bonita también. Y la man !puta! que me hablaba huevadas. Y cuando ya le pedí, ya no quiso. Y la hija de perra fue y le contó a la mujer mía. Había sido de vengarse, no más de gusto [...] La mía era también una gata, una gata flaca [...] Millones, de millones, de millones, perdí con esta puta de aquí. Les educo, a los cuatro hijos. A la puta, desgraciada. Les crío, les doy cuarto año de colegio. Cuando estaba en el tiempo que no tenía marido. No me tenía a mí. Nadie la había tomado en cuenta, nadie le botó un saquillo, o un sudadero, para que duerma. No había tenido [color] de cama, de ninguna clase. Con la ropa que pasaba el día, con eso dormía. Y ahora está...como se llevó, como me robo, de millones, de millones, de millones [...] Y todavía reclama la puta esa. Como fue puta en el barrio la descarada [...] La madre [su ex pareja], una pobre chola, analfabeta. Que no sabe ni la "o", que es redonda. Y yo me dejé engañar, por una hermana puta. También la quise a esa man. [...] y esta hija de puta viene, y me pide la ropa para lavarme. Cuando ha sido de pagarle esta vieja bruja hija de puta [...] Y entonces, le doy la ropa que me lave. Me pongo esa ropa lavada, ¡esta puta! Le puso esa huevada, ese veneno. Yo andaba en aquel tiempo en la hacienda Herradura trabajando. Ganaba 1.800 semanales, yo. 1.800 semanales, ¿quién ganaba esa plata? [...] De ahí me coge la puta esa. Que anda a saber que yo tengo esa ganancia. Con brujería me coge la puta desgraciada. Y con brujería sale puta,

desgraciada, ladrona [...] Al final, el veterano [el padre de ella], le llama a la hija: “Oye! Hija de puta desgraciada, ¿qué vienes haciendo a tú marido? ¿Qué viniste haciendo desgraciada? Teniendo un marido, que tuviste, tan bueno, tan trabajador, tan... Vos no has querido casa, vos quieres un presillo o un chiquero. Te boto hija de puta, desgraciada. Te largas ahorita de la casa” –le dijo el papá” [...] Yo metía por semana que cantidad de plata, que yo ganaba en mecánica de armas, y la tienda. [...] cuando la puta esa se fue, yo me quedé con 6 sucres en el bolsillo, por dios! Con seis sucres!! De matarla, sucia esa! Maldecida, arrastrada. [...] Yo la saqué del mierdero (a la hermana) [...] Le doy para cocinar, ni que comer, ni nada, nada, nada, había tenido. Tenía cuatro hijos. Yo, ya la mandé haciendo volver como cuatro o cinco veces. 'No, no, no, señora. Yo no quiero mujer con hijos ¡Vaya! ¡Vaya a su casa!' Como cuatro o cinco veces. Y me coge con la ropa. La otra puta que me pide la ropa para lavar. En la ropa que me lava, y me pone la huevada esa, ¡Ahí me cogió! Por seguirle conversa, ¡carajo! Tenía yo, una chica de Milagro ¡lindísima! Yo ya estaba botando a la otra, a la madre de mis hijos [...] La de Milagro ¡puta!, tenía cuarto año de colegio, empleada en la fábrica el Progreso. Había comprado un solar para hacer la casa ¡Y vea lo que he perdido! Una chica bonita, alta, de fuerza [...] la otra, chiquita, pero esas chiquitas son más del diablo que... Oiga que, lo único que no me di, que también no me di cuenta era el diablo, el diablo. El papá me sabía decir: 'hombre que tenga eco de hombre, no es de que enamorarse' [...] durante quince años le di toda mi energía, ¡carajo! [...] hasta segundo año de colegio les di. Porque el hijo de puta del padre nunca les dio. Le dicen el pollo, pero ni una caca de pollo les dio [...] Otra vez, viene un hijo, de un pariente de ella, y me hace tomar un trago. Un veneno el trago, una brujería ¡famosa! Me hacen tomar el trago, y me tomo el trago. Y ha sido un veneno para matarme la puta. Y un hijo, ¡puta! Parecía que era bueno ¡Putá! A un brujo que vivía allá me llevó: “¿Usted recuerda?, a usted en la puerta de su casa le dieron un trago”. Y ahí se echó, y le pegué un golpiza. Ella se creía muy poderosa. [...] creo que era porque ellos me dieron ese veneno para matarme y no me hacía nada [...]”. (Diego-IE12)

En tercer lugar, nos aproximarnos al contenido del modelo de identidad femenino en el ámbito doméstico para desvelar los mecanismos que procuran su sumisión y la reproducción de la desigualdad por medio de la articulación de las relaciones de producción y las de reproducción social y cultural. Esto nos permite observar como en el interior de los hogares se consume el “contrato sexual” (Montenegro, 2008:30) que naturaliza la conexión entre las responsabilidades de la crianza y las tareas domésticas con el mandato reproductivo orientando las prácticas femeninas hacia el desarrollo de estrategias de aguante.

En el relato de esta mujer de 18 años, que se había comprometido tras quedar embarazada, se ofrece una interpretación del universo doméstico que corresponde a la madre-esposa. Así, esta informante define el rol de madre-esposa en función de la "doble responsabilidad", como madre, de procurar el sustento de los hijos a través de su responsabilidad exclusiva sobre las tareas domésticas y, como esposa, asumiendo el mandato de obediencia, sumisión y confinamiento:

“Como es la vida de una madre, es difícil. Tienes la doble responsabilidad que no tenías [...] Tienes que mirar por la casa. Y antes, de joven, tú vienes y es tú madre que tiene que tener todo limpio. Y ahora no, ahora es uno que tienes que tener todo limpio. Y bueno, así, en casa. Y todos los días lo mismo, la misma rutina [...]”. (Fernanda-IE20)

Los mecanismos materiales e ideológicos que conducen hacia esta situación de confinamiento son resultado del régimen de dependencias y exclusiones que impone la segregación sexual de los espacios y la tareas, que, a su vez, es una consecuencia de la interpretación excluyente del ámbito público como masculino y del ámbito privado como femenino.

Como se ha mencionado más arriba, el acceso de las mujeres al empleo se ve rodeado por una serie de dificultades y hostilidades que, aparte de los peligros reales, elevan los costes sociales y simbólicos de la inserción laboral. La orientación de la feminidad hacia el espacio doméstico y su responsabilidad exclusiva sobre las tareas y los cuidados hacen que estas obligaciones no sean fácilmente transferibles, de modo que el abandono del mandato reproductivo hace peligrar el orden social, en cuanto altera la naturalización del universo sexualizado. De manera que, al elevar los costes simbólicos -ser una mala madre, una mala mujer, etc.- y sociales -perder la red apoyo, abusos, señalamiento, etc.-, por encima de los beneficios materiales esperados, se desincentiva la adopción de estrategias productivas.

En todo caso, la inserción en el mundo laboral reclama a las mujeres la consideración de una serie de cuestiones asociadas al género. Por un lado está la cuestión logística, es decir, la necesidad de constituir una red de apoyo social que le permita transferir parte de las responsabilidades reproductivas. Algo que no resulta tan sencillo como pudiera parecer, pues, como explicaba una informante, la obtención de los apoyos necesarios puede llegar a ser, no solamente complicada sino también, económicamente costosa:

“porque ahorita no te lo tienen gratis [...] “Aquí el tema laboral si es fregado. Lo primero es que no te quieren hacer contrato. Luego te quieren hacer trabajar lo que les da

la gana [...] Una madre tiene que trabajar puertas afuera, y a veces pagan por un día completo 2 dólares; 3 dólares a veces. Y tienes que pagar a alguien que cuide de tus hijos [...] para una mujer más fregado que para un hombre [...]". (Sonia-MR18)

En cualquier caso, el empleo añade a la mujer una mayor carga de trabajo debido a los prejuicios masculinos respecto a las tareas del hogar y el cuidado. Los hombres, como explicaremos más adelante, procuran mantenerse alejados de unas labores domésticas con elevados costes simbólicos para la masculinidad derivados de ese carácter subordinado de lo íntimo que transforma al hombre en "*mandarina*" e, incluso, lo feminiza -como se refleja en esta popular frase sentenciosa: "*el hombre que cocina se vuelve zorra*".

Debemos añadir a esto unos significativos costes simbólicos y sociales asociados con la trasgresión del mandato femenino, como se puso de manifiesto en los argumentos esgrimidos por algunas informantes al justificar dificultades para encontrar apoyo en el cuidado. Esto sucedió cuando se les planteó a algunas informantes la posibilidad de delegar el cuidado en los servicios públicos de guardería como mecanismo para resolver los problemas logísticos del cuidado, lo que permitió que emergieran algunas ideas que circulan en el medio social orientadas a desincentivar el recurso a estos servicios: "*Lo que comentan es que no los tratan bien en la guardería*" (Fanny-MR46)- La información que transportan estos rumores parecía reafirmar a las informantes en su compromiso con el hogar y el cuidado, ante el peligro y el remordimiento de "ser mala madre".

Se suman a estas dificultades los abusos y el carácter estigmatizante que la tolerancia social hacia el débito patronal proyectan sobre el empleo femenino. El empleo en el sector masculinizado obliga a las mujeres, por tanto, a asumir los prejuicios derivados de las percepciones que minusvaloran sus capacidades como madre-esposa y los consiguientes costes personales, sociales y simbólicos. Además, como vimos, de aceptar las posibilidades reales de explotación sexual inherentes a la aceptación social del débito patronal.

No obstante, es posible identificar una tercera vía que parece ofrecer una solución al problema de la elección entre la subordinación y la dependencia del confinamiento privado y los prejuicios y peligros del empleo público. Nos referimos a ciertas estrategias de inserción productiva que permiten a las mujeres sortear los inconvenientes del empleo a través de actividades que se desarrollan en los confines del espacio doméstico y las relaciones homosociales femeninas -costura, ventas a domicilio, etc.-. Con ello evitan las

desventajas simbólicas y los peligros que amenazan la presencia femenina en los espacios productivos masculinos.

4.3.2. El modelo masculino: poder, -vergüenza- emocionalidad y honor

Al aproximarnos al conjunto de valores, prescripciones y proscripciones que conforman el modelo de identidad masculino, podemos apreciar su correspondencia con los principios de individualidad y libertad que caracterizan el universo simbólico, convirtiendo a los hombres en principales garantes y beneficiarios del orden moral (Álvarez, 2002).

Esto parece deberse, como explica Fauroux (1988), a la cristalización en el mundo rural costeño de un modelo masculino que representa al hombre como ser solitario, valiente, asocial, imprevisible, violento y generoso. En similares términos se preguntaba Álvarez (2002:146): "¿Cómo son "verdaderamente" esos hombres que constituyen, formalmente, el bastión de sostén económico, moral y político de una sociedad rural caracterizada como "machista", "promiscua", "violenta", y con una "conciencia ingenua?".

Cómo ya hemos señalado, la movilidad¹¹⁵ e independencia contribuyen a configurar relaciones sociales frágiles afectadas del espíritu de libertad que penetra el subconsciente colectivo. Pero, al acercarnos al conjunto de relaciones e identidades que participan en el espacio social balzareño, encontramos como éstas representan en mayor medida la realidad de la experiencia masculina.

No obstante, esta esforzada individualidad es un ardid simbólico con el cual se ocultan las fuertes dependencias que tensionan una expresión masculina atrapada entre la negación de lo privado y la inconsistencia de lo público. Enfrenta, de un lado, la rigidez que impone su dependencia del espacio íntimo, del hogar, donde encuentra provisión a sus necesidades materiales, reproductivas, sexuales y afectivas. Sin embargo, este modelo masculino obliga a desdeñar el valor de lo que ahí encuentra desplegando unas violencias con las cuales expresa su distanciamiento.

De otro lado, esta representación de la masculinidad somete a los hombres a un incesante esfuerzo de demostración en su búsqueda y conquista de reconocimiento frente a

¹¹⁵ Esta movilidad masculina también aparece en las comunidad de Telembín donde los autores hablan de "una constante itinerancia de los hombres" (Chávez y García, 2004:128).

sus iguales -la fraternidad viril- que lo convierte en un ser excesivamente dependiente y vulnerable al juicio del honor. Sus prácticas y discursos quedan subordinados a la opinión del grupo homosocial, donde los consumos, excesos y violencias rituales de la hombría son las herramientas de expresión que permiten celebrar su hombría y renovar el pacto viril.

La incorporación de estas tensiones resulta en la excitación de unos cuerpos y unas mentes impelidas a la conquista de una elusiva virtud masculina, sometida al mandato de la hombría y el honor. Así, la ideología opera su política de control sentimental creando un modelo de identidad masculino emocionalmente frágil que, al instalar en el subconsciente de los hombres un sentimiento de vergüenza que les domina, logra estimular y orientar sus acciones de forma que todo cuanto les rodea queda subordinado a la preservación de su orgullo y su dignidad.

La comprensión de estos factores nos ayuda a entender la experiencia masculina en los campos específicos de acción. De este modo, encontramos en Balzar un modelo de sexualidad masculina hegemónico definido por el exceso y la abundancia como valores referenciales de las prácticas y los discursos. Con este fin, la ideología otorga a los hombres un amplio campo de acción para conseguir una cuantiosa conquista sexual y procreación, como estrategia -de masculinización- para la acumulación de capital simbólico y social.

El abanico de prácticas sexuales legítimas para los hombres incluye tanto la sexualidad conyugal -que puede ser poligínica- como un conjunto amplio y variado de comportamientos sexuales oportunistas -los lances ocasionales con sus “enamoradas”, fortuito o remunerado.

Dado que la cualidad de "mujeriego" es muy apreciada entre los hombres, éstos se afanan por compartir sus éxitos y conquistas amorosas con el grupo homosocial que debe validar sus acciones. La circulación de estos discursos masculinos sobre el sexo, como señalase Andrade (2001), se ve afectada por la “doble dinámica” del exceso exhibicionista y por el silencio. Por un lado, este “exceso” está presente tanto en la profusa utilización de la hipérbole en las narraciones como en la omnipresencia del tema en las interacciones homosociales masculinas.

Esto genera unas interacciones cargadas de excitación en las que se estimula la competencia sexual. De ahí que la necesidad de demostrar al grupo la aptitud sexual se

extienda a otros gestos públicos de vulgaridad, como el piropo, que atraviesan todas las clases sociales (Andrade, 2001; Bourdieu, 2000).

Por otro lado, las interacciones heterosexuales de los hombres se desarrollan desde los silenciamientos que impone la jerarquización de los intereses de género. Algo que se evidencia, por ejemplo, en las estrategias de engaño que utilizan los hombres para seducir o establecer compromisos paralelos. También aquí podemos incluir esas visiones interesadas sobre el sexo del otro que preservan una ignorancia y una incapacidad para entender al otro alimentada por "pornotopias" (Marcus, 2003), es decir, la imagen que construye el varón de la sexualidad, el placer y el deseo femenino de acuerdo con su propia interpretación (Brown, 2003).

En una ocasión, una mujer de 45 años me explicaba -extrañada por mi prolongado celibato- que un doctor le había dicho que los hombres no podían pasar más de tres días sin mantener relaciones sexuales. Esto nos muestra como la definición social de la sexualidad masculina se corresponde con esos valores que apuntan hacia una esencialización de la misma como referente y modelo de lo legítimo, por donde se cuelan esos malentendidos que justifican los abusos.

Una cuestión que podemos apreciar en el siguiente relato. Vemos cómo el informante, al narrar sus experiencias, define los gustos y necesidades del otro como un reflejo del ideal de hombría, en el que la descripción florida de esas peleas y conquistas que estimulan la libido masculina, se proyectan como referentes y estimulantes del deseo en el otro sexo:

"[...] Yo había tenido, donde quiera que iba. Me decían que yo tenía [mala] para que las mujeres me quisieran [...] Aquí, aquí en Balzar, siquiera unas treinta mujeres. Por todos lados [...] Las mamas...las abuelas. Las mamas querían darme a mí mujeres, para sacar hijos de mí. Viéndome pelear a mí ¡Un Hombre de estos! ¡No pendejadas! [...]". (Diego-IE12)

A su vez, la sexualidad de la mujer es frecuentemente referida en los discursos de los hombres con menosprecio, lo que, en parte, parece resultar de los sentimientos de desagravio y frustración que provoca el control femenino sobre la sexualidad y su capacidad de rechazo. Además, es posible advertir en estas interpretaciones el papel que desempeña la construcción del modelo de feminidad libidinosa, que se sustenta, precisamente, sobre los condicionamientos estructurales y simbólicos que someten la subsistencia de las mujeres a través de su dependencia material, la fragilidad de los

vínculos y la competencia sexual. El resultado es la proyección de una imagen hipersexualizada de la feminidad donde se reúnen la capacidad de control sexual -frente a una sexualidad incontrolable masculina- con ese componente de intencionalidad que configura la perfidia que le es atribuida.

La confluencia de todos estos factores permite la construcción de un modelo de relaciones sexuales, como se puede apreciar en los siguiente fragmentos, que se apoya en las violencias materiales, sociales y simbólicas que operan sobre las mujeres para posibilitar las condiciones que permiten a los hombres el cumplimiento del mandato sexual masculino. Así, aunque los elementos económicos subyacentes en las relaciones de género están presentes en los relatos (fragmentos 1 y 2 a los que haré referencia a continuación), estos adquieren un carácter secundario y son eclipsados por la poderosa imagen de una mujer hipersexual, tentadora y codiciosa (fragmentos 1, 2 y 3). La incorporación de estas lógicas lleva a los hombres a percibir la feminidad como un objeto en permanente disposición simbólica que reclama ser conquistado y dominado, siendo este el origen de los malentendidos y las interpretaciones maliciosas con las que se justifican muchas situaciones de explotación, abuso y violencia:

“La mayoría son mentirosas y son...hasta fáciles de conquistar. Ven un hombre con dinero y se aflojan. En cambio, usted va a la zona de la Sierra y es complicado. Allá, para que se entregue una mujer a un hombre, tiene que casarse. Salvo que haya una por ahí que le encante...andar cogiendo vida...”. (David-MR30)

“Hembra es barata aquí” “Una hembrita para “vacilar” el tiempo que está por aquí. Para joderla. Aquí hay hembras bastantes de esas. Usted le da un billetito y se conforma. Dice: `Mire, yo voy a estar por un tiempo, vamos a estar unidos, yo me voy, te puedo estar llevando. ¿Sí? o ¿no? –Me pregunta- . Si me gustas, te portas bien conmigo, te puedo llevar”. (César-IE01)

“Acá las muchachas paren rápido, tienen muchas hormonas...muy cachondas, muy cachondas [...] Tiene doce años y ya tiene un chaval. Aquí, ya te digo que las peladas tienen muchas hormonas, demasiado cachondas. Mucho químico el pollo [...] Aquí es rápido, si a una hembra tu le gustaste, la liaste, la llevas y te la follas, y ya está [...]”. (Marco-IE26)

En lo que se refiere al uso de la violencia, como ya se ha mencionado, ésta es ampliamente tolerada como mecanismo de vinculación y medio de expresión de la identidad masculina, representada como la depositaria legítima de su uso en defensa de su propia autonomía y su honor.

Por tal motivo, es fácil encontrar un amplio número de resortes que desencadenan esos comportamientos violentos que generan la buena fama -como son la defensa de la independencia, el poder, la ambición, el honor, los celos o la venganza- pero que, generalmente, están ligados a sentimientos de vergüenza y frustración. Esto, como ya se discutió, es consecuencia de la programación emocional del modelo de identidad masculino que lo dispone de modo permanente a la acción violenta y marca en su cuerpo los límites de lo tolerable ante los desafíos que causan la vergüenza, son esas "trampas que gobiernan al hombre" (Bourdieu, 2000).

Los relatos sobre la violencia -al igual que sucede con el sexo- son bastante frecuentes en las interacciones masculinas, donde el humor, o la ira, suelen acompañar estas exposiciones que marcan ese perfil distintivamente masculino caracterizado por su actitud desconfiada, desafiante e impredecible.

En cuanto al uso de la violencia dentro del hogar, este se asume como parte integrante del contrato sexual y, por tanto, un derecho potestativo del hombre. No obstante, en las interpretaciones de los hombres sobre estos abusos físicos y sexuales que tienen lugar dentro del hogar, puede apreciarse la operación de la ideología en el desarrollo de conceptos y argumentos que permiten su justificación o tienden a minimizarlos, presentándolos como un mal menor, preciso para restituir el orden natural en el hogar cuando las violencias femeninas atentan en su contra, como vimos el relato presentado en un relato anterior: *"Y ahí se echó, y le pegué un golpiza. Ella se creía muy poderosa"*- o cuando se presentan demandas a una masculinidad que no acepta ser cuestionada -como explicaba otra informante: *"y si la esposa le reclama le da puñetes"*.

Nos aproximamos ahora al ámbito doméstico para analizar las posibilidades, los límites y controles que orientan la identidad masculina en su relación con las personas y las cosas en este espacio. Así, encontramos como los elementos más significativos en la definición de sus interacciones privadas son la división sexual del trabajo, la vigilancia del grupo, su independencia financiera, la dureza emocional y la ausencia.

La segregación sexual de las tareas confiere al trabajo doméstico y al cuidado una capacidad feminizante que favorece el distanciamiento masculino de las mismas. Como nos muestra el siguiente fragmento, esta rígida identificación de las tareas domésticas con lo femenino dificulta la participación del hombre, impidiendo cualquier posibilidad del

reparto, lo que hace que las ocasionales incursiones del hombre en las mismas solo puedan ser interpretadas como meras "ayudas":

“En mi caso, mi pareja, en mi caso, no sé en otros casos, trae la comida, trae las cosas a casa [...] “Si, la verdad es que me ayuda. Me está ayudando mucho, mucho [...] Hay otras parejas que nada. Les piden: ‘¿lo puedes coger un momento? No, no’ Y es solo cogerlo [...] Yo creo que lo normal es que no ayuden”. (Fernanda-IE20)

A su vez, la segregación de las tareas se ve fortalecida por la vigilancia del grupo, que utiliza diversos mecanismos de control, como las burlas, para mantener vivo ese miedo que provoca la vergüenza de ser "catalogado" como "un mandarina" o "una zorra". La interiorización de este sentimiento les señala los márgenes de acción tolerables por el grupo y les previene de cualquier tentación de transgredir el orden de género.

Otro elemento que configura la masculinidad en el espacio íntimo son las obligaciones masculinas definidas, en gran medida, por el rol de sostenedor económico del hogar. Sin embargo, como ya apuntamos, estas obligaciones aparecen supeditadas a la expresión de la autonomía masculina y la subordinación del hogar al universo masculino. De modo que carecen de unos márgenes mínimos de exigencia social y pueden ser interpretadas con gran libertad por parte del esposo-sostenedor, lo que conduce hacia situaciones de gran informalidad que, además de ser socialmente toleradas, funcionan como vehículos de expresión de esa libertad y autonomía que enaltece la hombría.

Esto, como queda ilustrado en las siguientes narraciones, otorga a las obligaciones financieras masculinas un carácter bastante arbitrario, lo que lleva en ocasiones a subordinar las necesidades del hogar a los mandatos de una hombría que se vigoriza en los dispendios de la bebida y el sexo. Esa arbitrariedad se puede, además, manifestar de forma más extrema en la preceptiva renuncia del progenitor a asumir las responsabilidades reproductivas. En todo caso, esta autonomía masculina en las decisiones financieras genera las condiciones adecuadas para ampliar sus márgenes de negociación para asegurarse mayores espacios de independencia y concesiones, incrementando su posición de dominio en el hogar(es) y generando un escenario de mayor dependencia para la mujer.

“El padre de mi hija, hace, cuatro o tres meses, se sacó un loto de doscientos mil dólares, y yo, sí me alegré. Porque yo dije, yo para mí no quería nada, pero yo para mis hijos. Porque mi hijo está con él. Pero esta niña que está, prácticamente, está sin bandera, como decimos aquí [...] ¿Qué es lo que pasó? Que el papá se quedó sin dinero y no le dio

nada. Ahora le ha quedado un poco de dinero para ponerse una vulcanizadora [...] ¿Él? los amigos...y se quedó sin nada [...]". (Olga-MR63)

"En cambio [hay] otros que si, trabajan, y se encargan de darle lo que es alimento, y las cosas que necesita el niño para la salud [...] Y los padres, pues trabajan. Pero hay otros que no. Hay muchos casos de padres, pues...que las dejan". (Fernanda-IE20)

Un último factor que vendría a definir el despliegue de la identidad masculina en el interior del hogar estaría relacionado con la presencia de un componente emocional que le permite expresiones de cierta dureza. Si bien es cierto que los hombres suelen mostrar afecto en sus relaciones íntimas con hijos y esposas, resulta igualmente evidente observar en su disposición emocional de perfil arbitrario y tornadizo como medio de expresión de unos lazos definidos por el distanciamiento jerárquico y las ausencias¹¹⁶. Por otro lado, como nos muestra el siguiente relato, una emocionalidad masculina más ego -y homocentrada -en contraste con las posibilidades que plantea la reclusión femenina- permite a los hombres amortiguar sus ansiedades y frustraciones en la solidaridad "suave" del grupo de hombres y las prácticas masculinas:

"Las parejas se pelean al mes y se dejan botados, pero ahí la mujer es la que peor sale, porque se queda botada en casa. El hombre sale por ahí, anda chupando con los amigos, con otras mujeres, y no sufre. Pero la mujer sí". (Clara-IE05)

Estas ausencias del hogar forman el último vértice de unas identidades masculinas que deben ser incorporadas en ese espacio público en el cual establecen sus relaciones con el grupo, las relaciones productivas, relaciones sexuales y familiares. El resultado es la ausencia obligada del hombre de un espacio privado donde solo puede realizarse de modo incompleto.

La cuestión anterior nos permite situar la orientación exterior de la identidad masculina en un contexto de relaciones sociales marcadas por unos vínculos simbólicos fuertes pero que, a la vez, son social y emocionalmente frágiles.

¹¹⁶ La movilidad de los padres, la presencia de hogares en paralelo y la libertad para romper el vínculo hacen que estas ausencias resulten habituales, como también sucede en Telembín: "una constante itinerancia de los hombres, hace que en muchos hogares haya ausencia del padre" (Chávez y García, 2004:122)

Esta fuerza de los vínculos simbólicos permite la construcción del ideal de la fraternidad masculina a cuyo servicio pueden llegar a estar, como señalamos, las obligaciones familiares.

La orientación masculina hacia lo público se sustenta sobre tres mecanismos principales que ayudan a preservar su control sobre este ámbito, como son la reserva masculina de las actividades productivas, los controles maritales/sociales sobre la movilidad de la mujer *-justificados por los celos, la competencia sexual, la maternidad y la fragilidad e inestabilidad de los compromisos-* y, por último, los comportamientos de reclamo del espacio público que ayudan a convertirlo en un lugar hostil y amenazante para las mujeres.

En resumen, vemos cómo la composición eminentemente simbólica de estos vínculos, el fuerte individualismo y la desconfianza que los gobierna, atenazados por la actitud desafiante que provoca la continua excitación de la hombría, hace que los lazos sociales masculinos sean extremadamente inestables y frágiles, debido a su con escaso contenido - social y material.

5. LA MIGRACIÓN INTERNACIONAL BALZAREÑA

El objetivo de este capítulo es descubrir, analizar y comprender las dinámicas de reestructuración y resignificación que afectaron a las relaciones y los modelos de identidad de género durante el proceso migratorio de los balzareños.

Como vimos en el capítulo 3, a inicios de los años noventa comenzaron las primeras migraciones de balzareños, mujeres en su mayor parte, que salían con destino a la ciudad italiana de Génova. A medida que avanzaba esa década, el flujo de migrantes fue vigorizándose al tiempo que Barcelona se convertía en el principal lugar de destino de la diáspora balzareña. A esto debemos añadir el predominio de la presencia femenina en la composición del flujo, de modo particular en la migración más antigua que se dirigió a Italia, destacando el papel desempeñado por las mujeres como migrantes independientes y su contribución a la consolidación del flujo, al servir como primer eslabón de las incipientes cadenas migratorias que, con el tiempo, procurarán un reequilibrio en la composición de género del stock migratorio durante la siguiente década (2001-2010).

Estos datos nos permiten situar algunos de los impactos que la migración tuvo sobre un medio social que se vio dinamizado por los procesos de reconfiguración de su estructura demográfica, social, material y simbólica. El drenaje de población joven trastrocó la estructura de población, como pudimos observar en el capítulo 3 (Gráfico 5), lo que tuvo como efecto una notable reducción de la natalidad.

Así, si tomamos en consideración la juventud de los migrantes y la feminización del flujo migratorio en conexión con ciertos factores del contexto social de origen, como la maternidad temprana y la responsabilidad femenina sobre la reproducción, a priori parece evidente que la migración debió desencadenar un intenso proceso de reestructuración en la vida familiar, facilitando la constitución de hogares transnacionales. Como ha señalado Oso (2008), el hogar transnacional es resultado de una estrategia productiva que convierte a la mujer migrante en su principal responsable, un arreglo que puede llegar a transformar los equilibrios de producción-reproducción en los hogares (Cassain y García, 2014; Gadea, et al., 2009).

Al mismo tiempo, comprobamos como las responsabilidades materiales de los migrantes originaron una afluencia de remesas, como queda ilustrado en el siguiente relato,

lo que generó cambios en la estructura material en origen, cuyos resultados más visibles se hicieron notar en los patrones de consumo y las inversiones, lo que disparó el proceso inflacionario en la localidad, como advirtieron Guerrero et al. (2011) en su estudio sobre la pobreza en las regiones del Guayas y Los Ríos. El siguiente relato de una informante retornada nos ayuda a formarnos una imagen sobre el impacto de las remesas en la vida cotidiana y la actividad económica de la ciudad:

"Sinceramente, después de la afluencia de la gente, de la migración, mejoró muchísimo. Sinceramente, Balzar es un pueblo que progresó mucho a raíz de la emigración. Todo el mundo hizo su casita, mejoró las condiciones de vida y, bueno, que se vio en ingreso aquí, al pueblo. De dinero, ¿me entiendes? Que otros no lo aprovecharon, que otros se endeudaron, pero se vio la afluencia del dinero. Hasta cuando yo llegué, que yo llegué en el 2009, se veía mucha construcción, de la gente que arreglaba sus casas, aumentaban. Hasta, de aquí para acá, que ya se decretó en España la crisis económica, ya se quedó todo paralizado. Tú ves, dinero ahora mismo no hay. La construcción todo se ha quedado paralizado, porque hasta ahí llegó el dinero. Si se vio que aquí llegaba mucho dinero. Y eso si es verdad, cuando era comienzo de mes, la gente ¿para qué? las colas para sacar dinero de los bancos, para sacar lo que mandaban de allá. Porque ¿entiendes? todo el mundo mandaba. Mandaba que doscientos, que trescientos, de todas maneras. Aquí en el medio era dinero [...] Aquí se vio mucha cosa, si se vio mejorías en el pueblo. Yo pienso que sí mejoró mucho, mucho". (Carmen-MR04)

Estas transformaciones en las relaciones sociales y materiales incitaron, a su vez, un proceso de reconfiguración de los vínculos y una resignificación de los conceptos y categorías con las que los actores dan sentido estos acontecimientos y los integran en la realidad social. Por ello, hemos de dedicar el primer apartado del presente capítulo a examinar algunas de estas representaciones que emergen en el contexto migratorio pues, a nuestro juicio, tienen una importancia determinante en la configuración de las dinámicas que afectaron a las relaciones familiares, sociales e identitarias durante los procesos de migración y retorno.

Esto permitirá comprender algunos elementos de los casos personales con los que iniciamos este recorrido por el proceso migratorio, ayudando a entender las experiencias de mujeres y hombres. En un sentido más amplio, esperamos situar las transformaciones, negociaciones y estrategias de los agentes en el campo transnacional en conexión con la historia particular de este espacio social que da contenido a los conceptos -como mujer,

hombre, padre, madre, hijos, migrante, etc.- que organizan su mundo de experiencia y permiten a los actores interpretar y actuar sobre la realidad social.

Pero, antes de pasar a las relaciones familiares y de sexo-género, conviene detenernos para analizar algunas de las representaciones presentes en el contexto de origen, ya que estas dan contenido a los esquemas de percepción, evaluación y acción de los actores respecto a la realidad migratoria y, por tal motivo, resultan una valiosa herramienta para comprender el sentido de las prácticas y los discursos desde la perspectiva del actores.

5.1. LA CONFIGURACIÓN DEL ESPACIO TRANSNACIONAL: IMAGINARIOS Y DISCURSOS.

Tal como señalamos, los actores se desenvuelven en espacios de conciencia configurados por un conjunto de atributos y oportunidades construidas socialmente y percibidas por los individuos en base a la información que reciben del lugar (Faist, 2000; Wolpert, 1965). Es decir, la percepción de los actores tienen sobre los sujetos y los objetos que integran su realidad social es producto de las propiedades simbólicas que les atribuyen (Bourdieu, 2000).

De modo que la realidad migratoria es percibida, evaluada y experimentada por hombres y mujeres según su visión del campo social, lo cual les permite desarrollar distintas estrategias de acuerdo con la información disponible sobre el espacio (Oso, 2008; Pedone, 2005; Pribilsky, 2004). En este sentido, los "modelos psicosociales" mostraron cómo la información que manejan los individuos para elaborar sus juicios sobre la realidad migratoria está configurada por un número limitado de opciones que orientan su visión subjetiva de lo hechos, -su cosmovisión (Faist, 2000; Hagen-Zanker, 2008; Wolpert, 1965).

En línea con lo anterior, queremos subrayar cómo la (re)configuración de significados en el contexto migratorio no es casual ni neutra, como lo demuestra su presencia en diversos lugares a través del tiempo. Por el contrario, estos significados se encuentran insertos -incrustados- en un orden social pre-existente, organizado de acuerdo con los intereses hegemónicos que orientan el desarrollo de las relaciones sociales y simbólicas (Bourdieu, 1997; Foucault, 1998; García y García, 2006).

Así, vemos cómo estos intereses se manifiestan en la elaboración de ciertas representaciones e idealizaciones, que subliman o mitifican las posibilidades reales que ofrecen los lugares de destino, contagiando a los potenciales migrantes con ese entusiasmo

que anima el "síndrome migratorio"¹¹⁷ (Herrera, 2001; Pedone, 2005; Walmsley, 2001). La consolidación de una "cultura migratoria" (Pedone, 2005) se apoya en esta idealización del éxito del migrante, que se advierte tan sencillo cómo inmediato, según nos ilustran las palabras de estos informantes: *"con tanta ignorancia con la que emigraron, pensando que todo sería muy sencillo. Cuando salieron, todo el mundo decía que allí era muy fácil, que al llegar podría trabajar en una casa de interna, cobrando bien"* (Carmen-MR4)/ *"Decían que en España se ganaba bien, y por aquí y por allá"* (Eduardo-MR38).

La información que transmiten estos imaginarios debe ser situada en el contexto donde se forma la oleada migratoria, a finales de la década de 1990, marcado por una progresiva degradación de los medios de vida en origen, una situación que contrastaba con la prosperidad que prometían "los dorados" de destino (Mejía y Cortés, 2012). Estas quimeras penetraron de forma tan profunda en la conciencia colectiva que, incluso cuando se hicieron evidentes en algunos paisanos los peores efectos de la crisis financiera en destino, después del 2007, estos hechos apenas lograrán hacer mella en esos sueños de oropel que estimularon la migración. Como explica este informante, pocos serán los que digan que no *"si se les presenta la oportunidad"* a pesar de haber sido testigos de los retornos forzados por las circunstancias económicas de muchos balzareños, algunos de ellos obligados a regresar en difíciles circunstancias:

"Yo no sé cómo la gente le hacen, pero, a pesar que la situación no está buena, la gente tiene interés en salir [...] Los amigos, a veces me dicen que los ayude. Que los ayude que quieren irse a los Estados Unidos. Me pongo a pensar ¿y cómo así que EEUU? Si la cosa no está tan buena que digamos para irse para allá [...] Todos que España, España, España y España. A pesar que la situación está mala allá y hay gente que se ha venido del todo para acá. Sin embargo, quieren salirse todavía. No sé porque quieren salirse a pesar de que la situación no está tan buena [...] Quizá por aventurar, o van a pensar que van a tener la mejor vida [...] Todavía siguen con el sueño español, todavía. Español, italiano...lo que sea [...] La mayoría son los que quieren salir, pocos son los que dicen que no; pero, si se les presenta la oportunidad [...]". (Daniel-IE15)

¹¹⁷ Este síndrome, también, será resultado de un momento de posibilidad que facilita la formación de las redes y la "industria migratoria" (Walmsley, 2001).

A su vez, la información recabada durante el trabajo de campo nos muestra cómo esas quimeras sobre la prosperidad-éxito del migrante alimentan otros imaginarios que juegan un papel determinante en la configuración de las relaciones que establecen los actores en el campo transnacional.

Para comprender el alcance de estas representaciones sociales es oportuno recordar, de un lado, la difícil situación socioeconómica que se vivía en el lugar de origen y, del otro, el papel que juegan estas informaciones en el proceso de auto-refuerzo de las expectativas colectivas cuando se forma una oleada migratoria, como señalaba la hipótesis de la frustración relativa (Faist, 2000). Según este planteamiento, a medida que se consolidan las redes se produce aumento de las posibilidades para migrar, lo que provoca un aumento de las expectativas sobre los potenciales migrantes, y esto, a su vez, genera mayor presión en el medio social. El resultado de este proceso, nos cuenta Faist (2000), es un incremento de la frustración, ya que las expectativas sociales crecen mucho más rápido que las posibilidades -y/o las motivaciones- individuales para migrar.

Esto nos ayuda a entender una cuestión que emergió durante las entrevistas, como se aprecia en el siguiente fragmento, relacionada con el aumento de la presión y las expectativas -de migración- sobre los potenciales migrantes y el modo en que esto conduce hacia una situación en la cual el hecho de migrar, en sí mismo, llega a ser interpretado como un signo de éxito -"con tal de mostrar que tenía dinero, vendía todo, y se iban"- en el campo social:

"Pero no, hay mucha gente ha vendido todo. Hace...hace...creo, entre ocho y diez años, se veía mucho. La gente, de pronto, vendía sus casas, sus terrenos, para irse. Porque, yo creo, que -para ingresar al país- les pedían dinero [...] la bolsa de viaje. Y la gente, con tal de mostrar que tenía dinero, vendía todo, y se iban". (Daniel-IE15)

Es decir, la capacidad de migrar es interpretada en los lugares de origen como un logro y una marca de estatus. Por tanto, la condición de migrante procura el reconocimiento y la movilidad social al procurar rendimientos sociales y simbólicos, como nos recuerdan las palabras de esta informante:

"Yo, cuando fui y volví a los tres años, yo, conocía a la gente, pero no era amiga. Y de hola y nada más. Pero cuando ya venías de España la gente te trataba muy bien. Te invitaban a su casa. Porque se deben haber pensado que allá era algo tan diferente, pero, al final, uno se sacrificaba y se sacaba la madre". (Olga-MR63)

Una circunstancia de la cual podemos deducir, al menos, dos efectos, con diversas consecuencias sobre las relaciones sociales, que pasamos a considerar brevemente.

En primer lugar, la migración deja heridas en el grupo pero, especialmente, entre los potenciales migrantes, pues podemos comprender como el incremento de la presión del medio social sobre ellos conlleva un incremento paralelo de su frustración, ya que en el éxito de los que se van está implícito el fracaso de los que se quedan.

A esto parece oportuno añadir otro resultado apuntado por el trabajo de Shweder et al. (1997), quienes encontraron la existencia de un patrón transcultural de interpretación de la migración como una violación de la jerarquía, el orden o la lealtad hacia el grupo social, lo que, según los hallazgos de Rozin et al. (1999), tiende a provocar sentimientos de desprecio en el grupo.

Creemos que estos elementos pueden servirnos para explicar una serie de regularidades, presentes en los relatos sobre la migración, que evocan la presencia de un tema en las representaciones sociales que podemos denominar como discursos sobre la vanidad de los migrantes. Esto parece indicar, tomando en consideración los aspectos que hemos señalado más arriba, que la presencia de estas imágenes negativas sobre los migrantes podría estar cumpliendo la función de canalizar los sentimientos de frustración y desprecio de los actores. Con ello, los efectos positivos que se otorgan a la migración -el éxito-prosperidad y la promoción del estatus- son contestados por estas configuraciones que enfatizan las cuestiones del fracaso y la ostentación -de un rango jerárquico que no les corresponde.

El análisis de los relatos permitió advertir la presencia de un patrón, como muestran los siguientes fragmentos, con la repetición de ciertos elementos que insisten en la idea de fracaso/falsedad del migrante -"venían haciendo un préstamo" o "vienen empeñando joyas"- así como en su vanidad y ostentación - "A ver póngame ahí. Así venían"/ "a pintar lo que no tienen".

"Y me acuerdo cuando ellos venían para acá. Ellos venían haciendo un préstamo allá. Ellos venían con préstamo, venían, como se dice, con la plata. Acá ellos venían, ahh!, venían de España. Sentados con los amigos, ahí chupando: "A ver póngame cuatro jvas [cajas de cerveza] Tenga ahí. ¿Hay comida? A ver póngame ahí. Así venían. Y de nuevo se iban para allá, y se iban, de nuevo, sin plata. Y allá otra vez a empezar, y endeudaos". (Andrés-IE02)

"Hay muchos balzareños que vienen.... vienen, por ejemplo, cuando vienen de vacaciones, vienen empeñando joyas, lo que sea, prestando dinero por allá. Vienen aquí, a gastar todo lo que pueden. O sea, a pintar lo que no tienen". (David-MR20)

En segundo lugar, observamos cómo el éxito atribuido a aquellos que cumplen el sueño migratorio, conlleva una reconfiguración, al alza, de las expectativas sociales sobre los migrantes. Unas expectativas que tienen unos contenidos muy concretos, como se pudo constatar durante la investigación.

Así, se observa cómo estas expectativas conectan con un ceremonial de gastos y consumos que los migrantes deben cumplir durante sus visitas. En el caso de las mujeres migrantes, suelen ser regalos, mientras que, para los hombres migrantes suele tratarse de diversos agasajos al grupo homosocial -como bebida y otros consumos. También parece ser preceptiva, para ambos sexos, la financiación de ciertas celebraciones.

Con esto queremos destacar cómo estos discursos que denuncian la ostentación/vanidad de los migrantes-"*Acá ellos venían, ahh!, venían de España. Sentados con los amigos, ahí chupando*"- ignoran el carácter preceptivo de estos comportamientos, cuyo incumplimiento puede conducir al descrédito y la marginación social. Es a esto a lo que nos referimos cuando defendemos que la exageración y generalización de estos comportamientos que se atribuyen a los migrantes parecen cumplir una función catártica al permitir canalizar el resentimiento y la frustración dejados por la migración.

Esto, en cierto modo, contrasta con los argumentos defendidos por algunos trabajos donde se conecta la promoción del estatus social de los hogares migrantes con la adquisición de comodidades (Canales, 2005). Es decir, la relación causa-efecto que se identifica en estos trabajos señala los consumos -ostentosos- como elemento causal de la promoción de estatus, entendiendo que es a través de estos comportamientos que los migrantes y sus familias obtendrían reconocimiento en la sociedad de origen¹¹⁸ (Herrera, 2004).

¹¹⁸ "...es muy importante obtener reconocimiento en la sociedad de origen y demostrar que se ha triunfado. De ahí que esto se materialice en determinados consumos, cambios en las viviendas, adquisición de bienes de lujo, entre otros, todos bienes que permiten demostrar cambios de estatus de manera mucho más efectiva que a través de una inversión o el ahorro, siendo por otro lado generalmente económicamente irracionales y aumentando la dependencia frente a las remesas" (Herrera, 2004)

A nuestro juicio, la información obtenida a lo largo del trabajo de campo parece afirmar que la relación causa-efecto estaría orientada en sentido inverso. Esto es, la migración conlleva la promoción del estatus del migrante, lo que supone una transformación de las expectativas sobre ellos que condiciona sus prácticas. De tal forma que, a través de estos comportamientos logran ser reconocidos por los demás actores como sujetos de ese tipo.

De hecho, la construcción de estos imaginarios del migrante-éxito se nutre de las mismas ideas sobre la prosperidad, que se atribuye a los lugares destino, que utilizan los migrantes para elaborar sus proyectos migratorios -"o sea, los que llegaron con buena cabeza. Pusieron los pies en el terreno. Eso es emigrar, y somos emigrantes. Esos llegaron a trabajar, han tenido buenas casas" (Ángela-MR35). Pero, lo cierto es que cuando los migrantes llegan a destino se ven confrontados con una realidad que poco tiene que ver con esas ideas que portan en sus cabezas y advierten, más pronto o más tarde, que los logros y objetivos¹¹⁹ de sus proyectos son inalcanzables. Sin embargo, la situación para los actores que permanecen en origen es muy distinta, pues esas quimeras que comparten los no migrantes eluden el juicio de la realidad y, por tanto, su percepción sobre los lugares de destino y las expectativas que proyectan sobre los que migran no se reactualizan.

De forma que, las ideas del migrante-éxito son la principal fuente de información para los no migrantes, sobre las condiciones de los lugares de destino y los migrantes, y con ellas forman sus expectativas sobre estos último. Así que es en función de estas representaciones que los migrantes son posicionados en el espacio social y, por tanto, son ellas las que regulan las interacciones entre migrantes y no migrantes.

Además de estas, las representaciones sobre el éxito del migrante provocan otros dos resultados en los que nos detendremos más adelante, y que afectan a las relaciones que los migrantes despliegan en origen. De un lado, vemos cómo afectan al modo en que la población local recibe a los migrantes retornados, pues generan cierta desconfianza hacia ellos cuando regresan sin recursos -"Piensan que has estado con el saco". Por otro lado, dan forma a los discursos sobre el fracaso, que devienen en un fuerte condicionante sobre la valoración y la integración del retorno. Una situación que, como veremos, es más difícil

¹¹⁹ De modo recurrente aparece en los proyectos migratorios un objetivo de capitalización rápida, que en el plazo de dos o tres años debe permitirles alcanzar varios logros, donde priman la adquisición de hogar, negocio, etc.

para los hombres, pues ellos se ven más expuestos al juicio público del fracaso y más sensibles a la vergüenza que causa ser señalado como fracasado:

“nadie quiere dar trabajo a una persona que viene de fuera. Piensan que has estado con el saco [...] y que te quieres llevar más plata del pueblo”. (Marco-MR20)

“Allá tú fuiste la que te fuiste a España ¿y por qué no hiciste lo que tenías que hacer allá? [...] nadie quiere dar trabajo a una persona que viene de fuera. Piensan que has estado con el saco”. (Blanca-MR22)

“Ya si te vienes a quedar, te llaman fracasado. Te marginan”. (Miguel-MR61).

La reactualización de las expectativas en el campo transnacional, como resultado de la movilidad social de los migrantes, se encuentra acompañada de otra representación que permite dar encaje ideológico a uno de los principales acontecimientos que irrumpen en el contexto migratorio, la reestructuración del hogar. Veremos cómo los discursos que hacen referencia a este aspecto tratan de acomodar en el orden simbólico dominante, los desafíos que la emancipación femenina plantea a la configuración tradicional de las relaciones domésticas y conyugales, alimentando a tal fin los imaginarios sobre la destrucción familiar y la ruptura conyugal.

Los discursos sobre la destrucción de la familia se apoyan en argumentos que hacen referencia a la existencia de una esencia familiar tradicional cuyo valor debe ser defendido ante las amenazas que, como sucede en el caso de la migración, ponen en peligro la supervivencia de un modelo familiar "normal" (Herrera 2001; Morokvasic, 2007; Walmsley, 2001). Sin embargo, como explica Bourdieu (1997), el mismo enunciado de una normalidad familiar ya es muestra de una voluntad de intervención sobre esta institución. En el mismo sentido cabe decir que la mención de una normalidad familiar queda implícita en la idea de una normalidad conyugal, materna, paterna y filial.

Como se mostró en el capítulo anterior, estas representaciones sobre el modelo de familia ideal¹²⁰ -el núcleo conyugal monógamo- están tan presentes en Balzar, cómo contestadas por esa variedad de expresiones que dan forma al sistema familiar y conyugal. En cualquier caso, podemos decir que este modelo conyugal monógamo está integrado, al menos, por: un padre que ejerce la autoridad dentro del hogar y es responsable de la

¹²⁰ Recordemos lo que decía al respecto un trabajador social entrevistado durante el trabajo de campo: "Patrones y roles tenemos, pero para familias normales". Además, como ya hemos explicado, el modelo de familia nuclear orienta las prácticas y las percepciones que tienen los actores sobre la realidad familiar.

protección material y social de la familia; una madre aguantadora, subordinada y fiel al esposo, que a través de su presencia en el hogar ejerce su responsabilidad sobre el cuidado del hogar, el esposo y los miembros dependientes -ascendentes y descendentes-; y unos hijos, subordinados a la autoridad paterna y dependientes material y emocionalmente de la madre.

Una primera apreciación respecto a los discursos sobre el hogar transnacional que aparecen en el campo social es que estos toman como referencia esta familia ideal y sus roles, y no tanto la realidad de sus expresiones concretas. En segundo lugar, vemos como la migración femenina es el motivo principal sobre el que se justifican las distintas quiebras con el modelo familiar atribuidas a la migración (Herrera 2002; Oso, 2008; Sanz Abad, 2014; Wagner, 2008), cuyo coste social sería el fracaso familiar (Ogaya, 2004).

Esto es así porque la presencia de la mujer en el campo transnacional como migrante independiente contraviene el contenido del modelo de feminidad hegemónico, articulado, principalmente, en torno a la presencia de la mujer en el hogar. Esto permite comprobar cómo la ausencia de la migrante del ámbito privado sustenta, por extensión, los imaginarios sobre el fracaso familiar/conyugal, el abandono -moral y material- del hogar, el libertinaje y la infidelidad femenina.

Los discursos sobre la ruptura familiar defienden, como refleja el siguiente relato, que la ausencia -de la madre- provoca, de un lado, un perjuicio para los hijos al privarlos de la orientación y el cuidado materno, lo que les lleva a "*cometer errores*", como, por ejemplo, la maternidad precoz -pero también el consumo de drogas, la delincuencia, la holgazanería o la homosexualidad:

"Hay niñas que, en la adolescencia, cometen muchos errores porque no están sus padres: "no, mi padre está separado, tiene otra mujer. Mi madre tiene un marido..." Y la psicología del niño dice, como viven con sus abuelos, el abuelo ya no quiere tanto estar ahí, ahí. Se dañan. Por eso tiene que estar los padres ahí [...] Claro, y hay cambios porque como la mujeres están emigrando". (David-MR30)

Estos imaginarios penetran con fuerza en la conciencia de los actores, llegando incluso, a velar otras condiciones que plantea el contexto social de origen de forma muchos más evidente y que son principales responsables de estos resultados con los que se estigmatiza la migración femenina. Como se desprende del anterior relato, al ligar los embarazos precoces -"*comenten errores*"- con la ausencia materna-paterna, se están

ignorando los aspectos semiótico-materiales que configuran las relaciones sociales en Balzar, cómo son: la valoración de la sexualidad y la maternidad, la estimulación de la sexualidad y la maternidad temprana, y la omnipresente pasivización de la masculinidad - "se dañan".

Una vez más surge una evidente contradicción entre las representaciones sociales sobre las consecuencias que se atribuyen a la migración, que en este caso sería la ausencia de tutela -que lleva a las hijas a cometer errores-, y una realidad social donde la maternidad precoz es, y ha sido tradicionalmente, un hecho.

Esta contradicción aparece en la narración de una joven balzareña que, tras residir con sus padres en España durante un breve periodo de tiempo, fue enviada de regreso a Balzar, quedando al cuidado de su abuela. Con diecisiete años de edad, después de haber sido elegida "criolla bonita" en su barrio, quedó embarazada. Cuando habla sobre los embarazos precoces vemos cómo sus explicaciones reproducen esos imaginarios, repetidos en el medio e interiorizados por ella, entendiendo que su embarazo -"cometer errores"- como un resultado de la ausencia de sus padres -"Es problema de cómo te has criado lejos de tus padres [...] Y por eso que cometes errores"- . Sin embargo, según avanza el relato, en su argumentación aparece el reconocimiento de la maternidad precoz como un fenómeno propio del contexto de origen -"porque ya casi creo que todas las chicas de mi edad están así...embarazadas"-, en contradicción con sus anteriores argumentos. Este discurso muestra esa desconexión que se produce entre los juicios -ideológicos- que los actores desarrollan en el plano simbólico y aquellos juicios -factuales- que resultan su experiencia empírica:

"El problema que, cómo te has criado lejos de tus padres, por eso vienes y haces cosas. No tienes la confianza con tus padres, y por eso que cometes errores. Errores que [...] tú dices: no, no. Pero luego ya te das cuenta. Entonces, pues esto...bueno, que si uno sabía [...] porque ya casi creo que todas las chicas de mi edad están así...embarazadas. Ya uno, ni se admira ya. Esto no es que haya pasado antes, esto es recién ahora. Ahora hasta en la noticias han pasado que Ecuador, este, es el país que con más chicas jóvenes, hasta los dieciocho años, de doce a dieciocho años más chicas embarazadas [...] es ahora, y lo oyes hasta por las noticias...". (Fernanda-IE20)

En ocasiones, estas representaciones sobre el "abandono" moral de los hijos son acompañadas de imaginarios sobre su abandono material y la ruptura de los lazos, que refuerzan la estigmatización y culpabilización de las mujeres migrantes:

"...y sus hijos también han dejado aquí. Hay muchos hogares abandonados. Niños abandonados aquí. Y hay mujeres que ni se acordaban de mandar la plata a sus niños". (David-MR30).

"No podía, no podía tener ese corazón de otra gente [mujeres] que olvidan marido, hijos, todo. Y hacen otras vidas allá". (Julia-MR58)

Considerando que estos juicios se producen en un contexto social donde las relaciones familiares se caracterizan por la autonomía masculina y la irresponsabilidad del progenitor, parece evidente su voluntad de vulnerabilizar a las migrantes promoviendo una imagen negativa de ellas que sirve para fragilizarlas y estimular una determinada disposición emocional. Más si cabe porque la información recabada mostró cómo fueron las mujeres migrantes, principalmente, quienes asumieron el sostenimiento del hogar transnacional.

Por otro lado, la ausencia permite a la mujer migrante escapar a los controles y vigilancias sociales que operan sobre ella en origen. En este sentido, no puede extrañar la irrupción de discursos sobre aquellas cuestiones que suelen justificar las vigilancias sobre la mujer. Así, resulta frecuente la alusión a los vicios que se atribuyen a la naturaleza femenina -"*confunden la libertad con el libertinaje*" decía una informante. En este caso, vemos en el siguiente relato como se enfatiza la forma caprichosa/desconsiderada en que las mujeres migrantes ejercen su libertad:

"Allí la mujer mismo es libre [...] Claro, y hay cambios porque, como la mujeres están emigrando, las mujeres están en Europa y mandan a tomar por culo a ese hombre, cogen a otro hombre". (Ramón-MR36)

Una actitud atribuida a la mujer migrante que rompe con el modelo de mujer aguadora -"*la mujer allá no aguanta palos*" (David-MR30). Con ello, los discursos promueven la idea de una libertad femenina que es ejercida de forma excesiva y abusiva a expensas del orden social -la familia y los hijos. Pues consideran que la libertad femenina conduce hacia una vida libertina y promiscua en destino, como resultado del carácter inestable y antojadizo de la mujer- "*y ahí, también hay hombres buenos que los han dejado también allá; por tonterías*" (David-MR30)- que quiebra con ese valor de aguante que dignifica a el modelo de feminidad tradicional:

"El efecto ha sido porque, si tú estabas arrastrando tantos años malos con tu pareja, y como tú ves que en Europa es...allá la mujer no aguanta palos, como decimos nosotros aquí. Hay hogares que han tenido problemas arrastrándose de muchos años, y tú llegas a un país

europeo, y tú ves la libertad que hay allí, la mujer mismo es libre. Aquí si tú tienes tu pareja y andas...sales con otro chico, ya aquí lo ven mal, y te ponen así, te catalogan. En cambio, la mujer tiene libertad, encontró otra persona, se va con esa otra persona [...] pero, aquí tú no lo puedes hacer porque te catalogan mal a la mujer aquí". (David-MR30)

Como es lógico, esta imagen libertina de la migrante es fuente de mayores problemas cuando se trata de una mujer casada, pues estos discursos estimulan las sospechas de infidelidad y alimentan unos celos que hostilizan las relaciones de la pareja transnacional.

Parece adecuado recordar algunos factores del contexto de origen para entender el sentido de estos imaginarios que relacionan las rupturas conyugales con el libertinaje sexual femenino. Debemos recordar cómo los hombres se benefician de diversos arreglos que les permiten abandonar el hogar en una situación relativamente beneficiosa, así como de una serie de licencias -sexuales y reproductivas - que desincentivan la decisión de ruptura por parte de los hombres. Por otro lado, las mujeres encuentran fuertes condicionamientos que limitan su capacidad de acción respecto a la ruptura. Por tanto, la migración viene a poner en cuestión este modelo vincular pues al desvanecerse esos elementos coactivos se abren nuevos espacios de oportunidad para la mujer migrante.

Pero lo cierto es que algunas de las migrantes entrevistadas eran jefas de hogar antes de la migración, mientras que otras encontraron en la migración la oportunidad de emanciparse de relaciones indeseadas. Sin embargo, en ninguno de los casos de ruptura que se conocieron apareció la infidelidad femenina como causa de la misma. Por el contrario, tanto a través de los relatos masculinos como de la observación se pudo conocer la relativa frecuencia de las infidelidades masculinas, situaciones que eran o habían sido, al menos tácitamente, consentidas por las esposas. Sobre esta situación nos ilustra el relato de este informante:

"De esos casos se ven bastantes aquí [...] Porque la mujer es como más consciente que el hombre va a andar con mujeres, y como que se detiene un poco a dejarlo. En cambio el hombre no, cuando el hombre ve que su mujer la tiene infiel, entonces ya, la deja, y hace problemas y todo [...]" (Daniel-IE15).

En cualquier caso, los imaginarios que conectan la migración con la ruptura del hogar -"Ha destrozado, ha separado hogares. Yo he conocido hogares que, años viviendo, y se separaron" (Ángela-MR35)- suelen identificar a la mujer como su principal responsable, ya sea debido al abandono del hogar, por las infidelidades o por esa actitud frívola y

antojadiza que se entiende propia de la naturaleza femenina. Esto, como expondremos a continuación, se sostiene a pesar de que la información obtenida confirma que han sido las mujeres quienes han mantenido sus compromisos con el hogar de un modo más estable.

Con esto queremos hacer notar la contradicción entre las ideas sobre el libertinaje y la promiscuidad femenina -juicios ideológicos- que circulan a través de estos discursos, y una realidad donde estos hechos no aparecen, o son silenciados, al tiempo que la infidelidad masculina emerge como un elemento común en las prácticas y los discursos concretos -factuales. Esto permite identificar en estos imaginarios una voluntad de recrear en el campo transnacional las condiciones de explotación de la feminidad.

Es decir, estas estrategias de sanción social dirigidas contra la ausencia del hogar de la mujer-madre-esposa (Mejía y Cortés, 2012; Morokvasik, 2007) tienen la finalidad de condicionar emocionalmente a las mujeres migrantes que, al interiorizar estas ideas, viven su experiencia migratoria acompañadas de continuos temores y reproches (Mejía y Cortés, 2012). Al despertar estos sentimientos de culpabilidad en las migrantes, se abren nuevos espacios de interacción (Walmsley, 2001), donde la mujer debe negociar su posición de sostenedora del hogar condicionada por esa fragilidad emocional (Ponce, 2006), lo que permite al resto de actores desarrollar dinámicas de explotación y control (Canales, 2005; Morokvasik, 2007). Una cuestión que advierte Oso (2016:226) cuando afirma que "a través de los afectos se gana o se pierde dinero".

Ahora, podemos ver la conexión entre esta cuestión -la culpabilización- y la aparición en el hogar transnacional de una cultura de dependencia que da lugar a toda una serie de reclamos y consumos que desincentivan el esfuerzo de inserción productiva de los dependientes de las remesas. En estos procesos se instrumentalizan los sentimientos de culpabilidad de la mujer migrante para reducir sus espacios de negociación y generar nuevas dinámicas de dependencia-explotación.

En el caso de los maridos, los imaginarios sobre la infidelidad de las migrantes y su condición de mantenido -mandarina- están interconectados, produciendo una situación peculiar. Algunos relatos, como refleja el siguiente fragmento, han mostrado cómo la sensibilidad de la esposa a este perjuicio simbólico que causa al marido -"cachudo" y "mandarina"-, ha servido para estimular mayores concesiones materiales y morales hacia su esposo. Esto permite al marido obtener una rentabilidad material -con el ingreso las remesas- y una rentabilidad social -reforzando su virilidad con el consumo de alcohol y las

infidelidades- que le compensan por preservar el compromiso en la distancia (Andrade, 2001; Gamburd, 2002).

"Pero ahí está esa pobre. Es que esa señora también es "cojúa". Esa señora sabe de qué pata cojea el marido. Al marido le gusta andar jodiendo vida con una y con otra. Y en cuanto llega el dinero...[...] Para que un sinvergüenza esté viviendo a costa de ella". (Miguel-MR61)

Algo similar puede decirse respecto a los hijos, y sus cuidadores, donde los sentimientos de culpabilidad de la madre -por el abandono- están vinculados a diversas estrategias orientadas a compensar materialmente su ausencia física del hogar. Al mismo tiempo, veremos cómo estas prácticas son utilizadas para levantar nuevos cargos contra las madres-migrantes que, ahora, son acusadas de estar "malcriando" a sus hijos:

"Lo que si somos nosotros culpables. Los padres que nos vamos dejando nuestros hijos aquí, es complaciéndoles en todo, huevadas, perdóneme la mala palabra. Todas las tonterías. Yo lo digo por experiencia propia. Por la madre de esas criaturas que están allí [...] El hijo le invitaban a un baile, la madre decía: mijito vaya ¡Diviértase! Ya que yo no estoy con usted, por lo menos disfrute. Pero mamá, yo no voy a ir con lo mismo ¿Y qué te quieres poner? ¿Y cuánto vale eso? Y vale tanto ¿Y por qué vale tanto? No, porque ese es el que quiero yo. Entonces, en grandes partes, son culpables los padres ¿por qué? Porque, si yo tengo un hijo aquí, y yo me voy a otro país a trabajar, por darle buenos estudios, y que salga a delante esa criatura. Por darle buenas cosas. Un nivel de vida mejor. Pero, con medio, los estudios. Pero ¿Y si esa criatura no lo aprovecha? Y aun sabiendo que no lo aprovecha, lo estás manteniendo. Le estás permitiendo que llegue borracho. Que se ande metiendo con el uno el otro. Haciendo problemas. Esas cosas no se deben de permitir. Y en eso somos culpables nosotros, los padres. Y porque están en España: qué si, que tú no vas a ser el último que vas a llegar a esa fiesta. Tú te tienes que ir así, así, y asao. Entonces esas criatura no hace...no hace el camino por salir adelante por sí mismo. Sino que está bajo el mando de la madre. Está bajo lo poco que manda la madre. Bajo lo poco que manda su madre, está viviendo él, y haciendo tonterías. Y la madre siguiendo aún, mandando y mandando. Para que el hijo no trabaje, para que tenga todo en su casa ¿Cuándo va tomar capricho una persona en salir y buscar un trabajo?". (Miguel-MR61)

5.2. LAS RELACIONES MATERNO-PATERNAL-FILIALES Y CONYUGALES EN EL CONTEXTO MIGRATORIO: HOGARES TRANSNACIONALES Y HOGARES MIGRATORIOS

Quizá sea en las relaciones de filiación y matrimoniales donde se aprecie de modo más evidente el impacto transformador de la migración sobre las relaciones sociales en

origen, pues la movilidad de algunos de sus integrantes implica, con frecuencia, importantes reacomodos y, con ellos, la necesidad de redefinir ese sistema de compromisos que se sustenta sobre unos lazos sociales tan íntimos y densos.

El hogar, entendido como "unidad elemental de la reproducción social" (Mingione, 1993), o mejor como el "principio de construcción" de esa realidad (Bourdieu, 1997), ve fortalecido su protagonismo en un contexto migratorio donde se amplifica su capacidad performativa, ya que la mayor parte de las prácticas transnacionales transcurren en su interior (Cassain y García, 2014).

Como ya señalamos, el hogar es una entidad corporativa que vincula a los sujetos a través de un haz de obligaciones materiales, morales y afectivas (Mingione, 1993; Bourdieu, 1997). Pero estas obligaciones no son naturales ni inmutables, sino que son construidas socialmente, forman parte de un proceso socio-histórico. En tal sentido, deben ser recreadas y/o contestadas en cada encuentro entre los intereses individuales y el interés del grupo, y deben ser negociadas para garantizar la reproducción, desarrollo (Bourdieu, 1997 y 2000; Sanz Abad, 2014; Segalen, 2004) y la supervivencia de sus miembros (Mingione, 1993).

La observancia de las obligaciones que dan sentido al hogar depende de su capacidad para estimular en los individuos el "sentimiento vitalicio de pertenencia" que lo identifican como un campo de emocionalidad intensa (Bourdieu, 1997). Son estos afectos obligados que impone el espíritu de familia los que permiten al hogar asegurar el cuidado moral, emocional y material de sus miembros a través del tiempo (Bourdieu, 1997; Oso, 2008; Parreñas, 2001). Así, cuando se pone en marcha una estrategia transnacional, su supervivencia pasa por encontrar los mecanismos que le permitan resistir y actuar no solo a través del tiempo sino, también, de la distancia.

En este apartado exploramos las transformaciones que la migración introduce en la organización y estructura de los hogares como resultado de la movilidad y/o la separación física de sus miembros (Gadea et al., 2009). De forma que, la estrategia migratoria desarrollada por los hogares puede suponer una reorganización de las relaciones que le dan forma, cambios en el contenido de los vínculos y, como resultado, de las posiciones que ocupan los sujetos en ese campo de fuerzas. Ahora centraremos nuestro interés en el primer aspecto, la estructura del hogar, dejando el análisis de las dinámicas que afectan a los procesos identitarios para el último apartado de presente capítulo.

En primer lugar, es posible advertir dos opciones principales que debe valorar el hogar en relación con la migración de sus miembros, estas son: la separación o la movilidad conjunta. Sin tomar en consideración otras variables, podemos decir que la primera decisión supondrá la formación de un hogar transnacional, mientras que la segunda lo llevará a la formación de un hogar migratorio.

No obstante, para examinar los posibles cambios que esto introduce en la estructura familiar y situar estos arreglos dentro de un marco analítico adecuado resulta preciso tomar en consideración la presencia de tres factores que deberemos tener en cuenta durante el análisis, como son: las situaciones de salida, la temporalidad y la complejidad. En definitiva, lo que intentamos averiguar es si la formación de los hogares transnacionales y migratorios supone una continuidad con las expresiones presentes en origen o si, por el contrario, introducen variaciones respecto a estas; en cuyo caso deberemos preguntarnos por el contenido de dichas variaciones.

En lo que se refiere a las situaciones de salida, encontramos una primera diferencia entre los migrantes que no tenían cargas familiares al salir y aquellos otros que tenían hijos a su cargo. En ambos casos es preciso señalar la elevada frecuencia con la que los entrevistados estaban integrados en grupos domésticos extensos antes de migrar -*"Yo antes vivía con mis padres, con lo cual yo quería comprar mi casa"* (Marco-MR20). Al mismo tiempo, vemos como una parte de las mujeres se encontraban al frente del núcleo familiar en el momento previo a su salida, si bien dichos núcleos estaban incorporados en su mayoría a hogares extensos. Igualmente, advertimos que algunas de estas mujeres y hombres ya habían establecido compromisos secuenciales antes de su salida, mientras que algunos hombres habían mantenido compromisos paralelos antes de la salida y otros los mantuvieron activos durante la migración.

En segundo lugar, es preciso indicar que los hogares transnacionales y migratorios se ven insertos en una temporalidad que los somete a continuos reajustes, con cambios de cuidador y de pareja, nacimientos, que suelen venir acompañados de flujos de reagrupación-dispersión de sus miembros que hacen variar su configuración a lo largo del tiempo (Gadea, et al., 2009). De tal forma que estas dos categorías básicas de hogar a las que hacemos alusión se corresponden, en la mayoría de los casos, con diferentes estadios por los que atraviesa el hogar durante en su existencia migratoria. Pero, no por ello, debemos desestimar lo que aportan, pues nos ayudan a identificar un conjunto de

dinámicas y experiencias concretas que se corresponden con el modelo de convivencia - conjunto o distante- que establece el hogar como parte de su estrategia migratoria.

Por último, es necesario considerar que estas categorías -hogar transnacional/migratorio- apenas abarcan una parte de la complejidad en la que se desenvuelven unas relaciones donde puede resultar complicado situar los límites de un núcleo familiar (Mejía y Cortés, 2012). Antes bien, la realidad muestra cómo se produce una multiplicación de los hogares, ya porque dependen de los ingresos de los migrantes, o, como sucede con la poligamia masculina, porque se forman redes de hogares matrifocales transnacionales y migratorios.

Pasamos, ahora, a analizar algunas de las consecuencias que tienen sobre las relaciones paterno-materno-filiales y conyugales las decisiones estratégicas que asume el hogar respecto al modo de convivencia conjunta o distante que establece en el espacio migratorio.

5.2.1. El hogar transnacional

Analizamos, en primer lugar, los vínculos que conforman el hogar transnacional, lo cual nos lleva a plantearnos tres cuestiones que permitirán comprender y situar las historias personales que les suceden, estas son: ¿Qué es el hogar transnacional? ¿Cuáles son las causas de su formación? ¿Cómo se organiza el hogar transnacional?.

Como ya hemos explicado, el hogar transnacional es resultado de una solución estratégica de movilidad que conduce a la separación de sus miembros en dos -o más- núcleos, uno productivo en destino cuyas responsabilidades reproductivas son transferidas a otro en origen, quedando ambos núcleos integrados mediante un conjunto de intercambios materiales y afectivos que permiten la supervivencia del proyecto familiar en la distancia (Oso, 2008; Sanz Abad, 2014).

En cuanto a las causas que facilitan su formación, éstas son resultado de las condiciones que afectan a las estructuras productivas y reproductivas, que tienen que ver, principalmente, con los elevados costes de traslado y reproductivos en destino, una situación a la que contribuyen la falta de una red de apoyo para la crianza en destino o la inseguridad jurídica de los migrantes (Oso, 2008).

De acuerdo con esto, el hogar transnacional debe resolver tanto la supervivencia del núcleo productivo en destino como la del núcleo reproductivo en origen, al tiempo que

divisa los mecanismos que le permiten funcionar como una unidad integrada y permanente en la distancia (Levitt, 2001; Oso 2008; Sanz Abad, 2014). En este sentido, una primera decisión del hogar será la delegación del cuidado de los miembros dependientes y el establecimiento de una red de apoyos (Oso, 2008; Sanz Abad, 2014), una responsabilidad que, como han mostrado diversos trabajos, suele recaer sobre la mujer-madre y se resuelve dentro de la feminidad -las cadenas del cuidado a las que ya hicimos alusión (Horschild, 2001; Oso, 2008; Pedone, 2005; Solé et al., 2007).

Una vez constituido el hogar transnacional debe desarrollar una estrategia afectivo-material¹²¹ para el cuidado moral, emocional y material de los hijos que, habitualmente, es el origen de un proceso de negociación de los compromisos y del sentimiento familiar de pertenencia y unidad (Levitt, 2001; Oso 2008 y 2016; Sanz Abad, 2014).

Para ilustrar estas cuestiones se describen, a continuación, las trayectorias migratorias de algunos informantes, esperando que esto nos permita situar el análisis de las prácticas transnacionales que se desarrollan en el interior del hogar, lo que, a su vez, nos ayudará a mostrar las permanencias o los cambios que se producen respecto a los patrones de género tradicionales.

El primer caso es el de una pareja que al migrar dejó a su hijo al cuidado de la abuela. María (MR09) tenía veintidós años cuando viajó por primera vez a Génova, en 1994, para reunirse con sus hermanas. Durante una visita en Balzar, en 1997, conoció a Daniel (MR08), que se convirtió en su enamorado. Al término de sus vacaciones, María debía regresar a Italia y dejar a su pareja, quién, le dijo, que la esperaría durante un año. De modo que pasado este periodo, ella regresaría a Balzar con la idea de "*llevarse*" a su enamorado.

Sin embargo, durante ese tiempo ella quedó embarazada, con lo que ambos decidieron que sería conveniente esperar a que su hijo naciese antes de viajar juntos a Italia.

¹²¹Cómo se advierte en la relación existente entre las remesas y los afectos, según advierte Oso cuando habla del "círculo de las remesas", en referencia a una relación circular que se produce por medio de: "a) La búsqueda de dinero transforma las relaciones familiares y sociales en términos de presencia y proximidad física, pero, a la vez, b) con el dinero, se crean, mantienen, reproducen y alimentan lazos emocionales y afectivos; c) a través de los afectos se consigue o se pierde dinero, construyéndose obligaciones en el marco del parentesco y de las relaciones sociales de amistad y vecindad que recubren el plano de lo económico. El círculo afectivo del dinero en el fondo resume la tensión dialéctica existente entre el capital financiero y el capital social. Y, más en concreto, entre lo que podríamos denominar como "capital emocional", refiriéndonos con ello a los recursos afectivos de los cuales disponen los individuos" (2016:227).

Finalmente, en el mes de octubre de 1999, emprendieron viaje a Génova, con el objetivo de reunir suficientes recursos durante dos años para construir la vivienda familiar e invertir en algún negocio. Detrás dejaron a su hijo, de ocho meses, al cuidado de la madre de María.

Al llegar a Italia, Daniel consiguió un trabajo temporal irregular en la construcción a través de su hermano, que vivía en Génova. En el año 2001 conseguiría su primer contrato en una empresa de construcción y pintura, lo que le permitió tramitar su tarjeta de residencia. Finalmente, durante los últimos dos años en destino tuvo que darse de alta como autónomo, pues la empresa le informó que no podía asumir los costos de contratación. Esto hizo que sus gastos superasen los ingresos de forma habitual. Por su parte, María se dedicó al cuidado de mayores de lunes a viernes, una actividad que realizó de forma irregular durante los dos primeros años.

Tanto Daniel como María enviaban remesas a sus respectivas madres. Además, solían visitar Balzar cada dos años, manteniendo contacto telefónico de forma regular. Ella cuenta cómo podía llegar a llamar hasta cuatro veces por semana y, en ocasiones, a diario. Hasta el punto, explica, que su marido llegó a reprenderle en más de una ocasión, argumentando que los gastos en llamadas no les permitirían ahorrar lo suficiente.

La relación con la cuidadora -madre de María- fue bien, al menos hasta que su hijo entró en la adolescencia, momento en que la abuela se sintió incapaz de controlarle ante los peligros de drogas y delincuencia que advertía en el entorno escolar, para los que no se veía preparada. Esta situación terminó motivando un retorno que ella, dice, emprendió con más convicción que su esposo, quien lo asumió con mayor relucencia pese a la inestabilidad laboral y los largos periodos de desempleo que sufría.

El segundo caso es el de Olga (MR63), una mujer que se divorció antes migrar, dejando a sus dos hijos en origen. Su historia refleja las dificultades que afrontan los migrantes respecto a sus responsabilidades con el hogar y los problemas que pueden surgir con la crianza en la distancia.

Aunque Olga trabajaba antes de migrar y, a pesar de que su jefe le propuso un ascenso al presentar la renuncia, ella se mantuvo firme en su decisión, pues quería huir de los problemas de su separación, ya que su relación no había conseguido superar las infidelidades de su esposo, cuenta:

"Yo me fui porque tuve un divorcio, y por eso, para olvidar, para... y estando allí, pues ya...me gusto". [...] Yo trabajaba allí, en los peajes. Y ahí trabajé, los cinco años [...]

cuando yo puse la renuncia, me dice, el jefe de todos los peajes me dice pues que me iba a dar un puesto de supervisora, para que me quede [...] que me iba a dar un puesto de supervisora para que no renuncie, para que no. Pero como yo estaba tan dolida con todo lo que me había pasado, dije: ¡No! ¡No! ¡No! ¡Me voy! Pero no pensé en que yo les hacía daño a mis hijos". (Olga-MR63)

En 2002, Olga viajó a Barcelona, donde tenía algunos familiares y, entre ellos, su madrina, que la había ayudado a financiar el viaje. Aunque había planeado una estancia de dos años, tanto las dificultades para encontrar empleo, como la inestabilidad o las situaciones de abuso laboral que debió afrontar, hicieron que se prolongase más de lo esperado -"yo solamente iba para dos años, por lo sentimental, pero al final se convirtieron en 10 años", como nos explica:

"Claro, porque no hay trabajo, y te echan y eso. Y uno como va...y la mayoría de los que hemos ido endeudados hasta aquí, fiando el pasaje, y en ese tiempo la bolsa que pedían...y por eso aguantaba [...] Pero ya llegó un momento en que el cuerpo ya no aguanta y explota [...] no, no, no, yo no la había cubierto, porque yo le había prestado a mi madrina y ella me dijo, ahijada, cuando usted pueda. Entonces yo ya me salí de este trabajo [...] O sea, fue algo así, porque yo ya me quedaba sin papeles. Todo el mundo los había obtenido y yo, además, como no trabajaba. Y por medio de una prima que trabajaba [...] ¡uh! Las pasé canutas en ese tiempo que no tenía trabajo, tenía la familia, mis hijos y todo eso. Me endeudé por que le decía mi madrina: ¡présteme para mandarles! Pero así me endeudé, porque siempre el trabajo fue así, de paga pues no ganaba mucho, entonces y pagar, hasta que me cansé [...]". (Olga-MR63)

Su vida en destino quedó marcada por la inestabilidad laboral, las dificultades encontradas en los empleos y la inseguridad financiera, a la que se unieron sentimientos de añoranza y de soledad, todo lo cual la sumió en un estado de prolongada depresión que condicionó el resto de su experiencia migratoria:

"[...] si, yo siempre alquilaba habitación, porque, como era yo sola ...[...] Y ya después me vine aquí, y me quedé así, unos tres meses, porque ya me dio depresión. Y eso, la pasaba muy mal. Iba tres meses y me venía, porque no soportaba. Hasta que ya la última vez pasó, y dije: y ya hasta este tiempo trabajo. Trabajé de mañana ya, ya después, me cansé también [...] trabajé de mañana ya, y en la tarde iba a limpiar, así, una casa. Trabajaba ocho horas. Y ya de ahí decidí ¡me voy! ¡Me voy para mi país! [visitas a Balzar] Sí, porque a mí me daba eso del sentimentalismo y compraba un billete. Y como allí te dan la oportunidad de irlo pagando, me venía. Me pasaba la crisis un poco y otra vez me iba [...] gasté todo el

dinero, creo, pagando los billetes. Porque me ponía grave [...];Claro! ¡Claro! más o menos uno se pone así mal, y quiere volver porque uno no ha conseguido lo que...porque, a ver, yo me fui por olvidar al padre de mis hijos y toda esa cosa, ¿no? Pero al mismo tiempo yo decía, ya uno puede tener una casa...yo que sé. A ver si lo logro, voy a hacer el intento. Entonces más eso. Pero al ver que no se pudo, entonces esto como que...a veces me siento culpable [...]" (Olga-MR63)

Una parte importante de los problemas estuvo relacionada con las dificultades que generó la crianza de sus dos hijos en origen. Cuando se marchó los dejó al cuidado del padre, que pronto desatendió sus responsabilidades, haciendo que estos quedasen en situación de abandono. Entonces ella decidió dejarlos al cuidado de una hermana, algo que también lamentaría, pues ambos sufrieron situaciones de maltrato en dicho hogar. Así, expresa con desasosiego como, a pesar de que ella mantuvo un contacto constante con sus hijos y asumió la responsabilidad de su manutención, no pudo evitar el dolor y el abandono que sufrieron sus hijos durante su ausencia:

"Primero los dejé con su padre. Luego su padre se hizo el desentendido, se fueron a vivir con mi hermana. Luego el niño se puso rebelde, volvió con su padre. Y mi hija se quedó viviendo sola en un departamento...era...[...] a la casa de mi hermana había convencional, ya luego se compró. Y yo si era posible cada día llamaba. Porque tengo a mi madre también, que ya tiene sus años. [...] Se desentendió, porque él pensaba que de esta manera él me hacía daño a mí. Pero el daño vino a agarrar...agarró fue en los niños. Porque él viva la fiesta. Entonces yo soy la que está pensando, que mis hijos, sino fuera por mí, ya estuvieran [llora] [...] Pero, por lo menos, estando aquí, yo hubiese hecho lo posible para...porque yo decía: ya que no me tienen a mí, por lo menos económicamente tuvieran bien. Pero tampoco [...] porque yo...porque mis hijos estaban con una persona que no les atendía cien por cien. Solamente, malo que lo diga, solamente lo que yo mandaba. Y entonces, ahora que ella ya está grande me dice: "Mami, sé que nunca te dije nada para que tú no sufras más! Y a ratos que me cuenta ¡uf! [llora] [...] Aparentemente era buena persona, y todo, pero resultó que no, cosas que...no, cosas que una criatura...que no tenía que haber sucedido. Entonces, ella ahora, que ya estamos solas. De noche en la misma cama nos acostamos, conversamos. Entonces ella me cuenta. Entonces yo digo: Dios mío ¿Por qué yo dejé que esto pasara? ¿Por qué tú no me lo contaste para remediarlo?". (Olga-MR63)

Así, aparecen en su relato una sucesión de reproches que reflejan un profundo sentimiento de culpabilidad respecto a los trastornos sufridos por sus hijos como

consecuencia de sus decisiones, ya sea por haberse marchado -"Y digo, si me hubiese quedado aquí, hubiese obtenido mi casa, y tuviese mi buen trabajo"- ya por sea no haberlos llevado con ella -"Mi gran error creo que fue, yo creo, el no habérmelos llevado conmigo"- . De tal modo que sus decisiones, entiende, terminaron por "desintegrar" la familia:

"Mi hija dice mami cuantos años he pasado sola, porque pasado toda mi vida prácticamente sola [...] Y que mis hijos no hayan estudiado. Cosas así que uno...no se [llora] Y digo, si me hubiese quedado aquí, hubiese obtenido mi casa, y tuviese mi buen trabajo [...] Y esta niña no se graduó de bachiller, el varón no quiso estudiar. Y entonces todo este [llora] Mi gran error creo que fue, yo creo, el no habérmelos llevado conmigo [...] Entonces yo me quedé, y dije, ojalá que él cambie y los niños estén bien. Pero él empezó a beber, a irse por aquí, les dejaba solos. Mi hermana dijo; ¡no! Me llamó y dijo: ¡mira Jacqueline que pasa con los niños [...] entonces se los cedí a ella, pero no sé...yo creo que fue peor. Mejor, creo, los hubiese dado con el padre. Pero me decían una cosa, me decían la otra. Y tanta gente que me habla, entonces tú...Y como yo le preguntaba a la niña, ella no me decía nunca ya la verdad. Ahora ya me dice: "por no tenerme confianza mira todo lo que me pasó, todo lo que viví yo, lo que vivió mi hermano"[...] Entonces, se desintegró la familia totalmente. No he podido recuperar, el cariño de mis hijos. No he podido. Y al final no tengo nada. Porque no logré una casa, no logré que mis hijos se prepararan, que obtuvieran un título, nada de eso [...]". (Olga-MR63)

Olga explica cómo, a pesar de que le habría gustado reagrupar a sus hijos, las dificultades de ingreso y la negativa del padre la hicieron desistir de esta idea durante los primeros años de estancia, si bien reconoce que el principal motivo era la carencia de apoyo, de una pareja con la que compartir las responsabilidades que debe afrontar un hogar migratorio:

"Porque esto cambió, yo llegué en el mes de diciembre, ya al siguiente año cerraron, que ya no se podía entrar sin papeles. Y mi tía me decía: "Jacqueline, nosotros de dejamos el dinero ¡trae a tus hijos!. Pero el padre me dio que no me daba la firma para llevarlos [...] A mí sí que me ha gustado vivir en España, si me ha gustado vivir en España. Pero lo que, justamente, nunca encontré alguien que me ayudara así, una pareja que por ejemplo: "que mira que esto ahí... y que tranquilo...y que tus hijos y eso...algo serio". Así, una persona así, entonces yo, para vivir así en otra calle. Que porque tengo un marido me habría quedado allá. Sí que me habría gustado quedarme, pero teniendo a mis hijos principalmente. Pero eso de llevar a mi mamá ya era imposible, porque yo ya sabía que mis

hermanos no lo iban a permitir. Pero por lo menos mis hijos allí, y hubiese vivido de otra manera. Porque yo sí que me gustaba vivir allí. Pero era ya complicado. El alma ya...muchas cosas". (Olga-MR63)

El tercer caso es el de Venancio (MR02), un hombre cuya decisión del migrar en solitario fue tomada de forma independiente, ya que no hubo deliberación en el interior del hogar respecto a este asunto, y, además, dejaba fuera del plan migratorio al resto de la familia, pues no comprendía la posibilidad de una posterior reagrupación de su esposa e hija, si bien su esposa se reuniría con él más.

Venancio había trabajado en el comercio de su padre desde que finalizó sus estudios, pero cuando se incorporó al negocio la nueva esposa de su padre comenzaron a surgir desavenencias entre ellos, lo que, finalmente, le hizo abandonar su empleo. Aunque buscó trabajo en Balzar, cuenta como sus intentos fracasaron en el contexto de aguda crisis económica que afrontaba el país a finales de la década de 1990. Así, en el año 2000, con 30 años de edad, viajó a España frustrado por su situación laboral y personal, gracias a la ayuda de una hermana, dejando a su esposa y al hija recién nacida de ambos, como él lo explica: *"No pensé nada más, no importó nada"*.

Una vez en España se desplazó por distintas ciudades del país donde familiares y amigos le ayudaron a encontrar empleo, hasta que, a finales del año 2000, sus tías le consiguiesen un empleo de vigilante en una finca ganadera de Córdoba. Después de varios meses de residencia en solitario reagrupó a su esposa, quedando la hija de ambos al cuidado de su suegra. Cuenta que no tenía contacto regular con su hijo, pero enviaban remesas a su suegra para los cubrir los gastos de manutención y estudios.

En el año 2002 nacería en destino la segunda hija de ambos. Ese mismo año consiguió un nuevo empleo que le permitió regularizar su situación migratoria. Durante su estancia, cuenta, no realizaron ningún tipo de inversión, ya que su vida allí les resultaba cómoda y no habían llegado a considerar la posibilidad del retorno.

El cuarto caso, es de Elsa (MR26), una mujer que emigró junto a su esposo, quedando sus hijos al cuidado de la madre de ella. Su lugar de destino fue Barcelona, donde residía su hermana, quién la ayudó a encontrar empleo. Después de dos años reagruparon a sus hijos, que viajaron acompañados de la madre de Elsa con la intención de que ésta les prestase apoyo en las tareas de cuidado. Posteriormente, cuando la abuela tuvo que

regresar a Balzar para atender a su marido, que había enfermado, decidieron que los hijos regresaran a Balzar con ella, nos cuenta:

"Ellos [sus hijos] retornaron acá a Ecuador. Porque yo no podía trabajar. Tú sabes que allá es pesado trabajar con los niños, y no tenía quién me los cuidara [...] mi madre estuvo allá con nosotros un tiempo pero ella tuvo que regresar por problemas de mi padre, por salud. Entonces ella se vino con mis hijos. Entonces yo ya tardé casi cinco años para llevarlos otra vez [...]". (Elsa-MR26)

En el año 2002, Elsa y su esposo legalizaron su situación conyugal en destino, después de varios años de relación. Sin embargo, cuenta, se divorciaron después de haber legalizado su matrimonio:

"Porque aquí siempre ha sido normal, como te digo. Yo tuve mi matrimonio, que serán...de casada serán unos ocho años nada más. Porque en la realidad yo me comprometí de dieciséis años, casi, con él. Y yo hasta los 25, me parece que era, los 26, yo estaba en unión libre. Pero decidí casarme, y él aceptó. Y después de haberme casado me separé [...]". (Elsa-MR26)

En 2005 reagruparon a sus hijos de nuevo, estando ya separados. Pero, tras el comienzo de la crisis económica, su esposo re-emigró a Francia -"su padre vivía en el territorio francés, y yo en el territorio español"- y ella quedó al cargo de sus hijos en solitario, viéndose obligada a separarse de ellos una vez más y enviarlos de regreso a Balzar hasta que, dos años más tarde, pudiesen reagruparse en Balzar.

El quinto y último caso es el de Rosa (MR14), una jefa de hogar, madre de cuatro hijos, que migró a España quedando sus hijos a cargo de una hermana y que, posteriormente, formó un nuevo hogar en destino.

Rosa había trabajado como ama de casa hasta su separación, momento en el que se vio obligada a buscar un empleo con el que sostener a sus cuatro hijos, pues el padre no asumió la responsabilidad de su manutención tras la ruptura conyugal. Esto la obligó a trasladarse a Guayaquil en busca de empleo, quedando sus hijos a cargo de su hermana. Allí trabajaría como empleada doméstica, al tiempo que ayudaba en un taller de costura.

En el 2000, cuando tenía 30 años, una amiga la animó a viajar a Italia y, finalmente, decidió hacerlo -cuenta- con el propósito de *"huir de los problemas de aquí. Y así, darles algo mejor a mis hijos. Para mis hijos era padre y madre"*. Al segundo día de su llegada a Génova decidió trasladarse a Barcelona por la dificultad del idioma. Durante su estancia en

destino desempeñó diversos empleos, siempre en los ámbitos del cuidado, el hogar y la limpieza.

Cada semana llamaba a los cuatro hijos, que habían permanecido en Balzar al cuidado de su hermana, mientras ella enviaba remesas regularmente. Posteriormente, su hermana le comunicó que no podía seguir haciéndose cargo de los niños, entonces, decidió dejarlos con su madre, quién a partir de entonces desempeñaría esta labor y administraría las remesas que Rosa enviaba.

En Barcelona vivió con una amiga hasta el año 2003, cuando conoció al hombre que unos meses más tarde se convertiría en su esposo, y con el cual tuvo una hija en 2004. Explica cómo la relación entre ambos comenzó a deteriorarse y, en 2008, decidieron separarse. Las dificultades para encontrar apoyos para la crianza en destino, le impidieron conservar su trabajo como camarera de habitación pues le resultaba complicado conciliar los horarios de trabajo y los del cuidado. Esto la hizo entrar en una espiral en la cual, las limitaciones de horario que imponía el cuidado no le dejaban demasiado tiempo para trabajar, de modo que no lograba generar suficientes ingresos para cubrir los gastos de los hijos en destino. Sin ningún tipo de apoyo por parte de los progenitores de sus hijos, intentó aguantar en destino a la espera de que su situación mejorase, pero, dado que las expectativas no eran positivas, decidió retornar junto a su hija en 2012.

En los cinco casos arriba presentados aparecen una serie de circunstancias que reconocen la singularidad de toda trayectoria vital. Sin embargo, dentro de la particularidad de cada experiencia, es posible advertir la presencia de una serie de patrones y regularidades vinculados al orden de género.

Así, vemos en estas historias cómo el establecimiento de los hogares transnacionales se produce a través de diversos procesos de negociación de apoyos, pues con la migración de la mujer-madre se produce una transferencia de las responsabilidades reproductivas a otras mujeres, quienes, de modo habitual, suelen ser madres o hermanas de la mujer migrante.

Por lo que se refiere a las condiciones que promueven la formación de los hogares transnacionales, estas se corresponden con las circunstancias a las que se hizo mención anteriormente. Teniendo en cuenta que la transnacionalización del cuidado es resultado de la transferencia de las tareas reproductivas, y que éstas son entendidas, tradicionalmente,

como una responsabilidad femenina, se advierte cómo el hogar transnacional es resultado de la migración de la mujer -muchas de ellas jefas de hogar.

En este sentido, resultan determinantes, en la decisión de dejar a los hijos en origen, las dificultades para asumir en solitario los costes económicos de la reagrupación, y, sobre todo, los costes de la crianza en destino; que, por otro lado, habrían afectado negativamente a sus posibilidades de empleo. Por este motivo, muchas de estas madres decidieron migrar en solitario con el objetivo de mejorar la provisión de sus hijos en origen -alimentos, formación, etc.- y maximizar los ahorros para obtener una renta de retorno.

En aquellos casos donde tiene lugar la migración de la pareja sin los hijos, suelen aparecer las mismas motivaciones que aluden a la reducción de los costes reproductivos en destino. Aunque éstas suponen una minoría dentro del conjunto de los hogares transnacionales, pues lo habitual es que la migración de la pareja, o de ambos progenitores, conduzca -al menos en algún momento- a la formación de hogares migratorios en destino.

Asimismo, cuando analizamos el modo en que se recrean los vínculos materiales y emocionales dentro de los hogar transnacionales, vemos cómo son las mujeres quienes dedican mayor esfuerzo a mantener un flujo constante de remesas para el sostenimiento del hogar en origen. Un esfuerzo que es mucho más notable a la hora de dedicar otros recursos a la creación y fortalecimiento de los lazos emocionales -"famiasear"- y de confianza con los que se fortalece el sentimiento familiar (Levitt 2001; Sanz Abad, 2014; Solé et al., 2007).

Aunque este pueda parecer un resultado obvio, habida cuenta de la superior presencia de mujeres en los hogares transnacionales, lo cierto es que cuando está presente la pareja en destino también suele ser la mujer, de modo más frecuente, la encargada de gestionar los envíos para el cuidado, la responsable de negociar con los cuidadores -habitualmente con sus familiares directos- y quien mantiene un contacto más regular e intenso con los hijos.

En todos los casos que se conocieron se produjo un prolongación de la estancia, como consecuencia de los diversos factores que alejan la consecución de los logros¹²² -

¹²² El motivo principal es una planificación de objetivos poco realistas basada en los imaginarios sobre destino, lo que choca con las múltiples dificultades para el ahorro que afrontan los migrantes: devolución deuda, desempleo, gastos en destino, gastos inesperados, etc.

principalmente las mitificaciones sobre los lugares de destino. A su vez, esto atrae una serie de dificultades, pues la socialización y educación de los hijos se ve complejizada a medida que se prolonga la estancia, aumentando la posibilidad de que surjan disputas con los cuidadores. Algo que, en ocasiones, condujo a una sucesión de traspasos en las tareas de la crianza y, cuando tuvo lugar este trasiego de los hijos por varios hogares cuidadores, apareció asociado con un incremento de la inestabilidad que perjudicó a los hijos y, en consecuencia, despertó en las madres sentimientos de reproche, como nos recuerda este fragmento:

"Sí, pero después, como a los dos años, creo, ya vino el problema. Los niños crecieron, iban creciendo, evolucionando, iban siendo más jovencitos y... ¡ya! Pues lo típico de los niños que no hacen caso ¿Por qué? Porque no están sus padres. Y ese fue el detalle que me obligó a regresarme [...] no querían estudiar, solo llegaban problemas del colegio ¡un desastre!". (Julia-MR58)

Como veremos, este escenario conduce en muchos casos a la pérdida de autoridad de la madre, que se ve asediada por las recriminaciones de abandono (Sanz Abad, 2014) o al distanciamiento de los hijos, cuya confianza y cariño les cuesta recuperar: *"El niño no me quería. Se crió con mi hermana [...] La adoraba más a su "mamá", o sea, a mi hermana"* (Julia-MR58). En otros casos, estos problemas, como tendremos ocasión de discutir más adelante, fueron el detonante para la reagrupación de los hijos en destino -con ambos progenitores- o para el retorno de las madres -y los padres en ocasiones.

En último lugar, debemos subrayar el impacto que tiene la multiplicación de los hogares que dependen de ingresos de los migrantes. Pues, al tiempo que estos deben atender sus necesidades de subsistencia en destino y las de sus hijos en origen, pueden surgir otros núcleos que dependen de las remesas -ascendientes u otros familiares-, que reclaman envíos tanto de forma estable como ocasional. Esto afecta a la capacidad de los migrantes para alcanzar sus logros, como explica esta informante:

"Porque salieron otros problemillas, fuera de la casa. Ayudaba a mis padres, tengo un hermano que es enfermo, que está empotrado en una cama. Entonces ayudaba también con mi sueldo, ayudaba también a mi hermano. Bastante dinero les mandé a ellos. Compartía mi sueldo, mensual ¡qué bestia! Fatal, Si no, mi casa la tendría hecha, acabada. Porque la he hecho no más, sino tuviera mi casa bien arreglada". (Julia-MR58)

En relación con esto es preciso advertir cómo los hombres migrantes solían enviar remesas a sus madres, aunque de un modo menos constante. Esto forma parte del fuerte

carácter matrifocal del hogar balzareño, que le convierte en una referencia imprescindible pues, considerando ese dinamismo de las relaciones familiares/conyugales, la vinculación de los hombres con el hogar materno forma parte de su estrategia de supervivencia a largo plazo, ya que resulta común que los hombres regresen al hogar materno en algún momento de su vida, como así sucedió con el retorno de varios de los entrevistados.

Sin embargo, la información obtenida indica que fueron las mujeres quienes mantuvieron una red de hogares dependientes más amplia y también fueron ellas quienes actuaron como seguro ante distintas contingencias que afectaron a los familiares en origen.

En otro orden de cosas, es preciso examinar las condiciones en las que se produce la transnacionalización de la relación conyugal, los resultados que esto produce sobre el vínculo, así como los cambios o permanencias respecto a las experiencias conyugales que se observan en origen.

En primer lugar, la información obtenida durante el trabajo de campo da muestra de la existencia de situaciones de ruptura conyugal antes de migración, dando lugar a procesos de migración en solitario en los que sobresale la migración de las jefas de hogar, mientras que en otros tantos casos la migración de hombres y mujeres se produjo dentro de un compromiso secuencial.

En segundo lugar, otros relatos mostraron cómo la migración de uno de los cónyuges ha conducido a la ruptura de la pareja, cuando dicha separación no formaba parte de una estrategia migratoria de reagrupación conyugal o de reagrupación en el retorno, por ejemplo, cuando uno de ellos -el hombre de modo habitual- regresa en primer lugar. Ya comentamos cómo algunas mujeres entrevistadas utilizaron la migración para salir de compromisos indeseados, como nos recuerdan estos fragmentos:

"...yo me fui porque tuve un divorcio, y por eso, para olvidar, para... [...] La mayoría aquí no trabaja, no tiene un sueldo, entonces, dependes de ese hombre, y tienes que estar ahí. Pero otras ya, se ponen pilas, y no. Se van para allá y no aguantan la infidelidad".
(Olga-MR63)

"No, él no. Yo desde que me fui de aquí...Yo llegué y nos separamos". (Silvia-MR29)

También, aquí cabe incluir varios casos en los que el esposo migró sin perspectivas de reagrupar a la mujer, si bien por motivos tales como la soledad, la nostalgia o la desconfianza, decidieron reagrupar a la esposa, o ex-esposa, posteriormente.

En tercer lugar, están aquellas situaciones de ruptura del vínculo conyugal durante el periodo migratorio -"Esos casos se ven aquí mucho, cuando el hombre se va, ya termina rota esa relación" (Daniel-IE15). Como ya explicamos al inicio de este capítulo, hay una serie de factores que pueden conducir hacia este desenlace. Así, encontramos como, de modo habitual, cuando los hombres migran dejando a sus esposas en origen los argumentos de los actores sobre la ruptura giran en torno a la desconfianza hacia las infidelidades de la esposa y la vergüenza social -"En cambio, si hubiera sido a la inversa, que el hombre se hubiera ido, que la mujer le hubiera sido infiel, obvio es que el hombre al iba a dejar a la mujer" (Daniel-IE15). Algo que, según reconocieron algunos informantes, les impulsó a reagrupar a sus esposas en destino, pese a no haberlo planeado en un principio. Como recuerdan las explicaciones de un informante sobre este asunto:

"Entonces a la señora la hicieron saber que el marido anda hecho un mujeriego. Sin embargo, a la señora no le importó nada. Sigue, a pesar de la distancia, siguen juntos los dos. Y ahora, a lo poco, que ella estuvo aquí en el Ecuador, ella fue a la casa del marido. [...] En cambio, si hubiera sido a la inversa, que el hombre se hubiera ido, que la mujer le hubiera sido infiel, obvio es que el hombre al iba a dejar a la mujer. Esos casos se ven aquí mucho, cuando el hombre se va, ya termina rota esa relación". (Daniel-IE15)

En este sentido, las mujeres migrantes parecen ser más tolerantes con las infidelidades, el consumo de alcohol o ciertas dejaciones por parte del esposo, pero mucho menos con la dilapidación y la distracción de las remesas de ciertos gastos e inversiones que son prioritarias para la remesadora -cuidado, hogar, etc.. Si bien no han faltado casos en los que estas circunstancias también fueron toleradas por parte de las esposas migrantes, como se aprecia en siguiente relato:

"Pero igual, nunca pude, porque parece que, o sea. Todo el dinero que yo le mandaba a él, como que no lo invertía todo en casa. Y ese fue el primer problema que tuvimos. Y siempre peleábamos por la casa. Porque tanto dinero que yo le mandaba, es que mis sueldos en España eran de mil, de ochocientos, de novecientos, al mes [...] Entonces, no era justo que yo, al mandar mi dinero, el sueldo de mis hijos lo coja para sus amantes, sus mujeres, se lo reparta, mientras yo me lo jodía ganando allá. Entonces no era justo. Entonces, por eso fue la discusión [...] De pronto, andaba con mujeres. O sea, sí, andaba con mujeres. Porque al año de haber regresado, yo me enteré, que él tenía unas fulanas recogidas. Con hijos que no eran de él, y los mantenía [...] alquilada [...]". (Julia-MR58)

Finalmente, podemos constatar cómo se produjo una multiplicación de hogares como resultado de las relaciones polígamas de algunos hombres, lo que permitió la formación de redes de hogares matrifocales transnacionales. Se tuvo constancia de varios casos en los que se formaron estructuras de este tipo. En dos de los casos, los hombres fueron reagrupados a España por un compromiso secundario, dejando su compromiso principal y sus hijos en Balzar, si bien más tarde el hogar principal fue reagrupado en destino en ambos casos. El tercer caso es el de un hombre que fue reagrupado junto a sus hijas por su primera esposa, si bien tenía un compromiso secundario antes de su partida que se mantuvo activo en Balzar durante la migración, en el cual convivía durante sus visitas.

De forma similar, como muestra el caso de Rosa (MR14), cuando los migrantes tienen hijos en destino, a veces dentro de la misma pareja y otras porque establecen compromisos secuenciales allí, conlleva la formación de núcleos reproductivos tanto en origen como en destino, lo que complejiza la estructura familiar e incrementa las obligaciones, generalmente, femeninas sobre la crianza presente y distante. Algo similar puede decirse de aquellos casos en los cuales una parte de la descendencia es reagrupada mientras el resto de los hijos permanece en origen.

5.2.2. El hogar migratorio

Exploramos a continuación el modo en que se recrean las relaciones materno-paterno-filiales y conyugales en destino, cuando se forman hogares migratorios. Siguiendo el mismo esquema de análisis con el que examinamos los hogares transnacionales, presentamos en primer lugar algunos casos que muestran las trayectorias de algunos actores para, después, centrar nuestra atención en aquellos elementos de análisis más relevantes. De igual modo, dejamos para el último apartado de este capítulo el examen del contenido de los lazos y vínculos que reconfiguran los posicionamientos e identidades de los sujetos en el interior del hogar. Asimismo, conviene recordar como los hogares migratorios se ven afectados por la complejidad y la temporalidad de unas relaciones que convierten lo doméstico en una realidad en continua transformación, donde las idas y venidas de sus miembros pueden llegar a sucederse con gran ritmo.

El primer caso es el de Julia (MR06), una mujer cuyo hogar migratorio se formó siguiendo una estrategia de reagrupamiento por etapas, en un proceso iniciado por su pareja, ella después, y, posteriormente, los respectivos hijos de ambos de forma escalonada. De modo que, durante el periodo de cuatro años transcurridos hasta que se

completó la reagrupación de todos sus hijos, convivieron el hogar migratorio en destino y el hogar transnacional en origen.

El esposo de Julia viajó a Francia en 1999, donde vivían unos familiares, pero pronto se trasladaría a Italia. Cuenta cómo, al principio, le resultó difícil obtener un empleo, llegando a dormir en parques. Pero una vez encontró trabajo y pudo alquilar un apartamento, Julia viajó a Génova para reunirse con él. En Balzar quedaron, bajo el cuidado de su hermana, los hijos que ambos habían tenido en relaciones anteriores, tres de ella y dos de él. Aunque no planificaron la duración de su estancia nunca pensaron que se prolongaría durante tanto tiempo, *“el tiempo pasas y no se da cuenta uno”* -comenta.

Explica cómo su primera empleadora la ayudó bastante, pues a los tres meses ya le había facilitado toda la documentación para que regularizase su situación migratoria. Además, le dio la oportunidad de llevar a sus hijos, concediéndole adelantos, en un momento en el que su hermana comenzó a poner pegas con el cuidado de sus hijos -*“tanto molestaban mis hijos, cogí y me los llevé”*-dice. A los ocho meses viajaría el primero de ellos, iniciando el proceso de reagrupación de todos los miembros, que se prolongaría durante los siguientes tres años. Durante ese periodo enviaba remesas a su hermana para la manutención de los hijos que iban quedando en destino.

Tanto ella como su hermana mayor enviaban remesas para ayudar a sus padres, mientras su esposo las enviaba a su madre. Además, realizaban envíos ocasionales a petición de su hermana, cuando surgía alguna necesidad extraordinaria. También ayudaron a otra de sus hermanas, a su cuñado y sus sobrinos financiando su migración. Al poner en perspectiva su estrategia migratoria, Julia se muestra arrepentida por haber llevado a sus hijos, pues piensa que esto no le permitió ahorrar.

El segundo caso es el de Carlos (MR10), un hombre que tenía dos compromisos en paralelo -uno en origen y otro en destino- antes de migrar, quedando su trayectoria migratoria marcada por varios viajes de ida y vuelta e intermitentes estancias en Balzar y en Barcelona.

Su estrategia de reagrupamiento por etapas no se cerró hasta su segundo viaje, en el que le acompañaron las dos hijas que tenía en común con el compromiso en Barcelona. Carlos ya había viajado a España anteriormente, en el año 2001, para reunirse con su esposa -principal- mientras las dos hijas que tenían en común permanecían en Balzar a

cargo de su suegra. También dejaba en Balzar otra esposa, con la cual convivía en las estancias que fue alternando en uno y otro lugar.

En 2003 regresó a Ecuador, donde permaneció los siguientes dos años, hasta que su esposa principal consiguió el permiso de residencia en el año 2005 y él viajó acompañado de sus dos hijas que tenían en común. En esta ocasión estuvo en España durante poco más de un año, para regresar de nuevo a Balzar. Finalmente, volvió a España en el 2008, permaneciendo allí hasta el año 2012. Esta vez, explica, se vio forzado a regresar por “*el problema con mi mujer*”. Cuenta cómo, una noche que había consumido alcohol, discutió con su esposa al regresar a casa y después la agredió. Ella denunció la agresión, de modo que le obligaron a abandonar el hogar y a pagar una multa. Explica que, como no tenía recursos ni lugar donde estar en aquel momento, decidió regresar.

El tercer caso es el de Vicente (MR07) un hombre que viajó a España para reunirse con su pareja -compromiso secundario-, reagrupando posteriormente a su esposa principal y los dos hijos que tenían en común.

Vicente salió hacia Barcelona en el año 2001. Allí le esperaba su "novia", que le había conseguido contrato y visado de trabajo en una empresa de montaje industrial. En 2005 reagrupó a su primera esposa y a los dos hijos que tenían en común, si bien simultaneó esta relación con otras que mantuvo en paralelo, como él explica: “*allí también estaba con varias mujeres. Con la madre de mis hijos también*” (MR07). Después de ser condenado, en 2007, por abusar de la hija menor de una de sus parejas pasó dos años en prisión. Tras su salida pasó un tiempo en España simultaneando varias relaciones, hasta su regreso definitivo en 2009.

El cuarto caso es el de una familia que formó su hogar migratorio siguiendo una estrategia de migración conjunta, si bien años más tarde anticiparon el retorno de sus hijos, constituyendo un hogar transnacional en origen. Antes de migrar Carmen (MR04) y Juan (MR05) tenían sus respectivos negocios en Balzar. Ella era propietaria de un pequeño comercio de alimentación en el centro de la ciudad y él se dedicaba a actividades comerciales vinculadas al sector agropecuario. Pero una mala inversión, realizada en el periodo de crisis que vivía el país, afectó gravemente a su patrimonio, lo que les animó a migrar a España con el objetivo de ahorrar durante tres años para emprender algún negocio tras su regreso que les permitiese recuperar su situación económica anterior.

En el año 2000 llegaron a Barcelona acompañados de su hija. Carmen explica que para ella era fundamental que viajasen todos juntos, pues considera que *"las separaciones destruyen las familias con manejos y mentiras"* (MR04).

Al principio no les resultó sencillo ahorrar pues les llevó un tiempo estabilizar su situación laboral. Carmen tuvo varios empleos de limpieza, tanto en domicilios particulares como en empresas, mientras que su marido trabajó, primero, en el reparto de publicidad, luego en una factoría y, finalmente, como transportista. En el año 2004 contrajeron matrimonio en el consulado, y ese mismo año nacería en Barcelona su segundo hijo, con algunos problemas de salud, *"este ya nació dentro del matrimonio"* - dice con ironía.

El contacto de Carmen con su familia en origen desapareció debido a ciertos problemas surgidos antes de su partida. Por su parte, Juan realizaba envíos esporádicos de unos 200 dólares a su madre, para que ésta realizase pequeñas inversiones. Cuando regresaron a Balzar en 2008, para asistir al funeral del padre de Carmen, dejaron a sus dos hijos al cuidado de la madre de Juan, pues los cuidados que requería su hijo menor exigían una gran dedicación a Carmen y esto le impedía trabajar. De este modo pensaron que podrían trabajar ambos y acumular suficientes ahorros antes de su regreso. A partir de este momento, los contactos eran más frecuentes, llamando unas tres veces por semana, y comenzaron a enviar remesas para la atención de sus hijos que llegaron a alcanzar los 800 dólares, ante las continuas demandas de su suegra para la alimentación y el cuidado.

Como se observa en estos casos, la formación del hogar migratorio es resultado de la decisión de mantener en un mismo lugar la unidad de reproducción y la de producción. Algo que los miembros del hogar pueden conseguir, bien viajando de forma conjunta, o bien mediante una estrategia de reagrupamiento por etapas. Esta última conduce a la convivencia, durante un tiempo, de un núcleo reproductivo en origen -hogar transnacional- con un núcleo productivo-reproductivo en destino -el hogar migratorio.

De cualquier modo, los hogares migratorios sobre los que se ha obtenido información estuvieron en algún momento constituidos como hogares transnacionales, ya sea durante el proceso de salida o el de retorno, estando los motivos que han conducido hacia este tipo de estrategia relacionados con la acumulación de renta, bien para la financiación del viaje bien o para la obtención de una renta de retorno.

En algunos casos la reagrupación familiar no formaba parte del proyecto migratorio sino que esta posibilidad se planteó posteriormente, motivada por diversos acontecimientos

que surgen según avanza la experiencia migratoria. En este sentido, se destaca la frecuencia con la que fueron referidos los problemas de la crianza de los hijos en destino - *"tanto molestaban mis hijos, cogí y me los llevé"* (Julia-MR06)/ *"Ahí vivían con ellos. Luego hubo problemas aquí, con mi madre, mis hermanas, y yo no soporté eso, y dije: me los llevo"* (David-MR30).

Como queda señalado, tanto en el caso de la migración conjunta como en el de la reagrupación familiar, los hogares deberán organizar su funcionamiento y relaciones gestionando sus recursos económicos, familiares y sociales de acuerdo con un proyecto migratorio que permita su supervivencia en origen y destino (Gadea, et al., 2009; Mejía y Cortés, 2012).

La formación de hogares transnacionales fue en mayor medida una experiencia femenina, que conecta directamente con la migración de las jefas de hogar. Del mismo modo, podemos decir que la formación de hogares migratorios fue más común en los relatos de los hombres, lo que se debe, en gran medida, a las características de género de la migración de retorno, que explicaremos en el siguiente capítulo. En todo caso, tanto la migración conjunta como la reagrupación aparecen, principalmente, cuando está presente el núcleo conyugal en destino. Pero los relatos nos muestran cómo la formación de un hogar migratorio siempre está vinculada a la migración de la madre y del padre -sea o no el progenitor.

En relación con esto, es necesario advertir tres cuestiones que se desprenden de los relatos. En primer lugar, los hogares migratorios conservaron su tradicional carácter matrifocal, quedando constituidos en torno a la figura materna. En segundo lugar, la figura del padre(-progenitor) parece necesaria para que se produzca la migración familiar, pues la estrategia de supervivencia del hogar se planifica con los apoyos mutuos -materiales y emocionales- que se articulan en torno a la familia conyugal como unidad de acción productiva-reproductiva. Según muestran los relatos, la contribución solidaria de la pareja en la crianza resultó determinante para valorar la viabilidad del hogar en destino, incluso cuando estas se limitaron al conjunto de obligaciones materiales que definen el rol tradicional masculino en origen. En este sentido podemos entender cómo, en ocasiones, los hogares recurrieron al apoyo de otros miembros femeninos de la familia presentes en destino, lo que permitió a las mujeres compatibilizar las estrategias reproductivas con las obligaciones productivas. También fue común la reagrupación de otras mujeres de la

familia, generalmente las abuelas -"mi madre estuvo allá con nosotros un tiempo pero ella tuvo que regresar"-, a fin de cubrir el déficit de cuidado que se producía en el hogar migratorio como consecuencia de las responsabilidades productivas de la mujer y la falta de participación masculina:

"En la casa con la niña, porque había que llevarla al cole, y los horarios, y todo eso. Yo le decía que yo los primeros meses pues trabajaba donde el chino y hacía horarios partidos y, ahí, tenía complicada [participación el marido] Muy poco, porque también trabajaba en construcción, y llegaba en la noche, llegaba...entonces yo. Terminamos con mi hermana, entonces nos combinábamos. Teníamos nuestra habitación individual, y entonces nos combinábamos. Ella, como mi hermana trabajaba de noche, y yo de día, entonces nos combinábamos. Pero, claro, siempre andábamos a la carrera. Con los niños, la casa, estaba un poco complicado [...] Bueno, luego ya fue más fácil porque mi mamá ya estuvo con nosotros [...] de ahí ya se nos hizo más liviana la carga, porque ella nos ayudaba. Ella no trabajaba, y nos cuidaba a los niños [...]". (Karen-MR62)

En tercer lugar, la figura del padre-esposo en destino se definió con enorme flexibilidad y dinamismo. Así, al igual que encontramos casos en los cuales el padre-esposo está "presente" en el hogar de manera más o menos estable, también encontramos un buen número de situaciones en las cuales el hombre desempeña el rol de padre-esposo visitador. Este último caso puede ser consecuencia de la existencia de compromisos en paralelo que ya estaban activos antes de la migración, o como resultado de su posterior establecimiento durante la migración.

En resumen, mientras la presencia del padre-esposo en destino es fundamental para el desarrollo de una estrategia de migratoria conjunta o de reunificación, la existencia y supervivencia del hogar migratorio ha sido dependiente de la presencia de la figura materna en el hogar.

Esto refleja que las relaciones conyugales jugaron un papel decisivo en la configuración de los vínculos en el interior del hogar, con independencia del tipo de acuerdo matrimonial existente entre los progenitores/padres -corresidencia, compromiso en paralelo, separación, etc.-. En este sentido, los relatos de los informantes permiten apreciar la ocurrencia de tres procesos que pueden introducir cambios en las relaciones conyugales en destino, como son: la nuclearización del hogar, la ruptura del vínculo conyugal y/o el establecimiento de nuevos vínculos.

En primer lugar, vemos cómo en algunas relaciones se produjo un refuerzo del vínculo conyugal como resultado de las expectativas, posibilidades y responsabilidades que se proyectan sobre el hogar en destino. En esto intervinieron, de un lado, las condiciones prácticas, tanto materiales como sociales que proponen los contextos de destino. Así, vemos cómo la inserción de la mujer en el sistema productivo, el establecimiento residencial independiente y la carencia de la red de apoyo que ofrecía la familia extensa en origen, exigen una reestructuración de las relaciones y la resignificación de las prácticas de género en el interior del hogar. Esto propició, como apoya el siguiente fragmento, que la familia conyugal se viese fortalecida como unidad de acción -de convivencia, producción y consumo-, estimulando ciertos cambios, que la aproximaron a la pareja de iguales y le permitieron afrontar con éxito los desafíos que planteaban las condiciones de vida en destino:

"Por eso digo que fueron los años más lindos. Porque los pude disfrutar con mi familia. Porque, para mí, mi familia es mi marido y mis hijos [...]Yo no puedo decir eso, porque nosotros hemos llegado a hacerlo todo, hemos vivido sobre todo. No hemos sido ricos, llegamos a tener una casa. [...]Pero fue una experiencia bonita, porque, el trabajar tu propia casa [...] es una experiencia que nunca se olvida [...] Un hombre que aprendió muchísimo, y que los trabajos se compartían entre dos. De verdad [...]". (Daniela-MR17)

De otro lado, este proceso también puede ser interpretado como resultado del rol social atribuido a la familia nuclear en destino, donde se ve ampliado el conjunto de prácticas familiares que ritualizan su comportamiento social, como son los paseos, ir de compras, o la participación en actividades recreativas, encuentros sociales, etc. Se observa un cambio estimulado por la capacidad de agencia que el espacio social otorga al hogar en el ámbito público, donde estrena nuevas pautas de acción.

En definitiva, vemos en esta dinámica de nuclearización del hogar un reequilibrio del poder en su interior resultado del carácter más participativo e integrador que reclama a sus integrantes, tanto en la esfera privada como en la pública.

En segundo lugar, encontramos un escenario alternativo en el cual el vínculo conyugal se cesa en destino, ya sea de modo cordial como explicaba una informante: *"Pero nosotros como te digo, ya nos separamos y llegamos a un diálogo amistoso, y por los hijos. Y cada quién ha hecho su vida, y ya está"* (Elsa-MR26), o, en otros, de modo más traumático, como consecuencia del abandono del esposo -del hogar o de sus obligaciones- o de la emergencia de serias confrontaciones en la pareja. Dentro de estas últimas aparecieron en

los relatos varios episodios de violencia física por parte del esposo como respuesta a los cuestionamientos a la jerarquía masculina surgidos en la pareja, un asunto en el que profundizaremos en el último apartado.

En tercer lugar, durante su trayectoria migratoria algunos de los informantes establecieron nuevos vínculos conyugales. Podemos distinguir aquí varias situaciones. De un lado, estarían aquellas personas que migraron solteras y conocieron a sus parejas en destino. Dado el peso relativo del segmento de población más joven, es posible encontrar a un número significativo de actores en esta situación.

Una situación distinta es la de aquellas personas que establecieron uno o varios compromisos secuenciales en destino, bien porque habían terminado su relación antes de migrar, bien porque la terminaron en destino. Dentro de estos también quedarían encuadrados aquellos casos en los que la pareja se unió y se separó en destino, como en el caso de esta retornada: *"Casada, no. Separada tam...bueno sí, puede ser. Separada, sí. Sí, unión libre y separada. [...] Sí, el chico lo conocí allí [...] Sí, balzareño también [...] Si de aquí mismo [...] Él sigue por allí"* (Olga-MR44).

Finalmente, hubo constancia sobre el establecimiento de compromisos en paralelo en destino, tanto en el relato de un par de hombres, como en el caso de Vicente (MR07) que presentamos anteriormente, como a través del relato de una informante - *"Y él hizo otro hogar, allí"* - (Karen-MR62).

El examen de las relaciones que se recrean dentro de los hogares transnacionales y migratorios permite apreciar cómo éstas comparten un común denominador, ese dinamismo que les permite adaptarse a las cambiantes condiciones en los contextos de origen y destino. De modo general, observamos cómo estos cambios que debe afrontar el hogar en el contexto migratorio para su supervivencia no supusieron una fractura con las configuraciones tradicionales que propone el sistema familiar y conyugal en origen, como se aprecia en los arreglos de hogar extenso, las jefaturas de hogar femenino, la presencia compromisos secuenciales y de compromisos en paralelo.

En este sentido, el cambio estructural más significativo para muchos hogares tuvo que ver con las condiciones que favorecieron la nuclearización del hogar, como son su relativo aislamiento social, la necesidad de divisar estrategias de colaboración más equitativas entre sus miembros y la capacidad de agencia que se proyecta sobre el hogar en destino, que fortalecidos sus espacios de actuación social.

En cualquier caso, más adelante tendremos oportunidad de examinar el modo en que esta reorganización estructural del hogar en el contexto migratorio, ya sea cuando se recrean los viejos patrones de organización como cuando inaugura otros nuevos, estimuló la reconfiguración de los nuevos arreglos de poder en su interior, dando lugar a la aparición de espacios de emancipación femenina, pero también, el fortalecimiento de las dependencias y la explotación de la femineidad, afectando la propia definición de las identidades, los procesos de incorporación y de reconocimiento de los actores.

5.3. RELACIONES Y REDES SOCIALES EN EL CONTEXTO MIGRATORIO

El análisis de las interacciones de los actores en el interior de los grupos -homo y hetero- sociales, como dijimos, ayuda a comprender los mecanismos de incorporación y (re)actualización de los esquemas de percepción, pensamiento y acción que orientan las prácticas y los discursos de los sujetos, ya que estas relaciones resultan determinantes en el desarrollo de sus estrategias de supervivencia y la resignificación de sus identidades (Bourdieu, 2000).

Como han mostrado diversos trabajos, las relaciones y redes sociales juegan un papel decisivo en la configuración de la experiencia migratoria de los individuos pues los apoyos que prestan pueden llegar a ser fundamentales en la estimulación/gestación del viaje, la adaptación de los migrantes al contexto destino, así como para amortiguar el impacto cognitivo y emocional que se produce en el encuentro con contextos socio-culturales diversos (Canales, 2005; Faist, 2007; Pedone, 2005; Walmsley, 2001).

De igual modo, la evidencia empírica recabada por diversos trabajos ha permitido comprobar que estas redes están atravesadas por dinámicas de género, de tal forma que el tipo de vínculos que se crea en ellas afecta al modo en que mujeres y hombres migrantes perciben, evalúan y vivencian su experiencia migratoria (Oso, 2008; Pedone, 2005; Pribilsky, 2004). Unos lazos que, al mismo tiempo, modifican sus características a lo largo del tiempo, dotando a las redes de morfologías variadas y cambiantes (Oso, 2008; Pedone, 2005), según las necesidades u objetivos que la red cubre en un momento determinado (Faist, 2000). Dado que los individuos se desplazan dentro de contextos estructurados de acuerdo con ciertas lógicas de género, se observa cómo estas redes adaptan su forma y contenido para integrar las obligaciones y las expectativas que se proyectan sobre mujeres y hombres (Monquid, 2004; Oso, 2008).

Debido a que las redes migratorias se encuentran orientadas hacia la cultura de origen, para descubrir su sentido, desvelar la emergencia de transformaciones en las dinámicas de género y descubrir su impacto sobre las composiciones de género hegemónicas, parece conveniente recordar algunos de los elementos que caracterizan las relaciones/redes homo y hetero-sociales que pueden ayudarnos a situar estas dinámicas en el contexto migratorio.

Como expusimos más atrás, el régimen normativo-moral que rige las relaciones sociales en Balzar se fundamenta sobre el individualismo como principio articulador. El individuo -el hombre principalmente- es percibido como un ser autónomo y capacitado para perseguir sus intereses en la medida de sus posibilidades, siendo el interés egoísta y el engaño medios socialmente tolerados para la consecución de sus objetivos (Álvarez, 2002; Fauroux, 1988). Sin embargo, al conectar este principio con el régimen de exclusiones y dependencias que establece el orden de género, aparecían diferencias en los principios que regulaban las redes y relaciones sociales masculinas y femeninas que afectaban tanto a la estructura como a su contenido. Esto posibilita conectar dicha divergencia con las estrategias de reproducción social, las cuales se sustentan sobre los modelos de identidad hegemónicos del "hombre autónomo" y la "mujer aguantadora".

Esto hace oportuno comenzar dilucidando cuáles son los principios y objetivos que orientan a mujeres y hombres en la constitución de su capital social, para lo que hay que dar respuesta a dos preguntas: ¿qué deben hacer hombres y mujeres? y ¿cómo se espera que lo hagan? Lo que nos conduce directamente a la cuestión de las obligaciones y las expectativas sociales.

En lo que se refiere a las obligaciones, como vimos al analizar el modelo de identidad femenina hegemónico -"mujer aguantadora"-, estas se construyen en torno a su orientación doméstica y su responsabilidad sobre las tareas reproductivas, la subordinación y su relativa inmovilidad espacial. Por el contrario, el modelo de identidad masculino hegemónico se define a través de su orientación hacia un espacio público donde expresa su posición de dominación mediante la autonomía, jerarquía, movilidad y su irresponsabilidad reproductiva, que como veíamos condicionaban la creación de lazos sociales frágiles.

Estos aspectos resultan fundamentales en la creación de vínculos sociales pues, como explican Luna y Velasco (2005), de ellos depende la formación de expectativas positivas -

de confianza¹²³ - sobre las acciones de los sujetos, y éstas, a su vez, son determinantes para el desarrollo del capital social. Siguiendo a estos autores, podemos decir que las características básicas de la confianza son: la interdependencia, que exige al cooperación; la incertidumbre, que supone un desconocimiento parcial de la conducta de otros; y una expectativa positiva, que una parte no abusará de la otra persona.

Al trasladar estas cuestiones a nuestro contexto de estudio, vemos como el desarrollo de vínculos de confianza colisiona con el último punto, pues la valoración social del engaño -la viveza criolla- y la tolerancia hacia el incumplimiento de los compromisos incorpora a las relaciones sociales el abuso como factor vincular. Esto no quiere decir que los individuos sean incapaces de establecer relaciones cooperativas, pero estaría indicando el modo en que la desconfianza impide que se desarrollen vínculos que exigen una elevada implicación. La desconfianza¹²⁴, explican, no es la falta de confianza, sino la presencia de expectativas negativas¹²⁵ respecto a las intenciones de abuso o incumplimiento respecto a los actores, lo que afecta de modo particular a esa identidad masculina caracterizada por su ego-proyección, autonomía y mudanza, es decir: "donde prevalece la desconfianza, la falta de cooperación reafirma las expectativas negativas" (Luna y Velasco, 2005). También es importante indicar que el establecimiento de relaciones de confianza exige una elevada inversión de recursos -para su creación y mantenimiento-, lo que resulta inconciliable con esa valoración masculina de la autonomía que hace a los hombres más renuentes a establecer y observar los compromisos sociales.

¹²³ "La confianza, ingrediente principal del capital social en su versión más elemental, la confianza puede ser definida como un conjunto de expectativas positivas sobre los demás o, más específicamente, sobre las acciones de los demás" (Luna y Velasco, 2005).

¹²⁴"El papel positivo de la confianza -y del capital social- también se ha destacado por su relación con la cooperación, en la medida en que la confianza entraña la disposición a emprender acciones conjuntas y, particularmente, a cooperar. Se presume que la confianza y el capital social no solamente facilitan la cooperación sino también la comunicación y el diálogo; incluso permiten el intercambio de información de "grano fino". Sin embargo, se han encontrado limitaciones. A Deler y Known (2000), por ejemplo, sostienen que si bien el acceso a la información (en el plano de los actores focales) y su difusión (en el nivel de las externalidades), son los principales beneficios del capital social, los costos en la creación y mantenimiento de relaciones y las negociaciones excesivas (respectivamente), pueden ser muy altos" (Luna y Velasco, 2005).

¹²⁵ Dicho de otro modo, la falta de confianza puede ser entendida como la incapacidad para formar expectativas debido a que no existe suficiente conocimiento entre los actores, mientras que la desconfianza se corresponde con una expectativa -negativa- cierta que permite predecir el incumplimiento.

En sentido inverso, podemos plantearnos de qué modo consiguen las mujeres establecer relaciones de confianza en este contexto. La respuesta conduce hacia esa orientación de la identidad femenina hacia el espacio íntimo y las responsabilidades reproductivas, pues este ámbito y estas obligaciones favorecen el establecimiento de relaciones más íntimas y estables que se desarrollan en el terreno de la familiaridad. Según Luna y Velasco (2005), la familiaridad va más allá de la confianza, pues implica un conocimiento previo de las partes, el trato cotidiano y la cercanía, y se toma como referencia las experiencias pasadas, mientras que la confianza tiene más que ver con una decisión sobre las consecuencias futuras de la acción -las expectativas.

Partiendo de estas consideraciones, se propone un análisis de las reconfiguraciones y las funciones que realizan las redes transnacionales en las distintas etapas del proceso migratorio, desvelando los posicionamientos de mujeres y hombres a través de los cambios en las obligaciones y expectativas con los que se da contenido a estos vínculos.

Así, los discursos de los actores respecto a la planificación de la salida mostraron el papel determinante de las redes en la estimulación del deseo de migrar en hombres y mujeres, como se desprende de la recurrente referencia a esas ideas que alimentan el síndrome migratorio (Walmsley, 2001): "*Decían que en España se ganaba bien, y por aquí y por allá*" (Eduardo-MR38).

Sin embargo, ya en el principio de planificación de la migración comienzan a surgir algunas diferencias de género en relación con la constitución de apoyos para la salida a medida que estos requieren una mayor confianza. De un lado, se observa cierto equilibrio cuando los apoyos estuvieron destinados a cubrir necesidades logísticas para la preparación del viaje tales como el alojamiento, donde lo habitual fue el recurso a familiares y amigos ilustrado por los siguientes fragmentos:

"En Alicante, en Elche, casi, poquísimos balzareños, nunca encontramos gente balzareña [¿Por qué Elche?] Yo, porque allí estaba mi hermano. Allí está mi hermano, ya tiene como quince años en España. Y él vive siempre allí [¿Por qué fue él allí?] ¡Ah! porque su esposa fue primero ahí [¿y por qué fue su esposa?] ¡Ah! yo que sé, porque primero estaba su familia de ella. Así, una cadena". (Julia-MR58)

"Llamé a Paco, y le dije: Paco, necesito donde quedarme hasta que...hasta que acomode. ¡Ya! -me dice- ñaño, véngase. así que [...] el avión, cogí y me fui. Para qué, estuve allá, y a los quince días conseguí trabajo". (Eduardo-MR38)

Sin embargo, cuando los migrantes se aproximan a las cadenas y redes sociales en busca de recursos para la financiación del viaje aparecen algunas diferencias de género, en cuanto a las características de los prestatarios y los prestamistas, que deben ser señaladas.

En relación con los prestatarios, tanto hombres como mujeres recurrieron al apoyo financiero que ofrecen las cadenas/redes familiares y sociales, si bien, son las mujeres quienes parecen haber financiado la migración con mayor frecuencia recurriendo a algún familiar. Sin embargo, entre los hombres la auto-financiación, mediante la liquidación patrimonial, fue la forma más habitual de financiación. En este asunto podemos distinguir la intervención de varios factores estructurales relacionados con el control de los recursos materiales y la desconfianza.

En efecto, esto parece ser resultado del control masculino sobre el patrimonio, como vemos en este fragmento: *"Unos prestando. Y bueno, yo llegue casi, casi, con mi dinero. Porque me gustaba la agricultura. Mi suegro tenía una poquita de tierras, y me había hecho una... había cultivado y me había cogido cosechas y...me nació [...]"* (Eduardo-MR38).

Pero también interviene aquí la desconfianza que genera esa expectativa negativa sobre el cumplimiento de las obligaciones que sobrevuela la masculinidad. De igual forma, esto pudo afectar a las posibilidades de acceso de los hombres a las fuentes de financiación tanto familiares como externas. En relación con esto último, la información facilitada por un chulquero parece confirmar que los hombres presentaron unos niveles más elevados de morosidad en el pago de la deuda. De modo que éstos son mayoría entre los denominados "pateados", nombre con el que se identifica localmente a aquellos que se ven desterrados del lugar de origen por el incumplimiento del pago de la deuda a los prestamistas, pues su regreso les puede acarrear graves represalias.

En lo que se refiere a las personas que actúan como prestamistas en el interior de las redes sociales, destaca la figura femenina como sujeto principal en el desempeño de este rol. Si bien es cierto que este tipo de relación resultó mucho más común entre las mujeres entrevistadas, en algunos casos, como el que se presenta, las mujeres financiaron la migración masculina:

"Ya, a los dos meses ya tenía pagado el pasaje [...] Era entre mi mamá y yo. Y los demás hermanos nos sabían. Y cuando se enteraron, empezaron a presionarla, que cómo le había dejado hipotecar la casa sin autorización. Bueno, gracias a dios, fui. Comencé a

trabajar y todo lo que trabajaba a mandar a pagar acá. Muchas veces me quedaba sin dinero para pagar la tarjeta del metro. Una vez, en el segundo trabajo, a los tres meses, yo había enviado todo el dinero, pero no sabía que al día siguiente me iba a faltar el trabajo".

(David-MR30)

También se obtuvo conocimiento sobre la situación inversa, en la que el viaje de la mujer es financiado por un hombre de la familia. En los casos conocidos, la migrante, además del pago de la deuda, prestó algún servicio colateral, como acompañar a los hijos del prestamista durante su viaje de reagrupación o una expectativa de cooperación en el apoyo familiar. En este sentido, resulta llamativo que no se conociese ningún caso de financiación entre hombres. En cualquier caso, la información obtenida parece indicar una feminización de las fuentes de financiación dentro de las redes y, sobre todo, en la financiación de la migración femenina.

Finalmente, para muchos de las migrantes la preparación del viaje requirió del establecimiento de apoyos reproductivos. Como vimos al analizar los hogares transnacionales, la responsabilidad de establecer estos vínculos recayó, de forma casi exclusiva, sobre las madres migrantes, quienes tuvieron que recabar apoyos entre otras mujeres de su misma familia, principalmente abuelas y hermanas. Se conocieron un par de casos en los que la familia del padre migrante quedó encargada de la crianza, si bien esta responsabilidad se depositó en las mujeres de la familia.

Por lo que se refiere a la vinculación de los migrantes con la redes durante su estancia en destino, nuevamente tanto hombres y como mujeres comparten similares recursos con las redes cuando estos requieren una baja implicación, pero a medida que los recursos exigen mayores esfuerzos para su creación y mantenimiento, así como un mayor nivel de confianza, se observa cómo las redes se feminizan.

Como ya se mencionó, las redes jugaron un papel fundamental en la provisión de los apoyos logísticos a los migrantes, tales como el alojamiento - "*Cuando llegué yo, a llegué yo, ya llegué a la casa de mi hermana, que ya tenía seis años, ochos años*" (Daniela-MR3)-, la búsqueda de trabajo - "*Como uno es muy amiguero, pues encontré trabajo con una señora*" (Julia-MR06)- o determinadas informaciones sobre las lógicas que operan en el contexto de llegada -también información suave relacionada con los usos, trámites, etc.-, como nos muestra este relato:

"[...] Toda la gente cuando yo salía los fines de semana, mis amigas, que ya tenían más tiempo, me decían "¿qué cuánto te están pagando?" y yo les decía que tanto, "que no, que te están explotando, que no seas tonta, vete de allí" [...] Claro, pagaban poco y era...salíamos cada quince días, salía mi compañera, y a los otro quince días yo. O sea, era algo... [...]". (Olga-MR63)

Este tipo de apoyos fortalecen el capital social de los migrantes, permitiendo la consolidación de sentimientos de pertenencia, y, sin duda, resultan de gran importancia para facilitar la acogida y la integración de los migrantes tras a su llegada. No obstante, como constata el siguiente relato, se trata de recursos -como la información suave- que no demandan elevados niveles de confianza, pues su oferta no conlleva un gran nivel de exigencia e implicación para el oferente, para quien este comportamiento es sumamente beneficioso ya que, de un lado, no puede hacer uso de aquello que ofrece -no le perjudica- y, por el otro, le permite incrementar su capital social con estas acciones con un bajo coste:

"Ahí, al llegar a Barcelona, para mí fue un poquito fácil ¿por qué? Porque yo antes de migrar tenía un local [...] ahí en el centro, donde todo el mundo me conoce. Y allí, en Barcelona, hay gente de aquí de Balzar, un montón. Todo el mundo me abría las puertas. Si no era uno, era el otro; me buscaba trabajo. A los tres días encontré trabajo. Luego, ese trabajo me duró ocho días, y me consiguieron otro trabajo. En ese trabajo duré tres meses, a los tres meses vinieron los inspectores, y tuvimos que salir corriendo de allí [...]". (David-MR30)

La consolidación de una red social en destino, además de reportar ciertos beneficios prácticos como los arriba mencionados, también es decisiva para la adaptación emocional y cognitiva de los migrantes. Así, permite re-establecer el sentimiento de identidad y pertenencia al grupo, de modo que los migrantes pueden expresarse como sujetos reconocibles. Estos grupos sociales permiten a los migrantes exponer e incorporar su identidad en esos encuentros en los que confluyen nuevas y viejas prácticas en los nuevos espacios a la interacción social transnacional.

Quizá por ello, uno de los elementos que sobresalió en los discursos de los migrantes, en especial los de algunas mujeres, era precisamente el reconocimiento y la valoración positiva que otorgan a la ampliación de los espacios de (inter)acción. Es necesario recordar las restricciones que observaba la presencia femenina en espacios públicos en el contexto de origen: *"claro, allá si hay más libertad que aquí. Para bailar, lo que sea. Bueno, después que salga del trabajo. [...]"* (Silvia-MR29).

En relación con esto, poco puede extrañar que apareciese en los discursos de las mujeres migrantes una valoración positiva de su experiencia social en los contextos de destino, como consecuencia del incremento del potencial de acción en unos espacios más equitativos y menos segregados, donde los hombres y las mujeres migrantes establecen nuevos patrones de relación heterosocial:

"El hombre...por ejemplo...el hombre allí se abrió más. Y nosotras las mujeres aprendimos a valernos por mí misma. Aquí se está más adecuada a la forma del hombre. "Si el hombre decía no te pongas esa vestimenta, tú no te la ponías. En cambio allá, las playas nudistas...por ejemplo aquí, si una mujer entra en un bar: "esa mujer es mala", "anda con otros hombres". En cambio allá, uno es libre, uno va, se sienta, pide su clarita, su cubata. En la discoteca, solo, una baila. Y ahí nadie dice nada". (Olga-MR63)

"Porque la cultura de aquí no es la misma de allá. Allá hay muchísima más libertad que aquí. [...] al llegar allá, la mujer tiene muchísimos más derechos". (Blanca-MR22)

Unas prácticas heterosociales que no solo se ven moldeadas por las condiciones que ofrece el contexto, sino que también (re)crean sus propios espacios en las reuniones de familiares y de paisanos. Como nos narran estas migrantes, estos encuentros pueden reconfigurarse como una novedad frente a las expresiones de heterosocialidad que ofrecían los contextos de origen, según lo describe esta informante: *"Pero estando aquí, ya le digo le falta, por ejemplo eso que los fines de semana no tenemos eso de que toda la familia vámonos a un solo piso"* (Olga-MR63).

Pero, también, como una forma de preservar los patrones de relación heterosocial vigentes en origen, como en el caso de esta informante:

"[...] Yo nunca salía. Tan solo estaba con mi hermano. Es que mi vida era trabajar. Yo trabajaba por la noche, las siete noches de la semana, con una yaya. No tenía opción de salir. Yo, si me divertía, era en casa de mi hermano, cuando eran nuestros cumpleaños. Comíamos, nos tomábamos unas cervecitas, pero en casa siempre. Todo en casa. Así, deirme de diversión, de amigos, nunca, jamás. Todo me lo ahorra". (Julia-MR58)

En cualquier caso, debe ser destacada la importancia que conceden los hombres a los encuentros rituales de la fraternidad masculina. Para muchos de los hombres balzareños que residían en Barcelona, estos tenían lugar en la plaza de Cataluña, y a ellos, en ocasiones, acudían las mujeres. Pero, al igual que sucedía en los relatos de otros migrantes, el contacto con otros paisanos -cercaños o lejano- en el parque, en la cancha o el bar, les permitieron preservar las formas de expresión de la masculinidad. De esta forma explicaba

Evelyn (MR39) cómo su marido destinaba una parte considerable de sus ingresos a "*sus gastos y a los amigos*".

En este sentido, la información compartida por los informantes muestra como los hombres invirtieron una gran cantidad de tiempo y recursos en las relaciones sociales suaves, donde lo que se comparte queda en el momento y en la persona. Esto les concede la posibilidad de establecer redes relativamente amplias, que continuaron estando articuladas sobre los principios de autonomía y libertad de la identidad masculina tradicional. Sin embargo, en los relatos de las mujeres migrantes se observa su preferencia por mantener vínculos más intensos dentro de redes de menor tamaño, o incluso, sin salir de las propias cadenas de familiares, lo que supone preservar el sentimiento de familiaridad en estos vínculos. En este sentido, se aprecia cómo dedicaron mayores niveles de inversión de tiempo y otros recursos, para establecer, recrear y valorar vínculos -fuertes- emocionalmente más intensos, como leemos en este fragmento:

"Vivimos en Elche [...] Allí vivimos junta , trabajamos juntas una temporadilla. Y, ahí, nos visitábamos, trabajábamos de repente [...] siempre estábamos [el trabajo] ella me lo daba a mí [...] así era nuestra vida. El día que ella dio a luz, yo era la única mujer que estaba con ella, y el esposo". (Julia-MR58)

Uno de los resultados de estos patrones de vinculación asociados al género conlleva una mayor facilidad para las mujeres en la transferencia de recursos materiales, sociales y emocionales de forma más estable y duradera a través de estos lazos sociales. Algo que, como veremos, fortaleció la capacidad de las mujeres para articular estrategias de supervivencia en destino ante diversos acontecimientos de tipo personal -separación, etc.- o contextual -crisis, retorno.-.

En muchos casos los apoyos que brindan las redes femeninas fueron determinantes para el desarrollo de estrategias reproductivas dentro de los hogares migratorios y así lo refleja el siguiente fragmento al que ya hicimos mención:

"Pero ya llegó un momento en que el cuerpo ya no aguanta y explota [...] no, no, no, yo no la había cubierto, porque yo le había prestad a mi madrina y ella me dijo, ahijada, cuando usted pueda. Entonces yo ya me salí de este trabajo [...] O sea, fue algo así, porque yo ya me quedaba sin papeles. Todo el mundo los había obtenido y yo, además, como no trabajaba. Y por medio de una prima que trabajaba [...] ¡uh! Las pasé canutas en ese tiempo que no tenía trabajo, tenía la familia, mis hijos y todo eso. Me endeudé por que le decía mi madrina: ¡présteme para mandarles! Pero así me endeudé". (Olga-MR63)

En contraste, los relatos masculinos dejaron constancia del carácter más débil que tienen los vínculos sociales que establecen los hombres, lo que les impide transportar recursos de mayor implicación. Esto es debido, principalmente, a la desconfianza que afecta a las relaciones masculinas y, también a la valoración de la autonomía como signo de hombría -"Porque tiene que valerse por sí mismo". Como consecuencia, los hombres encontraron mayor dificultad para conseguir refugio en los apoyos -materiales y emocionales- que pueden ofrecer sus redes en situaciones de adversidad. Así, cuando se establecen relaciones de cooperación que implican recursos fuertes, vemos la aparición de estrategias dirigidas a minimizar los riesgos -la expectativa negativa- como sucede, por ejemplo, con los préstamos de dinero que suelen ser de pequeñas cantidades. Pero, en cualquier caso, los apoyos de mayor implicación que ofrece la red migratoria a los hombres parecen verse afectados por un carácter más efímero:

"[...]Muchas veces me quedaba sin dinero para pagar la tarjeta del metro [...] Quince días sin tener dinero para comida, sin tener dinero para medicamento, ni para...dios. Allá, cuando usted ya sabe que está trabajando, todo el mundo le cierra las puertas. Nadie le dice: "toma te presto". No, aunque saben que ya está usted trabajando. Porque tienen que valerse por sí mismo. Y nadie me quería prestar dinero [...]". (David-MR30)

Por último, debemos abordar las dinámicas que afectan a las relaciones y redes sociales que establecen los migrantes en los contextos de origen a través de los contactos o las visitas, pues estas pueden tener una considerable importancia estratégica en la planificación del retorno.

Por un lado, como explicamos al analizar los procesos que se desarrollan dentro de las familias transnacionales, los relatos de los informantes muestran como las mujeres fueron quienes invirtieron más recursos, y de un modo más estable, en mantener activos los vínculos tanto afectivos como materiales con la familia origen:

"Y era adicta al teléfono. Tan solo me lo gastaba en llamar en las veinticuatro horas que tiene el día. A mis hijos, a mi ex marido. Fatal, era una adicción. Me lo gastaba y, cuando sacaba cuentas, mi dinero ¿dónde está?". (Julia-MR58)

Lo que puede ser interpretado como un resultado de la orientación tradicional de la identidad femenina hacia el hogar como ámbito de socialización, así como de las responsabilidades reproductivas que se adjudican a la mujer (Pedone, 2005).

Por su parte, los hombres migrantes dedicaron un menor esfuerzo en mantener contactos con origen. Y, cuando lo hacían, estos contactos eran de forma general más inestables y esporádicos.

Por otro lado, es preciso profundizar en algunas de las dinámicas que se generan como consecuencia del estatus de los migrantes en origen, pues estas afectan a la percepción, valoración y expectativas que proyectan sobre ellos, lo que incide en las relaciones que despliegan.

Explicamos al inicio del capítulo que los imaginarios sobre el éxito del migrante conducen hacia su valorización simbólica, lo que afecta a la acogida y las expectativas que recaen sobre ellos durante sus visitas. De un lado, según los relatos de algunos migrantes, el resultado fue un notable incremento de su popularidad -y su capital social- en sus visitas a origen, que en algunos casos se vieron materializados en el acceso a determinados círculos sociales que les estaban vedados antes de la migración -"yo, conocía a la gente, pero no era amiga. Y de hola y nada más. Pero cuando ya venías de España la gente te trataba muy bien. Te invitaban a su casa" (Olga-MR63).

De otro lado, esto conlleva un aumento del número de personas que orbitan alrededor del migrante, especialmente el hombre, durante sus vacaciones a la espera de que este cumpla con una serie de obligaciones¹²⁶ de cortesía. Estos comportamientos, como explica Herrera (2004), permiten obtener reconocimiento y mostrar éxito. Pero, debemos recordar que las expectativas y la norma social hacen que muchos de estos comportamientos sean percibidos por los migrantes como obligaciones de las que es difícil escapar.

¹²⁶ Quizá puedan ayudarnos a comprender la forma en que se interpretan la obligación de compartir y cómo se practica el beber y fumar. Por ejemplo, beber no es tan solo algo que se realiza en grupo, sino que el modo en que se realiza conlleva una forma de reparto. Lo habitual es que pague el que disponga de recursos, pero está mal visto beber en solitario, al menos frente a los demás. De modo que cuando alguien dispone recursos para comprar bebida, debe compartir con el grupo. Por otro lado, el hecho de actuar como anfitrión no da derecho a una mayor participación en el consumo de los que se ofrece, ya que la forma en que se distribuye la bebida garantiza que todos beban en la misma medida, pues lo habitual es que se comparta un solo vaso entre los participantes que se va rellenando y pasando de uno a otro. Así, el único beneficio que tiene el anfitrión respecto a los otros participantes es el de actuar como anfitrión, si bien las normas de cortesía hacen que se deba invitar si se tiene -algo que pueden llegar a reclamar con verdadera insistencia los acompañantes-, que se esté obligado a compartir el vaso, y a repartir en partes iguales. Algo parecido sucede con el tabaco. Así, se acostumbra a que quien fuma ofrezca su cigarrillo al grupo, que lo irá pasando hasta que se extinga, siendo de mal gusto no ofrecerlo, lo que puede ser criticado abierta y directamente.

Las relaciones sociales en origen también pueden verse configuradas por las inversiones materiales que realizan los migrantes en su localidad (Pedone, 2005; Walmsley, 2001). Ya se ha hecho mención del impacto que estas inversiones han tenido sobre el paisaje urbano, pero también es preciso valorar el impacto que tiene el flujo de estos recursos materiales sobre los vínculos sociales. En primer lugar, hay que subrayar la tendencia entre los migrantes balzareños a realizar sus inversiones de forma directa - durante sus visitas o en el retorno- en lugar de delegar esta responsabilidad en algún familiar. Esto no significa que no haya constancia de un buen número de situaciones en las que la inversión se ha realizado a través de algún familiar, donde incluimos los casos en que se realizaron inversiones en casa de los padres -la madre con frecuencia-, pero al menos entre los entrevistados, son mayoría los que evitaron delegar esta tarea, siendo la desconfianza en la gestión de los recursos el principal motivo.

Este fragmento refleja cómo la realización de obras puede ser vista como una forma de redistribuir los recursos, favoreciendo a familiares y amigos, que puede venir acompañada con alguna expectativa de reciprocidad futura. Es decir, se interpretan como una contribución/inversión en capital social por parte de los migrantes:

"Mi primo es ese maricón que se está meciendo en esa casa esquinera allá [...] Ese tío, cuando yo estaba en España, yo a ese tío, yo le daba trabajo. Cuando yo llamaba por teléfono, me dice: 'primo, tengo que hacer algo. No tengo trabajo. No tengo para comprarle los botines a mis hijos. No tengo ni para pagar el alquiler. Porque el alquiler ahí. Ya chucha, déjame ver, cómo va la casa de fuera. Entonces yo consultaba con el bolsillo [...] Y bueno, me veía con mil, dos mil dólares, y los voy a invertir allá. Le dije: 'entonces ¿sabes qué?' -le digo- mándate allá fuera que hay que hacer esto y lo otro. Pero te voy a pagar por días. Me dice, 'ya, no hay ningún problema'-me dice. Y ahí ha trabajado. Después hice el departamento para mis hijos. También lo hizo él, le daba trabajo". (Miguel-MR61)

En resumen, podemos decir que las redes y las relaciones sociales en destino fueron determinantes para la adaptación emocional y cognitiva de los migrantes a los contextos de destino, así como la provisión de apoyos logísticos y la transmisión de informaciones. En este sentido, el cambio más determinantes de las redes que se producen en el contexto migratorio tiene que ver con la capacidad estas para desarrollar nuevos significados que permitan integrar/conectar aquellos que los migrantes portan en sus cabezas con los que regulan las relaciones objetivas, intersubjetivas y subjetivas en los contextos de destino. Como resultado, aparecen formas definidas por unos contornos menos restrictivos en la

medida en que las tolerancias y las vigilancias sociales varían. A pesar de estos importantes cambios, los modelos de vinculación de género son determinantes en la configuración de las redes y relaciones sociales, ya que regulan la forma y contenido de los lazos, como se aprecia en la feminización de las relaciones y redes migratorias y transnacionales cuando los recursos que circulan a través de sus vínculos son costosos y requieren confianza -por ejemplo los apoyos financieros y reproductivos. Además, el modelo de vinculación tradicional se ve reforzado en las relaciones con origen por los imaginarios sobre la migración, que ayudan a configurar las percepciones, valoraciones y expectativas de los no migrantes sobre los migrantes y los lugares de destino, reforzando los mecanismos tradicionales de control social al reconfigurar un nuevo conjunto de obligaciones y expectativas que se ve reforzado por nuevas estrategias de control emocional.

5.4. TRASFORMACIONES EN MODELOS DE IDENTIDAD DE GÉNERO DURANTE LA EXPERIENCIA MIGRATORIA

En este apartado se exploran los factores que promueven la transformación de modelos de identidad género durante la experiencia migratoria. Los modelos de identidad resumen un mundo de experiencias de vida que reflejan el consenso cultural acumulado por el grupo respecto a esas formas hegemónicas, socialmente aceptadas y valoradas, de “ser” hombre y “ser” mujer, accesibles a los sujetos a través de la observación y la participación en la vida social, cuya incorporación les permite resolver cuestiones prácticas en su interacción con la realidad social y material (Bourdieu, 1999; Todorov, 2000; Gomá, 2014).

Parece adecuado recordar varios de los aspectos que sobresalen de la anterior definición, esto no solo porque nos ayuda a poner de relieve la pertinencia de realizar un análisis de los modelos de género en el contexto migratorio, sino que además puede ofrecernos interesantes elementos de juicio para desentrañar el modo en que se producen dichas transformaciones.

En primer lugar, cuando decimos que el modelo *resume un mundo de experiencia acumulado*, queremos subrayar que están integrados en un proceso y en una cronotopía. Es decir, son un producto socio-histórico resultante de la continua recreación e interpretación relacional que produce ese conjunto de efectos semiótico-materiales (Bourdieu; 2000; Casado, 2002; Connell, 1987; Téllez y Verdú, 2011).

En segundo lugar, al explicar el modelo como una *forma hegemónica socialmente aceptada y valorada* que refleja el *consenso acumulado por el grupo* hacemos referencia, de un lado, a su disposición estructural dentro de un conjunto de relaciones de fuerza en conflicto (Minello, 2002); a lo que Foucault (1998) se refiere como una situación estratégica. De otro lado, al hablar de formas *socialmente aceptadas* las identificamos como formas legítimas de expresión de la masculinidad y la feminidad (García y Casado, 2008). Además, llevan implícito un componente de *valoración* -umbrales de tolerancia- que nos indica cómo los individuos disponen tanto de un margen de acción legítimo -con rendimientos positivos-, como de un margen de acción ilegítimo -con sus consiguientes costes (Bourdieu, 1997 y 2000). Finalmente, esto nos indica que los modelos están supeditados a su expresión dentro del grupo de moralizadores mediante los regímenes corporal-afectivos (Casado, 2002).

En tercer lugar, al decir que los sujetos *incorporan* los modelos -entendidos como compendios morales-, afirmamos que estos quedan ligados a patrones de prácticas legítimas, vinculados a su vez a unos patrones de orientación emocional que son resultado de una política sentimental de control social sobre los modelos de género. Esto ayuda a explicar la forma en que los modelos orientan las prácticas y los discursos pues, de un lado, los sentimientos¹²⁷ están conectados con tipos de acción específica¹²⁸ (Damasio, 1994 y 2007; Prinz, 2006) y, de otro lado, la transgresión moral resulta en la expresión de emociones -de vergüenza, humillación, timidez, etc. (Bourdieu, 2000; Damasio, 2007; Prinz, 2006). Al mismo tiempo, vimos cómo las expresiones emocionales eran un componente fundamental en la interacción social, ya que suponían una declaración ante los demás y ante uno mismo de la incorporación del modelo social (Ramírez Goicoechea, 2001), lugar donde confluyen las expectativas y la valoración.

Por último, al afirmar que los modelos permiten *resolver cuestiones prácticas en la interacción con la realidad social y material*, estamos diciendo que éste "configura el espacio de posibilidad" (Bourdieu, 1997) o "campo de posibilidades estratégicas" (1998) dentro del cual los sujetos desarrollan en un determinado contexto de relaciones objetivas,

¹²⁷ Parece haber evidencia sobre la vinculación asociativa de los sentimientos con tipos de acción concretos en la memoria a largo plazo (Prinz, 2006; Ramírez Goicoechea, 2001).

¹²⁸ Como explicamos en el primer capítulo, Prinz (2006) sostiene que los juicios morales ordinarios tienen motivación intrínseca, es decir, mueven al agente a actuar.

intersubjetivas e identitarias (García y Casado, 2008; Gutmann, 1997; Rodríguez, 2014; Téllez y Verdú, 2011).

En resumen, con esta exposición deseamos subrayar que los modelos concretos siempre están ligados a un tiempo, un lugar y un grupo social determinados, donde las acciones son reconocibles y válidas para resolver los problemas de la individuación, la producción y la reproducción social.

De este modo, podemos entender cómo la migración conlleva una transformación de los tiempos, los lugares y los agrupamientos que exige una reconfiguración de las coordenadas que portan los sujetos en sus cabezas, pues deben ser capaces de encontrar nuevas respuestas a los cambios en las relaciones objetivas, intersubjetivas e identitarias.

Así, los cambios en las relaciones reproductivas y productivas abren un nuevo espacio donde son recreados los vínculos y las jerarquías, las expectativas y los reconocimientos. Esto sucede, por ejemplo, en las familias transnacionales y migratorias que se ven obligadas a negociar y redefinir los roles de identidad sexual (Sanz Abad, 2014) en la medida en que se ven modificados sus espacios, tiempos y tareas (Bourdieu, 2000; Gadea, et al., 2009; Wagner, 2008).

Al mismo tiempo, es evidente que se trata de un proceso complejo y reversible en el que aparecen situaciones de nivelación en las relaciones de género junto a otras de atrincheramiento en torno a los modelos tradicionales. Así, en la medida en que se han documentado procesos de emancipación y empoderamiento de la mujer vinculados a nuevos equilibrios en las relaciones reproductivas y/o productivas que quiebran con las jerarquías tradicionales (Morokvasic, 2007; Oso, 2008; Sanz Abad, 2014), se han encontrado nuevas situaciones de recreación y refuerzo del poder patriarcal (Cassain y García, 2014) expresadas a través de nuevas situaciones de explotación -material, sexual, familiar, etc.- de la mujer migrante (Gregorio Gil, 1998) o, incluso mediante respuestas violentas en defensa de esas hegemonías que plantean unos modelos de identidad masculina tradicionales que se ven disputados y fracturados (García y Casado, 2008; Rodríguez, 2014; Waisblat y Sáenz, 2011).

En este sentido, el objetivo de este apartado no es otro que descubrir los procesos que afectan a los modelos de identidad femenino y masculino hegemónicos vigentes en el contexto de origen de los migrantes balzareños, para analizar así el modo en que éstos se han visto afectados/transformados en el contexto migratorio.

Para ello, seguiremos el modelo analítico propuesto Walby (1990) empleado en el capítulo cuatro, abordando separadamente el modelo de identidad femenino y el masculino para examinar los procesos que se desarrollan en cada uno de los campos de acción con los cuales le damos contenido: la sexualidad, la violencia, la esfera privada y la pública.

5.4.1. El modelo femenino. Entre el empoderamiento y la explotación en el contexto migratorio: "*allá la mujer no aguanta palos*"

Examinar los espacios de posibilidad que la migración presenta a la feminidad pasa por entender cómo se reconfiguran, desde la ideología patriarcal dominante, los espacios de conciencia -transnacional- en que se desenvuelven los sujetos. Es decir, el modo en que se reelaboran aquellos conceptos que sirven para orientar las relaciones sociales y el orden de género dentro de ese nuevo universo donde cambian sus posiciones, sus disposiciones y sus posibilidades estratégicas -tomas de posición (Bourdieu, 1997 y 2000).

En relación con lo anterior, la información obtenida indica cómo tiene lugar una reorganización de las estrategias de dominación masculina en respuesta a los trastocamientos en la composición y jerarquización de los stocks de capital material, social y simbólico que tiene lugar como consecuencia de la migración femenina. Para contextualizar este nuevo campo de posibilidades estratégicas (Foucault, 1998) que emerge con la migración debemos recordar aquellos factores que, en origen, determinaban unas tomas de posición femeninas, como son: la competencia sexual femenina, la fragilidad del compromiso, la dependencia material de la esposa-hijos y la irresponsabilidad del progenitor.

Esto ayuda a comprender cómo transforman o se incorporan al modelo de identidad femenina hegemónico las expectativas, obligaciones y reconocimientos que acompañan la migración. De manera que, si en su momento explicábamos cómo la elaboración de las lógicas de dominación masculina en origen descansaban en la esencialización de una feminidad perversa y destructiva, ahora veremos cómo estos conceptos recobran un nuevo ímpetu con la emergencia de los imaginarios sobre el libertinaje, el abandono y la destrucción/ruptura familiar que estigmatizan a las mujeres migrantes.

De hecho, es aquí donde se sustenta la renovación de los controles objetivos y subjetivos que permiten mantener las relaciones de explotación. De un lado, la razón de ser de estos imaginarios es el fortalecimiento del control social -las vigilancias preventivas y las violencias correctivas- sobre los recursos materiales, sociales y emocionales de la

migrante mediante su fragilización. De otro lado, son reflejo de la adaptación de la política sentimental de control de la feminidad al contexto migratorio, que se despliega mediante la estimulación del sentimiento de culpabilidad.

Aunque estos imaginarios parecen tener una incidencia secundaria en la experiencia migratoria de las mujeres, pensamos que la recurrencia de estas ideas en aquellos lugares donde la migración femenina ha alcanzado proporciones significativas (Herrera, 2004; Mejía y Cortés, 2012; Oso, 2008; Pedone, 2005; Solé y Parella, 2005), parece indicar que estamos ante una estrategia ordinaria del patriarcado.

En este sentido, la información recabada durante el trabajo de campo vendría a confirmar que se trata de una estrategia de éxito, pues estas imágenes confieren al orden patriarcal un enorme control sobre las prácticas y discursos femeninos al penetrar en el subconsciente colectivo. En gran medida, estos discursos no son más que una reformulación de los viejos temas -perfidia y lascivia- que integran en sus lógicas los nuevos factores desafiantes -movilidad y distancia- para reformular sus mecanismos de control sobre la percepción, la evaluación y la acción de los agentes.

Por tanto, el objetivo continúa siendo el mismo, explotar ese sentimiento de culpabilidad femenino consistente en la atribución de responsabilidad a las mujeres de las mismas violencias físicas, materiales y emocionales de las que son objeto. Es decir, aparece en el contexto migratorio una reformulación de las estrategias de ocultación de las relaciones de dominación por medio de la exoneración de la masculinidad y el desplazamiento de la responsabilidad hacia la feminidad, de tal forma que la destrucción del hogar puede ser interpretada como resultado de la falta de aguante de la mujer -"*allá la mujer no aguanta palos*" (David-MR30)- , o de su libertinaje -"*En cambio, la mujer tiene libertad, encontró otra persona, se va con esa otra persona*"(David-MR30).

Esto obliga a la mujer migrante a tomar posición, a declarar su adhesión al orden tradicional ante los demás y ante sí misma, para incorporar una forma reconocible y reconocida de identidad -"*No podía, no podía tener ese corazón de otra gente [mujeres] que olvidan marido, hijos, todo. Y hacen otras vidas allá*" (Julia-MR58)- "*Poco me gusta salir a mi*" (Silvia-MR29).

Aquí, se refleja cómo la ideología patriarcal refuerza sus mecanismos de control como una reacción a la migración de la mujeres, ya que ésta quiebra algunos fundamentos del modelo de identidad femenino, como son la inmovilidad y la dependencia material,

haciendo que se tambalee el sistema de dominación masculina cuando esas vigilancias y esos controles se ejercen sobre las mujeres en la proximidad del contacto y la reclusión en lo íntimo se desvanece. Poco extraña entonces que, para algunas mujeres, la migración sea interpretada como una estrategia de liberación de esos controles que operan sobre ellas y que queda patente cuando hacen referencia a las circunstancias que acompañaron sus decisiones de migrar:

"Aquí lo primero que hace una chica es casarse, y yo no quería casarme". (Julia-MR28)

"Pero otras ya, se ponen pilas, y no. Se van para allá y no aguantan la infidelidad". (Olga-MR63)

"[...] de mi casa no más. Que vivía hasta en el campo [...] Yo vivía con mi marido, el padre de mi hijo [...] Yo desde que me fui de aquí...Yo llegué y nos separamos". (Silvia-MR29)

De modo que la migración se presenta en algunos casos como una estrategia de emancipación que ha permitido liberarse de los condicionamientos materiales, sociales y simbólicos implícitos en el modelo de mujer aguantadora. Esta quiebra con el modelo de aguante también aparece en algunos relatos donde se hace en referencia a la emergencia de nuevas posibilidades estratégicas de acción para la mujer, relacionadas con la independencia material y los aprendizajes, que ofrecen alternativas distintas a la actitud resignada que impone el modelo de aguante:

"En cambio, allí uno va, y va con su pareja. Y tú tienes tu trabajo, tú aprendes, ya, a manejar tú dinero. Y si tú marido. Y si tu marido te hace algo, a mí que me importa, lárgate, porque yo ya sé cómo voy a hacer las cosas, como voy a vivir". (Olga-MR63)

Sin embargo, veremos cómo estas situaciones aparecen insertas en dinámicas sociales que complejizan las experiencias e impiden la generalización de este tipo de resultados emancipadores de forma unívoca, ya que los relatos nos han dejado constancia de la continuidad de las estrategias de aguante en destino, así como de otras formas de explotación vehiculadas a través de un incremento de sus obligaciones, la violencia sexual, la permanencia de la orientación hacia lo íntimo y la responsabilidad sobre la descendencia -también la ascendencia y los colaterales.

A continuación examinaremos estas transformaciones a través del impacto que han tenido sobre el contenido de modelo de identidad femenino hegemónico en cada una de las

cuatro estructuras relacionales que identificamos en el anterior capítulo: privadas, públicas, sexuales y de violencia.

Hogar

Como explicamos, desvelar las configuraciones y dinámicas que se generan en el interior del hogar en origen resulta una tarea fundamental para comprender el sentido que adquiere el modelo de identidad femenino hegemónico, ya que su definición descansa en gran medida en la identificación de la feminidad con lo doméstico. Es sobre esta conexión que se sustentan otros significados que naturalizan la presencia y la acción de la mujer en el ámbito privado entendido como espacio propio de trabajo, crianza y subordinación.

Es en el interior del hogar donde la feminidad ejerce el rol de madre-esposa que la ideología patriarcal reserva a la mujer buena o sumisa, y que ésta asume desde el ejercicio de "*su doble responsabilidad*". De un lado, aparece su responsabilidad directa en la subsistencia de los hijos/hogar. Del otro, están las obligaciones hacia el esposo que se consuman a través de la obediencia, la atención de sus necesidades y el confinamiento.

La interpretación excluyente del ámbito privado es resultado de la segregación de los espacios y las tareas, lo que, a su vez, da fundamento al régimen de dependencias y exclusiones que favorece el confinamiento doméstico de la mujer. Una lógica que llega a verse cuestionada cuando la mujer migra, pues colisiona con algunos de los términos del modelo femenino tradicional -como el confinamiento y las atribuciones reproductivas- y con ello pone en cuestión otros tantos -la sumisión, la obediencia, la dependencia, etc.

Así, vemos como la migración de la mujer obliga a renegociar y redefinir el contenido del modelo femenino, debido a que sus principales referentes -espacio, tiempo y tareas- se ven modificados (Bourdieu, 2000; Gadea et al., 2009; Sanz Abad, 2104; Wagner, 2008), provocando cambios estructurales que conllevan corrimientos en las posiciones de género en el interior del hogar (Sørensen y Guarnizo, 2007).

Esta reorganización de las posiciones y las disposiciones en el interior del hogar pueden desafiar las relaciones de dependencia y de poder, estimulando un reposicionamiento estratégico en los frentes de fuerza, cuyos resultados pueden conducir hacia nuevos contextos de explotación o hacia entornos más equilibrados, en función de la capacidad de los agentes para movilizar los recursos necesarios para producir uno u otro resultado.

En todo caso, parece evidente que las lógicas que operan sobre las relaciones que despliegan los migrantes en los contextos de origen y de destino, por un lado, entran en contacto a través en ese campo transnacional que generan las prácticas de los migrantes, pero, por otro lado, las lógicas que articulan las relaciones en uno y otro contexto difieren pues cambian los sujetos y los objetos que se organizan por medio de ellas.

Por tal motivo, es adecuado tratar separadamente las reconfiguraciones que tienen lugar en los hogares transnacionales y los hogares migratorios¹²⁹, pues si el migrante puede ser entendido como un puente entre estos universos, en cada caso las reconfiguraciones se establecen alrededor a una realidad dual que se materializa en un conjunto diverso de expectativas y obligaciones que condicionan su reestructuración estratégica.

El elemento determinante en la configuración de las relaciones que se desarrollan en el interior del hogar transnacional es, como ya dijimos, la distancia (Oso, 2008). La separación física del hogar obliga a reestructurar ese conjunto de obligaciones y expectativas sobre el cual se modulan los arreglos que permiten a la mujer integrar y articular la migración y la supervivencia de la familia. Como han repetido varios trabajos, y así ha quedado corroborado por nuestra propia experiencia de campo, el problema del cuidado planteado por la migración de las madres ha sido resuelto dentro de la feminidad ya que, de un lado, establecer las redes de apoyo reproductivo -transnacional- continuó siendo responsabilidad de la mujer-madre (Oso, 2008; Pedone, 2005; Sanz Abad, 2014) y, del otro, porque esta responsabilidad suele ser delegada en otras mujeres-cuidadoras (Horschfeld, 2001; Oso, 2008; Solé et al., 2007).

Esta reestructuración de los vínculos sociales que da origen al hogar transnacional también da comienzo a una nueva etapa de negociaciones en torno a las obligaciones, los afectos y los sentidos, que permiten al hogar y a sus miembros sobrevivir como unidad en la distancia. En este sentido, es interesante desvelar el modo en que el contenido de estos lazos y el reposicionamiento de los sujetos en el hogar transnacional afecta al sentido que se otorga a la feminidad en el campo transnacional.

Una cuestión fundamental está relacionada con el impacto que tiene la ausencia de la madre-migrante sobre un modelo femenino que se define, precisamente, a través del

¹²⁹ Distinguimos con propósitos analíticos entre hogar transnacional, aquel donde las relaciones entre sus miembros se extienden a través de los contextos de origen y destino, y hogar migratorio, aquel que los migrantes establecen en los lugares de destino.

confinamiento doméstico/familiar y su responsabilidad sobre las obligaciones reproductivas y las tareas del hogar. Es decir, qué tipo de significados se movilizan para que las mujeres-migrantes puedan ser reconocidas por los demás y reconocerse a sí mismas como madres en un contexto en el cual los términos que configuran el modelo tradicional se ven confrontados por la práctica.

Es decir, debemos preguntarnos si con la migración femenina se recrean las condiciones de explotación material, sexual y emocional en la distancia o si, por el contrario, a través de la distancia se promueven relaciones que posibilitan la emancipación femenina y la nivelación en las relaciones de género en el interior del hogar transnacional.

La información hallada parece apuntar en la dirección que marca el primer interrogante, pues los relatos presentan una serie de elementos que reflejan un efecto constrictivo sobre los espacios de acción de la mujer migrante en su interacción con el hogar transnacional. Esto es, observamos el desarrollo de una serie de dinámicas que permiten preservar la explotación emocional y material de la mujer migrante.

Es preciso aclarar que, al hablar de explotación material, nos referimos a relaciones de intercambio que plantean demandas sobre el rendimiento del trabajo de la mujer migrante en términos abusivos. Es decir, a través de estas relaciones transnacionales se detrae una parte desproporcionada de sus ganancias, limitando sus propias posibilidades de supervivencia y de promoción social. Con ello, no queremos decir que todas las relaciones en el hogar transnacional reflejen situaciones de explotación pues no faltan ejemplos en los cuales la madre-migrante ha mantenido una relación materialmente equilibrada con el hogar transnacional que le ha permitido rentabilizar su esfuerzo migratorio mediante la inversión en estudios, inmuebles, etcétera. Más bien se trata de poner nuestra atención sobre una tendencia de carácter más general en las relaciones sociales que podemos conectar con una serie de comportamientos y significados ligados a patrones de género.

De un lado, observamos como la formación de un hogar transnacional supone el comienzo de nuevas lógicas de negociación material y afectiva entre la mujer migrante y el(los) hogar(es) transnacional(es). Vemos como las relaciones con los hijos, cuidadores y familiares se han visto condicionadas por los imaginarios sobre el abandono, la prosperidad del migrante y/o el comportamiento sexual de las mujeres-migrantes - frecuentemente señaladas como promiscuas o prostitutas-, cuya presencia en el contexto de

origen tiene un carácter determinante en la orientación de las expectativas y las prácticas de los actores.

Un resultado, frecuentemente señalado en distintos contextos migratorios, es el modo en que la ausencia se convierte en terreno abonado para el desarrollo relaciones de dependencia-explotación desde origen (Canales, 2005; Herrera, 2001; Morokvasik, 2007; Pedone, 2005; Pottinger y Brown, 2006; Walmsley, 2001). La información recabada mostró cómo fueron las madres-migrantes quienes, de forma general y estable, dedicaron mayor esfuerzo a cubrir las necesidades materiales y emocionales de sus hijos -y otros familiares- desde la distancia, mientras que los padres mostraron comportamientos mucho más variables en este sentido.

Sin embargo, vemos cómo la relación de las madres migrantes con el hogar transnacional, en lugar de ser interpretada a partir de las experiencias concretas, es habitualmente referida a través de estas ideas sobre la migración que penetran en la valoración y se expresan en los discursos de los actores -migrantes y no migrantes. Esto sucede, por ejemplo, con los imaginarios sobre el abandono de los hijos que se extraen de estos fragmentos:

"Y han fracasado, también mujeres...uno, dos, tres. Y sus hijos también han dejado aquí. Hay muchos hogares abandonados. Niños abandonados aquí. Y hay mujeres que ni se acordaban de mandar la plata a sus niños[...]". (Ángela-MR35)

"No podía, no podía tener ese corazón de otra gente [mujeres] que olvidan marido, hijos, todo. Y hacen otras vidas allá". (Julia-MR58)

De forma similar, intervienen en la configuración de estas relaciones los imaginarios sobre la prosperidad en destino que transmiten una información que sobreestima las posibilidades y las condiciones de vida de los migrantes en destino, de manera que las expectativas sobre las remesas -y otros recursos- que tienen los actores en el medio social de origen suelen estar orientadas por estas percepciones, estimulando un incremento de las demandas de hijos, cuidadores y otros familiares sobre los rendimientos del trabajo de la mujer-migrante.

Con esto queremos subrayar que una parte de las fuerzas que conducen a la formación de las relaciones de dependencia-explotación se genera en el exterior del hogar transnacional -los hijos y los cuidadores-, ya que éstos también ven aumentar la presión social en la medida en que se elevan las expectativas sobre ellos: *"Y porque están en*

España [las madres] qué sí, que tú no vas a ser el último que vas a llegar a esa fiesta. Tú te tienes que ir así, así, y asao [...] Ya que yo no estoy con usted, por lo menos disfrute" (Miguel-MR61).

Por último, están los imaginarios sobre los descarríos/fracasos de los hijos de los migrantes. Como se pudo comprobar durante el trabajo de campo, estos llegan a ser enormemente desproporcionados en los hechos que atribuyen a los hijos de los migrantes - tanto por migrantes como por no migrantes- en relación a todo tipo de comportamiento socialmente condenable -drogadicción, homosexualidad, etc.-. La realidad es que estos comportamientos tienen una presencia en la vida social que no se dan sólo en los hijos de los migrantes.

También son comunes en los discursos las referencias a los hijos de los migrantes que los definen como "*malcriados*", en alusión a los excesos en el gasto, por los regalos, y otros comportamientos que constituyen un derroche de las oportunidades de promoción social que les ofrecen las remesas, entrando en dinámicas de dependencia que desincentivan su esfuerzo, y así lo recordaba este informante:

"Y, aun sabiendo que no lo aprovecha, lo estás manteniendo. Le estás permitiendo que llegue borracho. Que se ande metiendo con el uno el otro. Haciendo problemas. Esas cosas no se deben de permitir [...] Entonces esas criatura no hace...no hace el camino por salir adelante por sí mismo. Sino que está bajo el mando de la madre. Está bajo lo poco que manda la madre. Bajo lo poco que manda su madre, está viviendo él, y haciendo tonterías. Y la madre siguiendo aún, mandando y mandando. Para que el hijo no trabaje, para que tenga todo en su casa ¿Cuándo va tomar capricho una persona en salir y buscar un trabajo?". (Miguel-MR61)

Lo cierto es que la mención de problemas en la crianza en los hogares transnacionales apareció con cierta frecuencia en las entrevistas, en ocasiones por situaciones de maltrato hacia los hijos por parte de los cuidadores, como explicaba una informante:

"[...] porque yo...porque mis hijos estaban con una persona que no les atendía cien por cien. Solamente, malo que lo diga, solamente lo que yo mandaba [...] Aparentemente era buena persona, y todo, pero resultó que no, cosas que...no, cosas que una criatura...que no tenía que haber sucedido [...]". (Olga-MR63)

Pero, con mayor frecuencia, por problemas de disciplina de los hijos en su relación con los cuidadores y/o los centros educativos, o por el peligro implícito en determinadas relaciones que éstos establecen al llegar a la adolescencia, como narra esta otra informante:

"Sí, pero después, como a los dos años, creo, ya vino el problema. Los niños crecieron, iban creciendo, evolucionando, iban siendo más jovencitos y... ¡ya! Pues lo típico de los niños que no hacen caso. ¿Por qué? Porque no están sus padres [...] no querían estudiar, solo llegaban problemas del colegio ¡un desastre!". (Julia-MR58)

Esto llevó a algunos padres a reagrupar a sus hijos en destino, una opción que se percibía complicada por parte de las jefas de hogar que carecían tanto de los apoyos sociales como de los medios económicos para afrontar los superiores costes de reproducción en destino. En estos casos, lo más común fue el trasiego de los menores por diferentes hogares o el retorno de las madres -y los padres en ocasiones.

Lo más importante es que todos estos imaginarios están lejos de formar un conjunto inconexo de ideas que brotan en el espacio social en relación a distintas circunstancias. Antes bien, subyace en ellos un lógica que articula estas ideas orientando los patrones de acción y evaluación de los actores cuya finalidad es provocar esa sensación de pérdida en las madres en cualquiera de los escenarios que configuran sus tomas de decisión; es decir, sus decisiones se desarrollan dentro de situaciones de pérdida-perdida -"*lose-lose situation*".

Para comprender esta situación es preciso entender cómo se conectan estos imaginarios entre sí. De un lado, los imaginarios sobre la ausencia ayudan a exacerbar el sentimiento de pérdida y abandono por parte de los hijos -también las madres. Así, las madres se ven obligadas a compensar materialmente el déficit afectivo que ha dejado su marcha. Estas compensaciones materiales tienden a crecer con el tiempo, pues la percepción de frustración aumenta en el hogar receptor de remesas -y los hijos- ya que las expectativas sociales sobre ellos crecen más rápido debido a la sobreestimación de las posibilidades reales de los remesadores. A estas se unen las expectativas sobre determinados comportamientos "antisociales" de los hijos que, en muchos casos, llegan a convertirse en una profecía auto-cumplida, pues al ser interiorizadas por los adolescentes pueden orientar su comportamiento.

Esto nos ayuda a entender cómo operan los mecanismos de control sentimental para estimular el sentimiento de culpabilidad mediante la configuración de escenarios de pérdida, donde cualquiera de las decisiones que asume la mujer-madre-migrante tiene efectos indeseados (*no-win* o *lose-lose*). En primer lugar, la decisión de dejar a los hijos en origen para aumentar sus posibilidades de ahorro e inversión se ve condicionada por las

idea de abandono femenino del hogar, despertando en las madres sentimientos de culpabilidad. Estos, de manera lógica, tienen un gran impacto, que puede llegar a ser devastador cuando los hijos son víctimas de abusos o emergen otros conflictos -"los fracasos de los hijos"- que les afectan, ya que las madres son responsabilizadas, y se sienten responsables, por haber delegado las responsabilidades de la crianza y/o haber realizado una mala selección de los cuidadores -quienes, por otro lado, no suelen ser responsabilizados. Y esto a pesar de que las mujeres migrantes mostraron mayor implicación con los hogares transnacionales, siendo ellas quienes dedicaron, de forma sostenida, un mayor esfuerzo al envío de remesas tanto a hijos, como a esposos, padres u otros familiares.

Por otro lado, las remesadoras deben afrontar la disyuntiva de limitar las remesas para incrementar sus posibilidades de ahorro e inversión, en cuyo caso pueden ser culpadas por el abandono materialmente de los hijos mientras ellas son señaladas por estar disfrutando de una vida de abundancias en destino. O bien acceder a los envíos que se le reclaman desde origen, a fin de satisfacer las expectativas de los familiares -y de estos con el entorno, en cuyo caso se las culpará por estar malcriando a los hijos. Según el planteamiento que realiza Oso (2016), podemos decir que se ven obligadas a optar por un esfuerzo de capitalización financiera o de capitalización emocional, considerando que la elección de uno tendrá un impacto negativo en el otro tipo de capital.

Así, vemos cómo las relaciones de las mujeres migrantes con los hogares transnacionales parecen seguir orientadas por la misma política sentimental de control de la feminidad a través de la culpabilidad, lo que preserva esa lógica que conecta la feminidad con sus obligaciones sobre la crianza mediante el estímulo de una perpetua sensación de miedo y fragilidad ante los peligros que asume con sus decisiones, una sensación de permanente zozobra en la que se ve sumida por ese sentimiento de culpabilidad.

De este modo se logra ejercer control sobre los esfuerzos y los recursos de la mujer-madre-migrante desde origen manteniendo su compromiso con las obligaciones hacia el hogar en la distancia a través de estos imaginarios, que ayudan a crear entornos de pérdida los cuales permiten ejercer coacciones sobre el comportamiento femenino a través de la estimulación del miedo y la culpa.

De tal forma que, incluso cuando la migración concede a muchas de estas mujeres una posición de independencia material al convertirse en proveedoras materiales del hogar,

vemos cómo a través de estos imaginarios se consigue mantener su subordinación simbólica y ejercer control sobre sus recursos.

De forma similar podemos interpretar algunas dinámicas que surgen dentro del matrimonio y que conectan con los discursos sobre el fracaso familiar, que están dirigidos a preservar las relaciones de dominación siguiendo el modelo de autonomía masculina y dependencia femenina. Así, la pareja solamente parece resistir cuando el cónyuge que se marcha asume que la situación del que permanece está sujeta al modelo de fidelidad femenina y promiscuidad masculina: *"Porque el que se queda aquí, sigue viviendo las costumbres de aquí"* (Blanca-MR22). Es decir, que el matrimonio transnacional sobrevive si la permanencia de la mujer se da en las condiciones de confinamiento y "aguante", o si la mujer migrante es, más o menos, permisiva -aguantadora- respecto a los comportamientos del esposo en origen:

"[...] La mayoría de gente que se va, yo creo que ellos ya saben que, nada más ir yéndose, la mujer va a andar con otros hombres [...] Pero la mujer es más pacífica, en cambio el hombre no. De esos casos se ven bastantes aquí [pacífica, por qué?] Porque la mujer es como más consciente que el hombre va a andar con mujeres, y como que se detiene un poco a dejarlo. En cambio el hombre no, cuando el hombre ve que su mujer la tiene infiel, entonces ya, la deja, y hace problemas y todo [...]". (Daniel-IE15)

Observamos en este relato ese contraste que se produce entre el juicio ideológico con el que se condena la feminidad -promiscua- por encima de la existencia de experiencias concretas -*"[...] La mayoría de gente que se va, yo creo que ellos ya saben que, nada más ir yéndose, la mujer va a andar con otros hombres [...]"* (Daniel-IE15)- y los juicios factuales que reflejan, precisamente, ese conocimiento adquirido por los sujetos a través de su contacto con situaciones reales, que se corresponde con la infidelidad masculina y el aguante femenino -*"[...] La mayoría de gente que se va, yo creo que ellos ya saben que, nada más ir yéndose, la mujer va a andar con otros hombres [...] pero la mujer es más pacífica, en cambio el hombre no. Porque la mujer es como más consciente que el hombre va a andar con mujeres, y como que se detiene un poco a dejarlo"* (Daniel-IE15)- donde es el hombre quien en realidad abandona el hogar -*"cuando el hombre ve que su mujer la tiene infiel, entonces ya, la deja, y hace problemas y todo"* (Daniel-IE15).

Todas estas circunstancias ayudan a configurar un espacio en el cual las relaciones de las mujeres migrantes con el hogar transnacional continúan estando orientadas por el modelo de mujer aguantadora que se define por su responsabilidad exclusiva sobre la

crianza y sus resultados. Para sortear los peligros que plantea la distancia y la autonomía material de la mujer, aparecen en el contexto social una serie de imaginarios que estimulan los sentimientos de culpabilidad de acuerdo con la política sentimental de control de la feminidad que permiten reforzar: las obligaciones, que son aquellas relacionadas con el mandato femenino adaptadas a las circunstancias del contexto; el miedo, necesario para promover el aguante pues cada decisión tiene un resultado adverso, y siempre se actúa para evitar otro mal mayor; y la culpa, pues cualesquiera que sean los resultados negativos y la causa que los ha provocado, la responsabilidad es atribuida a la mujer-madre-migrante. Como consecuencia, los espacios de autonomía femenina se ven reducidos pues estas estrategias ideológicas permiten ejercer mayor control sobre la disposición de sus recursos. Resulta interesante comprobar cómo, dentro del campo de la psicología, el análisis transaccional ha identificado la obligación, el miedo y la culpa como los principales recursos que intervienen en la manipulación del comportamiento y el chantaje emocional.

En lo que se refiere a las relaciones que se despliegan en el hogar migratorio, y el modo en que estas impactan sobre el modelo de identidad femenino tradicional encontramos, de modo general, cómo los hogares han continuado organizándose en destino de acuerdo con el modelo vincular hegemónico en origen, de modo que la mujer-madre-esposa preservó tanto su carácter de referente material y emocional como su responsabilidad sobre las tareas del hogar y el cuidado. Sin embargo, se aprecian diversas dinámicas en las relaciones domésticas que promovieron un reequilibrio en las relaciones de género en la medida en que varían la ausencia/presencia y el nivel de responsabilidad/irresponsabilidad asumido por el padre-esposo.

Una cuestión fundamental que, de forma habitual, debe resolver el hogar migratorio tiene que ver con la necesidad de realizar ciertos ajustes en los roles de género cuando la mujer-madre-esposa asume la carga del empleo. En primer lugar, al igual que sucede en origen, es habitual que esto suponga añadir a la carga del empleo las tareas del cuidado y el hogar cuando no se produce la participación masculina -e incluso cuando ésta tiene lugar. Podemos decir que en ninguna de las entrevistas con hombres apareció el problema de la conciliación de la vida familiar-laboral¹³⁰, que contrasta con su habitual referencia en los relatos femeninos, lo que nos da una primera idea sobre el modo en que se jerarquizan

¹³⁰ Cuando este apreció no lo hizo como un problema que precisaba resolución sino como un hecho que justificaba su ausencia del hogar.

estas decisiones en función del género. En segundo lugar, vemos cómo la responsabilidad de constituir una red de apoyo para la crianza continuó recayendo sobre la mujer. Estos dos hechos, como queda patente en el siguiente relato, indican que se mantuvo en destino la identificación de las responsabilidades reproductivas con la feminidad:

"En la casa con la niña, porque había que llevarla al cole, y los horarios, y todo eso. [...] entonces yo. Terminamos con mi hermana, entonces nos combinábamos. Teníamos nuestra habitación individual, y entonces nos combinábamos. Ella, como mi hermana trabajaba de noche, y yo de día, entonces nos combinábamos. Pero, claro, siempre andábamos a la carrera. Con los niños, la casa, estaba un poco complicado [...] Bueno, luego ya fue más fácil porque mi mamá ya estuvo con nosotros [...] de ahí ya se nos hizo más liviana la carga, porque ella nos ayudaba. Ella no trabajaba, ya nos cuidaba a los niños [...]". (Karen-MR62)

No obstante, hay suficiente evidencia del surgimiento de procesos de negociación identitaria que permitieron nuevos reequilibrios en la distribución de las tareas del hogar entre los cónyuges. Las siguientes experiencias, de dos mujeres retornadas, son reflejo de la emergencia de dichos procesos de negociación.

Tras su llegada, contaba Evelyn (MR39) como su convivencia no había variado mucho con respecto al modo en que se organizaba su vida en Ecuador. Allí, la aportación de su esposo al mantenimiento del hogar se limitaba a la contribución económica para el sostenimiento. Cuando su esposo regresaba a casa del trabajo, cenaba y después se retiraba a dormir. Los sábados, sobre el medio día, se marchaba a reunirse con sus amigos y no regresaba hasta pasada la media noche. Mientras, Evelyn cuenta cómo ella era la encargada del cuidado de los niños, la limpieza del hogar, la lavandería, la compra y las comidas. Sin embargo, en España, Evelyn unía a estas cargas su trabajo fuera de casa, de modo que cada día debía preparar la cena y realizar otras labores del hogar al regresar a casa después del trabajo. Así, cada mañana, antes de ir a trabajar, dejaba dispuesta la comida de su marido.

Explica cómo, en la medida en que aumentaban sus horas de trabajo fuera de casa, fue renunciando a la responsabilidad sobre ciertas tareas, como preparar la cena o la comida cada mañana, a cuyo respecto comentaba: *"ya las cosas habían cambiado, y yo también estaba cansada como él, ¿o acaso no trabajo? Entonces también tengo derecho a estar cansada"*.

El segundo caso es de Gladys (MR53), una mujer de 43 años que formó un hogar en destino con un segundo compromiso consecutivo, siendo ella pionera y reagrupando a su esposo más tarde. Cuenta que, en destino, su marido era el encargado de pagar el alquiler de la vivienda, las facturas y una pequeña aportación semanal para la manutención. Mientras, ella debía cubrir los gastos de la hija y los suyos, además de cocinar y asumir la mayoría de las tareas domésticas. Sin embargo, esto cambió un día en que ella había salido a las cuatro de la mañana para ir a recolectar naranjas y no regresó hasta las diez de la noche. Explica cómo al llegar a casa con mucha hambre lo primero que le dijo su marido es que venía de estar con otro hombre, y después le pidió la comida. A pesar de que su esposo terminaba la jornada de trabajo a las seis de la tarde era incapaz de cocinar.

De modo que, aquel día, revisó la nevera y comprobó que tan solo había un refresco y pan, y eso fue lo que le ofreció a su marido. Entonces le dijo que, para el día siguiente, él podía comer lo mismo, y le aclaró que si sus compañeros se reían de él era su problema, que a ella eso le daba igual. Al día siguiente de haber mantenido esta discusión, cuando regresó a su casa vio que su esposo le había preparado la comida. A partir de aquel momento su esposo se mostró más participativo en algunas tareas del hogar. No obstante, esta situación cambiaría de nuevo cuando él compró un piso, dejando de participar en las tareas domésticas, que de nuevo volvió a asumir Gladys.

Un primer elemento que podemos señalar en relación con la contribución económica de hombres y mujeres tiene que ver con el destino de las partidas de gasto de cada cónyuge y la jerarquización de estas aportaciones. En cuanto a lo primero, los hombres fueron habitualmente los responsables de cubrir los gastos de alquiler, de modo que se conservaba su obligación de proveer techo, gasto que tiene un importante valor simbólico pues, como mostraron los relatos de algunas informantes, se convierte en uno de los principales argumentos a los que se aferran los esposos en las discusiones. Por otro lado, las aportaciones económicas que realiza la mujer al hogar, con independencia de la cuantía, adquieren un carácter secundario de ayuda o complemento a la principal aportación masculina.

Así mismo, en aquellos casos donde se produjeron redistribuciones más equitativas en el interior del hogar, la participación activa del hombre en las tareas del hogar es valorada con un aprendizaje positivo por parte de las mujeres, pero esta participación no deja de ser considerada por éstas como una mera ayuda a lo que continúa siendo percibido como un

ámbito de responsabilidad femenina: *“Los hombres en Europa aprenden a ayudar a las mujeres”* (Daniela-MR17), confirma el siguiente relato:

“Pero fue una experiencia bonita, porque, el trabajar tu propia casa [...] es una experiencia que nunca se olvida [...] Aparte de su trabajo, sabe hacer [...] sabe pegar una cerámica, sabe reestructurar un baño, sabe cocinar, sabe lavar los platos, sabe hacer la lavada en la lavadora. [...] la gente en Europa, en Europa, no solo en Italia. Los hombres aprenden a ayudar a su mujer. Un hombre que aprendió muchísimo, y que los trabajos se compartían entre dos. De verdad [...] El que primero se levanta. O el que primero va llegando a casa, hace una ensalada, un arroz, o lo que “querái” [...]”. (Daniela-MR17)

Como también sucedía en origen, vemos cómo sigue presente esa interpretación de la autonomía que orienta las acciones de los hombres respecto al hogar pues estas conservan un carácter voluntario, en contraste con la obligatoriedad de la implicación femenina. Esto hace que las aportaciones del hombre, por tímidas que resulten, sean interpretadas positivamente, pero no supera esa naturalización que establece la ideología sobre el ámbito doméstico y reproductivo. De igual forma, algunos casos han mostrado cómo, cuando el padre-esposo sale del hogar migratorio, también se produce el abandono de las obligaciones materiales e, incluso, sociales hacia los hijos. Sin embargo, en estas circunstancias, la dejación de sus obligaciones es leída como un cese de la ayuda a la responsable legítima madre-esposa, pero no aparecen en los relatos acusaciones sobre el abandono del hogar, preservando la irresponsabilidad reproductiva característica del modelo masculino presente en origen:

“Y con la pareja que tenía pues, no, no me ayudaba. Y él hizo otro hogar, allí. Y yo que sé, eran gastos, imagínese, una persona para todo, para mí, era imposible [...] Y, a mí, el padre no me ha ayudado [...]”. (Karen-MR62)

De igual modo, los relatos suscriben toda una serie de tareas relacionadas con la crianza, pero que se desarrollan fuera del hogar, como la atención escolar, sanitaria, etc., continuaron siendo consideradas un área de responsabilidad femenina. Un hecho en el cual intervienen tanto las ausencias de los padres -generalmente justificadas en sus obligaciones del mercado- como en la consideración subordinada de estas actividades, que son vistas como una extensión de las obligaciones reproductivas femeninas.

En lo que se refiere a las dinámicas que afectan a las relaciones conyugales en destino, se aprecia en los relatos el desarrollo de procesos de empoderamiento, que algunas mujeres utilizaron para negociar situaciones más equilibradas en la vida conyugal, consecuencia de

tres factores principales: el aumento de la independencia económica de la mujer, su mayor control de los recursos y la conquista de nuevos espacios de expresión pública. Sin embargo, tampoco faltan ejemplos en los cuales las mujeres desarrollaron estrategias de aguante para mantener la integridad del hogar en situaciones de violencia física, material, psicológica y sexual.

En cualquier caso, estas negociaciones alcanzaron un momento decisivo con la llegada de la crisis económica, cuyas consecuencias fueron más evidentes sobre los sectores de empleo masculino. Esto conllevó una reactualización de las expectativas mutuas en un nuevo escenario en el cual las actividades productivas de la mujer perdieron ese carácter subalterno sobre el que se habían logrado mantener las viejas jerarquías. El resultado fue la ampliación de los temas y los procesos de negociación, lo que propició, en algunos casos, nuevas distribuciones de las cargas reproductivas, pero también supuso un incremento de la hostilidad en la convivencia conyugal, que en ocasiones condujo hacia violencias masculinas, el fin de la relación y/o el retorno.

Otra circunstancia que nos indica la preservación de la responsabilidad de la mujer sobre los hijos y la irresponsabilidad masculina, es que en todos los casos de separación que se conocieron, fuese o no amistosa, los hijos siempre permanecieron con la madre, quien, habitualmente, tuvo que asumir en solitario la carga de trabajo reproductivo, pero también el resto de costes económicos de la crianza. Como nos muestra este fragmento, algunas mujeres mantuvieron esa interpretación normalizada de la irresponsabilidad del progenitor, frente a la cual tan solo queda el aguante, lo que convierte la reclamación de la pensión alimenticia en un hecho intrínsecamente malo:

"[...] Y allá nunca lo quise hacer [reclamar pensión]. O sea, por no hacerle maldad, y yo que sé. Mi mamá, y otra todo el mundo me dice: "que 'tú eres una tonta, tú te dejas". No tengo eso de hacerle daño a otra persona". (Karen-MR62)

Estos resultados permiten comprobar cómo las responsabilidades reproductivas en los hogares migratorios son entendidas como una responsabilidad femenina, conservando su orientación hacia la esfera doméstica de la cual era principal y, a veces, único soporte material y emocional. La supervivencia de los hogares migratorios en todos los casos se sustentó sobre los compromisos y responsabilidades femeninas, con independencia del nivel de compromiso asumido por parte del esposo, cuya implicación se ajustó a fórmulas

más flexibles afectadas por la voluntariedad que se otorga a las acciones masculinas en este ámbito.

Público

Es a través de la presencia de la mujer migrante en el ámbito público en los lugares de destino donde los relatos de las mujeres reconocen haber alcanzado mayor empoderamiento, y esto no solo porque su presencia en los espacios públicos quiebre con las condiciones de confinamiento representadas en el modelo de identidad femenino, o por el incremento de sus posibilidades de acceso al mercado de trabajo, sino porque esta presencia supuso para ellas una nueva forma de ser y de estar en lo público, libres de esas normas y vigilancias que regulan el uso de lo público en origen.

Para analizar las experiencias de las mujeres en el ámbito público y valorar su impacto respecto a los términos que establece el modelo femenino hegemónico vigentes en origen, podemos diferenciar las interpretaciones de las prácticas en el espacio público entendido, de un lado, como contexto de socialización y, del otro, como lugar de empleo.

En primer lugar, al aproximarnos a las dinámicas que se desarrollan en lo público entendido como un espacio de interacción social regulado por un conjunto particular de normas -jurídicas y morales- una primera constatación es que éstas difieren de aquellas que regulan los usos del espacio público en origen. Por tanto, el espacio público queda definido por un conjunto de nuevas posibilidades de acción legítima y, también, de acción ilegítima.

En términos generales, los relatos de las mujeres reconocieron la existencia de nuevas presencias en lo público en los lugares de destino, que fueron valoradas positivamente, pues les permitieron aumentar su capacidad para actuar de forma autónoma y sus posibilidades de movilidad. De igual modo, destacaba en los relatos la valoración positiva otorgada a los nuevos espacios de interacción que encontraron en destino, como lo demuestra la frecuencia con la que aparecía la idea de compartir un momento en una cafetería o un bar con las amigas, como recordaba una informante: *"En cambio allá, uno es libre, uno va, se sienta, pide su clarita, su cubata. En la discoteca, solo, una baila. Y ahí nadie dice nada"* (Olga-MR63). O, simplemente, la libertad y las opciones de movilidad que ofrecían un mayor gama de opciones lúdicas: *"Yo salía muy poco, a los bares, las discotecas. Yo, cuando no trabajaba, me quedaba en casa, haciendo cosas que no podía hacer de lunes a viernes [...] preparar la comida, ver la tele, al cine iba alguna vez"* (Nelly-MR45).

Esta percepción de los espacios sociales, como contextos moralmente menos restrictivos, favoreció una resignificación de las identidades femeninas resultado del proceso de empoderamiento y de apropiación de los espacios y las dinámicas de interacción públicas, en las cuales las mujeres expresaron sentirse liberadas de las viejas proscipciones y las cautelas. Este proceso de empoderamiento/apropiación de lo público es resultado de la proyección sobre los espacios -de conciencia- de una serie de características y atributos que definen a los sujetos: *"Allá hay muchísima más libertad que aquí. [...] al llegar allá, la mujer tiene muchísimos más derechos"* (Blanca-MR22). Un contexto en el cual aparecen aprendizajes relacionados con esas nuevas posibilidades de ser y estar que se integran en el sujeto, una somatización de los derechos que se refleja en la apropiación de la mujer de su cuerpo como medio de expresión social -*"Y nosotras las mujeres aprendimos a valernos por mí misma. Aquí se está más adecuada a la forma del hombre. Si el hombre decía no te pongas esa vestimenta, tú no te la ponías"* (Olga-MR63)- e, incluso, descubrir nuevas posibilidades de comunicación heterosocial que rompen el cerco de la desconfianza -*"Aquí uno tiene que ir con cuidado. Tengo que yo caminar despacito. No es como allá, que tú conversas, con el uno, sabes que tú no estás haciendo nada malo"* (Daniela-MR17) / *"[acá] aunque sea muy amigo. La gente habla y entonces..."* (Fanny-MR46). En conjunto, vemos cómo a través de estos empoderamientos las mujeres lograron expandir las fronteras de la subjetividad y potenciar su propia estima en los nuevos marcos de interacción y comunicación social, lo que les ofrecía nuevas posibilidades para componer una mente y un cuerpo.

Por otro lado, las mujeres mostraron su capacidad para articular las nuevas y las viejas formas de relacionalidad, haciendo uso de las redes de lazos débiles cuando fue necesario, al tiempo que fortalecían los vínculos para crear y mantener redes de lazos fuertes en destino, algo que les permitió adaptarse a las condiciones que le ofrecían los contextos de destino. Así, la disposición de la identidad femenina tradicional a establecer formas de vinculación emocionalmente fuertes favoreció su capacidad para desarrollar estrategias a largo plazo y resistir, pues les permitieron encontrar apoyo material, social y emocional.

Sin embargo, sin ánimo de ser exhaustivo a este respecto, debemos señalar que la aparición de espacios de empoderamiento en destino se ve matizada por determinados arreglos jurídicos que de modo particular desfavorecen a las mujeres y las vulnerabilizan, incrementando su exposición a situaciones de explotación. Un ejemplo de esto lo ofrece las mayores dificultades que deben afrontar las migrantes para regularizar su situación

migratoria debido a las particulares condiciones de privacidad, invisibilidad, precariedad, inestabilidad e informalidad que afectan a los sectores de empleo femenino, como nos muestran estos relatos:

"De ahí, después de cinco años [...] ya con contrato, porque ahí ya vino la ley que ya tú por los años de residencia ya podías legalizarte [...] y ahí yo ya tenía cinco años". (Elsa-MR26)

"Yo los conseguí cuando te podían firmar dos personas. Eso me los firmó por medio de una prima una señora de ahí de Sant Cugat una señora...ella y una hermana. Eran médico las dos, y las dos me firmaron. O sea, fue algo así, porque yo ya me quedaba sin papeles. Todo el mundo los había obtenido y yo, además, como no trabajaba. Y por medio de una prima que trabajaba [...] ¡uh! Las pasé canutas en ese tiempo que no tenía trabajo, tenía la familia, mis hijos y todo eso". (Olga-MR63)

Esto afecta su posibilidad para realizar visitas al hogar en origen, o reagrupar a sus hijos, con lo cual se fortalece la figura de la madre ausente, lo que permite que se desencadenen las dinámicas de explotación del sentimiento de culpabilidad a las que hicimos alusión. Esto, sin mencionar su exposición a diversos abusos, así como el impacto emocional que estas circunstancias pueden llegar a tener.

En segundo lugar, analizamos las experiencias de las mujeres en el ámbito público entendido como lugar de empleo. Para abordar esta tarea proponemos contrastar las condiciones que ofrecen los lugares de destino con aquellas presentes en el mercado productivo en origen, a fin de observar el modo en que estas se pueden ver modificadas.

Así, señalábamos cómo el mercado laboral para la mujer en origen se caracterizaba principalmente por: la falta de oportunidades, la feminización de los espacios de inserción, las dificultades de la conciliación -doble carga, logística, etc.- y la presencia de factores de hostilización -desvalorización, explotación sexual, etc.

El siguiente relato evidencia qué, en algunos casos, la migración de las mujeres se vio motivada por unas posibilidades de acceso al empleo más favorables en los lugares de destino que contrastaba con la escasez de oportunidades en origen. De hecho, muchas de las mujeres entrevistadas nunca habían trabajado fuera del hogar antes de migrar. Sin embargo, al igual que sucedía en origen, los nichos de mercado disponible para las mujeres siguieron estando emplazados en sectores o actividades feminizadas, marcando una continuidad con las responsabilidades reproductivas y del hogar que les atribuía el modelo

de identidad femenino tradicional en las tareas del cuidado de personas, trabajo doméstico o de limpieza:

"Enseguida, enseguida, sí. Había trabajo para escoger. Este quieres, este no quieres, puedes dejar este, puedes dejar este, pero siempre trabajo doméstico. Y como yo no sabía, no sabía hacer nada, no sabía ni cual escoger. No sabía cómo caminar". (Daniela-MR17)

Por otro lado, para una parte de las mujeres jefas de hogar que trabajaban en Balzar - por ejemplo en labores de costura- estas actividades eran una forma de superar los confines del hogar y ofrecer mayores oportunidades de promoción social a sus hijos.

En cuanto a la cuestión de la conciliación de las actividades y las reproductivas en destino se trata de una preocupación eminentemente femenina, pues no apareció ningún caso en el cual el hombre hubiese afrontado la necesidad de realizar ajustes laborales para conciliarlos con las tareas reproductivas. Y, precisamente por ser percibida como una cuestión que atañe tan solo a feminidad, en todos los casos fueron las mujeres quienes hicieron el esfuerzo por articular las obligaciones productivas y reproductivas a través de tres elementos: flexibilización de horarios, desarrollo logístico e incremento de la carga/tiempos de trabajo.

Esto es, fueron las mujeres migrantes quienes supeditan sus empleos para ajustarlos a los horarios y otras necesidades relacionadas con la crianza. De forma que era más común que las migrantes con hijos en destino estuvieran empleadas en trabajos con menor remuneración y escasa proyección profesional; como, por ejemplo, los empleos de limpieza por horas donde el fraccionamiento de sus jornadas afecta a los costes de tiempo y materiales, pues el transporte merma los beneficios del trabajo¹³¹. Al mismo tiempo, esta forma de inserción productiva de la mujer favorece la preservación en el plano simbólico de la identificación entre mujer y hogar/crianza, pero, además, ayuda a mantener la consideración subalterna que se otorga al trabajo femenino -como mera ayuda al trabajo masculino -tanto por los ingresos como por el mayor compromiso que establece el hombre con el mercado, en términos de estabilidad y tiempo -"*Lo que pasa, en esas empresas de limpieza siempre vas teniendo horas [...] a veces te quitan. Yo estuve mucho tiempo en esa*

¹³¹ Esto se puede explicar atendiendo tanto a las permanencias del orden de género tradicional como a su articulación con el orden de género de destino. No cabe duda que tanto la ideología patriarcal de origen como la de destino coinciden aquí, como en otras cosas, al identificar el hogar como un espacio de lo femenino.

empresa. Pero nunca estuve toda la jornada completa" (Nelly-MR45). En las palabras de esta retornada:

"En la casa con la niña, porque había que llevarla al cole, y los horarios, y todo eso. Yo le decía que yo los primeros meses pues trabajaba donde el chino y hacía horarios partidos y hay tenía complicada [participación el marido] Muy poco, porque también trabajaba en construcción, y llegaba en la noche, llegaba...entonces yo. Terminamos con mi hermana, entonces nos combinábamos. Teníamos nuestra habitación individual, y entonces nos combinábamos. Ella, como mi hermana trabajaba de noche, y yo de día, entonces nos combinábamos. Pero, claro, siempre andábamos a la carrera. Con los niños, la casa, estaba un poco complicado [...]". (Karen-MR62) REPETIDA DOS VECES?

De igual modo, la preservación de esa identificación entre las obligaciones reproductivas y la feminidad, hizo que las mujeres fueran las encargadas de desarrollar la estructura logística necesaria para el cuidado en destino. En algunos casos, las mujeres hicieron uso de los servicios públicos o privados de cuidado, que les permitían transferir sus obligaciones a guarderías u otros centros¹³². Pero de forma generalizada, para las mujeres era necesario y prescriptivo resolver la cuestión logística constituyendo una red de solidaridades entre vecinas, amigas y/o familiares que les permitiese afrontar las eventualidades o, por ejemplo, sortear los desajustes entre los horarios laborales de la madre -y a veces el padre- y los horarios de los hijos.

Finalmente, para todas las mujeres, la conciliación de las tareas reproductivas y las productivas supuso la suma de ambas cargas, extendiendo sus jornadas de trabajo. En términos generales, las experiencias compartidas por los migrantes muestran como las mujeres siempre mantuvieron una responsabilidad superior -cuando no única- sobre las tareas del cuidado y del hogar con independencia de las obligaciones productivas de hombres y mujeres. Incluso en aquellos casos donde se produjo mayor participación del esposo en la esfera doméstica.

Añadir que otra de las características del mercado laboral femenino en origen era la presencia de factores de hostilización, tales como la desvalorización simbólica de la mujer trabajadora y ciertas formas de explotación. En cuanto a la percepción simbólica de la

¹³² Debemos recordar el rechazo existente en origen al uso de este tipo de servicios de cuidado -tanto de mayores como de menores- pues son entendidos públicamente como una forma deshumanizada de dejación de las obligaciones hacia los padres o los hijos. Si bien, en cierto modo, refleja las condiciones de confinamiento y la orientación reproductiva de la mujer.

migrante-trabajadora vemos que en origen se produce un proceso de valoración positiva vinculado a la percepción de la migración que, a su vez, viene acompañado de las valoraciones negativas que promueven los imaginarios del abandono del hogar de los que hemos hablado anteriormente.

En cuanto a la existencia de ciertos peligros que amenazan la integridad de las mujeres en los lugares de trabajo, los relatos dejaron testimonio de la presencia de viejas y nuevas formas de explotación sexual y laboral. Mencionado en el primer capítulo, las condiciones de privacidad y el aislamiento que caracterizan a los empleos que se desarrollan en el ámbito doméstico favorecen la percepción de impunidad de los abusadores, fragilizando a las víctimas. Si bien la tolerancia hacia los abusos sexuales en el trabajo -débito patronal- en destino es a priori menor, de la existencia de este tipo de situaciones nos deja constancia el siguiente caso donde una mujer relata una situación de abuso sexual en el trabajo:

"Ahí me fui a trabajar a Sant Cugat, en una clínica de odontología. Le hacía la limpieza en su casa y en la clínica. En la clínica todo perfecto y, sí, bien. Pero en su casa lo que pasa es que el señor era muy jasi! de alzar la botella. Y encontraba yo substancias extrañas, así en la mesa [...] entonces se puso medio como de que... como de tocar y todo esto. Y yo le dije que yo no había ido para prostituirme. Y no me quiso pagar [...] Pero a mí me dio mucha pena contarle a la señora lo que él había intentado, porque era una señora perfecta. Era una señora muy buena". (Olga-MR63)

Con frecuencia aparecieron en los relatos femeninos experiencias de explotación laboral, de abusos y humillaciones, que se amparaban en las condiciones de vulnerabilidad de las migrantes, sobre todo durante los primeros años, cuando éstas carecían de estatus legal de residencia y su desconocimiento contribuyeron a generar situaciones de indefensión:

"Pero luego me consiguieron un trabajo de interna !madre del amor hermoso! [...] después de la cafetería [...] Ganaba 105.000 pesetas. Esa mujer era mala, mala, pero como no se imagina usted [...] Abogada [...] me pagaba 105.000 pesetas, pero después me lo llegó a bajar a cerca de la mitad. Porque me cobraba en aire acondicionado y el gas...[...] Se nos rompió una llave [...] me cobró al llave. A la señora la [preguntaba] y me decía que si yo decía algo [...] me podía hacer deportar [Los papeles?] Nunca, nunca quiso [...] Me tenía mi pasaporte [retenido]. Pero ya, después, comencé a conocer una gente de un parque y me decían "ella no te puede tener el pasaporte" [que tenía que] coger el pasaporte porque si no después, cuando me iba, ya me iba robando algo. Y yo la creí, pues. Y ya no lo podía

recuperar, y no me podía ir. Y, hasta después, que me puse a revisar la casa, al año, y decidí irme. Y ahí me marché. Pero poco que revisé la casa de pies a cabeza, hasta que lo encontré. Ahí ya me fui [...]". (Blanca-MR22)

A pesar de estas experiencias traumáticas sufridas por algunas mujeres, los relatos dejaron ver cómo, a medida que ganaron experiencia y confianza en sí mismas, su tolerancia -aguante- hacia este tipo de abusos en el ámbito público se redujo drásticamente evidenciando un rápido proceso de empoderamiento; un reconocimiento de sí mismas, como sujetos con derechos, que les permite ocupar nuevos posicionamientos en lo público -"al llegar allá, la mujer tiene muchísimos más derechos" (Blanca-MR22).

De igual modo, las mujeres migrantes pusieron gran énfasis en subrayar la importancia que tuvo para ellas la obtención, gestión y control sobre los recursos materiales, gracias a su nueva posición en el mercado y lo público. Algo que, en ciertos casos, supuso un aumento del reconocimiento en la esfera privada de su capacidad de administración y control sobre los recursos familiares, como explicaba este retornado: "*[En España] era mi mujer quien administraba todo. Yo cobraba, y al día siguiente nada*" (Roberto-MR01). En estos argumentos destaca el papel tan significativo que tuvieron las relaciones de mercado y el control sobre los ingresos en los procesos de auto-refuerzo que permitieron a las mujeres negociar desde posiciones más equilibradas nuevas condiciones de relacionalidad:

"Y tú tienes tu trabajo, tú aprendes, ya, a manejar tú dinero. Y si tú marido. Y si tu marido te hace algo, a mí que me importa, lárgate, porque yo ya sé cómo voy a hacer las cosas, como voy a vivir"". (Olga-MR63)

Sexualidad

En lo que se refiere a la sexualidad como componente del modelo de identidad femenino, las prácticas sexuales en origen presentaban fuertes asimetrías de género que se reflejaban, principalmente: en la presencia de la poliginia, recurso masculino a la prostitución, los celos masculinos y la tolerancia hacia la infidelidad masculina. Además, los mecanismos que permitían controlar y explotar las capacidades sexuales y reproductivas de las mujeres se articulaban sobre su dependencia material y emocional -miedo al abandono- de la mujer, la fragilidad del vínculo conyugal y la segregación sexual en el trabajo. Todo lo cual servía para orquestar el sistema de coacciones materiales, sociales y simbólicas con el que se promueven las estrategias femeninas de aguante.

De igual manera, es difícil ignorar el papel que juega, en este régimen de controles y vigilancias sobre la sexualidad femenina, esa esencialización dual de la feminidad con la cual se configura el modelo de identidad hegemónico, que oponía una sexualidad femenina pasiva, conyugal y sumisa -aguantadora- a otra sexualidad activa, extra-conyugal y transgresora; convirtiendo esta última en el principio coactivo del heteropatriarcado.

Comenzando por este último asunto, se observa un contraste entre las dinámicas que emergen en origen y destino. Como vimos, con la migración aparecen en origen una serie de imaginarios que reactualizan los viejos temas de la perfidia y la lascivia de las mujeres, promoviendo percepciones y juicios negativos sobre las migrantes, cuyo propósito es reforzar el control sobre sus prácticas y discursos a través de la distancia.

En este sentido, podemos interpretar los discursos sobre la promiscuidad que se atribuye a las mujeres migrantes que, al igual que en origen, contribuyen a aumentar la desconfianza del esposo no migrante e imponer ciertas vigilancias y/o compensaciones. De modo similar, esta situación complejiza la relación con los hijos y otros familiares que, en origen, deben lidiar con la recurrencia de estos comentarios. Algo que sin duda afecta a las relaciones y negociaciones de las mujeres migrantes con su entorno social, como se refleja en el esfuerzo que realizan algunas de ellas por distanciarse de estos comportamientos a través de sus discursos.

En el mismo orden pueden ser interpretados los imaginarios sobre la prostitución, que aparecieron en referencia a las mujeres migrantes que habían logrado cierto éxito económico en destino y realizar algún tipo de inversión. Estos discursos surgen en los relatos de no migrantes y de migrantes y como consecuencia de ellos se limitan las posibilidades de la mujer migrante de hacer uso de su éxito al imponer a su triunfo económico elevados costes simbólicos y sociales.

Sin embargo, esta situación cambió en destino donde los relatos femeninos y masculinos dan muestra de un desplazamiento en las relaciones de género, favoreciendo la aparición de formas de expresión de la feminidad menos restrictivas como resultado de la relajación de los controles y las vigilancias que se justifican en la desconfianza sexual hacia la feminidad -*"No es como allá, que tú conversas, con el uno, sabes que tú no estás haciendo nada malo"* (Daniela-MR17).

Este cambio de actitud puede ser explicado, en parte, como un resultado de la autonomía material de la mujer migrante que desencadena un proceso de empoderamiento

de la mujer, lo que permite disipar el temor al abandono, haciendo que la fragilidad del compromiso pierda ese peso coactivo que desplaza a la feminidad hacia posiciones de aguante:

"Y tú tienes tu trabajo, tú aprendes, ya, a manejar tú dinero. Y si tú marido. Y si tu marido te hace algo, a mí que me importa, lárgate, porque yo ya sé cómo voy a hacer las cosas, como voy a vivir". (Olga-MR63)

Así, se tuvo conocimiento de un número de situaciones en las cuales las mujeres mostraron menor tolerancia hacia las situaciones control y abuso sexual masculino, como consecuencia de una mayor capacidad para articular resistencias, lo que se refleja en las rupturas conyugales y, en ciertos casos, en la denuncia de los hechos.

Pero, junto a estas, encontramos otras experiencias que reflejan la pervivencia de las viejas formas de control de las capacidades sexuales y reproductivas de la mujer. Una informante narra cómo la situación no parece variar mucho para la mujer cuando migra cualquiera de los cónyuges: *"Porque el que se queda aquí, sigue viviendo las costumbres de aquí"* (Blanca-MR22). Es decir, cuando es el esposo quien migra, la mujer debe asumir su rol subordinado desde la fidelidad sexual y el aguante de las infidelidades de su esposo en destino. A su vez, cuando la esposa migra, debe "aguantar" las infidelidades del esposo en origen, si bien los controles directos sobre ella no son posibles, terreno donde aparecen nuevas formas de control emocional alimentadas por los imaginarios que fomentan la desconfianza sexual hacia la mujer migrante.

Estas estrategias ideológicas que promueven la tolerancia de la mujer hacia su explotación también surgen en destino, pues los testimonios de hombres y mujeres dejaron constancia de la presencia de matrimonios poligínicos, encontrando varios casos en los cuales el esposo fue reagrupado por una segunda esposa y luego este reagrupó a la esposa principal, manteniendo varios compromisos de forma simultánea en destino. En otros, el esposo estableció un segundo compromiso en destino y lo mantuvo de forma paralela durante algún tiempo, como en el caso al que hemos hecho alusión anteriormente: *"Y con la pareja que tenía pues, no, no me ayudaba. Y él hizo otro hogar, allí. Y yo que sé, eran gastos, imagínese, una persona para todo"* (Karen-MR62).

En ningún caso parece que la relajación de los controles sobre la sexualidad femenina -acceso sexual exclusivo- en destino haya llegado a concederle la misma tolerancia hacia la infidelidad de la que se benefician los hombres. A pesar de que los rumores que difunden

informaciones sobre las infidelidades de las esposas en destino son frecuentes, lo cierto es que en ningún caso los relatos de las mujeres y los hombres admitieron la ocurrencia de situaciones de infidelidad femenina, lo que resultó bastante más común al contrario. Con independencia de la ocurrencia de situaciones de este tipo, las diferencias en la abundancia de los relatos sobre la infidelidad masculina y los silencios respecto a las infidelidades femeninas, ya indicaría como la sexualidad conyugal femenina continua estando sometida a los términos impuestos por el honor masculino.

Violencia

En cuanto al uso de la violencia en las relaciones de género, las experiencias compartidas por los entrevistados indican cómo se produjo, de modo general, una reducción en los niveles de tolerancia de las mujeres.

Tal y como observamos, la aceptación de la violencia física y sexual en origen descansa tanto en la violencia material, pues esta sirve para limitar la capacidad de la mujer para articular resistencias, como en la violencia simbólica, ya que ayuda a agravar las condiciones de sometimiento material que van desplazando las relaciones hacia escenarios en los que se promueve la aceptación de situaciones progresivamente más injustas.

En este sentido, la autonomía material de las mujeres permitió la conquista de nuevos espacios en los que encontró la posibilidad de negociar vínculos que refuerzan su autonomía en el plano emocional, al reducirse el temor al abandono, pero también su autonomía en el plano social, al verse liberada de los vigilancias sociales que orientan las prácticas femeninas hacia estrategias de aguante.

Al fracturarse el régimen de coacciones que imponían sobre la feminidad la dependencia material, la fragilidad del compromiso y la irresponsabilidad del progenitor, algunas mujeres se mostraron renuentes a aceptar aquellas condiciones que, como la poliginia o la infidelidad, exacerbaban su explotación sexual y la violencia económica sobre la familia. En cualquier caso, debemos recordar que algunas experiencias señalaron la permanencia de expresiones vinculares tradicionales en destino.

Otro factor a destacar aquí, a pesar de que no se recabó suficiente información, fue la constatación de un caso de abuso sexual hacia una "*atenada*" que, si bien evidencia la tendencia de la masculinidad a preservar los privilegios que le ofrecen las formas tradicionales de explotación sexual, su denuncia y condena también nos da muestra de esa intolerancia femenina hacia estos abusos.

En este sentido, podemos afirmar que, en términos generales, la mujer migrante fue capaz de articular resistencias al uso de la violencia expresiva (Kimmel, 2006) en unos contextos sociales menos tolerantes al uso de la violencia como medio vincular, donde el régimen de derechos y las garantías les permitió superar los sentimientos de indefensión y la actitud resignada que conducen hacia las estrategias de aguante. En otras palabras, emergieron procesos de negociación identitaria que permitieron orientar las relaciones de género hacia formas de comunicación y resolución de conflictos que proscibían el uso de la violencia expresiva.

Por otro lado, en la medida que el modelo vincular fue transformando de la pareja de complementarios hacia la pareja de iguales (Miranda, 2006), cuando el desempleo masculino cambió las condiciones de vida en el hogar, observamos cómo los procesos de negociación se desplazan hacia un nuevo momento en el cual la identidad masculina tradicional que había logrado mantener su jerarquía mediante la reconfiguración de sus jerarquías es puesta en cuestión. Esto supuso una quiebra en la cadena de reconocimiento (García y Casado, 2008) y la aparición de la violencia instrumental en la pareja (Kimmel, 2006). La frecuencia de las rupturas y las denuncias indicarían la reluctancia de las mujeres a tolerar estos actos violentos de restitución de la hombría.

5.4.2. El modelo masculino. Reconfiguración del poder, la emoción y el honor: "el hombre se abrió más"

Los transformaciones comentadas impulsaron la reconfiguración del modelo de identidad masculino en los contextos de destino, definidos por la apertura de espacios de tolerancia donde las formas de expresión masculinas se ven incardinadas en un nuevo conjunto de valores, prescripciones y proscripciones. Con la migración quedaron expuestas esas dependencias que tensionan la identidad masculina, en la medida en que la provisión de sus necesidades materiales, reproductivas, sexuales y afectivas se vio sujeta a negociaciones que alteran los significados y las jerarquías que ordenan los espacios, las tareas y las personas (García, 2008).

Al mismo tiempo, estas dinámicas quedan integradas en un proceso de reconstrucción de ese universo público masculino, ese escenario en el que los hombres representan su masculinidad, siguiendo el guion que marca el honor y la vergüenza, para que los otros puedan reconocer su hombría.

En resumen, tratamos de averiguar cómo recomponen los hombres balzareños una identidad masculina amenazada por la esencia dual del hombre, que le obliga a debatirse entre el honor de lo masculino y la vergüenza de lo femenino, cuando los límites y los contenidos de estos significados se ven alterados.

Es decir, necesitamos entender como demuestran esa hombría que necesita expresarse a través del dominio sobre las personas, las cosas y el cuerpo-emoción. Cuando estos elementos se desplazan y cambian su significado, la conquista de lo masculinidad debe encontrar nuevas formas de definición que le permitan a los hombres incorporar una identidad cuando no son válidas las formas tradicionales de mostrar su poder sobre las personas -y no ser un "*mandarina*"-, sobre las cosas -y no ser una "*zorra*"- o sobre el cuerpo-emoción -y no ser un "*maricón*" (García, 2008).

Hogar

Los espacios de acción de la masculinidad en el ámbito doméstico en origen se ven limitados por un conjunto de restricciones y vigilancias que orientaban sus relaciones con los sujetos y los objetos en el interior del hogar de acuerdo con la segregación sexual de las tareas, el control de los recursos materiales, la ausencia de lo privado y la vigilancia del grupo.

Una parte importante de los desafíos que enfrentaron las identidades masculinas en el contexto migratorio está relacionado con la reconfiguración de las tareas productivas y reproductivas en el interior del hogar (Cassain y García, 2014; Herrera, 2005; Oso, 2008). Y esto porque los reequilibrios en la participación de los hombres de las tareas del hogar y la crianza aparecieron como resultado de un proceso de negociación identitaria en la pareja migratoria, un hecho que en sí mismo advierte de la irrupción de dinámicas de empoderamiento femenino y, por tanto, de un reequilibrio en las relaciones de poder.

En este sentido, los cuestionamientos del modelo tradicional masculino en el interior del hogar migratorio estuvieron relacionados con dos elementos clave, como son la reactualización del mito del proveedor material -ganapán- y del mito de la autonomía masculina (Cassain y García, 2014; Sanz Abad, 2014). Las resistencias de los hombres migrantes a penetrar en espacios relacionales más equitativos se articularon, en gran medida, a través de su capacidad para movilizar recursos simbólicos, sociales y materiales con los que preservar la vigencia de ambos mitos (García, 2008).

Así, vimos cómo la segregación sexual de las tareas se sustentaba sobre la identificación del trabajo doméstico y del cuidado con lo femenino -feminizante-, convirtiendo la participación del hombre en este ámbito en un hecho vergonzante pues expresa su incapacidad para gobernar sobre la mujer -ser un "mandarina"-, al tiempo que se veía arrastrado hacia el reverso femenino en tanto que las tareas del hogar -como cocinar- convertían al hombre en una "zorra".

Las experiencias compartidas por los informantes muestran cómo, en mayor o menor medida, se produjo una mayor participación de los hombres en este espacio, necesaria por otro lado para desarrollar estrategias de supervivencia de los migrantes y sus hogares en los lugares de destino. No obstante, esto no parece haber afectado a los significados tradicionales que identifican el espacio doméstico y las tareas del hogar y la crianza como un ámbito femenino. De modo que, incluso en aquellos casos en los que la participación del hombre en el hogar fue más decisiva, los relatos sostienen que esto no se tradujo en una resignificación del espacio y las tareas domésticas/reproductivas.

Aunque se produjeron reequilibrios de facto en el reparto de la carga, estas intervenciones masculinas en lo doméstico fueron consideradas como una "ayuda", tal como queda reflejado en estos fragmentos: "*Los hombres en Europa aprenden a ayudar a las mujeres. Un hombre que aprendió muchísimo, y que los trabajos se compartían entre dos*" (Daniela-MR17)"/ "*Y a mí el padre no me ha ayudado [...]*" (Karen-MR62). Esto parece indicar que su intervención no se tradujo una apropiación simbólica del ámbito doméstico por parte de la masculinidad.

En cualquier caso, los reequilibrios en el trabajo doméstico y los aprendizajes que de esta intervención pueden derivarse aparecieron como resultado de un proceso negociador en la pareja migratoria. Pero tampoco es posible generalizar estas situaciones, porque encontramos otros tantos casos en los que estos procesos de negociación de las identidades de género no llegaron a producirse, de modo que la sexualización del espacio y las tareas domésticas mantuvo los patrones tradicionales vigentes en origen, como explicaba esta informante:

"Los hombres de aquí, los de aquí, normalmente, nunca hacen nada. Siempre están acostumbrados a que las mujeres se lo hagan todo. Entonces claro, es complicado. Yo tuve dos hermanos, los dos únicos varones que tengo. Ellos tuvieron la suerte de que nos tenían a nosotras. Porque si no, también lo hubieran tenido muy difícil [...]". (Nelly-MR45)

Por otro lado, las experiencias compartidas por los informantes nos permitieron advertir la presencia de diversas estrategias ideológicas que posibilitaron una reconfiguración de los significados que comprometen al hombre con lo público/productivo y le permiten distanciarse de las obligaciones reproductivas, como son la preservación del rol de sostenedor y las ausencias.

De un lado, se observa una reactualización de las operaciones ideológicas que permiten a la masculinidad mantener el mito del sostenedor en un contexto donde la inserción productiva de la mujer parece ponerlo en cuestión. En este sentido, la jerarquización de las aportaciones materiales que realizan hombres y mujeres al sostenimiento del hogar es el elemento central sobre el que se desarrolla esta estrategia ideológica. Una forma de lograr esto es a través de la masculinización de las partidas de gasto que reciben una mayor valoración simbólica, como sucede con el pago del alquiler-vivienda, lo que permite mantener la idea del hombre como proveedor de techo familiar. No cabe duda de que esta imagen se ve favorecida por las mayores posibilidades de ingreso del empleo masculino, lo que en conjunto sirve para preservar la condición subalterna del empleo femenino, que es percibido como un complemento a las necesidades del hogar. Así, algunos relatos señalan cómo los hombres han utilizado la "desproporcionalidad" en las aportaciones al gasto familiar -que se identifica con una mayor carga de productiva- como elemento de negociación para defender el privilegio de exención en la distribución del trabajo reproductivo y doméstico.

Al recrear las viejas jerarquías sobre este diferencial de ingreso, también se recrean los posicionamientos y las percepciones de dependencia de los sujetos, lo que impide disipar el miedo al abandono por parte de algunas mujeres, como quedó constatado en ciertos relatos que evidenciaron la continuidad de las estrategias de aguante en destino. En esto interviene no solo el rechazo cultural a la soledad, sino que se advierte en ello una cuestión de tipo material, pues, aun cuando las mujeres lograron su emancipación material, el abandono del hogar por parte del esposo supuso la deserción de sus obligaciones materiales, de acuerdo con el principio de irresponsabilidad masculina que se mantuvo vigente en destino. En este escenario, el abandono del padre-esposo complicó la supervivencia del núcleo madre-hijos en destino. Por tanto, es necesario tomar en consideración el papel que pudo jugar la utilización del miedo al abandono como herramienta de presión en las negociaciones para mantener sus prerrogativas masculinas en el hogar y forzar estrategias femeninas de aguante.

De otro lado, vemos cómo la ausencia masculina del hogar da forma a un segundo tipo de argumentaciones que sirven para justificar la preservación de los desequilibrios de género en las cargas del hogar y la crianza. Un primer hecho que nos da muestras de las diferencias de género respecto a la idea de la ausencia, señalado por Oso (2008), es su utilización en los hogares transnacionales como argumento para estigmatizar y manipular a la mujer migrante, mientras que la ausencia del padre-esposo del hogar se percibe de forma más natural/normal y, por tanto, no suele ser objeto de recriminaciones.

De igual modo, la ausencia masculina juega un importante papel estratégico en las negociaciones que se desarrollan en el hogar migratorio en destino. No cabe duda que la sexualización del mercado de trabajo y las diferencias en la configuración de los empleos masculinos -más rígidos y estables- y los empleos femenino -más flexibles e inestables- ayudan a preservar la percepción y valoración jerarquizada de las obligaciones de ambos sexos con lo público en favor de los hombres -"El reparto obligaciones...que pasa que, cuando yo trabajaba de chofer, salía de casa a las seis, y regresaba a las siete" (David-MR20). De manera que cuando es necesario hacer renunciaciones laborales o ajustar las obligaciones con el mercado para conciliarlas con las obligaciones del hogar, parece razonable que esta decisión corresponda a las mujeres, ya que cuentan con empleos más precarios, económicamente menos rentables, más flexibles e inestables, como nos explicaba esta informante sobre la participación de su esposo en el hogar: "Muy poco, porque también trabajaba en construcción, y llegaba en la noche, llegaba...entonces yo..." (Karen-MR62).

De modo que los compromisos de los hombres con lo público son utilizados para justificar las ausencias del hombre del hogar y los desequilibrios reproductivos -donde el hombre es deficitario-, en tanto que sus aportaciones materiales se presentan como una compensación por los desequilibrios productivos -donde la mujer es deficitaria -"yo siempre he confiado en mi mujer, porque ella tiene tiempo, al medio día, de doce a dos de la tarde" (David-MR20). Con ello se argumenta el nuevo orden estructural en el hogar, réplica del viejo, definido por los nuevos medios de control y dominio masculino y la responsabilidad femenina sobre las tareas. La ausencia de la masculinidad del hogar consiente, por otro lado, el desarrollo de una lógica interesante pues permite al padre-esposo no solo inhibirse de participar en las tareas -femeninas- del hogar, sino también delegar su capacidad de control y dominio sobre los sujetos en la mujer. A través de este ardid el

hombre se distancia de cuanto sucede en el hogar, tanto en sentido material como emocional:

"El reparto obligaciones...que pasa que, cuando yo trabajaba de chofer, salía de casa a las seis, y regresaba a las siete. No había control, no había....un día regresé a casa porque se me dañó el carro, fui a recogerla al colegio, pero no estaba [...] a la chica le había llamado la atención dos veces, y la chica nunca me lo había dicho [...] mire, yo siempre he confiado en mi mujer. porque ella tiene tiempo, al medio día, de doce a dos de la tarde. entonces, cualquier cosa, el colegio estaba como de aquí al cementerio, y ya si había que acercarse a averiguar o...yo, sinceramente, en eso fallé. yo las responsabilidades se las dejé a ella. y ya cuando era urgente, pues yo que sé. Mi hijo ya se puso rebelde en el colegio, había pateado la puerta, rompió la puerta del colegio [...] esa fue la nunca vez que fui...así, del varón. Y de la niña, pues nunca fui ¿Por qué? porque la mujer decía que iba todo bien, que iba todo perfecto y ya, al final de año, ahí era que me enteraba, que no había pasado de año. ¡Ahí! en ese sentido, fallé yo". (David-MR20)

Esta disposición emocional respecto al hogar es otro elemento de gran relevancia, pues ayuda a entender porqué los hombres entrevistados, aun cuando se mostraban afectados por los problemas de los hijos, no expresaron sentimientos de culpa respecto a estas situaciones. Debemos recordar aquí el papel que desempeña en el modelo de identidad masculino la autonomía y la dureza emocional. De hecho, los relatos sobre la decisión de migrar de algunos hombres permiten apreciar, no solo la importancia que se concedía a estos elementos, sino también el contraste con los discursos femeninos en los que dichos elementos -autonomía y severidad- están ausentes:

"No pensé nada más, no importó nada. Dejé a mi mujer y mis hijas y me fui". (Venancio-MR02)

"Porque yo iba a comprarme un solarcito para construirme una casita, porque no tenía, vivía donde mis suegros. Ella [su esposa] me dijo que no quería por allá "no hay plata para comprar en otro lado". Me cabreé, arreglé papeles y me fui". (Eduardo-MR38)

Además, como se extrae del anterior relato, las ausencias permiten al hombre distanciarse moralmente de las obligaciones -"yo las responsabilidades se las dejé a ella"-, y con ello, también se distancia emocionalmente de unos resultados de los cuales no se siente responsable -"yo siempre he confiado en mi mujer [...] en ese sentido, fallé yo" (David-MR20). Una responsabilidad que tampoco manifestaron cuando aparecieron problemas con los hijos en origen.

Público

Cuando decimos que el modelo de identidad masculino está orientado hacia lo público queremos decir que sus acciones están marcadas por la expresión de dominio sobre este espacio y que sus acciones están dominadas por las expectativas y el juicio evaluativo que se desarrolla en lo público-masculino.

Vimos en el anterior capítulo cómo, en origen, el control masculino sobre lo público se articulaba sobre tres mecanismos principales, que eran: la reserva de las actividades productivas, las restricciones a la movilidad femenina y los comportamientos de reclamo que hostilizan la presencia femenina en este espacio. Sin embargo, estos factores se vacían de contenido en unos lugares de destino donde se desvanece el cerco masculino sobre lo productivo -si bien existen otros controles-, donde la movilidad de la mujer en lo público es obligada y donde existe una mayor intolerancia a ciertas formas de reclamo del espacio. Además, explicamos cómo aparecen en destino nuevos comportamientos de uso compartido del espacio, por parte del hogar, que se desafían la exclusividad -excluyente-masculina sobre lo público.

Unas circunstancias que insinúan una transformación de esa identificación que establece la ideología patriarcal en origen entre lo masculino y lo público. Sin embargo, junto a estos cambios observamos una recreación de los usos de este espacio que si bien deja de estar tan fuertemente segregado, permitió a los hombres encontrar nuevas formas de demostrar su dominio, como sucedía con desigualdades de género respecto al empleo.

Por otro lado, lo público es también en espacio donde los hombres pueden encarnar esa identidad masculina que, de modo paradójico, celebra el mito del ser autónomo bajo la vigilancia y el control del grupo de iguales. En este sentido algunos relatos señalan cómo, en la medida en que la masculinidad se orientó hacia el hogar, dentro de esas dinámicas de nuclearización del hogar, los hombres mostraron mayor independencia de las relaciones de homosocialidad.

Pero, de forma general, las relaciones masculinas de homosocialidad siguieron conservando su centralidad para los hombres, que de modo más estable y cotidiano que las mujeres buscaban esos encuentros con amigos y paisanos donde tienen lugar los rituales masculinos, en la competición -en las canchas- o en los consumos -como el alcohol -“*para sus gastos y sus amigos*” (Evelyn-MR38). Al igual que sucede en origen, han aparecido en los relatos referencias a los mecanismos de control de grupo que, como las burlas, fueron

utilizados para estimular en los hombres sentimientos de vergüenza ante diversos episodios relacionados con las fallas en el ejercicio del dominio masculino en el hogar.

Así, los vínculos de homosocialidad que los hombres establecieron en destino siguieron estando articulados en torno a la definición de la autonomía viril, que impide el fortalecimiento de los vínculos con el grupo siendo estas relaciones incapaces de ofrecer apoyos significativos a sus sujetos en situaciones de emergencia.

En gran medida las prácticas y los discursos públicos de los hombres en destino siguieron sometidos al juicio del honor y la vergüenza que componen ese ideal masculino más preocupado por lo que se manifiesta que por lo que se siente. Los relatos han dado muestra de una continuidad de la disposición masculina a la contención emocional, lo que impide a los hombres encontrar refugio en la expresión de sus emociones. Esto, como afirmamos, socavó la posibilidad de establecer relaciones de confianza con lazos fuertes en las redes masculinas, y con ello de encontrar apoyos materiales en momentos de emergencia. En estas situaciones los hombres descubrieron el reverso de su autonomía, esto es, ese ostracismo social y emocional que les lleva a canalizar sus ansiedades y frustraciones a través del consumo del alcohol, la violencia o el donjuanismo, como mecanismos para recuperar su autoestima viril y, de este modo, poder volver a mirarse a través de los otros:

"De ahí, me fui al bar de un pakistani. [...] pedí una cerveza [...] me estaba comiendo el coco en esa mesa. A eso viene una tía, pide una cerveza. Y mira para donde estaba sentado yo. Y le hago así [beso], y ella me sonrío [...] Yo dijo nada [...] Y me dijo nada, ¿qué haces por aquí? [...] Por joder, por divertirme un rato. Porque estaba decepcionado de la separación [...]". (Miguel-MR61)

De igual forma, es preciso hacer referencia a las acciones y relaciones que despliegan los hombres migrantes en sus contactos y visitas a Balzar, debido a la importancia que conceden las interpretaciones de los actores a los comportamientos vanidosos de los migrantes y el efecto que esto tienen sobre el retorno.

Cómo explicamos al hablar de las representaciones sociales sobre el éxito del migrante, el principal resultado de estas es un rápido incremento de las expectativas sociales que se proyectan sobre ellos, cuestión a la cual la identidad masculina es más sensible debido a esa orientación pública que la hace dependiente de sus iguales. Al mismo tiempo, la homosocialidad se celebra a través de ciertos ceremoniales de gastos y

consumos que se cumplen de acuerdo con unos ritmos y unas reglas que regulan el comportamiento de los actores.

En este sentido, podemos entender cómo las expectativas sociales, ligadas a los consumos obligados y la vergüenza, estimulan esos comportamientos masculinos que permiten a los migrantes ser reconocidos como hombres de éxito en origen: *"Y me acuerdo cuando ellos venían para acá. Ellos venían haciendo un préstamo allá. Ellos venían con préstamo, venían, como se dice, con la plata. Acá ellos venían, ahh!, venían de España"* (Andrés-IE02)/ *"Hay muchos balzareños que vienen.... vienen, por ejemplo, cuando vienen de vacaciones, vienen empeñando joyas [...] a pintar lo que no tienen"* (David-MR20). La profundidad con la que penetran en el subconsciente colectivo estos imaginarios que magnifican las posibilidades que ofrecen los lugares de destino es tal que, según mi propia experiencia, resulta difícil transformar estas ideas mediante su contraste con la realidad de los hechos.

Como resultado, se observa cómo la sobreestimación de las posibilidades de los migrantes hizo aumentar las expectativas sobre ellos, interiorizadas por los migrantes a través de ese sentimiento de vergüenza que orienta las prácticas y los discursos sobre la identidad masculina, donde lo importante es lo que se aparenta -*"a pintar lo que no tienen"* (David-MR20), y donde la incapacidad para cumplir con sus obligaciones y las expectativas de los demás despierta un sentimiento de fracaso que es experimentado por los hombres con una profunda angustia.

Es necesario enfatizar el hecho de que estos comportamientos ostentosos o vanidosos están integrados en un contexto social que los orienta a través de las expectativas, y cuyo ejercicio se advierte fundamental por los hombres para componer su propia identidad como hombre-migrante a través del reconocimiento de los otros, cuyos juicios son dependientes, precisamente, de esas expresiones de éxito. Es decir, los hombres migrantes se ven atrapados ante la disyuntiva de negar el éxito que se les atribuye y ser reconocidos como codiciosos y egoístas, o bien ser reconocidos de acuerdo con las expectativas de los otros mediante la teatralización de un éxito que no puede ser explicado. Estas circunstancias tendrán un efecto determinante en el proceso de retorno masculino donde el sentimiento de fracaso tuvo un efecto atrozante.

Sexualidad

En cuanto a la estructura de sexualidad que compone el modelo de identidad masculino los relatos muestran cómo el exceso y la abundancia siguieron siendo los principales elementos referenciales de las prácticas y los discursos de los hombres migrantes.

Pero lo cierto es que estos se ven adaptados a las particulares condiciones que presentan los lugares de destino. Unos lugares que desde origen son percibidos como escenarios de gran libertad y relajación sexual en la forma, pero su contenido es interpretado de acuerdo con los principios, apetitos y atracciones que orientan las relaciones sexuales en origen: *“España es otro mundo. Otro sistema de vida, no como aquí. Allí no viven el “qué dirán”. Allí si la mujer se le ve el culo, verá ella. Y tú, tu vida, y ella, la de ella”* (Marco-IE26). Prueba de ello es la presencia en el discurso de algunos migrantes del donjuanismo y la sobreestimación de sus expectativas de conquista como elementos significativos en la estimulación del deseo de migrar, si bien, tras su llegada a los lugares de destino se vieron obligados a reactualizar sus expectativas. Esto es lo que sucedió con dos de los informantes que tras confesar sus deseos de lanzarse a la conquista en destino, mientras dejaban a su esposa en origen, posteriormente la reagruparon cuando la soledad -y/o la desconfianza- comenzaron a hacer mella en su estado anímico, como lo explicaba este informante: *“[...] Sí, me la llevé. A ella me la llevé al...después al año [...] Yo trabajaba bien [...] reuní dinero y me la llevé. Le digo: mi amor, véngase, porque si no yo me pierdo aquí”* (Eduardo-MR38).

De igual modo, encontramos la permanencia en destino de ese abanico de prácticas sexuales legitimadas en origen, como la poliginia y los *lances*, que ofrecen a los hombres un margen amplio de acción sexual extraconyugal. Como vimos, tanto si el esposo permanece en destino, como si es él quien migra, se entiende que la mujer debe tolerar sus infidelidades, especialmente porque no puede satisfacer unos apetitos masculinos que habitualmente se perciben como incontrolables. Así, se tuvo conocimiento de un buen número de situaciones en las cuales el hombre simultaneó varios compromisos, así como de otras experiencias que reflejaban la inclinación del hombre a mantener lances amorosos.

Es cierto que las mujeres migrantes parecen haberse mostrado menos tolerantes hacia las infidelidades masculinas, pero no puede decirse que este factor apareciese en los

discursos como un motivo principal de ruptura, sino como un motivo de conflicto en la pareja.

En general, los discursos reflejaron una permanencia en la estimación que otorgan los hombres a la cualidad de mujeriego -*"Yo de ahí, yo andaba con mujeres"* (Miguel-MR61)-, como refleja la circulación de estos discursos que exhiben el éxito, un asunto donde los relatos masculinos se cargan de emoción. En este sentido es preciso subrayar la importancia que tuvieron las relaciones homosociales en destino en la estimulación sexual de los sujetos. Al mismo tiempo, se reflejan un distanciamiento de la feminidad, tanto en la ausencia de referencias a lances amorosos, como en los objetivos que se le reconocen a ellas -*"Había mujeres que quisieran para formar un hogar, tener una estabilidad"* (Miguel-MR61):

"Por joder, por divertirme un rato. Porque estaba decepcionado de la separación [...] Esa fue la segunda. Pero estuve más tiempo con ella [la boliviana] que con el primer compromiso. Primero fue una de Balzar que vive aquí abajito, no más. La segunda fue la sobrina de Carlos [...] Con la segunda sí, casi cuatro años. Yo de ahí, yo andaba con mujeres. Había mujeres que quisieran para formar un hogar, tener una estabilidad [...]".
(Miguel-MR61)

En resumen, podemos afirmar que la reconfiguración de las relaciones conyugales y sociales en los espacios sociales de destino favoreció, en algunas parejas, el desarrollo de relaciones sexuales más equitativas como resultado del reequilibrio en los factores materiales y sociales que promovían la desigualdad, pero también porque esto conllevó una reactualización de las expectativas sexuales entre los géneros.

Por otro lado, los espacios de tolerancia y equidad en destino abrieron el camino, con el tiempo, a percepciones más positivas y equilibradas de las mujeres, como resultado del empoderamiento de la mujer en lo público, de las garantías de equidad en la ocupación de los espacios que permitieron el desarrollo de experiencias y aprendizajes positivos que condujeron a una definición de la feminidad.

Violencia

Finalmente, abordamos la cuestión de los usos de la violencia para averiguar el modo en que la experiencia migratoria ha transformado el papel que se le concede en origen como mecanismo de vinculación y medio para la expresión de la identidad masculina.

Así, un primer hecho constatado, y al cual nos hemos referido con anterioridad, es la relajación de las hostilidades en las relaciones de pareja. Esto se tradujo, principalmente, en una aparente reducción en el recurso a la violencia como medio expresivo, lo que en gran parte puede ser explicado por la menor tolerancia hacia su uso en los lugares de destino, el empoderamiento femenino y la revalorización masculina de las mujeres.

En este sentido, los hombres han sentido menos presión para incorporar expresiones violentas en unos contextos de destino donde las inseguridades masculinas del honor o los celos se ven atenuadas, al tiempo que se relaja esa presión social que en origen estimula los sentimientos de desconfianza, la explosividad y la violencia como vehículos de comunicación en las relaciones de domésticas.

Sin embargo, los relatos de los informantes mostraron un aumento de la violencia funcional que respondía a los intentos masculinos por restituir su autoridad y virilidad cuando se produjeron quiebras, como sucedió en algunos momentos tras la llegada, pero, sobre todo, cuando el desempleo terminó por fracturar las jerarquías que la masculinidad había logrado reconfigurar y preservar en destino.

Como hemos explicado al hablar sobre la reconfiguración de las relaciones en los ámbitos doméstico y público, se produjeron importantes transformaciones que impulsaron el proceso de empoderamiento femenino, esto permitió que se produjese una renegociación de las identidades y las relaciones más equitativa, con una mayor presencia de lo femenino en lo público y de lo masculino en lo privado. Sin embargo, estas dinámicas se vieron acompañadas de nuevos procesos de resignificación de los espacios, las tareas y los tiempos donde, si bien la segregación y la desigualdad de género se redujeron, permitieron mantener la jerarquía de la masculinidad a través de distintas estrategias de control y dominación.

Pues bien, esta situación de supremacía masculina logrará mantenerse hasta que el desempleo y la entrada del hombre en situación de dependencia terminen por destruir los últimos anclajes sobre los que aún se sustentaban muchos de sus privilegios en el hogar. Así, cuando entra en situación de dependencia material y se ve cuestionado, apareció el recurso a la violencia instrumental como medio para recuperar el control y restituir su hombría.

6. MIGRACIÓN INTERNACIONAL DE RETORNO

En este capítulo analizamos el proceso de migración de retorno de los balzareños con el objetivo de descubrir y comprender las dinámicas de restructuración y resignificación que afectan a las relaciones y los modelos de identidad de género.

La debacle económica y social de los principales países de destino de la diáspora balzareña, desencadenada por la crisis financiera internacional que estalló en el año 2007, produjo una intensificación del flujo de retorno, de tal modo que a finales de la primera década del siglo XXI el stock de migrantes balzareños residentes en España e Italia había quedado reducido a la mitad (ver Tabla 7).

Aunque la crisis económica afectó principalmente a los nichos de empleo masculinos, lo cierto es que el impacto de las condiciones económicas en la movilización del retorno debe ser leído a través de sus efectos sobre las relaciones familiares y sociales, y, por tanto, su interpretación sólo cobra sentido cuando se realiza desde una perspectiva de género.

Esto es, por ejemplo, lo que sucede con el equilibrio en la composición de género del flujo de retorno. De un lado, una parte del retorno está formado por hogares migratorios que regresan de forma conjunta o por etapas, siendo la mujer la que suele permanecer para asegurar los medios económicos que permitirán el asentamiento del núcleo familiar en origen. Pero, con el tiempo, lo habitual es que se produzca el reagrupamiento del hogar en origen, si bien es cierto que las dinámicas de dependencia-explotación pueden alargar el proceso.

Por otro lado, aunque los hombres se vieron más perjudicados por la coyuntura económica que las mujeres, el impacto del desempleo masculino sobre el retorno debe ser examinado a través de los efectos que produjo en la hostilización de la convivencia la ruptura conyugal. Un escenario en la que encajan la mayor parte de las experiencias de retorno masculino en solitario.

Situación que, por otro lado, difiere frontalmente de las experiencias femeninas de retorno por dos motivos principales. Uno, porque el retorno en solitario femenino está ligado, mayoritariamente, al fin del proyecto migratorio y debe ser interpretado como un proceso de reagrupación de ese hogar transnacional formado por las migración de las jefas

de hogar. Dos, porque la ruptura conyugal en el hogar migratorio rara vez genera experiencias femeninas de retorno o permanencia en solitario, sino el retorno o la permanencia del núcleo matrifocal.

El análisis de estos procesos nos permitirá desvelar una serie de dinámicas diferenciadoras en la experiencias de retorno de hombres y mujeres durante su proceso de adaptación al conjunto de relaciones objetivas y subjetivas que propone el contexto de origen.

6.1. LAS RELACIONES MATERNO-PATERNAL-FILIALES Y CONYUGALES EN EL PROCESO DE RETORNO. LA RECONFIGURACIÓN DEL HOGAR: "VOLVER A SER NORMAL".

En este apartado examinamos los procesos de transformación del hogar -ese conjunto de relaciones de filiación y conyugales- durante la migración de retorno, pues la movilidad inversa es escenario de nuevas despedidas, desencuentros y reencuentros que, de forma directa, exigen una redefinición de los lazos en el interior del ámbito doméstico.

El hogar juega un papel fundamental en el retorno ya que su presencia es determinante en la modulación de las experiencias de los retornados y las retornadas pues, para todos ellos, se trata de un viaje que tiene como punto de salida y llegada este espacio de relaciones íntimas.

A través de las experiencias de los actores, tratamos de reconstruir el modo en que se recrean las estructuras familiares para dar acomodo a un conjunto de obligaciones materiales, morales y afectivas (Bourdieu, 1997; Mingione, 1993). El retorno implica un nuevo encuentro -o desencuentro- entre los intereses individuales y los intereses colectivos del hogar, lo que da lugar a un nuevo periodo de negociaciones con el propósito de reajustar las fuerzas y armonizar los intereses para garantizar la reproducción y supervivencia del grupo doméstico (Bourdieu, 1997; Mingione, 1993; Sanz Abad, 2014).

Siguiendo con el modelo de análisis planteado en el anterior capítulo, nos proponemos en el presente explorar los cambios que se producen en la organización y estructura de los hogares como consecuencia de la migración de retorno de hombres y mujeres. En este primer apartado se indaga en la reorganización de las relaciones que estructuran el hogar, es decir, las transformaciones que afectan a ese conjunto de obligaciones y expectativas que dan contenido a los vínculos. Esto nos permitirá, en el último apartado, observar cómo afectan estas dinámicas al reposicionamiento de hombres y mujeres en el interior de los hogares y, en consecuencia, a los procesos de encarnación de las identidades de género.

Si en el anterior capítulo advertíamos sobre la necesidad de considerar algunos factores -situaciones de salida, temporalidad y complejidad- con el fin de dar sentido al marco analítico que planteamos, debemos recordar estos elementos, pues su impacto se ve amplificado en el proceso de reconfiguración de los hogares en el retorno.

De un lado, la disyuntiva del retorno no sólo se plantea respecto a la situación de salida del hogar ya que, junto a los hogares transnacionales y migratorios, aparecen nuevas pautas de re-emigración y dispersión de sus miembros. Además de la estrategia de retorno del hogar migratorio -solitario, conjunto, por etapas, o de reagrupamiento-, o del tipo de hogar migratorio del cual parten los retornados -sin estructura, núcleo conyugal, núcleo matrifocal (paterno), red polígama, hogar extenso, etc.-, debemos tomar en consideración la estructura del hogar de retorno, donde encontramos hogares extensos, matrifocales, reagrupados, redes polígamas, núcleos residenciales independientes y unipersonales.

Una cuestión de suma importancia, respecto a los distintos escenarios que plantean algunas de estas situaciones del hogar durante el retorno, es la participación de pautas que indican la presencia de un patrón de género en la recreación de las relaciones domésticas.

Por otro lado, la temporalidad adquiere un significado espacial en el momento de retorno pues, además de los reajustes en las relaciones como consecuencia de las idas y venidas de sus integrantes que pueden aportar mayor complejidad a la definición estructural del hogar, el propio ciclo de vida de la familia -migratoria y/o transnacional- puede traducirse en flujos y reflujos como resultado del retorno, la permanencia, el reagrupamiento o la re-emigración de todos o algunos de sus miembros.

Finalmente, vemos cómo la combinación de estos elementos -situaciones de salida/llegada y temporalidad del hogar- multiplican las posibilidades de expresión del hogar en estructuras concretas, en la medida en que estos se ven insertos en cursos de acción variables y reversibles que dificultan la categorización del hogar.

Sin embargo, a través de las regularidades que aparecen en las experiencias de retorno de los hogares, es posible identificar una serie de elementos que nos permiten distinguir varias situaciones estratégicas.

Estas situaciones son el resultado de una serie de circunstancias personales, familiares y sociales que contextualizan la trayectoria de retorno, dentro de las cuales, los sujetos y los hogares toman una serie de decisiones estratégicas desde distintas posiciones de género. El objetivo de estas decisiones es asegurar la supervivencia de los sujetos y/o los

hogares dentro de un marco concreto de relaciones familiares que particularizan las experiencias de los hombres y las mujeres retornados en referencia al ámbito doméstico.

Una primera distinción que nos permite categorizar las trayectorias de los sujetos/hogares está relacionada, precisamente, con su desarrollo como parte de un proceso de retorno del hogar migratorio o como parte de un proceso de retorno en solitario.

En el primer caso, observamos cómo se pueden dar, al menos, siete escenarios configurados tanto por el número de miembros -y sus posiciones- que toman parte en el proceso, como por los tiempos en que se desarrolla dicho proceso, lo que nos permitiría distinguir las siguientes situaciones: retorno del núcleo conyugal -conjunto o por etapas-, retorno del núcleo matrifocal -conjunto o por etapas- y transnacionalización del hogar migratorio -como resultado del retorno de los miembros no productivos del hogar migratorio, la re-emigración de algunos de sus miembros o su emancipación.

En cuanto al número de miembros, pueden participar en el retorno todos los miembros del hogar migratorio o una parte de ellos. En el último caso, el retorno de una parte del hogar migratorio puede ser consecuencia de la ruptura de la relación conyugal, de la emancipación de los hijos o la aparición de un nuevo proceso de división del hogar migratorio en el que algunos de sus miembros retornan para formar un hogar transnacional en origen. Del mismo modo, vemos cómo la migración de retorno puede suponer el reagrupamiento del hogar migratorio y el hogar transnacional en origen. Por lo que se refiere a los tiempos de retorno de los miembros, podemos diferenciar entre estrategias de retorno conjunto del núcleo doméstico y estrategias de retorno por etapas.

El segundo caso, el retorno en solitario del migrante, nos aporta interesantes elementos de análisis sobre la configuración de las relaciones domésticas, pues estas experiencias están condicionadas y deben ser encuadradas dentro de un marco de relaciones domésticas que aportan referencia a la movilidad. En este sentido, se observan notables diferencias de género respecto al papel que juega el hogar en el retorno en solitario de hombres y mujeres, pero donde esta institución aparece como un elemento clave en la estrategia de retorno -separación o reagrupación- de los migrantes.

Tabla 8. Situaciones de retorno

Agente	Tipo	Factores asociados
Núcleo conyugal	Conjunto	<ul style="list-style-type: none"> • Deseo de permanecer juntos • Incapacidad para prolongar estancia en destino o consecución de los logros • Aumento de los problemas de convivencia en la pareja • Conflictos con la familia extensa tras el retorno • Abandono de los arreglos alcanzados en destino • Vigilancia y controles sobre la femineidad: domesticación • Vigilancia y controles sobre la masculinidad: sumisión pública
	Por etapas	<ul style="list-style-type: none"> • Incapacidad para sostener el núcleo reproductivo en destino • Estrategia de capitalización: transnacionalización • Retorno anticipado miembros no productivos (hijos y/o esposo) • Dramatización de las estrategias de masculinización tras el retorno (cuando se adelanta el esposo) • Relaciones de dependencia/explotación de la remesadora
	Parcial	<ul style="list-style-type: none"> • Fisión del hogar migratorio • Reemigración o emancipación de algunos de sus miembros
Núcleo matrifocal	Conjunto	<ul style="list-style-type: none"> • Ruptura del núcleo conyugal en destino • Incapacidad para prolongar la estancia en destino • Falta de apoyo material, social y reproductivo • Desaparición de la red social • Debilidad financiera • Dependencia familiar tras el retorno
	Por etapas	<ul style="list-style-type: none"> • Ruptura del núcleo conyugal • Falta de apoyo material, social y reproductivo • Problemas de subsistencia del núcleo reproductivo • Retorno anticipado miembros no productivos (hijos) • Esfuerzo de capitalización
Solitario	Masculino	<ul style="list-style-type: none"> • Ruptura del núcleo conyugal en destino • Situaciones de violencia doméstica • Abandono del hogar • Agotamiento de los recursos financieros • Prolongación de la estancia por vergüenza • Dramatización de las estrategias de masculinización tras el retorno (consumo de alcohol y/o sexo, establecimiento de compromisos, etc.)
	Femenino	<ul style="list-style-type: none"> • Reagrupamiento del hogar transnacional • Logro de los objetivos • Conflictivización de las relaciones con los hijos por el cese de las remesas, el distanciamiento y/o la pérdida de autoridad

Así, encontramos la presencia de, al menos, dos escenarios en los cuales se desarrollan estos procesos de retorno en solitario en función de la orientación de hombres y mujeres hacia el hogar de destino y el de origen, como son: la disolución del hogar migratorio -en destino- o la reagrupación con el hogar transnacional -en origen.

6.1.1. Procesos de retorno del hogar migratorio

En los procesos de retorno grupal encontramos diferencias significativas entre las experiencias y dinámicas que afectan al núcleo conyugal y aquellas que afectan al núcleo matrifocal, por cuanto son resultado de -y dan lugar a- diferentes estrategias afectivo-materiales.

Siguiendo el mismo esquema de análisis con el que examinamos las configuraciones del hogar en el contexto migratorio, introducimos cada uno de los escenarios que se plantean con una historia de caso que nos ayuda a ilustrar el proceso y, sobre estas experiencias, desarrollaremos el análisis de los elementos de mayor relevancia.

Retorno del núcleo conyugal

El retorno del núcleo conyugal supone el reasentamiento del hogar migratorio en origen, como resultado de la migración conjunta o por etapas. El primer caso que presentamos es el de Wilson (MR23), un hombre de 31 años que había migrado a Barcelona, junto a su esposa y su hija de seis meses¹³³ -en 2003-, retornando el núcleo al completo en 2013.

En España trabajó en el sector de la construcción. Allí compraron un piso, pues llegaron a considerar el asentamiento indefinido en España, pero después de que Wilson perdiese su empleo y con la subida de los intereses no pudieron seguir haciendo frente a la deuda hipotecaria. Durante sus últimos años en destino los únicos ingresos del hogar fueron el salario de su esposa, la prestación de ayuda familiar y lo que Wilson obtenía realizando trabajos esporádicos para su anterior empleador.

Durante este periodo, cuenta, comenzó a participar más en las tareas de la crianza, principalmente en el transporte de su hija al colegio. Si bien, explica, pasaba la mayor parte

¹³³ Su esposa e hija tienen doble nacionalidad. Él, aunque tenía cita para tramitarla, no lo intentó ya que le pedían certificado de penales y tenía una sentencia por haber conducido en estado de embriaguez.

del tiempo en casa, viendo televisión o jugando con la videoconsola, lo que motivaba continuos conflictos con su esposa, que le exigía mayor intervención en las tareas domésticas. Ante la falta de perspectivas laborales favorables, con el deterioro de la convivencia conyugal y teniendo en cuenta la posibilidad que les ofrecía el padre de Wilson de escriturar a su nombre un terreno¹³⁴ en Balzar para su explotación ganadera, decidieron que tenían una oportunidad de regresar y reconducir la relación.

Al regresar a Balzar se instalaron en una casa que les cedió el padre de Wilson. En los distintos encuentros que mantuve con él, que se iniciaron poco después de mi llegada al campo -coincidiendo con su retorno-, me fue informando sobre los problemas que seguían afectando a su relación conyugal, pues su esposa, me explicaba, no se adaptaba a "la vida de allí". Finalmente, en nuestro último encuentro, me contó que se habían separado.

El segundo caso, es el de Carmen (MR04), al que ya hicimos alusión, y que nos muestra una estrategia de retorno por etapas del núcleo conyugal, donde regresan anticipadamente los miembros no productivos -los hijos- y permanecen los cónyuges como estrategia de capitalización.

Para planificar su retorno a origen necesitaban solicitar ayuda a algún familiar pues, aunque tenían una vivienda en construcción, no era posible hacer uso de ella, ya que se encontraba en un estado poco avanzado de construcción y aun no era habitable. En primer lugar, Carmen informó a su madre sobre su intención de regresar y le pidió, sin éxito, que los alojase hasta que su vivienda estuviese terminada. De modo que tuvieron que recurrir a la ayuda de su suegra, que les permitió instalarse, a pesar de que la relación se había deteriorado debido a los problemas con la crianza de sus hijos mientras ellos estaban en Barcelona.

La convivencia no resultó sencilla a pesar de que ellos contribuían en los gastos y las tareas de la casa, como nos cuenta: *"Al principio todo bien, pero se va notando cierta agresividad, cierta tensión. Yo ponía comida y todo"*. Una fuente habitual de conflicto era la educación de su hija, pues su suegra cuestionaba continuamente su estilo de crianza, los valores y los hábitos que Carmen había inculcado a su hija -*"piensan que no los han educado correctamente"*. Por este motivo aceleraron la habilitación de su casa hasta que

¹³⁴ Su familia había tenido grandes propiedades en el noreste del cantón, las cuales se habían ido dividiendo como consecuencia de las sucesivas herencias, pues su padre -como su abuelo-había tenido trece hijos con distintas esposas así es que su, aun extensa propiedad, quedó fragmentada en pequeñas unidades.

podieron trasladarse tres meses más tarde, si bien, después de aquella etapa, las relaciones con la familia de su esposo también se terminaron.

Desde su retorno a origen, Carmen se dedica a la crianza de sus hijos y al hogar, y su esposo "taxea", de forma que ahora él pasa todo el día fuera y solo vuelve a casa por las noches y, algunos días, a comer. Para ella, uno de sus principales lamentos es, precisamente, la pérdida de autonomía económica y de control sobre los recursos financieros, como cuenta: *"lo que más me ha costado es no tener trabajo, no manejar mi dinero"*.

El tercer caso, la experiencia de Daniela (MR17), nos muestra una estrategia de retorno del núcleo conyugal por etapas, donde regresan anticipadamente los miembros no productivos del hogar, esta vez las hijas y el esposo, César (MR16). Mientras permanece en destino la madre-esposa, único miembro productivo del hogar, con el objetivo de asegurar los medios económicos que permitan garantizar el reasentamiento del hogar migratorio en origen.

Daniela viajó a Génova en el año 1999, reagrupando a su esposo y la hija de ambos a principios del año 2001, ese mismo año nacería en destino la segunda hija de ambos. En Génova trabajaban los dos y, en el año 2003, compraron una vivienda antigua que comenzaron a restaurar, dice: *"La mandamos abajo completamente [...] Pero fue una experiencia bonita, porque, el trabajar tu propia casa [...] es una experiencia que nunca se olvida [...]"*. Puesto que ambos trabajaban fuera de casa, su esposo compartía parte de las obligaciones domésticas, algo a lo que ella da un gran valor y recuerda con añoranza, como cuenta: *"Un hombre que aprendió muchísimo, y que los trabajos se compartían entre dos"*.

Cuando su esposo perdió el trabajo, en el año 2010, decidieron permanecer en Italia a la espera de que la situación económica cambiase, pero lo cierto es que la prolongación del periodo de desempleo de su marido y el agotamiento de los subsidios trasladó el peso de la subsistencia familiar sobre los ingresos de Daniela. En ese escenario, decidieron el retorno anticipado de César y sus dos hijas, para reducir los costos reproductivos y asegurar los medios económicos que permitiesen garantizar el establecimiento del hogar hasta que iniciasen su negocio en origen; momento en que Daniela se reuniría con la familia.

Al llegar a Balzar, César y sus hijas se instaron con los abuelos paternos, ya que la vivienda que ellos habían estado construyendo estaba poco avanzada. Para su esposo,

cuenta Daniela, este periodo resultó una experiencia muy dura pues añoraba la independencia de la que había gozado la familia en Italia. Ahora César se veía obligado a escuchar los reproches de su padre, por haber regresado con escasos recursos, como comenta:

"¿Sabe por qué? Porque uno viene de Italia. Ustedes no saben cómo se trabaja allá. No saben. Tienes que venir con casa, con plata, y comercio. A mí, me lo ha dicho mi suegra, pero yo no le he dicho nada, ¿sabes por qué? porque no soy maleducada, porque palabras no me faltan". (Daniela-MR17)

Este clima fue despertado en su esposo sentimientos de frustración, explica: *"Se siente fracasado, no se siente realizado. Se siente fracasado, la familia de él..."*. Además, su suegro reprendía a César sobre ciertos comportamientos adquiridos en destino, relacionados con la redistribución de las tareas domésticas, que, a juicio de éste, eran inapropiados para un hombre en Balzar, como nos explica:

"...cuando estábamos allá donde mis suegros, él se levantaba de mañana y mi suegro se metía molesto porque...¿por qué se permitía él hacer el desayuno? ¿verdad que allá se hace..cualquier persona hace el desayuno? El que primero se levanta. O el que primero va llegando a casa, hace una ensalada, un arroz, o lo que querái [...] Sí, sí, porque la mujer tiene que callarse, tiene que estar en la casa, tiene que cocinar, lavar ¿No ve mi suegro? ¿Cómo te vas a permitir hacer el desayuno? Tú, hijo, si está tu mujer, que lo haga. [Aunque] allá no, quien se levanta primero va metiendo la leche [...] En mi casa lo hacíamos todo juntos. Porque era veinte minutos contados que estábamos en la mesa. Llegábamos en la noche y lo hacíamos juntos todo...". (Daniela-MR17)

Por esto motivo, animó a su esposo a trasladarse a su propia vivienda a pesar de que ésta estuviese sin terminar y, así, ir avanzando ellos la obra, tal y como habían hecho en destino. Aunque se trasladaron tras el retorno de Daniela, ella lamenta la *"falta de ganas"* de su esposo, cuenta sobre esto:

"aquí en cambio, yo me parece que a César le falta ganas, porque le sabe hacer tantas cosas, tantas, tantas....Lo que hace el maestro [...] lo sabe hacer él. Aparte de su trabajo, sabe hacer [...] sabe pegar una cerámica, sabe reestructurar un baño, sabe cocinar, sabe lavar los platos, sabe hacer la lavada en la lavadora. Pero aquí no lo hace. ¿Sabes por qué? porque el hombre ecuatoriano es machista [...]". (Daniela-MR17)

Desde su retorno Daniela ha tenido asumir en solitario la responsabilidad sobre las tareas domésticas, afrontar la depresión de su esposo y la enfermedad de su hija. Además,

debe lidiar con las quejas y reproches de sus hijas que aún no se adaptan y muestran a su madre su descontento sobre la decisión de retorno y le recriminan sus condiciones de vida en origen:

"La mayor dice que si le toca dinero o algo, se desaparece de aquí [...] Mi hija dice ¿Por qué no dormimos en camas normales? ¿por qué tenemos que dormir en el pavimento? ¿Por qué tenemos que adaptarnos para una inundación? Entonces, para todo hay ... un pero...". (Daniela-MR17)

A esta situación, Daniela debe añadir los reproches de la familia extensa sobre su situación y el fracaso del proyecto migratorio, si bien reconoce que estos hacen mella principalmente sobre su esposo - "*¿Por qué nos hemos ido allá y no tenemos nada? Si acá teníamos todo. Yo creo que eso lo hace sentir mal [a su esposo]*"-, y, también, las vigilancias y los controles de sus familiares cuyo objetivo es restringir su movilidad en el campo social, comenta:

"Aquí uno tiene que ir con cuidado. Tengo que yo caminar despacito. No es como allá, que tú conversas, con el uno, sabes que tú no estás haciendo nada malo, pero uno tiene que caminar despacito. Aquí sí...(ríe) aquí hay que caminar...". (Daniela-MR17)

Reconoce sentirse abrumada por esta situación y le cuesta verse relegada y sola en el hogar, asediada por los problemas, los reproches y los controles, lo que le ha hecho llegar a plantearse dejarlo todo y volver a Italia. Sin embargo, dice, siempre encuentra fuerzas para luchar por su familia y aguantar para salir adelante: "*Podría decir, yo dejo todo, mando todo a volar y me voy. Podría decir así. Pero es perseverar, es la perseverancia, eso es lo que quiero, no darme por perdida*".

Estas historias personales nos muestran una serie de elementos que suelen estar presentes en las experiencias de retorno del núcleo conyugal recogidas durante el trabajo de campo. Esto es lo que sucede, por ejemplo, respecto a la redistribución de las tareas domésticas y de cuidado que experimentó el hogar durante la estancia en destino y que son de gran interés al examinar el proceso de retorno.

Varios relatos nos dieron muestra de un incremento de la participación masculina en el hogar migratorio, donde observamos dos factores que resultaron determinantes en la profundización de estos repartos, como son: primero, el proceso de nuclearización alcanzado por la familia, cuestión que explicamos en el anterior capítulo al hablar de hogar migratorio y que, resumidamente, tenía que ver con la necesidad del hogar de avanzar en la

distribución de las tareas reproductivas para asegurar la supervivencia, como nos ha mostrado el caso de Daniela; y/o segundo, el desplazamiento de la relación conyugal a un nuevo momento de negociación de las obligaciones, las expectativas y el poder en el interior del hogar migratorio cuando el desempleo masculino convirtió a la mujer migrante en su principal -y a veces única- sostenedora.

Así, fue común en los relatos de hombres y mujeres la referencia a la irrupción de una nueva dinámica en las relaciones conyugales estimulada por las exigencias de las esposa de alcanzar repartos de las tareas más equitativos. Igualmente, estos relatos hicieron patente que un resultado común e inmediato en gran parte de ellos fue la hostilización de la convivencia, al menos hasta que las relaciones de fuerza no alcanzaron un nuevo punto de equilibrio. En algunos casos, esto se tradujo en una mayor implicación del esposo en las tareas del hogar, en otros, esta situación condujo a la decisión de retorno, que en varias entrevistas fue advertida como una estrategia para salvar la relación conyugal que se había visto muy deteriorada por las disputas. En otros casos, como veremos más adelante, la incapacidad de la pareja para resolver sus discrepancias supuso la ruptura del vínculo y el abandono del hogar por parte del esposo.

Por otro lado, cuando los núcleos conyugales deciden retornar también deben negociar las condiciones de regreso a su lugar de origen, teniendo que afrontar una serie de cuestiones relacionadas con el lugar de asentamiento o las estrategias productivas y reproductivas que les permitirán sobrevivir en origen.

En relación con el asentamiento, aunque algunos retornados lograron invertir y terminar sus viviendas estando en destino, debemos recordar que son mayoría entre los entrevistados los que habían contemplado la idea de una permanencia indefinida en los lugares de destino, en particular en aquellos casos cuyos hijos habían crecido o nacido en destino, haciendo que la decisión del retorno se alejase de su horizonte próximo (Antón y Matarazzo, 2015). A esto se une la preferencia por la inversión en la construcción de la vivienda de forma directa¹³⁵ -principalmente por la desconfianza reinante en las relaciones

¹³⁵ Así, vemos como al profundizar los vínculos de asentamiento del hogar migratorio en destino, disminuyen los vínculos -materiales y afectivos- con los hogares de origen-, como nos muestra Oso (2016: 226): "a medida que se adquiere mayor capital social y emocional en el contexto de acogida de la emigración, se tiende a invertir menos en el capital social y emocional en origen, disminuyendo los envíos de remesas".

sociales-. Una situación que explicaba esta retornada y que se repetía con frecuencia en las entrevistas:

"Pensamos, pensamos quedarnos allá. Pero ya te digo no...ya la situación ya no...Y a mí me duele tanto, porque hemos trabajado, nos fue bien, pero toda la plata se quedó ahí mismo. Porque yo no he podido no venir a mandar a poner un pilar. Porque cuando yo me fui quedó esto. Y todo quedó allá, yo no me he traído nada para acá de España, de decir que he hecho una casa aquí y nada. Tengo solares aquí. Porque tengo este de aquí y tengo un solarcito que mi madre me dio allá, pero de ahí no tengo nada pues. Ni pilares ni nada. Pero me falta tener casa". (Adriana-MR37)

De tal forma que muchos de aquellos que habían realizado alguna inversión encontraban a su vuelta terrenos vacíos o construcciones a medio terminar que habían ido avanzando durante las visitas, pero que, en su mayoría, no eran habitables. Como resultado, la mayoría de los hogares migratorios se vio obligada a integrarse en algún tipo de arreglo extenso tras su retorno, bien de forma temporal, mientras acondicionaban sus viviendas, bien de forma indefinida, cuando retornaron sin suficientes recursos para asegurar una forma de alojamiento independiente a corto o medio plazo.

Hacemos énfasis en esta cuestión porque los relatos nos han dejado ver cómo se trata de una situación que puede tener importantes consecuencias en la vida familiar y la adaptación de los retornados, pues la reducción de los espacios y la pérdida de autonomía del hogar migratorio hace frecuentes las disputas y los desencuentros, generando una paulatina conflictivización de la vida social.

Entre los temas de conflicto, vemos cómo resultan comunes los reproches sobre el fracaso de los retornados, los estilos de crianza de los hijos y los aprendizajes. Estos discursos disciplinarios son de suma importancia en la reconfiguración de los roles de género ya que la pareja, al quedar integrada en un grupo doméstico organizado de acuerdo con la lógica patriarcal inscrita en los modelos de identidad tradicional, pueden llegar a sentirse muy presionados por las vigilancias y controles para reorientar sus prácticas hacia formas de vinculación tradicionales.

Aunque volveremos sobre esta cuestión en el último apartado del presente capítulo, podemos anticipar ahora la existencia de diferencias de género en la capacidad de afectación emocional de estos discursos disciplinarios y los temas, así como su capacidad

para orientar las prácticas de hombres y mujeres, que a su vez es resultado de las posibilidades estratégicas de resistencia que ofrece el medio a retornados y retornadas.

Por un lado, la disposición emocional de hombres y mujeres hace a los primeros más sensibles a los discursos destinados a estimular sentimientos de fracaso como hombre -autónomo, sostenedor y dominante-, bien porque no han sido capaces de lograr el éxito económico -fracasado-, bien por su falta de dominio sobre el hogar -mandarina. Mientras, los cuestionamientos a las retornadas pretenden estimular los sentimientos de culpa, persistiendo en su fracaso como madre-esposa, esto es, en su incapacidad para procurar el éxito de sus hijos -al malcriarlos- o de su esposo -al convertirlo en un "cachudo", un "mandarina" o en una "zorra".

Por otro lado, estos discursos pretenden condicionar a los sujetos para orientar sus prácticas, cuyo éxito depende de la capacidad de los retornados y las retornadas para resistir estos controles. No cabe duda de que la capacidad del núcleo conyugal para preservar arreglos distintos a los que disponen los modelos de vinculación tradicional depende de su autonomía respecto al grupo, tanto material -residencial y productiva- como social -aislamiento- o emocional -sensibilidad, ostracismo. Pero, en la medida en que los retornados y las retornadas dependen material, social y emocionalmente del grupo se verán forzados a seguir las estrategias y mecanismos tradicionales de convivencia y resolución de conflictos.

En el caso de las retornadas, su integración en el hogar extenso las expone de forma más frecuente al contacto y los cuestionamientos, lo que con el tiempo las lleva a adoptar estrategias de aguante. Por su parte, los retornados puede optar por una mayor presencia en el ámbito público -las relaciones productivas y la homosocialidad-, lo que les permite distanciarse de los conflictos domésticos a través de las ausencias y, de este modo, también se distancian de los compromisos reproductivos y afectivos asumidos en destino.

Por lo que se refiere a las negociaciones de los núcleos conyugales respecto a las estrategias reproductivas/reproductivas que desarrollarán en origen, los relatos nos muestran cómo estas se inician en destino y, con ellas, tratan de establecer sus objetivos respecto a los medios materiales necesarios para procurar el sostenimiento del hogar, así como a los arreglos que deben alcanzar en el interior del hogar respecto a la distribución de las tareas y el poder.

Como veremos en el último apartado, las estrategias de inserción productiva de los retornados incluyen un repertorio de acciones que, en ocasiones, incluyen a la pareja/hogar, cuando se realiza inversiones para el establecimiento de algún tipo de comercio, pero que, comúnmente, están dirigidas a la inserción productiva del esposo, ya sea mediante el establecimiento autónomo, ya mediante el empleo por cuenta ajena. En cualquier caso, tanto los hombres como las mujeres retornados deben competir, desde la posición de desventaja que les concede una edad media alta y unas redes sociales más débiles, en un mercado laboral caracterizado por la falta de oportunidades, la estacionalidad y la precariedad. Pero las mujeres, como vimos, enfrentan mayores restricciones debido tanto a la masculinización de los sectores productivos como a determinadas barreras que elevan los costes de acceso al empleo.

En cuanto a las negociaciones que tienen lugar en el interior del hogar respecto a la distribución de las tareas y el poder, vemos como algunos hombres expresaron, aun en destino, su reticencia/temor a mantener los equilibrios alcanzados por la pareja en el hogar migratorio. Así, algunos hombres ya expresaron antes del retorno su deseo de reconstruir la relación según la norma y la normalidad conyugal tradicional -así le comunicó a esta informante su marido que al regresar debían "volver a ser normal" (Evelyn-MR39). Podemos advertir en esto el temor que produce en algunos hombres enfrentar los señalamientos y las burlas que aparecen en el medio social de origen cuando se traspasa esa frontera que la ideología patriarcal tradicional señala entre los espacios y las tareas de lo masculino y lo femenino. Pero, también, los relatos nos mostraron el temor de algunas mujeres por perder esos espacios de interacción más equitativos y de mayor confianza que construyeron junto a sus parejas durante su convivencia en destino.

Después del retorno, se observa cómo, efectivamente, reaparecen los desequilibrios y las dependencias en las relaciones reproductivas/productivas en el núcleo conyugal a medida que la identidad masculina se va orientando progresivamente hacia lo público y la femenina hacia lo privado.

Como vimos anteriormente, la falta de oportunidades de empleo para las mujeres y los controles sobre su presencia en lo público actúan conjuntamente para devolver la feminidad a lo doméstico. Del mismo modo, observamos cómo, a medida que los hombres retornados se desplazan hacia lo público en busca de medios materiales y de su propio

significado, se produce un distanciamiento de los problemas, las tareas y los afectos del hogar.

Como veremos en el último apartado, reaparecen en las parejas las relaciones de dominación masculina -que se ven reforzadas por el sistema de violencias económicas, psicológicas y, en algunos casos, físicas- a medida que aumenta la dependencia de la mujer, donde emerge nuevamente ese conjunto de coacciones -responsabilidad reproductiva, dependencia material, competencia sexual, poligamia, etc.- que estimulan el miedo al abandono, limitando la capacidad de negociación de la mujer y condicionando la reaparición de las estrategias de aguante.

Por último, debemos incluir en las estrategias de retorno del núcleo conyugal algunas particularidades que se observan en los procesos de retorno por etapas.

Por un lado, algunas mujeres retornadas explicaron en sus relatos cómo al anticipar el retorno de sus esposos esperaban que estos asumiesen una parte de las responsabilidades del hogar y de la crianza. Esto tenía un significado especial para aquellas mujeres cuyos hijos habían permanecido en origen pues esperaban que, de este modo, se reforzasen los vínculos con los hijos o que se restableciese la autoridad allá donde el cuidado de los hijos se habida visto dificultado por la aparición de conflictos.

En cualquier caso, vemos cómo incluso cuando el padre retornado -anticipadamente- mostró una mayor implicación en las tareas de la crianza y el hogar, lo habitual es la presencia de alguna figura femenina que asista o participe de las responsabilidades del hogar -abuelas, tías, hijas, etc.

No obstante, tanto en aquellos casos en que el padre retornado regresa con los hijos como cuando se produce el reencuentro en origen, la relación del padre parece establecerse con cierta laxitud, a veces despreocupación, respecto al cuidado de aquellos. No queremos decir con ello que los padres retornados sean insensibles a los problemas de sus hijos, de hecho estas relaciones evidencian en muchos casos grandes diferencias que son resultado de los estilos personales de crianza, las experiencias y la personalidad de los miembros del hogar. Sin embargo, se advierte la presencia de una tendencia generalizada en el comportamiento masculino marcado por el distanciamiento físico y emocional del hogar. Es decir, se advierte una reconfiguración de los vínculos sociales y afectivos más acorde con los patrones tradicionales.

Esta situación se ve con claridad en la experiencia de una retornada, quien nos explicaba cómo la intensa relación emocional de su esposo con los hijos, despertó en él sentimientos de nostalgia que le sumieron en una depresión que se prolongó durante toda su estancia. Finalmente, el esposo regresó a Balzar para reunirse y encargarse de ellos mientras su esposa permanecía en destino con el objetivo de ahorrar para invertir en la construcción de la vivienda familiar en origen. Sin embargo, después del retorno del padre-esposo, éste no solo se distanció de las problemas de la crianza, de los que responsabilizó a su esposa, además estableció otros hogares en paralelo, ausentándose del hogar con frecuencia, como nos cuenta:

“Él pensaba mucho en los chicos. Era a diario, era diario que nos llamaban. Que estaban en la calle, que no los podían sujetar. Él lloraba mucho, no podía hablar con ellos por teléfono, porque era llora, llora y llora, ¡horrible! [...] Sí, eso es lo peor que te puede pasar, la depresión. Cayó en un estado que ya no podía. No podía [...] Ya no se preocupaba mucho por los niños, porque ya él estaba con sus hijos, vivían juntos”. (Julia-MR58)

Con respecto a esta cuestión, es preciso destacar cómo la preocupación y responsabilidad mostrada por los padres sobre los problemas de la crianza es un frecuente recurso discursivo en algunos relatos masculinos, donde esta situación aparece como elemento justificador de algún tipo de experiencia o decisión del padre-esposo.

Sin embargo, notamos cómo apenas hay referencias en los relatos a los conflictos entre hombres-padres retornados e hijos, lo que, a nuestro juicio, parece ser resultado de la participación de tres elementos: primero, la responsabilidad social -exclusiva- de la feminidad sobre los hijos, que se proyecta sobre las madres, evita que los padres sean juzgados por las acciones de sus hijos -"no valoran nunca lo que la madre hizo [...] Y siempre hay discusiones por eso [...] El respeto se perdió total" (Julia-MR58); segundo, las condiciones que recrean el distanciamiento/ausencia físico-afectivo de la identidad masculina tradicional, tanto por su presencia obligada en lo público -o en otros hogares- como por la tradicional irresponsabilidad masculina, que le otorga una distancia simbólica de las acciones ajenas -además de las propias; y, tercero, el recurso masculino a la violencia como mecanismo para la resolución de conflictos/cuestionamientos en el interior del hogar es un potente inhibidor de las discusiones y los reproches, habida cuenta de ese carácter explosivo masculino y la amenaza de la violencia. Como resultado, estos factores crean un escenario en el cual los reproches, discusiones y conflictos con los hijos tienden a

orientarse hacia la madre retornada, una circunstancia que, como veremos, complejiza su relación con éstos y su posicionamiento en el campo social.

Por otro lado, vemos cómo la estrategia de retorno anticipado del esposo, que origina la separación -transnacionalización- del núcleo conyugal, puede dar lugar a las dinámicas de dependencia-explotación de la esposa-madre migrante a las que hicimos alusión en el capítulo anterior. Como vimos, la recepción de las remesas puede generar dinámicas de explotación/dependencia material por parte de los esposos -e hijos- receptores, lo que provoca una prolongación de la estancia de la migrante en destino a la espera de que quedan aseguradas las condiciones de subsistencia del hogar en origen, ya sea mediante la inversión o la integración laboral del esposo retornado. Sin embargo, se han observado distintas situaciones en las cuales las remesas se desvían de su destino, mientras que sus receptores se acomodan sin divisar otras alternativas para generar ingresos en origen.

En otros casos, las remesas llegan incluso a ser desviadas de las inversiones que deben asegurar el retorno de las madres-esposas migrantes, hacia otros usos que evidencian un fortalecimiento de la dominación masculina y la subordinación femenina. Esto sucede, por ejemplo, cuando los esposos retornados establecen nuevos compromisos, llegando a mantenerlos con las remesas de la esposa migrante, como vemos en este relato:

"Porque cuando llegué, la casa no estaba como yo la quería ver. Pero igual, nunca pude, porque parece que, o sea. Todo el dinero que yo le mandaba a él, como que no lo invertía todo en casa. Y ese fue el primer problema que tuvimos. Y siempre peleábamos por la casa. Porque tanto dinero que yo le mandaba, es que mis sueldos en España eran de mil, de ochocientos, de novecientos, al mes. Yo unas amigas que tenía en España, me tenían hasta envidia, porque ganaba mejor que ellas. Pero fue, porque mi vida fue tan solo para trabajar. Nunca me fui de fiesta. Nunca conocí una discoteca en España. Todos mis amigos me invitaban, yo nunca iba. Porque mi trabajo era ese. Era una mentalidad que tenía, trabajar, trabajar, trabajar. Entonces, no era justo que yo, al mandar mi dinero, el sueldo de mis hijos lo coja para sus amantes, sus mujeres, se lo reparta, mientras yo me lo jodía ganando allá. Entonces no era justo. Entonces, por eso fue la discusión [...] De pronto, andaba con mujeres. O sea, sí, andaba con mujeres. Porque al año de haber regresado, yo me enteré, que él tenía unas fulanas recogidas. Con hijos que no eran de él, y los mantenía [...] alquilada [...]". (Julia-MR58)

De igual forma, también se han observado en las prácticas y los relatos de los informantes, cómo en el retorno masculino se abren un conjunto de posibilidades de acción

que permiten reafirmar la hombría a través de los consumos masculinos de alcohol y sexo - compromisos, lances y prostitución. De hecho, se pudo observar cómo es una práctica habitual entre los hombres retornados involucrarse en actividades sexuales extraconyugales. Algunos de estos hombres habían llegado a establecer compromisos en paralelo en origen después de su llegada, que parecían afectados por una definición contradictoria entre el furtivismo y el exhibicionismo. De igual modo, podemos constatar cómo, en muchas ocasiones, las esposas eran conocedoras de estas situaciones, recordemos este fragmento al que ya hicimos alusión:

"Pero ahí está esa pobre. Es que esa señora también es "cojúa". Esa señora sabe de qué pata cojea el marido. Al marido le gusta andar jodiendo vida con una y con otra. Y en cuanto llega el dinero...[...] Para que un sinvergüenza esté viviendo a costa de ella".
(Miguel-MR61)

Así, vemos cómo el retorno anticipado del esposo también conlleva, en un buen número de ocasiones, la tolerancia más o menos velada de la esposa-migrante hacia las conductas del esposo. En este sentido, el retorno de la mujer -o su permanencia en destino- viene acompañada de la resignificación de determinados patrones de comportamiento masculino tradicional que estimulan en la mujer el temor a la ruptura del compromiso/familia, como consecuencia de los desmanes del esposo con el alcohol o el sexo, como nos explica esta mujer retornada:

"Lo peor es que uno de ellos regresa antes, normalmente el marido, y la familia se rompe. Aquí encuentran otra mujer y se terminó¹³⁶ [...] El hermano mismo de Carlos, él se regresó, le habían asegurado un trabajo por 600 dólares [...] y la mujer se quedó allí. Aquí encontró una de 18 años y se olvidó de la mujer". (Carmen-MR04)

Así, se pudo encontrar algún caso en el cual el retorno de la esposa tuvo como objetivo intentar reconducir o controlar los comportamientos de estos para salvar el matrimonio, pero tampoco faltaron ejemplos en los cuales esto no resultó efectivo, o aquellos en los que las esposas pueden permanecer en destino por temor a las condiciones de convivencia que les plantean estos escenarios tras su retorno.

¹³⁶ De nuevo aparece aquí esa denuncia contra las prácticas sociales de las mujeres en destino: *"También esto era común allí. Yo tenía amigas que salían a bailar cada día con un acompañante distinto, después de colgarle el teléfono al marido"* (Carmen-MR04).

Retorno del núcleo matrifocal

Un segundo escenario en el que se puede desarrollar el retorno del hogar migratorio -conjunto o por etapas- es el definido por la experiencias de los núcleos matrifocales -madre más hijos. Como explicamos, un denominador común en la formación de un hogar migratorio con descendencia -reagrupada o nacida en destino- era la presencia del núcleo conyugal en estos lugares, con independencia del tipo de arreglo matrimonial -monógamo, polígamo, paralelo, secuencial, etc.- existente entre la pareja.

Las experiencias compartidas por las informantes nos han permitido constatar la presencia de un proceso de retorno de los núcleos matrifocales asociado a la ruptura de la relación conyugal en destino y/o el abandono de los padres-esposos de las responsabilidades hacia el hogar. De nuevo, recurrimos a tres historias personales que nos permiten ilustrar las circunstancias que acompañan los procesos de retorno del núcleo matrifocal sobre las que nos apoyamos para realizar un posterior análisis.

El primer caso es el de Olga (MR44), una mujer que, después de separarse del padre de su hija nacida en destino, regresaría junto a ésta a Balzar. La experiencia migratoria de Olga se inició en 1998, cuando, con veintitrés años, unas primas la ayudaron a viajar a Barcelona y la acogieron durante los difíciles seis meses que tardó en conseguir su primer empleo - como nos explica:

"me prestaron, las primas estas me prestaron el dinero. Las chicas que estaban allí, mis primas. Pero no te creas, porque se siente una... y lo que quería es trabajar para poder pagarles el dinero, y estar tranquila yo, y de todos modos ellas que estén tranquilas también". (Olga-MR44)

Durante su estancia en destino ella, y sus hermanos, enviaban remesas, con las que sus padres construyeron una gran casa familiar en Balzar. Además, invirtió junto a dos de sus hermanas en un piso en destino, con el objetivo de obtener una renta por su venta en el futuro. Pero, la situación se complicó después de que una de sus hermanas se casase y se estableciese con su esposo, ya que ellas solas no conseguirían afrontar las mensualidades de su préstamo y perdieron la vivienda.

En Barcelona conoció a un hombre balzareño con el que mantuvo una relación, llegando a comprometerse después del nacimiento de su hijo, en el año 2010. Sin embargo, la relación se rompería poco después y el esposo abandonó el hogar. Ante las dificultades de la crianza en solitario, de empleo, la pérdida de vivienda y el retorno de los familiares,

en 2012 tomó la decisión de regresar a su lugar de origen, explica: *"Porque no tenía trabajo y mi niño, pues, estaba pequeño, no podía trabajar. Incluso no había trabajo. Y no había quien me le cuide allá [...]"* (Olga-MR44).

Al regresar se instalaron en casa de los padres de Olga, que también se encargan de su manutención, pues el pequeños negocio que emprendió en la planta baja de su vivienda no funcionó, y lo mismo ocurrió con el comercio que abrió su hermana -retornada- en el área comercial del centro urbano. De modo que dependen de los abuelos para su manutención, como nos cuenta:

"Yo estoy aquí, con mi papi, mi mami. Que me den de comer [...] No, no he trabajado [...] Eso era, es mío...Porque claro, ella en su momento alquiló un local. Pero, el local, caro, de alquiler. Y aparte, no había negocio. Tuvo que cerrarlo". (Olga-MR44)

Desde su llegada no han dispuesto de ninguna fuente de ingresos, ya que el padre de su hija tampoco asumió responsabilidad alguna después de la separación.

El segundo caso, es el proceso de retorno de Rosa (MR14), una mujer que migró como jefa de hogar, responsable de cuatro hijos que quedaron bajo la custodia de la tía, primero, y la abuela, después, estableciendo un nuevo compromiso en destino del que nacería su quinta hija. Conoció a su último esposo en el año 2003 y, un año más tarde, nació la hija de ambos. Este compromiso se prolongó hasta el año 2008, en que se separaron, quedando ella al cuidado de la hija de ambos.

A pesar de su deseo de prolongar su estancia en destino, para asegurar la manutención del hogar transnacional y del hogar migratorio, las obligaciones de la crianza en solitario y la falta de apoyo le impidieron conciliar los horarios y conservar su trabajo como limpiadora en un hotel. Durante los siguientes años realizó trabajos esporádicos con los que apenas lograban sobrevivir ella y su hija, encontrando muchas dificultades para enviar remesas para la manutención de sus hijos en origen.

A su regreso a Balzar, en 2012, se instalaron en casa de su madre. En el año transcurrido desde su llegada no ha logrado encontrar empleo y tampoco cuenta con la contribución de ninguno de los padres de sus hijos en los gastos de crianza -*"Los padres de las niñas no aportan"*-, de modo que durante ese periodo han conseguido mantenerse gracias a los pocos ahorros que había reunido para invertir en un pequeño negocio, pero que ya se han agotado. También cuenta con las remesas que esporádicamente les envía su hermano soltero, a quién ella ayudó a migrar a España. Comenta como su último esposo

está planteándose retornar y están considerando retomar la relación, de modo que él está mostrando más interés, ahora la llama de vez en cuando y le envía remesas ocasionales.

La tercera experiencia de retorno que presentamos es la de Karen (MR62), una mujer reagrupada junto a su hija en Barcelona en 2002, donde había migrado su esposo un par de años antes. Al migrar renunció a su puesto como profesora de primaria en un colegio público de Balzar. En Barcelona se coordinaba con su hermana para apoyarse mutuamente en las tareas de crianza, pues su esposo solía estar ausente del hogar la mayor parte del tiempo. En 2006 nació en destino su segunda hija, comenzando a deteriorarse la relación con su esposo a partir de entonces. Su experiencia de retorno quedó así marcada por una serie de complicaciones personales, conyugales, familiares y laborales que dificultaban su permanencia en destino.

Empezando por los últimos, a pesar de haber conservado su empleo durante el periodo de crisis, vio cómo las condiciones laborales iban en creciente deterioro en la medida en que tuvo que asumir reducciones de jornada y, después, de salario. Por otro lado, el plan de retorno para el profesorado lanzado por el gobierno ecuatoriano parecía brindarle la oportunidad de recuperar su anterior empleo como educadora:

"[...] y también a cinco me habían rebajado, trabajaba seis horas, y luego, también, me rebajaron a cinco, luego me rebajaron, también, a cuatro horas, me iban rebajando...me rebajaron, también, el sueldo. En esto de las horas, me rebajaron también el sueldo [...] me decían que, bueno, que ya buscando trabajo: "Tú tienes un trabajo y sobrevives", dicen, "es lo mismo, como estás haciendo allá. Allá estás trabajando y estás sobreviviendo". Porque yo le decía, yo no gano más que para sobrevivir. Y aquí buscar un trabajo...el Plan Retorno, este de los profesores". (Karen-MR62)

Por otro lado, aparecieron problemas con la educación y el entorno social de su hija cuando ésta entró en la adolescencia. Viéndose incapaz de solucionarlos en destino, decidió anticipar el retorno de su hija a Ecuador, para que su hermana se encargase de su cuidado y la supervisase en los estudios. Esta circunstancia también pesó en su decisión de regresar, ya que la separación le resultó dolorosa. Si bien, su hija quedó embarazada y se comprometió poco después de su retorno, como nos cuenta:

"Luego a la niña más grande que iba al colegio, y no le gustaba para nada el catalán, el colegio. Yo la puse en un colegio de monjas. Luego, para nada en el colegio de monjas, y perdió el año, porque no le entraba el catalán para nada [...] Y después le van bajando

nota, bajando nota, y no ponía de su parte. Entonces yo, al ver el cambio de ella, porque ella se fue haciendo mayorcita y...y ya con el estudio nada. Ya perdió el año, y ya querían que la tomaran en un...en un colegio público. Y la puse en un colegio público, y parece que el contacto con algunos chicos, con algunas chicas, y tenía más libertades. Ella quería hacer lo mismo que hacían los otros. Entonces yo le digo no, no es lo mismo. Entonces yo la mando a mi país y mandé acá a estudiar. La mandé a Manta con mi hermana. La mandé el año pasado en junio [...] no el año pasado...no ella vino en el 2012, si 2012 vino. Entonces el año pasado yo decidí, bueno yo ya me voy. Porque está mi hija allá, y me llevo la pequeña también, para que estudie acá, y eso. Y como ya estaba...ya estaba en trámites de separación, pues bueno, yo busco mi tierra y...entonces yo la mandé a ella primero a estudiar. A estudiar entre comillas, porque se me enamoró acá en meses y se me casó. Yo ya había hablado en mi trabajo que yo ya renunciaba, que yo ya no venía, que ya no podía más [...]". (Karen-MR62)

Además, dado que sus hermanas y hermanos habían comenzando a retornar o tenían planeado hacerlo, con su marcha, desaparecerían los apoyos que le habían permitido conciliar sus responsabilidades reproductivas y productivas:

"Entonces el trámite lo hicimos la familia. Lo hicimos la familia porque ya regresamos todos para acá [...] Mi hermana, ella se vino antes, ella se vino en octubre del 2012 [...] ella fue antes, ella fue la primera, ella ya tenía como trece años allá [...] a los trece años regresaron; yo llevaba diez [...]". (Karen-MR62)

Finalmente, el proyecto migratorio que había planificado junto a su esposo se mostró irrealizable ya que éste no se implicó en la inversión en origen o en el ahorro de una renta de retorno -"Si yo decía unos cuatro o cinco años y, mire, me pasé a diez. Decía cuatro o cinco años, pues hacer una casa, pues entre los dos...Bueno, uno nunca...sueña. Pero mis sueños nunca se hicieron realidad [...]". Con el tiempo también dejaría de contribuir en el sustento del hogar y, tras el nacimiento de su segunda hija, el proceso de deterioro de su relación se aceleró. Poco después, Karen averiguaría que su esposo mantenía un compromiso en paralelo en destino, lo que, unido a las anteriores circunstancias, le hizo sentir que su permanencia en destino era una situación insoportable, como cuenta:

"Claro, la meta era hacer una casa, montar un negocio. A veces, las cosas no te salen como tú las piensas, o tú las planificas. Y a mí el padre no me ha ayudado [...] No, ya después, a los años. Ya después, cuando ella nació, la situación iba de mal en peor [...] luego ya él mantuvo su otra relación a escondidas, yo no lo sabía, y siempre lo mantuvo ¡Así! escondido. Y eso, hasta que yo me enteré. Y ya fue...nosotros habíamos...plan...antes

de venirmos, pues yo le decía: “yo ya no puedo más, yo ya no puedo, yo cojo a las niñas, yo ya no puedo más” Y él me decía: “bueno, yo lo único que te puedo ayudar, es...ayudándote a llevar el contenedor” O sea, firmando los papeles y haciendo los papeles. Por eso, él viajó conmigo, el año pasado en abril. Y tuvo que venir, también, porque entre los dos teníamos que ir a sacar el contenedor”. (Karen-MR62)

Durante su permanencia en destino, Karen logró realizar pequeños envíos y completar los pagos de una pequeña parcela en origen, pero no tuvo oportunidad de construir una vivienda sin más ayuda para la inversión o el sustento del hogar migratorio, explica:

"Y así, con lo poquito que me daba, pues yo iba reuniendo y mandando, mandando, para pagar poco a poco...el terreno, y lo pagué. Pero luego yo le decía, luego me quedaba por hacer la casa. Pero y luego ya me di cuenta de que, yo sola, ya no podía hacer nada más. Ya no puedo meterme más [...] Era imposible, yo sola, ya no podía. Ya no podía". (Karen-MR62)

De modo que al regresar ella y su hija se instalaron en casa de su madre, donde aún residen. Reconoce que le ha costado adaptarse de nuevo a la vida en origen, y lamenta haber tomado la decisión de seguir a su esposo y migrar, renunciando a su trabajo como profesora, ya que además de no haber logrado alcanzar sus objetivos materiales, siente haber el fracaso en su relación conyugal y familiar:

"Estar aquí otra vez, o sea, adaptarse otra vez a la vida de aquí, y eso de que...la vida te golpea ¿sabes? Bueno, yo lo digo por mí, por mi caso. Yo abandoné mi trabajo. Yo tenía nombramiento, aquí mismo, en la misma cabecera cantonal de aquí. Y ha sido un palo muy gordo para mí, porque ¿sabes? De haber dejado mi trabajo, por haberme ido, y no haber sacado...yo lo digo ¿no? no haber sacado provecho ¿sabes? haber estado allá, haber sido en vano, haber regresado. Y haber perdido mi trabajo por algo que no valía la pena, es duro eso ¿eh? Y ahorita adaptarse, y eso. Bueno, para mí ha sido duro. [...]". (Karen-MR62)

Pero, quizá, lo más difícil para ella ha sido afrontar las difíciles perspectivas laborales que, durante el año y medio transcurrido desde su llegada, llegaron a desesperanzarla por momentos pues los trámites y plazos de reingreso en el magisterio se dilataron, haciéndola dudar sobre esta posibilidad, teniendo que depender de la ayuda económica de su madre y otros familiares:

"Y ahora tengo como dos meses de...este de profesora [...] Pero, bueno, ahora me ha aliviado con la carga. Porque [sonríe] claro, yo me estaba desesperando ¿sabes? sin trabajar, sin hacer nada, sin tener un ingreso [...] entonces, menos mal, que me ha salido

este trabajo y, me ayudo. Tengo un niño en la tarde ayudándole, y me gano algo [...] Activa, al menos yo he estado trabajando, así activa, y esto me estaba jodiendo. Me iba a volver loca en estas paredes. Sin hacer nada. Sin tener ni idea. Pues bueno [...]". (Karen-MR62)

En las historias personales que acabamos de mostrar aparecen una serie de elementos que singularizan las experiencias de retorno de los núcleos matrifocales, pues estos son resultado de las desigualdades y condicionamientos que establece el orden de género y, por tanto, debe ser explicado a través de la situación de subordinación y la explotación sexual y reproductiva de las mujeres migrantes.

Un primer elemento, común a estas trayectorias de retorno del núcleo matrifocal, es que todas enlazan con la disolución de la relación conyugal, si bien es habitual el esfuerzo del hogar matrifocal por permanecer en destino. Más allá de los problemas que provoca el cese de la relación, lo que nos interesa destacar es la situación del esposo y la esposa cuando se produce su disolución.

De un lado, vemos cómo tras la separación los esposos abandonaron sus obligaciones materiales, atenuando o cesando los vínculos sociales y afectivos con los hijos. Por su parte, la esposa asumió la responsabilidad material, social y afectiva plena sobre la descendencia. Esto nos muestra cómo la ruptura conyugal en destino continuó creando el mismo tipo de derechos y obligaciones de género que encontramos en origen, normalizando la irresponsabilidad paterna y la responsabilidad materna. Como resultado, no aparecieron en los relatos referencias a reclamaciones legales de alimentos, u otros, por parte de las esposas.

De igual forma, vemos cómo al recaer la responsabilidad de la crianza sobre la mujer esta debe conformar la red de apoyos que le permitan conciliar las obligaciones productivas y las reproductivas, como explicamos en el anterior capítulo. Por tal motivo, cuando el contexto de crisis socioeconómica comienza a dismantelar la red social, son las mujeres jefas de hogar migratorio quienes se ven más afectadas por esta situación. En estas circunstancias observamos cómo algunos de los núcleos matrifocales vieron peligrar su supervivencia, afectados por el deterioro de las condiciones de empleo, debido a los problemas de conciliación y la crisis, así como por las dificultades para lograr apoyos reproductivos como consecuencia del retorno y/o la re-emigración de los familiares y amigos.

Estos elementos contextualizan la estrategia del núcleo matrifocal que, en algunos casos, se produce por etapas, mientras que, en otros, tiene lugar de forma conjunta, como se aprecia en estos fragmentos:

"Ellos [sus hijos] retornaron acá a Ecuador. Porque yo no podía trabajar. Tú sabes que allá es pesado trabajar con los niños, y no tenía quién me los cuidara [...]". (Elsa-MR26)

"Porque no tenía trabajo y mi niño, pues, estaba pequeño, no podía trabajar. Incluso no había trabajo. Y no había quien, me le cuide allá". (Olga-MR44)

Por otro lado, al proyectar el retorno el núcleo matrifocal también debe planificar las cuestiones relacionadas con la residencia y las estrategias reproductivas y productivas para sobrevivir en origen. Así, en lo que se refiere a la residencia, observamos cómo el hecho de que se hubiese formado un núcleo conyugal en destino y el crecimiento y/o nacimiento de los hijos en destino hicieron que muchos de estos hogares planeasen su permanencia en destino de forma indefinida, lo que desincentivó la inversión en vivienda en origen. Además, tras la ruptura, las mujeres debieron afrontar las cargas reproductivas en solitario, lo que dificultaba su capacidad para invertir logrando, en el mejor de los casos, acumular una renta mínima de retorno. Por estas circunstancias fue infrecuente que los núcleos matrifocales dispusieran de vivienda propia en origen, quedando integradas en hogares extensos, ya sea el de la madre o el de ésta y su cónyuge.

En cualquier caso, estos núcleos desarrollaron estrategias reproductivas/reproductivas en origen. Dado que en ninguno de los casos conocidos encontramos la participación del padre en el sustento de los hijos, esta responsabilidad fue asumida en exclusiva por parte de la madre. En este sentido, se observan distintos escenarios en la obtención de recursos materiales para el sustento que van desde la dependencia familiar, pasando por la inversión productiva o el empleo. Asimismo, cuando las jefas de estos hogares retornados deben atender a las obligaciones del mercado, vemos como recurren a los apoyos reproductivos en el interior del hogar extenso -generalmente la madre de la retornada.

Así, vemos cómo tanto en el proceso que desencadena el retorno del núcleo matrifocal, como en su asentamiento y organización en origen, las experiencias están marcadas por los lineamientos del orden de género tradicional, como se aprecia en la irresponsabilidad paterna y responsabilidad exclusiva de la madre tras la ruptura, la

dependencia de las madres de las redes de apoyo femenino y su integración en núcleos extensos matrifocales, y la responsabilidad femenina sobre las tareas del hogar y la crianza.

6.1.2. Procesos de retorno en solitario

Junto a los procesos de retorno en los que se moviliza el hogar migratorio encontramos otras experiencias de movilidad en solitario asociadas a la destrucción del hogar migratorio -en destino- o la reagrupación con el hogar transnacional -en origen.

El análisis de los procesos de retorno en solitario revela la importancia del género como componente diferenciador en la experiencia de migración y retorno de mujeres y hombres.

Veremos cómo estas experiencias se ven moduladas por la intervención de los esquemas y las lógicas patriarcales que configuran la percepción e interpretación de las relaciones de hombres y mujeres retornados con el medio social y material que les rodea. El análisis de las trayectorias de retorno en solitario de los migrantes balazareños nos muestran cómo la realidad social particular -en este caso enmarcada por un contexto de aguda crisis socioeconómica- que afectó a los lugares de destino es percibida e interpretada desde las sensibilidades concretas de unos hombres y mujeres migrantes que habitan universos semiótico-materiales diferenciados. Es decir, el estrés financiero, reestructuración familiar y descomposición del medio social ni son producto ni producen resultados objetivables, sino que son percibidos, interpretados y actuados desde el género del migrante.

Retorno masculino en solitario

Al destacarla como una experiencia propia de la masculinidad queremos poner énfasis en dos aspectos. Por un lado, los elementos que presentamos como característicos de los procesos de retorno en solitario masculino fueron compartidos por la mayor parte de los relatos de los hombres que regresaron solos, de modo que si bien no es posible hablar de homogeneidad en estas experiencias si podemos identificar en ellas una generalidad que indica una pauta en el comportamiento de los hombres. Por el otro lado, los elementos que singularizan estas experiencias están ausentes en los relatos femeninos, lo que parece intuir la intervención de un patrón de percepción, interpretación y acción vinculado al modelo de identidad masculino.

Para contextualizar el análisis presentamos, a continuación, cuatro historias personales que ilustran el desarrollo de estos procesos de retorno masculino en solitario.

El primer caso, es el de Carlos (MR10), un hombre de 43 años reagrupado en el año 2005 junto a sus dos hijas en Barcelona. Allí residía su esposa -principal- y madre de las niñas. Durante el periodo que duró su experiencia migratoria regresó intermitentemente a Balzar, donde mantuvo otro compromiso en paralelo. Su idea era invertir en la construcción de una vivienda a la que regresar con su familia, pero, por distintas circunstancias, el proyecto nunca llegó a culminarse. No obstante con los envíos que realizó consiguió edificar una vivienda de obra para su madre, que reemplazaba la anterior casa de caña donde ésta residía; si bien el interior continúa siendo un espacio diáfano pues no logró finalizar la construcción.

En destino trabajó en varias ocupaciones que, en ocasiones, le obligaban a viajar y ausentarse del hogar pero, con la llegada de la crisis, los trabajos se hicieron cada vez más intermitentes y pasaba largos periodos de inactividad en el hogar. Cuenta como, durante este periodo, las discusiones con su mujer se volvieron mucho más frecuentes. Aunque él entiende que ayudaba con el cuidado de sus hijas, su esposa le exigía mayores aportaciones a las tareas del hogar y mayor disposición respecto a la búsqueda de empleo. Reconoce que esta experiencia fue muy difícil para él. Explica como un día regresó a casa después de haber consumido alcohol e iniciaron una discusión, y él reaccionó agrediendo a su mujer. Después de que su esposa le denunciase, cuenta como fue obligado a abandonar el hogar y pagar una multa de 1.200 euros. Dado que no disponía de recursos económicos y tampoco tenía otro lugar donde residir, decidió retornar, como dice: *"por el problema con mi mujer"*.

Al llegar a Balzar primero se instaló con su madre, aunque, desde hace algún tiempo, vive con su pareja. Respecto a su situación laboral, ve difícil la situación y, aunque nunca pensó que volvería a la agricultura, ahora se encuentra trabajando la pequeña propiedad que heredó de su padre. Al no haber invertido en la construcción de un pozo u otras mejoras para incrementar la producción advierte que el rendimiento será escaso. Ahora está dedicando muchas horas de trabajo a acondicionar la parcela para ponerla en producción, de modo que pasa la mayor parte del día en el campo. Allí ha comenzado una relación con una mujer, que vive cerca de su parcela, de la que espera un hijo.

Como consiguió la tarjeta comunitaria comenta que ha pensado en regresar a España para trabajar durante un periodo y realizar algunas inversiones que le permitan obtener mayor rendimiento de su propiedad, pero, comenta, su madre y su esposa le han pedido que se quede.

Una segunda experiencia de retorno es la de Vicente (MR03), un hombre que migró a España en 2002 y reagrupó a su esposa y a uno de sus cuatro hijos en el año 2003, quedando los otros tres en origen al cuidado de una hermana de su mujer. Allí le llevó un tiempo estabilizar su situación laboral, pasando por diversas ocupaciones, hasta que en el año 2006 regularizó su residencia y fue contratado de forma permanente por una empresa de construcción.

Sin embargo, en el año 2009 perdió su trabajo y solo obtuvo empleos esporádicos e irregulares. Ese mismo año los problemas con su pareja les llevaron a la separación. A partir de entonces, cuenta, vivió solo y su vida allí se volvió muy complicada. No obstante, explica cómo la vergüenza por no haber conseguido ninguno de sus objetivos le hizo "*aguantar allá*". Finalmente, en junio del año 2013 su situación en destino era insostenible y, después de haber agotado todos sus medios, decidió regresar sin recurso alguno. Durante los tres meses transcurridos desde su llegada hasta nuestro encuentro ha residido con su madre, aunque está esperando para trasladarse junto a una nueva pareja con la que inició la relación después de su regreso.

Esta última historia se asemeja bastante a la de Venancio (MR02), un hombre que migró a España en el año 2000, dejando a su esposa y su hija recién nacida en Balzar. Aunque en un principio pensaba permanecer solo en destino, después de un año decidió reagrupar a su esposa, naciendo en destino la segunda hija de ambos un año más tarde, en 2002. Comenta cómo él apenas tenía contacto con la hija que dejaron en Balzar, pero enviaban remesas regularmente para su cuidado.

En el año 2012, después de un largo periodo de desempleo, el cuidado de su hija se había convertido en su única ocupación. Durante ese tiempo las discusiones con su pareja se habían hecho más frecuentes y llegaron a plantearse, en varias ocasiones, regresar a Balzar, pero explica cómo sentía vergüenza cuando se planteaba "*volver con las manos vacías, sin haber conseguido nada en todo ese tiempo*". Explica como un día, durante una discusión, agredió a su esposa y fue obligado a abandonar el domicilio familiar, momento

en el que decidió retornar, cuenta: *“No pensé nada más, no importó nada. Otra vez, dejé a mi mujer y mi hija, y me fui”*.

En aquel momento había recibido noticias de su hermana, que le informó sobre su derecho a reclamar parte de su herencia por la venta de unos terrenos que habían sido propiedad de su padre; de modo que contaba con los medios financieros para regresar. Al llegar a Balzar se instaló en la vivienda que había pertenecido a su padre y, cuatro meses después de su regreso, abrió un negocio de venta de cerveza que le está funcionando bien. A pesar de esto, dice estar preocupado por la situación de su ex-pareja e hija en destino y está pensando en regresar -aunque no tiene contacto con la hija que reside en Balzar-, porque, explica, el trabajo de ésta no le deja tiempo para ocuparse de la niña, y los familiares que hasta ese momento le prestaban apoyo han comenzado a poner objeciones.

El último caso es el de David (MR30), un hombre de 42 años que migró a España en el año 2000, reagrupando a su esposa en el año 2001 y a sus dos hijos en el año 2003. Aunque tuvo alguna dificultad para encontrar un empleo estable después de su llegada, comenta que nunca le faltó trabajo, al menos hasta la llegada de la crisis. Dice que la vida les resultó cómoda en destino, donde pensó que llegarían a establecerse de forma permanente.

Sin embargo, con el tiempo comenzaron a surgir dificultades en el hogar, ya que tanto su hijo como su hija tuvieron graves problemas en los centros educativos y algún desencuentro legal. Por otro lado, su situación económica era complicada pues, durante sus últimos años de residencia en España, sus ingresos provenían de la prestación de desempleo y otros subsidios sociales, aunque realizaba algún trabajo esporádico. Estas circunstancias estimularon el incremento de las discusiones con su esposa, que le acusaba de ser un *“vago”*. Esto a pesar de que él, explica, trabajaba mucho en casa. La convivencia en el hogar se complicó no solo por las acusaciones y discusiones con su esposa, a esto se añadía la carga que suponían los problemas con sus hijos, como él lo explicaba:

“Yo, mis hijos, mi mujer, yo creí que nosotros podíamos seguir la vida normal allá, quedarnos a vivir allá para toda la vida. Por eso era que nosotros no habíamos invertido aquí. No habíamos comprado nada. Luego estábamos allá. pero ya después, cuando vino lo de la detención de mi hijo y ya. Ahí ya, prácticamente se acabó todo, toda esa idea”. (David-MR30)

Por este motivo, David decidió regresar a Balzar con la intención de dejar atrás todas esas dificultades. Aunque intentó que le siguiera su familia, siente que su esposa nunca la apoyó en este propósito, motivo que, según comenta, impidió que invirtiesen en origen. Ahora sigue animando a la familia para que se reúna con él, pero su esposa no quiere renunciar a su condiciones de vida en destino, como explica:

"Y lo que yo quería era regresar con mis hijos, con ella. Y ella, pues no quiso [...] Porque se acostumbró a la vida de allá. Y ella dice que volver otra vez a la pobreza, volver aquí, a la misma vida. Pues no quiere. Yo siempre le he dicho a ella que ahorremos, que ahorrando podemos poner un buen negocio, hacer una buena casa y, tenemos para salir adelante. Pero ella no...no..yo nunca supe lo que ganó ella. ella siempre lo que ganaba ella para su bolsillo. Y envía dinero para su familia [...] O sea, no ha habido comprensión con ella [...] Ella ahora trabaja allí limpiando casas. Tiene cuatro casa que limpia. Se saca como 1.2000 euros al mes". (David-MR30)

Tras su llegada se instaló en casa de su madre mientras construía, junto a esta, la vivienda donde ahora reside solo. Respecto a su subsistencia, explica cómo encontrar empleo le resultó relativamente sencillo, pues ha podido volver a la confección de pantalones y la venta textil como hacía antes de migrar.

En estas y otras historias compartidas por los hombres que han regresado solos podemos advertir la repetición de una serie de elementos que caracterizan tanto el proceso de salida como el de llegada.

En cuanto a los factores que provocan su salida debemos destacar la importancia que se concede a la idea de la destrucción del hogar cómo elemento principal en la configuración del retorno. Al mismo tiempo, se observa cómo los relatos sobre la destrucción del hogar vienen acompañados de una serie de elementos antecedentes que permiten explicar dicho resultado desde la perspectiva masculina o, mejor dicho, la argumentación parece encaminada a resolver la cuestión de la masculinidad en ese particular contexto de crisis conyugal/familiar.

Un elemento al que se hace referencia es la pérdida de autonomía material del esposo y la dependencia del hogar de la esposa, que se convierte en su sostén principal. Como ya explicamos, los reajustes en los equilibrios de género en los hogares migratorios habían logrado preservar las viejas jerarquías a través de diversas estrategias simbólicas de revalorización de la aportación masculina. De modo que, cuando la masculinidad pierde el

rol de sostenedor del hogar, como consecuencia del desempleo, se reabren las negociaciones de identidad y surgen nuevos conflictos en la pareja. Los temas habituales en estas discusiones son las reclamaciones de las esposas de una intervención masculina más significativa en lo doméstico -y también respecto a lo público productivo, así como un cambio de actitud respecto a lo público relacional -los consumos son un aspecto importante.

Es igualmente llamativo como aparecen en varios de estos relatos el recurso masculino a la violencia como mecanismo para restituir las jerarquías de género en el interior del hogar. Un factor que, además de resultar una justificación razonable del retorno del esposo -expulsado del hogar y sin más recursos-, permite fortalecer ese discurso culpabilizador contra la feminidad migrante que identifica la destrucción familiar con la falta de aguante.

Así, vemos cómo este discurso sobre la destrucción del hogar permite a los hombres dar sentido, desde la masculinidad, tanto al retorno como al cese absoluto de sus obligaciones respecto al mismo -que nunca vuelven a ser consideradas en los discursos. En todos estos casos, observamos cómo está presente el asunto de la irresponsabilidad masculina respecto a las obligaciones materiales, sociales y afectivas con los hijos tras el abandono del hogar. Esto nos permite puntualizar al menos dos cuestiones en relación con los relatos sobre la destrucción del hogar. De un lado, vemos cómo a pesar del énfasis que hace en la destrucción del hogar, lo que en realidad encontramos es el abandono del esposo de sus obligaciones respecto al mismo, ya que el hogar migratorio suele mantenerse como unidad, aunque reconfigurado como núcleo matrifocal. Por otro lado, la "destrucción del hogar" -es decir, conyugal- como desencadenante del retorno en solitario es una experiencia exclusiva de los hombres y una percepción e interpretación patriarcal del asunto, ya que tras la separación, lo habitual es que la mujer migrante permanezca o retorne acompañada de sus hijos. Es decir, no conduce a la soledad ni muchos menos a destrucción del hogar -en todo caso a su reconfiguración.

En lo que se refiere a los elementos que caracterizan la situación de llegada a origen de los hombres que regresan solos, su asentamiento suele tener lugar en el hogar materno, con el que los hombres suelen mantener vínculos afectivos y materiales -de acuerdo con ese patrón vincular de los hombres con los núcleos matrifocales que les permiten recurrir a este ante circunstancias tales como la expulsión/abandono del hogar.

Un último elemento que deseamos destacar en respecto a estos procesos de retorno masculino es la relativa rapidez con la cual algunos de estos hombres retornados establecieron nuevos compromisos. Aunque profundizaremos en este aspecto más adelante, podemos ver, de una parte, cómo esta circunstancia se ve favorecida por la interpretación de la irresponsabilidad paterna -liberación de cargas- como un componente de las relaciones sociales y, de otra, es posible apreciar el papel que desempeñan estos comportamientos como un mecanismo de resignificación de una hombría fragilizada por los sentimientos de fracaso.

Retorno femenino en solitario

En los relatos sobre el retorno en solitario de las mujeres observamos cómo los factores que caracterizan la realidad socioeconómica que contextualiza este proceso reciben una interpretación distinta desde la experiencia femenina. Mientras el retorno en solitario de los hombres era interpretado por ellos como una consecuencia, más o menos inmediata, de la destrucción del hogar, los retornos en solitario de las mujeres son interpretados por ellas como un proceso de reconstrucción del hogar. Para indagar en los elementos que singularizan estas experiencias, presentamos tres historias personales que nos ayudan a entender estos procesos de retorno.

El primer caso es el de Silvia (MR29), una mujer de 43 años que migró a España (Barcelona) en el año 2.000, dejando a su hijo al cuidado de la abuela y también, a su esposo, del que se separó al marcharse, como nos explica:

"Yo vivía con mi marido, el padre de mi hijo [...] Un niño. Ya como de seis añitos lo dejé. Ya tiene 19 años [se quedó] con mi madre [...] Yo desde que me fui de aquí... Yo llegué y nos separamos". (Silvia-MR29)

Después de un tiempo en Barcelona se trasladó a San Sebastián donde la esperaba otro trabajo como empleada doméstica interna, la que fue su ocupación habitual en destino. Mantenía contacto habitual con su hijo y enviaba remesas, con regularidad, para su educación y manutención, cuenta: *"Para la comida. Para mi hijo el estudio [...] invertí en esta casa que tengo [...] a mi madre [...] a veces menos a veces más. Si tenía mi hijo que hacer algo en la escuela..."* (Silvia-MR29).

Cuenta que en destino no encontró dificultades en su adaptación a destino, más allá de los problemas relacionados con las situaciones ocasionales de desempleo, como explica: *"El problema era que a veces no tenía trabajo. Pero de ahí ningún problema de nada más"*

[...] *Me fue muy bien allá, no tuve problemas con españoles ni con nada*". De modo que, en 2011, al quedar sin empleo de nuevo, decidió que era el momento de regresar a su lugar de origen: *"Porque no tenía trabajo tampoco. Ya me quedé sin trabajo. Y como tenía tantos años también ya quería regresar a mi país. [...] Y ya como que me cansé de trabajar, ya once años"* (Silvia-MR29).

A su llegada se instaló con su hijo de 19 años en la vivienda que había sido construida con las remesas que ella enviaba y donde ahora reside junto a él y la esposa de éste, como nos explica:

"[Vivo] yo sola y mi hijo [...] Él como chofer de carros. De cualquier carrito, él tiene la licencia esa de primera [...] así, mi sobrino tiene un carro, por ejemplo, el busca que vaya a trabajar, y se va. [...] La profesional no tiene solo la primera [...] y tiene la esposa también [reside con ellos] [...] Recién se ha comprometido también". (Silvia-MR29)

Para la subsistencia del hogar en origen, explica, cuenta con la renta de retorno acumulada, con los ingresos que su hijo obtiene como conductor profesional-formación financiada por ella- y los beneficios que le rentan un pequeño comercio -"tiendita"- instalado en la entrada de su casa, donde se ofrece un pequeño surtido de apenas unos quince productos. De modo que sus necesidades materiales están cubiertas pues, comenta, ahora es su hijo quien debe encargarse del hogar: *"De trabajo no, porque mi hijo trabaja. Y tenía el plan del negocito de la tienda [...] Esto hace como dos años [...] al poco de regresar"*.

Cuenta que no ha tenido dificultades para adaptarse tras el retorno, más allá de algún despiste con el lenguaje. Aunque reconoce que la mujer goza de mayores espacios de libertad y movilidad en destino, a ella lo que verdaderamente le gusta es estar en su casa y no tanto salir a la calle, de modo que estar en casa no es para ella un problema:

"A mí me resultó fácil. De repente se me sale algún "vale", pero no [...]Claro, allá si hay más libertad que aquí. Para bailar, lo que sea. Bueno, después que salgas del trabajo [...] Además a mí no me gusta casi salir de aquí. Poco me gusta salir a mí [...]" (Silvia-MR29)

El segundo caso es el de Diana (MR33), una mujer de 46 años que migró en solitario a España (Barcelona) en el año 2.000 con la intención de conseguir recursos durante dos años para reformar la vivienda familiar, realizar algún tipo de inversión y, además, tener nuevas experiencias -"por cambiar de ambiente"- . En origen dejaba a su madre y algunos

de sus hermanos. Al llegar a destino se dio cuenta de las dificultades para llevar a cabo su plan migratorio -“*terminar de arreglar la casa [...] Comprarme algo para mí, algún terrenito. Pero no puedo ser*”- pues las condiciones de trabajo y sus obligaciones en destino impedían alcanzar los niveles de ahorro que ella había imaginado, lo que hizo que se prolongase su estancia, como nos cuenta:

“Yo pensaba un par de años. Y ya...un par de años se me hicieron muchos [...] porque no conseguía lo que...realmente...Porque claro, no me alcanzaba mucho, porque el sueldo era bajo. Y ya poco a poco, fui arreglando. Con ayuda también de mis hermanos [...] Era un sueldo fijo que cobraba. Era fija, en una casa. Igual, los fines de semana salía fuera, y tenía gastos los fines de semana. No todo el sueldo era para mandarlo acá. Los gastos, el piso y todo [...] Cuando podía mandaba. Cuando no, no [...] Para invertir en la casa. Y para comprar la moto que está por ahí detrás”. (Diana-MR33)

Durante su estancia en destino visitó Balzar en tres ocasiones, manteniendo contacto telefónico de forma regular. Si bien la frecuencia de las llamadas aumentó cuando necesitó reforzar los vínculos sociales y afectivos con la familia -"familiarsear"- para preparar su retorno, explica:

“Vine, en todo este tiempo, tres veces; con esta [...] Casi dos años, al principio, me tocó. Después casi dos años. Y ahora, he venido casi a los cinco años [...] [contacto telefónico] Los primeros años cada quince, o así. Ya los últimos años cada semana, cada ocho días. Claro, tenía que estar más ‘familiarizando, porque, como venía’. (Diana-MR33)

Cuenta cómo la decisión de retornar se vio influenciada por la pérdida del empleo, pero también por las precarias perspectivas que se compartían en el medio respecto a la situación económica y el temor a que un largo periodo de desempleo diluyese la renta que había logrado acumular, como nos explica:

“Y ya me regresé porque me quedé sin trabajo. Porque, como trabajaba con una señora mayor, y falleció. Y, los otros meses, estuve con la hija mayor también, pero, como ella vivía en Madrid también, solamente venía las vacaciones. Ya, entonces escuchando a mis compañeros, que estaba difícil conseguir el trabajo. Entonces yo digo: ‘¿Para qué seguir? ¿No?’ Que voy a gastar lo poco que tenía. Me servía para el billete. Entonces mejor me regreso. Ya, como dicen: Uno está mejor allá, en su tierra’. Entonces decidí regresar [...]Ya sabía que estaba mejorando un poquito”. (Diana-MR33)

También pesó en su decisión la descomposición del medio social causada por el proceso de retorno y el deseo de volver a reunirse con la familia en origen:

“Me lo pensé muy bien. Igual como no tengo familia allá, todos mis amigos se habían venido, con los que fui. Se habían venido [...] Muchas amistades. Buenas amistades que dejo allí. Pero más me pudo la familia. Por eso, mejor estar con la familia”. (Diana-MR33)

Al regresar a Balzar se instaló en casa de su madre, que ella ayudó a reformar, donde vive junto al esposo de ella, una de sus hermanas y sus sobrino: *"Voy a vivir con mi madre. Mi hermana también vive aquí. Bueno, ella tiene una casa en el campo, ella va y viene"*.

Reconoce que su adaptación ha sido buena pero echa de menos la oportunidad de trabajar, de obtener ingresos y control sobre el dinero. Ahora tiene en mente emprender algún tipo de actividad agropecuaria junto a su hermana, con el objetivo de asegurar cierta independencia económica, pues es consciente de que sus ahorros se agotarán, como nos comenta:

“Uno está trabajando, allá, y venir aquí, y ver, ¿no? Y es difícil, porque ya uno está acostumbrado a hacer con su dinero. Y uno está esperanzado aquí, es difícil [...] Me adapté bien [...] Bueno, y yo hablaba con mi hermana, y le digo: ´sembramos, hacemos algo de ciclo corto, un poquito. O, unos animalitos [...]“Trabajar un poquito. Sí, porque si no, ¿De qué vivo? [...] Trabajar en ciclo corto es lo que más tenía en mente, así. Sembrar arroz y soja [...] Cría de aves, cerdos...[...] Con unas hectáreas. El terreno se alquila, se alquila solamente en invierno, para el tiempo de...cosecha. Para el cultivo”. (Diana-MR33)

La tercera experiencia de retorno femenino en solitario que presentamos es la de Olga (MR63), una mujer de 47 años que había migrado a Barcelona dejando a sus hijos al cuidado de su ex-marido, aunque éstos luego pasaron por distintos hogares debido a los problemas con los cuidadores.

Durante su trayectoria migratoria visitó Balzar con asiduidad y mantenía un contacto telefónico frecuente. Valora los vínculos que construyó en destino, las relaciones que forjaron y las experiencias pero, cuando la red social comenzó a desaparecer, explica que los sentimientos de soledad iban ganando fuerza y, con ellos, la nostalgia por reunirse con la familia que había dejado en origen:

"Porque yo sí que me gustaba vivir allí. Pero era ya complicado. El alma ya...muchas cosas. Y entonces fastidiada, pues digo: ¡vámonos para mi país! Pero estando aquí, ya le digo le falta, por ejemplo eso que los fines de semana no tenemos eso de que toda la familia vámonos a un solo piso. Y entonces, ya llegó un momento en que ya la gente se comenzó a distanciar, uno se casó con una española. Y la española le quería mandar y no le dejaba venir a ver a su familia. Y que el otro se fue a vivir no sé donde porque le quitaron del

trabajo. Entonces ya comenzó la cosa iba cambiando, cambiando. Entonces ya es cuando, ya una empezó a sentir el sentimiento este de que ya una solo no nos podemos quedar aquí [...] si me hubiese quedado lo que sería. Entonces ya ¿para qué? Comenzaron a quitarnos las horas del trabajo...todo eso. Entonces ya lo que nos hizo tomar la decisión, porque ella se vino porque sus hijos [habla de una amiga] [...]Porque yo decía “no, yo me tengo que ir porque yo”, decía, “yo aquí sola no voy a quedarme”[...]”. (Olga-MR63)

Al regresar se instaló primero con su madre, pero pronto alquiló un apartamento, donde vive junto a su hija. Olga explica cómo a lo que más le está costando acostumbrarse es a la inestabilidad económica, a no tener un salario como en destino. Esto la hace sentir vulnerable y angustiada por su situación económica pues, en ocasiones, tiene dificultades para cubrir el alquiler y otros gastos con sus ingresos por las labores de costura, nos cuenta:

"Aquí los primeros meses todo bien, todo bonito. Pero ya ahora, como que me da el desespere y quisiera volver [...] porque, por ejemplo, allí, todos los meses tu cogías tu dinerito, tú decías esto para esto...en cambio acá no; no hay trabajo. Y ese sueldo hace falta porque mi hija vive en casa, pero soy yo sola. Entonces, yo vivo de lo que yo vendo cada mes. Y si tengo un mes en que yo solamente vendo tres piezas, no me llega ni para pagar el alquiler. Porque yo, lamentablemente, no tengo casa. Porque hay que pagar el tv cable para ver la tele, hay que comer todos los días. Entonces ya me da como el "yo que sé" ese. Pero entonces ya digo voy a intentar aquí, porque igual mi madre me necesita, y no la voy a ver todos los días". (Olga-MR63)

Explica que se siente feliz de haberse reencontrado con sus hijos, pero siente que su familia se desintegró por su culpa y, también, que ha perdido el cariño de sus hijos, sin haber llegado a lograr, a cambio de este esfuerzo, ninguno de los objetivos que persiguió con su migración:

"Entonces, se desintegró la familia totalmente. No he podido recuperar, el cariño de mis hijos. No he podido. Y al final no tengo nada. Porque no logré una casa, no logré que mis hijos se prepararan, que obtuvieran un título, nada de eso [...]". (Olga-MR63)

El último caso que presentamos es el de Nelly (MR45), una mujer de 42 años que migró a Barcelona en el año 1999 donde la esperaba una de sus hermanas y, con el tiempo, se reunirían allí el resto de los hermanos. En origen dejaba a su hija de siete años al cuidado de los abuelos, ésta era fruto de la relación con un hombre que tenía un compromiso principal y que, mientras ella estuvo en España, le aportaba una pequeña

cantidad para su manutención -lo que indicaría que el compromiso permanecía activo. Mantenía contacto telefónico de forma regular -" si, llamaba por teléfono una vez, dos veces por semana"- y visitó Balzar en varias ocasiones.

Allí tuvo diversas ocupaciones, siempre en el sector de la limpieza y el cuidado, trabajando tanto para particulares como para empresas. Con la llegada de la crisis tuvo que volver a los trabajos de limpieza en casa por horas -"ya trabajé en casas, porque ya piense que las empresas estaban cerrando muchas. Así, que trabajé en casas"- al igual que su hermana, con quien compartía la vivienda que habían adquirido en destino. Esta situación afectó a sus ingresos, llegando a ver comprometida su capacidad para hacer frente a los gastos. Además, sus hermanas y hermanos ya habían comenzado a regresar para no dilapidar en destino sus ahorros.

Al llegar se instaló en la vivienda de sus padres, donde también vive su hija. En la actualidad, explica, su única fuente de ingresos es la aportación que hace el padre de su hija de forma voluntaria, pues ella emprendió un negocio al llegar, pero lo tuvo que cerrar después de un año. A pesar de este revés, sigue considerando nuevas opciones de emprendimiento pues ve complicada la situación del mercado laboral, comenta a este respecto:

"Ahora mismo, solo lo que el padre de mi hija me deja para ella [vive en Balzar] Cuando yo estaba allá si le daba, pero poca cosa [le digo que ahora las cosas están más serias] Si, pero bueno, yo tampoco no es que...él le da porque le tiene que dar, que sabe que es su hija. Pero no es porque yo le haya denunciado, ni nada de eso". (Nelly-MR45)

"[Las posibilidades de trabajo allí] eso es lo que estoy intentando de imaginar, que negocio poner. Mira, tengo la nevera, me pondría hasta a vender cerveza, pero es que...no tengo ni capital para invertir. Y trabajar, no sé en qué podría trabajar, así, fuera de casa no sé, no sé en qué podría trabajar así fuera de casa[...] Porque, por ejemplo, ahora hay una empresa [...] yo se que ahí cogen personal, pero no me he animado a ir a dejar carpeta ni nada. No sé, por el horario, y porque está fuera del pueblo. No sé, no me he animado [...]". (Nelly-MR45)

En estas historias sobre los procesos de retorno en solitario de las mujeres un primer aspecto que sobresale es que, ya sea su salida como su estancia en destino, se trata de experiencias migratorias vividas en solitario. Al contrario de lo sucedido con el retorno en solitario masculino, la soledad no aparece, aquí, como consecuencia de la ruptura del hogar migratorio, ya que en ninguno de los casos llegó a formarse un hogar en destino -al menos

un hogar con estructura. En la mayoría de los casos, estas mujeres forman parte del grupo de jefas de hogar que dejaron sus hijos en destino al cuidado de sus familiares.

Cuando observamos los elementos que acompañan su decisión de retorno vemos cómo es frecuente la alusión a los aspectos materiales y la importancia que se otorga a la pérdida del empleo o el aminoramiento de las condiciones laborales, argumentos que, en cierto modo, también están presentes en los discursos del retorno en solitario masculino -"ya ¿para qué? Comenzaron a quitarnos las horas del trabajo...todo eso" (Olga-MR63) / "Y ya me regresé porque me quedé sin trabajo" (Diana-MR33) / "Porque no tenía trabajo tampoco. Ya me quedé sin trabajo" (Silvia-MR29). Sin embargo, es posible señalar varias diferencias respecto a la situación e impacto que tiene esta situación en uno y otro caso.

En primer lugar, la mayor parte de estas mujeres, además de los gastos en destino, debían atender regular y establemente las necesidades del hogar transnacional del que eran, generalmente, únicas sostenedoras, algo que no vemos en el caso de los hombres -más allá de los envíos esporádicos a los hogares maternos.

En segundo lugar, este grupo de mujeres, en la mayoría de los casos, mantuvo en el horizonte de su proyecto migratorio el retorno a origen, precisamente porque su experiencia migratoria estuvo orientada hacia el hogar transnacional. Por este motivo, es más común que realizaran algún tipo de inversión en vivienda -generalmente la residencia materna donde residen los hijos, pero en ocasiones la propia. Esta vinculación material, social y afectiva con el hogar nos muestra cómo, en la mayoría de los casos, el retorno es un desenlace más o menos previsible, y esperado, por ellas y por sus familiares. Lo que contrasta con el retorno, más improvisado, de los hombres.

En tercer lugar, esto hace que sea más común que estas mujeres dispongan de una renta para el retorno, en previsión de las escasas perspectivas para generar ingresos de forma autónoma tras su regreso. En relación con esto, también vemos como, a diferencia de los hombres que optaron por agotar sus recursos financieros en destino por la vergüenza que les causaba regresar "fracasados", el retorno se produce cuando comienzan las dificultades laborales en destino, precisamente, como una estrategia para evitar la descapitalización en caso de prolongarse los periodos de inactividad.

Además de estos aspectos económico-materiales que son comunes a hombres y mujeres, si bien vividos de forma diversa, advertimos una común -y exclusiva- referencia en los discursos femeninos a la percepción de esa situación de descomposición del medio

social en destino, como nos recuerdan estos fragmentos: *"Porque yo decía "no, yo me tengo que ir porque yo", decía, "yo aquí sola no voy a quedarme"[...] Entonces ya es cuando, ya una empezó a sentir el sentimiento este de que ya una solo no nos podemos quedar aquí"* (Olga-MR63) / *"Me lo pensé muy bien. Igual como no tengo familia allá, todos mis amigos se habían venido, con los que fui"* (Diana-MR33).

Sin embargo, en los relatos masculinos no aparecen referencias al medio social, debido, quizá, a esa necesidad de la identidad masculina de mostrar su autonomía social y emocional respecto a las relaciones sociales. Esto contrasta con la disposición del modelo de identidad femenino a establecer vínculos emocionalmente más intensos y significativos, de un lado, así como con la capacidad que reconoce/otorga a la mujer para expresar sus emociones y definirse a través de la dependencia afectiva, de otro lado. Por último, también es preciso considerar el papel que juegan las redes y relaciones sociales dentro de esas experiencias migratorias femeninas, vividas en solitario, como refugio de los afectos de las migrantes.

Ahora, al situar la atención sobre la realidad de origen, vemos cómo en los proyectos de retorno femenino en solitario es posible encontrar el común denominador del hogar transnacional. En este sentido, el regreso es interpretado como parte de un proyecto migratorio que culmina con la reagrupación familiar -circunstancia de carácter coyuntural en las experiencias masculinas. Además, como se ha mencionado, las mujeres dedicaron mayor esfuerzo y más recursos al mantenimiento de estos vínculos, de modo que su acogida y adaptación parece ser más sencilla.

En lo que se refiere al lugar de asentamiento, en algunos casos vemos cómo se asientan en hogares extensos mientras que, en otros, establecen una residencia independiente con los hijos que habían permanecido en origen.

En relación con la reconfiguración de las relaciones reproductivas y las tareas del hogar, es evidente que las experiencias en solitario en destino no han tenido esos resultados de negociación de las identidades de género en el ámbito doméstico. Esto impide que aparezcan en los relatos de algunas de estas mujeres valoraciones positivas en referencia a la independencia y autonomía en destino, que en el retorno se refleja en su deseo de mantener dicha independencia -respecto a un hombre-esposo. Si bien, el hecho de que en su mayoría migrasen como jefas de hogar ya nos advierte sobre este aspecto. Es posible

observar cómo, en estos relatos, se valora el ámbito doméstico como espacio propio para disfrutar de su autonomía.

En este sentido, no podemos decir que las experiencias de las mujeres jefas de hogar hayan supuesto una gran transformación respecto al modelo de identidad femenino hegemónico pues, más allá de las condiciones materiales, su situación se corresponde con una vuelta a la vida que llevaban antes de la migración.

Por otro lado, las mujeres que retornan en solitario deben planificar y desarrollar alguna estrategia productiva que permita su supervivencia y/o la del hogar reagrupado, si bien, como dijimos, es habitual que dispongan de una renta migratoria. Así, vemos cómo la mayor parte de estas mujeres han emprendido alguna forma de autoempleo -tienditas, costura, etc.-, algo que en la mayoría de los casos se ha visto facilitado por la disposición de una renta de retorno que les ha permitido realizar algún tipo de inversión productiva -maquinas de coser, locales, etc.-. No obstante, suelen ser actividades que desarrollaban con anterioridad a la migración, que se ven complementadas o mejoradas por medio de inversiones.

También es posible advertir cómo, en algunos casos, aparecen estrategias productivas de dependencia de los hijos o los padres, que pueden ser interpretadas como una forma de reciprocidad hacia la mujer migrante por las inversiones de esta en la educación o la vivienda familiar. Cuestión esta última que también forma parte de la obligación tradicional de los hijos de velar por el hogar materno.

6.2. RELACIONES Y REDES SOCIALES EN EL PROCESO DE RETORNO

En este apartado analizamos la participación y configuración de las relaciones y redes sociales en el proceso de retorno con el objetivo de descubrir el papel que desempeñan en la re-actualización de los esquemas de percepción, pensamiento y análisis que orientan las prácticas y discursos de los retornados.

Al igual que sucede en el proceso de salida, podemos ver como las redes y las relaciones sociales juegan un papel determinante en la configuración de la experiencia de retorno que parte de la estimulación del proceso, pasando por su preparación, hasta la adaptación/integración al contexto de acogida -en este caso el de origen.

Los vínculos que constituyen estas redes familiares y sociales son resultado del conjunto de obligaciones y expectativas que permiten a los actores armonizar su

experiencia vital con las relaciones objetivas y subjetivas que propone las lógicas de organización y reproducción social en cada contexto. Partiendo de este punto logramos examinar el modo en que reactualizaban las formas hegemónicas de ser hombre - autónomo- y ser mujer -aguantadora- en el contexto migratorio, como resultado de los cambios -y las permanencias- en las obligaciones y las expectativas mutuas de los actores - el qué y el cómo de la acción.

De este modo, pudimos advertir algunas transformaciones en el modelo de identidad femenino de "mujer aguantadora" -caracterizado por la orientación doméstica, la responsabilidad sobre las tareas reproductivas, la subordinación y su relativa inmovilidad espacial- relacionadas con un incremento de la autonomía, como consecuencia del empoderamiento de la mujer en los ámbitos público y privado, que le permitieron negociar y expandir sus espacios de acción legítima.

Del igual forma, estos cambios tienen lugar dentro de un sistema de vinculaciones e influencias mutuas que exigen reajustes de los distintos elementos -simbólicos y subjetivos- que la integran. Esto nos ayuda a comprender cómo las transformaciones en el modelo de identidad femenino se traducen en desplazamientos en el modelo de identidad masculino tradicional -caracterizado por su posición de dominación a través de una autonomía, jerarquía, movilidad y su irresponsabilidad reproductiva-, dando lugar a formas de vinculación y expresión menos jerarquizadas, más participativas y tolerantes; aunque también encontramos algunos puntos de fractura.

Un rasgo característico de las redes y las relaciones sociales forjadas por los migrantes era su matiz creativo, lo que permitió a los migrantes balzareños integrar y adaptar los modelos de identidad de género a esa nueva realidad social y material que precisaba soluciones innovadoras. Pero, al mismo tiempo, el análisis de estas redes nos permitió comprobar cómo esas transformaciones más que una fractura suponían un reajuste simbólico de las formas de identidad tradicionales, que preservaron su carácter referencial en la creación y el establecimiento de los vínculos sociales.

Así, la orientación masculina hacia lo público y lo productivo vio recreada su jerarquía sobre lo doméstico y lo femenino a través de distintas estrategias de evaluación y valoración de la participación masculina, donde se sustentaban también las estrategias de ausencia, la conciliación, etc.. Por su parte, los procesos de empoderamiento femenino, en lo público y en lo privado, no supusieron un desafío a esa visión tradicional de la identidad

femenina que la sitúa en lo doméstico y lo reproductivo como ámbito natural de expresión. Esto, como pudimos comprobar, tiene consecuencias de largo alcance en la construcción de los vínculos sociales de hombres y mujeres, pues la formación de capital social descansa en la capacidad de los sujetos para crear vínculos de confianza, y estos, a su vez, determinan el tipo de recursos que circulan a través de los lazos.

Así, comprobamos que las relaciones sociales construidas por los hombres balzareños continuaron estando condicionadas por la expectativa negativa sobre el cumplimiento de las obligaciones, lo que limitó sus posibilidades para formar lazos fuertes. Las mujeres balzareñas, por su parte, lograron establecer relaciones sociales más íntimas y estables, ya que la orientación de la identidad femenina hacia lo privado y su responsabilidad sobre lo reproductivo favorecieron el desarrollo y fortalecimiento de vínculos de familiaridad, que generan expectativas positivas sobre las acciones.

Analizamos ahora en modo en que la reactualización de las obligaciones y las expectativas en el contexto de retorno afecta a las relaciones sociales y el modo en que estas determinan la experiencia de retorno de mujeres y hombres.

Los relatos de los retornados nos permiten constatar que las redes sociales son determinantes en la estimulación del retorno pero, también, que existen notables diferencias respecto al modo en que influyen en hombres y mujeres respecto al deseo de retornar a origen o permanecer en destino.

Esto se evidencia en la recurrente referencia a la descomposición de la red social en destino o la formación de expectativas positivas respecto a las condiciones en origen como factores que animan el deseo de regresar. Sin embargo, vemos como la descomposición de las redes sociales en destino solo es resaltada en los discursos femeninos, mientras que los discursos masculinos apenas hacen referencias a esta circunstancia. Esto vendría a corroborar algunos de los planteamientos que se han presentado hasta ahora, y que tienen que ver con el carácter de la red y el tipo de relaciones y vínculos que generan.

De este modo, parece lógico esperar que las mujeres migrantes se sientan más perjudicadas/afectadas por la descomposición de las redes en destino ya que su construcción requiere una mayor inversión de recursos y, por tanto, un tiempo más prolongado para la consolidación de los vínculos, lo que resulta necesario para generar vínculos de confianza capaces de transportar recursos emocionales, sociales y materiales. Sin embargo, hemos visto como los hombres migrantes son capaces de establecer redes

muy extensas que requieren un baja inversión en recursos pues el propósito que orienta las prácticas masculinas en la elaboración de estos vínculos es la preservación de la autonomía, y no tanto la construcción de vínculos de confianza. La dependencia de los hombres de las redes (homo)sociales está relacionada con los procesos de reconfiguración/retribución simbólica -la hombría-, sin que intervengan otros recursos materiales y/o sociales -"Porque [el hombre] tiene que valerse por sí mismo" (David-MR30)- de modo que la desaparición de la red no tiene el mismo impacto sobre el capital social de los hombres.

En sentido contrario, vemos como las redes familiares y sociales en origen también juegan un importante papel en la des-incentivación el retorno, a través del temor de los migrantes a enfrentarse a los controles y vigilancias del grupo. En este sentido podemos interpretar las frecuentes alusiones que aparecen en los discursos masculinos, en particular aquellos que regresan solos, a la vergüenza -por "*no haber conseguido nada*"- y el temor a ser señalado como un fracasado¹³⁷ cuando explican los motivos que les llevaron a prolongar su permanencia en destino - a "aguantar allá". Del mismo modo podemos interpretar las advertencias que expresan aquellos hombres que regresan con sus parejas, sobre la necesidad de "volver a ser normal" y "volver a lo de antes" en origen, para evitar unas humillaciones y unas burlas que resultan insoportables para el hombre: "*mira, ahora le manda su mujer*".

Como veremos más adelante, estos sentimientos de vergüenza y fracaso conectan con la frustración que provocan las expectativas sociales que proyectan sobre los migrantes los imaginarios, y que algunos, más que otros, se esforzaron por satisfacer a través de aquellos comportamientos ostentosos con los que exhibieron su estatus migratorio. En todo caso, el temor que provocan estos sentimientos no es ilógico, sino que se basa en el conocimiento de los migrantes sobre los códigos que regulan las relaciones sociales en origen y, en este sentido, les permiten anticipar los escenarios de su inserción social en el caso de retorno.

Por su parte, los principales temores que desalientan el retorno de las mujeres están relacionados con la pérdida de los espacios conquistados en destino -tanto públicos como

¹³⁷ Una cuestión que parece ser común en otros contextos, de la que se pudo tener experiencia directa en el trabajo realizado en España con migrantes de diversas localizaciones de España. Este temor al "fracaso" que también encuentran Mejía y Cortés (2012). en su trabajo " muchas veces pesa, aunque poco se reconoce, el temor al señalamiento social, a regresar como "fracasado" (Mejía y Cortés, 2012:92)

privados- y con el retorno a las vigilancias, los controles y las vigilancias sociales que operan sobre ellas en origen y restringen sus espacios de acción -“*aunque sea muy amigo. La gente habla y entonces...*”.

Por otro lado, tanto hombres como mujeres buscaron el apoyo de sus redes familiares en origen para planificar el retorno, pues el alojamiento fue una necesidad frecuente en el grupo de retornados ya que la mayoría no disponía de vivienda propia a la que regresar. Esto les obligo a reforzar sus contactos, a "familiarizar", para preparar su regreso. En los relatos de los retornados, pero en especial los masculinos, también se hace mención de los contactos iniciados desde destino para sondear las posibilidades de empleo e inversión en origen.

Una vez los retornados se asientan en origen, los relatos nos muestran como las expectativas que tenían sobre los apoyos no suelen verse cumplidas. En algunos casos también aparecen problemas en las relaciones que se establecen tras el retorno pues se sienten instigados por la desconfianza y el descrédito social. Uno de los problemas que enfrentan los retornados es la desconfianza e incredulidad hacia su falta de recursos, pues los imaginarios que circulan en origen sobre las posibilidades que ofrecen los lugares de destino no se ajustan con la situación de su retorno. Además, debemos situar estas dinámicas, comunes en otros contextos migratorios¹³⁸, en un espacio social en el cual la desconfianza, el engaño y el abuso son preceptivos en las relaciones sociales, como se desprende de las palabras de estos retornados:

"Aquí te intentan sacar el producto, pero por el lado malo, a costa de lo que sea. Intentan joderte vivo. No digo todo el mundo. Pero hay una gran mayoría. Está eso muy erradicado [arraigado] aquí. O sea, es costumbre [...] El problema es el tema de la cuestión económica. La mentira entra con tal de sacarle provecho a la cuestión económica".
(Edyson-MR21)

"...ese vino de Italia. Ese tiene plata. Aquí tú eres un extraño más, aquí tú vienes para ser un extranjero. Así tú seas del pueblo. No te dicen ni por el apellido...este es italiano...[...] y que te quieres llevar más plata del pueblo [...] Este llegó y hay que

¹³⁸ Sobre las representaciones locales acerca de las oportunidades en destino explican Mejía y Cortés (2012): "Un imaginario extendido entre las comunidades de origen es que la migración produce a sus actores rendimientos económicos relativamente rápidos y significativos y cuando un retornado no da muestras de ello, las opiniones de su entorno social tienden a dividirse entre quienes consideran que miente y quienes lo consideran un fracasado, que perdió una gran oportunidad, aunque él no lo vea así" .(Mejía y Cortés, 2012:141).

exprimirlo [...] Tu eres conocidoregresado y te dicen vamos a la piscina y te toca pagarles a todos. Cuando te dejas exprimir eres el mejor [...] Todos refieren que aquí, en el propio pueblo, se sentían como extranjeros [...] Complicado socializarse cuando vienes ahorita [...] Ellos piensan que allá vienes a coger el dinero con pala". (Marco-MR20)

Se trata de una situación que suele estar presente, principalmente, en los discursos masculinos, pues son los hombres quienes deben afrontar los retos de la incursión en el sector productivo masculinizado y de la presencia en lo público-relacional. Por tanto, son ellos quienes hacen referencia, de forma más frecuente, a experiencias de exclusión o agravios tras el retorno - "Ya si te vienes a quedar, te llaman fracasado. Te marginan"- unas experiencias que viven con frustración -"Que da rabia ver que uno ayuda y, sin embargo, uno recibe decepciones"-, como queda ilustrado en este relato:

"La gente aquí, lo que volvemos somos...marginados. Que significa, que no te valoran. O sea, como que te echan a un lado. Somos desacreditados. Lo digo desacreditados porque...yo tengo mi primo. Mi primo es ese maricón que se está meciendo en esa casa esquinera allá [...] Ese tío, cuando yo estaba en España, yo a ese tío, yo le daba trabajo. Cuando yo llamaba por teléfono, me dice: 'primo, tengo que hacer algo. No tengo trabajo [...] le daba trabajo. Cuando yo me vine de Barcelona, yo le dije que, tengo un poco de lanita, quisiera que abrimos como una sociedad, una empresa, y cogiendo los contratos. Yo [...chambeo] con las herramientas, y si hace falta para mano de obra, yo lo pago. Pero eso sí, yo también voy a agachar, voy a trabajar. Y me dice: si, no hay problema, pero no te vengas sin nada. Porque aquí chiro no haces nada" –dice. De eso no te preocupes, que tengo dinero ahorrado por ahí. Yo vine, me salió un trabajo de hacer una losa por allá en la Nueva Balzar. Hice esa losa. Luego fui a él, le di trabajo. Después se nos acabó ese trabajo, le digo: Maricón, dios quiera que si te sale algo me avisas. Dice: no espérate, que va a salir un trabajo. Posiblemente hay que tirar una casa y volverla a levantar -dice [...] Ya no te preocupes que si sale eso, al final te llamo [...] Después, tanto y tanto, yo le dije que estaba trabajando. Yo estaba ocupado en la agricultura, no me decía nada. Total, cuando me quedé una vez sin trabajo, yo le digo, primo, estoy chiro, yo le digo: a ver si me vas dando algo de lo que me debes. Porque ella vamos para año y medio con ese dinero ahí. Y nunca me has dado nada, ni siquiera el trabajo que me has hecho, no has sido capaz de decirme [...] Yo te he dejado, pero ya veo lo que pasa, no pones empeño en pagar lo que debes. Está mal eso. Parece que no le gustó eso, pero le seguía pidiendo trabajo [...] Ya si te vienes a quedar, te llaman fracasado. Te marginan [...]Que da rabia ver que uno ayuda y, sin embargo, uno recibe decepciones". (Miguel-MR61)

El incumplimiento de las ayudas y apoyos que se prometen a los migrantes e, incluso, su exclusión de las redes por las que circula información sobre los empleos -"los camellos"- es otra de esas circunstancias que contrastan con el papel que desempeñaron las redes en destino -en especial las masculinas.

Como explicamos en el capítulo anterior, compartir este tipo de información suave -sobre empleo- requería un bajo nivel de confianza. En un contexto donde la oferta de empleo supera la demanda, lo normal es que no se pueda hacer uso de la información que se ofrece, de tal modo que, en destino, al transferir información sobre empleos se consigue aumentar el capital social con un bajo coste. Sin embargo, en el origen encontramos una sobreoferta de mano de obra, lo que eleva el coste de compartir información sobre empleo, pues, incluso cuando no se puede hacer uso del mismo, parece lógico compartirlo dentro de una red donde exista mayor confianza en la reciprocidad, es decir, que la información vaya, y pueda, ser devuelta. Dado que los retornados están fuera de las redes de información, las expectativas de retorno son muy bajas.

Los relatos de los retornados señalan una serie de circunstancias que complejizan su adaptación emocional y cognitiva al lugar de origen que van más allá de la frustración de las expectativas que se habían formado sobre los apoyos, dejándonos entrever sus causas. En realidad, nos encontramos con un complejo proceso configurado por las dinámicas sociales que se desencadenan en ese momento de encuentro entre la sociedad de origen y la población retornada. De un lado, el grupo debe reelaborar los significados -representaciones- que maneja sobre los migrantes para dar sentido a una presencia que no puede ser explicada a través de estos imaginarios. Al mismo tiempo, los retornados, tanto hombres como mujeres, deben encontrar su propio significado -que además de ser reconocible debe ser aceptable para el grupo- con el objetivo de re-establecer el sentimiento de identidad y pertenencia al mismo.

Un elemento que sobresale en este proceso, al que ya hemos hecho mención, es ese cambio en el papel de mediación de las redes en origen en la adaptación de los retornados a las lógicas que organizan la vida social respecto a las redes migratorias. La labor de mediación de las redes migratorias permite suavizar el choque con unas lógicas culturales mediante la reelaboración de significados que ayuda a los migrantes interpretar ese conocimiento, convirtiendo esas mismas redes en espacios de hibridación cultural -refugios cognitivos y emocionales- donde aparecen nuevos significados y formas de reconocimiento

de los actores que integran los distintos universos que entran en contacto, dando lugar a nuevas formas de identidad -las redes migratorias mantienen una relación ontológica con el migrante.

Sin embargo, en el proceso de retorno, el papel de mediación las relaciones y redes sociales pierde ese componente creativo, precisamente, porque no nacen para dar respuesta a la necesidad de los retornados para adaptarse al contexto. En este caso, las redes son el contexto mismo, y están conformadas por las mismas lógicas que el campo social que les acoge -mantienen una relación ontológica con el contexto. De forma que la adaptación a la red y al contexto es esencialmente lo mismo para los retornados; es decir, no hay mediación.

Así, observamos como el posicionamiento de los sujetos en el espacio social como retornados se ve condicionado, en primer lugar, por su significado como migrantes. Como ya vimos, este significado tenía una serie de connotaciones positivas que otorgaban a los migrantes un estatus superior y un reconocimiento se correspondía con determinadas prácticas -rituales- de carácter normativo. De igual forma, el rol de migrante concedía al sujeto determinadas licencias que eran celebradas por el resto de actores, como excentricidades propias de su estatus, tales como los acentos o las narraciones/alardes sobre costumbres foráneas, por mencionar alguna.

Pero, el retorno conlleva la pérdida del estatus de migrante y, también, de esas concesiones. En su lugar, aparecen determinados controles cuyo objeto velar por la normalidad de las cosas vigilando y sancionar todo elemento transgresor que pretenda alterar el orden social, como explicaba un informante: *"Hay un fenómeno, que mucha gente viene con las costumbres de otras culturas y quiere hacerlas acá"* (Leandro-IE03).

Así, el retornado debe desprenderse de todo aquello que lo haga parecer diferente, ya que eso es interpretado como un signo de alarde y vanidad, y, por tanto, es censurado por el grupo mediante distintas formas de control social, como las burlas u otras coacciones sobre sus formas de expresión. Esto, por ejemplo, sucede habitualmente con el acento, tal y como se refleja en este fragmento: *"Me dicen 'No, no, no. Tú eres español [...] Ya es hora de que lo vayas cambiando, porque me estas cabreando, con ese acento' [...] te dicen que eres un poco creído, presumido, y de todo"* (Edyson-MR21).

Encontramos mayor severidad en estos controles cuando están destinados a despojar a los retornados de su estatus de migrante. Esta desentronización se produce cuando el

retornado incumple las expectativas del medio social sobre el éxito que se atribuye a todo proyecto migratorio -"Uno hace el esfuerzo para algo, no por gusto"/"Por eso mucha gente perdió todo por mala cabeza, pensando que las cosas iban así"- . Esta es la lógica que alimenta los discursos sobre el fracaso -"Y aquí la gente vino ya sin nada"- que suponen uno de los temas centrales en estas representaciones destinadas a sancionar a los retornados, como se desprende del siguiente relato:

"... y la gente está regresando bastante, bastante. Bastante está regresando la gente de allá. Pero unos no tienen ni para regresar, tienen problemas que no tienen ni para regresar. Así que imagínese [...]Entonces nosotros sacamos las cosas. Uno hace el esfuerzo para algo, no por gusto. Y aquí la gente vino ya sin nada. Por aquí están algunos, y por ahí andan, deambulando otra vez. En lugar de esa plata que adquirieron en aquellos tiempos de, como quien dice, las vacas gordas, malgastó la plata. Y como está difícil, porque las cosas se pusieron difíciles en España por la recesión económica que hubo, entonces la gente, no aprende. Y acá vinieron muchos 'inmigrantes' que ya están acá. Están trabajando en cosas así, no más. Muchos que eran profesionales. Doctores, abogados, que se fueron, que han venido sin nada. Y eso es lamentable. Hay mucha gente que se quedó sin nada". (Andrés-IE02)

Es necesario apuntar como, en estos discursos sobre el fracaso del retornado, la referencia no es solo material, ya que vienen acompañados de argumentos sobre el fracaso familiar/conyugal: "Y la mujer se quedó por allá. Él se vino y la mujer se quedó por allá, dice que se quedó trabajando. A lo mejor está con otro hombre, no sabemos" (Andrés-IE02). En relación con esto observamos un interesante cambio respecto a los imaginarios que emergían en el contexto migratorio, pues los hombres son ahora el objetivo de los argumentos del fracaso familiar/conyugal, ya que son ellos quienes, en mayor medida, están regresando en solitario como consecuencia de la ruptura conyugal o de forma anticipada dentro de un proceso de retorno por etapas.

"La gente que iba de aquí para allá. Allá ellos ganaban bien. Se dedicaron pues a tomar, farrear, a estar con mujeres. A despilfarrar el dinero. Y me acuerdo cuando ellos venían para acá. Ellos venían haciendo un préstamo allá. Ellos venían con préstamo, venían, como se dice, con la plata. Acá ellos venían, ahh!, venían de España. Sentados con los amigos, ahí chupando: "¡A ver! ¡póngame cuatro jabs! [cerveza]. ¡Tenga ahí! ¿Hay comida? A ver póngame ahí. Así venían. Y de nuevo se iban para allá, y se iban, de nuevo, sin plata. Y allá otra vez a empezar, y endeudaos. Y como las cosas se pusieron difíciles. Porque las cosas se pusieron difíciles allá, y la gente está regresando bastante, bastante.

Bastante está regresando la gente de allá. Pero unos no tienen ni para regresar, tienen problemas que no tienen ni para regresar. Así que imagínese". (Andrés-IE02)

En todo caso, es notable la recurrencia e insistencia en los discursos sobre el retorno del tema de la vanidad y la ostentación de los migrantes que, debemos recordar, son difíciles de explicar fuera de ese proceso de promoción social que resulta del aumento de las expectativas que se proyectan sobre el migrante. La reactualización de estos argumentos en el contexto de retorno parece responder a un doble objetivo: de un lado, al generalizar estos comportamientos se enfatiza y/o magnifica el fracaso, lo que concede mayor control al grupo; del otro, convierte en un hecho razonable el descrédito del retornado, pues el aumento de las expectativas es interpretado como una consecuencia de las mentiras y los engaño del migrante al grupo -"a pintar lo que no tienen"- y los alardes de los migrantes -"gastaban como si fuesen ricos [...] Han malgastado el dinero"- . Con ello, el grupo se exime de su responsabilidad en la orientación de estas prácticas, al tiempo que justifica estas censuras en la traición del retornado a la confianza del grupo -"empieza la gente a burlarse, empiezan a molestar, y eso pues es típico de aquí, porque es lo primero que hacen; molestar pues...al que pintaba lo que no tenía". Así, observamos en los relatos de migrantes y no migrantes la presencia de este patrón de interpretación del retorno, como podemos comprobar en estos relatos:

"Y me acuerdo cuando ellos venían para acá. Ellos venían haciendo un préstamo allá. Ellos venían con préstamo, venían, como se dice, con la plata. Acá ellos venían, ah!, venían de España. Sentados con los amigos, ahí chupando: "A ver póngame cuatro jvas [cajas de cerveza] Tenga ahí. ¿Hay comida? A ver póngame ahí. Así venían. Y de nuevo se iban para allá, y se iban, de nuevo, sin plata. Y allá otra vez a empezar, y endeudaos" (Andrés-IE02)

"Hay muchos balzareños que vienen.... vienen, por ejemplo, cuando vienen de vacaciones, vienen empeñando joyas, lo que sea, prestando dinero por allá. Vienen aquí, a gastar todo lo que pueden. O sea, a pintar lo que no tienen. Y, de pronto, han pasado dos años, otra vez aquí. Pero ya no lo ven con la misma...con la misma...que pasaron la vez pasada. No, ya uno viene a trabajar, ya vienen humildes. Entonces, ahí viene la gente, como ellos son así que pintan lo que no tienen, empieza la gente a burlarse, empiezan a molestar, y eso pues es típico de aquí, porque es lo primero que hacen; molestar pues...al que pintaba lo que no tenía. Y ahora, pues regresa..." (David-MR30).

"Han malgastado el dinero. El dinero que les daba el banco para arreglar la casa lo gastaban en el viaje a Balzar. Alquilaban un apartamento en el centro y gastaban como si

fuesen ricos. Tiraban el dinero, y luego cuando regresaban estaban peor que antes, sin trabajo". (Carmen-MR04)

Entre otras consecuencias, la imagen que presentan estas representaciones sociales afecta negativamente al capital social de los retornados. De modo que, si los imaginarios sobre el éxito del migrante estimularon la valorización simbólica de los sujetos que les reportó un incremento de su reconocimiento y popularidad -"*Pero cuando ya venías de España la gente te trataba muy bien. Te invitaban a su casa*"-, los imaginarios sobre el fracaso de los retornados estimulan la desvalorización y la desconfianza hacia ellos -"*Entonces ya ven que uno vino sin nada. Entonces ya, ahora, si que te saludan, pero no es con esa alegría, con ese entusiasmo*"-. Este asunto despierta sentimientos de frustración en los retornados¹³⁹ -"*ya eso te duele porque tú dices: "Joder! Solamente por interés que me han recibido"*"-, como se desprende de las palabras de esta retornada:

"Pero cuando ya venías de España la gente te trataba muy bien. Te invitaban a su casa. Porque se deben haber pensado que allá era algo tan diferente, pero, al final, uno se sacrificaba y se sacaba la madre. Porque aquí la gente, la mayoría, trabaja en las escuelas, oficinas, el municipio. Si la gente va a trabajar de, de...cocina en una casa es porque, en realidad, ya no tiene ni que comer en el plato. Y la gente como, así, 'pijilla' y eso, pues no era posible, y te trataban aquí bien. Pero ya al ver que tú has venido y no tienes nada, porque aquí, la mayoría de gente que vino, cuando ganaban allí en pesetas se hicieron sus edificios, sus buenos coches. En cambio los que fuimos ya casi, ya al final de eso, ¡no! Porque yo, prácticamente, no tengo nada. Entonces ya ven que uno vino sin nada. Entonces ya, ahora, si que te saludan, pero no es con esa alegría, con ese entusiasmo [...] por ejemplo, yo venía de vacaciones, yo tengo un grupo así, de gente, que...siempre conmigo. Y estaba aquí, y una vista, siempre pendientes, yo que sé. A la familia, más íntima. Pero ya, como yo ya venía más...eso como ya eso ya se venía terminando, porque ya no había el dinero, entonces ya la gente se iba quedando ya estancada. Entonces, ya eso te duele porque tú dices: "Joder! Solamente por interés que me han recibido" Entonces la gente, así, no más es la hipocresía que otra cosa". (Olga-MR63)

¹³⁹ Los hallazgos de Mejía y Cortés nos muestran la presencia de estas dinámicas en otros contextos de retorno, lo que podría estar indicando la existencia de un comportamiento social transcultural en los procesos de reintegración de los retornados: "De otro lado, una actitud que cuestiona e irrita a retornados es la diferencia entre el trato que recibían antes de su regreso (vacaciones) y el que actualmente les brindan, tal como se evidencia en el siguiente testimonio: "Venía uno a pasear y entonces todos los amigos lo saludaban a uno lo más de formal y entonces 'venga yo lo invito a algo', ahora ya ni lo saludan a uno". (Grupo focal Colombia)" (2012:144).

La finalidad que persiguen estas presentaciones sociales, y las dinámicas de control a las que dan lugar, no parece otra que subrayar la posición de exterioridad normativo-moral de los retornados y exponer la necesidad de que estos resignifiquen sus identidades -tomen posición- de acuerdo con las lógicas que ordenan el campo social y les convierten en sujetos reconocibles. De esta forma el grupo logra imponer la aceptación de los sujetos del desaprendizaje¹⁴⁰ (Mejía y Cortés, 2012) de los comportamientos transgresores que les hacen distintos -"las costumbres de otras culturas"-, y evidencian su posición de marginalidad, como lo indican las burlas, engaños y los abusos -"Aquí tú eres un extraño más, aquí tú vienes para ser un extranjero [...] Todos refieren que aquí, en el propio pueblo, se sentían como extranjeros".

Estos procesos generan un escenario en el cual los retornados se debaten entre la disyuntiva de la integración, mediante la renuncia a los aprendizajes incorporados durante su experiencia migratoria, o el aislamiento social, cuando se resisten a tal renuncia. De modo que, la integración pasa por mostrar la adhesión a los principios que defiende el grupo, esto hace que sea común ver reproducidos las ideas sobre el fracaso y la vanidad tanto en migrantes como en no migrantes. Lo habitual es que los retornados utilicen estos argumentos, precisamente para distanciarse de los comportamientos trasgresores y ratificar su adhesión al orden moral y de género presente en origen.

Entonces, para distanciarse de la vanidad es necesario que los retornados se muestren humildes -"No, ya uno viene a trabajar, ya vienen humildes" (David-MR30)- así como su disposición a "agachar", a acatar las condiciones que dispone la vida en origen sin la vergüenza que revelaría la soberbia propia del migrante, - como explica este retornado:

"Aquí habemos...hay personas, que venimos de allá. y tenemos vergüenza de agachar, de trabajar [...] Yo desde que vine de allá trabajé en lo que sea [...] Me las ganaba. Siempre me ha gustado ganármela, ganarme el dinero; trabajar. [...] le da vergüenza. Muchos, aquí han venido. A mí me venían "y tú de España aquí, ¿qué haces?" Hay que hay que ganarse, o tú te crees que yo en España ¿qué? ¿en oficinas?. [...] Ya pues le digo, y me vine. Saco para sobrevivir, no más. No es como uno...claro, uno quiere trabajar por su cuenta mismo [...]"

¹⁴⁰ Como nos muestran Mejía y Cortés (2012:141), estas pautas están presentes en distintos contextos de retorno: "el asunto va más allá del lenguaje y se refiere, también, a hechos más profundos, al modo de ser, a la idiosincrasia propia de la región de retorno, sobre la cual también ha habido, como se decía atrás, "desaprendizajes". Claros ejemplos de ello se encontraron en Colombia, en una región donde el ser "vivo", el aprovecharse de la ingenuidad o confianza del otro, es socialmente aceptado e, incluso, considerado por muchos una virtud".

Qué uno puede trabajar porque uno quiere. Y aquí no hay esas oportunidades, aquí se trabaja..en lo que hay. A mí por ese acaso me dicen..."vámonos a hacer...a romper una piedra". Yo voy. Pero otra persona que llegue recién, le dicen "ande, vámonos a botar esa piedra" ¿usted cree que va a ir? Como es eso, que nos acomplejamos. Aquí, aquí en mi pueblo al menos, el que viene, no quiere venir a agachar, a trabajar. Y yo no tuve ese complejo". (Eduardo-MR38)

De igual forma, observamos cómo resulta común en los juicios sobre el retorno - pronunciados por retornados habitualmente- la censura hacia aquellos que no quieren "agachar", que continúan actuando como migrantes -orgullosos y engraidos-, y que son referidos como personas acomplejadas -"*Como es eso, que nos acomplejamos. Aquí, aquí en mi pueblo al menos, el que viene, no quiere venir a agachar, a trabajar. Y yo no tuve ese complejo*" (Eduardo-MR38).

Estos discursos sancionadores se dirigen, indistintamente, hacia hombres y mujeres retornados, y no guardan relación con la disposición a trabajar de éstos, pues, como ya hemos explicado en varias ocasiones, el sector productivo genera escasas oportunidades de empleo, particularmente para las mujeres. El sentido de estos discursos es más profundo, se trata de la defensa de la propia identidad del grupo frente a aquellos -aquello- que no encajan, como podemos comprobar en este fragmento:

"El trabajo aquí, para las mujeres, es más difícil. La mujer al llegar aquí no quiere hacer el trabajo que hacía allí. Ya no quieren limpiar, ni cuidar. Van más acomplejadas, ya quieren ser una señorita, una dama [...] ni siquiera cargan las funditas". (Carmen-MR04)

Pero, junto a estos argumentos generales, encontramos una serie de temas de género que sirven para expresar la adhesión de los hombres y las mujeres retornados al orden social y que se corresponden con las lógicas que orientan las prácticas y los discursos de acuerdo con los modelos de identidad hegemónicos. Así, es frecuente observar cómo los discursos femeninos se distancian de los comportamientos transgresores -"*yo siempre seré igual. Yo siempre seré igual como aquí [...]*" (Dolores-MR48)- que se atribuyen a la mujer migrante, subrayando su esfuerzo en destino y esa orientación doméstica que la protege de los espacios ilegítimos para la mujer, como se aprecia en estos relatos:

"Siempre fuimos con una meta de superarnos. No estar en las mismas condiciones [...] Porque la gente, algunas, son ambiciosas. Quieren lujo, quieren baile, quieren discotecas. Yo estuve once años, una vez fui a una discoteca. Y esto por compromiso [...] Yo no vine con zapatos Nike, ni cadenas, ni pulseras. Yo así, como usted ve, siempre así. [...] trabajar,

conseguir algo, y venirme de nuevo a mi país¹⁴¹. Ahora quiero ir para arreglar unos papeles y, si me toca trabajar, trabajo [...] yo siempre seré igual. Yo siempre seré igual como aquí [...]". (Dolores-MR48)

"[...] yo salía muy poco, a los bares, las discotecas. Yo, cuando no trabajaba, me quedaba en casa". (Nelly-MR45)

"Ella vino aquí, compró esa casa, compró el canguro. Una villa bien grande. Esta chica se fue a trabajar, no era borracha". (César-IE01)

"[...] porque mi vida fue tan solo para trabajar. Nunca me fui de fiesta. Nunca conocí una discoteca en España. Todos mis amigos me invitaban, yo nunca iba. Porque mi trabajo era ese. Era una mentalidad que tenía, trabajar, trabajar, trabajar". (Julia-MR58)

Al mismo tiempo, se observa como las relaciones sociales de las mujeres retornadas se van retirando hacia los confines de lo doméstico y lo familiar en la medida en que lo público tampoco ofrece alternativas para una presencia legítima, de modo que experimentan un repliegue en sus límites de interacción tanto a nivel espacial como social - *"Aquí uno tiene que ir con cuidado. Tengo que yo caminar despacito"* (Daniela, MR-17).

Por el contrario, la orientación de la identidad masculina hacia lo público, su dependencia del reconocimiento fraternal y las condiciones del retorno, hacen que los hombres retornados se sientan más expuestos a los juicios sobre el fracaso y a la vergüenza. Tampoco debemos olvidar la incapacidad de la identidad masculina para encontrar refugio en la expresión de sus emociones. En su lugar, resulta más común encontrar en los hombres retornados patrones de comportamiento que pueden ser vistos como mecanismos de relacionalidad que les permiten fortalecer su hombría. En este sentido, encontramos situaciones en las cuales estas estrategias de virilidad, y expresión de la frustración, se vehiculan a través del consumo de alcohol - *"Sino que tuve una mala racha que me...que me...me fui en el alcohol. No sé que me pasó"*. En otras ocasiones, es mediante la activación de una vida sexual excesiva, mediante lances o a través de la prostitución. Pero, también, como sucede entre aquellos que retornan solos, mediante el pronto establecimiento de nuevos compromisos y hogares.

¹⁴¹ Lo cierto es que en otra parte del relato como durante un tiempo tuvo la intención de permanecer definitivamente en destino, pues su hijo había nacido en España y llegaron a adquirir una vivienda allí con ese propósito.

6.3. TRASFORMACIONES EN MODELOS DE IDENTIDAD DE GÉNERO EN EL PROCESO DE RETORNO

En este último apartado abordamos las transformaciones que afectan a esos modelos los modelos de identidad de género durante la experiencia de retorno, cuando los migrantes miran de nuevo a la realidad social y material de origen en su camino de retorno a Balzar.

Los modelos de identidad sexual, recordamos, son el producto de un contexto particular de relaciones objetivas, intersubjetivas e identitarias (García y Casado, 2008; Gutmann, 1997; Rodríguez, 2014), dentro del cual delimitan un campo o espacio de posibilidades de acción para los sujetos en función de su género (Bourdieu, 1997 y 1998). Estos ofrecen una respuesta práctica -construida culturalmente- que permiten al sujeto desenvolverse en su interacción con el medio social y material que le acoge, por lo que siempre están ligados a un tiempo, a un lugar y a un grupo concreto. Como dijimos, la migración trastoca las coordenadas -temporales, espaciales y sociales- que dan sentido a los modelos de identidad tradicionales incorporados por los sujetos, de modo que estos habían sido reactualizados para afrontar los desafíos de un conjunto diverso de relaciones -objetivas y intersubjetivas- que tienen su propia cronotopía (Bourdieu, 2000; Gadea, et al., 2009; Wagner, 2008).

Los cambios en las obligaciones y las expectativas sociales que se proyectan sobre los migrantes condicionaron la recreación de los vínculos sociales de hombres y mujeres en el espacio transnacional, lo que, a su vez, alteró las jerarquías y las cadenas de reconocimiento tradicionales. Como resultado, aparecen una serie de dinámicas que afectan a las relaciones e identidades de género donde se observan procesos de emancipación femenina -ligados a la conquista de lo público y la redistribución del trabajo doméstico- que vienen acompañados de nuevas formas de interpretación simbólica de las viejas jerarquías -a través de la jerarquización de las contribuciones al hogar y las aportaciones productivas o los imaginarios sobre la feminidad migrante- y nuevas formas de explotación -recreación del aguante desde la posición de sostenedora del hogar transnacional- sin que llegan a desaparecer las viejas estrategias de explotación de la feminidad -poliginia, violencias físicas, etc.

El proceso de retorno supone un nuevo tránsito de los modelos y las relaciones de género configuradas durante la migración hacia un momento en el cual, las obligaciones y expectativas que los conformaban y que fueron incorporadas por los sujetos, deben ser armonizados nuevamente con una realidad social y material -la de origen- en la que no

encuentran encaje. En este momento de encuentro entre el grupo social de origen y el retornado, se abre un proceso de negociación de los significados que ha de solventar las condiciones de adaptación. Un proceso en el que los retornados deben reincorporar nuevas formas que les permitan ser reconocidos como mujeres, hombres, padres, madres, hijos, hijas, etc., que les hagan reconocibles a los ojos de los otros.

El análisis de ese proceso nos permitirá observar como las fuerzas que delimitan las fronteras de lo legítimo -obligaciones y expectativas- y operan sobre los hombres y las mujeres retornados, favorecen el desplazamiento del centro de gravedad de la identidad femenina hacia lo doméstico y las estrategias de aguante, mientras la masculinidad se desplaza hacia lo público, desde donde restablece su dominio sobre las relaciones productivas y reproductivas. Siguiendo la línea de análisis trazada en los anteriores capítulos, examinamos los cambios que se producen en los modelos de identidad femenino y masculino en las distintos campos de acción estructural.

6.3.1. La reconfiguración del modelo de identidad femenino en el proceso de retorno. El regreso a las estrategias de aguante: *"Por eso a veces he aguantado"*.

Este examen nos permitirá comprender cómo los espacios de acción de las mujeres retornadas se ven determinados por las condiciones semiótico-materiales planteadas por el contexto sociocultural de origen. El espacio social de origen, como explicamos, se organiza de acuerdo con una lógica patriarcal tradicional que estructura la composición y jerarquización de los stocks de capital -material, social y simbólico-, que es determinante para mantener ese orden de género que reserva a la feminidad una posición subalterna condicionada por la participación principal de los siguientes elementos: la competencia sexual femenina, la fragilidad del compromiso, la dependencia material de la esposa-hijos y la irresponsabilidad del progenitor.

Como vimos, la migración posibilitó la reconfiguración de una identidad femenina activa, móvil e independiente, desde donde las mujeres pudieron desarrollar nuevos vínculos y formas de reconocimiento, como consecuencia de la aparición de dinámicas de valorización y emancipación. Éstas condujeron hacia relaciones más equitativas gracias al incremento de la autonomía material de las mujeres, concediéndoles una mejor posición para negociar nuevas presencias en lo público y lo privado; es decir, mayor autonomía social y simbólica.

Así, de un lado, podemos constatar como las mujeres retornadas muestran una valoración positiva de las experiencias y los aprendizajes durante el periodo migratorio -"y ya uno como ha vivido por allá, entonces ya uno...Yo lo veo diferente"- pues consideraban que les permitieron fortalecer su autonomía y autoestima, así como disfrutar de nuevas presencias en el espacio social y de formas de relacionalidad más equitativas.

No obstante, en el proceso de retorno observamos cómo las mujeres se ven obligadas a reconstruir su identidad para dar respuesta a los problemas que se generan en la confrontación de la identidad de la mujer migrante con el modelo de identidad femenino hegemónico -de aguante.

De un lado, vemos como la posición en el espacio social de la retornada se ve determinada por los imaginarios sobre el éxito del migrante, el abandono, la ruptura/fracaso familiar, la infidelidad y el libertinaje. Como explicamos, estos permitieron preservar y reforzar los controles sobre las mujeres migrantes, especialmente las jefas de hogar, estimulando el sentimiento de culpabilidad sobre el que se articulaban una serie de estrategias de control y explotación sobre sus recursos.

Al analizar el proceso de retorno veremos cómo estas representaciones siguen siendo determinantes pues permiten la irrupción de violencias psicológicas o físicas en sus relaciones familiares. Además, hemos podido observar como las mujeres retornadas, especialmente aquellas que regresan en solitario, realizan un considerable esfuerzo por distanciarse de los comportamientos que se atribuyen a las migrantes, y definir su experiencia según los términos de lo legítimo definidos por la ideología patriarcal de origen.

Por otro lado, están las dinámicas que surgen en el reencuentro de las mujeres con el modelo de identidad femenino caracterizado por el confinamiento doméstico y la dependencia. En la mayor parte de los casos, este encuentro se produjo de forma temprana, como resultado de la integración de la mujer, o el núcleo familiar, en un hogar extenso donde reaparecen las vigilancias y los controles sobre la mujer en el ámbito privado. A esto se añaden las prescripciones y vigilancias sobre su presencia en lo público pero, también, la ausencia de espacios donde la mujer pueda expresarse y ser reconocida como mujer.

Así, vemos como en la medida en que los controles y las vigilancias reducen la movilidad de la mujer migrante, ve incrementada su dependencia y reaparecen las condiciones materiales, sociales y simbólicas que conducen hacia el modelo de aguante.

A continuación examinaremos estas transformaciones a través del impacto que han tenido sobre el contenido del modelos de identidad femenino hegemónico en cada una de las cuatro estructuras relacionales que identificamos en los anteriores capítulos: privadas, públicas, sexuales y de violencia.

Hogar

Analizar las dinámicas de reconfiguración de la identidad femenina en su relación con lo doméstico que se desarrollan durante el proceso de retorno, sobresalen dos elementos comunes en la mayoría de las experiencias que están conectados, como son: la integración de los retornados en estructuras de hogar extenso y la restitución de la identidad entre feminidad y hogar.

La integración en un hogar extenso supone un reencuentro con los familiares que permanecieron decisivo para posibilitar el asentamiento y la adaptación a origen, pero, como hemos dichos, este encuentro favorece la aparición de conflictos y vigilancias que afectan principalmente a las mujeres, ya que su presencia obligada en lo doméstico las hace más vulnerables a los reproches -“*Al principio todo bien –comenta- pero se va notando cierta agresividad, cierta tensión. Yo ponía comida y todo*” (Carmne-MR04). En este sentido, los relatos han dejado constancia de experiencias de convivencia marcadas por las recriminaciones sobre el abandono de los hijos, los hábitos de crianza adquiridos en destino -“*piensan que no los han educado correctamente*” (Carmen-MR04)- o los mantenidos en la distancia -malcriando a los hijos.

De forma que el hogar extenso llega a convertirse, en algunos casos, en un entorno de disciplina social para la mujer retornada, en el cual las coacciones emocionales y las vigilancias estimulan los desaprendizajes y la reincorporación temprana de los roles de género hegemónicos en origen.

En segundo lugar, estas dinámicas facilitan la restitución de la identidad femenina al ámbito doméstico, donde su presencia se ve naturalizada, en cuyos confines -confinamiento- debe asumir su responsabilidad plena sobre las tareas de crianza y del hogar, al tiempo que se desarrollan las condiciones que facilitan su subordinación.

En cualquier caso, las dinámicas de reconfiguración de la identidad femenina en el ámbito doméstico durante el proceso de retorno están ligadas a las negociaciones y los arreglos que posibilitaron la reorganización de las obligaciones y las expectativas de género durante el periodo migratorio. Por tanto, parece lógico conectar el análisis la

modificación de las posiciones y las disposiciones en el interior del hogar en el retorno con las configuraciones básicas del hogar -migratorio y transnacional- que identificamos en el periodo migratorio.

En este sentido, podemos distinguir las dinámicas de reconfiguración de la identidad femenina que tienen lugar cuando se produce reagrupación del hogar transnacional en origen de aquellos procesos de retorno del hogar migratorio.

Las experiencias de reunificación del hogar transnacional están, principalmente, relacionadas con los procesos de retorno femenino en solitario, y, de modo secundario, con los procesos de retorno por etapas del hogar migratorio en los que la mujer suele ser el último miembro del grupo familiar en regresar. Un elemento común en todos estos procesos es la importancia que dan sus principales protagonistas, las mujeres retornadas, al componente emocional, la reunión con los hijos y otros familiares -"el dinero no es todo en la vida. Siempre, primero tus hijos, tu hogar, tu familia"-. Se trata de unos reencuentros, imaginados durante mucho tiempo, que ayudaron a estas mujeres a sobrellevar unas experiencias migratorias caracterizadas por la soledad y la añoranza.

Al tratarse, generalmente, de experiencias migratorias vividas en solitario por las jefas de hogar, los arreglos que dan origen y reorganizan la vida en el hogar transnacional relacionados con dos aspectos principales: uno, la transferencia de aquellas obligaciones -reproductivas- cuyo cumplimiento se ve imposibilitado por la separación física del hogar, y, dos, la adecuación del resto de obligaciones -cuidado material y afectivo- a las condiciones que impone la distancia.

Como la estrategia productiva del hogar transnacional supone la ausencia de la mujer-madre-sostenedora, vimos como este asunto se resuelve mediante la transferencia de las responsabilidades de la crianza a otra(s) mujeres. Parece evidente que en estas circunstancias no es posible encontrar grandes trastocamientos en la atribución tradicional de lo doméstico/reproductivo a la feminidad, y, por tanto, no cabe esperar una reconstrucción de la identidad femenina relacionada con una distribución más equitativa de las tareas de la crianza y del hogar.

Sin embargo, mostramos cómo la migración de la mujer-madre inauguraba una nueva etapa de negociaciones en la vida del hogar sobre las obligaciones, los afectos y los significados/reconocimientos que podían resultar en la consolidación de relaciones de dependencia/explotación de la mujer-migrante. Así, el regreso de la jefa de hogar al hogar

está marcado por la necesidad de redefinir: las obligaciones, que con frecuencia habían derivado en relaciones de dependencia; los afectos, donde encontramos una serie de dinámicas emocionales relacionadas con el proscripción de la ausencia que complejizan la relación, como son el distanciamiento afectivo, el rencor o la falta de respeto; y su propio significado/reconocimiento como madre, que se ve dificultada en un contexto social donde es la presencia la que otorga la autoridad -moral- materna, lo que puede hacer que el rol materno llegue a ser disputado entre la madre-retornada-ausente y la cuidadora-presente, como se desprende de las palabras de esta retornada: *"El niño no me quería. Se crió con mi hermana, mi padre. La adoraba más a su mamá, o sea, a mi hermana"* (Julia-MR58).

En este sentido, los relatos nos dan muestra de las dificultades que enfrenta el reencuentro con los hijos, pues es común la aparición de conflictos en la renegociación de las obligaciones y las expectativas mutuas. Esto es, en gran medida, resultado de las dinámicas de condicionamiento emocional que facilitaron el control sobre los recursos de la mujer migrante desde origen mediante al estimulación del miedo y la culpa, que están detrás de la formación de la cultura de dependencia. Pero, mientras la situación de ausencia la mujer-migrante alimenta esos procesos de privación afectiva que se utilizan para controlar los recursos, la presencia de la mujer-retornada en el hogar de origen conduce a la privación-material (también simbólica, pues se produce una pérdida de estatus) pues supone el fin de las remesas, como nos explicaba un retornado: *"se viene uno del todo, están todos cojudos, está todo el mundo cabreado porque se acaban las tonterías"* (Miguel-MR61). Este asunto puede hacer que los beneficiarios de las remesas - destinatarios y receptores- afronten el retorno de la jefa de hogar con cierta discordia.

De modo que el reencuentro de las mujeres-retornadas con los hijos puede quedar marcada por el distanciamiento afectivo, el rencor o la falta de respeto. Esto, creemos, es consecuencia principal de la construcción de ese espacio de conciencia cognitivo-emocional alimentado por las representaciones sobre el abandono -pero también la prosperidad, la opulencia y su comportamiento desmadrado¹⁴²- que estigmatizan a la madre-migrante y despiertan resentimiento en los hijos.

Así, los reencuentros pueden llegar a convertirse en experiencias agridulces para las madres retornadas -*"Lindo, en cierto modo, pero triste"*-, pues en sus relatos aparecen

142 Seguimos el diccionario de la RAE donde desmadrarse se define como "conducirse sin respeto ni medida, hasta el punto de perder la mesura y la dignidad". Consultado en: <http://www.rae.es> (07/09/2016).

recurrentemente las referencias a la falta de gratitud -"no valoran nunca lo que la madre hizo" (Julia-MR58)- la falta de respeto -"No me respetan para nada" (Julia-MR58)- o al falta de cariño -"No he podido recuperar, el cariño de mis hijos. No he podido" (Olga-MR63)-. Cómo nos muestra el siguiente relato, estos procesos complejizan una convivencia que puede conducir hacia la violencia psicológica-emocional sobre la madre retornada, que puede verse expuesta a continuas recriminaciones -"sacando en cara por qué te fuiste, me dejaste, no estuviste conmigo"- y las discusiones:

"Lindo, en cierto modo. Pero triste, porque son cinco años que te perdiste de ver a tus hijos. Los dejas allí y los encuentras, hombres. [...] jovencitos de dieciséis, diecisiete años. El respeto se perdió total. No me respetan para nada. Ahorita, hablemos de respeto, un poquito. Me los he estado ganando estos años. Pero perdí mucho [...] Horrible [...] no valoran nunca lo que la madre hizo. No valoran el esfuerzo. Y no se dan cuenta de que, si la casa se hizo, es porque yo he estado allá. Porque si no, no tuvieran casa. Y siempre hay discusiones por eso. Más que todo el mayor de veinticuatro años. Siempre está bravo, saca en cara muchas cosas. Se rompe las de bravo contra la pared, cuando se toma unos tragos, sacando en cara porque te fuiste, me dejaste, no estuviste conmigo. Muchas cosas. La vida es fuerte. Es fuerte, todo lo que he vivido. Y como tenían una joya de papá". (Julia-MR58)

En este contexto, la reestructuración de las relaciones y la renegociación de los roles en el interior del hogar puede convertirse en un proceso complicado para las madres-retornadas debido a la pérdida de autoridad y de afecto.

En resumen, vemos como en los procesos de reunificación del hogar transnacional de las jefas de hogar no se observan cuestionamientos al orden de género tradicional. Antes bien, se observa como las estrategias que permitieron controlar los recursos y acciones de las mujeres migrantes, sirven para limitar su capacidad para alcanzar uno de sus objetivos principales, la promoción social de sus hijos mediante la inversión en estudio. En todo caso, es en estos procesos donde se observa una mayor preparación y la disposición de una renta, donde podemos apuntar a dos factores: de un lado, la existencia del hogar transnacional hizo que la posibilidad del retorno siempre estuviese en el horizonte del proyecto migratorio; de otro lado, está el deseo de preservar su autonomía -material y social- conlleva la previsión de unos medios materiales -para la inversión y/o el gasto- que lo permitan.

Algunas de estas dinámicas también están presentes en el reencuentro de la retornada con el esposo, pero donde el retorno debe ser interpretado desde esos espacios que la

migración generó para el desenvolvimiento de la relación conyugal, donde debemos señalar la influencia de los imaginarios sobre la mujer-migrante -recordamos lo que cómo decía uno de los informantes: *"Y la mujer se quedó por allá. Él se vino y la mujer se quedó por allá, dice que se quedó trabajando. A lo mejor está con otro hombre, no sabemos"* (Andrés-IE02)-, pues estas representaciones condicionan las estrategias de los esposos para reforzar su hombría -*"Ese man anda con unas cuantas gacholas por ahí [...]Eso es, se malacostumbran aquí"* (Miguel-MR61)- y las estrategias de las esposas para preservar la relación conyugal en la distancia, lo que favorecía el desarrollo de estrategias de aguante -*"Porque la mujer es como más consciente que el hombre va a andar con mujeres, y como que se detiene un poco a dejarlo"* (Daniel-IE15) / *"Porque el que se queda aquí, sigue viviendo las costumbres de aquí"* (Blanca-MR22).

Tanto los relatos como la observación nos dejaron muestras de procesos de negociación sobre las conductas públicas o la participación del esposo en el hogar donde la esposa-migrante-remesadora ejerce cierto control sobre las mismas, pero se trata de procesos que, generalmente, vienen acompañados de cierta laxitud en las vigilancias que conceden un amplio margen de maniobra al esposo.

Por tal motivo, los reencuentros no siempre resultan pacíficos pues suponen no solo el fin de las remesas sino de un conjunto de comportamientos que, cuando no eran financiados por las remesas, eran realizados con mayor libertad en ausencia de la esposa -*"está todo el mundo cabreado porque se acaban las tonterías"* (Miguel-MR61). Así, la renegociación de las obligaciones y las expectativas mutuas parece desarrollarse dentro de los términos que proponen los modelos de identidad tradicional, donde puede resultar difícil recomponer el hogar en los términos anteriores al retorno como consecuencia de las prácticas consolidadas durante la separación física de la pareja. Las dificultades que acompañan a este proceso pueden conducir, como vemos en este relato, al término de la relación conyugal cuando la mujer "no aguanta" los términos -las violencias- que impone el esposo:

"Porque al año de haber regresado [ella], yo me enteré, que él tenía unas fulanas recogidas. Con hijos que no eran de él, y los mantenía [...] alquilada [...] y eso fue también lo que nos separó [...] y las golpizas que me daba. Tras de eso, cuando me entero, me golpeaba. Entonces, yo reclamaba y, por reclamar, pues mira, siempre terminan golpeándote". (Julia-MR58)

Estas circunstancias favorecen la formación de un contexto de retorno en el cual la mujer retornada dispone de escaso margen para negociar la construcción de espacios de vinculación más equitativos, esto cuando no la conducen hacia situaciones donde las violencias psíquicas, físicas y materiales agravan sus condiciones de explotación.

El establecimiento del hogar migratorio tenía lugar cuando los hijos eran reagrupados o nacían en destino, o como resultado de la convivencia del núcleo conyugal. En cualquier caso, la información obtenida indicó que el establecimiento de un hogar migratorio con descendencia se correspondía con la presencia de ambos progenitores -o padres- en destino.

Dado que la razón de ser de la migración femenina era la inserción productiva, la constitución del hogar migratorio precisa la reorganización de las posiciones y las disposiciones en el interior del hogar para armonizar las estrategias productivas/reproductivas a fin de garantizar su supervivencia. Es aquí donde aparecen determinados arreglos que favorecen la constitución de entornos de género más equilibrados que la participación y la presencia productiva/reproductiva de los sujetos que, a su vez, promueven la aparición de significados y expectativas más equitativos.

No obstante, vimos como junto a estos desplazamientos aparecían una serie de operaciones ideológicas que permitieron preservar o recrear las desigualdades de género en las relaciones domésticas en destino. Esto era consecuencia de la jerarquización de las responsabilidades productivas/reproductivas de hombres y mujeres, lo que permitía reelaborar los significados que naturalizaban y normalizaban la identificación de la mujer y lo doméstico, como son: la conciliación productiva femenina, la ausencia reproductiva masculina, la "provisión de techo" masculina, la feminización de las redes de apoyo, las "ayudas" masculinas en el hogar o las "ayudas" femeninas en el gasto.

De este modo, los relatos nos muestran como la negociación de las obligaciones y las expectativas en el interior del hogar migratorio desencadenó dinámicas niveladoras, si bien la jerarquía de género logró mantenerse gracias a la reactualización de la exclusión pública/productiva de la mujer -ahora definida desde la conciliación- y la exclusión privada/reproductiva del hombre -ahora definida desde la ausencia/ayuda.

Una muestra del atrincheramiento que permitió a la ideología patriarcal preservar estas desigualdades la encontramos en el impacto que tuvo la crisis sobre el hogar migratorio. Cuando el desempleo masculino revirtió las jerarquías y las condiciones de

presencia/ausencia en el hogar, se produjo una quiebra en el modelo vincular que conservaba las viejas sujeciones. Como resultado, vimos como se produjo una hostilización de la vida conyugal que en muchas ocasiones derivó en la ruptura del vínculo, contexto en el que debemos situar los procesos de retorno del núcleo matrifocal, así como los procesos de retorno en solitario masculino.

Tomando en consideración estas cuestiones observamos como en el retorno del hogar migratorio podemos distinguir dos tipos de situaciones de carácter más general, como son: el retorno del núcleo matrifocal y el retorno del núcleo conyugal.

En lo que respecta a la situación de retorno del núcleo matrifocal un hecho evidente es que la feminidad queda definida en su interior por la responsabilidad plena sobre las obligaciones de la crianza y el hogar. Si bien esta situación ya se había producido en destino, tras la separación, los relatos parecen demostrar que la ruptura es una consecuencia del abandono del esposo del hogar cuando aparecen cuestionamientos a la jerarquía masculina. Algo que, en gran medida, señala la existencia previa de arreglos de estilo tradicional.

Por otro lado, la situación de retorno de estos núcleos matrifocales suele estar caracterizada por la fragilidad que acompaña su regreso en condiciones de dependencia. En los casos encontrados, estos núcleos prolongaron su permanencia en destino después de la separación, lo que parece indicar su deseo de prolongar una permanencia que, en general, se ve dificultada cuando, por ejemplo, desaparecen las redes de apoyo que permiten a la mujer-migrante conciliar las obligaciones productivas/reproductivas. Además, debemos considerar la habitual deserción del padre-progenitor de las obligaciones materiales tras la ruptura. Por este motivo, es más común que proceso de retorno del núcleo matrifocal no cuente con la misma planificación y la renta de retorno que podíamos ver algunos retornos de las jefas de hogar transnacional.

Esto, en definitiva, supone que de forma habitual la integración de la mujer retornada - y sus hijos- en un hogar extenso se corresponde con condiciones de mayor dependencia para la provisión de sus necesidades. Así, se trata de situaciones en las cuales es difícil negociar espacios de empoderamiento en el ámbito doméstico. Como veremos, la inserción productiva de estas jefas de hogar migratorio en origen pasa por la constitución de apoyos reproductivos dentro de las mujeres de la familia -la abuela generalmente.

En cuanto a los procesos de retorno del núcleo conyugal debemos recordar la presencia de las estrategias de atrincheramiento ideológico del orden patriarcal que nos obligan a ser cautelosos en cuanto al impacto equilibrador de los arreglos domésticos alcanzados en destino. En todo caso, los relatos dan muestra de una mayor participación del hombre en las tareas del hogar migratorio como también lo hacen las advertencias masculinas, que precedieron al retorno, respecto al cese de los acuerdos en origen-"volver a ser normal"- ante el miedo que provocan la vergüenza y el señalamiento social.

Con el retorno del hogar migratorio a origen, vemos como se produce una reconfiguración de los roles de género en su interior de acuerdo con los modelos de identidad de género tradicionales que devuelve a las mujeres las responsabilidad plena y excluyente sobre la crianza y el hogar. Esta situación se ve favorecida por las condiciones¹⁴³ que generan: la presencia de la retornada en el hogar, la presencia del retornado en lo público y los señalamientos a las transgresiones de género en el ámbito doméstico -sobre la incapacidad femenina para actuar y la incapacidad masculina para dominar.

La presencia de la mujer retornada en el hogar es resultado de la falta de oportunidades legítimas que ofrece el ámbito público a la feminidad -tanto productivas como recreativas-, lo que hace que su presencia en ese espacio pueda ser cuestionada -*“¿Dónde vas sola?, ¿y qué pasa con papá?”* (Evelyn-MR39). Por otro lado, la presencia obligada del hombre retornado en lo público le permite ejercer sus obligaciones productivas y sus responsabilidades homosociales, que, a su vez son necesarias para ingresar en las redes información que permiten obtener trabajos esporádicos -los camellos. A esto se suman los señalamientos familiares y sociales cuando el hombre retornado

¹⁴³ Estos hallazgos también aparecen en el estudio sobre el retorno en la región andina realizado por Mejía y Cortés (2012): "se evidenciaron situaciones de regreso pleno a la crianza de los hijos y al desempeño de las labores domésticas a costa de la independencia económica. Quizás peor, para otras mujeres el retorno no sólo ha significado el abandono por parte de los hombres de las responsabilidades domésticas y de cuidado que éstos habían asumido durante la ausencia, sino que también ha influido en la interrupción de la contribución económica al hogar que realizaban estos varones. La continuidad o no de la redistribución de las obligaciones hogareñas, dejando de lado los pocos casos en los que ya existía antes de la emigración, parece estar relacionada con el grado de integración social y cultural que hayan adquirido las mujeres en las sociedades de destino. Igualmente está ligada a la consideración de que las labores domésticas son asunto exclusivamente femenino y cuyo desempeño por parte de los hombres sólo puede aceptarse por situaciones eventuales de ausencia de la mujer, pero que, estando presente ella en el hogar, no tiene ninguna justificación y por el contrario, si sucede, es motivo de señalamiento social" (Mejía y Cortés, 2012:136).

interviene en un espacio considerado femenino, como nos recuerdan las palabras de esta informante:

"Por ejemplo, aquí, cuando estábamos allá donde mis suegros, él se levantaba de mañana y mi suegro se metía molesto porque...¿por qué se permitía él hacer el desayuno? ¿verdad que allá se hace..cualquier persona hace el desayuno? El que primero se levanta. O el que primero va llegando a casa, hace una ensalada, un arroz, o lo que querái". (Daniela-MR17)

De forma que, tanto las condiciones prácticas de presencia/ausencia de mujeres y hombres en los doméstico como los señalamientos favorecen la regreso de la retornada al ámbito domestico y la retracción del hombre de las obligaciones asumidas en destino, lo que explica que algunas de estas mujeres expresado sentimientos de soledad al percibir que sus esposos "dejaron de ayudar" y se distanciaron del hogar -"En mi casa lo hacíamos todo juntos..." (Daniela-MR17). Esta situación es mucho más evidente cuando la convivencia en los hogares extensos es conflictiva, lo que hace que el esposo prologue sus ausencias como estrategia de evitación.

Así, el regreso de la pareja a los arreglos domésticos tradicionales se presenta de nuevo como un acuerdo razonable, justificado por las obligaciones legítimas de hombres -productivas- y de mujeres -reproductivas- como nos cuenta este retornado: *"aquí no es posible, ahora se tienen que ocupar de los niños porque ya no podemos pedir más favores, la situación ya es difícil"* (Roberto-MR01). Por el mismo motivo, muchas mujeres expresan su pesar por esa pérdida de control sobre los recursos económicos -"lo que más me ha costado es no tener trabajo, no manejar mi dinero" (Carmen-MR03) / "era mi mujer quien administraba todo. Yo cobraba, y al día siguiente nada. Aquí no puede ser así, aquí no cobro un sueldo" (Roberto-MR01). Una situación que, como veremos, favorece la aparición de violencias económicas, psicológicas e, incluso, físicas en la pareja retornada.

Público

Las transformaciones relacionadas con el despliegue de la feminidad en el ámbito público en los lugares de destino llevaron a las mujeres migrantes a reconocerlo como un espacio privilegiado de empoderamiento. Por el mismo motivo, la pérdida de esos espacios de expresión y relación pública, así como las restricciones en el acceso al empleo que enfrentan tras el retorno, resultan determinantes en el proceso de desempoderamiento de las retornadas. La exclusión pública ayuda a reorientar la identidad femenina hacia el

ámbito doméstico, que, de este modo, recupera su esencia como contexto de sociabilidad, de sumisión y de confinamiento de la mujer -"la mujer tiene que callarse, tiene que estar en la casa" (Daniela-MR17).

Por lo que se refiere a las posibilidades de acción de la mujer retornada en el espacio público, entendido como contexto de relacionalidad y socialización, regresar supone el reencuentro con las viejas normas de género sobre los usos legítimos e ilegítimos del espacio. Una situación que despierta en una mayoría de las mujeres retornadas la sensación de pérdida tanto de su autonomía como de sus posibilidades de movilidad en lo público, asediadas por los controles y las vigilancias sociales que alimentan las sospechas y la desconfianza sobre el comportamiento público de la mujer:

"Aquí uno tiene que ir con cuidado. Tengo que yo caminar despacito. No es como allá, que tú conversas, con el uno, sabes que tú no estás haciendo nada malo, pero uno tiene que caminar despacito. Aquí sí...(ríe) Aquí hay que caminar...". (Daniela-MR17)

"aunque sea muy amigo. La gente habla y entonces...". (Evelyn-MR39)

El retorno supone, también, la desaparición de esos escenarios, menos segregados, donde las posibilidades de (inter)acción social permitían nuevas presencias legítimas en lo público. Las reuniones en cafeterías, cines, discotecas o pisos, amplificaban sus opciones de movilidad e interacción con los otros -hombres y mujeres- en situaciones que, además de legítimas, eran más equitativas. Incluso, la legitimidad de estas prácticas en destino, como por ejemplo ir a una discotecas, es interpretada de forma negativa desde el orden género de origen. Por este motivo, cuando las retornadas buscan formas de reconocimiento legítimo, acordes con el orden de género vigente en origen, se esfuerzan por distanciarse de estas prácticas/presencias que proyectan una imagen negativa, negando los comportamientos que generalmente se atribuyen a la mujer migrante, como nos recuerdan estos fragmentos:

"Claro, allá si hay más libertad que aquí. Para bailar [...] Además a mi no me gusta casi salir de aquí. Poco me gusta salir a mi". (Silvia-MR29)

"Nunca me fui de fiesta. Nunca conocí una discoteca en España. Todos mis amigos me invitaban, yo nunca iba". (Julia-MR58)

"Porque la gente, algunas, son ambiciosas. Quieren lujo, quieren baile, quieren discotecas. Yo estuve once años, una vez fui a una discoteca. Y esto por compromiso". (Dolores-MR48).

"Yo salía muy poco, a los bares, las discotecas. Yo, cuando no trabajaba, me quedaba en casa, haciendo cosas que no podía hacer de lunes a viernes". (Nelly-MR45)

En este sentido, al regresar a unos espacios públicos más restrictivos se produce un menoscabo en esos empoderamientos logrados en destino. No obstante, en algunos casos, las mujeres retornadas hicieron referencia a un cambio de actitud respecto al impacto que tienen estas restricciones sobre su comportamiento, como se observa en el relato que nos ofrece esta retornada.:

"Entonces yo, ya, ahora que he venido, ya no me importa lo que la gente diga, lo que la gente haga. Y yo lo que me importa es estar bien con Dios, conmigo misma, y que mi hija y que mi madre me quieran. Porque eso para mí es lo más. Que al salir la gente me mire y que diga, a mí no me importa. Entonces ya es diferente, ya es diferente, porque ya has estado allí". (Olga-MR63)

En cualquier caso, es preciso considerar una serie de factores que influyen en la percepción de los espacios como, por ejemplo, la situación conyugal de salida/llegada. Igualmente, es preciso advertir cómo, durante el proceso de adaptación a destino, estas interpretaciones van variando a medida que los controles y vigilancias sociales van domesticando el comportamiento de la mujer retornada, despojándola de esos derechos que disfrutaban en destino -"Allá hay muchísima más libertad que aquí. [...] al llegar allá, la mujer tiene muchísimos más derechos" (Blanca-MR22).

Como resultado, observamos cómo esta dinámica de cesión/pérdida de lo público experimentada por las mujeres retornadas supone una contracción de las fronteras de su propia subjetividad, pues recompone los límites que operan sobre su capacidad de acción y comunicación, un proceso que en la mayoría de los casos despierta sentimientos de nostalgia y frustración.

En cuanto a las experiencias femeninas en el ámbito público entendido como lugar de empleo, el retorno las devuelve a ese sector productivo caracterizado por la falta de oportunidades, la feminización de los espacios para la inserción productiva de la mujer, los problemas de conciliación y la hostilización de su presencia.

Estas dificultades no son nuevas, ni inesperadas, motivo por el cual uno de los principales objetivos del proyecto migratorio era la obtención de una renta para la inversión productiva con la cual generar oportunidades de autoempleo -"hacer algo de

dinero y ponerme algo aquí” (Rosa-MR14)-. Así, el establecimiento de distintos emprendimientos ha sido habitual entre las mujeres, donde podemos encontrar un variado rango de experiencias singularizadas por el tipo de inversión -ligada a la renta de retorno-, o de gestión -en solitario o junto al esposo, hermana, etc. Aunque algunos de estos emprendimientos han logrado prosperar, este éxito no es ni mucho menos generalizable, pues la saturación de oferta o la escasa planificación y la infra-inversión impiden que estos negocios prosperen, como explican estas retornadas:

“Bueno, yo me puse el negocio allí al final. Pero vamos, no estuve ni un año. Tuve que cerrar porque no había negocio. [...] Porque aquí no hay negocio. La verdad es que a mí no me ha ido bien. Nada bien. Y tampoco es que fuera una tienda grande”. (Nelly-MR45)

“Hace un mes abrí un restaurante pero no daba negocio. Y cerré”. (María-MR09)

De modo que la fórmula de emprendimiento-autoempleo solamente ha procurado la inserción laboral a una escasa proporción de mujeres retornadas, y dentro de estas encontramos iniciativas que incorporan al esposo/hogar. Ante estas situación, algunas de las mujeres retornadas han regresado a las ocupaciones anteriores a la migración, que a excepción de una de las informantes que regresó al magisterio, se trata de actividades feminizadas que se desarrollan en el interior de esa fronteras de la feminidad y lo doméstico, donde los ingresos pueden ser escasos e inestables, como sucede con la venta por catalogo, o la costura, como en el caso de esta informante:

“Entonces yo, al estar sola, es peor. Porque yo tengo que ver de dónde como, para pagar el alquiler, la luz [...] Entonces yo, estoy sola, porque en mi casa soy solita. Porque esta niña no encuentra trabajo [...] Entonces, todo aquí es gasto, todo es gasto. Entonces yo, estoy sola, porque en mi casa soy solita. Porque esta niña no encuentra trabajo. Entonces yo, con mis cosas que me invento por ahí. Este mes ahí, que no puedo para la casa [...] pero hay meses que digo, ¡ay, madre mía! Este mes no tengo para pagar la casa! Pero ya como dicen aquí: “que el hijo de Dios nunca muere boca abajo” Ya sale alguien que dice ¡oye! ¡Qué mírame unas sábanas! ¡Qué hazme unas toallas! [...] y ya, yo voy guardando, guardando, hasta que ya, yo tengo el completo, ¡ahora sí!. Por lo menos unos tres días ando sonriente, cuando pago el mes”. (Olga-MR63)

En cualquier caso, el grupo más numeroso lo constituyen las mujeres que no se han podido incorporar al sector productivo debido a la existencia de barreras de ingreso para la mujer -“*El trabajo aquí, para las mujeres, es más difícil*”-, a las que ya hicimos referencia en el cuarto capítulo. Por otro lado, la demanda de trabajadoras tanto en el sector público como en el privado suele estar cubierta por las personas no migrantes que han acumulado el capital social y humano requerido (Nieto, 2012).

En resumen, el retorno supone para la mujer el re-encuentro con unos espacios públicos segregados, donde las vigilancias y controles sobre las relaciones intersubjetivas orientan sus interacciones sociales hacia lo privado donde vuelve a dibujar las fronteras de su sociabilidad -y su confinamiento. De igual modo, las dificultades de inserción productiva han devuelto a muchas de estas mujeres a las relaciones dependencia y al hogar, perdiendo el control sobre los recursos financieros del hogar -“*Lo que más me ha costado es no tener trabajo, no manejar mi dinero*” (Carmen-MR04)- y limitando su capacidad para negociar relaciones más equitativas -“*así son las cosas aquí*” (Roberto-MR01).

Sexualidad

Al analizar las transformaciones en la definición de la sexualidad como componente del modelo de identidad femenina en el proceso de retorno, la información obtenida a través de la observación y los relatos revela resultados ambivalentes.

La evidencia parece mostrar, con ciertas excepciones, cómo las relaciones poligínicas, los celos masculinos y la tolerancia hacia la infidelidad masculina siguen estando presentes en el retorno. Una situación que, por otro lado, parece concordar con la lógica de reconstitución del orden patriarcal mostrada hasta el momento.

La preservación o la recreación de los estrategias de control y explotación de las capacidades sexuales y reproductivas de las mujeres retornadas prevalece en la medida en que siguen estando presentes, o se reconstruyen, los mecanismos que la sostienen, como son: la segregación/exclusión del sector productivo, la dependencia material, la fragilidad del vínculo conyugal, la irresponsabilidad del esposo, la competencia sexual y el temor al abandono.

Por otro lado, las retornadas, en especial aquellas que migraron en solitario, se ven afectadas por el estigma que pesa sobre la mujer migrante que promueve el imaginario sobre la promiscuidad, la lascivia y el desenfreno que se les atribuye desde origen. En este sentido, las retornadas se ven forzadas a realizar un mayor esfuerzo por distanciarse de

estos comportamientos que perjudican su proyección social y su capital simbólico, con el objetivo de volver a ser percibidas como mujeres -y no como migrantes.

Según vimos, estas representaciones podían ser utilizadas para coartar la voluntad de la esposa migrante y obligarla a aceptar las infidelidades de los esposos en origen, asumiendo estrategias de aguante. De forma que, a su regreso, pueden encontrar dificultades para poner fin a los compromisos -secundarios- o las aventuras de sus esposos, lo que las sitúa en la disyuntiva de tolerar esta situación y mantener la relación, o, por el contrario, terminar la relación y enfrentar las dificultades de la subsistencia en solitario.

Lo cierto es que se conocieron algunos casos de ruptura conyugal después de haber restablecido la convivencia en origen, pero, como nos muestra este ejemplo, se trata de una decisión muy compleja pues puede suponer una renuncia a las inversiones realizadas durante la migración y la necesidad de re-migrar. En este caso, los detonantes de la ruptura son las infidelidades del esposo, el incumplimiento de sus obligaciones materiales y la violencia física, lo que en su conjunto la mujer encuentra intolerable gracias a los aprendizajes y la autonomía adquiridos en destino:

"Nos separamos, a raíz que llego de España. Creo que un año, dos años, vivimos juntos y nos separamos. No había...o sea, la vida era fuerte. Horrible, no podíamos. Se rompió nuestro hogar. Se rompió todo [...] los problemas surgieron aquí. Yo decía una cosa, yo venía con otra mentalidad. Porque uno cambia en esos países [...] O sea, cambié, que si era tonta, ya no era tonta ¿Me entiendes? Decir las cosas así en claro. Lo que me gusta, lo que no me gusta. Aprendes a vivir mucho allá. Otro estilo de vida. Otras cosas ¿me explico? Y eso, pues no le gustaba, de pronto a él, mucho. A los niños yo los llevaba de una forma. Si yo decía negro, él decía blanco. Entonces, no podíamos [...] y el respeto, no había respeto. Para mí no había. Me trataba como una basura. Y los niños atrás de él. Entonces no era posible. No era posible. Yo no me lo merecía. Pero ese hombre, era tan cerrado, que nunca entendió nada. Jamás entendió nada [...] ¡Por Dios! toda la vida, hasta el día de hoy los mantengo. Viven en casa. Tan solo son el simple hecho de darles vivienda están a mi cargo [...] Yo me fui de casa, dejando mi propia casa. Y él los chicos se quedaron. Yo me fui a trabajar. Al naranjal, no sé si conoce ese punto". (Julia-MR58)

También debemos señalar la importancia que tienen los imaginarios sobre la prostitución de la mujer migrante que aparecen, recurrentemente, cuando las mujeres migrantes-retornadas han logrado alcanzar cierto éxito económico. Estas representaciones, como las otras, no parecen tener otro sentido que la intención de desvalorizar a la mujer

migrante, perjudicando su capital social y simbólico, impidiendo que estas puedan hacer uso de su éxito en origen.

En cuanto a las experiencias de retorno de los núcleos matrifocales, su interpretación nos revela una situación paradójica pues, si bien pueden ser explicadas como una forma de resistencia de la mujer migrante ante los controles y los abusos -emocionales, físicos y materiales- por parte de los esposos, no es menos cierto que el habitual abandono de las obligaciones -materiales, sociales y afectivas- del esposo hacia el hogar revela las condiciones de explotación sexual y reproductiva de la mujer, obligada a asumir las responsabilidades en solitario. De este modo, su retorno se desarrolla en un contexto de vulnerabilidad que, habitualmente, obliga a la mujer a ponerse en situación de dependencia -de sus familiares- tras el regreso.

Debemos añadir a estas experiencias aquellas en las que se ha observado la reaparición de los controles sexuales y reproductivos sobre la mujer tras el retorno, tanto por parte de los esposos, como de otros familiares. El incremento de las vigilancias en defensa del honor del hombre, o la familia, y el señalamiento social llevan a la mujer a extremar sus precauciones en el espacio público en la medida en que reaparecen. Es preciso considerar el impacto emocional que tienen estas situaciones en las mujeres retornadas que, en destino, se habían sentido liberadas de ese control que ejercen las miradas de familiares y vecinos -“¿Dónde vas sola?, ¿y qué pasa con papá?”- (Evelyn-MR39) // *"Aquí uno tiene que ir con cuidado. Tengo que yo caminar despacito [...] mis cuñados son muy celosos, controlan" [...] la familia de él es muy vigilante"* (Daniela-MR17).

Finalmente, también se pudo comprobar cómo, incluso en algunos casos donde la mujer había logrado ampliar su margen de movilidad y desarrollar mayor confianza en la relación conyugal, se han producido un regreso a las situaciones de control justificadas en los celos sexuales, como se puede observar en el siguiente relato:

"Él no quiere ni que vaya al centro. Me cela con el ordenador, me cela con el teléfono, me cela con los alumnos que llegan ahí [a la tiendita][...] que yo paro en la calle, que yo no vengo aquí donde mi mami". (Gladys-MR53)

Como veremos a continuación, la (re) incorporación a la relación conyugal de estos mecanismos de control debe ser situada en un contexto amplio donde intervienen toda una serie de operaciones ideológicas que recrean las condiciones -dependencia, confinamiento, vergüenza, honor, violencia, etc.- que permiten la deriva de convivencia hacia formas de

vinculación que promueven la subordinación de la mujer retornada en el hogar y desde el aguante.

Violencia

Examinamos ahora el modo en que se orienta el modelo de identidad femenino y las relaciones de género en relación con los usos de violencia en el contexto de retorno.

Una primera constatación en este sentido es la conexión existente entre el proceso de retorno de algunas mujeres y ciertas violencias materiales, emocionales y/o físicas aparecidas en destino; esto sin considerar la violencia material -y social- que afecta a las migrantes jefas de hogar como consecuencia de la irresponsabilidad del progenitor.

De igual modo, vemos como el retorno de los núcleos matrifocales, con independencia de otras violencias físicas que puedan o no haber irrumpido en la convivencia del hogar en destino, estuvo marcado por la presencia de violencias materiales y emocionales, previas y posteriores a la ruptura, como consecuencia del abandono de las obligaciones materiales del esposo, existencia de relaciones polígamas, etc.

En estos casos, la ruptura puede ser presentada como una resistencia de la mujer migrante a estos abusos -siempre que la decisión sea suya-. Pero, de cualquier modo, lo habitual fue el abandono del padre-esposo-migrante de sus obligaciones materiales hacia los hijos, lo que derivó en una situación de fragilización económica y social del núcleo que desencadenó el retorno, y donde es sencillo que aparezcan comportamientos controladores y dominadores en el entorno de acogida.

Además, la información obtenida nos permite constatar el traslado de las relaciones de género, en una gran parte de los núcleos conyugales retornados, hacia formas de vinculación que favorecen el recurso y la aceptación de la violencia. En los casos observados, esta transformación tienen lugar en la medida en que el hogar retornado avanza en su proceso de adaptación a las lógicas que ordenan las relaciones sociales en origen.

En este sentido, vemos como, a medida que las retornadas y los retornados orientan sus procesos identitarios de acuerdo con los modelos hegemónicos vigentes en origen, reaparecen las relaciones de dependencia que permiten la irrupción de las coacciones y la violencia material en el hogar. Y estas, como explicamos, son el preámbulo necesario para ese ciclo de violencias emocionales y simbólicas que pueden terminar en el recurso a la

violencia física en la medida en que la dependencia de la retornada -y los hijos- es utilizada para promover la aceptación de una posición subordinada y de relaciones abusivas.

Como se refleja en el siguiente relato, con la pérdida de su autonomía material las retornadas -"Él gasta todo, él lo administra todo. Todo él. La comida la compra él"-pueden ver reducida su capacidad para negociar vínculos más equilibrados -"Yo lo llevo mal. Porque yo, ¿Cómo lo dejo? Mi hija tiene la comodidad allá"-, esto facilita la aparición de la dependencia emocional y del temor al abandono/separación, lo que, a su vez, favorece tanto el recurso masculino como la tolerancia femenina al maltrato emocional, y esos comportamientos controladores y dominantes que van aislando socialmente -"no quiere ni que vaya al centro. Me cela con el ordenador, me cela con el teléfono",- y limitan la movilidad de la retornada -"Pero a mí no me puedes tener esclavizada aquí dentro"-, lo que genera un ciclo progresivo de abusos y violencias.

La capacidad de la mujer retornada para resistir el avance de este proceso se ve limitada en un contexto en el que favorece las estrategias femeninas de aguante -"Por esta niña he aguantado[...] Por eso a veces he aguantado, él lo sabe"- y la aceptación del uso de la violencia:

"Él no quiere ni que vaya al centro. Me cela con el ordenador, me cela con el teléfono, me cela con los alumnos que llegan ahí [a la tiendita]. Entonces le digo: ¿con quién ahora me vas a celar? Tú estás enfermo, tú tienes una enfermedad. [...] Ayer fue porque iba donde una amiga [...] Es mi hora, yo voy y vengo. Pero a mí no me puedes tener esclavizada aquí dentro [...] Que dice que yo paro en la calle ¿tú sabes los que paran en la calle? [...] que yo paro en la calle, que yo no vengo aquí donde mi mami. [...] Entonces yo le digo, "mira, si ya tú sabes lo que hay. Separémonos y ya está"[...] ese desconfía. Yo le digo, "si no me tienes confianza, no estemos juntos, separémonos" [...] Por esta niña he aguantado[...] Por eso a veces he aguantado, él lo sabe. Y le digo que me voy a largar: "sí, lárgate, que el otro te va a dar mejor" ¿Usted me ha visto a mí con alguien? Si yo soy así, amiguera, risueña, que me gusta bromear con la gente [...] Él se imagina de todo. De todo el mundo [...] Me dijo: "¿y tú qué tienes con Carlos? [su cuñado] ¿Qué? ¿Hasta con Carlos me vas a celar ahora? Está mal, está mal. [...] [...] Yo lo llevo mal. Porque yo, ¿Cómo lo dejo? Mi hija tiene la comodidad allá. Ni aquí no la va tener [en casa de la abuela materna] Entonces, ¿yo qué hago? ¿Dígame usted? ¿Piense? Yo pienso, como dicen que hay que pensar [...] Pero dígame usted, la niña allá tiene todo [...] No me da nada. Yo le dije, a mi usted tiene que pagarme [...] Él gasta todo, él lo administra todo. Todo él. La comida la compra él [...] Yo le cocino, pues por eso le digo yo [...] Yo cocino, limpio la casa... [...]". (Gladys-MR53)

Hay evidencia de un par de casos en los cuales las mujeres retornadas pusieron término a sus relaciones violentas en distintas fases. En el primero de los casos, esto se produjo durante los primeros meses transcurridos tras su regreso. Es cierto que la hostilización de la convivencia se había iniciado en destino debido a los conflictos surgidos con el desempleo del esposo, donde el retorno aparece como una estrategia para salvar el matrimonio de la ruptura. Así, después de unos meses en origen, la ausencia del esposo en el hogar y su mayor proyección pública favorecieron el distanciamiento afectivo de la pareja y el confinamiento privado de la retornada, de modo que ésta decidió separarse y estaba valorando el regreso a España durante nuestro último encuentro.

En el segundo caso, la separación se produjo cuando ya estaban presentes en la relación la violencia material -"él ya tenía otras mujeres y no quería llevar comida a casa"- una vez que la retornada había agotado la renta de retorno -"Ya me quedé chira"- y la violencia física -"las golpizas que me daba"- que habían convertido la violencia instrumental en un mecanismo habitual de comunicación y resolución de conflictos en el hogar -"pues mira, siempre terminan golpeándote", como se desprende de su relato:

"Me trataba como una basura [...] Pero cuando nos separamos, nos separamos fue por ese detalle. Y es porque él ya tenía otras mujeres y no quería llevar comida a casa. [...] Ya me quedé chira. [...] Y siempre peleábamos por la casa [...] Entonces, por eso fue la discusión [...] De pronto, andaba con mujeres. O sea, sí, andaba con mujeres. Porque al año de haber regresado [ella], yo me enteré, que él tenía unas fulanas recogidas. Con hijos que no eran de él, y los mantenía [...] alquilada [...] y eso fue también lo que nos separó [...] y las golpizas que me daba. Tras de eso, cuando me entero, me golpeaba. Entonces, yo reclamaba y, por reclamar, pues mira, siempre terminan golpeándote". (Julia-MR58)

En resumen, observamos como las mujeres retornadas ven reducidas su capacidad para articular resistencias al uso de la violencia al regresar a un contexto social que favorece las condiciones de subordinación de la mujer y donde es tolerado el recurso a la violencia como medio vincular, en la medida en que se ve desprovista de las garantías y derechos, lo que genera esos sentimientos de indefensión que promueven la resignación femenina y las estrategias de aguante.

6.3.2. El modelo masculino. Empoderamiento privado y sumisión pública.

La reconfiguración del modelo de identidad masculino durante el proceso migratorio respondía a la necesidad de adaptar las formas de expresión de la masculinidad, de un lado,

a las condiciones objetivas y subjetivas que proponían los lugares de destino, y, del otro, a las interpretaciones que permitían reconocer a estos hombres migrantes desde los lugares de origen. Como resultado, se produjo una transformación de los significados y las jerarquías que ordenaban los espacios, las tareas y las personas, facilitando la reconstrucción del universo masculino del hombre migrante sobre unas fronteras que dejaron de estar solapadas con aquellas que definían los confines de la hombría.

De este modo, los migrantes pudieron negociar formas de incursión/participación en un universo tradicional femenino, donde observamos una participación más equilibrada en las relaciones de poder, incursiones en la esfera doméstica y el ámbito emocional, sin que estos procesos de desempoderamiento, domesticación y fragilización de la masculinidad migrante se vean afectados de ese carácter feminizante que se les podría atribuir en origen.

Por este motivo, la perspectiva del retorno plantea un enorme desafío a los hombres, pues necesitan recomponer una masculinidad que resulte reconocible en origen. Sin ello, es difícil que logren recuperar su membresía a esa fraternidad masculina que, de forma tan trascendental para los hombres, regula y orienta las acciones masculinas a través de los reconocimientos y recompensas que permiten incorporar e identificar la cualidad viril. Este asunto plantea a los retornados la necesidad de reconfigurar -y/o desprenderse- de todos significados incorporados durante su experiencia migratoria que tras el retorno quedan más allá de las fronteras de la masculinidad.

Así, frente a la flexibilidad que reclamaba la adaptación de los atributos y cualidades masculinas a las condiciones subjetivas y subjetivas planteadas por la realidad migratoria, el retorno aparece como un proceso de reconfiguración simbólica de mayor rigidez, pues los hombres retornados gozan de menor margen para la interpretación de su masculinidad, debiendo optar entre un posicionamiento reivindicativo de su experiencia, que les conduce al ostracismo, o la expresión de esas formas tradicionales de la hombría que les devuelven al grupo. Además, si tenemos en cuenta la situación de vulnerabilidad -material, social y/o simbólica- en la que regresan muchos de estos hombres, y la enorme presión que ponen sobre ellos las vigilancias sociales y la sensibilidad masculina al enjuiciamiento público, podemos entender la aparición de procesos acelerados de recomposición de la hombría.

En consecuencia, vemos como se produce un empoderamiento de la masculinidad en el proceso de retorno en la medida en que los hombres restituyen su dominio y recuperan su control sobre aquellas parcelas de acción que había quedado abiertas al debate y la

negociación. Del mismo modo, la inclinación de la masculinidad hacia lo público permitirá su alejamiento del ámbito doméstico, en la medida que los retornados se verán presionados por esas vigilancias y esos controles sociales que provocan su vergüenza. En la medida en que los hombres retornados restablecen su centro de gravedad en el ámbito público, vemos como vuelve a abrirse el distanciamiento de los universos de referencia masculina y femenina abre la brecha emocional en la parejas de retornados, lo que se aprecia en la reaparición de los comportamientos sexuales, el consumo de alcohol o el recurso a la violencia.

Hogar

Para comprender los factores que afectan al proceso de reconfiguración de la identidad masculina en el hogar durante el retorno es necesario hacer referencia a las situaciones domésticas de partida de los lugares de destino de estos hombres, pues esto nos conduce hacia diferentes escenarios de llegada. En cualquier caso, un elemento común en las experiencias de retorno de los hombres balzareños es la reaparición de las formas tradicionales de vinculación de la masculinidad en el hogar desde la ausencia y el dominio.

Al igual que sucedía con las mujeres, la mayor parte de las experiencias de retorno pasan por la integración, más o menos temporal, en un hogar extenso. Y, de igual modo, se ha podido comprobar cómo esto se corresponde con una exposición temprana y directa a los controles y vigilancias familiares sobre las prácticas de los retornados que estimulan los desaprendizajes y la incorporación de formas de género reconocibles. Un elemento determinante en la reconfiguración de la identidad masculina y las relaciones de género tienen que ver con el desplazamiento social y simbólico de la masculinidad hacia lo público, pues supone un retorno a la segregación tradicional de los espacios que permite justificar y normalizar la segregación de las tareas productivas/reproductivas.

En cualquier caso, las dinámicas que conducen hacia estos resultados difieren en función de la situación familiar de retorno de los hombres, donde podemos distinguir los procesos de retorno en solitario y aquellos que forman parte de un proceso de retorno familiar/conyugal.

Los procesos de retorno en solitario se corresponden, de modo general, con situaciones de ruptura conyugal/familiar en destino. Al analizar los elementos que contextualizan, y justifican, estos procesos de retorno es posible identificar una cadena de acontecimientos que se repiten en las explicaciones sobre la situación de salida de los hombres como son: el

deterioro de la situación económica y la pérdida de empleo, la presencia/dependencia en el hogar, la aparición de cuestionamientos a su jerarquía en el hogar y a su masculinidad, la hostilización de la convivencia, restitución violenta de la autoridad, la expulsión forzada del hogar, la desprovisión y el retorno. Aunque estos elementos no están presentes por igual en los relatos de los retornados, reaparecen con distinta secuencia, mostrando un patrón común en el retorno en solitario masculino.

Debemos recordar que la situación económica y familiar que rodea a los procesos de retorno de estos hombres los hace especialmente vulnerables a los juicios sobre el fracaso económico y familiar de los migrantes que tanto avergüenzan a los hombres. En relación con esto parece adecuado tener en cuenta dos factores. En primer lugar, estas explicaciones presentan a los retornados como víctimas de la situación generada por el orden económico y de género -las mujeres- que desencadena la acción de restitución o resistencia. En muchos de los relatos masculinos resulta llamativo ver cómo, aunque hacen referencia a su situación de precariedad financiera tras abandonar del hogar -“por mi hija me quedé fregado allá”-, a penas recibe consideración alguna el abandono material y social de sus obligaciones hacia el hogar/hijos o su situación. En todo caso, los comportamientos reflejan una defensa de ese modelo tradicional de identidad masculino que se define a través del control y la dominación.

En segundo lugar, estos relatos parecen mostrar una forma aceptable -en origen- de explicar la situación de retorno por parte de unos hombres que además de regresar sin su familia, lo hacen al hogar de su madre y, habitualmente, con pocos recursos. En este sentido, este interés por recurrir a una interpretación válida nos revela su adhesión a los valores y normas que regulan las relaciones de género en origen.

Además, la situación de llegada de estos retornados en solitario tampoco parece que pueda favorecer una transformación en la reconstitución de su identidad en el ámbito doméstico. De un lado, porque, tras su regreso, es habitual que queden integrados en un hogar extenso -o el materno- donde los espacios y las tareas están organizadas de acuerdo con las lógicas de género tradicionales, de modo que apenas hay estímulos para que el retornado intente desafiarlas, si tuviese algún interés. De otro lado, porque la situación de fragilidad que afecta a los hombres hace que estos se esfuercen por reconstituir tan pronto como puedan su capital simbólico y su credibilidad social como hombres, siempre en función de sus medios. Esto puede conducirlos al intento de recomposición rápida de su

vida sexual y/o reproductiva, estableciendo relaciones casuales o compromisos más duraderos de acuerdo con los modelos vinculares tradicionales.

Esta situación es distinta cuando el retorno masculino forma parte del proceso de retorno del hogar migratorio pues, como vimos, la convivencia en destino exige una reorganización de las obligaciones y las expectativas mutuas de la pareja. Los migrantes conocen las dificultades de trasladar determinados arreglos y formas de expresión adquiridas en destino que desafían el orden patriarcal en origen, por eso, mientras que las mujeres pueden afrontar el retorno con temor a perder los espacios de relación más equitativos que han construido, los hombres migrantes ven cómo la preservación de dichos arreglos puede afectar negativamente a la expresión de su masculinidad -"volver a ser normal".

Por tal motivo, la pervivencia de estos arreglos llega a ser interpretada por muchos de los retornados como un motivo de vergüenza, que les expone a las burlas de los demás, pues aquellos espacios de poder que en destino habían quedado abiertos a la negociación, en origen les convierte en mandarinas -"*mira, ahora le manda su mujer*"-. De igual modo, sus incursiones en las tareas domésticas son juzgadas con recelo por ser inapropiadas para el hombre -"*mi suegro se metía molesto por qué se permitía él hacer el desayuno*" (Daniela-MR17), de forma que los hombres se van alejando de un espacio que perjudica su proyección social.

El distanciamiento físico del hogar por parte del retornado es también consecuencia de esas obligaciones sociales y productivas que reclaman su presencia en lo público. Así, como resultado de la intervención de estas fuerzas de expulsión de lo doméstico-reproductivo y atracción hacia lo público-productivo, los retornados desplazan su centro de acción hacia el exterior y abandonan los arreglos domésticos alcanzados en destino -"*Y eso fue César. Un hombre que aprendió mucho*"- como nos explicaba esta retornada: "*Aquí en cambio me parece que a Henry le falta ganas[...] Porque el hombre en Ecuador es machista [...] Y eso fue César. Un hombre que aprendió mucho, que el trabajo se compartía, que el trabajo se hacía entre dos*" (Daniela-MR17).

En la medida en que las parejas de retornados vuelven hacia un modelo vincular organizado de acuerdo con el orden tradicional -de segregación de los espacios y las tareas- que promueve la movilidad masculina y la dependencia femenina, se refuerzan esas viejas jerarquías que se sustentan sobre el control masculino de los recursos financieros -"*allí era*

mi mujer quien administraba todo, aquí no puede ser así [...] todo el mundo lo hace, es lo que hay. Así son las cosas aquí” (Roberto-MR01).

En resumen, podemos decir que en el retorno se produce un empoderamiento de la masculinidad en el interior del hogar, que recupera su esencia feminizante y vuelve a ser el lugar de la dominación masculina y la explotación de la femineidad, en la medida en que los retornados son incapaces de resistir las presiones que les mueven a incorporar formas tradicionales de vinculación.

Público

Si el espacio público había perdido en los lugares de destino ese carácter segregado para convertirse en un ámbito -algo- más participativo y equilibrado, el proceso de retorno puede ser interpretado como un proceso de reapropiación de lo público por los hombres-retornados. Esto permite, a su vez, reorganizar la estructura de dominación masculina a través de la paulatina subordinación de los espacios y las tareas, lo que supone una vuelta a los estilos de vida que recrean las viejas jerarquías, a medida que avanza el proceso de adaptación, como explica este retornado: *“Los primeros meses sí [...] Uno nota bastante. Ya después te vas...te vas...dedicando, a dedicarte al mismo ritmo de vida que tú llevabas en antes [...]”* (Eduardo-MR38).

No obstante, al examinar de cerca este asunto observamos cómo aquello que parece un proceso de reapropiación masculina de lo público es, en realidad, un proceso en el que lo público se apropia de la identidad masculina. Como nos explicaba Bourdieu (2000), esa ilusión de libertad masculina no es otra cosa que la sumisión a esas trampas que gobiernan al hombre: el honor y la vergüenza.

Como ya explicamos, el control que ejerce sobre la masculinidad el sentimiento de vergüenza es tan fuerte que muchos de los retornados prefirieron *“aguantar allá”* en circunstancias de precariedad antes que regresar, pues afrontar la vergüenza del fracaso se advertía insoportable -*“Ya si te vienes a quedar, te llaman fracasado. Te marginan”* (Miguel-MR61).

Así, mientras que la adaptación de las mujeres retornadas se desarrolla en los confines de lo doméstico, al verse sometidas a las presiones, controles y vigilancias sociales que la orientan hacia este espacio, la adaptación de los hombres está sujeta a las presiones, controles y vigilancias que orienta su prácticas y sus emociones hacia el exterior. Así, la proyección pública de la masculinidad, el deseo del retornado ser reconocido como

miembro del grupo, las lógicas de la homosocialidad masculina -el desafío, la disputa, la conquista, la exageración, autonomía, etc.- y su posición de exterioridad moral -consecuencia de su estatus de migrante- exponen a los hombres a los hombres retornados burlas y abusos. Estas dinámicas forman parte del proceso de sensibilización de los hombres retornados a los controles exteriores que les permiten re-conocer la importancia de lo público y su hegemonía respecto a lo privado.

En un contexto donde la masculinidad se dirime en lo público, donde sus sentidos siempre están en disputa, donde la hombría debe ser representada ante los demás, estos hombres retornados que llegan lastrados por el fracaso económico y, en ocasiones, familiar, se aventuran en expresiones que les permiten una rápida recomposición de su capital simbólico, de su virilidad. De manera que la aceptación y el reconocimiento del grupo deviene fundamental.

Este es el contexto en el que debemos situar esos comportamientos de reconstitución y resignificación de la hombría, con insistentes referencias a la conquista sexual -"Ese man anda con unas cuantas gacholas por ahí" (Miguel-MR61)- o al consumo de alcohol, como vemos en este fragmento:

"Yo cuando llegué no me puse a...No, primero me puse a...me puse un negocio de chuzos . Ahí en la esquina. Me hice un hornito. Me costó como 30 dólar el hornito que me hice. me hice un hornito, alitas de pollo; alitas. ¡ahí! en esa esquina de allá. sino que tuve una mala racha que me..que me...me fui en el alcohol. no sé que me pasó. Y dejé el negocio. me trajeron mis hermanos a trabajar ahí, y las cosas se fueron ya normalizando". (Eduardo-MR38)

Sin embargo este reconocimiento del valor de lo público-masculino por parte de los hombres retronados no es solo una cuestión simbólica, pues tiene importantes consecuencias prácticas. La recomposición de su capital simbólico es determinante para cultivar y extender las relaciones sociales, y esto facilita el ingreso en las redes por las que circula la información sobre esos empleos eventuales que constituyen la base del sistema laboral local (Nieto, 2012).

Sexualidad

Al analizar las prácticas y los discursos sexuales de los retornados balzareños vemos como están presentes la abundancia y el exceso que caracterizan al modelo de identidad masculino, resultado de esa necesidad de compartir los éxitos y las conquistas amorosas

para obtener reconocimiento y rendimiento simbólico, como nos recuerdan estos fragmentos de dos retornados sobre sus experiencias en destino:

"Te sentabas allí a tomar un cubata. Y ya estabas allá, se te sentaban, te hablaban bonito. La primera vez no me llevé ni una. La segunda vez, sí. Me llevé a una ecuatoriana [...] Esa fue la segunda. Pero estuve más tiempo con ella [la boliviana] que con el primer compromiso. Primero fue una de Balzar que vive aquí abajito, no más. La segunda fue la sobrina de César [...] Con la segunda sí, casi cuatro años. Yo de ahí, yo andaba con mujeres. Había mujeres que quisieran para formar un hogar, tener una estabilidad [...]". (Miguel-MR61)

"allí también estaba con varias mujeres. Con la madre de mis hijos también".
(Vicente-MR07)

Esto nos sirve para recordar que en destino no dejaron de estar presentes los fuertes desequilibrios en los espacios de sexualidad legítima asociados al género, así como en los rendimientos -simbólicos y sociales- que los comportamientos sexuales reportan a hombres y mujeres. Así, mientras los relatos femeninos se ven movidos por la discreción y la cautela, los hombres hacen gala de su aptitud de mujeriego y mantienen de una manera más o menos pública sus redes poligínicas, lances y otras formas de explotación sexual -y reproductiva-, lo que nos da muestra la permanencia de estas desigualdades en destino.

No obstante, estas experiencias corrieron paralelas a aquellas otras de nuclearización del hogar en torno al ideal de la pareja monógama y la "fidelidad" mutua, en la medida en que las mujeres se mostraron menos tolerantes a las infidelidades de los esposos en destino. Esta forma de vinculación también parece estar presente en el momento de retorno en algunos casos, si bien, el contexto de origen recrea una serie de condiciones que favorecen la reaparición de las viejas formas de desigualdad y explotación sexual.

De un lado, esto es así porque se abre ante los retornados un amplio espacio de posibilidades y de tolerancia a la acción sexual -"Porque aquí, tú sales, por ejemplo, a la discoteca con muchachas de 17, de 15, de 14 años [...] Tienen bastantes amistades" (Miguel-MR61). Además, compartir aventuras sexuales forma parte del proceso de socialización masculino y de construcción de la identidad y el sentimiento de pertenencia al grupo.

Este despliegue de potencial sexual de los retornados no parece extraño si tomamos en consideración la situación que les plantea un entorno de oportunidades -estimulación de la

sexualidad, dimorfismo sexual, dependencia, etc.-, la fragilidad emocional que acompaña el proceso de adaptación masculina, la necesidad de reconstruir su capital simbólico y de constituir puentes de identidad con el grupo. Si bien se trata de una situación que puede variar en función de la circunstancia familiar y personal del retornado, podemos confirmar una presencia, más o menos generalizada, de prácticas sexuales que incluyen nuevos compromisos, lances, prostitución y compromisos en paralelo entre los hombres retornados.

A su vez, el despliegue de este potencial de acción sexual masculina, cuando viene acompañado de situaciones de dependencia material y emocional de la esposa-hijos, sirve para recrear las condiciones de competencia sexual entre las mujeres y estimular estrategias femeninas de aguante -"de vuelta me ha dicho: no, no te vayas. Le digo: no, no me voy. Pero esto es lo que hay"- como podemos recordar en las palabras de este retornado:

"Antes yo tenía muchos problemas. Y ahora cuando ve la cosa jodida. Porque sabe que yo voy a ver a la otra persona. Ella sabe. Pero yo no tengo la culpa. Porque yo llegaba tranquilo, y me fastidiaba la vida. Yo no podía irme a Guayaquil, porque ya me iba de putas. Hasta que llega el momento en que todo cansa, y conocí a esa otra persona. Esa sí, esa siempre con la sinceridad. Si acepta bien, y si no. Y, ahora, la otra quiere recuperar lo...lo anterior. Lo bueno. Pero ya no puede ser. Ya no más aguanto por mis hijos [...] Porque ya me entendió la clase de[...] que quiero yo. Estoy tranquilo, pero, por otro lado. Por eso ya...ya le he dicho que si algún día hay un problema, o algo. [...] Hemos llegado a esos extremos, pero de vuelta me ha dicho: no, no te vayas. Le digo: no, no me voy. Pero esto es lo que hay [...] La otra persona, también, entendió. Y ¿para qué?". (Miguel-MR61)

En este contexto, vemos cómo en el retorno masculino pueden reaparecer no solo los comportamientos de abuso y explotación sexual de la feminidad sino también las operaciones ideológicas de culpabilización de la feminidad -"Porque yo llegaba tranquilo, y me fastidiaba la vida"- y exoneración de la masculinidad -"Pero yo no tengo la culpa" // "Ya no más aguanto por mis hijos"- que permiten juzgar la desigualdad implícita en esta situación como un arreglo justo.

Violencia

Al examinar las interpretaciones de la violencia en relación con la reconfiguración de la identidad masculina en el proceso de retorno, resulta llamativo cómo la violencia física

aparece detrás de una parte considerable de los relatos de los hombres como detonante del regreso en solitario.

De acuerdo con la información presentada hasta este momento podemos entender cómo a medida que avanzan los retornados en sus procesos de adaptación se va reconstruyendo un escenario que posibilita el despliegue de las violencias legítimas que concede el orden patriarcal.

Así, la violencia psicológica aparece pronto en los procesos de retorno, cuando la emergencia de conflictos y cuestionamientos en la convivencia con otros familiares fueron resueltas por los retornados mediante estrategias de evitación -de la presencia- que alimentaron la sensación de abandono y vulnerabilidad en las mujeres. Algo similar puede decirse cuando las diferencias que en destino eran resueltas en la pareja mediante la negociación son, ahora, afrontadas por el esposo desde la indiferencia y mediante la ausencia -"así son las cosas aquí".

De igual modo, hemos visto cómo la segregación de los espacios y las tareas puede facilitar el distanciamiento físico y emocional de la pareja, pero también da lugar a la reaparición de la dependencia de la mujer retornada, que fue explotada por algunos hombres para coartar los espacios de movilidad de la mujer retornada y controlar sus relaciones sociales -"Él no quiere ni que vaya al centro". Estos comportamientos, además, suelen ser incitados por un contexto social que anima en el hombre el temor y la vergüenza a la infidelidad.

Para completar este escenario debemos añadir la situación que generan la tolerancia social hacia la promiscuidad y la infidelidad masculina que, en ocasiones, llegan a formar parte de las prácticas de sociabilidad masculina no solo legítimas sino prescriptiva. El resultado de esto es la creación de ese clima de competencia sexual que favorece la dominación y la violencia masculina, pues, la dependencia material y emocional de la esposa reavivan el temor al abandono -"Porque ya me entendió la clase de[...] que quiero yo. Estoy tranquilo, pero, por otro lado. Por eso ya...ya le he dicho que si algún día hay un problema, o algo" (Miguel-MR61)- y conducen a la aparición de estrategias femeninas de aguante -"Por esta niña he aguantado" (Gladys-MR53).

Finalmente, la reunión de todas estas circunstancias en un espacio social donde el uso de la violencia como medio de vinculación en la pareja, de expresión de los sentimientos y de solución a los cuestionamientos en el interior -y el exterior- del hogar, también puede

favorecer el recurso a la violencia física por parte de los retornados -"*por reclamar, pues mira, siempre terminan golpeándote*" (Julia-MR58)-. Así, en la medida en que las mujeres retornadas pierden sus espacios de negociación, la violencia reaparece como recurso para la resolución de conflictos.

CONCLUSIONES

En esta tesis se ha realizado un examen de las dinámicas de género que tienen lugar durante la migración de retorno en el ámbito urbano de la región costera de Ecuador y el modo en que las experiencias de los retornados se ven determinadas por éstas. La selección de este espacio concreto es resultado, de un lado, de las particulares condiciones que ofrece este ámbito de trabajo, habida cuenta de la mayoritaria participación de la población costera en el flujo migratorio ecuatoriano y de su composición predominantemente femenina y urbana. De otro lado, como hemos insistido, esta elección nos brindaba la oportunidad de situar el foco en un área donde la producción de estudios migratorios y de género ha sido escasa.

Abordar el análisis de la migración de retorno desde una perspectiva de género exige prestar una especial atención a los conceptos y las lógicas que se construyen y se recrean desde el género, en un momento y lugar determinado, y al modo en que estos procesos modulan las estructuras objetivas y subjetivas que organizan la vida social. Esta orientación ha permitido desvelar y comprender los procesos que tienen lugar tanto en el nivel de análisis meso, donde se integran las dinámicas migratorias con las relaciones productivas y reproductivas, como en el nivel de análisis micro, donde los sujetos dan sentido a sus experiencias, negociando sus intereses y sus propios significados. De igual modo, al abordar la migración de retorno desde el género hemos tenido que atender a las diversas cronotopías del proceso, para dar sentido a los distintos puntos de encuentro entre el sujeto y el contexto socio-cultural -el de salida, el migratorio y el de retorno-, pues éstos reclaman un análisis profundo de lo que ahí sucede.

Primero, ha sido preciso develar el contenido de los conceptos y las lógicas que orientan las relaciones de sociales y de género en Balzar. Para ello, hemos atendido a los procesos socio-históricos que dan un sentido profundo a los conceptos -de hombre, mujer, esposa, esposo, hijo/a, matrimonio u hogar- y las lógicas que gobiernan las distintas estructuras/instituciones que organizan la vida social. Para producir este conocimiento de lo real hemos explorado el sentido común de los actores a través de sus prácticas y

discursos, lo que nos ha permitido descubrir la lógica subyacente de las conexiones entre los fenómenos de la vida social.

Segundo, este conocimiento ha servido para entender cómo se elaboran y/o reconfiguran los significados en un contexto migratorio que altera las condiciones materiales, sociales y simbólicas que organizan el espacio social en el que viven migrantes y no migrantes. Así, hemos podido interpretar las elaboraciones de sentido que permiten a los actores, en origen, integrar la realidad migratoria en un curso particular de acontecimientos, lugar donde debemos situar las representaciones sobre el migrante, el éxito o el fracaso, la maternidad migrante, el abandono de los hijos o el libertinaje sexual de la mujer migrante. De igual modo, los migrantes necesitan reelaborar su visión del mundo para resolver los desafíos que les plantean unos contextos de destino donde cambian las referencias que organizan los universos de género, dibujando nuevas fronteras de legitimidad. Esto supone la convivencia de visiones alternativas y conflictivas de lo real que condicionan los procesos de negociación e intercambio de las relaciones sociales produciendo un nuevo conjunto de obligaciones y expectativas que orientan las experiencias de los sujetos migrantes y no migrantes.

Por último, hemos examinado el retorno como un momento de encuentro que desencadena nuevos procesos de integración entre los significados que maneja el grupo social en origen y aquellos incorporados por los retornados. De tal manera que los individuos que permanecieron en origen deben elaborar nuevos sentidos que les permitan integrar en su universo a unos sujetos que no son exactamente actores locales, pero tampoco son migrantes. Lo cual requiere de una recreación de las expectativas sociales que se proyectan sobre los retornados que parte, necesariamente, de los recursos simbólicos disponibles en el medio y que, a su vez, están compuestos, de un lado, por los conceptos y las lógicas tradicionales que dan sentido a las relaciones en origen y, de otro lado, por las representaciones que se manejan sobre la realidad migratoria. Al mismo tiempo, los retornados afrontan la necesidad de negociar esos significados que les permitan ser reconocidos en el medio que les acoge como hombres, mujeres, padres o madres.

El método etnográfico nos ha permitido realizar ese análisis situado y profundo de los discursos, prácticas y normas que parte de las voces y las lógicas de los actores, migrantes y no migrantes, para obtener la información y producir los datos con los que se ha

construido el marco explicativo presentado en las páginas anteriores. Los resultados de esta labor nos han permitido alcanzar las siguientes conclusiones.

Una primera conclusión nos indica que al igual que se repiten transculturalmente los principios de construcción del espacio social y las estrategias de reproducción del poder patriarcal, vemos como también lo hacen los principios -segregación, subordinación, etc.- y-cosificación, exoneración, etc.- las estrategias que permiten la reconfiguración y reestructuración de las relaciones de dominación masculina en los contextos migratorios.

Es decir, nos encontramos con las mismas estrategias generales de reproducción de las relaciones de dominación masculina. Sin embargo, cambian los contenidos de los objetos, sujetos y vínculos que los conectan, pues estos son producto están ligados a un proceso socio-histórico que los particulariza.

Por este motivo es preciso realizar un examen profundo de los contextos de producción de significado de los que parten los sujetos, pues solo así es posible producir conocimiento sobre los procesos migratorios y de género. Al emplear categorías tales como "migrante ecuatoriana", "matrimonio tradicional", "maternidad/paternidad transnacional", o ciertas ideas sobre la tradición social y religiosa de la sociedad, estamos proyectando unos atributos/significados sobre los contextos y los sujetos que presentan una imagen excesivamente homogénea y general del contexto, que nos oculta la realidad de lo que ahí sucede.

Los conceptos y dinámicas que afectan a la experiencia social y las dinámicas migratorias son continentes que han de ser llenados de sentido en relación con un conjunto particular de elementos ideológicos, materiales y sociales -la perspectiva del contexto compartida por los actores-, pues son estos sentidos concretos los que permiten a mujeres y hombres construir, orientar e interpretar los modelos de acción con los cuales modulan su experiencia vital/migratoria.

En este caso, es preciso reconocer que ciertos prejuicios teóricos me habían llevado a anticipar el encuentro con una sociedad ecuatoriana de carácter tradicional, religioso y comunitario. En su lugar hallé una sociedad de enclave con una singular identidad socio-histórica fraguada bajo el impulso de la colonización tardía -a partir del siglo XIX- animada por las grandes plantaciones de cacao en cuyo interior tuvo lugar un intenso mestizaje étnico y cultural. El contexto socio-cultural resultante quedará marcado por las relaciones de producción de tipo capitalista sometidas a los ritmos del mercado mundial y

los ciclos de producción del cacao. Un lugar donde prosperó el individualismo liberal y laico que ampliaría la brecha sociocultural existente respecto del espacio interandino.

La importancia de la autonomía como principio rector de las relaciones de producción refleja las necesidades de una mano de obra flexible y móvil que se adapte al modelo de producción cacaotero y las oscilaciones del mercado global capitalista. Este modelo productivo se ha caracterizado por los desplazamientos de la mano de obra y la inestabilidad de las relaciones productivas que dejarán su impronta en un modelo de identidad masculino, fuertemente individual y móvil-inestable, en detrimento de la estabilidad e importancia de los vínculos sociales/familiares.

La articulación de este universo masculino-productivo -autónomo y móvil- con el sistema reproductivo, que requiere lógicas de articulación más estables -temporal y espacialmente-, convierten la figura de la madre-mujer-esposa en el centro de gravedad material, social y emocional del hogar matrifocal, sobre el que se sustentan el sistema familiar. La vinculación del padre-esposo con el hogar matrifocal se ejerce desde la autonomía y la movilidad-inestabilidad, siendo el abandono una prerrogativa masculina que disuelve sus obligaciones -materiales, sociales y/o afectivas- hacia el hogar.

La provisión de las necesidades materiales del hogar es responsabilidad directa de la madre, cuyas opciones estratégicas para alcanzar este objetivo pasan, de forma general, por el establecimiento de un vínculo de dependencia/subordinación con un varón, que conecta el hogar matrifocal con el mercado. Asimismo, la facilidad y frecuencia de las rupturas -resultado principal de la autonomía socio-afectiva masculina- han permitido la consolidación de un sistema matrimonial caracterizado por la elevada frecuencia de los matrimonios secuenciales y polígamos, lo que sirve para estimular un contexto de competencia sexual y reproductiva que exacerba las relaciones de dominación masculinas. Habida cuenta de la necesidad del hogar matrifocal de restablecer la vinculación conyugal como estrategia productiva.

Este sistema social -orientado por la libertad individual- consolida un orden de sexo-género que se apoya en diversas estrategias de producción de significados que le permiten preservar las relaciones de dominación/explotación de la feminidad, dando contenido a los principios básicos de la dominación patriarcal: el principio de autonomía (de lo masculino-productivo vs lo femenino-reproductivo), el principio de identidad (ontología público-productiva-masculina vs ontología doméstica-reproductiva-femenina) y el principio de

subordinación (de lo femenino a lo masculino, de lo reproductivo a lo productivo, de lo privado a lo público).

Las estructuras subjetivas de sexo-género quedan así organizadas en torno a un modelo de identidad masculino hegemónico de "hombre autónomo", que se corresponde con un conjunto de expectativas y obligaciones subordinadas al mandato de la hombría, dando lugar a una masculinidad excesivamente dependiente de (y sensible a) un contenido simbólico que reclama la continua expresión de la autonomía viril y la heroicidad -competencia, poder, etc. Una masculinidad que sitúa su centro de gravedad en lo público/homo-social y construye sus relaciones sociales a través de vínculos excesivamente frágiles, afectados por la valoración social de la movilidad, del engaño y por la irresponsabilidad -productiva y reproductiva. La capacidad masculina para actuar, conquistar y competir -por su propia autonomía y virilidad- confiere a la agencia masculina un carácter positivo y una posición de hegemonía, pero sometida al control social del grupo y a los temores del fracaso y feminización continuamente estimulados por el grupo e interiorizados por el individuo.

El ideal de la "autonomía" social también alcanza a la femineidad. Sin embargo, sus posibilidades de acción se ven subordinadas a un conjunto de dinámicas que promueven su dependencia material del hombre. Esto da lugar a un universo de experiencias que define el modelo de identidad femenino hegemónico "de aguante", construido desde su responsabilidad exclusiva sobre las relaciones reproductivas, la subordinación conyugal/masculina y las solidaridades homosociales. La esencia de la femineidad aguantadora radica en lo social, en la medida en que sus posibilidades de "ser" están ligadas a unas responsabilidades y obligaciones sociales que determinan sus opciones para "no actuar", que la femineidad asume condicionada por su inmovilidad relativa, la maternidad, la fidelidad conyugal, la competencia sexual y la tolerancia a las violencias masculinas. Con ello se favorece una definición negativa de la agencia/acción femineina -maléfica, corruptora y destructiva-, lo que posibilita su control mediante la estimulación del sentimiento de culpabilidad que la responsabiliza sobre los acontecimientos que amenazan el orden social. Al situarla en escenarios de pérdida, la agencia femineina produce rendimientos sociales y simbólicos negativos siempre que se aleja de las condiciones de subyugación que propone el modelo de aguante.

Las posibilidades de acción legítima delimitadas por los modelos de identidad hegemónicos quedan cristalizadas, a través de distintas estrategias de vinculación, en las estructuras objetivas que organizan las relaciones de producción y reproducción socio-cultural. Así, las redes y relaciones sociales masculinas se ven determinadas por el individualismo, la mudanza, la irresponsabilidad y la valoración del engaño, lo que da lugar a vínculos frágiles, inestables y débiles que favorecen la extensión y transferencia de recursos simbólicos, pero dificultan el establecimiento de relaciones de confianza, necesarias para el intercambio de recursos fuertes. Por el contrario, las relaciones y redes sociales femeninas se establecen desde las condiciones que proponen su inmovilidad relativa, la responsabilidad reproductiva y la intimidad de lo doméstico, todo lo cual favorece la familiaridad que permite consolidar vínculos intensos, fuertes y estables.

Estos rasgos reaparecen en las instituciones que organizan la vida en el ámbito privado: el matrimonio y el hogar. La definición extrema de la autonomía masculina, que promueve la ideología individualista, se refleja en la libertad de los hombres para establecer o terminar el "compromiso" conyugal, la irresponsabilidad paterna tras la ruptura, la tolerancia a la infidelidad sexual de la esposa, la ausencia/distancia del hogar, el incesto, y/o los matrimonios polígamos. Estos amplios márgenes de acción masculina se producen a expensas de la voluntad femenina, al amplificar el régimen de coacciones que operan por medio de la dependencia material, la exclusión productiva, la responsabilidad exclusiva sobre los hijos/hogar, la fragilidad del vínculo masculino, la fidelidad sexual, la competencia sexual/reproductiva femenina, las vigilancias y el aguante de las violencias psicológicas y físicas.

Estas estructuras subjetivas y objetivas orientan la reproducción de las relaciones de género en Balzar, y es solo a través de ellas que podemos intentar comprender cómo se recrean conceptos como los de hombría o maternidad en el contexto migratorio.

Una segunda conclusión indica que la migración es un proceso vivido desde el género, de modo que las experiencias de los migrantes están determinadas por las lógicas patriarcales que reproducen en el espacio transnacional las condiciones de dominación del orden de género de origen.

La presencia en el espacio social de los discursos sobre la destrucción familiar/conyugal y/o el éxito/fracaso migratorio, que aparecen en contextos migratorios donde las dependencias se tejen de forma tan variada, nos advierten que estamos ante

estrategias generales del patriarcado, encaminadas a reproducir los mecanismos de control social sobre las mujeres y los hombres migrantes. Estas lógicas cobran un sentido real cuando se vinculan a las coordenadas concretas que los sujetos portan en sus cabezas, pues solamente desde aquí es posible valorar las dinámicas de empoderamiento o preservación del orden de género tradicional.

Los significados que reconfiguran del orden simbólico sirven para dar un nuevo sentido a las migrantes y los migrantes, orientando sus prácticas a través de las expectativas y las obligaciones que se proyectan sobre ellos, pues es dentro de estos espacios de conciencia donde se produce la interacción social entre migrantes y no migrantes. Vimos cómo la migración es interpretada desde origen de acuerdo con ciertas idealizaciones sobre las posibilidades materiales -sobrestimadas- que ofrecen los contextos de destino, lo que permite contribuir un ideal del migrante que reorganiza las expectativas sociales sobre ellos. Vemos cómo, a pesar de que el estatus de migrante tiene connotaciones positivas que producen rendimientos sociales y simbólicos concretos -reconocimiento social y popularidad-, el incremento de las expectativas acarrea costes, pues viene acompañado de una serie de obligaciones que se traducen en prácticas concretas -regalos, fiestas, etc.- asociadas al género.

Estas representaciones tienen una función de regulación de las relaciones entre los migrantes y el grupo social de origen, de modo que el incremento del stock de capital material que se supone a los migrantes, se acompaña de un incremento de su capital simbólico y social, lo que a su vez sirve para detraer una parte de los recursos materiales aumentando sus obligaciones hacia el grupo, reduciendo, así, su capacidad de gestión y autonomía.

En el caso de los hombres migrantes, estas circunstancias se materializan en determinados agasajos al grupo, relacionados con los rituales de representación de la hombría durante sus visitas -alcohol o prostitución. En el caso de las mujeres, su vinculación más estrecha y orientación hacia las relaciones domésticas hace que los agasajos se dirijan al hogar. Sin embargo, esta elevación de las expectativas se convierte en un factor especialmente problemático para las jefas de hogar transnacional, pues son ellas quienes mantienen vínculos más intensos y estables con origen y, por tanto, son ellas quienes se ven obligadas a negociar el contenido material y afectivo de estos vínculos con los cuidadores y los hijos, que tienden a incrementar las demandas dificultando la relación.

La función de control de los imaginarios se aprecia de forma más clara en las representaciones sobre la destrucción familiar/conyugal o el abandono físico y moral de los hijos que están íntimamente asociados a la migración de las jefas de hogar. La investigación ha puesto de manifiesto cómo dichas ideas están lejos de describir la realidad de lo que sucede, pues las mujeres han sido el principal, y con frecuencia único, soporte de los hogares en origen. Como han mostrado un amplio número de trabajos, convenimos en que estos discursos tienen un componente estigmatizador y sancionador de la migración femenina. Sin embargo, al contrastarlos con las configuraciones concretas de las relaciones de género en Balzar, entendemos que estos imaginarios deben ser interpretados como un reacomodo de ciertas ideas, ya presentes en el contexto origen, con las cuales se da contenido a los mecanismos de control sentimental de la feminidad, y que sirven para generar las condiciones de dependencia material, social y emocional de la mujer.

En origen estos imaginarios cumplen una función sancionadora de las transgresiones al mandato femenino hegemónico que inmoviliza -física y socialmente- a la mujer en el interior del hogar a través de las obligaciones reproductivas y la subordinación. Sin embargo, la función principal de estas ideas -sobre el abandono, el apetito sexual femenino, la disponibilidad, o el débito patronal- no es otra que regular los márgenes de acción ilegítima y sus rendimientos simbólicos, sociales y materiales. De igual modo, las ideas sobre el abandono o el comportamiento sexual de las migrantes jefas de hogar transnacional, que se promueven desde la ideología patriarcal de origen, van más allá de una mera intención de castigo sobre la transgresión, que podría hacernos pensar que nos encontramos ante una situación de pérdida de control patriarcal sobre la mujer. En realidad, el principal propósito de estas ideas es el restablecimiento de los mecanismos de control sobre las formas ilegítimas de feminidad, reforzando las relaciones de explotación sobre la mujer migrante, incrementando los costes materiales, emocionales y simbólicos sobre su relativa autonomía. En este sentido, constituyen una forma de manipulación del comportamiento de la mujer migrante y de chantaje emocional que las obliga a realizar un gran esfuerzo material y emocional.

La tercera conclusión que podemos señalar es que las transformaciones en las relaciones e identidades de género que producen efectos niveladores durante la migración tienen lugar en la medida en que -las relaciones e identidades- se orientan hacia el contexto de destino, y son resultado principal de las condiciones de autonomía moral que ofrece este contexto en un doble sentido. Por un lado, están vinculadas a las condiciones materiales,

normativas y morales que proponen los contextos de destino, donde aparecen nuevas posibilidades de acción en universos menos segregados. Por otro lado, las nuevas posibilidades de acción estratégica de hombres y mujeres en destino parecen inviables sin la relajación de los controles y vigilancias sociales que sirven para estimular el temor al quebranto del mandato hegemónico masculino -la vergüenza- o el femenino -la culpa.

Es cierto que tienen lugar otros cambios en la estructura y contenido de las relaciones e identidades de género pero, al situarlos en cursos de acción más amplios, donde se negocian las obligaciones y expectativas sociales, lo que encontramos es la permanencia y la reconfiguración de los significados que sostienen las jerarquías de género y las relaciones de explotación sexual, lo que impide hablar de un proceso de nivelación profundo de carácter general.

Un primer aspecto muy debatido -por los estudios migratorios y por los propios actores locales- tiene que ver con las transformaciones estructurales que provoca la migración, en referencia al hogar transnacional y la quiebra con el modelo de hogar conyugal. En lo que se refiere a la estructura, hemos podido comprobar cómo los arreglos de familia extensa, las jefaturas de hogar femeninas -el hogar matrifocal- y la delegación femenina del cuidado, estaban presentes en el medio social antes de la explosión migratoria. Incluso, podríamos afirmar que el dinamismo de los lazos conyugales/familiares y la frecuencia de los compromisos polígamos -secuenciales y paralelos- sitúan al núcleo conyugal monógamo en una posición alternativa -no hegemónica- entre las estrategias domésticas en Balzar. En el mismo sentido, podemos afirmar que los discursos sobre el modelo de núcleo conyugal tienen, entonces, un propósito exclusivamente disciplinario dirigido contra la mujer.

Más allá de la propia morfología del hogar transnacional, la investigación nos ha mostrado cómo dichos arreglos apenas introducen transformaciones en las jerarquías de género, ya que la transferencia del cuidado se resuelve dentro del universo femenino, preservando el principio de identidad reproductivo-femenino. Es más, los discursos sobre el abandono y la sexualidad de la mujer migrante ayudan a reforzar las relaciones de explotación emocional, material y social en las relaciones transnacionales, obligando a la migrante a validar estas narrativas y demostrar su adhesión al modelo hegemónico, negociando su reconocimiento como madres y mujeres desde la culpabilidad y el aguante.

Por lo que respecta a los procesos que se desarrollan cuando migra el núcleo conyugal-reproductivo, una primera constatación es que la presencia de los hijos en destino está fuertemente ligada a la presencia de ambos padres, y dicha situación produce efectos en la reconfiguración de las obligaciones y las expectativas. La vinculación más estrecha de la mujer migrante con lo público-productivo reclama reajustes en los tiempos y tareas del hogar y el cuidado.

Una de las estrategias seguidas por algunos hogares migratorios para resolver esta cuestión fue la nuclearización de los vínculos, lo que permitió negociar repartos en las obligaciones más equilibrados, favorecidos por las condiciones de relativo aislamiento social del hogar -falta de apoyos- y el propio rol del hogar en los lugares de destino -como unidad de producción, reproducción y consumo. La reestructuración de las obligaciones y las expectativas posibilitó una resignificación de los espacios y las tareas menos segregada que permitió al hogar adaptarse y sobrevivir. A pesar de los cambios en el contenido de los modelos de acción de sexo-género, el principio de identidad -entre los sujetos, los espacios y las cosas- que naturaliza el nexo doméstico-reproductivo-femenino se preservaría mediante la movilización de diversas estrategias ideológicas que permitieron articular las condiciones del patriarcado de origen y destino para la reproducción de las relaciones de dominación masculina.

En primer lugar, la intervención masculina en el hogar y el cuidado fue interpretada, tanto por hombres como por mujeres, y de forma general, como una ayuda a las obligaciones femeninas, lo que impide hablar de una verdadera apropiación masculina de las tareas y los espacios. En segundo lugar, la conciliación del empleo con las obligaciones del hogar y el cuidado aparece como un asunto de incumbencia femenina (mujer-madre-migrante), que se ve favorecido por ciertas condiciones estructurales (flexibilidad-precariedad que caracterizan del empleo femenino) y por la obligación/capacidad de la mujer para constituir apoyos reproductivos dentro de las redes homosociales. En tercer lugar, las mujeres migrantes siempre asumieron mayor carga en las tareas del hogar y el cuidado con independencia de las obligaciones productivas de la pareja y los arreglos reproductivos alcanzados. Finalmente, tanto las condiciones de presencia-compromiso que caracterizan el empleo masculino, como la jerarquización de las contribuciones al gasto del hogar, permitieron al padre-esposo preservar su identidad de ganapán. En definitiva, la imagen general, que estos acontecimientos dibujan, es la de un proceso en el cual se suavizan algunos frentes de fuerza y se desdibujan algunas fronteras de género, pero es

difícil sostener la idea de una subversión/quiebra de los principios de jerarquía e identidad en el interior del hogar migratorio.

Este atrincheramiento de las viejas jerarquías en el hogar migratorio quedó al descubierto cuando el desempleo masculino cambió las condiciones de presencia y dependencia en las relaciones de género, lo que desencadenó un nuevo periodo de negociación de las obligaciones y las expectativas que hostilizó la convivencia y, con elevada frecuencia, provocó la ruptura del "compromiso". Por encima de la cuestión de los repartos, esta situación dejó al descubierto las dependencias masculinas y cuestionó las jerarquías al desmontar el mito del ganapán. Un escenario en el que aparecieron los intentos violentos de restitución de la hombría que provocaron la ruptura.

Estas dinámicas tuvieron resultados contradictorios para la mujer, pues las situaciones de emancipación y de explotación femenina quedan entrelazadas de forma compleja, dificultando la valoración de un beneficio neto. De un lado, es evidente que la autonomía material-social en destino y la presencia de una red de apoyo homosocial permitió a muchas mujeres poner fin a las relaciones indeseadas o, incluso, denunciarlas. Sin embargo, cuando se produce la ruptura conyugal, ésta sigue el mismo patrón de irresponsabilidad paterna que regula la separación en origen, ya que las mujeres continuaron manifestándose reacias a exigir al padre-esposo el cumplimiento con la manutención de los hijos. De este modo se reproducen las condiciones de explotación económica, social y reproductiva de la mujer, al descargar sobre ella todos los costes reproductivos. Unos costes que con el tiempo se probarán insostenibles para algunas de estas mujeres, que se verán forzadas a retornar a origen.

En cuanto a la reconfiguración de las estructuras subjetivas, podemos afirmar que la migración altera las referencias temporales, espaciales y sociales que dan contenido a los modelos de percepción, valoración y acción de género, obligando a los migrantes a recomponer su propia identidad dentro de nuevos márgenes de acción legítima en su relación con los objetos y los sujetos.

Por lo que respecta a las relaciones de las mujeres migrantes con las personas que permanecieron en origen, estas se ven condicionadas, primero, por la necesidad de expresar una identidad femenina reconocible y, por las posibilidades que les plantean las representaciones negativas. Como resultado, es habitual que las mujeres migrantes se vean

forzadas a mostrar su adhesión a estas representaciones, dando sentido a estos reproches que culpabilizan a la feminidad migrante.

Paradójicamente, vemos cómo las condiciones de explotación asociadas al modelo de identidad femenino -subyugación y confinamiento doméstico/reproductivo- producen efectos positivos, pues favorecen el establecimiento de relaciones de confianza. Esto fue determinante en sus estrategias de financiación del viaje, así como en la transferencia de apoyos sociales y materiales fundamentales para la subsistencia del hogar, o la resistencia femenina ante las contingencias en destino.

En los lugares de destino también se desencadenan dinámicas que favorecen el empoderamiento de la mujer migrante tanto en el ámbito público como en el privado. Algunos efectos son bastante evidentes, como sucede con todas aquellas condiciones que contribuyen a legitimar mayores espacios de presencia pública-productiva, esto es: aumento de las posibilidades de empleo, la apropiación femenina de lo público y la presencia de nuevos patrones y espacios de interacción (hetero)social. Y esto a pesar de la presencia de las lógicas patriarcales de destino que producen efectos de dominación/explotación, asociadas, principalmente, a la feminización, precarización, flexibilización y privatización/invisibilización de los nichos de mercado de las migrantes.

Sin embargo, debemos destacar el notable impacto que tiene, en la recomposición de la identidades de sexo-género migrante en destino, la ausencia -o relajación- de las vigilancias y controles sociales, de un lado, y la presencia de un entorno jurídico-normativo que promueve y garantiza un modelo relacional más equitativo, del otro. Al relajarse la presión del grupo moral y los mecanismos de estimulación de los sentimientos de vergüenza y culpa -burlas, reproches, etc.-, que permiten a los migrantes interiorizar los límites de acción legítima, aparece en los hombres y mujeres una mayor disposición a transgredir los viejos límites y recrear formas de vinculación menos segregadas y jerarquizadas.

A su vez, el proceso de empoderamiento de la mujer migrante en el universo privado aparece estrechamente ligado los nuevos significados y las lógicas de interacción con lo público. De un lado, el empleo concede a la migrante una autonomía material que le permite incrementar su autonomía emocional, pues reduce su temor al abandono, haciendo que la fragilidad del vínculo masculino y su irresponsabilidad pierdan esa capacidad coactiva que sirve en origen para promover estrategias femeninas de aguante. De otro lado,

al relajarse las vigilancias sociales que estimulan la desconfianza hacia la presencia de la feminidad en lo público, la mujer obtiene mayor autonomía social y, también, conyugal, pues disminuyen los celos y la desconfianza del esposo, apareciendo formas de reconocimiento más equilibradas, lo que, a su vez, favorece la relajación de las hostilidades en la pareja generadas por la competencia sexual. Por último, comprobamos cómo la concurrencia de la intolerancia social -y jurídica- hacia la violencia de género en los contextos de destino con las condiciones de autonomía material, social y emocional permitieron a las mujeres migrantes ofrecer resistencias a las estrategias de aguante.

Al analizar las dinámicas que afectan a las expresiones de identidad masculina entre los hombres migrantes vemos cómo las vigilancias del grupo y el esfuerzo de demostración -de éxito y hombría- continuaron estando presentes en las interacciones con origen. Sin embargo, éstas se suavizan en destino, favoreciendo la re-sexualización de los espacios y las tareas y el re-equilibrio de las jerarquías, lo que contribuyó a disminuir su temor -la vergüenza- a las incursiones en lo privado-reproductivo y su sensibilidad a los controles sociales.

El resultado, en algunos casos, fue una mayor intervención masculina en las tareas del hogar y el cuidado en el hogar en destino, posibilitado por los cambios en los referentes de masculinidad y asociados, generalmente, a una estrategia de nuclearización del hogar. Sin embargo, hemos visto cómo esta reconfiguración de la masculinidad permitió preservar las jerarquías y los desequilibrios en las relaciones de género. De un lado, la reactualización del mito del ganapán ayudó a mantener la identidad público-productiva masculina y la posición subalterna del trabajo y del espacio doméstico-femenino. Algo similar sucede con el mito de la autonomía masculina, que logra preservarse gracias a la voluntariedad/discrecionalidad de las "ayudas" del hombre en el hogar, a la presencia/movilidad en lo público y la irresponsabilidad paterna.

Al mismo tiempo los hombres migrantes tuvieron que afrontar el desafío planteado por la pérdida de control sobre las relaciones productivas y sobre el espacio público, en beneficio de contextos de interacción heterosocial más equitativos. Por lo que a las relaciones sexuales se refiere, observamos cómo se produce en destino una reorientación de las prácticas sexuales legítimas hacia la sexualidad conyugal, en la medida en que se nucleariza el hogar, aumenta la autonomía femenina y, con ello, disminuye la tolerancia hacia las infidelidades masculinas en el hogar migratorio. Si bien no dejan de estar

presentes en destino las relaciones polígamas y extraconyugales masculinas, situación que es ampliamente tolerada en las relaciones conyugales transnacionales. En cualquier caso, podemos afirmar que se mantienen los desequilibrios en las prácticas sexuales como la prostitución, las aventuras o la poligamia. Y de modo mucho más evidente en los discursos, donde las narraciones sobre las aventuras sexuales masculinas son habituales y producen rendimientos simbólicos positivos, contrario a lo que sucede con las mujeres migrantes, donde las narraciones están ausentes y el solo velo de la sospecha produce rendimientos negativos.

La cuarta conclusión que se desprende de los resultados obtenidos nos indica que el retorno debe ser interpretado como un proceso de negociación entre los significados que maneja el grupo social de origen y los significados incorporados por los retornados a lo largo de su experiencia migratoria. Y que en el caso de estudio se resuelve en favor del medio. En este sentido, el retorno puede ser interpretado como el triunfo simbólico del grupo social de origen, en cuanto logra imponer a los retornados el des-aprendizaje y la renuncia a los significados y las lógicas de interacción adquiridas en el exterior.

Esto se debe a que, de un lado, el grupo de referencia en origen necesita dar sentido a la presencia de los retornados e integrarlos en un universo simbólico en el que no tienen encaje, pues no son percibidos como migrantes -de éxito- pero tampoco como actores locales. De otro lado, los retornados deben negociar y recomponer un significado que les permita ser reconocidos y restablecer los sentimientos de identidad y pertenencia al grupo.

Sin embargo, la capacidad de los retornados para negociar su propia identidad se ve limitada por diversos factores. Primero, el retorno es interpretado como un fracaso cuando no se cumplen las elevadas expectativas sociales que proyecta la definición del éxito migratorio. En la medida en que la migración conlleva la promoción del estatus social de los migrantes, el retornado pasa a ser señalado por su vanidad y avergonzado por su fracaso. De forma que los retornados son víctimas de la desentronización, desvalorización y desconfianza social que esta situación entraña. Segundo, la pérdida de estatus, popularidad y reconocimiento social refuerzan su posición de exterioridad moral, lo que les hace objeto de engaños y abusos, así como de habituales burlas respecto a todo rasgo que les identifique como migrantes -ya sea el acento, el vocabulario, u otras prácticas- pues son rechazadas y reprobadas en cuanto signo de alarde. De este modo se imponen los des-

aprendizajes y las muestras de adhesión que permiten reafirmar el valor del orden simbólico de origen, condicionando la integración o el aislamiento social de los retornados.

Finalmente, es preciso subrayar que el retorno es un proceso que desarrolla en unas condiciones de relativo aislamiento o desconexión simbólica particulares que lo convierten en una experiencia distinta a la vivida en destino. En destino los migrantes pudieron recrear su universo de significados y pertenencias a través de las redes migratorias, lo que sirvió para amortiguar el rigor del encuentro con el universo simbólico de destino e integrar de forma creativa los significados de origen y de destino. Sin embargo, el retornado se encuentra frente a frente con el contexto, pues las redes sociales/familiares y el contexto de acogida son lo mismo, de forma que no dispone de margen de hibridación que les permita negociar significados que suavicen su integración.

Una quinta conclusión apunta que el retorno, al igual que la migración, es una experiencia vivida desde el género, que produce experiencias exclusivas asociadas al sexo-género del sujeto y que estas diferencias son determinantes en la pronta reorientación de los sujetos hacia modelos de identidad género hegemónicos, pues los migrantes/retornados no consiguen alcanzar gran autonomía simbólica respecto del origen.

La importancia estructural de los elementos simbólicos en la configuración del modelo de identidad masculino es determinante en la modulación de las experiencias de retorno de los hombres, ya que son estos elementos los que actúan como resorte y aparecen como argumento en sus explicaciones sobre las motivaciones del retorno o las condiciones de adaptación a origen. Mientras que las experiencias de retorno femenino son interpretadas, principalmente, desde los elementos sociales, pues es a través de estos que se constituye el modelo de identidad femenino hegemónico.

Así, hemos comprobado cómo los hombres retornados expresaron haberse sentido menos afectados por la descomposición de la red social en destino, lo que resulta coherente con la percepción y valoración que podemos atribuir a este hecho desde la perspectiva masculina. Las condiciones simbólicas, sociales y materiales implicadas en el modelo de relacionalidad masculino le permiten una menor sensibilidad/afectación, primero por la relativa autonomía que se atribuye a la masculinidad; segundo la pérdida es menor ya que los hombres invierten menos recursos en la creación de vínculos sociales; y, tercero, porque los vínculos masculinos suelen tener un contenido material/social/afectivo muy débil, por lo que la pérdida de apoyo potencial de cara al futuro también resultaría menor.

Esta situación contrasta con el temor que provocaba en los hombres retornados el señalamiento del fracaso material, lo que llevó a muchos a retrasar su retorno, hasta llegar incluso a situaciones de extrema fragilidad económica. Estos sentimientos de fracaso están presentes cuando el retorno masculino está integrado en un proceso de retorno conjunto de la esposa/hogar, si bien son aun más fuertes cuando los hombres regresan en solitario tras la ruptura del compromiso en destino -una experiencia que en nuestro trabajo aparece como exclusiva de la masculinidad-, pues añaden al fracaso material el señalamiento por su "fracaso" familiar.

De forma que los procesos de adaptación masculina llegan a verse determinados por las condiciones de fragilidad emocional y simbólica que provocan los sentimientos de fracaso y las fallas en el reconocimiento social de su masculinidad. Los señalamientos estimulan la orientación de sus acciones hacia lo público, donde pueden expresar comportamientos masculinos de reafirmación que les permiten recomponer su hombría, tales como el consumo de alcohol o las relaciones sexuales -prostitución, compromisos secuenciales o paralelos, etc. Estas estrategias de masculinización de los retornados les permiten mostrar una masculinidad aceptable ante los iguales, lo que resulta fundamental para ingresar en el grupo homosocial donde se distribuyen los recursos simbólicos -virilidad-, sociales -reciprocidades- y materiales -"camellos".

Por su parte, el retorno femenino es un proceso explicado, habitualmente, desde lo social/familiar, de modo que las prácticas y discursos femeninos sobre el retorno toman como referencia diversos acontecimientos sociales, tales como la descomposición del medio/red social, el reagrupamiento del hogar transnacional o el deseo de preservar la unidad familiar. Aunque las referencias al temor que provoca la pérdida de autonomía material y social está presentes en los discursos de las mujeres retornadas, estos elementos son utilizados para reforzar el valor de lo colectivo sobre lo individual, es decir, la entrega y la abnegación. Algo similar sucede cuando las mujeres expresan sentimientos de fracaso, que suelen estar orientados hacia lo social/colectivo -hogar, hijos, esposo, etc.- más que hacia lo personal.

Además, podemos afirmar que el retorno femenino es vivido, en todo momento, como un proceso social-colectivo, ya sea porque se explica y desarrolla cómo un proceso de retorno conjunto, del núcleo conyugal o del núcleo matrifocal -experiencia que en nuestro trabajo aparece como exclusiva femenina y resultado de la ruptura conyugal en destino-,

bien porque el retorno en solitario de la mujer se expresa como reagrupamiento del hogar transnacional -de nuevo, una experiencia una experiencia que se nos ha mostrado como exclusiva de la feminidad.

Por otro lado, hemos visto como la reintegración de las mujeres en hogares extensos tras el retorno -de modo más o menos temporal- supone una vuelta a las relaciones de familiaridad/vecindario y a la ausencia de alternativas de presencia legítima en lo público, lo que favorece la reaparición de las vigilancias y controles sociales, familiares y conyugales, ayudando a reorientar los procesos identitarios de las mujeres retornadas hacia lo doméstico-privado, donde pueden incorporar formas reconocibles y aceptables de ser mujer, madre o esposa.

Como última conclusión, siguiendo con el desarrollo de las dos anteriores, podemos decir que la adaptación a origen se corresponde con una reorientación de las relaciones subjetivas e intersubjetivas hacia el modelo vincular hegemónico de hombre autónomo y mujer aguantadora, en detrimento de los arreglos estructurales -objetivos y subjetivos- alcanzados en destino.

Por lo que respecta a la reestructuración de las relaciones de género en el hogar, podemos distinguir diversos ritmos y condicionantes donde se diferencian, en primer lugar, las situaciones de retorno sin pareja, pues la recomposición de las obligaciones y las expectativas se corresponde con un desplazamiento más inmediato hacia los modelos hegemónicos. En ocasiones esto sucede porque los principios de jerarquía e identidad permanecieron prácticamente inalterados durante la migración, como sucedió en el interior de la mayoría de los hogares transnacionales. En los casos de retorno en solitario masculino o en el retorno del núcleo matrifocal, el asentamiento en hogares extensos y las condiciones de dependencia material y/o social favorecen una pronta reorientación hacia las lógicas de organización y segregación de las tareas que siguen presentes en estos espacios.

De forma similar, el retorno del núcleo conyugal supone una negociación de las expectativas mutuas en la pareja, pero esta se desarrolla en el contexto que plantean, como se repite en la mayor parte de estos retornos, el periodo -temporal o indefinido- de integración en hogares extensos, lo que facilita la vigilancia de las transgresiones al orden de género hegemónico y suele desembocar en la conflictivización de la convivencia. Unas dinámicas que, con frecuencia, desencadenan el distanciamiento físico, afectivo y

simbólico de la pareja, como resultado de las obligaciones público-productivas del hombre y del confinamiento doméstico-reproductivo de la mujer, alejándolos del modelo de pareja igualitario.

En lo que a las estructuras subjetivas se refiere, el retorno se corresponde con un proceso de des-empoderamiento femenino y de empoderamiento masculino. Así, el des-empoderamiento de la mujer retornada es consecuencia de la pérdida de autonomía material, social y simbólica, lo que limita su capacidad para oponer resistencias a las formas hegemónicas de expresión de su feminidad. En la medida en las retornadas pierden espacios de expresión e interacción en el ámbito público y enfrentan restricciones en el acceso al empleo ven seriamente limitada su movilidad y su capacidad para establecer estrategias materiales autónomas, lo que termina por fortalecer su dependencia familiar y/o conyugal, siempre que no logren acceder a los pequeños nichos de mercado femeninos. Pero, incluso cuando las retornadas han logrado cierto éxito económico, acumulando una renta de retorno que les concede autonomía material -la situación de la mayor parte de las jefas de hogar que migraron en solitario-, su capacidad para hacer uso de este éxito se ve limitada por los elevados costes emocionales, simbólicos y sociales que les imponen los imaginarios sobre el abandono o la prostitución que hostilizan su convivencia y las aíslan, viéndose obligadas a demostrar su adhesión al orden patriarcal mediante la validación de los discursos condenatorios y el desarrollo de estrategias de aguante y confinamiento.

El hogar extenso se convierte en un entorno de disciplina social para las retornadas, desde su interior se articulan las vigilancias sociales y familiares que estimulan la incorporación del modelo tradicional de acción femenino. En el núcleo conyugal retornado también se reproducen estas circunstancias a medida que la presencia masculina en lo público-productivo justifica las ausencias del hogar, lo que va consolidando el distanciamiento físico-afectivo del esposo y la subordinación del núcleo mujer-hijos. Al reaparecer las condiciones de dependencia material hemos podido comprobar cómo, en algunos casos, también lo hacen las estrategias simbólicas y emocionales que promueven la sumisión femenina.

De tal modo que la dependencia material favorece la reaparición del temor al abandono, donde la fragilidad del compromiso y la irresponsabilidad paterna recuperan su carácter coactivo. Esto, a su vez, sirve para promover la tolerancia femenina hacia los comportamientos masculinos que refuerzan el desequilibrio sexual en la pareja y estimulan

la competencia sexual y reproductiva entre las esposas-hijos. Detrás de estas circunstancias encontramos una progresiva tolerancia femenina hacia la violencia, que comienza con la aceptación de la violencia material -con la pérdida de control sobre los recursos económicos-, que puede dar paso a la aceptación de la esposa de los controles sexuales sobre la esposa-madre y/o su confinamiento -motivados por las percepciones sobre competencia sexual y los celos. También se ha podido comprobar cómo, en algunos casos, estas violencias psicológicas han derivado en la incorporación/restitución de la violencia expresiva a la vida conyugal.

A su vez, los hombres retornados experimentan un proceso de empoderamiento en la medida en que son capaces, de un lado, de negar sus significados como migrante y los comportamientos feminizantes adquiridos, y, de otro lado, de reafirmar su hombría y dominio sobre lo doméstico-reproductivo a través de la ausencia/distancia. Allá donde la vulnerabilidad del retronado a los juicios sobre el fracaso y la falta de hombría es mayor, cabe esperar que también lo sea el control del grupo social sobre sus prácticas y discursos. Esto se traduce en mayor presencia público-productiva y la exageración de los discursos y las prácticas viriles que les permiten representar y componer una identidad masculina reconocible y aceptable.

Las prácticas de los hombres retornados se corresponden con ese punto de centralidad de lo legítimo representado por el modelo de identidad hegemónico. Estas estrategias de escenificación de lo legítimo de la virilidad permiten a los hombres retornados recomponer su capital simbólico, evitando los costes simbólicos y sociales asociados a las prácticas y los espacios feminizantes.

El hombre retornado se reencuentra con un entorno social que favorece la restitución de las viejas formas de desigualdad y explotación sexual, donde se expande el espacio de posibilidades de acción legítima -incluidos los abusos sexuales y físicos. A su vez, la restauración de su hegemonía sobre lo público le permite recrear su jerarquía en lo doméstico, a través de los comportamientos de dominio que le permiten reconstituir el mito de su autonomía.

Igualmente, la sexualidad recupera su posición de centralidad en las relaciones homosociales y en la exacerbación de las jerarquías de género. Por un lado, aparece una tendencia hacia la abundancia sexual en los relatos y prácticas en los hombres retornados, pues compartir aventuras sexuales con el grupo homosocial es una parte substancial en el

proceso de socialización masculino, primordial para la reconstrucción de la identidad y del sentimiento de pertenencia al grupo. Por otro lado, esta intensificación de la actividad sexual refuerza el ideal patriarcal del dimorfismo sexual y la desigualdad, que los retornados llegan a utilizar para promover la aceptación de sus infidelidades o de los compromisos paralelos. Es decir, recrean las condiciones de competencia sexual entre las mujeres y estimulan estrategias femeninas de aguante.

De igual forma, la violencia es determinante en la demostración de la virilidad y la reconstitución de la hombría de los retornados, como lo evidencia la importancia que le conceden las narraciones de los hombres que retornan en solitario, donde aparece como elemento justificador de la ruptura conyugal/familiar. De modo que "la ruptura" familiar es explicada por un acto violento de restauración del dominio masculino, una expresión viril que exime al retornado del resultado trasladando "la culpa" del fracaso a la mujer-esposa migrante. Asimismo, el clima de estimulación de la competencia sexual, la desconfianza y la sensibilidad a los juicios del honor aceleran la reaparición de los comportamientos controladores y las violencias patriarcales entre los hombres retornados.

En resumen, los resultados mostrados en esta tesis doctoral nos permiten afirmar, de un lado, que la migración produce efectos transformadores en las relaciones e identidades de género y, de otro lado, que el impacto de estas transformaciones no se corresponde con una nivelación en las relaciones de género más equitativa en el retorno, pues muchas de las condiciones y aprendizajes que permiten generar contextos más equilibrados no son trasladables.

La descripción del contexto nos ha permitido observar dos aspectos. Uno, que la libertad como principio rector de las relaciones de género es compatible con relaciones de explotación de la feminidad cuando las estrategias de la ideología patriarcal logra articular estrategias que limitan la autonomía social y material de la mujer. Dos, que las transgresiones y los desafíos al orden de género están integradas en el sistema de dominación masculina y son explotados a través de los rendimientos negativos en el capital simbólico, social y material del transgresor.

La migración supone una transformación de la estructura social y la posición relativa de los sujetos -migrantes y no migrantes- en la medida en que varía su stock de capital de los sujetos. Sin embargo, el reposicionamiento de los y las migrantes y no migrantes apenas trastoca la estructura de género, ya que la movilización de diversos significados -

abandono, fracaso, etc.- permite desplazar la relaciones de dependencia/explotación hacia un nuevo punto. La migración femenina es interpretada como una transgresión al mandato femenino hegemónico, pero no al orden de dominación, que consigue instrumentalizarla para su explotación.

Por otro lado, los cambios que tuvieron lugar en destino, tanto en las estructuras objetivas como en las subjetivas, están fuertemente ligados a las condiciones de autonomía que ofrece el contexto de origen, aunque en gran medida las jerarquías se mantuvieron mediante su resignificación. Sin embargo, debemos conceder una mayor importancia en la incorporación de identidades de género más equilibradas a la autonomía moral respecto a origen, en la medida en que las vigilancias se relajan en la distancia., como evidencia el hecho de que las relaciones de los migrantes con origen siguieron estando orientadas por las prescripciones planteadas por los modelos de identidad hegemónicos.

En estas condiciones, los retornados afrontan su reencuentro con un medio social donde las jerarquías se han mantenido prácticamente intactas y en el que deben integrarse desde situaciones de fragilidad simbólica, social y material. La capacidad de los retornados para preservar sus espacios de empoderamiento se ve limitada en la medida en que estos precisan recomponer su estructura de capital para ser reconocidos y aceptados como mujeres, hombres, padres o madres. El resultado es un proceso de restitución de las relaciones e identidades al modelo vincular hegemónico de hombre autónomo y de mujer aguantadora.

Para finalizar desearía hacer mención a la cuestión los menores retornados, pues su comprensión ese advierte de gran importancia para comprender procesos de migración de retorno y situarlos en un contexto socio-familiar más amplio. Se trata de un interesante y apenas explorado campo de investigación con un enorme potencial para la producción de conocimiento. Aunque no ha sido posible incorporar la cuestión a esta tesis doctoral, considero que un análisis profundo de las dinámicas de género que se desarrollan en el retorno de los niños a los lugares de origen -de sus padres en muchas ocasiones- es una interesante la oportunidad de abordar el tema del retorno desde una nueva perspectiva. Y esto porque los procesos de negociación de los significados de género que permiten a los menores recrear sus esquemas de acción para adaptarse a los contextos de retorno resulta una experiencia completamente distinta a la vivida por los adultos, pues habitan en diferentes universos.

REFERENCIAS

- Acosta, A. (2006). *Breve Historia Económica del Ecuador*. Quito, Ecuador: Corporación Editora Nacional.
- Altamirano, C. (2001). Jose Luís Romero y la idea de la Argentina aluvial. *Ponencias, Revista de historia intelectual*, 5, 313-326.
- Álvarez, S. (2002). *Etnicidades en la Costa ecuatoriana*. Quito, Ecuador: Ediciones Abya-Yala.
- Andrade, X. (2001). Homosocialidad, disciplina y venganza. En X. Andrade y C. Herrera (Eds.), *Masculinidades en Ecuador* (pp. 115 -138). Quito, Ecuador: FLACSO.
- Antón, F. y Matarazzo, C. (2015). Invirtiendo la ruta: procesos de retorno de los ecuatorianos en España. *Universitas -Revista de Ciencias Sociales y Humanas*, XIII(23), pp. 35-64.
- Ayala, E. (2008) *Resumen de Historia del Ecuador*. Quito, Ecuador: Corporación Editora Nacional
- Barley, N. (2008). *El antropólogo inocente. Notas desde una choza de barro*. Barcelona, España: Anagrama
- Bauböck, R. (2003). Towards a Political Theory of Migrant Transnationalism. *The International Migration Review*, 37 (3), 700-23.
- Benavides, H. (2006). La representación del pasado sexual de Guayaquil: historizando los enchaquirados. *Iconos, Revista de Ciencias Sociales*, 24(enero 2006), 145-60.
- Benedict, R. (2006). *El crisantemo y la espada. Patronos de la cultura japonesa*. Madrid, España: Alianza.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones Prácticas: Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, España: Editorial Anagrama.
- (1999). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires, Argentina: Eudeba.
 - (2000). *La dominación masculina*. Barcelona, España: Editorial Anagrama.

- Brown, D. E. (2003). El pasador de pene: un problema sin resolver en las relaciones entre los sexos en Borneo. En J. A: Nieto (Ed.), *Antropología de la sexualidad y diversidad cultural* (pp. 297-311). Madrid, España: TALASA.
- Bryceson, D., y Vuorela, U. (Eds.). (2002) *The transnational family. New European frontiers and global networks*. Oxford, New York: Berg, Publishers.
- Burbank, V. K. (2003). Jerarquía de género y sexualidad adolescente: el control de la reproducción femenina en una comunidad aborígen australiana. En J. A: Nieto (Ed.), *Antropología de la sexualidad y diversidad cultural* (pp. 119-130). Madrid, España: TALASA.
- Buss, D. M. (2007). *La evolución del deseo: Estrategias de apareamiento humano*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Camacho, G. (2001). Relaciones de género y violencia. En C. Herrera (Ed.) *Antología de género* (pp.115-179). Quito, Ecuador: FLACSO.
- (2004). Feminización de la migraciones en Ecuador. En F. Hidalgo (Ed.) *Migraciones. Un juego con cartas marcadas* (pp.303-326). Quito, Ecuador: Ediciones Abya Yala.
- Camacho, G. y Hernandez, K. (2007). *Children and Migration in Ecuador. Situation Diagnostic*. Quito, Ecuador: UNICEF y Center for Social Planning and Research. Recuperado de: http://www.gfmd.org/files/documents/gfmd_brussels07_contribution_unicef_ecuador_on_children_and_migration_en.pdf
- Canales, I. (2005). El papel de las remesas en la configuración de las relaciones familiares transnacionales. *Papeles de Población*, abril-junio (44), 149-171.
- Casado, E. (2003). La emergencia del género y su resignificación en tiempos de lo post. *Foro interno: Anuario de teoría política*, 3, 41-66.
- Cassain, L. y García, A. (2014). Masculinidades transnacionales: dinámicas de género en hogares transnacionales Ecuador-España. En M. F. Montes (coord.), *Negociaciones identitarias en contextos migratorios* (pp. 207-222). Madrid, España: Common Ground Publishing S.L.
- Carrillo, G. (2013). Transformaciones agrarias y organización social. *Universitas--Revista de Ciencias Sociales y Humanas*, XI(19), 181-216.

- Castles, S. and Miller, M. (1993). *The Age of Migration: International Population Movements in the Modern World*. Nueva York, Estados Unidos: The Guilford Press.
- Chávez, G. y García, F. (2004). *El derecho a ser: diversidad, identidad y cambio. Etnografía jurídica indígena y afroecuatoriana*. Quito, Ecuador: FLACSO.
- Chiriboga, M. (1988). La Reforma Agraria ecuatoriana y los cambios en la distribución de la propiedad rural agrícola 1974-1985. En P. Gondard, J.B. León y P. Sylvia (Coords.) *Transformaciones agrarias en el Ecuador, 1988, Geografía Básica del Ecuador. Tomo V Geografía Agraria, Vol. 1* (pp.39-58). Quito, Ecuador: IPGH (Ecuador) y ORSTROM (Francia).
- Chodorow, N. (1991). Family Structure and Feminine Personality. En M.Z. Rosaldo and L. Lamphere (eds.). *Women, Culture and Society* (pp.43-66). Palo Alto (CA), Estados Unidos: Stanford University Press.
- Coltrane, S. (1998). *Gender and Families*. New York, Estados Unidos: Rowman & Littlefield.
- Connell, R. (1987). *Gender and Power: Society, the Person and Sexual Politics*. Palo Alto (CA), Estados Unidos: Stanford University Press.
- Cortés, A. y Sanmartín, A. (2010). Transnacionalismo político: políticas migratorias de vinculación de los estados de origen y las asociaciones de migrantes en España. Los casos ecuatorianos y colombianos. XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles (pp. 1146-1164) .
- Cruces, F. (2003). Etnografías sin final feliz: Sobre las condiciones de posibilidad del trabajo de campo urbano en contextos globalizados. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 58(2), 161-178. doi:10.3989/rntp.2003.v58.i2.154
- Cuesta, E. (2005). We Are Better off Outside Our Country: Diasporic Ecuatorian Women in Spain since the Mid-1990s. Global Justice Center. Recuperado de http://www.globaljusticecenter.org/papers2005/cuesta_eng.htm.
- Cuvi, M. y Urriola, R. (1988). Oleaginosas, cereales y agroindustria en la costa y nororiente ecuatorianos. En P. Gondard, J.B. León y P. Sylvia (Coords.) *Transformaciones agrarias en el Ecuador, 1988, Geografía Básica del*

- Ecuador. Tomo V Geografía Agraria, Vol. 1 (pp.95-108). Quito, Ecuador: IPGH (Ecuador) y ORSTROM (Francia)
- Damasio, A. (1994). *Descartes' Error: Emotion, Reason and the Human Brain*. Nueva York, Estados Unidos: Avon Books.
- (2007). *En busca de Spinozza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos*. Barcelona, España: Editorial Crítica.
- De Haan, A. (2006). Migration in the Development Studies Literatura. Has It Come Out of Its Marginality?. Research Paper No. 2006-19. United Nations University-World Institute for Development Economic Research (UNU-WIDER). Recuperado de <https://www.wider.unu.edu/publication/migration-development-studies-literature>
- De Haas, H. (2012). The Migration and Development Pendulum: A Critical View on Research and Policy. *International Migration*, 50 (3). 8-25. doi:10.1111/j.1468-2435, 012.00755.x
- De Martino, M. (2013). Connel y el concepto de masculinidades hegemónicas: notas críticas desde la obra de Pierre Bourdieu. *Revista Estudios Feministas*, 21(1): 283-300.
- Di Nicola, G.P. (1991). *Reciprocidad hombre/mujer, igualdad y diferencia*. Madrid: Narcea.
- Erel, U. (2002). Reconceptualizing motherhood: experiences of migrant women from Turkey living in Germany. En Bryceson y Vuorela (Eds.). *The Transnational Family, New European Frontiers and Global Networks* (pp.127-146). Oxford, Reino Unido: Berg Publishers.
- Escobar, Martha (1990). *La frontera imprecisa, lo natural y lo sagrado en el norte de Esmeraldas*. Quito, Ecuador: Abya-Yala.
- Faist, T. (2000). *The Volume and Dynamics of International Migration and Transnational Social Space*. Oxford, Reino Unido: Oxford University Press.
- Fauroux, E. (1988). Transformaciones en los sistemas de producción en el mundo rural ecuatoriano de 1960 a 1980. En P. Gondard, J.B. León y P. Sylvia (Coords.). *Transformaciones agrarias en el Ecuador, 1988, Geografía Básica*

del Ecuador. Tomo V Geografía Agraria, Vol. 1 (pp.109-134). Quito, Ecuador: IPGH (Ecuador) y ORSTROM (Francia).

Fawcett, J.T. (1989). Networks, Linkages, and Migration Systems. *International Migration Review*, 23(3), Special Silver Anniversary Issue: International Migration an Assessment for the 90's (Autumn, 1989), 671-680. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/2546434>

Foucault, M. (1987). *El orden del discurso*. Barcelona, España: Tusquets.

Foucault, M. (1998). *Historia de la Sexualidad I: La voluntad del Saber*. Madrid, España: Ediciones Siglo XXI.

Fox, R. (2004). *Sistemas de parentesco y matrimonio*. Madrid: Alianza.

Gadea M. E., García I. y Pedreño A. (2009) Remesas, lógicas familiares y contextos locales de origen: reflexiones a partir de la conexión migratoria Cañar-Murcia. En María E. Gadea, A. A. García y A. Pedreño (Coords.). *Las ambivalencias del codesarrollo: vínculos migratorios y comunidades transnacionales. Un estudio de caso (Cañar-Murcia)* (pp. 169-194). Murcia, España: Editum.

Gamburd, M. (2002). Breadwinner no More. En B. Ehrenreich y A.R. Hochschild (Eds.). *Global Women: Nannies, Maids and the Sex Workers in the New Economy* (pp.190-206). New York, EE.UU: Henry Holt and Company.

García, A.A. y Casado, E. (2006). Dinámicas identitarias y de reconocimiento. En C. Romero (Coord.), *El doble filo de la navaja: violencia y representación* (pp.89-106). Madrid, España: Trotta. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=10655>

- (2008). Peleando por reconocerse. Herramientas para el análisis de la violencia de género. En E. Imaz (Ed.), *La materialidad de la identidad* (pp.181-198). Donosti: Hariadna Editoriala.

Gomá, J. (2014). *Imitación y experiencia*. Madrid, España: Alfaguara.

García, A. A. (2008). ¿Qué le pasa a los hombres? a propósito de las dinámicas identitarias masculinas en la modernidad tardía. *Arxius Sociología*, 19, 41-51. Recuperado de

<http://www.uv.es/~sociolog/arxius/ARXIUS%2019/05.%20GARCIA.pdf>

- González, A. (1990). *Etnografía y comparación: La investigación intercultural en antropología*. Barcelona, España: Bellaterra.
- González, A., San Román, T. y Valdés, R. (2000). *Tres escritos introductorios al estudio del parentesco. Una bibliografía básica* (pp. 9-30). Barcelona, España: Bellaterra.
- González, M. P., Muñoz, M.J. y Graña, J. L. (2003). Violencia en las relaciones de pareja en adolescentes y jóvenes: una revisión. *Psicología Clínica Legal y Forense*, 3(3), 23-39.
- Gregorio Gil, C. (1998). *Migración femenina: su impacto en las relaciones de género*. Madrid, España: Narcea.
- (2009). Transitando por el campo de los estudios migratorios: ¿tenemos que seguir hablando de género y migraciones?. Las Migraciones en España: IV Congreso sobre las Migraciones en España, celebrado del 17 al 19 de septiembre de 2009 en A Coruña. A. Izquierdo (Dir.), M. Golías y Fernández-Suárez (Eds.), pp. 1009-1019. Recuperado de <http://migraciones.ugr.es/congresomigraciones2015/images/Actas/Coruna2009a.pdf>
- Guber, R. (2005). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Guerrero, R., Samudio, M. y Farías, R. (2011). *Diagnóstico: El territorio del norte de Guayas y Los Ríos*. Guayaquil, Ecuador: Grupo Diálogo Rural y Universidad Santa María (USM). Recuperado de http://www.usm.edu.ec/files/investigacion/investigacion_territorio.pdf
- Gurak, D. y Caces, F. (1998). Redes migratorias y la formación de sistemas de migración. En G. Malgesini (Coord.). *Cruzando fronteras. Migraciones en el sistema mundial*, (pp. 75-110). Barcelona, España: Icaria.
- Gutmann, M.C. (1997) *Trafficking in Men: The Anthropology of Masculinity. Annual Review of Anthropology*, 26, 385–409. Recuperado de <http://www.annualreviews.org>
- Hagen-Zanker, J. (2008). *Why Do People Migrate? A Review of the Theoretical Literature* (January). Maastricht Graduate School of Governance Working

- Hall, Anthony (2005). Globalized Livelihoods. International Migration and Challenges For Social Policy: The Case of Ecuador. Arusha Conference "New Frontiers of Social Policy", December 12-15, 2005. The World Bank, Washington, USA.
- Hammersley, M. y Atkinson, P. (1994). *Etnografía. Métodos de investigación*. Barcelona, España: Editorial Paidós.
- Hammond, P.B. (1972). *An Introduction to Cultural and Social Anthropology*. Nueva York, Estados Unidos: Mac Millan.
- Hannerz, U. (1998). *Conexiones transnacionales. Cultura, gente y lugares*. Madrid, España: Ediciones Cátedra.
- Hartman, H. (1976). The Historical Roots of Occupational Segregation. Capitalism, Patriarchy and Job Segregation by Sex. *Sings - Journal of Women in Culture and Society*, 1, (3) Parte 2, (Spring, 1976): 137-169. doi: 10.1086/493283
- Hernández, E. y González, R. (2009). Coerción sexual, compromiso y violencia en las relaciones de pareja de los universitarios. *Escritos de Psicología*, 2 (3), 40-47.
- Herrera, G. (2001). Los estudios de género en el Ecuador: entre el conocimiento y el reconocimiento. En G. Herrera (Ed.). *Antología de género* (pp. 9-60). Recuperado de <http://www.flacso.org.ec/docs/antgenero.pdf>
- (2002). Migración y familia. Investigación que realizó el Programa de Género de FLACSO, septiembre 2001 y marzo de 2002. Disponible en:
<http://www.yachana.org/ecuatorianistas/encuentro/2002/ponencias/herrera.pdf>
 - (2004). Elementos para una comprensión de las familias transnacionales. En F. Hidalgo (Ed.), *Migraciones: un juego de cartas marcadas*, (pp. 215-232). Quito, Ecuador: Abya-Yala.
 - (2005). Remesas, dinámicas familiares y estatus social: la emigración ecuatoriana desde la sociedad de origen. En N. Zúñiga (Coord.), *La migración, un camino entre el desarrollo y la cooperación* (pp. 149-162). Madrid, España: Centro de Investigación para la Paz.

- (2008). *Ecuador: La migración internacional en cifras*. Ecuador, Quito - Ecuador: FLACSO y UNFPA. Recuperado de http://www.flacsoandes.org/web/imagesFTP/7586.6721.migracion_ecuador_en_cifras_2008.pdf

- Hobsbawn, E. J. (1975). *The Age of Capital, 1848-1975*. Londres, Reino Unido: Editorial Abacus.

- Hochschild, A. R. (1983). *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling*. Berkeley: University of California Press.

- (2001). Global care chains and emotional surplus value. En W. Hutton y A. Giddens (Eds.), *On the edge. Living with global capitalism* (pp. 130-146). Londres, reino Unido: Jonathan Cape.

- Hoffman, M. L. (1983). *Desarrollo moral y conducta. Monografía de Infancia y Aprendizaje*. Madrid, España: McGraw Hill.

- Hondagneu Sotelo, P. (2000). La incorporación del género a la migración: no sólo para feministas ni sólo para la familia. En D. Barrera y C. Oehmichen (Eds.), *Migración y relaciones de género en México*, (pp. 423-451). México DF, México: Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza (GIMTRAP) / UNAM, Instituto de Investigaciones.

- Kerbo, Harold R. (2003). *Estratificación social y desigualdad: el conflicto de clase en perspectiva histórica, comparada y global*. Madrid, España: McGraw Hill.

- Kimmel, M. S. (2006). Simetría de género en la violencia doméstica: una revisión conceptual y metodológica de la investigación. Curso de Verano de El Escorial (UCM), 17-21 JULIO 2006, A. A. García y E. Casado (Dirs.). *Violencia de género en las parejas heterosexuales: análisis, diagnóstico y problemas de intervención* (pp.67-114). Madrid: Comunidad de Madrid Consejería de Empleo y Mujer Dirección General de la Mujer.

- Kofman, E. (2004). Family-related migration: a critical review of European Studies. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 30(2), 243-262. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.1080/1369183042000200687>

- Kritz, M.M., y Zlotnik, H. (1992). Global interactions: Migration systems, processes, and policies. En M.M. Kritz, L. L. Lim, & H. Zlotnik (Eds.), *International migration systems: A global approach* (pp. 1–16). Oxford, England: Clarendon Press.
- La Spina, E. (2003). La reestructuración ideal de las familias migrantes en la ley de extranjería. *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, 13(3), pp. 137-148. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=53728752008>
- Landolt, P., Authler, L. y Baires, S. (2003). Del hermano lejano al hermano mayor: la dialéctica del transnacionalismo salvadoreño. En A. Portes et al., *La globalización desde abajo: transnacionalismo inmigrante y desarrollo* (pp. 123-156). México: FLACSO.
- Larrea C., Sommaruga, S. y Sylva P. (1988). Agroexportación, transnacionales y paisaje agrario en la costa ecuatoriana. En P. Gondard, J. B. León y P. Sylvia (Coords.), *Transformaciones agrarias en el Ecuador, 1988, Geografía Básica del Ecuador. Tomo V Geografía Agraria, Vol. 1* (pp.71-94). Quito, Ecuador: IPGH (Ecuador) y ORSTROM (Francia).
- Le Gall, J. (2005). Familles transnationales: bilan des recherches et nouvelles perspectives, *Diversité urbaine*, 5(1), 29-42.
- Levitt, P. (2001). *The Transnational Villagers*. Los Angeles, Estados Unidos: California University Press.
- Levitt, P. y de la Dehesa, R. (2003). Transnational migration and the redefinition of the state: Variations and explanations. *Ethnic and Racial Studies*, 26 (4), 587–611.
- Levitt, P. y Glick Schiller, N. (2004). Conceptualizing Simultaneity: A Transnational Social Field Perspective On Society, *International Migration Review* , 38 (Fall) 595-629.
- Levitt, P. y Jaworsky, N. (2007). Transnacional Migration Studies: Past Developments and Future Trends. *Annual Review of Sociology*, 33, 129-156. doi: 10.1146/annurev.soc.33.040406.131816

- Luna M. y Velasco J.L.(2005) Confianza y desempeño en las redes sociales, *Revista mexicana de sociología*, 67(1), 127-162.
- Maisanove, A.(2009). La migración ecuatoriana en el codesarrollo: elementos para una transnacionalidad estatal. En A. Cortés Maisanove y A. Torres (Eds.). Codesarrollo en los Andes: contextos y actores para una acción transnacional, (pp. 87-118). Ecuador: FLACSO.
- Malinowski, B. (2001). *Los argonautas del Pacífico occidental*. Barcelona, España: Península.
- Marcus, S. (2003) *The Other Victorians: A Study of Sexuality and Pornography in Mid-Nineteenth-Century*. Londres, Reino Unido: Basic Books.
- Markowitz, F. (2003). Sexualizando al antropólogo: implicaciones para la etnografía. En J. A: Nieto (Ed.), *Antropología de la sexualidad y diversidad cultural* (pp. 79-91). Madrid, España: TALASA.
- Martínez, A. (2001) "Para los hombres, las heridas flores son". Trabajo, cuerpo y memoria en Pindal. En X. Andrade y C. Herrera (Eds.), *Masculinidades en Ecuador*, (pp.29-46). Quito, Ecuador: FLACSO.
- Massey, D.S. (1990). Social Structure, Household Strategies, and the Cumulative Causation of Migration. *Population Index*, 56, 3-26.
- (2003) Patterns and Processes of International Migration in the 21st Century. University of Pennsylvania, 2003, United States of America, Paper prepared for Conference on African Migration in Comparative Perspective, Johannesburg, South Africa, 4-7 June, 2003.
- Massey, D. S., Goldring, L. P., and Durand, J. (1994). Continuities in Transnational Migration: An Analysis of 19 Mexican Communities. *American Journal of Sociology* 99, 1492-33.
- Mejía, W. y Castro, Y. (2012) *Retorno de Migrantes a la Comunidad Andina*. Bogotá, Colombia: Fundación Esperanza.
- Mestre, R. (2002) Dea Ex Machina. Trabajadoras migrantes y negociación de la igualdad en lo doméstico. (Experiencias de ACUDE-VIMAR: ecuatorianas en Valencia). *Cuadernos de Geografía*, 72, 191-206.

- Minello, N. (2002). Maculindades: un concepto en construcción. *Nueva Antropología*, XVIII (Septiembre). Recuperado de: <http://redalyc.org/articulo.oa?id=15906101>> ISSN 0185-0636
- Mingione, E. (1993). *Las sociedades fragmentadas*. Madrid: Ministerio de Trabajo y de Seguridad Social.
- Miranda, M.J. (2006). El vínculo en la pareja heterosexual. En Curso de Verano de El Escorial (UCM), 17-21 JULIO 2006, A. A. García García y E. Casado (Dirs.), *Violencia de género en las parejas heterosexuales: análisis, diagnóstico y problemas de intervención* (pp.17-35). Madrid: Comunidad de Madrid Consejería de Empleo y Mujer Dirección General de la Mujer.
- Monquid, S. (2004). Les femmes émigrés vecteur de modernisation? Le role occulté des femmes dans le développement du pays d'origine: le cas marocain. *Revue passerelles*, 28, Printemps-Eté, 56-68.
- Montenegro, S. (2008). El Estado, las mujeres y la lucha por la ciudadanía en América Latina. Notas para entender la exclusión y la desigualdad de género. Recuperado de: <http://www.enlaceacademico.org/base-documental/biblioteca/documento//el-estado-las-mujeres-y-la-lucha-por-la-ciudadania-en-america-latina/>
- Moraes, N. (2009). El voto que el alma no pronuncia: Un análisis de las movilizaciones y discursos sobre el derecho al voto de los uruguayos en el exterior. En A. Escrivá, A. Bermúdez y N. Moraes (Eds.). *Migración y participación política. Estados, organizaciones y migrantes en perspectiva local-transnacional* (pp.103-123). Politeya, 28. Córdoba, España: CSIC.
- Morokvasic, M. (2007). Migración, género y empoderamiento. Género y transnacionalismo. Puntos de vista. Cuadernos del Observatorio de las Migraciones y de la Convivencia Intercultural de la Ciudad de Madrid, Año III (9) pp.33-49.
- Mejía Navarrete, J. (2000). El muestreo en la investigación cualitativa. *Investigaciones Sociales*, Año IV(5), 165-180.
- Nieto, C. (2012). Migración de retorno y capital humano. *Universitas-Revista de Ciencias Sociales y Humanas*, 16, 53-67.

- Ogaya, C. (2004). Social discourses on Filipino women migrants. *Feminist Review, labour migrations: women on the move*, 77, 180-82.
- OIT-PNUD (2009). Trabajo y Familia: hacia nuevas formas de conciliación con corresponsabilidad social. Santiago, Chile: Oficina Internacional de Trabajo y Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Oso, L. (2008). Migración, género y hogares transnacionales. En J. García Roca, y J. Lacomba (Eds.). *La inmigración en la sociedad española* (pp. 561-586). España: Ediciones Bellaterra.
- Oso, L. (2016). Migración ecuatoriana y estrategias familiares de movilidad social: la relación dialéctica entre el capital financiero y emocional. *Investigaciones Feministas*, 7(1), 221-240. Recuperado de http://dx.doi.org/10.5209/rev_INFE.2016.v7.n1.51739
- Parreñas, R. (2001). *The Global Servants: Migrant Filipinas Domestic Workers in Rome and Los Angeles*. Palo Alto (California), Estados Unidos: Stanford University Press.
- (2005). *Long distance intimacy: class, gender and intergenerational relations between mothers and children in Filipino transnational families*. doi: 10.1111/j.1471-0374.2005.00122.x
- Parsons, T. y Bales, R. (1955) *Family, Socialization and Interaction Process*. Nueva York, Estados Unidos: The Free Press.
- Pateman, C. (1995). *El contrato sexual*. Barcelona, España: Antrophos.
- Pedone, C. (2005). "Tú siempre jalas a los tuyos". Cadenas y redes migratorias de las familias ecuatorianas hacia España. En G. Herrera, M. C. Castillo y A. Torres (Eds.). *La migración ecuatoriana: Transnacionalismo, redes e identidades* (pp.105-146). Quito, Ecuador: FLACSO.
- (2007). Cadenas, redes migratorias y redefinición de lugares. Las migraciones de familias ecuatorianas hacia España. En P. Zusman, C. Lois y H. Castro (Comp.). *Viajes y Geografías*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo.
- Pedone, C., Agrela, B. y Gil Araujo, S. (Eds.) (2012). Políticas públicas, migración y familia. Una mirada desde el género. *Revistas de sociología*, 97(3), 541-568.

- Phizacklea, A. (2003). Transnationalism, gender and global workers. En M. Morokvasic-Müller, U. Erel y K. Shinozaki (eds.), *Crossing Borders and Shifting Boundaries*, Vol. I. *On the Move* (pp.79-101). Opladen, Alemania: Leske+budrich. doi: 10.1007/978-3-636-9529-3
- Piore, M. J. (1979). *Birds of Passage: Migrant Labor and Industrial Society*. New York, Estados Unidos: Cambridge University Press.
- Poeschel-Renz, U. (2003). Las marcas de la violencia en la construcción socio-histórica de la identidad femenina indígena. *Ecuador Debate*, 59, 103-122.
- Ponce, J. (2006). Las sociedades de la emigración: El caso Ecuatoriano. I Congreso Internacional sobre Desarrollo Humano, Madrid 2006. Recuperado de www.reduniversitaria.es/ficheros/Javier%20Ponce.pdf
- Portes, A. Guarnizo, E. y P. Landolt (1999), Globalization from below: the rise of transnational communities. *Ethnic and Racial Studies*, 22, 217-37.
- Portes, A. y Walton, J. (1981). *Labour, Class, and the International System*. New York, Estados Unidos: Academic Press.
- Pottinger, A. M. y Brown, S. W. (2006). Understanding the Impact of Parental Migration on Children: Implications for Counselling Families from the Caribbean. Recuperado de <http://counselingoutfitters.com/Pottinger.htm>
- Pribilsky, J. (2004) "Aprendemos a convivir": conjugal relations, co-parenting, and family life among Ecuadorian transnational migrants in New Cork City and the Ecuadorian Andes". *Global Network,s* 4(3), 313-334.
- Pries, L. (1999). *Migration and Transnational Social Spaces. Reserach in Ethic Relations Series*. Reino Unido: Ashsgate Pub Ltd.
- Prinz, J. (2006). Emotional Basis of Moral Judgment. *Philosophical Explorations*, 9(1), 29-43.
- Ramírez Goicoechea, E. (2001). Notas y discusiones. Antropología «compleja» de las emociones humanas. *ISEGORÍA*/25, pp. 177-200.
- Ritter., M. (2000). El rumor: un análisis epistemológico. Recuperado de http://www.academia.edu/2907952/Ritter_-_Rumor_-_El_rumor_Un_an%C3%A1lisis_epistemol%C3%B3gico_2000_

- Robalino, V. (2009). Las huellas de la oralidad en siete cuentos del 30. *KIPUS, Revista Andina de Letras, I semestre (25)*, 183-209.
- Rodriguez, J.A. (2014). When man falls provider. Masculinity, unemployment and psychological distress in the family. A methodology for the search of affective normalization. *Masculinities and Social Change*, 3(2), 173-190. doi: 10.4471/MCS.2014. 49
- Rozin, P., Haidt, J., Imada, S. y Lowery, L. (1999). The CAD Triad Hypothesis: A Mapping Between Three Moral Emotions (Contempt, Anger, Disgust) and Three Moral Codes (Community, Autonomy, Divinity). *Journal of Personality and Social Psychology*, 76(4), 574-586.
- Sánchez-Parga, J. (2002). Uniones libres y maternidad obligada en la costa ecuatoriana. *Universitas UPS, Revista de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Politécnica Salesiana del Ecuador*, 2, 73-89. Recuperado de <http://dspace.ups.edu.ec/handle/123456789/8418>
- Sanz, J.J. (2002) Evolución de los sistemas de apareamiento.. En M. Soler Cruz (Coord.), *Evolución: La base de la biología* (271-282). Madrid, España: Proyecto Sur.
- Sanz Abad, J. (2014). Cambios y transformaciones de las relaciones familiares ligadas al proceso migratorio: una aproximación a partir del estudio de la migración ecuatoriana en España. En M. Fernández Montes (Coord.). *Negociaciones identitarias en contextos migratorios*, (pp. 187-206). Madrid, España: Common Ground Publishing España
- Saskia, S. (1988). *The Mobility of Labour and Capital: A Study in International Investment and Labour Flow*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- (2005) The global City: Introducing a Concept. *The Brown Journal of World Affairs*, XI(2), 27-43.
- Segalen, M. (2004). *Antropología histórica de la familia*. Madrid, España: Taurus-Santillana.
- Seidler, V. J. (1994). *Unreasonable Men: Masculinity and Social Theory*. London, Reino Unido: Routledge

- (1997). *Man Enough: Embodying Masculinities*. London, Reino Unido: Sage Publications
- Shinozaki, K. (2008). National Heroes or Transnational Shames. Paper presented at the conference on 'Migration(s) and Development(s): Transformation of Paradigms, Organisations and Gender', Center for Interdisciplinary Research, Bielefeld, Germany, Julio 10-11, 2008.
- Shweder, R. A., Much, N. C, Mahapatra, M., y Park, L. (1997). The "Big Three" of morality (autonomy, community, divinity) and the "Big Three" explanations of suffering. En A. Brandt y P. Rozin (Eds.), *Morality and health* (pp. 119-169). Nueva York, Estados Unidos: Routledge.
- Solé, C. y Parella, S. (2005). La 'maternidad a distancia' de las empleadas domésticas de origen inmigrante en España. Ponencia presentada en el Colloque Internacional Mobilités au féminin, organizado por LAMES-Laboratoire Méditerranéen de Sociologie (MMSH, Aix-en-Provence) (Tánger, 15-19 de noviembre 2005).
- Solé, C., Parella, S. y Cavalcanti (2007). Los vínculos económicos y familiares transnacionales. Los inmigrantes ecuatorianos y peruanos en España. Bilbao, España: Fundación BBVA, Informes 2007.
- Sørensen, N. y Guanizo L. (2007). Transnational Family Life across the Atlantic: The experience of Colombian and Dominican Migrants in Europe. En Ninna Nyberg Sørensen (Coord.). *Living Across Worlds: Diaspora, Development and Transnational Engagement*, (pp. 151-176). Danish Institute for International Studies (DIIS)
- Stark, O. (1992). *The Migration of Labor*. Oxford, Reino Unido: Blackwell.
- Stephens, N. W. (2003). La familia en perspectiva transcultural. En J. A: Nieto (Ed.), *Antropología de la sexualidad y diversidad cultural* (pp. 93-117). Madrid, España: TALASA.
- Suárez, L. (2008). La perspectiva transnacional en los estudios migratorios. Génesis, derroteros y surcos metodológicos. En J. García Roca y J. Lacomba Vázquez (Coord.), *La inmigración en la sociedad española: una radiografía*

multidisciplinar, (pp. 771-796). Barcelona, España: Ediciones Balleterra
abrcelona

Suárez-Orozco, M.M. (1999). Latin American Migration to the United States. En V. Bulmer-Thomas y J. Dunkerley (Coords.), *The United States and Latin America: The New Agenda*. Cambridge (MA), Estados Unidos: ILAS (London) y David Rockefeller Center for Latin American Studies.

Potot, S. (2005). La place des femmes dans les réseaux migrants roumains. *Revue européenne des migrations internationales*, 21(1), 243-257. Recuperado de <http://remi.revues.org/2335>

Téllez, A. y Verdú, A.D. (2011). El significado de la masculinidad para el análisis social. *Revista Nuevas Tendencias en Antropología*, nº 2, 80-103.

Thompson, J. B. (1991). *Ideology and Modern Culture: Critical Social Theory in the Era of Mass Communication*. Stanford (CA), Estados Unidos: Stanford University Press

Todaro, M. P. (1969). A Model of Labor Migration and Urban Unemployment in Less Developed Countries. *The American Economic Review*, 59(1), 138-148. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/1811100>

- (1976). Internal Migration in Developing Countries: A Survey. En R. A. Easterlin (Ed.), *Population and Economic Change in Developing Countries* (361-402). Chicago, Estados Unidos: University of Chicago Press. Recuperado de <http://www.nber.org/chapters/c9668>

- (1989). *Economic Development in the Third World*. London, Reino Unido: Longman.

Todaro, M. P. y Maruszko, L. (1987). Illegal migration and US immigration reform: A conceptual framework. *Population and Development Review*, 13(1), 101-114.

Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona, España: Paidós.

Trujillo, J. (1988). La colonización en el Ecuador. En P. Gondard, J.B. León y P. Sylvia (Coords.), *Transformaciones agrarias en el Ecuador, 1988*, Geografía Básica del Ecuador. Tomo V Geografía Agraria, Vol. 1 (pp. 59-70). Quito, Ecuador: IPGH (Ecuador) y ORSTROM (Francia).

- Trujillo, M. E. (2013). El embarazo precoz: no querido pero deseado. *Universitas-Revistas de Ciencias Sociales y Humanas*, 18, 103-131.
- UNFPA & IOM (2006). Women on the Move, United Nations Population Fund and International Organization for Migration, Preliminary Paper for the expert group meeting on the 2-3 May 2006 entitled: "Female migrants: bridging the gap throughout the life cycle". New York, USA.
- UN-Population (2006). International Migration and Development: Report of the Secretary-General for the High-Level Dialogue of the General Assembly. United Nations Department of Economic and Social Affairs/Population Division. Population Newsletter, June 2006 (pp.6-9). New York, Estados Unidos.
- Velasco, H. y Díaz de Rada, A. (2004). *La lógica de la investigación etnográfica. Un modelo de trabajo para etnógrafos de escuela*. Madrid, España: Trotta.
- Viedma, A. (2010). Entrevistas. En J. Callejo (coord.). Introducción a las técnicas de investigación social. Madrid, España: Editorial Universitaria Ramón Areces.
- Wagner, H. (2008). Maternidad transnacional: discursos, estereotipos, prácticas. En G. Herrera y J. Ramírez (Eds.), *América Latina migrante: Estado, familia, identidades* (pp 325-340.). Quito, Ecuador: FLACSO y Ministerio de Cultura del Ecuador.
- Waisblat, A., y Sáenz, A. (2011). La construcción socio-histórica de la existencia. Patriarcado, capitalismo y desigualdades instaladas. Ponencia presentada en Jornadas sobre Roles masculino y femenino a debate, Bilbao. Organizadas por OSAGINEZ-CRECER EN SALUD del 18 y 19 de Enero de 2011 en Bilbao.
- Walby, S. (1990). *Theorizing Gender*. Oxford, Reino Unido: Basil Blackwell Publishers
- Wamsley, E. (2001). Transformando los pueblos: la migración internacional y el impacto social a nivel comunitario. *Ecuador Debate*, 54, 155-174.
- Watto S.A. (2009). Conventional Patriarchal Ideology of Gender Relations: an Inexplicit Predictor of Male Physical Violence against Women in Families. *European Journal of Scientific Research*, 36(4), 561-569.

- WDR-World Development Report – (2012). *Gender equality and Development*. The World Bank, Washington DC. Recuperado de www.worldbank.com
- Weyland, K. (2006). *Bounded Rationality and Policy Diffusion: Social Sector Reform in Latin America*. Princeton (NJ), Estados Unidos: Princeton University Press.
- Wimmer, A. y Glick Schiller, N. (2003). Methodological Nationalism, the Social Sciences, and the Study of Migration: An Essay in Historical Epistemology. *IMR*, 37(3), 576-610.
- Wolpert, J. (1965). Behavioural Aspects of the Decision to Migrate. *Papers of the Regional Science Association* 15, 159-169.
- Zlotnik, H. (2003). The Global Dimensions of Female Migration. Migration Information Source, 1 of March 2003. Recuperado de www.migrationinformation.org

ANEXO 1. RELACIÓN DE INFORMANTES

INFORMANTES RETORNADOS (MR)

- Roberto MR1 Hombre, 44 años. MIGRACIÓN: reagrupado, salida 2002; Situación familiar: unión libre. Un hijo (reagrupado junto él) RETORNO: año 2012, conjunto. Situación conyugal/familiar: unión libre.
- Venancio MR2 Hombre, 43 años. MIGRACIÓN: pionero, salió en el año 2001. Lugar de destino: España (Madrid, Valencia y Córdoba). Situación familiar: Unión libre, 3 hijos (1 nacido en destino). Esposa reagrupada (2001). RETORNO: año 2012, solitario. Situación conyugal/familiar: separado (esposa e hija en destino).
- Vicente MR3 Hombre, 43 años. Ocupación: agricultura (origen). MIGRACIÓN: pionero, salió en el año 2002. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: Unión libre, 4 hijos. Esposa y un hijo reagrupados (2003). Segundo compromiso en destino. RETORNO: año 2013, solitario. Situación conyugal: separado (2º compromiso). Nuevo compromiso.
- Carmen MR4 Mujer, 49 años. MIGRACIÓN: núcleo familiar en el año 2000. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: Unión libre (casada en destino). Dos hijos (uno nacido en destino). RETORNO: año 2010, retorno anticipado de los hijos (2008). Situación conyugal: casada.

Juan	MR5	MR5; Hombre, 48 años. Ocupación: Servicio comercial (origen). MIGRACIÓN: núcleo familiar en el año 2000. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: Unión libre (casado en destino). Dos hijos (uno nacido en destino). RETORNO: año 2010, retorno anticipado de los hijos (2008). Situación conyugal: casado.
Julia	MR6	Mujer, 48 años. MIGRACIÓN: pionera, salió en el año 1999. Lugar de destino: Italia (Génova). Situación familiar: Unión libre (separada del esposos que permaneció en origen). Hijos reagrupados escalonadamente. Segundo compromiso en destino. RETORNO: año 2009, núcleo familiar. Situación conyugal/familiar: Unión libre.
Vicente	MR7	Hombre, 44 años. MIGRACIÓN: pionero, salió en el año 2001. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: unión libre. Salió con nuevo compromiso. 1ª Esposa (2000) e hijos (2001) reagrupados. Nuevo compromiso en destino (varias relaciones paralelas) RETORNO: año 2011, solitario. Situación conyugal/familiar: separado. Nuevo compromiso.
Daniel	MR8	Hombre, 48 años. MIGRACIÓN: reagrupado, salió en el año 1999. Lugar de destino: Italia (Génova). Situación familiar: unión libre (nuevo compromiso). RETORNO: año 2011, conjunto. Situación conyugal/familiar: unión libre. Un hijo nacido en retorno.
María	MR9	MR9; Mujer, 41 años. MIGRACIÓN: pionera, salió en el año 1997. Lugar de destino: Italia (Génova). Situación familiar: separada, un hijo (permaneció en destino). Esposo (nuevo compromiso) reagrupado (1999). RETORNO: año 2011, conjunto. Situación familiar: unión libre (segundo hijo nacido

en retorno).

- Carlos MR10 Hombre, 43 años. MIGRACIÓN: reagrupado, salió en el año 2001. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: separado, reagrupado por su ex esposa (2001) hijos (2005). RETORNO: año 2012, solitario. Situación familiar: separado. Actualmente tiene un nuevo compromiso en la ciudad y otro en el campo (espera un hijo).
- Víctor MR11 Hombre, 56 años. MIGRACIÓN: conjunta, salió en el año 1992. Lugar de destino: Italia (Génova). Situación familiar: Unión libre. Reagrupados por sus hijas. RETORNO: año 2011, conjunto (esposa). Situación familiar: unión libre.
- Miguel MR12 Hombre, 33 años. MIGRACIÓN: pionero, salió en el año 2000. Lugar de destino: Italia (Génova). Situación familiar: soltero (compromiso en destino). RETORNO: año 2007, conjunto. Situación familiar: unión libre (3 hijos nacidos en retorno).
- Mónica MR13 Mujer, 28 años. MIGRACIÓN: pionera, salió en el año 2001. Lugar de destino: Italia (Génova). Situación familiar: soltera (compromiso en destino). RETORNO: año 2007, conjunto (3 hijos nacidos en retorno).
- Rosa MR14 Mujer, 42 años. MIGRACIÓN: pionera, salió en el año 2000. Lugar de destino: Italia (Génova) y España (Barcelona) año 2000. Situación familiar: separada, 4 hijos. Nuevo compromiso en destino (2003) separada en 2008 (una hija nacida en destino). RETORNO: año 2012, con su hija. Situación conyugal/familiar: separada.
- Gabriela MR15 Mujer, 38 años. MIGRACIÓN: reagrupada, salió en el año 2001. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación

familiar: Unión libre. Reagrupada con su hija (2001), otra hija nacida en destino. RETORNO: año 2012, escalonado (esposo e hijas primero). Situación conyugal/familiar: casada.

- César MR16 Hombre, 41 años. MIGRACIÓN: reagrupado, salió en el año 2012. Lugar de destino: Barcelona (Génova). Situación familiar: Unión libre. Reagrupado con su hija (2001), otra hija nacida en destino. RETORNO: año 2012, escalonado (él y sus hijas primero). Situación familiar: casado.
- Daniela MR17 Mujer, 38 años. MIGRACIÓN: pionera, salió en el año 1999. Lugar de destino: Italia (Génova). Situación familiar: Unión libre. Familia reagrupada en 2001, otra hija nacida en destino. RETORNO: año 2013, escalonado (familia en 2012). Situación familiar: casada.
- Sonia MR18 Mujer, 29 años. MIGRACIÓN: pionera, salió en el año 2004. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: soltera. RETORNO: año 2006, solitario. Situación conyugal/familiar: sola (comprometida y separada después del retorno, tres hijos).
- Clara MR19 Mujer, 35 años. MIGRACIÓN: pionera, salió en el año 1997. Lugar de destino: Italia (Génova). Situación familiar: Soltera; Compromiso en destino. RETORNO: año 2008, conjunto. Situación familiar: unión libre.
- Marco MR20 Hombre, 31 años. MIGRACIÓN: pionero (1999). Lugar de destino: Italia (Génova). Situación familiar: soltero; compromiso en destino. RETORNO: año 2008, conjunto. Situación conyugal/familiar: unión libre.

- Edyson MR21 Hombre, 39 años. MIGRACIÓN: pionero, salió en el año 1996. Lugar de destino: Italia(Génova) y España (Barcelona) año 1998. Situación familiar: Unión libre, un hijo. Su esposa e hijo migraron a Barcelona en el año 1996. Su segundo hijo nacería en el año 1997. Separado (2006). Nuevos compromisos en destino (separado) RETORNO: año 2012, solitario. Situación familiar: separado.
- Blanca MR22 Mujer, 35 años. MIGRACIÓN: pionera, salió en el año 2001. Lugar de destino: Italia (Génova), España (Zaragoza -2001- y Canarias -2002-). Situación familiar: separada. Tres hijos (distintos compromisos) permanecieron en origen. Nuevo compromiso en destino (separada). Un hijo nacido en destino. RETORNO: año 2012, con su hijo(regresaría a España). Situación conyugal/familiar: separada. Nuevo compromiso.
- Wilson MR23 Hombre, 31 años. MIGRACIÓN: reagrupado (junto a su hija), salió en el año 2003. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: unión libre, una hija. Esposa en destino. RETORNO: año 2013, conjunto. Situación conyugal/familiar: unión libre (separado en retorno).
- Teresa MR24 Mujer, 47 años. MIGRACIÓN: pionera, salió en el año 2012. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: separada; dos hijos(permanecieron en origen). RETORNO: año 2012, solitario. Situación familiar: separada.
- Héctor MR25 Hombre, 34 años. MIGRACIÓN: pionero, salió en el año 2004. Lugar de destino: Italia (Génova). Situación familiar: Unión libre (separado). Nuevo compromiso en destino (separado); una hija nacida en destino. RETORNO: año 20013, solitario. Situación familiar: separado.

- Elsa MR26 Mujer, 37 años. MIGRACIÓN: pionera, salió en el año 1998. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: unión libre (casada y divorciada en destino), dos hijos. Esposo migró a Francia y los hijos pasaron periodos en España. RETORNO: año 2010, solitario. Situación familiar: divorciada (nuevo compromiso en retorno).
- Oscar MR27 Hombre, 31 años. MIGRACIÓN: pionero, salió en el año 1999. Lugar de destino: Italia (Génova). Situación familiar: soltero. Compromiso en destino; un hijo nacido en destino. RETORNO: año 2010, conjunto. Situación conyugal/familiar: unión libre.
- Julia MR28 Mujer, 33 años. MIGRACIÓN: pionera, salió en el año 2002. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: soltera; compromiso en destino; hijo nacido en destino. RETORNO: año 2010, conjunto. Situación conyugal/familiar: unión libre.
- Silvia MR29 Mujer, 43 años. MIGRACIÓN: pionera, salió en el año 2000. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: unión libre hasta migración; un hijo (permaneció en origen) RETORNO: año 2011, solitario. Situación conyugal/familiar: separada.
- David MR30 Hombre, 44 años. MIGRACIÓN: pionero, salió en el año 2000. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: unión libre. Esposa (2001) e hijos (2003) reagrupados; separado en destino. RETORNO: año 2011, solitario. Situación conyugal/familiar: separado.
- Verónica MR31 Mujer, 48 años. MIGRACIÓN: pionera, salió en el año 2013. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar:

- separada; 2 hijos (permanecieron en origen). Nuevo compromiso en destino; una hija nacida en destino. RETORNO: año 2013, conjunto. Situación familiar: unión libre.
- Milton MR32 Hombre, 46 años. MIGRACIÓN: pionero, salió en el año 1999. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: n/s; nuevo compromiso en destino; una hija nacida en destino. RETORNO: año 2013, conjunto. Situación familiar: unión libre.
- Diana MR33 Mujer, 46 años. Migrante pionera, salió en el año 2000. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: soltera. RETORNO: año 2013, solitario. Situación familiar: soltera.
- Jessica MR34 Mujer, 46 años. Migrante: pionera, salió en el año 2003. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: soltera (pareja en destino). RETORNO: año 2013, solitario. Situación familiar: soltera
- Ángela MR35 Mujer, 66 años. MIGRACIÓN: reagrupada, salió en el año 2005. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: viuda, seis hijos. Reagrupada por sus hijas para apoyo familiar. RETORNO: año 2013, solitario. Situación conyugal/familiar: viuda.
- Ramón MR36 Hombre, 43 años. MIGRACIÓN: solitario (reagrupado por su madre), salió en el año 2000. Lugar de destino: España (Barcelona) . Situación familiar: separado (1 hijo) -nuevo compromiso en destino (1 hijo del segundo compromiso). RETORNO: año 2013, solitario. Situación conyugal/familiar: separado.

- Adriana MR37 Mujer, 49 años. Migración: reagrupada, salió en el año 2000. Lugar de destino: España (Caravaca de la Cruz). Situación familiar: unión libre, cuatro hijos . RETORNO: año 2013 (previsto-aun en destino), su marido regresó en primero lugar. Ella regresará con su hija menor. Dos de sus hijos han re-emigrado, otro permaneció en destino. Situación familiar: unión libre.
- Eduardo MR38 Hombre, 46 años. MIGRACIÓN: pionero, salió en el año 2000. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: unión libre, tres hijos (en origen). Esposa reagrupada (2001), hijos permanecieron en destino. RETORNO: año 2011, solitario (esposa regreso anticipado). Situación conyugal/familiar: unión libre.
- Evelyn MR39 Mujer, 45 años. MIGRACIÓN: reagrupada, salió en el año 2001. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: unión libre, tres hijos (en origen). RETORNO: año 2010, solitario (anticipado) Situación familiar: unión libre.
- Narcisa MR40 Mujer, 55 años. MIGRACIÓN: pionera, salió en el año 2003. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: separada, tres hijos (en origen) RETORNO: año 2013, solitario. Situación familiar: separada.
- Carla MR41 Mujer, 67 años. MIGRACIÓN: pionera, salió en el año 1998. Lugar de destino: España (Barcelona, Soria y Barcelona). Situación familiar: unión libre, tres hijos (reagrupados). Esposo en origen. RETORNO: año 2011, solitario. Situación familiar: viuda.
- Margarita MR42 Mujer, 43 años. MIGRACIÓN: pionera, salió en el año 2008. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar:

unión libre, tres hijos (todos en origen). RETORNO: año 2010, solitario. Situación conyugal/familiar: unión libre.

Alejandro MR43 Hombre, 60 años. MIGRACIÓN: reagrupado, salió en el año 2000. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: unión libre, tres hijos (reagrupados) RETORNO: año 2013 (anticipado), esposa en hijos en destino. Situación familiar: unión libre.

Olga MR44 Mujer, 38 años MIGRACIÓN: pionera, salió en el año 1998. Lugar de destino: .España (Barcelona) Situación familiar: soltera (hermanos reagrupados). Compromiso en destino (separada), un hijo nacido en destino. RETORNO: año 2012, junto a su hija (también hermanos). Situación conyugal/familiar: separada, una hija a su cargo.

Nelly MR45 Mujer, 42 años. MIGRACIÓN: pionera, salió en el año 1999. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: soltera, un hijo (en origen) -hermanos en destino. RETORNO: año 2012, solitario (hermanos). Situación conyugal/familiar: soltera.

Fanny MR46 Mujer, 33 años. MIGRACIÓN: pionera, salió en el año 2000. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: soltera (novio reagrupado). RETORNO: año 2012, todos juntos. Situación familiar: unión libre.

Jaime MR47 Hombre, 33 años. MIGRACIÓN: reagrupado (novia), salió en el año 2000. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: soltero RETORNO: año 2012, todos juntos. Situación familiar: unión libre.

- Dolores MR48 Mujer, 33 años. MIGRACIÓN: pionera, salió en el año 2000. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: soltera. Compromiso en destino, un hijo en destino. RETORNO: año 2011, todos juntos. Situación conyugal/familiar: unión libre.
- Pablo MR49 Hombre, 32 años. MIGRACIÓN: pionero, salió en el año 2004. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: soltero RETORNO: año 2006, solitario. Situación conyugal/familiar: soltero (comprometido tras el retorno).
- Franklyn MR50 Hombre, 35 años. MIGRACIÓN: reagrupado (por segunda esposa) salió en el año 2000. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: unión libre (1ª esposa e hijos reagrupados posteriormente). Separado de su segunda esposa. RETORNO: año 2011, todos juntos (primer compromiso). Situación conyugal/familiar: Unión libre.
- Mayra MR51 Mujer, 34 años. MIGRANTE: reagrupada (por ex-esposo), salió en el año 2001. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: separada, dos hijos (reagrupados). RETORNO: año 2012, todos juntos. Situación conyugal/familiar: unión libre (primer compromiso).
- Germán MR52 Hombre, 40 años. MIGRACIÓN: reagrupado, salió en el año 2002. Lugar de destino: España (Elche). Situación familiar: soltero. Casado en destino. Una hija nacida en destino. RETORNO: año 2010, conjunto. Situación conyugal/familiar: casado.
- Gladys MR53 Mujer, 43 años. MIGRACIÓN: pionero, salió en el año 2001. Lugar de destino: España (Murcia; Elche). Situación familiar: separada, dos hijos (permanecieron en origen). Nueva pareja

reagrupada, casados en destino. Hija nacida en destino. RETORNO: año 2010, conjunto. Situación conyugal/familiar: casada.

- Juán MR54 Hombre, 35 años. MIGRACIÓN: pionero 2000, salió en el año 2000. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: soltero. Compromiso en destino. Dos hijos. RETORNO: año 2011, conjunto. Situación conyugal/familiar: unión libre.
- Víctor MR57 Hombre, 46 años. MIGRACIÓN: pionero, salió en el año 1999. Lugar de destino: España (Barcelona; Reus) - re emigró a EE.UU y Canadá en 2011. Situación familiar: unión libre, dos hijos. Esposa reagrupada (2001), hijos reagrupados (2005). RETORNO: año 2011, solitario. Situación familiar: separado
- Julia MR58 Mujer, 40 años. MIGRACIÓN: pionera, salió en el año 2000. Lugar de destino: España (Elche). Situación familiar: unión libre. Esposo reagrupado (2002), tras hijos (en origen). RETORNO: año 2005, escalonado (esposo retornado en 2004). Situación familiar: unión libre. Separada en origen.
- Moyra MR59 Mujer, 42 años. MIGRACIÓN: pionera, salió en el año 2000. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: unión libre, tres hijos. Esposo e hijos reagrupados. RETORNO: año 2012, conjunto. Situación familiar: unión libre.
- Luis MR60 Hombre, 42 años. MIGRACIÓN: reagrupado, salió en el año 1999. Lugar de destino: Italia (Génova). Situación familiar: casado. Dos hijos (reagrupados en 2002) . RETORNO: año 2009, conjunto. Situación conyugal/familiar: casado.

- Miguel MR61 Hombre, 36 años. MIGRACIÓN: pionero, salió en el año 2000. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: soltero. Varios compromisos en destino. Se comprometió con su mujer en origen. RETORNO: año 2011, solitario (reagrupación). Situación conyugal/familiar: unión libre. dos hijos en origen. Compromiso paralelo tras el retorno
- Karen MR62 Mujer, 38 años. MIGRACIÓN: reagrupada, salió en el año 2002. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: unión libre. Una hija, ambas reagrupadas por su esposo. Segunda hija nacida en destino. Su marido tenía un compromiso paralelo en destino. Separada. RETORNO: año 2012, conjunto (con su hija). Situación conyugal/familiar: separada.
- Olga MR63 Mujer , 47 años. MIGRACIÓN: pionera, salió en el año 2002. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: separada, Dos hijos (en origen). RETORNO: año 2012, solitario (reagrupamiento). Situación conyugal/familiar: separada.
- Enrique MR64 Hombre, 37 años. MIGRACIÓN: reagrupado, salió en el año 2000. Lugar de destino: España (Barcelona). Situación familiar: unión libre (aún no habían iniciado la convivencia). Dos hijos nacidos en destino. RETORNO: año 2012, conjunto (hijos en 2010) solitario. Situación conyugal/familiar: unión libre.

INFORMANTES ESTRATÉGICOS (IE)

César	IE01	Hombre; 76 años. Relación migratoria: migrante rural-urbano, una hija retornada y un hijo migrante (España). Ocupación: Trabajador público. Situación conyugal/familiar: unión libre.
Andrés	IE02	Hombre; 40 años. Relación migratoria: familia extensa. Ocupación: educador. Situación conyugal/familiar: unión libre, dos hijos.
Laura	IE03	Hombre; 50 años. Relación migratoria: familia extensa. Ocupación: Trabajador social. Situación conyugal/familiar: unión libre, tres hijos.
Paula	IE04	Mujer; 38 años. Relación migratoria: sin relación directa (residente en un barrio de alta incidencia migratoria). Ocupación: sin empleo. Situación conyugal/familiar: sin compromiso, 5 hijos (tres progenitores distintos).
Clara	IE05	Mujer; 85 años. Relación migratoria: madre de retornada y abuela de migrantes. Ocupación: hogar. Situación conyugal/familiar: sin compromiso actual (tres compromisos anteriores), 5 hijos (dos progenitores distintos).
Marta	IE06	Mujer; 44 años. Relación migratoria: el padre de su hijos es migrante, su hijo está preparando la documentación para migrar. Ocupación: hogar. Situación conyugal/familiar: unión libre (compromiso paralelo), 1 hijo.
Carlos	IE07	Carlos; 44 años. Relación migratoria: migrante rural-urbano, retorno forzoso de España (expulsado por alteración del

		orden público). Ocupación: policía. Situación conyugal/familiar: unión libre, 3 hijos.
Mario	IE08	Hombre; 43 años. Relación migratoria: sin relación directa. Ocupación: transporte (mecanizado). Situación conyugal/familiar: unión libre (dos compromisos paralelos, 5 hijos).
Alberto	IE09	Hombre; 45 años. Relación migratoria: sin relación directa. Ocupación: transporte (triciclo). Situación conyugal/familiar: solo, reside con su hija y el esposo de esta.
.Marisol	IE10	Mujer; 26 años. Relación migratoria: esposo retornado. Ocupación: hogar. Situación conyugal/familiar: unión libre, 2 hijos.
Francisco	IE11	Hombre; 42 años. Relación migratoria: originario de la Sierra, sin relación familiar directa con migrantes internacionales. Ocupación: religioso. Situación conyugal/familiar: solo.
Diego	IE12	Hombre; 77 años. Relación migratoria: migrante Sierra-Costa, hermano en EEUU. Ocupación: transporte (triciclo) . Situación conyugal/familiar: solo (varios compromisos anteriores, paralelos y secuenciales), 5 hijos.
Vicente	IE13	Hombre; 32 años. Relación migratoria: sin relación directa. Ocupación: obra pública. Situación conyugal/familiar: unión libre (un compromiso anterior), 2 hijos.
Julio	IE14	Hombre; 17 años. Relación migratoria: padre migrante (España y Suiza), preparando su reagrupación. Ocupación: estudiante . Situación conyugal/familiar: solo, reside en

hogar de familia extensa con la abuela, la madre, y el esposo de ésta.

Daniel	IE15	Hombre; 24 años. Relación migratoria: migrante en EE.UU, padre migrante (EE.UU), madre retornada (España). Ocupación: trabajador eventual . Situación conyugal/familiar: solo.
Juan	IE16	Hombre; 42 años. Relación migratoria: sin relación migratoria directa. Ocupación: educador. Situación conyugal/familiar: no se conoce.
Yolanda	IE17	Mujer; 40 años. Relación migratoria: sin relación migratoria directa. Ocupación: educadora. Situación conyugal/familiar: no se conoce.
Rosa	IE18	Mujer; 17 años. Relación migratoria: retornada Italia (1999-2012), retorno anticipado junto a su padre y su hermana. Ocupación: sin ocupación . Situación conyugal/familiar: sola, reside con sus padres.
Claudia	IE19	Mujer; 12 años. Relación migratoria: Nacida en España en el 2001, traslado a Balzar junto a su padre y su hermana (2012). Ocupación: estudiante. Situación conyugal/familiar: reside con su familia.
Fernanda	IE20	Mujer; 18 años. Relación migratoria: retornada de España (2001-2008), retorno anticipado. Ocupación: hogar. Situación conyugal/familiar: unión libre, un hijo.
Enrique	IE21	Mujer; 17 años. Relación migratoria: reagrupado en España por su madre (2003), retorno familiar conjunto (2012). Ocupación: camarero. Situación conyugal/familiar: unión

libre, reside con sus padres y su esposa.

Mery	IE22	Mujer; 19 años. Relación migratoria: reagrupada en España por su madre (2003), retorno familiar conjunto (2012). Ocupación: camarera. Situación conyugal/familiar: sola, reside con sus padres.
Carmen	IE23	Mujer; 13 años. Relación migratoria: Nacida en España en el 2000, traslado a Balzar junto a sus padres (2013). Ocupación: estudiante. Situación conyugal/familiar: reside con su familia.
Pedro	IE24	Hombre; 11 años. Relación migratoria: Nacido en España en el 2002, traslado a Balzar junto a su madre (2013). Ocupación: estudiante. Situación conyugal/familiar: reside con su familia.
Ana	IE25	Mujer; 11 años. Relación migratoria: Nacida en España en el 2002, traslado a Balzar junto abuela (2013), madre residente en España (sola). Ocupación: estudiante. Situación conyugal/familiar: reside con su abuela.
Marco	IE26	Hombre; 35 años. Relación migratoria: migrante retornado (periodo migratorio 2003-2005). Ocupación: administración local. Situación conyugal/familiar: unión libre, 3 hijos.

ANEXO 2. GUIÓN DE LA ENTREVISTA

PRESENTACIÓN

Estamos realizando una investigación sobre las experiencias de los migrantes que salieron de esta zona del país (la Costa) para saber cómo fue la vida allá y cuál es su situación después de regresar/retornar a Ecuador.

Estoy interesado en conocer cómo era su vida antes de migrar, en su hogar y en su ciudad, su día a día. También cómo se organizó para viajar y cómo fue su vida allá, por qué tomó la decisión de regresar y cómo ha sido la adaptación acá. Aunque tengo una guía con preguntas sobre estos temas que puede ayudarnos, lo más importante es conocer su opinión, conversar con usted sobre su historia personal y sus experiencias. Por eso no debe preocuparse si desea añadir cualquier asunto o conversar más sobre algún tema en particular tiene la impresión de qué nos vamos un poco del tema, lo importante es que me cuente las cosas como usted las recuerda.

En cuanto a la información que usted me dé, ésta será anónima, nadie podrá saber, a excepción de mí sus datos -su nombre, dirección o teléfono. Aunque puedo tomar nota de la información que me irá dando, me gustaría tener su permiso para grabar la entrevista, y así podemos conversar ya que si al escribir iríamos mucho más despacio. Al igual que con sus datos personales, yo seré la única persona que escuche (tenga acceso) la grabación.

Si le parece bien, podemos comenzar con sus datos personales nombre, edad, estudios, trabajo, etc. y me cuenta para que pueda hacerme una idea sobre cómo era su vida antes de migrar.

INTRODUCCIÓN

¿Cuál era tu situación familiar antes de migrar? (Soltera/o, hijos, residencia)

¿Cómo organizaste el viaje? (Información, financiación,

¿Cuál era su objetivo cuando migró?

(Proyecto migratorio, tiempo de estancia, proyecto familiar)

SITUACIÓN/EXPERIENCIA EN DESTINO

¿A qué lugar o lugares viajaste? ¿Por qué elegiste ese (os) destino(s)?

(Redes de información y apoyo, tipo de apoyos, tipo/calidad de la información)

¿Cómo fue tu llegada allá? ¿tuviste algún tipo de ayuda?

(Estatus legal -cambios-, alojamiento, trabajo)

¿Cómo te adaptaste a la vida de allá?

(Apoyos -tipo y de quién-, empleos -sectores, responsabilidad, formalización, estabilidad, cambios-)

¿Cómo eran las relaciones con los amigos y los paisanos allá?

¿Tenías relación con tus amigos de Balzar?

¿Con familiares? ¿con gente de allá (españoles, italianos, etc.)?

¿Solíais reunirlos? (cómo, cuánto, qué)

Y con los amistades que se quedaron en Balzar ¿manteníais contacto?

(Cómo, cuánto, qué)

¿Cómo era el trato/relación cuando visitaba Balzar?

¿Cómo cree que era el trato con los migrantes en general?

El hogar -relaciones y organización

Y con la familia de acá ¿cómo fue la relación?

¿Dejaste familia en Balzar? (pareja, hijos, padres, madres, etc.)

¿qué tipo de contacto/vínculo mantuviste con ellos? (llamadas, visitas, remesas, etc.)

¿Cambió la relación con ellos?

En cuanto a la vida familiar ¿cuál fue su situación allá?

¿Viajaste solo/a? (pareja, hijos)

¿Qué familiares tenías allá?

¿Convivías con la familia? ¿quiénes?

¿Hubo cambios? (emancipación, pareja, reagrupación, retorno anticipado)

En cuanto a la organización del hogar allá ¿cómo era la vida en casa?

¿Cómo se organizaban las tareas? (comida, limpieza, cuidado)

¿Cómo os organizabais con los niños? ¿Qué hacías/hacíais cuando trabajabas/trabajabais?

Cuando necesitabais ayuda ¿a quién recurrías?

¿Cómo se organizaban los gastos de la casa? (quién, para qué y cuanto)

Relaciones/posiciones de género

¿Tuvisteis que realizar cambios respecto al modo

¿En qué sentido? ¿Qué tipo de

en que se organizaban las tareas de casa en cambios/repartos?

Balzar?

¿Crees que las relaciones en la pareja cambian durante la migración?

¿Qué cambios notaste en tu caso?

¿Qué cambios has notado en otras parejas?

¿Crees que la migración afecta a la pareja? ¿Cómo? ¿piensas que es positivo o negativo? ¿para quién?

Al adaptarse a la vida de allá ¿piensa que el comportamiento de los hombres/mujeres migrantes cambió respecto a las formas (de relacionarse) que tenían en Balzar?

(Relaciones homosociales, heterosociales, espacios, normas)

Desde tu experiencia personal ¿qué tipo de cambios hiciste en tu forma de actuar como hombre/mujer?

(Relaciones, espacios, etc.)

PREPARACIÓN Y DESARROLLO DEL RETORNO

Si le parece bien, podemos ahora hablar ahora de su experiencia de retorno, y, para comenzar, me gustaría que me contase cómo surgió la idea de regresar y cuáles fueron los motivos le/a animaron a retornar.

¿Había(n) llegado a plantearse residir allá de forma permanente?

¿Qué cambió para que valorasen el retorno? ¿qué les retenía allá?

¿Cómo planificó el retorno?

¿Quienes participaron en el proceso de decisión? ¿decisión consensuada?

¿Qué era lo que más le preocupaba sobre su regreso a Balzar?

¿Estrategia económica? recursos financieros, asistencia, vivienda/residencia, empleo, apoyo familiar/amigos, etc.)

¿Cuál era su situación familiar en el momento de retorno? (Estrategia familiar: solitario, pareja, conjunto, por etapas, reagrupamiento, re-emigración, etc.)

ASENTAMIENTO Y ADAPTACIÓN TRAS EL RETORNO

Para finalizar, me gustaría que me hablase sobre su situación personal y familiar después de regresar a Balzar y sobre sus experiencias.

¿Dónde se instaló/instalaron después de regresar? ¿Residencia independiente o grupo extenso? ¿cuánto tiempo? ¿motivos?

¿Con qué medios de subsistencia ha contado desde su retorno? (Renta retorno, inversión productiva, empleo, dependencia pareja/familia, otras ayudas)

¿Quién/quienes genera(n) ingresos en el hogar?

¿Cómo ha sido su adaptación a la familia? ¿Qué tipo de experiencias ha tenido?

¿Y a la ciudad? ¿Cuál es su opinión sobre la relación/opinión/trato hacia los retronados?

Organización del hogar

¿Cómo ha sido la convivencia en el hogar desde su regreso? Relaciones en el hogar extenso
Relaciones con la pareja/hijos retronados

¿Cómo se han organizado las tareas en el hogar? ¿Ha habido cambios en los repartos de las tareas? ¿respecto a lo que habían acostumbrado allá?

¿Cómo es la relación con la pareja? ¿Han vuelto a las formas/arreglos de antes/acá? ¿Por qué piensas que ha sucedido esto?

Relaciones/posiciones de género

¿En qué piensa que ha cambiado su vida como hombre/mujer después de regresar? ¿Qué tipo de cambios has hecho respecto a tu forma de vivir allá?

¿Cómo fue la relación con tu pareja después de haber regresado? ¿Qué tipo de cambios? ¿Qué cambios has notado en otras parejas? ¿Cómo? ¿piensas que es positivo o negativo? ¿para quién?

¿Qué tipo de cambios has visto en otras parejas de retornados? ¿en el esposo o la esposa?

Desde tu experiencia ¿cómo piensas que es adaptarse a la vida de acá para hombres/mujeres? (Relaciones homosociales, heterosociales, espacios, normas) (relaciones, espacios, etc.)

¿Qué tipo de cambios has tenido que hacer en tu forma de actuar como hombre/mujer? ¿Qué has tenido que dejar/empezar de hacer? ¿Qué echas de menos respecto a lo que podías hacer allá?

¿Crees que tu experiencia allá te ha hecho ver las cosas de forma distinta a como las ven acá? ¿Qué te gustaría que cambiase?

CIERRE

¿Hay alguna otra cosa que le gustaría añadir?

ANEXO 3. GUÍA DE OBSERVACIÓN

UNIDAD DE OBSERVACIÓN	ELEMENTOS DE OBSERVACIÓN	Notas
1. HOGAR	Estructura	
	Roles (posición y atribuciones)	
	Contenido de las relaciones entre los miembros	
	Normas	
	Espacio y prácticas (usos)	
	Festividades y celebraciones	
	Conexiones con otros hogares (redes familiares y poligénicas)	
2. BARRIO	Actores	
	Roles	
	Estructura	
	Conexiones (con el hogar)	
	Usos del espacio	
	Usos y prácticas	
	Celebraciones y festividades	
3. CENTROS EDUCATIVOS	Actores	
	Roles	
	Estructura	

	Conexiones (con el hogar)	
	Usos del espacio	
	Usos y prácticas	
	Celebraciones y festividades	
5. EL BARRIO	Actores	
	Roles	
	Estructura	
	Conexiones (con el hogar)	
	Usos del espacio	
	Usos y prácticas	
	Celebraciones y festividades	
6. OTROS	Actores	
	Roles	
	Estructura	
	Conexiones (con el hogar)	
	Usos del espacio	
	Usos y prácticas	
	Celebraciones y festividades	

DICCIONARIO

Atenada/o: hijo o hija adoptados por matrimonio.

Cacho(s): cuerno(s). Ejemplo: "un hombre traicionado o "cachudo" en los términos locales" (Andrade, 2001: 129).

Cachudo/a: cornudo/a.

Camellar: trabajar.

Camello: Trabajo o empleo.

Camellos: empleos esporádicos

Chiro: Dicho de una persona que se está o se queda sin dinero. Ejemplo: "*Me quedé chiro*" o "el español chiro".

Cojúa/o ó cojuda/o: Persona que actúa de forma estúpida. Ejemplo: "*Es que esa señora también es "cojúa". Esa señora sabe de qué pata cojea el marido*".

Compromiso: matrimonio de hecho

Consultor/a: Persona que se dedica a la venta por catálogo.

Consultor/a: Persona que se dedica a la comercialización y venta de productos (por catálogo).

Culeada/o: Persona que ha mantenido relaciones sexuales y/o ha sido penetrada. Término despectivo empleado para insultar a alguien.

Culear: Realizar el acto sexual.

Puñete: Golpear con la mano cerrada; puñetazo. Dar/darse puñetes: pelarse a puñetazos.

Golpiza: Paliza

Java(s): Caja para transportar botellas. Ejemplo: ¡A ver! ¡póngame cuatro jabas! (de cerveza).

Botar: Tirar o echar al suelo. Ejemplo: "nadie le botó un saquillo, o un sudadero, para que duerma"

Man: Para referir a una persona, se utiliza para ambos géneros. Ejemplo: "Esa man" o "el man".

Mijito: Diminutivo de mijo.

Mijo: Expresión cariñosa para referirse a un hijo(a) o al esposo (a), o a una persona a la cual se le considera cercana a un hijo, como un sobrino por ejemplo.

Parar bola: Hacer caso

Pateado: Dicho de una persona, que no puede regresar a un lugar por motivo del incumplimiento o engaño de sus obligaciones financieras.

Rajuñar: Escatimar o dar con mezquindad.

Relajo: Desorden, falta de seriedad, barullo (RLE).

Relajoso/a: Persona que provoca o causa desorden y problemas.

Saquillo: Saco relleno que se utiliza para tumbarse sobre el él.

Sudadero: manta.

ÍNDICE DE GRÁFICOS

Gráfico 1. Distribución de la población por grupos quinquenales según los censos de 1991, 2001 y 2010.....	127
Gráfico 2. Distribución de la población por grandes grupos de edad en los censos de 1991, 2001 y 2010.....	128
Gráfico 3. Composición étnica de la población urbana de Balzar - Censos 2001 y 2010	130
Gráfico 4. Balzar: migrantes urbanos por año de salida y sexo	140
Gráfico 5. Balzar: migración de la población urbana de Balzar (%) por grupos de edad quinquenales y sexo -Censo 2010.....	141
Gráfico 6. Balzar: migrantes urbanos por año de salida y sexo (Censo 2010)	142
Gráfico 7. Salida de migrantes por año y principal motivo de viaje.....	143
Gráfico 8. Balzar: distribución anual de las salidas por actual país de residencia (Censo 2010).....	143
Gráfico 9. Variación del stock de migrantes de origen urbano por sexo y país de residencia entre 2001 y 2010.....	149
Gráfico 10. Tasa de variación inter-censal de la población urbana de Balzar residente en el exterior por sexo.....	149
Gráfico 11. Matrimonios registrados en la Parroquia de San Jacinto entre 1826 y 2013	168

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Ilustración 1. Mapa de Ecuador: ubicación de la Provincia del Guayas.....	79
Ilustración 2. Mapa de la Provincia del Guayas: ubicación del Cantón de Balzar	79
Ilustración 3. División de las áreas de trabajo.	97
Ilustración 4. Distribución espacial de las entrevistas.	97
Ilustración 5. El hogar en Balzar: una perspectiva sincrónica	163
Ilustración 6. Relaciones conyugales-familiares en Balzar: una perspectiva diacrónica	167

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1. Número de entrevistas realizadas por sexo y categorías significativas.....	94
Tabla 2. Evolución de las tasas de dependencia en los censos de 1991, 2001 y 2010...	129
Tabla 3. Situación conyugal de la población urbana de Balzar por sexo - Censo 2010	131
Tabla 4. Categorías de ocupación entre los habitantes de San Jacinto de Balzar - Censo 2010	136
Tabla 5. Composición de género del flujo migratorio por lugar de salida.....	141
Tabla 6. Distribución de los migrantes de San Jacinto de Balzar por país de residencia actual y sexo (Censo 2010).....	145
Tabla 7. Variación inter-censal del volumen de migrantes balzareños por país de destino	147

